



*Instituto Hidalguense de Educación
Universidad Pedagógica Nacional-Hidalgo*

Licenciatura en Intervención Educativa



Problemas Sociales Contemporáneos

Compilación:
Ruth Aparicio Sampayo
Griselda Espinoza Ramírez
Esthela Galván Rivera
Ma. De Lourdes García Castillo
A. Rodian Rangel Rivera
Antonio Zamora Arreola

ADVERTENCIA
ESTOS MATERIALES FUERON ELABORADOS CON FINES EXCLUSIVAMENTE
DIDÁCTICOS PARA APOYAR EL DESARROLLO CURRICULAR DEL PROGRAMA
EDUCATIVO.
NO TIENE FINES DE LUCRO NI COMERCIAL

PRESENTACIÓN

El curso de “Problemas sociales contemporáneos” se ubica en el primer semestre del plan de estudios de la licenciatura en Intervención Educativa, en el campo del saber referencial; forma parte de la etapa de formación inicial en ciencias sociales:

La competencia que el/la alumna deberá adquirir durante el desarrollo del curso será: que identifique los principales problemas sociales contemporáneos, y establezcan relaciones con los elementos teórico metodológico, para que comprenda la realidad social y los problemas que en ella emergen bajo el contexto de la globalización, así como en consideración de los sujetos y los movimientos que convergen en la sociedad moderna.

En este sentido el curso está organizado en tres bloques temáticos:

- BLOQUE I Perspectivas teóricas para el análisis de los problemas sociales
- BLOQUE II Proceso de globalización de la sociedad contemporánea
- BLOQUE III La sociedad global
 ¿Viejos problemas o nuevas demandas.

En cada uno de estos tres bloques se analizarán por separado algunas perspectivas teóricas, para comprender y analizar los principales problemas contemporáneos.

Conviene precisar que la presente compilación de lecturas incorporadas en este volumen, constituye la bibliografía básica sugerida en el programa indicativo para el desarrollo de curso, conforma a los contenidos temáticos establecidos para cada uno de los tres bloques, sin embargo, también existe la posibilidad de integrar nuevos materiales bibliográficos, que enriquezcan y complementen esta compilación de textos.

Licenciatura en Intervención Educativa
Problemas Sociales Contemporáneos
Primer Semestre

BLOQUE I

- **COMPETENCIA:** Construye una nación de sociedad y reconoce las principales características de la sociedad contemporánea; a partir de lo cual identifica algunas perspectivas teóricas dominantes en el campo de la Ciencias Sociales, desde las cuales se delimita el análisis de los problemas sociales y se ubica su relación con el ámbito educativo

UNIDAD DE COMPETENCIA:

Identifica y caracteriza la sociedad contemporánea; así como algunas perspectivas teóricas dominantes en el campo de las Ciencias Sociales, para delimitar el análisis de los problemas de la sociedad contemporánea

RESULTADOS DE LA PRENDIZAJE:

- Identifica y comprende la idea de sociedad.
- Reconoce las principales características de la sociedad contemporánea.
- Identifica distintas perspectivas teóricas de las Ciencias Sociales para analizar los problemas de la sociedad contemporánea.
- Reconoce, reflexiona, compara y caracteriza la sociedad como economía-mundo (sistema mundo), como sistema complejo, como estructura social, como sistema social, como sociedad global.

EXPERIENCIAS DE APRENDIZAJE:

Organización de debates y mesas redondas entre los alumnos del grupo para:

- Comprender la noción de sociedad.
- Problematizar y reconocer las características de la sociedad contemporánea.
- Reconocer distintas perspectivas teóricas.
- Identificar y comparar los distintos problemas que caracterizan a los diferentes tipos de sociedad.
 - Exposición de argumentos precisos.
 - Manejo claro de la teoría.

EVIDENCIAS DE DESEMPEÑO:

- Escritos sobre la noción de sociedad y sobre las principales características de la sociedad contemporánea.
- Fichas bibliográficas y de trabajo.
- Mapa conceptual sobre cada una de las perspectivas teóricas que analizan los problemas sociales (económico, políticos, históricos, culturales, educativos, etc.)
- Ensayos sobre la realidad social y sobre los problemas que caracterizan a los diferentes tipos de sociedad contemporánea

CRITERIOS PARA LAS EVIDENCIAS:

- Escritos conceptuales y descriptivos, tanto de sentido común como teóricos.
- Fichero organizado alfabéticamente por temas.
- Mapa conceptual sintético y preciso; con ideas principales y secundarias.
- Ensayo reflexivo y que reúna características formales y contenidos de fondo.

BLOQUE I	BLOQUE II	BLOQUE III
CONTENIDOS SISTEMÁTICOS		
<p>1. Introducción a la noción de sociedad.</p> <ul style="list-style-type: none"> • La idea de sociedad. • Las características de la sociedad contemporánea 	<ul style="list-style-type: none"> • Proceso de globalización • Mundialización de la sociedad contemporánea. • Se estudia el proceso de globalización mundial que caracteriza la sociedad contemporánea, así como sus procesos y especificad para que identifiquen las nuevas realidades sociales y perfilen los principales problemas contemporáneos. 	<p>La sociedad global ¿Viejos problemas o nuevas demandas?</p>
<p>2. Perspectivas teóricas para el análisis de los problemas sociales y su relación con el ambiente educativo.</p> <ul style="list-style-type: none"> • La sociedad como economía mundial. • La sociedad como estructura social. • La sociedad como sistema complejo. • La sociedad global. 	<ol style="list-style-type: none"> 1. La noción de globalización. 2. las metáforas de la globalización. <ul style="list-style-type: none"> • La aldea global • Las economías del mundo • Nueva Babel • La fábrica global • Nave espacial 	<ol style="list-style-type: none"> 1. Principales problemas sociales contemporáneos sujetos y movimientos sociales emergentes. <ul style="list-style-type: none"> • Problemas, sujetos y movimientos • Cultura, educación, economía y sociedad.

BLOQUE II

- **COMPETENCIA:** identifica, conoce y caracteriza, de manera crítica, solidaria y con un fuerte compromiso social los principales problemas sociales contemporáneos; dichos problemas los adscriben en el proceso histórico de Mundialización-Globalización, así como en torno a los sujetos y movimientos sociales emergentes en los campos de la cultura, económica, política, educación y medio ambiente.

UNIDAD DE COMPETENCIA:

Amplia su conocimiento sobre el proceso de Mundialización-Globalización que ha caracterizado la construcción y transformación de la sociedad contemporánea.

RESULTADOS DE APRENDIZAJE:

- Comprende el significado de la noción de globalización.
- Reconoce y diferencia distintas metáforas sobre la globalización, desde las Ciencias Sociales. Conforme a lo anterior, identifica las metáforas DE: “economía”, “Fábrica Global”, “Aldea Global”, “Nueva Babel”; “Nave Espacial”.

EXPERIENCIAS DE APRENDIZAJE:

Organización de debates y mesas redondas entre los alumnos del grupo para:

- Comprender la noción de globalización.
- Problematizar y reconocer las características de la globalización.
- Reconocer distintas perspectivas teóricas.
- Identificar y comparar los distintas metáforas sobre la globalización..
 - Exposición de argumentos precisos y complementarlo con otro tipo de información adicional
 - Manejo claro de la teoría.

EVIDENCIAS DE DESEMPEÑO:

- Escritos sobre el significado de la noción de globalización, así como sobre el proceso de Mundialización-Globalización.
- Fichas bibliográficas y de trabajo.
- Mapa conceptual sobre las características de la globalización.
- Escritos sobre la características de las distintas metáforas de a globalización

CRITERIOS PARA LAS EVIDENCIAS:

- Escritos conceptuales y descriptivos, tanto de sentido común como teóricos.
- Fichero organizado alfabéticamente por temas.
- Mapa conceptual sintético y preciso; con ideas principales y secundarias.
- Escrito descriptivo y comparativo.

BLOQUE III

- **COMPETENCIA:** identifica, conoce y caracteriza, de manera crítica, solidaria y con un fuerte compromiso social, los principales problemas sociales contemporáneos; dichos problemas los adscriben en el proceso histórico de Mundialización-Globalización, así como en torno a los sujetos y movimientos sociales emergentes en los campos de la cultura, económica, política, educación y medio ambiente.

UNIDAD DE COMPETENCIA:

Identifica, conoce y caracteriza los principales problemas sociales contemporáneos, signados tanto por el proceso de mundialización-globalización, así como por distintos sujetos y movimientos emergentes en distintos campos de lo social.

RESULTADOS DE APRENDIZAJE:

- Ubica distintos sujetos y movimientos sociales emergentes en los campos de: la cultura, la economía, la política, la educación, el medio ambiente, etc.
Identifica, conoce y caracteriza distintos problemas sociales contemporáneos, comprendidos tanto desde el contexto en diferentes campos de lo social. Entre otros problemas se revisan: conflictos de guerra-paz; imperialismo-terrorismo; salud-narcotráfico-inseguridad; educación-analfabetismo diversos; distribución desigual de la riqueza, incremento de la pobreza y de la miseria, trabajo-desempleo, ética social-inequidades de género; agresión al medio ambiente; alimentos transgénicos, integración-diversidad intercultural; violencia intrafamiliar-violencia infantil, etc.

EXPERIENCIAS DE APRENDIZAJE:

Organización de debates y mesas redondas entre los alumnos del grupo para:

- Ubicar diferentes sujetos y movimientos sociales emergentes en distintos campos de lo social.
- Identificar, conocer y caracterizar distintos problemas sociales contemporáneos
 - Exposición de argumentos precisos, mediante el manejo claro de la teoría.
 - Equilibrar la argumentación teórica con ejemplificaciones de la vida social.
 - Prever alternativas de solución y necesidades de intervención desde el ámbito educativo.

EVIDENCIAS DE DESEMPEÑO:

- Fichas de trabajo y analíticas mediante las que se identifiquen y ubiquen las características de los principales problemas sociales contemporáneos, en el contexto de la globalización.
- Ensayo sobre las características de los problemas sociales contemporáneos y las necesidades de intervención desde el ámbito educativo. Todo ello, desde el contexto de globalización, así como de los sujetos y movimientos sociales emergentes.

CRITERIOS PARA LAS EVIDENCIAS:

- Fichero organizado alfabéticamente por temas y/o problemas, desde la argumentación teórica y contemplado con la reflexión personal.
- Mapa conceptual sintético y preciso; con ideas principales y secundarias.
- Ensayo reflexivo y que reúna características formales y contenidos de fondo.

TABLA DE CONTENIDOS

BLOQUE I

- Adorno T.W. “La Sociedad”
- Giddens Anthony (1997), “Cultura y Sociedad”
- Giddens Anthony (1997). “Dimensiones Institucionales de la modernidad”
- Giddens Anthony (1997). “Estratificación y Estructura de clase”
- Arqueadas Sol (1997). “El mundo en que vivimos I Y II
- Wallerstein Emmanuel (1990), “Análisis de los sistemas mundiales”

BLOQUE II

- “Que es la globalización, Sin datos
- Joaquín Estefanía (2003) “Prologo generacional”
- Joaquín Estefanía (2003) “¿Qué es la globalización?”
- Joaquín Estefanía (2003) “La globalización: ¿es un fenómeno nuevo en la historia?”
- Joaquín Estefanía (2003) “¿Qué diferencia a la actual globalización de los anteriores periodos globalizados?”
- Joaquín Estefanía (2003) “¿Existe alguna globalización alternativa?”
- Joaquín Estefanía (2003) “¿Quiénes son los partidarios de esa globalización alternativa? ¿Por qué se les ha denominado «movimiento antiglobalizador?»»

- Ianni Octavio (2002) “metáforas de la globalización”; “Las economías-mundo”; “La internacionalización del capital”; “La aldea global”

BLOQUE III

- Zemelman Hugo et. Al. (200). “La historia se hace desde la cotidianidad”
- Sartori Giovanni (2002). “Competencia y Auditel”; “Nos ahogamos en la

ignorancia”

- **Bobbio Norberto (1997) “El conflicto termonuclear y las justificaciones tradicionales de la guerra”, “Hay futuro para la paz.**
- **Joaquín Estefanía (2002) “¿Hemos entrado en una especie de «Economía del miedo»”; “Hablemos ahora del peligro de un «autoritarismo democrático...»”**
- **Bonfil Batalla, Guillermo (1997). “El problema de la cultura nacional”**
- **Toueaine Alain “El retorno del capitalismo”; “Las cuatro formas de salida” “¿Nuevos movimientos sociales?”**
- **Paris Pombo Ma. Dolores (1990). “El final del desarrollo y las limitadas posibilidades de modernización en América Latina”**
- **Toueaine Alain “Los movimientos sociales”**
- **Paris Pombo Ma. Dolores (1990). “Nuevos movimientos sociales: identidades restringidas”**
- **Flores Olea Victor y Mariña Flores, Abelardo. “México. Globalizador neoliberal y crisis. Perspectivas al futuro”**
- **González Casanova., Pablo. “¿A donde va México? I, II, III, IV”**
- **Estefanía Joaquín. (2003) “En la historia ha habido abundantes pasos atrás protagonizados por guerras, nacionalismos y recesiones. ¿A partir del 11 de septiembre de 2001 vamos a iniciar otra época de picos de sierra y fluctuaciones sin dirección?”**

BLOQUE I

ADORNO, T. W. (1969). “La Sociedad”; en Adorno y Horkheimer Lecciones de Sociología. Buenos Aires, Proteo; pp.22-42.

LA SOCIEDAD

A primera vista parece suficiente claro lo que es la “sociedad”, el sector específico de la sociología: el conjunto de los hombres, con grupos de diversísimas dimensiones y significados, que componen la humanidad. Sin embargo, fácil advertir que el concepto de sociedad no combina inmediatamente con este sustrato, y nos acercamos más a lo que se piensa como propio de la “sociedad” si orientamos el concepto hacia los momentos de conjunción y separación del “hombre” como series de individualidades biológicas por medio de las cuales los seres humanos se reproducen, dominan la naturaleza externa, y las cuales surgen, en su propia vida, conflictos y formas de dominio. Pero también este ámbito, que por lo demás forma parte de la esfera que se denomina cultura *antropology* en los países anglosajones, toca sólo el conjunto de significados que resuenan en nuestra palabra *Gesellschaft*, uno de estos términos históricos cuya peculiaridad, según Nietzsche, es precisamente la de no dejarse definir; “Todos los conceptos en los que resume semióticamente un proceso total se sustraen a la definición, sólo es definible lo que no tiene historia”,¹ Por “sociedad”, en el sentido importante, entendemos una especie de contextura interhumana en la cual todos dependen de todos, en la cual el todo sólo subsiste gracias a la unidad de las funciones asumidas por los caparticipes, a cada uno de los cuales, por principio, se le asigna una función; y donde todos los individuos, a su vez, son determinados en gran medida por la pertinencia al contexto en su totalidad. El concepto de sociedad, pues, designa más bien las relaciones entre los elementos y las leyes a las cuales esas relaciones subyacen, y no a los elementos y sus descripciones simples. Así entendido, es un concepto. La sociología sería, antes que nada, ciencia de las funciones societarias, de su unidad y sus leyes. Pero se recuerda que sí este concepto de sociedad llega sólo hoy a su pleno desarrollo, en la etapa de la socialización total de la humanidad, la idea de un contexto funcional, general y completo, forma de la autorreproducción de una totalidad de división del trabajo, es mucho más antigua, y se anunciaba ya en un fase tanto más arcaica como la de la filosofía naturalista de los griegos, para convertirse ya, con Platón, en la base sobre la cual reposa el Estado.

En cambio, el concepto de la sociedad como tal fue formulado sólo durante el ascenso de la burguesía moderna, como concepto de la verdadera “sociedad”, en oposición a la “Corte”. Es “un concepto del tercer Estado”,² pero este retraso no se debe a una falta de conciencia

¹ Friedrich Nietzsche, Werke, vol. VII, Leipzig, 1910, p. 373.

² Tal es la definición del concepto de “sociedad” ofrecida por el jurista y hombre político alemán Bluntschi. Su artículo *Gesellschaft*, en *Deutsches Staats-Wörterbuch*, de 1859, sigue siendo interesantes en la actualidad: “El concepto de sociedad, sea en el sentido social, como el político, encuentra totalmente su base en el sentido social, como en el político, encuentra totalmente su base natural en las costumbres y concepciones del tercer Estado. No se trata de un concepto nacional (*Volksbegriff*), sino, propiamente sólo de un concepto del tercer Estado, aunque ahora se use, en la bibliografía, para identificar también al Estado con la sociedad civil. Los príncipes tienen la Corte (...) Para los campesinos y los pequeños burgueses hay posadas y hosterías de todo, tipo, en las cuales se reúnen, pero no sociedad. Por lo contrario, el tercer Estado, por sí solo o también con la nobleza inferior, que incluyo en esto demuestra ser la prima del mismo, es *sociable* (*gesellig*), y su sociedad se ha convertido en fuente y expresión, a la vez de juicios y tendencias comunes. Se vienen formando en ella una visión general, de manera que la opinión de la sociedad se convierte en opinión pública, y llega a ser una potencia social y política. Este desarrollo no sucede de la misma manera en todos los pueblos (...), pero donde florece y prospera una cultura urbana, aparece también la sociedad, como su órgano indispensable. En el campo, es casi desconocida. En los círculos de la Corte y en las fiestas cortesanas, la sociedad se distingue por el principio burgués de la igualdad de todos los participantes o socios (*Resellen*). Y por diversos que sean en otro sentido el rango exterior o el valor personal de cada uno de sus miembros, la sociedad insiste enérgicamente, en todas sus formas, en cierta igualdad exterior de todos, que proporciona mayor honor incluso a los menores, sin perjudicar o discutir el prestigio del mérito superior, y garantiza a todos el goce total y el libre comercio de la sociedad misma (...) en un primer grado, la sociedad *no está organizada*. Los individuos llegan a ella o se retiran de ella según su necesidad o deseo. En ese sentido más escrito y propio, no es ni siquiera organizable (...) por ello fue poco feliz el pensamiento de quienes desearon explicar el Estado partiendo de la sociedad (...). Incluso la *a-esta totalidad* pertenece a la esencia de la sociedad, y ésta no se deja contener dentro de los límites de una sola comunidad nacional, sino que emprende a los nativos y a los extraños, a ciudadanos y no ciudadanos, a hombres y mujeres: sus hijos van más allá de los Estados y unen entre sí a las clases cultas de todo el mundo, civil. Surgida predominantemente de la *vida privada*, y moviéndose en forma privada, se sustraen también, por ello, y con buena razón, a la dirección y tutela del Estado. Y cuando la policía del Estado trata

de la constitución de los individuos en sociedad, en su sentido más restringido. Por el contrario, las formas del proceso de construcción en sociedad han sido meditadas en la tradición occidental antes que el individuo, opuesto ya por los sofistas, es cierto, a la sociedad, pero cuyo *pathos* encontró su pleno desarrollo sólo en la etapa helenista y cristiana, después que la ciudad-Estado griega perdió su independencia. Precisamente las formas de constitución en sociedades – y antes que nada la socialización de los individuos en un Estado organizado y controlado- se aparecieron ante el pensamiento que comenzaba a contemplar la vida asociada con algo de sustancial y presente por sí mismo, incontrovertible y vigente sin contrastes, de modo que aún frente a su contenido- el proceso vital de la humanidad-, la reflexión sobre la sociedad se resuelve casi sin rodeos en la consideración de sus instituciones cosificadas. El velo de la mitificación societaria es tan antiguo como la filosofía política.

Platón basó la totalidad omnicomprensiva del Estado en las relaciones funcionales de los hombres, que deben mantenerse recíprocamente para la satisfacción de sus necesidades vitales.

Nace, pues una ciudad, digo cuando cada uno de nosotros no se basta ya a sí mismo, sino que tienen necesidad de muchos otros (...). Por ello, cuando uno se acerca a otro por una necesidad, y otro por otra, y teniendo muchas necesidades se reúnen en una sola sede muchos socios y auxiliares a esta convivencia le asignamos el nombre de ciudad.³

La comunidad estatal más elemental consistirá en cuatro o cinco individuos que se ayudan recíprocamente en la satisfacción de sus necesidades, procurándose alimento, vivienda y ropas:

¿No tendrá que ser uno agricultor, el otro arquitecto, y otro tejedor? ¿No debemos también agregar un zapatero, o algún otro proveedor de las necesidades del cuerpo? (...). Por lo tanto la ciudad, en términos estrictos, resultaría de cuatro o cinco hombres (...). Ahora bien, cada uno de éstos deberá poner a disposición común de todos el trabajo propio; por ejemplo el agricultor, ¿deberé proporcionar alimento a los cuatro, dedicando cuádruplo cantidad de tiempo y esfuerzos para procurar el sustento y distribuirlo en común con los demás? ¿O, bien, sin pensar en ello, deberá preocuparse un cuarto de ese sustento en una cuarta parte del tiempo, y de las tres partes restantes dedicar, una a procurarse habitación, la otra para la ropa, la otra para zapatos, y no tomarse el trabajo de compartirlo con los demás, sino ocuparse sólo de sí mismo?⁴

La construcción en sociedad es concebida sobre la base de la división del trabajo como medio para satisfacer las necesidades materiales. Pero este fundamento se convierte en base ideal en relación con la doctrina de las ideas. Una condición de la relación funcional es, en rigor, la de que “cada uno sólo pueda dedicarse bien a una única ocupación, y no ya a muchas; y si tratase de hacer este último, dedicándose a una cantidad de cosas, no lograría

de dominar o aún sólo de controlar constantemente la vida de la sociedad, ello es signo seguro de un estado de incivilización todavía inmaduro, o ya corrompido, de una condición malsana de la sociedad o de una enfermedad del Estado (...). Sólo cuando la sociedad contraviene de alguna manera el orden legal o pone en peligro el bien público, los poderes estatales deben intervenir contra ella, como, por otra parte, contra los individuos cuyos actos sean castigables o contrarios al reglamento de seguridad pública”. (J.C. Bluntschli, en Deutsches Staats-Wörterbuch, Stuttgart, 1859, col. IV, p. 247 y ss.) También Simmel remite a la relación entre el concepto de “sociedad” y determinada formación social, y observa que la “sociedad” adquirió importancia gracias a las “capas inferiores” (Georg Simmel, Soziologie, Muenich Leipzig, 1922, p.1)

³ Platón. La República, 369 b, e, c.

⁴ Ibid., 394 c-370 a.

éxito en ninguna, y si adquiriría mala fama”⁵ la doctrina de las ideas ofrece, de tal modo, un criterio sobre el cual descansa la división del trabajo, en el sentido de que cada individuo debe adecuarse a la idea inmanente que garantiza que su trabajo no será despojado de valor. O sea, que el fundamento de la división del trabajo es la limitación hipostasiada de las capacidades individuales. Las exigencias crecen con el aumento de la civilización, conducen a la extensión del Estado y luego a los choques bélicos con los Estados vecinos. Se hace necesario formar una clase de guerreros. Por último, las propias dimensiones del Estado exigen una clase específica para el mantenimiento del orden y la determinación de las finalidades comunes, los jefes o administradores. Este esquema fundamental de Platón contiene ya, en forma implícita, la teoría del cambio cualitativo de la estructura social, como consecuencia del aumento cuantitativo de la población.⁶

En el esbozo platónico del Estado encontramos, además, la crítica de las más antiguas teorías sociales. Por un lado, Platón quiere proporcionar una nueva teoría frente a la antigua concepción mitológica de la fundación divina de la polis, que hacia derivar las leyes del Estado de las leyes divinas, como lo enseñaba Heráclito.⁷ Por el otro, rechaza la tesis de que los hombres viviesen primitivamente dispersos y se hubiera unido para su defensa contra la naturaleza.⁸ Pero el ataque principal de Platón se dirige contra la doctrina del derecho natural, prerrentada por el pensamiento ático. Niega que haya existido sociedad sin Estado y reduce el concepto de aquella al de una “ciudad de cerdos”.⁹ En cuanto a su oposición, polémicamente destacada por sus adversarios, de lo natural y de lo meramente positivo, Platón quiere superarla reduciendo las formas de organización al *a priori* antológico, es decir, a la idea: la ley y el orden son para él atributos de la naturaleza humana,¹⁰ con lo cual pone un dique a la tendencia revolucionaria de los iluministas áticos, que separan sociedad y Estado. Ya en esa época, el propio concepto de sociedad es un arma en la lucha social. La doctrina del *jus naturale* de la izquierda socrática se ponía de parte de los oprimidos, contra los poderosos. Antifonte el sofista, por ejemplo, basada la sociedad en las leyes de la naturaleza, y el Estado, en cambio, en convenciones humanas surgidas de un contrato, y que son a aquéllas como la apariencia a la verdad. Los estatutos humanos siempre reprimen, según él, lo que es natural, lesionan la libertad, perjudican la igualdad entre los hombres y no sirven para proteger contra la injusticia.¹¹ La “transmutación de todos los valores” realizada por los sofistas tiene a anular la calificación del *nomos*, del nacimiento, de la posición social, de la educación tradicional, de la riqueza y de la fe convencional, en beneficio de una vida “natural”, que opone el ciudadano de la polis, ligado al *nomos*, al ciudadano del mundo, cuyos atributos son la libertad y la igualdad.

Para esta doctrina física, que presupone la separación de *Phycis* y *nomos*, y que culmina con el cosmopolitismo de los sofistas y de los postsocráticos, la formación de comunidades, la socialización, es el elemento primario, naturalmente dado, sólo sucesivamente limitado

⁵ Ibid., 394 3; Cf. También 370 b y 433 a.

⁶ Ibid., 394 3; ef. También 370 y 433 a.

⁷ Cf. Heráclito, frag. 114: “Si se quiere hablar con cordura, será necesario, entonces, armarse de lo que es común a todos, como a una ciudad con la ley, y aun mas. Pues todas las leyes humanas se alimentan de una ley divina, que impera como le place, y a todos les basta y sobre todos predomina” (Hermann Diles, Die Fragmente de Vorsokratiker (fragmentos de los presocráticos), Berlin, 1912, Vol. I, pp. 99 y ss.), Cf. También Platón, Gorgias, 484 A.

⁸ Platón, La Republica, 369 b, e, .

⁹ Platon La República, vers. Citi., 372 d.

¹⁰ Cf. La crítica de Platón a la tesis de Trasimaco en la Republica, 338 c.

¹¹ Cf. Diles, ob. cit., vol II. Pp. 289 y ss.

por la división del trabajo y de las instituciones endurecidas en sí mismas, que obtienen ventaja de un poder irracional.

Tal doctrina se encontraba en abierta oposición con los ordenamientos estatales existentes. En la Stoa media, en particular con Panecio de Rodas, en el siglo II antes de la era cristiana, el cosmopolitismo se confunde con la idea del Estado universal: en la *humanistas* se realiza la identidad del género humano y de su ordenamiento unitario.¹² Con ellos, sin embargo, el rechazo estoico del Estado se convierte en la absolutización del Estado, reflejo de la unificación de los pequeños Estados griegos en el Imperio mundial macedonio, y sostén, más adelante, del programa romano de Imperio Universal. De aquí surge una raíz de la concepción medieval de la sociedad como *universitas*,¹³ e inclusive en la teocracia augustiana la concepción del reino de Dios sigue siendo siempre la de un Estado. Se produce de tal modo, un vuelco ideológico de extraordinario alcance; el elemento secundario, derivado, la institución, resulta ser el primero, en la cabeza de los hombres que viven bajo el imperio de dichas instituciones, y que eliminan en gran medida de su conciencia el verdadero primario, es decir, su afectivo proceso vital. Es probable que a este vuelco haya contribuido el hecho de que el trabajo material, en virtud del cual la humanidad continúa subsistiendo, se mantuviese adherido a los esclavos durante toda la antigüedad clásica. Incluso en Aristóteles los esclavos son exceptuados de la definición de hombre- por lo tanto, naturalmente, del Estado-; el griego poseía para designarlos el neutro, pies de hombres. Sea como fuere, las doctrinas de humanidad universal de Panecio y Posidonio se adaptaron sin dificultades a las funciones de instrumentos ideológicos del Estado universal romano, del imperialismo integral. Y ello puede contribuir a explicar cómo fue posible que la filosofía estaética, con su *pathos* trágico, encontrase tan pronta acogida entre los romanos, gente eminentemente positiva. El estrecho entrelazamiento en el cual se compenetran sociedad y dominio, se revela con claridad, incluso en esas paradojas. Todavía hoy, en todos los idiomas, la propia palabra “sociedad” testimonia la forma en que, al lado del significado universal, pudo aislarse y conservarse otro: el de la “buena sociedad”, que abarca a todos aquellos que “se encuentran dentro” y se reconocen recíprocamente en los modos de la soberanía social, cuando no se encuentran lisa y llenamente fijados, en forma mecánica, en un social *register*¹⁴, con lo cual, es verdad, el concepto de *society* se elimina en forma tendenciosa.

El concepto de sociedad sólo volvió a ponerse en movimiento con el florecimiento de la época burguesa, entonces se vuelve agudo y patente el contraste entre las instituciones absolutismo-feudales y la capa social que va ya dominada el proceso vital material de la sociedad; y volvió a tener vigencia el contraste entre “sociedad” e instituciones existentes. El Estado no es ya aceptado como imagen de la *civitas dei*. Su origen, la relación de los hombres con él, son puestos en duda. Cuando el Estado es entendido por medio de la analogía con el “cuerpo”, tanto orgánico como mecánico,¹⁵ su identidad con la sociedad no se encuentra todavía radicalmente fragmentada; pero ya el Renacimiento conoce meditaciones más incisivas. Jerónimo Cardano, por ejemplo, distingue entre las comunidades pequeñas, que pueden, prescindir de las leyes y las grandes, imposibles sin las

¹² Cf. Eduard Zeller, Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung, Vol. III 1, Nachristotelische Philosophie, ed. Cit, pp. 307 y ss.

¹³ También Alberto Magno, reubicaba a Aristóteles entre los estoicos, a tal punto coleró la Stoa la imantada medieval de la filosofía antigua, hasta Tomás de Aquino.

¹⁴ En inglés en el texto (N. DEL T)

¹⁵ La concepción del todo social como cuerpo surge de Aristóteles (cf. Política, 1282 b), remitiéndose a él, los italianos Pomponazzi y Campanella como hombre más grande. Pero es un idea que vuelve a repetirse siempre, inclusive en la sociología foma; cf., por ejemplo, el “esqueleto objetivo” (*objektives Gerippe*) de Theodor Geiger.

leyes. El ascenso del individuo en la joven sociedad burguesa da fuerza a las tendencias más críticas hacia el Estado; el derecho natural es una legítima distancia del individuo frente al demonio absoluto y a la potencia del Estado.¹⁶ El Estado no es ya un dato inmóvil, una unidad existente por XXI misma, sino que se compone de partes individual, los individuos; el conjunto sólo resulta de la suma de éstos. Con lo cual se postula el problema de por qué y cómo pasa la parte aislada al toso social:

Como sucede, en rigor, en el reloj, o en otra máquina un tanto complejo se puede saber cuál es la función de cada una de las partes y de la una de las rueditas, salvo si se desmonta el todo y se estudia, por parte, la materia, la forma, el movimiento de los elementos. Del mismo modo, cuando se investiga el derecho del Estado y los deberes de los ciudadanos, necesario, no ya disolver el Estado, sino considerarlo como si estuviese amontonado, es decir, hace falta entender bien la calidad de la naturaleza humana, en qué aspectos es capaz de componer un Estado, o refractaria ello, y de qué manera los hombres, cuando quieren unirse, deben combinarse entre sí.¹⁷

La formula “de qué manera los hombres deben combinarse entre sí sirve para demostrar que a esto no se llega por revelación divina, sino por medio del uso de la razón. El problema consiste ahora en la fundamentación racional del Estado y de la sociedad. La “justicia natural” es en Hobbes, como en el Iluminismo posterior, una simple “orden de la ración natural”¹⁸. Lo mismo sucede a Voltaire: la razón es “la única causa que hace subsistir la sociedad humana”.¹⁹ Hobbes pone explícitamente en duda la doctrina del hombre como *zoo politikòn*, como ente originalmente social²⁰ : “El hombre no es sociable por naturaleza, sino que llega serlo por educación.” Los hombres viven primero sin instituciones, en un estado de igualdad en el cual cada uno tiene derecho sobre todas las cosas. El esfuerzo para adquirir ventajas y poderes sobre los demás hace que “el estado natural de los hombres, antes de agruparse en sociedad, fuese la guerra; y no sólo esto, sino la guerra de todos contra todos”.²¹ La “natural tendencia de los hombres a dañarse unos a los otros”²² entra en conflicto con la instancia de la razón natural, que exige “la conservación de la vida y de los miembros” de cada uno.²³ Y este conflicto termina con una historia de la razón, es decir, con el contrato que garantiza a cada uno la propiedad de determinados bienes. De tal modo entra en juego un nuevo argumento, al cual la sociedad burguesa se atenderá en adelante con firmeza: la teoría de que la sociedad se basa en la propiedad privada, y de que el Estado debe asumir la tutela de dicha propiedades. Para tal fin, y con vistas a salvaguardar el primer contrato, o contrato de sociedad, se establece un segundo, el de dominación, con el cual los individuos se someten a las instituciones del Estado. El temor de todos respecto de todo es superado por el “temor hacia un poder que ésta por encima de todos”. La convivencia de los hombres –es decir, la sociedad- es posible sólo gracias al sometimiento de los individuos. Hobbes trata de solucionar la dialéctica de

¹⁶ Cf., en este sentido, Baruch Spinoza, *Tractatus Politicus*, cap. II · 4, dar derecho de naturaleza, entonces, entiendo las propias leyes naturales, las reglas según las cuales todas las cosas suceden, es decir, la potencia de la naturaleza. Por ello, el derecho de toda la naturaleza y de uno de los individuos coincide con su potencia. Todo lo que cada uno hace de acuerdo con las leyes de su naturaleza concuerda con el sumo hecho de la naturaleza; tiene tanto derecho de naturaleza cuándo vale potencia”.

¹⁷ Hobbes, *Elementa philosophica*, De cive, apud Da mielen Elzevirium, Estelodami, 1669, Prefacio ad lectores.

¹⁸ *Ibid.*, Epistola dedicataria.

¹⁹ El filósofo ignorante, en Voltaire, escritos filosóficos.

²⁰ Hobbes, ob. Cit., I, II, Annotatio.

²¹ *Ibid.*, Sub titulo libertatis, I, XII, p. 15.

²² *Ibid.*, p. 14.

²³ *Ibid.*, I, IX, p. 12.

fuerza y derecho otorgando primacía a este último, vinculando a la razón, pero sólo como nueva fuerza. El poder del más fuerte en el estado de naturaleza se transforma así en el poder legal de la dominación.

Controla Hobbes y su extremada franqueza, la doctrina posterior de la sociedad polemizó quizá no menos que contra la deducción teocrática del Estado de designio divino. Aparece como menos aceptable aun el derivar todas las formas de convivencia social y civil del sometimiento de los individuos; pero los esfuerzos del pensamiento fueron atraídos entonces, no por la posibilidad, abstractamente planteada como hipótesis, de una sociedad sin instituciones, sino por el problema de una sociedad con instituciones justas, en la cual el derecho se basa en la libertad y no en la fuerza. En efecto, resulta casi imposible separar el concepto de sociedad de la polaridad de los dos elementos, el institucional y el natural. Hay constitución en sociedad sólo en la medida en que la convivencia de los hombres es medida, objetivada, “institucionalizada”. A la inversa, las instituciones no son, en sí, otra cosa que epifenómenos del trabajo vivo de los hombres. La sociología se convierte en crítica de la sociedad en el momento mismo en que no se limita a describir y ponderar las instituciones y los procesos sociales, sino que además los confronta con ese sustrato, la vida de aquellos a quienes se superponen las instituciones y de los cuales consisten ellas mismas, en las formas más variadas.

Cuando la reflexión acerca de lo que es la “sociedad” pierde de vista la tensión entre instituciones y vida, y trata, por ejemplo, de resolver lo social en lo natural, no orienta un esfuerzo de liberación respecto del apremio de las instituciones, sino que, por el contrario, corrobora, una segunda mitología, la ilusión idealizada de cualidades originales, que se remontaría precisamente a lo que surge a través de las instituciones sociales. Un tipo extremo de esta falsa e ideología reducción naturalista de la sociedad es el monto racista del nacional-socialismo; la praxis que la atacó mostró en qué forma la crítica romántica de las instituciones, sustraída al vínculo de la dialéctica social, se hunde en la disolución de todas las garantías protectoras de lo que es humano, en el caos, y finalmente en la absolución de la institución desnuda, del puro y simple dominio.²⁴

Como relación de los hombres en los marcos de la conservación de la vida total, y por lo tanto, como un hacer, antes que como un ser, el concepto de sociedad es esencialmente *dinámico*. Hecho de que al final de cada ciclo de trabajo social quede, como tendencia, un producto social mayor, implica ya, por sí mismo, un momento dinámico. A tal dinámica se refiere la doctrina spenceriana del desarrollo de la sociedad, que abarca todos los procesos y productos que presuponen las actividades coordinadas de numerosos individuos, actividades coordinadas que producen resultados con mucho superiores, en su amplitud y complejidad, a los que se obtiene en cada individual.²⁵

Este “plus”, y todo lo que implica en materia de cambiantes posibilidades, necesidades e incluso conflictos, remite, necesariamente, a modificaciones del *Statu quo*, sean ellas deseadas o no por los hombres o por aquellos que los dominan. Por otra parte, aun el incremento de la riqueza social es, entre otras cosas, uno de los orígenes de la autonomía

²⁴ La antítesis de sociedad y comunidad, formulada por primera vez por Scheleiermacher, se define en la sociología alemana, particularmente gracias a la obra principal de Ferdinand Tönnies, intitulada precisamente *Gemeinschaft and Gesellschaft* (Leipzig, 1887). Tönnies subdivide los vínculos sociales, en los cuales los hombres actúan unos sobre los otros salvaguardando cada uno la propia vida y voluntad, en “vida real y orgánica” por un lado, y “formación ideal mecánica” por el otro, es decir, comunidad y sociedad. La primera abarca el lenguaje, las costumbres, las creencias, “convivencia familiar, doméstica, exclusiva”, es, “organismo viviente”. La otra se comprueba, por ejemplo, en la actividad adquisitiva y en la ciencia racional, y es por Tönnies sólo una forma de convivencia “transitoria y aparente”; “agregando y artefacto mecánico” (ob. cit., libro I Y D), en la comunidad hay “hombres vinculados entre sí en forma orgánica y por voluntad”, que se aceptan positivamente. En la sociedad “no están vinculados en esencia, sino en esencia divididos” (19). La determinación económica de la comunidad es “la posesión y el goce de los bienes comunes” (11), de la sociedad, el mercado, el cambio y el dinero. (CF. Tönnies, Comunidad y sociedad). Este esquema peligrosamente simple, aunque en un sentido totalmente distinto del que consideraba Tönnies, reaparece en el Tercer Reich como contraposición propagandística de “comunidad de estirpe ario-germánica” y “sociedad atomizada judeo-occidental”.

²⁵ Spencer, principio de sociología, cit., p. 6.

que las instituciones y formas de la socialización de los hombres adoptan para éstos, cómo cosa organizada, y que no es ya idéntica a los hombres mismos, sino que se ha venido afirmando y consolidando frente a ellos. El principio de la construcción en sociedad era al mismo tiempo, un principio de conflicto social entre trabajo vivo y momentos “estáticos”, como las instituciones cosificadas de la propiedad, no por nada la oposición de *nomos* y *Phycis* será entendida, con el surgimiento de la sociedad industrial, como oposición entre trabaja y propiedad. Ya en Saint-Simon estas dos categorías desempeñan un papel esencial. Hegel, frente a la nueva economía política-clásica, ofrece una rotunda elaboración de la relación así constituida; la satisfacción de las necesidades del individuo es posible para él, sólo mediante la “general dependencia recíproca”, “y la satisfacción de la totalidad de sus necesidades es un trabajo de todos”. “La actividad del trabajo, y de la necesidad como movimiento de éste tiene, del mismo modo, su aspecto inmóvil en la posesión.” De la relación dialéctica entre trabajo y posesión resulta, no sólo lo “general”, la sociedad, sino la existencia misma del individuo como hombre, como persona.²⁶ sin embargo a diferencia de los economistas, Hegel construye su concepto del trabajo, no sólo en lo que respecta a la obra común de transformación del mundo exterior, y a la distribución de las funciones laborales individuales entre los miembros de la sociedad, sino, además, con referencia a la historia del hombre mismo, a su “formación” [*Bildung*].

La sociología oficial no ignora estas relaciones. Pero procede, aquí, según las reglas de una ciencia clasificatoria, ella misma endurecida ya en instituciones. De tal manera, Comte dividía por anticipado las leyes de la sociedad en estáticas y dinámicas. Exige que “en sociología [...] se distinga con claridad, para cada objeto político, entre el estudio fundamental de las condiciones de existencia de la sociedad y el de las leyes de su perpetuo movimiento”.

Esta distinción conduce a dividir “la física social en dos ciencias principales, que se podrán denominar estática y dinámica social”. Comte identificó, de una vez para siempre, dos principios que actúan en el mundo: el del orden y el del progreso. Tansladado este esquema a la sociedad, debería corresponderle también a está un “dualismo científico”:

Es evidente que el estudio estático del organismo social debe coincidir, en el fondo, con la teoría positiva del orden, que, en efecto, sólo puede consistir en una justa armonía permanente entre las diversas condiciones de existencia de las sociedades humanas. Y con más claridad aun se ve en qué forma el estudio dinámico de la vida colectiva de la humanidad constituye, necesariamente, la teoría positiva del progreso social, que, si se deja a un lado toda vana idea de perfectibilidad absoluta e ilimitada, sólo puede reducirse, como es natural, a la simple noción de ese desarrollo fundamental.²⁷

Muy cercana a ésta se encontrará además, la tentación de trasfigurar en algo eterno el movimiento institucional, en virtud de su “estática” y en menospreciar como mutable y causal el momento dinámico del proceso vital de la sociedad. Comte no deja de afirmar la relación de orden y progreso “cuya íntima e indisoluble combinación caracteriza ya, tanto la dificultad fundamental, cuando el primer recurso de todo autentico sistema político”.²⁸ Pero este programa es contradicho tanto por su tendencia política como por su método de

²⁶ G. W. Hegel, *Jenenser Realphilosophie*, I (Lecciones de 1803-1804), ed. Lasson, vol XIX, Leipzig, 1932, pp. 236 y ss.

²⁷ Comte, *Curs de Philosophie positive*, cit. tomo IV, pp. 320 y ss.

²⁸ *Ibid.*, pp. 9 y ss.

tipo naturalista. El desarrollo total de la sociedad burguesa le aparece llevar a la disolución anárquica de la sociedad misma, y por lo trata de subordinar el progreso al orden.

Por otra parte, aun en un pensador dialéctico como Marx sentimos el eco de la división en estática y dinámica. Y ni siquiera hoy la sociología se ha desembarazado totalmente de dicha división.

Marx contraponen las leyes naturales e invariables de la sociedad a las especificidades de desarrollo de los antagonismos “sociales” y las “leyes naturales de la producción capitalista”²⁰ Y su pensamiento recorrió aquí la idea de ciertas categorías que tenderían a eternizarse en todo lo que para él era “prehistoria”, el reino de la falta de libertad, para transformar el modo de su manifestación, sólo en la forma moderna y racionalizada de la sociedad de clases; también el trabajo asalariado libre es esclavitud del salario. Una especie de ontología negativista, por lo tanto, o, si se quiere, la profunda percepción de los existenciales de la historia, dominio y falta de libertad, y de lo poco decisivo que hasta ese momento se había advertido en esa realidad, a pesar de todos los progresos de la *ratio* y de la técnica.

Sin embargo, la división entre invariantes y modificaciones, entre sociología estática y dinámica, es, en términos rigurosos, insostenible. Dicha división contrasta irremediabilmente con el propio concepto de sociedad como unidad indisoluble de dos momentos.

Las leyes históricas de determinada fase no son simples modos de manifestación de leyes más generales, sino que, por el contrario, todas las leyes son instrumentos conceptuales forjados en el intento de dominar las tensiones sociales en su raíz teórica. Al hacer tal cosa, la ciencia se mueve en diversos planos de abstracción, sin que por ello le resulte lícito representarse la realidad misma como un montaje de dichos niveles. Uno de los *desiderata* esenciales que es preciso postular a la actualidad sociológica es precisamente el de que debe liberarse de la menguada antítesis entre estática y dinámica social, que se manifiesta en la actividad científica, antes que nada como antítesis de las doctrinas conceptuales de la sociología formal, por una parte, y del empirismo sin conceptualización, por otra. La ciencia de la sociedad no puede someterse – a menos que quiera deformar el objeto con su propio apartado conceptual- al dualismo de un *hic et nunc* henchido de contenido pero amorfo, y de una universalidad constante pero vacía. Por el contrario, la comprensión de la estructura dinámica de la sociedad impone la instancia de un incansable esfuerzo de unidad de lo general y lo particular. Incluso esta unidad se pierde cada vez que la sociología se limita sólo a las calificaciones más generales de lo que es la sociedad, como definiciones como “[la sociedad] es el concepto más general que abarca el conjunto de las relaciones del hombre con sus semejantes”, del cual queda excluido a priori lo concreto:

La sociedad no es más que una parte de la totalidad concreta de la vida social del hombre, sobre la cual los factores de la herencia y del ambiente influyen tanto como los elementos culturales que actúan, como conocimientos y técnicas científicas, regionales, sistemas éticos y metafísicos, y formas de la expresión artística. Sin todas estas cosas, no existe la sociedad; en todas las manifestaciones concretas de la misma, ellas actúan, sin ser, sin embargo, ellas mismas, la sociedad. Esta abarca únicamente el conjunto de las relaciones sociales como tales.³⁰

²⁰ Carlos Marx, *El capital*. Cf. *Grundrisse der Politischen Ökonomie Berlin*, 1953, pp. 7 y 10, y pp. 364 y ss., así como la recensión de Federico Engels de *Para una crítica de la economía política*, en « *Das Volk* », Londres, 6 y 20 de agosto de 1859, reproducida en *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, Berlin, 1951, pp. 217 y ss.

³⁰ Talcott Parsons, artículo *Society in the Encyclopaedia of the Social Sciences*, vol., XIX, pp. 225 y 231.

Este tipo de aproximación domina sobre todo en la sociología formal alemana. “Es posible reducir totalmente el esqueleto objetivo de la sociedad a conceptos cuantitativos y mensurables, y describir por medio de ellos”, escribe Theodor Geiger.³¹

El “carácter objetivo” de las formaciones sociales no se basa en sus “objetivaciones”, es decir, en las creaciones subjetivas: bienes de cultura, símbolos, ordenamientos, normas y otros semejantes [...]. Estas configuraciones sociales del “segundo orden” sólo hacen experimentable para el observador, y junto con otros síntomas, la efectualidad objetiva “de la” sociedad, y representan, para el miembro, la formación social como tal. Pero estas objetivaciones, lejos de constituir la sustancia misma de la sociedad, son contenidos de la vida social: el objeto de la sociología no es, por lo tanto, la obra de arte o la doctrina religiosa, sino la totalidad de los procesos de socialización [*Vergesellschaftungsvorgänge*] que se realizan en relación con el surgimiento de aquélla, en su comunicación, recepción, transformación. Por ejemplo, entonces, la vida artística, en la medida en que está socializada, etcétera.³²

Contra esta concepción será necesario afirmar que el concepto de sociedad abarca precisamente la unidad de lo general y lo particular en la correlación total y autorreproductiva de los hombres. se podrá preguntar en qué consiste la especificidad de una sociología así entendida respecto de la economía política, tanto más cuanto que uno de sus temas fundamentales, las instituciones, es posible, en gran medida, de reconstrucciones por medio de categorías económicas. La única respuesta a esta objeción, en principio, es la de que incluso la ciencia económica, tal como se nos presenta hoy, se refiere, cuando mucho, a un cálculo derivado, ya cosificado. En general, al mecanismo, aceptado como tal, de la sociedad de intercambio altamente desarrollada. Pero en la realidad histórica los contratantes de las operaciones de intercambio no han entrado, ni entran, en las relaciones racionales recíprocas que exigían las leyes de aquéllas, sino que se acomodan, en medida decisiva, y en esas relaciones sociales, a diferencias del poder efectivo, de la disposición altamente diferenciado, sino en todas las épocas acerca de la cuales es legítimo hablar de sociedad en el sentido aquí analizado. Por consiguiente, el proceso vital de fondo, que proporciona a la sociología su objeto, es, por cierto, un proceso económico. Pero e las leyes económicas ya se encuentra estilizado en un sistema conceptual de operaciones rigurosamente racionales, que es adoptado tanto más insistentemente como esquema explicativo, cuanto menos realización efectiva ha encontrado. La sociología es economía sólo como economía política, y de ellos surge la inferencia de una teoría de la sociedad que vuelva a llevar las formas vigentes de la actividad económica, las instituciones económicas, al orden social.

La dinámica de la sociedad como correlación funcional de hombres se expresa, en el nivel más elevado, en el hecho de que, según todo lo que podemos aquilatar del curso histórico, la socialización de los hombres tiende a aumentar. Es decir, que, en general, cada vez hay “más” “sociedad”. Spencer ya lo había observado, y anotaba toda una serie de causas: el progresivo aumento del conjunto social, la acción recíproca entre la sociedad y sus elementos, así como entre una sociedad la vecina, y el “continuo amasarse de productos superorgánicos”, como los instrumentos materiales, el lenguaje, el saber, las obras de arte:

³¹ Theodor Giger, *Über Soziometrik and there Grewenzen*, en “Kolner Zeitschrift für Soziologie and Sozialpsychologie”, a. I, 1948-49, p. 221.

³² Id., artículo *Gesellschaft*, en *Handuorterbuch der Soziologie*, al cuidado de Alfred Vierkandt, Stuttgart, 1981, p. 211.

Reconocida la verdad fundamental de que los fenómenos sociales dependen en parte de la naturaleza de los individuos, en parte de las fuerzas a las cuales éstos sujetos, vemos que estas dos series de factores, radicalmente diversos entre si, y que son causa de las modificaciones sociales, se entrelazan tanto más con otras series cuanto más avanzada esas modificaciones. La influencia del ambiente orgánico e inorgánico, que subsiste desde el comienzo, y que es ahora casi invariable, se modifica luego, a su vez, bajo la influencia de la sociedad que se desarrolla. El simple aumento de la población hace entrar en juego nuevas causas de modificaciones, cuya importancia crece progresivamente. Las influencias de la sociedad sobre las unidades que la componen, y de éstas sobre la naturaleza de aquélla, colaboran incesantemente en la creación de nuevos elementos. Al crecer las sociedades en dimensiones y articulaciones interna, reaccionan unas sobre otras, ora en choques guerreros, ora en intercambios comerciales, y determinan, de esta manera, otras transformaciones profundas. Los productos superorgánicos cada vez mayores, que se hacen cada vez más complejos, constituyen, además, otro grupo de factores, cuyo efecto transformador va en aumento. Y así sucede cada paso hacia delante determina, en los factores de transformación, por complicados que ya fuesen, posteriores y mayores complicaciones, pues crean otros factores nuevos, que aumentan constantemente, sea en complejidad, sea en potencia.³³

La visión spenceriana del avance del proceso de socialización es formulada en la teoría, ya famosa, de la progresiva integración y diferenciación de la sociedad. Los dos momentos son complementarios:

El aumento de una sociedad en el número de los miembros y en la consolidación, se da simultáneamente con un aumento de heterogeneidad, tanto en su organización política cuanto en la industria³⁴

El momento cualitativo, que Spencer define como “incremento de la estructura interna”, se expresa en la categoría de la diferenciación: “Para hacer posible la vida combinada de una gran masa [...] son necesarios complejos ordenamientos.”³⁶ La idea spenceriana de la integración progresiva ha encontrado confirmación: y el término entró también en la jerga del fascismo, a propósito del “estado integral”, aunque el ultraliberal Spencer jamás habría pensado, por cierto, que pudiera operarse semejante transposición social de la función de su teoría.

Bastante más discutible aparece la validez del concepto de diferenciación. El mismo recoge la correlación entre progreso de la socialización y de la división del trabajo, pero deja en la sombra una tendencia opuesta, e implica, también ella, en la división cada vez mayor del trabajo. Dicha tendencia se contrapone a la diferenciación: cuanto más pequeñas son las unidades en que se subdivide el progreso social de producción con el avance de la división del trabajo y de la racionalización de la producción, tanto más tienden, las operaciones laborales así subdivididas, a asemejarse y a perder su especificidad cualitativa. De tal manera, el trabajo del obrero industrial en general aparece, en cada uno de sus aspectos, menos diferenciado que el artesano. Spencer no previó que el progreso de “integración” haría superfluas numerosas categorías de mediaciones que complicaban y diferenciaban el todo, y que se vinculaban con la competencia y con el mecanismo de mercado, debido a lo cual una sociedad verdaderamente integral es, en muchos aspectos, muchos más “sencilla” que la del liberalismo en el más alto grado de desarrollo; en tanto que el carácter complejo de las relaciones sociales en la etapa actual, acerca del cual tanto se habla, opera, con suma

³³ Spencer., ob. Cit., 13.

³⁴ *Id.*, *I primi principii*.

³⁶ *Id.*, *Principii di sociologia*, cit., parte II, 227, p. 336.

frecuencia, como un simple velo que oscurece dicha simplicidad. Es posible que a este procesos corresponda una tendencia regresiva a la menor diferenciación y a un mayor primitivismo en términos de subjetividad antropológica. La grandiosa síntesis spenceriana permite así observar en cuán escasa medida una teoría como esta, de espíritu rigurosamente positivista, puede protegerse contra el peligro de hipostasiar un elemento temporáneo, la progresiva diferenciación que se produjo en determinado momento de la sociedad burguesa-liberal altamente desarrollada, interpretándolo como ley eterna: y, por lo demás, así ha hecho la sociedad burguesa con suma frecuencia, trasfigurando sus leyes históricas en leyes absolutas, en la perspectiva de los principios de libertad e igualdad que en ellas se realizan formalmente. Por otra parte, la pérdida de diferenciación en la sociedad actual no es sólo algo positivo, una especie de ahorro de cargas superfluas, sino, además, algo profundamente negativo., vinculado de manera indisoluble al surgimiento de la barbarie en el corazón mismo de la vida civil, y en el cual vemos en funcionamiento ese “igualitarismo nivelador” del que tanto se acusó, en su época, a los críticos de la sociedad.

Pero inclusive en la fase actual el aumento de la socialización se manifiesta en dos momentos, el uno cualitativo, el otro cuantitativo. Por un lado se “socializa” cada vez más, nuevos y más numerosos individuos, grupos humanos y pueblos son arrastrados al contexto funcional de la sociedad. Esta tendencia socializadora se había intensificado ya de tal manea en el siglo XIX, que incluso los países que se habían mantenido a la retaguardia del pleno desarrollo capitalista se encontraba sin embargo implicados, en el sentido de que incluso su no-ser-todavía o no-todavía- del- todo “capitalistizados” constituía una de las fuentes de la multiplicación del capital n los países dominantes dio lugar, precisamente así, a luchas políticas y sociales. Hoy, gracias, entre otras cosas, al progreso de los medios de transporte ya la descentralización industrial y tecnológicamente previsible, la socialización de la humanidad se aproxima a una nueva culminación; y lo que parece mantenerse “fuera” persiste en esa su extraterritorialidad, más bien como algo tolerado, o en el ámbito de un plano más amplio, y no en virtud de una auténtica e indiscutible subsistencia de lo “exótico”. Y aquí será preciso recordar la trivial verdad de que el progreso acelerado de la socialización no es, sin más trámites, fuente de pacificación del mundo y de superación de los antagonismos. En la medida misma en que el principio de construcción e sociedad es en sí mismo ambivalente, sus progresos han reproducido, por lo menos hasta ahora, las contradicciones, si bien a un nivel cada vez más alto. Si es válida la célebre fórmula de Wendell Wilkies del “mundo unitario”, es preciso decir incluso ese One World se caracteriza por la ruptura de dos “bloques” monstruosamente armados uno contra el otro; y apenas resulta exagerado decir que el desarrollo hacia la sociedad total es acompañado, inevitablemente, por el peligro de la aniquilación total de la humanidad.

Existe además otro sentido en el cual tenemos cada vez “más” sociedad. La red de las relaciones sociales entre los individuos humanos tiende a hacerse cada vez más densa; es cada vez más reducido aquello que en el individuo subsiste y la elude. Y es preciso preguntarse si tales momentos autónomos y tolerados por el control social pueden todavía formarse y en qué medida. El concepto de sociedad, en el sentido estricto delimita hache con claridad la sociología de la antropología, en la medida misma en que el objeto de la segunda depende ampliamente, a su vez, del proceso de socialización. En otras palabras, lo que a la reflexión filosófica tradicional se le aparecía como esencia del hombre es determinado, en cada una de sus partes, por la naturaleza de la sociedad y por su dinámica. Esto no significa, en rigor, que los hombres hayan sido más libres en épocas anteriores de la

vida social, o que debiesen serlo necesariamente. Aquí existe una ilusión de revelar: se mide la sociedad con el metro del liberalismo, y la tendencia a la socialización total en la época posliberal aparece como un *mostrum* inédito de opresión. Pero es ocioso investigar si el poder y el control social en una sociedad de cambio llevada a sus últimas consecuencias son mayores o menores que en la sociedad basada en la esclavitud de Estado, como por ejemplo la de los antiguos imperios mesopotámicos y egipcios. Más legítimo será, en cambio, observar que precisamente debido

GIDDENS, Anthony (1997). “Cultura y Sociedad”. En: Sociología. México. Editorial Alianza, pp. 83-92.

Capítulo 2 Cultura y sociedad

GIDDENS Anthony “Cultura y Sociedad” en
Sociología
Edi. Alianza
México D.F., 1997
pp. 63-92

El encuentro de las culturas

Hace alrededor de medio siglo los habitantes de las islas del Pacífico Occidental empezaron a construir elaborados modelos de aeroplanos de madera de grandes dimensiones, horas y horas de paciente labor se emplearon en su construcción, aunque ninguno de ellos había visto nunca un avión de cerca. Los modelos no estaban diseñados para el vuelo, eran de una importancia vital por los movimientos religiosos dirigidos por los profetas locales. Los líderes religiosos proclamaban que si se celebraban ciertos ritos, el «cargamento» caería del cielo. El cargamento consistía en los bienes que habían traído los europeos a las islas para su consumo propio. Entonces desaparecerían los blancos y los ancestros de los nativos retomarían. Los isleños creían que como resultado de practicar con fe ritos iba a llegar una nueva era en la cual disfrutarían de la riqueza material de los intrusos blancos manteniendo sus modos de vida tradicionales (Worsley, 1970).

¿Por qué surgieron estos «cultos cargos»? Se originaron a raíz del enfrentamiento entre las ideas y costumbres tradicionales de los isleños y los modos de vida introducidos a través de la influencia occidental. La riqueza y el poder de los blancos no eran difíciles de apreciar, y los isleños terminaron asumiendo que los misteriosos objetos volantes que apartarían las riquezas de que disfrutaban los intrusos eran la fuente misma de tal riqueza. Desde el punto de vista de los isleños era lógico intentar controlar los aviones por medios religiosos y rituales. Al mismo tiempo estaban tratando de proteger y preservar sus propias costumbres amenazadas por la llegada de los colonizadores.

El conocimiento que los isleños poseían de los modelos de comportamiento y de la tecnología occidental era relativamente escasos; interpretaban las actividades de los europeos en términos de sus propias creencias y de su posición en el mundo.

En ese sentido, sus reacciones eran similares en casi todas partes antes de la época moderna. Incluso los habitantes de las grandes civilizaciones en el pasado eran vagamente

conscientes de los modos de vida de otros pueblos. Cuando los exploradores y los marcadores occidentales viajaron por mar a zonas remotas del globo en los siglos XVI Y XVII consideraban a aquellos con los que entraron en contacto como «bárbaros» o «saqlvakjes».

Primeros contratos con otras culturas

Los europeos que viajaron a las Américas en el siglo XV iban buscando gigantes amazonas y pigmeos, la Fuente de la Eterna Juventud, mujeres cuyo cuerpo nunca envejecía y hombres que vivían cientos de años. Las imágenes familiares de los mitos europeos tradicionales les ayudaron a guiarse en los viajes emprendidos. Los indios americanos eran vistos inicialmente como criaturas salvajes, más afines a los animales que a los seres humanos. Pracelso, científico del siglo XVI, representó a América del Norte como un continente poblado por criaturas que eran mitad hombre, mitad bestia. Ninfas, sátiros, pigmeos y salvajes eran seres sin alma surgidos de la tierra de modo espontáneo. El obispo de Santa Marta, en Colombia, Sudamérica, describía a los indios locales «no como hombres sin mala racional, sino salvajes de los bosques, razón por la cual no podían poseer nunca ninguna doctrina cristiana, ninguna virtud ni ningún tipo de aprendizaje» (Paguen, 1982, p.23)

Por el contrario, los europeos que establecieron contacto con el Imperio chino durante los siglos XVII de Inglaterra enviaron una misión comercial a China para promover el intercambio comercial. A los visitantes «bárbaros» se les permitió establecer varios puestos comerciales en China, así como beneficios de los lujos que el país pudiera proporcionarles. Los propios chinos, se les decía a los visitantes, estaban poco interesados en lo que los europeos pudieran ofrecerles: «Nuestro Imperio Celestial posee todas las cosas en abundancia y no carece de ningún producto dentro de sus fronteras. No hay, por tanto, ninguna necesidad de importar las manufacturas de bárbaros extranjeros a cambio de nuestros productos.» Una solicitud de permiso para enviar misioneros occidentales a China encontró la respuesta: «La distinción entre chinos y bárbaros es escrita, y la petición de su embajador de que sus bárbaros obtengan total libertad para expandir se religión no es en modo alguno razonable» (Worsley, 1967, p.2)

El abismo entre Oriente y el Occidente era de tales dimensiones que cada uno tenía las creencias más extrañas sobre el otro. Por ejemplo, incluso en época tan tardía como finales del siglo XIX era ampliamente compartida en China la idea de que los extranjeros, y particularmente los ingleses, morirían de estreñimiento si se vieses privados de ruibarbo. Hasta hace dos siglos nadie poseía la «visión global» del mundo que ahora damos por supuesto.

Uno de los primeros y más dramáticos encuentros entre occidentes y otras culturas ocurrió en la tardía fecha de 1818. una expedición naval inglesa que iba en busca de un paso hacia Rusia entre la isla Baffin y Groenlandia, dentro del círculo ártico, tuvo un encuentro fortuito con los esquimales polares. ¡Hasta ese día los esquimales habían pasando que eran los únicos habitantes del mundo!

El concepto de cultura

En este capítulo trataremos de la unidad y la diversidad de la vida y la cultura humana. El concepto de **cultura**, junto al de **sociedad**, es una de las nociones más ampliamente utilizadas en sociología. **Cultura** se refiere a los **valores** que comparten los miembros de un grupo dado, a las **normas** que acatan y a los bienes materiales que producen. Los valores son ideales, abstractos, mientras que las normas son principios definidos o reglas que las personas deben cumplir. Las normas representan el «hazlo» y el «no lo hagas» de la vida social. Así, la monogamia – ser fin a la pareja de un único matrimonio- es un valor prominente en la mayoría de las sociedades occidentales. En otras muchas culturas se permite que una persona tenga varias esposas o varios maridos simultáneamente. Las normas de comportamiento en el matrimonio incluyen para con sus converges. En ciertas sociedades, se espera que un esposo o una esposa mantenga una estrecha relación con sus suegros; en otras, se espera que mantenga una marcada distancia respecto a ellos.

Cuando utilizamos la palabra «cultura» en nuestra conversación cotidiana muchos piensan en ella como equivalente a «los aspectos más elevados de la mente» -arte, literatura, música y pintura. El empleo que de ella hacen los sociólogos incluye tales actividades, pero también otras. Cultura se refiere a los modos de vida de los miembros de una sociedad o de los grupos de la sociedad. Incluye el modote vestir, sus costumbres matrimoniales y la vida familiar, sus modelos de trabajo, las ceremonias religiosas y sus pasatiempos. Cubre además los bienes que crean y que adquieren significado para ellos- arcos y flechas, arados, fabricas y máquinas, ordenadores, libros, viviendas.

«Cultura» se distingue conceptualmente de «sociedad» pero existen estrechas conexiones entre ambas nociones, una sociedad es un *sistema de interrelaciones* que conecta a los individuos entre si. Ninguna cultura podría existir sin sociedad. Pero, por la misma razón, no puede haber una *sociedad* carente de cultura. Sin cultura no seríamos «humanos» en absoluto, en el sentido en que normalmente empleamos dicho término. No tendríamos una lengua con la cual expresáramos ni un sentido de autoconciencia, y nuestra habilidad para pensar y razonar se vería notablemente limitada – como veremos a lo largo de este capítulo y del capítulo 3 («Socialización y ciclo de vida»).

El tema central de este capítulo y del siguiente es la herencia biológico versus la herencia cultural de la humanidad. Las preguntas relevantes son; ¿Qué es lo que distingue a los seres humanos de los animales? ¿De dónde proceden nuestras características típicamente humanas? Son preguntas cruciales para la sociología porque sientan las bases de todo el campo de estudio. Para responderlas deberemos analizar tanto lo que los seres humanos tienen en común como las diferencias entre las distintas culturas.

Las variaciones culturales entre seres humanos están ligadas a los distintos tipos de sociedad, y seguidamente estableceremos una comparación entre las principales formas de sociedad que pueden identificarse tanto en el pasado como en el presente. A lo largo del presente capítulo la atención se sentará en el modelo en que el cambio social ha afectado el desarrollo cultural humano –concretamente desde los tiempos en que los europeos empezaron a exportar sus modelos de vida alrededor del mundo.

La especie humana

A pesar de los enfrentamientos y los malentendidos que se produjeron, la creciente intrusión de los occidentales en otras partes del globo preemitió comprender, de forma gradual, lo que los seres humanos comparten en cuanto especie, así como las variaciones en la cultura humana (Hirst y Wolley, 1982). Charles Darwin, pastor de la iglesia de Inglaterra, publicó su obra *El origen de las especies* en 1859, después de dos viajes alrededor del mundo a bordo del *Beagle* de Su Majestad la Reina. Partiendo de sus detalladas observaciones de las distintas especies animales, Darwin elaboró una visión del desarrollo de los seres humanos y de los animales muy distinta de las mantenidas hasta entonces.

Como hemos visto, no era infrecuente en esa época que la gente creyera en seres mitad bestia mitad hombre, pero los hallazgos de Darwin dichas posibilidades quedaron completamente descartadas. Darwin aspiraba a encontrar una continuidad de desarrollo entre los animales y los seres humanos. Según él, nuestras características humanas emergieron de un proceso de cambio biológico que se remonta a los orígenes de la vida en la Tierra, hace más de tres mil millones de años. La visión que Darwin tenía de los humanos y de los animales era para muchos más difícil de aceptar incluso que aquella de las criaturas mitad bestia mitad hombre. Puso en acción una de las teorías más persuasivas, de la ciencia moderna: la teoría de la **evolución**.

Evolución

Según Darwin, el desarrollo de la especie humana se produjo como resultado de un proceso *aleatorio*. En muchas regiones, incluida la cristiana, se considera que los animales, por contraste, concibe el desarrollo de las especies animales y humanas como desprovisto de intencionalidad. La evolución es resultado de lo que Darwin llamó selección natural. La idea de la selección natural es sencilla. Todos los seres orgánicos necesitan alimentos y otros recursos, tales como protección frente a las inclemencias del tiempo, para subsistir, pero no existen suficientes recursos para mantener a todos los tipos de animales que existen en un momento dado, ya que su prole es más extensa que la que el medio es capaz de alimentar. Los mejor adaptados al medio sobrevivieron, mientras que otros, menos capaces de soportar sus adversidades, parecen. Algunos animales son más inteligentes, más rápidos o tienen un mayor alcance visual que otros. En la lucha por la supervivencia poseen ventaja sobre los menos dotados. Viven más tiempo y son capaces de procrear, transmitiendo sus cualidades a las generaciones siguientes. Ha sido «elegidos» para sobre vivir y reproducirse.

Existe un proceso continuo de selección natural debido al mecanismo biológico de la mutación. Una mutación es un mecanismo casual que altera las características de algunos individuos de una especie. La mayor parte de las mutaciones son o bien perjudiciales o bien inútiles en términos de su valor para la supervivencia, pero algunas proporcionan al animal una ventaja competitiva sobre los demás: los individuos que poseen los genes mutantes tendrán a sobrevivir a expensas de lo que carecen de ellos. Este proceso explica tanto los cambios menores dentro de una especie como los grandes cambios que llevan a la desaparición de especies enteras. Por ejemplo, hace muchos millones de años aparecieron reptiles gigantes en diversas regiones del mundo. Su tamaño se convirtió en un handicap, mientras que los cambios que sufrieron otras especies menores les proporcionaron

capacidades adaptativas superiores. Los primeros ancestros de los humanos se encontraban entre estas especies con una mayor capacidad adaptativa.

Aunque la teoría de la adaptación ha sufrido modificaciones desde la época de Darwin, lo esencial del planteamiento darwiniano aún sigue siendo ampliamente aceptado. La teoría evolucionista nos permite adquirir un conocimiento claro sobre el surgimiento de las diferentes especies y de sus relaciones entre sí.

Seres humanos y simios

Hoy en día está generalmente admitido el hecho de que la vida tuvo su origen en los océanos. Hace unos cuatrocientos millones de años aparecieron las primeras criaturas terrestres. Algunas de ellas evolucionaron hasta convertirse en grandes reptiles, y fueron más tarde desplazadas por los mamíferos. Los mamíferos son criaturas de sangre caliente que se reproducen mediante intercambio sexual. Aunque los mamíferos en de un tamaño mucho mayor que los grandes reptiles, eran más inteligentes y más hábiles. Los mamíferos tienen una mayor capacidad de aprendizaje por medio de la experiencia que otros animales, y esta capacidad ha alcanzado su máximo desarrollo en la especie humana. Los seres humanos pertenecen a un grupo de mamíferos superiores, los primates, que tuvieron su origen hace unos setenta millones de años.

Nuestros parientes más cercanos entre las especies animales son el chimpancé, el gorila y el orangután. Se dice que, al conocer el contenido del discurso sobre la evolución de Darwin, la esposa del obispo de Worcester dijo: «¿Descendientes de los monos? Querido, esperemos que no sea cierto. Pero si fuera cierto, esperamos que la noticia no se difunda.» Como muchos otros desde entonces, la dama malinterpretó lo que la evolución implica. Los seres humanos no somos descendientes de los monos; los humanos y los monos han evolucionado a partir de grupos de especies ancestrales mucho más primitivas que vivieron hace mucho millones de años.

Los antepasados de los seres humanos fueron primates que caminaban en posición-erguida y que tenían un tamaño aproximado al de los actuales pigmeos. Su cuerpo era probablemente poco peludo, pero en otros aspectos se parecía más a los monos que a los humanos. Otros tipos de homínidos (seres pertenecientes a la familia humana) existieron entre ese período y el surgimiento de la especie humana como la conocemos hoy. Los seres humanos con una apariencia idéntica a la actual en todos los sentidos aparecieron hace unos cinco mil años. Existe una evidencia clara de que el desarrollo cultural precedió a, y probablemente conformó, la evolución de las especies humanas. Es prácticamente seguro que el empleo de herramientas y el desarrollo de formas de comunicación más o menos elaboradas, junto con la formación de comunidades sociales, desempeñó un papel central en el proceso evolutivo. Ofrecía unos valores de supervivencia mucho mayores para los ancestros de la especie humana que para otros animales. Los grupos que los poseían eran capaces de dominar su medio de un modo más eficaz que aquellos que carecían de dichos instrumentos. Sin embargo,, con el surgimiento de la especie humana el desarrollo cultural propiamente dicho se intensificó.

Debido a las líneas paralelas de desarrollo, la especie humana y otros primates comparten una serie de características. La estructura física del cuerpo humano es similar en casi todos

los aspectos a la de los monos. Al igual que los seres humanos, los monos tienden a vivir en grupo sociales, poseen cerebros proporcionalmente grandes al tamaño del cuerpo y atraviesan por un periodo en el que las crías dependen de los adultos.

Sin embargo, los seres humanos difieren apreciablemente de sus parientes más cercanos. Los seres humanos tienen una posición erguida, mientras que los monos están encorvados. El pie humano difiere notablemente de la mano, mientras que en la mayor parte de los monos ambos se asemejan. El cerebro humano es considerablemente mayor, en relación al cuerpo, que el cerebro de los monos más inteligentes. Mientras que el periodo de dependencia infantil entre los animales superiores es de dos años o menos, en los seres humanos se prolonga hasta siete u ocho años.

Naturaleza y ambiente

Sociobiología

Aunque reconocieron la continuidad evolutiva entre los animales y los humanos, hasta hace poco la mayoría de los biólogos tendían a sobre valorar las cualidades distintas de la especie humana. Los *sociobiólogos* que ven un estrecho paralelismo entre el comportamiento humano y animal han desafiado esta postura. El término **sociobiología** proviene de los criterios del norteamericano Edward Wilson (Wilson, 1975, 1978). Se refiere a la aplicación de principios biológicos a la explicación de las actividades sociales de todos los animales sociales, incluyendo a los seres humanos. Según Wilson, muchos aspectos de la vida social humana se basan en nuestro componente genético. Por ejemplo, algunas especies animales han elaborado rituales de cortejo por los que se llega a la unión sexual y a la reproducción. El cortejo y el comportamiento sexual humanos, según los sociobiólogos, implican por lo general rituales similares, basados asimismo en características innatas. En la mayor parte de las especies animales, por poner un segundo ejemplo, los machos son de mayores tamaños y más agresivos que las hembras, y tienden a dominar al «sexo débil». Tal vez los factores genéticos expliquen por qué en todas las sociedades humanas que conocemos los hombres tienden a ocupar posiciones de mayor autoridad que las mujeres. Un modo en el que los sociobiólogos han intentado aclarar las relaciones entre los sexos ha sido a través del concepto de «estrategia reproductiva». La estrategia reproductiva es un patrón de comportamientos, adquirido por medio de la selección evolutiva, que favorece las oportunidades de supervivencia de la descendencia. La inversión en célula reproductiva del cuerpo de la mujer es mucho mayor que la del hombre. En consecuencia las mujeres no malgastarán esa inversión y no serán inducidas a mantener relaciones sexuales con muchos compañeros, los hombres tienden a la promiscuidad. Su deseo de mantener relaciones sexuales con muchas compañeras es una sólida estrategia desde el punto de vista de las especies; cumplen, su función, que es la de maximizar la probabilidad de fecundación, y continúan con otros asuntos. Se ha sugerido que, de esta forma, podemos explicar las diferencias en el comportamiento y en las actitudes de hombres y mujeres y dar cuenta de fenómenos tales como la violación.

Las dudas que han despertado estas ideas han sido ampliamente debatidas en los últimos años (Sahlins, 1976; Kitcher, 1985). Pero aún no se han resuelto. Los científicos se dividen en dos campos, dependiendo en cierta medida de su educación. Los autores que se inclinan

por la perspectiva sociobiológica se han formado con más frecuencia en la biología que en las ciencias sociales, mientras que la gran mayoría de los sociólogos y antropólogos se muestran escépticos ante las afirmaciones de la sociobiología. Probablemente su saber acerca de las bases genéticas de la vida humana sea escaso, y, o mismo ocurra con los biólogos en cuanto a la investigación sociológica y antropológica. Cada una de las partes encuentra dificultades para comprender en todas sus dimensiones la fuerza de los argumentos propuestos por la otra parte.

Algunas de las pasiones que desató en el pasado el trabajo de Wilson se encalmado, y ahora parece posible realizar una apreciación razonable. La sociobiología es importante- pero más respecto a lo que ha mostrado de la vida de los animales que por lo que ha demostrado sobre el comportamiento humano. Combinados con los estudios de los etólogos (biólogos que llevan a cabo «trabajo de campo» en grupos animales, más que estudiar a los animales en circunstancias artificiales como zoos o laboratorios), los sociobiólogos han sido capaces de demostrar que muchas especies animales ejercen una considerable influencia sobre los miembros individuales de la especie. Por otro lado, existe escasa evidencia que demuestre que la herencia genética controla formas complejas de la actividad humana. Las ideas de los sociobiólogos sobre la vida social humana son, por ello, meramente especulativas. Por ejemplo, muchos rechazan la interpretación del comportamiento sexual humano dada anteriormente. Ho hay modos –afirman- en que pueda ser demostrada. Además, no solo los hombres son promiscuos y, si observamos el comportamiento sexual en las sociedades modernas, en las que las mujeres son mucho más libres de escoger sus compromisos sexuales que antes, por término medio tienen tantos asuntos como los hombres. Incluso si la generalización fuera correcta, existen muchos factores psicológicos, sociales y culturales que podrían explicarla. Por ejemplo, los hombres ostentan mayor poder en la sociedad; en su búsqueda de muchas compañeras podrían estar llevados por el deseo de ejercer ese poder y mantener a las mujeres bajo su total control.

« La evolución te ha sentado bien. Sid.»

Ilustración de Lorenzo. © 1980 The New Yorker Magazine

Instintos

La mayor parte de los biólogos y los sociólogos comparten la idea de que los seres humanos no tienen «instintos» Tal afirmación contradice no sólo la hipótesis de la sociobiología, sino también lo que la gran mayoría de la gente corriente cree. ¿No es cierto que existan numerosas cosas que hacemos de un modo instintivo? Si alguien da un golpe. ¿No parpadeamos o nos asustamos?

¿De hecho, éste no constituye un ejemplo de instinto si el término **instinto** se emplea con precisión. Para la biología y la sociología, un instinto es un modelo *complejo* de comportamientos determinado genéticamente. Los rituales de cortejo de muchos de los animales inferiores son instintivos en el sentido aludido. El espinoso un pequeño pez de agua dulce), por ejemplo, tiene un complicado sistema de rituales que deben ser cumplidos tanto por el macho como por la hembra para que se produzca el apareamiento (Tinbergen 1974). Cada pez produce una elaborada serie de movimientos, a los que responde el otro, dando lugar a una compleja «danza de apareamiento». Se trata de una configuración genética para el conjunto de la especie. Un guiño o un rápido movimiento con la cabeza

como respuesta espontánea y anticipada a un golpe es un movimiento con la cabeza como respuesta espontánea y anticipada a un golpe es un *acto reflejo* y no un instinto. Es una respuesta simple, no un modelo elaborado de comportamiento. Esto no se mira como «instinto» en sentido técnico.

Los seres humanos nacen con una serie de reflejos básicos del tipo de la reacción de guiñar el ojo, la mayor parte de los cuales parecen tener un valor de supervivencia evolutivo: Los bebés humanos, por ejemplo, chupan un chupete o cualquier otro objeto similar. Un niño pequeño alza los brazos en busca de apoyo cuando pierde repentinamente el equilibrio, y retira la mano bruscamente cuando toca una superficie muy caliente. Obviamente, cada una de estas reacciones es útil para adaptarse al medio.

Los seres humanos poseen además una serie de *necesidades* biológicas. Nuestra necesidad de alimento, bebida, sexo y de mantener cortos niveles de temperatura corporal poseen una base biológica. Pero el modo en que estas necesidades se satisfacen o se manejan varían enormemente entre –y dentro- de las distintas culturas.

Por ejemplo, todas las culturas tienden a poseer algún tipo de comportamiento estandarizado de cortejo. En tanto esto se relaciona con la naturaleza universal de las necesidades sexuales, su expresión en diferentes culturas –incluyendo el acto sexual en sí mismo- varían enormemente. La posición común del acto sexual en la cultura occidental es con la mujer tumbada boca arriba y el hombre encima de ella. Esta posición resulta absurda en otras sociedades, en las que más probablemente se efectuará el acto yaciendo lateralmente, o con la mujer encima del hombre, o el hombre contra la espalda de la mujer, o en otras posiciones. Los modos por los que la gente busca satisfacer sus necesidades sexuales responden, por tanto, a un aprendizaje cultural y no a una determinación biológica. Sin embargo, los humanos son capaces de dominar sus necesidades biológicas por una serie de medios que no parecen tener paralelo entre los animales. Los místicos religiosos son capaces de ayunar durante largos períodos. Los individuos pueden elegir pertenecer solteros durante parte o la totalidad de su vida adulta. Todos los animales, incluyendo a los seres humanos, muestran una tendencia hacia la autoconservación, pero, a diferencia de otros animales, los humanos pueden actuar deliberadamente en contra de esa tendencia, arriesgando sus vidas haciendo montañismo u otras arriesgadas hazañas, incluso suicidándose.

Diversidad cultural

La diversidad de la cultura humana es asombrosa. Los valores y las normas de comportamientos varían enormemente de una cultura a otra, y a menudo contrastan notablemente con lo que los habitantes de las sociedades occidentales consideran «normal». Por ejemplo, en Occidente actualmente se considera que el asesinato deliberado de bebés y niños constituye uno de los peores crímenes. Pero en la cultura china tradicional a menudo se estrangulaba a las niñas al nacer porque se consideraba un lastre más que una ventaja para la familia.

En Occidente comemos ostras y no gatitos o cachorros de perro, pero éstos constituyen auténticas exquisiteces en algunas partes del mundo. Los judíos no comen cerdo, mientras que los hindúes comen cerdo, pero rechazan la carne de vaca. Para los occidentales basarse es

una manifestación normal del comportamiento sexual, pero en otras muchas culturas dicha práctica es desconocida o se techa de desagradable. Todos estos rasgos distintos del comportamiento son aspectos parciales de amplias diferencias culturales que distinguen unas sociedades de otras.

Las sociedades pequeñas (como las sociedades «de cazadores y recolectores», que serán tratadas más adelante en este capítulo) tienden a ser culturalmente uniformes, mientras que las sociedades industrializadas son culturalmente diversas, e incluyendo numerosas **subculturas** distintas. En las ciudades modernas, por ejemplo, existen muchas comunidades subculturales que viven unas de otras, por ejemplo, en algunas áreas del centro de Londres existe actualmente muchos agrupamientos subculturales: indios occidentales, pakistaníes, indios, bangladeshianos, italianos, griegos y chinos. Todos ellos pueden tener sus propios territorios y modos de vida.

Identidad cultural y etnocentrismo

Toda cultura contiene sus propios modelos de comportamiento, los cuales resultan extraños para aquellos con otro bagaje cultural. Podemos tomar como ejemplo a los Onacirema, grupo descrito en una célebre investigación de Horace Miner (1956), Miner concentró su atención en los elaborados rituales corporales que acompañan a la ceremonia matrimonial entre los Onacirema, rituales de extrañas y exóticas características. Su descripción merece ser citada en toda su extensión:

La creencia fundamental que subyace a todo el sistema parece ser que el cuerpo humano es feo y que su tendencia natural es hacia debilitamiento y la enfermedad. Encarcelado en este cuerpo, la única esperanza del hombre es poder apartarse de estas características mediante el uso de las poderosas influencias del ritual y de la ceremonia. Cada hogar tiene uno o más altares dedicados a este fin [...] El lugar central del altar lo ocupa una caja o cofre construido en la pared. En este cofre se guarda numerosos amuletos y pociones mágicas sin los que ningún nativo cree poder sobrevivir. Estas preparaciones las elaboran diversos especialistas. Los más poderosos son los curanderos, cuya asistencia debe recompensarse con múltiples regalos. Sin embargo, los curanderos no proporcionan las pociones curativas a sus clientes, sino que deciden sobre los ingredientes y luego los escriben en una lengua antigua y secreta. Esta escritura la comprenden únicamente los curanderos y los herbolarios, quienes, a cambio de otro regalo, proporcionan los amuletos necesarios [...].

Los Onacirema sienten al mismo tiempo un horror casi patológico y una gran fascinación por la boca, cuya condición se cree que tiene una influencia sobrenatural en todas las relaciones sociales. Si no fuera por los rituales de la boca creen que se les caerían los dientes, que sus encías sangrarían, que la mandíbula se reducirían, que sus amigos les abandonarían y que sus amantes les rechazarían. Creen también que existe una fuerte relación entre las características orales y morales. Por ejemplo, existe unja ablución de la boca de los niños que se supone mejora su fibra moral.

El ritual corporal cotidiano general incluye un rito bucal. Además de ser sumamente puntillosos con el cuidado de la boca, este rito conlleva una práctica que resulta repulsiva para el no iniciado. Me contaron que el ritual consiste en insertar una pequeña brocha de pelo de perro en la boca, junto con ciertos polvos mágicos, y en mover la brocha con una serie de gestos formales. (Miner, 1956, pp. 503-4)

¿Quiénes son los Onacirema y en qué parte del mundo viven? Usted mismo podrá responder a esta pregunta e identificar la naturaleza de los rituales corporales descritos, simplemente deletreando «Onacirema» de atrás hacia delante. Prácticamente todas las actividades cotidianas parecerán extrañas si son descritas fuera de contexto, en lugar de verse como parte del modo de vida total de

un pueblo. Los rituales de aseo occidentales no son más ni menos extraños que las costumbres de cualquier grupo del Pacífico que se sacan los dientes frontales con el fin de embellecerse, o de ciertas tribus sudamericanas que se introducen aros en los labios para resultar más protuberantes, ya que creen que ello realza su atractivo.

No podemos entender estas prácticas y creencias separadamente de las culturas más amplias de las que forman parte. Una cultura ha de estudiarse a partir de sus propios significados y valores- un presupuesto clave de la sociología. Los sociólogos se esfuerzan por eludir el **etnocentrismo**, el cual consiste en juzgar otras culturas con los criterios propios. Dado que las culturas humanas son tan variadas no resulta sorprendente que aquellos que provienen de una cultura encuentren dificultad a la hora de aceptar las ideas o el comportamiento de los habitantes de otras culturas. El ejemplo del «culto cargo» que iniciaba este capítulo ilustra la dificultad de una cultura para desenvolverse dentro de otra distinta. En sociología, tenemos que asegurarnos de que nos deshacemos de nuestros antifaces culturales para así poder ver los modos de vida de otros pueblos sin prejuicios.

Universidades culturales

Dentro de la diversidad del comportamiento cultural humano existen cubiertos rasgos. Cuando éstos se encuentran en todas, o prácticamente todas, las sociedades reciben el nombre de **universales culturales**. No existe ninguna cultura conocida sin una *lengua* gramaticalmente compleja. Todas las culturas poseen alguna forma reconocible de *sistema familiar*, en el cual existen valores y normas asociados al cuidado de los niños. La institución del *matrimonio* es un universal cultural, así como también lo son los *rituales religiosos* y los *derechos de propiedad*. Además, todas las culturas tienen alguna forma de *prohibición del incesto* –la proscripción de relaciones sexuales entre parientes cercanos, como padre e hija, madre e hijo o hermano y hermana. Los antropólogos han identificado toda una variedad de universales culturales –incluyendo la existencia del arte, la danza, el adorno corporal, los juegos, el regalo, la diversión y las reglas de higiene (Murdock, 1945).

Debido a las numerosas variaciones existentes dentro de cada categoría, puede decirse que hay manos universales de los que parecen deducirse de la lista anterior. Consideremos, por ejemplo, la prohibición del incesto. Lo que se entiende por incesto en diferentes culturas varía considerablemente. En la mayor parte de los casos se considera incesto a las relaciones entre miembros de la familia inmediata, pero para numerosos pueblos ésta incluye a primos y, en algunos casos, a todo aquel que lleve el mismo apellido. Han existido sociedades en las que se ha permitido, al menos a una pequeña proporción de la población, ejercer prácticas incestuosas. Fue el caso, por ejemplo, de la clase dominante en el antiguo Egipto.

Lenguaje

Nadie discute el hecho de que la posesión del lenguaje es uno de los atributos culturales humanos más distintivos, común a todas las culturas (aunque se hablen muchos miles de lenguas diferentes en el mundo). Los animales se pueden comunicar entre sí, pero ninguna especie de animal posee un lenguaje desarrollado. Ciertos primates superiores pueden desarrollar habilidades lingüísticas, pero solamente de un modo muy rudimentario. A uno de los más famosos chimpancés que la sociología haya conocido, *Washoe*, se le enseñó un vocabulario de más de cien palabras utilizando el lenguaje de signos para sordo (Gadner y Gardner, 1969, 1975). *Washoe* también sabía construir unas cuantas frases rudimentarias. Por ejemplo, podía decir «Ven abrazo-quiere perdón perdón», que significa que quería disculparse por haber hecho algo que no debía.

Los experimentos llevados a cabo con *Washoe* fueron mucho más satisfactorios que los realizados con otros chimpancés, de ahí la fama de Washoe en la literatura sociología. Sin embargo, *Washoe* se mostró incapaz de retener cualquier regla gramatical y de enseñar a otros chimpancés lo que sabía.

Incluso después de varios años de instrucción su capacidad lingüística estaba muy por debajo de la de un niño de dos años. Todo adulto competente en el empleo de la lengua tienen un vocabulario de miles de palabras y es capaz de combinarlas según reglas de una complejidad tal que los lingüistas emplean toda su carrera intentando encontrar cuáles son.

Habla y escritura

Todas las sociedades utilizan el habla como vehículo del lenguaje. Sin embargo, existen sin duda otros modos de «transmitir» o «expresar» el lenguaje; sobre todo, la escritura. La invención de la escritura marcó un cambio radical en la historia del hombre. Comenzó siendo el dibujo de listas. Se hacían marcas en madera, arcilla o piedra para dejar constancia de hechos significativos, objetos o personas. Por ejemplo, una marca, o en ocasiones un dibujo. Para representar los campos que poseía una familia o un grupo de ellas (Gelb, 1952). La escritura comenzó siendo un medio de almacenar información, íntimamente ligado a los requisitos administrativos de los antiguos estados y civilizaciones (este tema será tratado en detalle más adelante en este mismo capítulo). Una sociedad que posee escritura puede «situarse a sí misma» en el tiempo y el espacio. Es posible almacenar a los documentos que dan cuenta del pasado, así como reunir información sobre los hechos y las actividades del presente.

La escritura no es simplemente la plasmación del habla en papel o en cualquier otro material duradero. Constituye un fenómeno de interés en sí mismo. Los documentos o textos escritos poseen cualidades en parte distintas de la palabra hablada. El impacto del habla está siempre y por definición al contexto en el cual se pronuncia. Las ideas y las experiencias se pueden transmitir de una generación a otra en culturas sin escritura, pero sólo si se repiten con regularidad y se transmiten oralmente. Por otro lado, los textos pueden perdurar durante miles de años. Y a través de ellos el pasado puede llegar hasta nosotros, en cierto sentido, «directamente». Esto explica por qué la investigación documental es tan importante para los historiadores. Interpretando los textos legados por las generaciones pasadas los historiadores tratan de reconstruir sus vidas. Los textos bíblicos, por ejemplo, construyen un documento imprescindible de la historia occidental durante los últimos dos mil años. Aún podemos leer y admirar las obras de los grandes dramaturgos de la antigua Grecia.

Semiótica y cultura material

Los símbolos que utilizan el habla y la escritura constituyen la vía principal por la que se construyen y expresan los significados culturales, pero no son la única. Tanto los *objetos materiales* como los distintos *aspectos del comportamiento* pueden emplearse para generar significados. Los estilos de vestir, por ejemplo, ayudan normalmente a marcar las diferencias entre sexos. En nuestra cultura hasta hace relativamente poco las mujeres solían vestir falda y los hombres pantalones. En otras culturas ocurre lo contrario: las mujeres visten pantalones y los hombres falda.

El análisis de los *sistemas semióticos* –significados culturales no verbales– abre un campo o fascinante para la sociología y la antropología. El análisis **semiótico** puede resultar muy útil al comparar distintas culturas. El hecho de que los significados culturales sean simbólicos no permite contrastar el modo en que se estructuran las diferentes culturas. Por ejemplo, los edificios de las ciudades no son simplemente lugares en los que la gente vive y trabaja. A menudo poseen un carácter simbólico. En las ciudades tradicionales el templo o iglesia

principal estaba generalmente situado en terreno elevado o próximo al centro de la ciudad. Simbolizaba la influencia todopoderosa que se suponía a la región sobre la vida de las personas.

Es obvio que la cultura material no es sólo simbólica, sino que también es vital para satisfacer las necesidades físicas –en forma de herramientas o de tecnología empleada para obtener alimentos, construir armamento, construir hogares, etc. Las variaciones en la cultura material aportan los principales medios de clasificación de los distintos tipos de sociedades a lo largo de la historia, pues el modo en que las personas se organizan para satisfacer sus necesidades básicas influye en casi todos los demás aspectos de la cultura. Pasamos ahora a establecer una comparación entre las diversas formas que adopta la sociedad humana.

Tipos de sociedad premoderna

Los exploradores, los comerciantes y los misioneros que viajaron durante la gran época de los descubrimientos en Europa se encontraron con gentes muy distintas. Como ha señalado el antropólogo Marvin Harris:

En algunas regiones –Australia, el Ártico, los cabos del sur de Sudamérica y África- se encontraron con grupos que aún como los antepasados europeos de la era de piedra olvidados hace mucho tiempo, esparcidos por enormes territorios, con una movilidad geográfica constante, viviendo completamente de la caza de animales y de la recolección de plantas salvajes. Estos cazadores recolectores parecían pertenecer a una especie extraña y amenazada. En otras regiones –los bosques del este de Norteamérica, las selvas de Sudamérica y el este de Asia- encontraron poblaciones más densas que normalmente habitaban en poblados más o menos pertenecientes, que vivían del cultivo y la ganadería y que estaban compuestas de una o dos grandes estructuras comunales, pero también en ellas las armas y las herramientas eran reliquias de la prehistoria.

El resto de lo que encontraron los exploradores fueron estados e imperios completamente desarrollados, liderados por déspotas y clase gobernantes y defendidos por ejercicios permanentes. Eran grandes imperios, con sus ciudades, monumentos, palacios, templos y tesoros, los que habían atraído a Marco Polo y a Colón al otro lado del océano en un primer momento. Estaba China: el mayor imperio del mundo, un vasto y sofisticado reino cuyos líderes despreciaban a los «bárbaros de rostro rojo» que suplicaban en nombre de débiles reinos más allá de los confines del mundo ¡civilizado. Y estaba la India: una tierra donde se veneraba a las vacas y donde las desigualdades cargas de la vida se repartían de acuerdo a lo que cada alma había merecido en su encarnación previa. Y después estaban los estados e imperios nativos americanos, un mundo en sí mismos, cada uno con sus artes y religiones distintas. Los incas, con sus grandiosas fortificaciones de piedra, los puentes voladizos, elaborados graneros y una economía estatal, los aztecas, con sus dioses sedientos de sangre y alimentos a basar de corazones humanos y su búsqueda incesante de nuevos sacrificios. (Harris, 1978, pp. 13-14)

Esta aparentemente ilimitada variante de sociedades premodernas puede agruparse en tres grandes tipos, a los cuales se hace referencia en la descripción de Harris. Cazadores y recolectores (a los que se refiere Harris), sociedades agrarias y pastorales más amplias (que incluyen la agricultura e el cuidado de animales domésticos) y las civilizaciones no industriales o estados tradicionales. Examinamos a continuación las principales características de cada uno de ellos.

Tipos de sociedades humanas

Sociedades cazadoras y recolectoras

Constatan de un reducido número de personas que vive de la caza, la pesca y la recolección de plantas comestibles. Existen pocas desigualdades en estas sociedades; las diferencias de rango o posición se limita a la edad y sexo.

Desde hace 50.000 años hasta la actualidad, aunque se encuentran al borde de la desaparición total.

Sociedades agrarias

Sociedades basadas en pequeñas comunidades rurales que viven de la caza, la pesca y la recolección de plantas comestibles, sin pueblos o ciudades. El modo principal de ganarse la vida es mediante la agricultura, a menudo suplementada por la caza y la recolección. Estas sociedades están marcadas por desigualdades de mayor peso que entre los cazadores y recolectores, y están gobernadas por ejes.

Desde hace 12.000 años hasta la actualidad. La mayoría ha pasado a formar parte de entidades políticas mayores y está perdiendo su identidad distintiva.

Sociedades de pastores

Sociedades dependientes de la cría de animales domésticos para la subsistencia material. Su tamaño varía desde unos cientos de personas hasta militares. Las sociedades de pastores están marcadas por distintos tipos de desigualdades, y están gobernadas por jefes o reyes guerreros.

El mismo espacio de tiempo que las sociedades agrarias. En su mayor parte, las sociedades de pastores también forman parte actualmente de estados mayores, y sus formas de vida tradicionales se están deteriorando.

Estados o civilizaciones tradicionales

En estas sociedades la agricultura continua siendo la base principal del sistema económico. Pero existen ciudades en las que el comercio y la manufactura están concentrados. Los estados tradicionales alcanzan en ocasiones enormes dimensiones, incluyendo a millones de personas, aunque la mayoría solían ser pequeños comparados con las grandes sociedades actuales. Los estados tradicionales constan de un aparato de gobierno propio (de ahí su nombre), liderado por un rey o un emperador. Existen importantes desigualdades entre las clases.

Desde el año 6000 a. C. hasta el siglo XIX. Todos los estados tradicionales han desaparecido en la actualidad.

Sociedades de Primer Mundo

Sociedades basadas en la producción industrial, en las que desempeña un importante papel la libre empresa. Únicamente una mínima proporción de la población trabaja en la

agricultura, y la mayoría de la gente vive en pueblos y ciudades. Existen grandes desigualdades de clase, aunque son menos pronunciadas que en los estados tradicionales. Estas sociedades constituyen comunidades políticas o estados nacionales independientes. Desde el siglo XVIII hasta la actualidad.

Sociedades del Segundo Mundo

Sociedades con una base industrial, pero cuyo sistema económico es de planificación central. Sólo una reducida proporción de la población trabaja en la agricultura, y la mayoría de la gente vive en pueblos y ciudades. Existen marcadas desigualdades de clase, aunque el objetivo de los gobiernos marxistas de estas sociedades se crear un sistema «sin clase. Al igual que los países del Primer Mundo, los del Segundo Mundo constituyen comunidades políticas o estados nacionales independientes.

Desde principios del siglo XIX (tras la Revolución rusa de 1917) hasta 1991, cuando la unión Soviética abandono el comunismo.

Sociedades del Tercer Mundo

Sociedades en las cuales la mayoría de la población trabaja en la agricultura y vive en áreas rurales, empleando básicamente métodos de producción tradicionales. Sin embargo, parte de la producción agrícola se vende en los mercados mundiales. Algunos países del Tercer Mundo poseen sistemas de libre, empresa, mientras que otros se rigen por la planificación central. Las sociedades del Tercer Mundo, como las del Primer Mundo- y las del Sondo, constituyen entidades políticas o estados nacionales independientes. Desde el siglo XVIII (Como áreas colonizadas) hasta la actualidad.

Cazadores y recolectores

Durante toda su existencia en este planeta, excepto una mínima parte, los seres humanos han vivido en pequeños grupos o tribus, a menudo no superiores a treinta o cuarenta personas. El primer tipo de sociedad estaba constituido por **cazadores y recolectores**. En lugar de sembrar cosechas o cuidar animales, estos grupos se ganaban la vida con la caza, la pesca y la recolección de plantas salvajes comestibles. Las culturas cazadoras y recolectoras aún existen en alguna parte del mundo como las selvas de Brasil o Nueva Guinea, pero la mayoría han sido destruidas o absorbidas por la expansión mundial de la cultura occidental y aquellas que sobreviven es muy improbable que pertenezcan intactas mucho más tiempo (Wolf, 1983). En la actualidad menos de un cuarto de millón de personas en el mundo sobreviven básicamente de la caza y la recolección –sólo el 0,001 por 100 del total de la población mundial.

Las investigaciones de los antropólogos en los últimos cincuenta años han aportado abundante información sobre las sociedades cazadoras y recolectadotas. Tomando en cuenta la diversidad de la cultura humana, debemos tener cuidado a la hora de generalizar incluso sobre un solo tipo de sociedad, aunque ciertas características comunes de las comunidades cazadoras y recolectadotas las diferencia de otros tipos (Bicchieri, 1972; Diamond, 1984).

Comparados con otras sociedades más extensas –particularmente los modernos sistemas industriales- existe una escasa diferencia entre los grupos de cazadores y recolectores. Los cazadores y recolectores se desplazan continuamente; dado que carecen de animales o de medios mecánicos de transporte pueden llegar consigo escasos bienes o posesiones. Los bienes materiales que necesitan se limitan a armas para la caza, herramientas para cavar y construir, y trampas y utensilios para cocinar. No existe, por tanto, mucha diferencia en el número o el tipo de posesiones materiales entre los distintos miembros de la sociedad. Las diferencias de posesión o rango suelen limitarse a las diferencias de edad y sexo. Los hombres son prácticamente siempre los cazadores, mientras que las mujeres se dedican a la recolección de semillas salvajes, a la cocina y al cuidado de los hijos. Los «ancianos» - los más viejos y con mayor experiencia en la comunidad- tienen por lo general voz y voto en las decisiones más importantes que afectan al grupo. De la misma forma que existe escasa diferencia entre los miembros de la comunidad en cuanto a riqueza se refiere, las diferencias de poder son también mucho menores que en otras sociedades más amplias. Las sociedades de cazadores y recolectores son normalmente «participativas» todos los adultos varones se reúnen a la hora de tomar decisiones importantes o de enfrentarse a una crisis.

Los cazadores y recolectores no se desplazan de un modo completamente errático. La mayoría poseen territorios fijos, dentro de los cuales migran cada año. Numerosas comunidades cazadoras y recolectoras carecen de miembros estables; a menudo las personas se cambian de campamento o bien los grupos se dividen y se unen a otros del mismo territorio.

Los pigmeos Mbuji

De los centenares de descripciones sobre sociedades cazadoras y recolectoras que se han escrito nos detendremos en una nada más para ilustrar su modo de vida: la sociedad de los pigmeos Mbuji (pronunciado «Mubuti»), que viven en una zona de Zaire, en África Central (Turnbull, 1983). Los Mbuji viven en una zona de muchos bosques de difícil acceso para los forasteros. Conocen el bosque a la perfección y en él se encuentran a gusto. Hay abundante agua, plantas salvajes comestibles y animales para cazar. Las casas de los Mbuji no son viviendas permanentes, y están hechas con hojas recubriendo una estructura de ramas. Se pueden montar en cuestión de horas, y se abandonan cuando los Mbuji se trasladan- cosa que ocurre continuamente, ya que nunca están más de un mes en un mismo sitio.

Los Mbuji en bandas pequeñas constituidas por cuatro o cinco familias. Las bandas constan de una serie de miembros permanentes, pero nada impide que un individuo o una familia abandonen un grupo y se una a otro. Nadie «dirige» una banda – no existe jefes. Los hombres demás edad tienen el deber, sin embargo, de acallar los «ruidos» -riñas y peleas – que los Mbuji creen que perturban a los espíritus del bosque. Si un conflicto llega a ser realmente serio, los miembros de una banda se dividen y se unen a otra.

Los Mbuji fueron estudiando por primera vez en los años sesenta, cuando su modo de vida tradicional aún estaba intacto. Desde entonces ha sufrido profundas transformaciones. El mundo exterior se ha internado más en los bosques, y los Mbuti están absorbidos por la economía del dinero de los poblados que rodean el perímetro de los bosques. He hecho una descripción de su modo de vida en tiempo presente, pero ahora se encuentran al límite de

la extinción. Lo mismo puede decirse de los ejemplos de otros tipos de pequeñas sociedades tradicionales de las que hablaremos más adelante en este capítulo.

¿Las primeras «sociedades de la abundancia»?

A diferencia de los Mbuji, la mayoría de las sociedades cazadoras y recolectoras que siguen existiendo están confinadas en zonas inhóspitas. Cabe la posibilidad de que dichos grupos vivan al borde del hambre, ya que el medio es demasiado duro como para proporcionar más que lo mínimo imprescindible para subsistir. Los cazadores y recolectores han ido siendo expulsados de las regiones más fértiles del mundo, y el hecho de que se encuentren en una situación en la que la supervivencia es una lucha constante ha llevado a muchos científicos a suponer que siempre vivieron en condiciones de escasez material. Pero lo más probable es que no fuera así en el pasado. Un destacado antropólogo, Marshall Sahlins, ha llamado a los cazadores-recolectores para satisfacer necesidades (Sahlins, 1972). Los antiguos cazadores y recolectores que vivían en las regiones más hospitalarias del mundo no tenían que emplear la mayor parte del día en el trabajo «dedicados a la producción». Es probable que muchos trabajasen una media de hora al día inferior a las que trabajan los empleados de las modernas fábricas y oficinas.

Fuente Richard B. Lee e Irven de Vore (eds.). *Man the Hunter* (Chicago: Aldine Press, 1968), portada.

Los cazadores y recolectores apenas si tienen interés en crear una riqueza material más allá de lo estrictamente necesario para abastecer de lo imprescindible. Sus principales preocupaciones son normalmente los valores religiosos y las actividades ceremoniales y los rituales. Muchos cazadores y recolectores participan regularmente en elaboradas ceremonias, y muchos de ellos emplean una gran parte de su tiempo preparando los vestidos, las máscaras, el maquillaje u otros objetos sagrados utilizados en tales rituales.

Algunos autores, especialmente los que han estado influidos por la sociología, han relacionado la preeminencia de la caza en estas sociedades con los impulsos humanos universales hacia la guerra, pero, de hecho, las sociedades de cazadores y recolectores parecen ser escasamente belicosas. Los instrumentos utilizados para la caza son rara vez empleados como armas contra otros humanos. Ocasionalmente pueden producirse peleas entre diferentes grupos, pero tienen por lo general una escasa trascendencia. Las bajas son mínimas o nulas. La guerra en el, sentido moderno del término es completamente desconocida entre los cazadores y recolectores, quienes carecen de guerreros especialistas. La caza es en sí misma y sobre todo una actividad cooperativa. Los individuos pueden salir a cazar solos, pero casi siempre comparten los resultados de la caza- por ejemplo, la carne de un cerdo salvaje o un jabalí- con el resto del grupo.

Los cazadores y recolectores no son meramente gentes «primitivas» cuyo modo de vida carece por completo de interés para nosotros. Estudiar su cultura nos permite ver más claramente que algunas de nuestras instituciones están lejos de ser rasgos «naturales» sin duda, no debemos idealizar las circunstancias en las que han vivido los cazadores y recolectores, pero, a pesar de todo, la inexistencia de guerras, la ausencia de desigualdades importantes de riqueza y poder y el énfasis en la cooperación más en la competencia constituyen todos ellos advertencias instructivas sobre el hecho de que el mundo creado por la moderna civilización industrial no es necesariamente sinónimo de «progreso»

Sociedades de pastores y agrarias

Hace unos veinte mil años, ciertos grupos de cazadores y recolectores empezaron a dedicarse a la crianza de animales domesticas y al cultivo de trozos fijos de tierra como medio de supervivencia. Las **sociedades de pastores** son aquellas que dependen básicamente de la ganadería domestica, mientras que las **sociedades agrarias** siembran cosechas (practican la agricultura). Numerosas sociedades poseen economías pastoriles y agrarias mixtas.

Sociedades de pastores

Dependiendo del medio en el que vivan, los pastores crían y guardan vacas, ovejas, cabras, camellos y caballos. Hoy día siguen existiendo numerosas sociedades pastoriles, concentradas básicamente en áreas de África, el Medio Este norteamericano y Asia central. Estas sociedades se encuentran normalmente en regiones con extensas praderas o en los desiertos y las montañas. Dichas regiones no se prestan a una agricultura productiva, aunque pueden alimentar a diversos tipos de ganados.

Por lo general, las sociedades de pastores migran entre diferentes áreas según los cambios estacionales. Dado que poseen transporte animal atraviesan distancias mucho mayores que los pueblos cazadores y recolectores. De acuerdo a sus pavitos nómadas los habitantes de las sociedades de pastores no suelen acumular cuantiosas posesiones materiales, aunque su modo de vida es más complejo en términos materiales que el de los cazadores y recolectores. Ya que la domesticación de animales proporciona un aporte regular de alimento, estas sociedades suelen ser más amplias que las comunidades de cazadores y recolectores. Algunas sociedades de pastores agrupan a un cuarto de millón de personas o incluso más.

Al recorrer grandes espacios de territorio los pastores entran en contacto con otros grupos. Con frecuencia comercian, y se asocian para la guerra. Muchas culturas pastoriles han sido pacíficas, con el único deseo de atender a su ganado y de participar en los rituales y las ceremonias de la comunidad. Otras han sido notablemente guerreras, y obtenían lo necesario para subsistir en las conquista y mediante el saqueo, además del cuidado de animales. Las sociedades pastoriles muestran mayores desigualdades de riqueza y poder que la comunidades cazadoras y recolectoras. En concreto, los jefes, los líderes tribales o los señores de la guerra a menudo ejercen un considerable poder personal.

E. E. Evans-Pritchard, que estudio a los Nuer, una sociedad del sur Sudán en África (Evans-Pritchard, 1940), proporcionó una descripción clásica de una sociedad de pastores. El sustento de los Nuer depende principalmente de la cría de vacas, aunque también siembran cosechas. Viven en poblados separados entre sí de cinco a veinte millas. En los años treinta, cuando Evans-Pritchard realizó su estudio, los Nuer eran unos 200.000 en total. Todos hablaban la misma lengua y seguían las mismas costumbres, pero carecían de una autoridad política central o de cualquier forma de gobierno. Los Nuer se dividen en tribus que a veces colaboran entre sí, pero por lo geneqal viven separados.

Cada tribu posee su propia porción de tierra, delimitada normalmente por arroyos. Sin embargo, la tierra no tiene para los Nuer una excesiva importancia más allá del hecho de que constituye el lugar donde apacentar el ganado. Una parte del año, durante la estación seca, la pasan en campamentos cercanos las lagunas. Gran parte de la vida de los Nuer está ligada a su ganado, el cual es en muchos sentidos central en su cultura. Sienten un profundo

desprecio por los pueblos vecinos que poseen escaso o ningún ganado. Cada una de las etapas principales de la vida –nacimiento, entrada en la madurez, matrimonio y muerte– está marcada por rituales relacionados con el ganado. A los hombres se les llama a veces por el nombre de su buey favorito a las mujeres por el de la vaca favorita que ordeñan.

En ciertas ocasiones las tribus Nuer guerrearán entre sí, aunque también crean alianzas para enfrentarse al enemigo. Del mismo modo que viven para su ganado guerrearán en su nombre – por ejemplo, atacan a los cercanos Dinka; otra sociedad pastoril, para robarles sus rebaños. Un dicho Nuer dice así: «Ha muerto más gante por una vaca que por ninguna otra causa.»

Sociedades agrarias

Se cree que las sociedades agrarias surgieron aproximadamente en la misma fecha que las de pastores. En su momento dado los grupos de cazadores y recolectores empezaron a sembrar sus propias cosechas en vez de recolectar simplemente las que crecían salvajes. Esta práctica se utilizó por vez primera como lo que hoy se conoce por «horticultura», en la que se cultivan pequeños huertos mediante pequeños cazadores e instrumentos para cavar. Muchos pueblos en el mundo siguen dependiendo básicamente de la horticultura para sobrevivir.

Al igual que el pastoreo, la horticultura proporciona un suministro de alimentos más seguro que la caza o la recolección y permite, por tanto, abastecer a comunidades más amplias. Dado que no son nómadas, las culturas que viven de la horticultura pueden acumular *stocks* de posesiones materiales mayores que las de las comunidades de cazadores y recolectores. Una vez que los grupos se han asentado en un territorio pueden crear vínculos comerciales y políticos con otros poblados.

El comportamiento guerrero es común entre las sociedades hortícolas, aunque el nivel de violencia tiende a ser menos pronunciado que entre algunos grupos de pastores. Aquellos que siembran cosechas no suelen ser diestros en las artes del combate; los hombres de las tribus pastoriles nómadas, por el contrario, pueden agruparse en ejércitos provocadores.

Los Gururumba son una tribu de Nueva Guinea con más de mil miembros que viven en seis poblados (Newman, 1965). En cada poblado hay varios huertos vallados. Diferentes familias poseen terrenos dentro de estas áreas valladas. Todos, adultos y niños sin excepción, se ocupan del cuidado de las tierras, aunque los hombres y las mujeres son responsables de distintos tipos de frutos y vegetales. Cada familia posee más de un terreno y cultiva diferentes plantas en las distintas épocas del año. Con lo que aportan un sustento consistente. La cultura Gururumba comporta un complicado sistema de intercambio de regalos ceremonial entre las familias a través del cual se puede lograr prestigio dentro de la comunidad. Así, la gente tiene unos huertos en los que siembran la cosecha que satisfará sus necesidades cotidianas y otros en los que siembran cosechas «de prestigio». Las cosechas «de prestigio» reciben mayor cuidado que las ordinarias.

Los Gururumba también crían cerdos, pero no como fuente alimenticia, sino como objetos para el intercambio de regalos designados para conseguir un status en la comunidad. Cada pocos años se celebra una gran fiesta del cerdo, en la que cientos de cerdos se sacrifican, se cocinan y se atorgan como regalo. Como ocurre en los grupos de pastores, existe entre los Gururumba una desigualdad mayor que en las culturas cazadoras y recolectoras. Los jefes y los líderes de las tribus juegan un papel destacado, y existen marcadas diferencias entre las riquezas materiales que poseen las personas.

Civilizaciones no industriales o estados tradicionales

Aproximadamente desde el año 6000 a. C. en adelante tenemos evidencia de sociedades de mayores dimensiones que las hasta entonces conocidas, contrastando de diversos modos con los tipos anteriores (Burns y Ralph, 1974). Estas sociedades se basaban en el desarrollo de las ciudades, presentaban desigualdades muy pronunciadas de riqueza y poder y estaban asociadas con la ley de los reyes o emperadores.

Debido al hecho de que conocieron la escritura y el florecimiento de la ciencia y el arte, son llamadas con frecuencia *civilizaciones*. Sin embargo, y puesto que desarrollaron un gobierno más estructurado que ninguna otra forma de sociedad, el término **estados tradicionales** también se emplea para referirse a ellas.

La mayoría de los estados tradicionales eran asimismo imperios; sus dimensiones fueron fruto de la conquista y de la incorporación de otros pueblos (Eisenstadt, 1963; Claessen y Skalnik, 1978; Kautsky, 1982). Esto era cierto, por ejemplo, para los casos de China y Roma tradicionales.. en su cima, en el siglo 1 d. C., el Imperio romano se extendió desde Bretaña, en el noreste de Europa, hasta más allá del Medio Oriente. El Imperio chino, que duro más de dos mil años, hasta el umbral del presente siglo, cubría la mayor parte de la inmensa región del este de Asia hoy ocupada por la China moderna. Hoy día no existe en el mundo ningún estado tradicional. Aunque algunos, como China y Japón, permanecieron prácticamente intactos hasta comienzos del siglo XX, todos han sido destruidos o absorbidos por sistemas más modernos.

Los primeros estados tradicionales se desarrollaron en el Medio Oriente, sobre todo en las fértiles orillas de los ríos. El imperio chino data del año 2000 d. C., un momento en el que también existían poderosos estados en los territorios que hoy ocupan India y Pakistán. Existió un cierto número de estados tradicionales en México y Latinoamérica como los aztecas de la península de México y los incas del Perú. El establecimiento inca se remonta a un siglo antes de la llegada del conquistador español Pizarro, quién desembarcó en América del Sur en 1535 con un pequeño ejército de hombres. Sin embargo, mediante alianzas con otras tribus nativas hostiles a los incas, logró con extremada rapidez la caída del Estado inca y su anexión a España. El suyo fue el primero de una serie de encuentros entre las influencias occidentales y los estados tradicionales que eventualmente conducirían a su total desaparición.

Los mayas

Como ejemplo de estado tradicional nos referimos a una tercera civilización americana, la de los mayas, asentada en la península de Yucatán, próxima al golfo de México. La civilización maya floreció entre los años 300 y el 800 d. C. Los mayas levantaron complejos centros religiosos rodeados por sus hogares, todos construidos en piedra. Los santuarios religiosos adoptaron la forma de inmersas pirámides y en la cima de cada una de ellas un templo. En Tikal, la mayor de estas pirámides, la ciudad circundante albergaba a unos 40, 000 habitantes. Se trataba del principal centro administrativo –de hecho, la capital– del estado maya.

La sociedad maya estaba gobernada por una clase aristocrática de guerreros-sacerdotes. Eran los más altos dignatarios religiosos de la sociedad, aunque también eran líderes militares, y lucharon en guerras constantes con los grupos cercanos. La mayoría de la población estaba constituida por campesinos a los que se exigía una proporción de sus producción para los gobernantes aristócratas. Los cuales vivían en condiciones de relativo lujo.

No se sabe con certeza por qué desapareció la civilización de los mayas, pero lo más probable es que fuesen conquistados por las tribus vecinas. En la época en que llegaron los españoles, el Estado maya había desaparecido hacia mucho tiempo atrás.

Rasgos del Estado tradicional

El Estado tradicional ha sido el único tipo de sociedad en la historia, antes del surgimiento del industrialismo moderno, en el que una proporción significativa de la población no estaba directamente implicada en la producción de alimentos. En las comunidades cazadoras y recolectoras, así como en las sociedades pastoriles y agrarias, existía una sencilla **división del trabajo**. La principal división de tareas era la existente entre hombres y mujeres. Por contraste, en los estados tradicionales existía un sistema ocupacional más complicado. Aún había una estricta división del trabajo por sexos, y las tareas de las mujeres estaban confinadas al hogar y los campos. Sin embargo, entre los hombres asistimos al surgimiento de unas tareas especializadas, como es el caso del mercader, el cortesano, el administrador del gobierno y el soldado.

Existía además una elemental división de clases entre los grupos aristocráticos y el resto de la población. El gobernante era la cabeza de una de las <<clases dominantes>> que poseía el derecho exclusivo de acceder a las más altas posiciones sociales. Los miembros de esta clase vivían por lo general en unas condiciones de confort material y lujo considerables. Por el contrario, las condiciones para la mayor parte de la población eran frecuentemente muy duras. La posesión de esclavos constituía un rasgo común a estas sociedades.

Un número reducido de estados tradicionales surgieron a raíz del comercio, en cuyo caso estaban gobernados por mercaderes, pero la mayoría se establecieron mediante una conquista militar o conllevaron una concentración sustancial de fuerzas armadas (McNeill, 1983; Mann, 1986). Los estados tradicionales asistieron al crecimiento de ejércitos profesionales, anticipando así los modernos tipos de organización militar. El ejército romano, por ejemplo, fue un cuerpo de hombres altamente disciplinado y con un entrenamiento intensivo, y constituyó la base sobre la cual fue posible la expansión del Imperio romano. En los estados tradicionales encontramos además el comienzo de la mecanización de la guerra. Las espadas, las lanzas, los escudos y el equipo para el asedio empleados por el ejército romano fueron manufacturados por artesanos especialistas. En las guerras desatadas entre los estados tradicionales, y entre estos estados y las tribus <<bárbaras>>, las bajas fueron mucho más numerosas de lo que había sido hasta entonces.

Sociedad en el mundo moderno

Los estados tradicionales han desaparecido totalmente de la faz de la Tierra. Aunque las sociedades cazadoras y recolectoras, así como las agrarias y de pastores, continúan existiendo en algunas regiones, sólo pueden encontrarse en territorios relativamente

aislados –y, en muchos casos, incluso estos últimos ejemplos supervivientes se están desintegrando. ¿Qué ha ocurrido para que se hayan destruido las formas de sociedad que dominaron toda la historia hasta hace dos siglos? La respuesta, en una palabra, es la *industrialización*: el surgimiento de la producción mecánica, basada en el uso de fuentes de energía inanimada (como el vapor o la electricidad). Las *sociedades industrializadas* son radicalmente diferentes en muchos sentidos de cualquier tipo de orden social previo, y su desarrollo ha tenido consecuencias mucho más allá de sus orígenes europeos.

Las sociedades industrializadas

La moderna industrialización tuvo su origen en Inglaterra, como resultado de la Revolución industrial iniciada en el siglo XVIII. Éste es en realidad un nombre taquigráfico que se aplica a una compleja serie de cambios tecnológicos que afectaron a los medios por los que las personas se ganaban la vida. Estos cambios implicaron la invención de nuevas máquinas (como la máquina de hilar *jenny*, que sustituyó al telar), el aprovechamiento de fuentes de energía (especialmente el agua y el vapor) para la producción y el empleo de la ciencia para los métodos de producción. Dado que los descubrimientos y las invenciones en un campo originan más en otros, el ritmo de innovación tecnológica en las sociedades industrializadas es extremadamente rápido comparado con el de los sistemas sociales tradicionales.

Un rasgo distintivo de las sociedades industrializadas es que la práctica mayoría de la población empleada trabaja en fábricas y oficinas, en lugar de en la agricultura. Incluso en los estados tradicionales más avanzados, como se indicó en el capítulo 1, únicamente una mínima proporción de la población no se dedicaba al trabajo de la tierra. El nivel de desarrollo tecnológico bastante rudimentario, sencillamente no permitía que más de una pequeña minoría quedara libre de las tareas rutinarias de la producción agrícola.

Las sociedades industrializadas están también mucho más urbanizadas que cualquier otro tipo de sistema social tradicional. En la mayoría de los países industrializados, más de un 90 por 100 de las personas viven en pueblos o ciudades donde se encuentran casi todos los trabajos y donde se crean continuamente nuevas oportunidades de empleo. El tamaño de las grandes ciudades es mucho mayor que el de los asentamientos urbanos de las civilizaciones tradicionales. En estas nuevas áreas urbanas la vida social es más impersonal y anónima que antes, y muchos encuentros cotidianos se producen con extraños y no con personas conocidas a nivel personal. Las organizaciones a gran escala, como las corporaciones de negocios o las agencias gubernamentales, llegan a influir en la vida de todos sin excepción. Otra característica de las sociedades industrializadas concierne a sus sistemas políticos, mucho más desarrollados e intensivos que las formas de gobierno de las sociedades tradicionales. En las civilizaciones tradicionales las autoridades políticas (monarcas o emperadores) tenían una escasa influencia directa en las costumbres y los hábitos de la mayor parte de sus súbditos, quienes vivían en núcleos locales autosuficientes. Con la industrialización se aceleraron el transporte y las comunicaciones, favoreciendo con ello una comunidad <<nacional>> más integrada. Las sociedades industrializadas fueron los primeros **estados nacionales**. Los estados nacionales eran comunidades políticas con <<fronteras>> claramente delimitadas entre sí, y no las vagas <<áreas fronterizas>> que solían separar a los estados tradicionales. En los estados nacionales los gobiernos disfrutaban de amplios poderes sobre numerosos aspectos de la vida de los ciudadanos, creando leyes que tienen una aplicación universal para aquellos que viven dentro de sus fronteras.

La tecnología industrial no se ha visto en modo alguno limitada en su aplicación a los procesos pacíficos del desarrollo económico. Desde las fases iniciales de la industrialización los modernos procesos de producción han tenido un empleo militar, lo que ha alterado radicalmente los modos de librar las guerras, creando armamento y formas de organización militar mucho más avanzados que los que poseían las culturas no industriales. Una fuerza económica, una cohesión política y un poder militar superiores subyacen a la expansión aparentemente ilimitada de los modos de vida occidental por todo el mundo durante los dos últimos siglos.

Si un gran número de sociedades y culturas tradicionales ha desaparecido, ello no se debe a que sus modos de vida fuesen <<inferiores>>. Se debe al hecho de que no fueron capaces de resistir el impacto de la combinación de *poder* industrial y militar que desarrollaron los países occidentales. El concepto de **poder** –y una noción estrechamente vinculada a él, la de **ideología**– son de capital importancia en sociología. Por poder se entiende la habilidad de determinados individuos o grupos para imponer sus preocupaciones e interés, incluso allí donde otros oponen resistencia. El poder implica en ocasiones el empleo directo de la fuerza, pero va prácticamente acompañado por el desarrollo de ideas (ideologías) que *justifican* las acciones de los poderosos. En el caso de la expansión occidental los invasores justificaron sus actividades al verse a sí mismos como <<civilizadores>> de los pueblos <<bárbaros>> con los que entraron en contacto.

Sociedades del Tercer Mundo

Desde el siglo XVII hasta comienzos del XX los países occidentales fundaron colonias en numerosas áreas previamente ocupadas por sociedades tradicionales, empleando su fuerza militar superior allí donde se consideró oportuno. Aunque prácticamente la totalidad de estas colonias han conseguido hoy su independencia, el proceso de colonialismo cambió el mapa social y cultural del globo. En ciertas regiones, como Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda, pobladas exclusivamente por comunidades de cazadores y recolectores, los europeos se convirtieron en la población mayoritaria. En otras áreas, incluyendo la mayor parte de Asia, África y Sudamérica, las poblaciones locales continuaron siendo mayoristas. Las sociedades pertenecientes al primero de estos tipos, como la de Estados Unidos, se han industrializado. Las pertenecientes a la segunda categoría se encuentran por lo general a un nivel de desarrollo industrial muy inferior, y a ellas se refiere la noción de sociedades del Tercer Mundo. Las sociedades del Tercer Mundo incluyen a China, India, la mayoría de los países africanos (como Nigeria, Ghana o Argelia) y de Sudamérica (por ejemplo, Brasil, Perú o Venezuela).

En los países del Tercer Mundo, con un bajo nivel de industrialización, la inmensa mayoría de la población se dedica a la producción agrícola. Por el hecho de que muchas de estas sociedades se encuentran al sur de los Estados Unidos y de Europa, a menudo se alude a ellas con el término <<el Sur>> en contraste con <<el Norte>>, más rico e industrializado. Aunque incluyan pueblos que continúen viviendo al estilo tradicional, los países del Tercer Mundo son muy diferentes de las formas preexistentes de cultura tradicional. Poseen sistemas políticos derivados de, o diseñados de acuerdo a, los instaurados por primera vez en las sociedades de occidente –es decir, se trata de estados nacionales. Mientras que la mayor parte de la población continúa viviendo en áreas rurales, muchas de estas sociedades están experimentando un rápido proceso de urbanización. Y aunque la agricultura sigue

siendo la actividad económica predominante, a menudo las cosechas están destinadas a los mercados mundiales y no al consumo local. Los países del Tercer Mundo no son sencillamente sociedades a las que las áreas más industrializadas han <<dejado atrás>>. Las condiciones en las que actualmente viven millones de personas en el Tercer Mundo se deben fundamentalmente al contacto con Occidente, al haberse ido deteriorando los anteriores sistemas tradicionales.

El Tercer Mundo fue originariamente comprendido como parte del contraste existente entre los tres principales tipos de sociedad que se encuentran en el siglo XX. Los países del Primer Mundo eran los estados industrializados de Europa, Estados Unidos, Australia y Japón. Casi todas las sociedades del Primer Mundo poseen regímenes multipartito y sistemas parlamentarios de gobierno. Se diferenciaban de las sociedades del Segundo Mundo referidas a las antiguas sociedades comunistas de los que era antes la Unión Soviética (URSS) y Europa del Este, como Checoslovaquia, Polonia y Hungría.

Las sociedades del Segundo Mundo eran economías de planificación central, que concedían un escaso papel a la propiedad privada o a la libre competencia. Eran, asimismo, estados de un solo partido: el partido comunista dominaba tanto el sistema político como el económico. Durante unos setenta y cinco años la historia mundial se ha visto condicionada por la rivalidad global que se desarrolló entre la Unión Soviética y los países de Europa del Este, de un lado, y las sociedades capitalistas de Occidente y Japón, de otro. Hoy esa rivalidad ha terminado y con el colapso del comunismo en la antigua Unión Soviética y en la Europa del Este, el Segundo Mundo virtualmente ha desaparecido.

Sin embargo, el término <<Tercer Mundo>> se ha convertido en algo establecido: son muchos los que continúan usándolo y yo mismo lo haré a menudo en los siguientes capítulos de este libro, Pero también me referiré con frecuencia a las sociedades del Tercer Mundo como <<países en desarrollo>> o <<países menos desarrollados>>. Todas estas etiquetas son de uso común hoy en día y más o menos equivalente entre sí.

En comparación con las naciones industrializadas, las sociedades del Tercer Mundo son en su mayoría muy pobres. Muchas de ellas han experimentado elevadas tasas de incremento de la población, dedicando en enorme esfuerzo a generar suficientes recursos para proporcionar a sus ciudadanos al menos un nivel de vida mínimamente adecuado.

Conclusión

En el capítulo 1 señalábamos que el foco principal de la sociología es el estudio de las sociedades industrializadas. Como sociólogos, ¿podemos ignorar entonces el Tercer Mundo, dejando este ámbito a la antropología? Desde luego que no. El Primer y el Tercer Mundo se han desarrollado en interconexión uno con otro, y hoy está más íntimamente ligados de lo que lo han estado nunca. Los que vivimos en sociedades industrializadas dependemos de numerosas materias primas y productos manufacturados provenientes de países del Tercer Mundo. A la inversa, las economías de la mayor parte de los estados del Tercer Mundo dependen de las redes comerciales que los ligan a los países industrializados. Únicamente podremos comprender en su totalidad en orden industrializado si situamos a las sociedades del Tercer Mundo como telón de fondo –en las cuales vive, de hecho, la mayor parte de la población mundial. (Para un estudio más detallado del tema, véase capítulo 16: <<La mundialización de la vida social>>.)

Las sociedades que existen hoy en el mundo son diferentes de los tipos tradicionales de orden social que predominaron en el mundo durante miles de años, hasta hace aproximadamente dos siglos. Las exploraciones que los viajeros occidentales realizaron alrededor del globo desencadenaron una serie de procesos de cambio que han destruido numerosas culturas premodernas. Pero aún existe una enorme diversidad cultural, tanto dentro como entre las distintas sociedades. Como seres humanos tenemos toda una serie de características en común, pero también estamos fuertemente influidos por los valores y los hábitos culturales de las sociedades en las que vivimos. En el siguiente capítulo consideraremos algunos de los procesos que afectan a nuestro desarrollo individual desde la infancia y a lo largo de las fases posteriores de la vida.

Resumen

- 1.- La cultura consiste en los valores que posee un cierto grupo, las normas que siguen y los bienes materiales que crean.
- 2.- La especie humana surgió como resultado de un largo proceso de evolución biológica. Los seres humanos son parte de un grupo de mamíferos superiores, los primates. La evidencia parece confirmar el hecho de que el desarrollo cultural precedió, y probablemente modeló, la evolución de la especie humana.
- 3.- La sociobiología es importante principalmente por sus aportaciones al campo del comportamiento animal; las ideas de los sociobiólogos sobre la vida social humana son de un alto nivel especulativo. Nuestro comportamiento está genéticamente influido, pero nuestra dotación genética probablemente condiciona únicamente las potencialidades de nuestro comportamiento, no el contenido en sí mismo de nuestras actividades.
- 4.- Los seres humanos carecen de instintos en el sentido de modelos complejos de comportamiento no aprendido. Un conjunto de reflejos simples, más una serie de necesidades orgánicas son características innatas del individuo humano.
- 5.- Las formas de comportamiento halladas en todas, o prácticamente todas, las culturas se denominan universales culturales. La lengua, la prohibición del incesto, la institución del matrimonio, la familia, la religión y la propiedad son los principales tipos de universales culturales, pero dentro de estas categorías generales existen numerosas variaciones en los valores y los modos de comportamiento de las distintas sociedades.
- 6.- Se puede distinguir diversos tipos de sociedades premodernas. En las sociedades cazadoras y recolectoras, la gente no siembra cosechas ni cría ganado, sino que vive de la recolección de plantas y de la caza de animales. Las sociedades de pastores son aquellas en las que la cría de animales domésticos proporciona el principal medio de vida. Las sociedades agrarias de mayores dimensiones y más desarrolladas forman estados o civilizaciones tradicionales.
- 7.- El desarrollo y la expansión de Occidente condujo a la conquista de numerosas zonas del mundo, alterando de un modo radical sistemas sociales y culturales con un profundo arraigo.
- 8.- En las sociedades industrializadas la producción industrial (cuyas técnicas se emplean también para la producción de alimentos) se convierte en la base principal de la economía. Los países industrializados del Primer Mundo incluyen a las naciones de <<Occidente>>, además de Japón, Australia y Nueva Zelanda. Los Países del Segundo Mundo eran sociedades industrializadas regidas por gobiernos comunistas. (Desde las revoluciones de 1989 en la Europa del Este, que condujeron a la caída del comunismo,

allí en la antigua Unión soviética, las sociedades del Segundo Mundo ya no existen). Los países del Tercer Mundo, en los que vive la inmensa mayoría de la población, fueron en su casi totalidad áreas anteriormente colonizadas. La mayoría de la población trabaja en la producción agrícola, parte de la cual se dirige a los mercados mundiales.

Conceptos básicos

cultura	normas
sociedad	poder
valores	ideología

Términos importantes

evolución	sociedad de pastores
mutación	sociedades agrarias
sociología	estados tradicionales
instinto	estado nacional
subcultura	colonialismo
etnocentrismo	Tercer Mundo
universales culturales	Primer Mundo
semiótica	Segundo Mundo
sociedades cazadoras y recolectoras	

Lecturas complementarias

Ruth Benedict, *Patterns of Cultura* (Nueva Cork: Mentor Books, 1946). Edición en castellano: *El hombre y la cultura*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1967, Un estudio clásico sobre las diferencias culturales: recomendable.

Brian M. Fagan. *People of the Herat* (Londres: Harper Collins, 1992). La última edición de una autorizada investigación de los orígenes y el desarrollo de las diferentes formas de la cultura humana.

Ralph Fasold. *The Socio_linguistics of lenguaje* (Oxford: Blackwell, 1991). Último manual que cubre muchos aspectos de la naturaleza del lenguaje y la cultura.

Raymond Williams. *Cultura* (Glasgow: Fontana, 1981). Una disertación general de gran utilidad sobre el concepto de cultura.

GIDDENS, Anthony (1997) “Dimensiones Institucionales de la modernidad”, en: Consecuencias de la Modernidad. Madrid; Editorial Alianza Universitaria, pp. 60-79-

SECCION II

Dimensiones institucionales de la modernidad

Antes he mencionado la tendencia de la mayoría de las perspectivas y enfoques teóricos sociológicos a buscar en las sociedades modernas un único y dominante nexo institucional: ¿con las instituciones modernas capitalistas o industriales? Este debate, a pesar de haber estado sobre el tapete por mucho tiempo, no está en absoluto desprovisto de significado en

la actualidad independientemente del hecho de sustentarse, en cierta manera, sobre una premisa errónea ya que en ambos casos va implicado un cierto reduccionismo al verse el industrialismo como un subtipo del capitalismo o viceversa. Contrastado con ese reduccionismo, deberíamos ver el capitalismo y el industrialismo como dos diferentes <<agrupamientos organizativos>> o dimensiones implicadas en las instituciones de la modernidad. Los definiré de la siguiente manera:

El capitalismo es un sistema de producción de mercancías centrado en la relación entre la propiedad privada de capital y una mano de obra asalariada desposeída de propiedad siendo esta relación la que configura el eje principal del sistema de clases. La empresa capitalista depende de la producción dirigida a mercados competitivos, en los que los precios son las señales para los inversores, los productores y los consumidores indistintamente.

Por otro lado, la característica principal del industrialismo, es la utilización de artículos, asociados al papel central de la maquinaria en el proceso de producción. Una <<máquina>> puede definirse como un artefacto que efectúa determinadas series de tareas empleando esas fuentes de energía como medio para su funcionamiento. El industrialismo presupone la organización social regularizada de la producción que coordina la actividad humana, las máquinas y las entradas y salidas de materias primas y productos. Pero el industrialismo no debería entenderse de una manera restringida como su origen en la <<revolución industrial>> nos llevaría a pensar. Esa frase, <<la revolución industrial>>, conjura una serie de imágenes llenas de carbón, vapor y una enorme maquinaria pesada produciendo un sonido metálico que retumba en sucios talleres y fábricas. No menos que a dichas situaciones, la noción de industrialismo hace referencia a escenarios de alta tecnología donde la electricidad es la única fuente de energía y los microcircuitos electrónicos los únicos dispositivos mecanizados. El industrialismo además, afecta no sólo al centro de trabajo sino también al transporte, las comunicaciones y la vida doméstica.

Podemos reconocer las sociedades capitalistas como un subtipo distinto de las sociedades modernas en general. Una sociedad capitalista es un sistema que muestra un número de específicos rasgos institucionales y el primero de ellos, es que su orden económico encierra las características anotadas más arriba. La naturaleza fuertemente competitiva y expansiva de la empresa capitalista hace que la innovación tecnológica sea tan constante como penetrante. La segunda característica a destacar es que la economía está muy determinada o <<aislada>> de otros campos, especialmente de las instituciones políticas. Dadas las altas tasas de denominación en la fiesta económica, las relaciones económicas tienen una considerable influencia sobre otras instituciones. El tercer rasgo es que el aislamiento de la política y la economía (que toma muchas y variadas formas), se funda en la preeminencia de la productividad privada de los medios de producción. (Propiedad privada no se refiere aquí necesariamente a la función empresarial individual, sino a la extendida titularidad privada de las inversiones.) La propiedad de capital está directamente unida al fenómeno de <<desposeimiento>> (propertylessness), esto es, la reducción a mercancía de la mano de obra asalariada en el sistema de clases. El cuarto, la autonomía del estado está condicionada, aunque no determinada en un sentido fuerte, por su dependencia de la acumulación de capital sobre la que su control está lejos de ser completo.

Pero ¿por qué es la sociedad capitalista una sociedad? La pregunta quedaría sin respuesta si nos limitásemos a caracterizar el orden social capitalista en términos de sus principales alineamientos institucionales, ya que, dadas sus características expansionistas, la vida económica capitalista sólo en algunos aspectos está circunscrita a las fronteras de específicos sistemas sociales. Desde sus mismos orígenes, el capitalismo ha sido

internacional en su esfera. Una sociedad capitalista es una <<sociedad>> sólo porque es un estado nacional. Las características del estado nacional, en una parte substancial, han de explicarse y analizarse con independencia de la discusión sobre la naturaleza tanto del capitalismo como del industrialismo. El sistema administrativo del estado capitalista, y de los estados modernos en general debe interpretarse en términos del control coordinado que ejerce sobre delimitadas áreas territoriales. Como dije antes, ningún estado premoderno pudo aproximarse al nivel de coordinación administrativa desarrollada por el estado nacional.

Tal concentración administrativa depende a su vez del desarrollo de capacidades de vigilancia que sobrepasan con creces aquellas propias de las civilizaciones tradicionales, y los aparatos de vigilancia constituyen una tercera dimensión, asociada como el capitalismo y el industrialismo, al nacimiento de la modernidad. La vigilancia se refiere a la supervisión de las actitudes de la población en la esfera política, aunque su importancia como base del poder administrativo no esté bajo ningún concepto limitada a esa esfera. La vigilancia puede ser directa (como en muchos de los ejemplos discutidos por Foucault como prisiones, escuelas y centros de trabajo),³⁹ pero más característicamente es indirecta y basada en el control de la información.

Hay que resaltar una cuarta dimensión institucional: el control de los medios de violencia. El poder militar fue siempre un rasgo central a las civilizaciones premodernas. No obstante, en esas civilizaciones el centro político nunca pudo asegurar por mucho tiempo un estable apoyo militar y característicamente nunca llegó a asegurar el monopolio del control de los medios de violencia dentro de sus territorios. La fuerza militar de la autoridad gobernante dependía de las alianzas con los príncipes locales o jefes militares que siempre estaban sujetos a separarse de ellos, o bien a desafiar directamente a los grupos dominantes. El éxito del monopolio de los medios de violencia dentro de precisas fronteras territoriales, es algo distintivo del estado moderno como también lo es la existencia de especiales conexiones con el industrialismo, que penetraron tanto la organización de las fuerzas armadas como el armamento a su disposición. La <<industrialización de la guerra>> cambia radicalmente el carácter de la guerra, llevándola a una era de <<guerra total>> y más tarde a la guerra nuclear.

El intérprete clásico de la relación entre la guerra y el estado nacional, en el siglo diecinueve, fue Clausewitz; pero, para ser precisos, su enfoque ya era substancialmente obsoleto cuando lo desarrolló. Para Clausewitz la guerra era la diplomacia por otros medios, es a lo que se llega cuando las negociaciones normales u otros modos de persuasión o coerción fracasan en las relaciones entre estado.⁴⁰ La guerra total embota la utilización de la guerra como instrumento político ya que el sufrimiento infligido a ambas partes tiende a sobrepasar con creces cualquier ganancia diplomática que pudiera alcanzarse a través de ella. Esto es obvio ante la posibilidad de guerra nuclear.

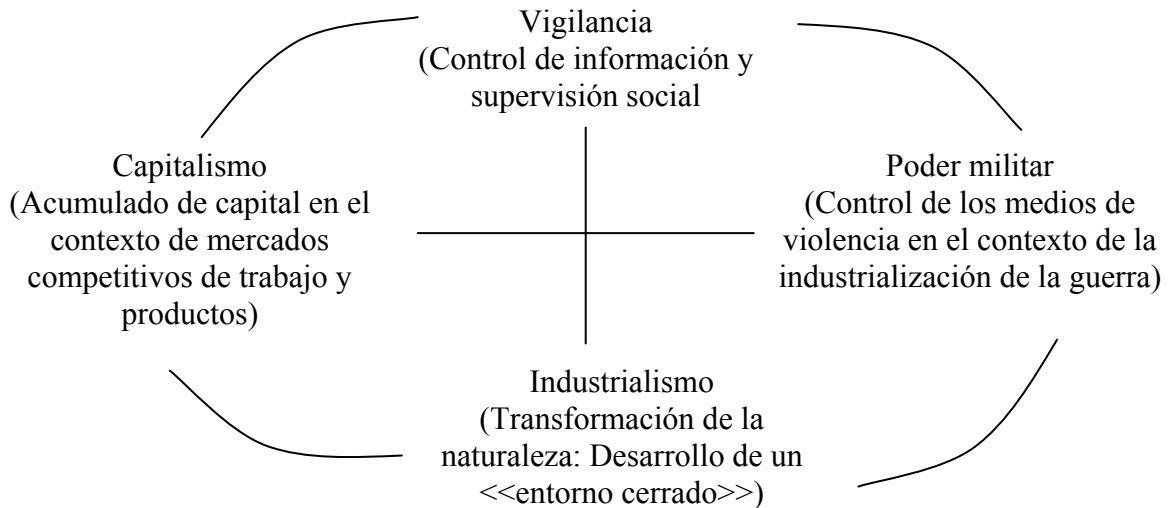
Las cuatro dimensiones fundamentales de la modernidad y sus interrelaciones pueden apreciarse en la figura 1.

Empezando por la izquierda del círculo, el capitalismo implica el aislamiento de lo económico de lo político, contra el telón de fondo de mercados competitivos de trabajo y de productos. La vigilancia, a su vez, es fundamental en todos los tipos de organización asociados al establecimiento de la modernidad, particularmente al estado nacional, cuyo

³⁹ Michel Foucault, *Discipline and Punish* (Londres: Allen Lane, 1977).

⁴⁰ Karl von Clausewitz, *On War* (Londres: Kegan Paul, 1908).

desarrollo se ha ido entrelazando históricamente con el capitalismo en su desarrollo mutuo. De manera similar, existen claras y substantivas conexiones entre las operaciones de vigilancia en los estados nacionales y la naturaleza cambiante del poder militar en el período moderno. El éxito del monopolio de los medios de violencia por parte de los estados modernos, se sustenta sobre el mantenimiento secular de nuevos códigos de derecho penal, además del control supervisor de la <<desviación>>. El poder militar queda convertido en apoyo relativamente remoto a la hegemonía interna de las autoridades civiles y las fuerzas armadas generalmente <<apuntan hacia fuera>>, hacia otros estados.



Moviéndonos más alrededor del círculo, observamos que existen relaciones directas entre el poder militar y el industrialismo, siendo la industrialización de la guerra una de las principales expresiones de ello. De igual manera, se pueden establecer claras conexiones entre el industrialismo y el capitalismo, conexiones que son de todos conocidas y bien documentadas, pese a la disputa de prioridades sobre su interpretación, anotada más arriba. En las condiciones de la modernidad, el industrialismo se convierte en el eje principal de la interacción de los seres humanos con la naturaleza. En las culturas premodernas, incluso en las grandes civilizaciones, los seres humanos se percibían a sí mismos esencialmente como un continuo de la naturaleza; las vidas humanas iban unidas a las maneras y caprichos de la naturaleza; a la disponibilidad de fuentes naturales de subsistencia; a la abundancia o escasez de cosechas y animales de pastoreo; y el impacto de los desastres naturales. La industria moderna, configurada por la alianza entre ciencia y tecnología transforma el mundo de la naturaleza de manera inimaginable a generaciones pasadas. En los sectores industrializados del planeta, y crecientemente en todas partes, los seres humanos viven en un entorno creado, un entorno de acción que es desde luego físico, pero que ha dejado de ser natural. No sólo el entorno construido de las áreas urbanas, también otros paisajes están sujetos a la coordinación y al control humano.

Las líneas rectas de la figura 1, indican más conexiones de las que pueden ser analizadas aquí. Por ejemplo, el hecho de que la vigilancia ha estado estrechamente implicada en el desarrollo del industrialismo, consolidando el poder administrativo sobre las instalaciones de producción, las fábricas y los talleres. Sin embargo, en vez de proseguir tales consideraciones, volveré la atención brevemente, muy brevemente dado el vasto tema a

discutir, sobre cómo los diferentes agrupamientos institucionales se enlazaron unos con otros en el desarrollo de las instituciones modernas.

La empresa capitalista, podemos afirmar con Marx, desempeñó un importante papel en separar la vida moderna de las instituciones del mundo tradicional. El carácter enormemente dinámico del capitalismo viene dado como resultado de las conexiones establecidas entre la empresa económica competitiva y el generalizado proceso de mercantilización. Marx diagnosticó que la economía capitalista, tanto interna como externamente (dentro y fuera del alcance del estado nacional), es intrínsecamente inestable y agitada. Toda la reproducción económica capitalista es <<reproducción expansiva>> por que el orden económico no puede permanecer en un equilibrio más o menos estático, como era el caso en la mayoría de los sistemas tradicionales. El surgimiento del capitalismo, como dice Marx, precedió al desarrollo del industrialismo, y ciertamente suministró mucho el ímpetu de su surgimiento. La producción industrial y la constante revolución tecnológica asociada permitió que el proceso de producción se hiciera más eficiente y barato. La mercantilización de la mano de obra fue un eslabón particularmente importante, entre el capitalismo y el industrialismo, porque el <<trabajo abstracto>> puede programarse directamente en el diseño tecnológico de producción.

El desarrollo de una fuerza de trabajo abstracta también formó un importante punto de conexión entre el capitalismo, el industrialismo, y la naturaleza cambiante del control de los medios de violencia. Los escritos de Marx resultan otra vez de gran utilidad para alianzar esto, aunque él no los desarrollara explícitamente en la dirección debida.⁴¹ En los estados premodernos en sistema de clases raramente fue totalmente económico: las relaciones clasistas de explotación fueron sustentadas, de alguna manera, por la fuerza o por la amenaza de su utilización. La clase dominante estaba capacitada para desplegar tal fuerza a través del acceso directo a los medios de violencia, entre otras cosas, porque frecuentemente era una clase de guerreros. Pero con el surgimiento del capitalismo, la naturaleza de la dominación de clases se hizo substancialmente diferente. El contrato de trabajo capitalista, un punto clave del nuevo emergente sistema de clases, implicaba el empleo de fuerza de trabajo abstracta en lugar de la servidumbre del <<total de la persona>> (esclavitud); de una proporción de la semana laborable (criados al servicio personal del amo), o de productos (diezmos o tributos en especie). El contrato de trabajo capitalista no descansa sobre la posesión directa de los medios de violencia y el trabajo asalariado es nominalmente libre, por lo que las relaciones de clases quedan de esta manera incorporadas directamente al marco capitalista de producción, en vez de estar abiertas y sancionadas por la violencia. Este proceso se dio en conjunción histórica con la monopolización del control de los medios de violencia en manos del estado. De esta manera la violencia quedó <<extraída>> del contrato de trabajo y concentrada en manos de las autoridades estatales.

Si el capitalismo fue uno de los grandes elementos institucionales que promovieron la aceleración y expansión de las instituciones modernas, el otro fue el estado nacional. Los estados nacionales y el sistema del estado nacional, no pueden explicarse a la luz del desarrollo de la empresa capitalista, por más que los intereses del estado y la prosperidad capitalista haya sido a veces convergentes. El sistema del estado nacional fue forjado por una miríada de acontecimientos contingentes dentro del difuminado orden de reinos y principados postfeudales, cuya existencia diferenció a Europa de los imperios agrarios. La

⁴¹ Giddens, *Contemporary Critique*, Cap. 7.

difusión de las instituciones modernas a través del mundo fue en su origen un fenómeno occidental, que a su vez fue afectado por las cuatro dimensiones antes mencionadas. Los estados nacionales concentraron el poder administrativo mucho más eficazmente que los estados tradicionales y, consecuentemente, hasta estados muy pequeños fueron capaces de movilizar recursos sociales y económicos más allá de los disponibles por los sistemas premodernos. La producción capitalista, particularmente cuando se aliaba con el industrialismo, procuró un enorme asalto hacia delante, tanto en riqueza económica como en poder militar. La combinación del conjunto de esos factores, hizo que la expansión de occidente fuere aparentemente irresistible.

Detrás de los agrupamientos institucionales descansan las tres fuentes de dinamismo de la modernidad antes puesta de relieve, esto es, el distanciamiento entre tiempo y espacio, el desanclaje y la flexibilidad. Esas fuentes no son en sí mismas instituciones sino condiciones que facilitaron las transiciones históricas a las que nos hemos referido en páginas precedentes. Sin ellas, el desprendimiento de la modernidad de los ordenes tradicionales, no habría sucedido en manera tan radical, tan rápida o a través del escenario mundial.

Esas condiciones están implicadas, a la vez que condicionadas, por las dimensiones institucionales de la modernidad.

La mundialización de la modernidad

La modernidad es intrínsecamente globalizadora y esto resulta evidente en alguna de las características más esenciales de las instituciones modernas, en las que particularmente se incluyen sus condiciones de desanclaje e índole reflexiva. Pero ¿qué es exactamente la mundialización y cómo podríamos conceptuar mejor este fenómeno? Consideraré detenidamente estos interrogantes dado que en la literatura sociológica, la importancia crucial del actual proceso de mundialización ha sido escasamente señalada en las amplias discusiones del mismo. Empezaremos por recordar algunas de las puntuaciones ya hechas. La excesiva dependencia que los sociólogos han depositado en la noción de <<sociedad>>, cuando ésta significa un sistema delimitado, debería ser reemplazada por un punto de partida en el que se concentre el análisis de cómo está ordenada la vida social a través del tiempo y el espacio, es decir, en la problemática del distanciamiento entre tiempo y espacio. El marco conceptual del distanciamiento espacio-temporal dirige nuestra atención a las complejas relaciones entre la participación local (circunstancias de co-presencia) y la interacción a través de la distancia. En la era moderna, el nivel de distanciamiento entre tiempo-espacio es muy superior al registrado en cualquier período precedente, y las relaciones entre formas sociales locales o distantes y acontecimientos, se <<dilatan>>. La mundialización se refiere principalmente a esos procesos de alargamiento en lo concerniente a los métodos de conexión entre diferentes contextos sociales o regiones que se convierten en una red a lo largo de toda la superficie de la tierra.

La mundialización puede por tanto definirse como la intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo por las que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia o viceversa. Este es un proceso dialéctico puesto que esos acontecimientos locales pueden moverse en dirección inversa a las distantes relaciones que les dieron forma. La transformación local es parte de la mundialización y de la extensión lateral de las conexiones a través del tiempo y espacio. Así, quien estudie las ciudades actuales en cualquier lugar del mundo, sabe que lo que las ciudades actuales en cualquier

lugar del mundo, sabe que lo que sucede en un barrio local seguramente ha sido influenciado por otros factores –como pueden ser la economía mundial o los mercados de productos– que operan a una distancia indefinida lejos del barrio en cuestión. El resultado no es necesariamente, ni siquiera corrientemente, un generalizado conjunto de cambios que actúan en dirección uniforme, al contrario, en muchas cuestiones, consiste en tendencias mutuamente opuestas. La creciente prosperidad del área urbana de Singapur podría estar causalmente relacionada, a través una complicada red de conexiones económicas mundiales, al empobrecimiento de un barrio de Pittsburg, cuyos productos locales no son competitivos en los mercados mundiales.

Otro ejemplo de los muchos que podrían ofrecerse, es el auge de los nacionalismos locales, tanto en Europa como en muchos otros lugares del mundo. El desarrollo de las relaciones sociales mundiales, probablemente sirve para disminuir algunos aspectos de los sentimientos nacionales vinculados a los estados nacionales (o a algunos estados), pero también puede estar causalmente implicado en la intensificación de sentimientos nacionales más localizados. Dentro de las circunstancias de acelerada mundialización, el estado nacional se ha hecho <<demasiado pequeño para poder abordar los grandes problemas de la vida>>. ⁴² Al mismo tiempo que las relaciones sociales se extienden lateralmente, y como parte del mismo proceso, observamos la intensificación de las presiones que reivindican la autonomía local y la identidad cultural regional.

Dos enfoques teóricos

Aparte del trabajo de Marshall McLuhan y algunos otros autores, las discusiones sobre la mundialización tienden a plantearse en dos cuerpos de literatura muy distintos entre sí. Uno de ellos es la obra sobre relaciones internacionales, y el otro concierne a la <<teoría del sistema mundial>> asociada particularmente a Emmanuel Wallerstein, que se mantiene muy cercana a la postura marxista.

Las teorías sobre relaciones internacionales normalmente centran su atención sobre el desarrollo del sistema del estado nacional, analizando su origen en Europa y su posterior extensión al mundo entero. Tratan a los estados nacionales como si fueran <<actores>> que se relacionan entre sí en el campo internacional o con otras organizaciones de índole transnacional (organizaciones intergubernamentales o actores no estatales). Aunque distintas posiciones teóricas están representadas en este grupo de literatura, la mayoría de los autores pintan un cuadro similar al analizar el crecimiento de la mundialización. ⁴³ Se asume que los estados soberanos surgieron en un comienzo como entidades separadas que ejercían dentro de sus fronteras un más o menos completo control administrativo. A medida que el sistema de estados europeo va madurando y se convierte en un sistema mundial de estados nacionales, las pautas de interdependencia, van desarrollándose crecientemente. Esto se expresa no sólo en los vínculos que forman los estados entre sí en el campo internacional, sino en el crecimiento de organizaciones intergubernamentales. Esos procesos marcan un movimiento global hacia <<un solo mundo>>, independientemente de que sean continuamente fracturados por la guerra. Se dice que los estados nacionales están perdiendo progresivamente soberanía, en el sentido de pérdida de control sobre sus propios

⁴² Daniel Bell, *Tre Works and United States in 2013*>> Deadalus, 116 (1987)

⁴³ Véase por ejemplo, James N. Rotennhau, *The Study od Global Interdependence* (Londres:Printer, 1980).

asuntos, aunque hoy pocos prevean el surgimiento del <<estado mundial>> en un futuro próximo como una perspectiva real, tal como predijeron algunos a primeros del siglo.

Si bien este enfoque no es totalmente erróneo, sí que sugiere algunas importantes objeciones. La primera, una vez más, es que sólo cubre una dimensión general de lo que es la mundialización, en la manera en que deseo utilizar aquí este concepto: la coordinación internacional de los estados. El tomar a los estados como actores es razonable, y tiene sentido en algunos contextos; sin embargo, la mayoría de las teorías de relaciones internacionales no explican el porqué esta utilización es razonable puesto que sólo lo es en el caso de los estados nacionales, no en el caso de los estados premodernos. La razón tiene que ver con el tema ya discutido: existe mucha más concentración de poder administrativo en los estados nacionales de la que existió en sus precursores, en los que sería relativamente algo sin sentido hablar de <<gobiernos>> que negocian con otros <<gobiernos>> en nombre de sus respectivas naciones. Además, el tratar a los estados como actores que tienen conexiones entre ellos y con otros organismos en el campo internacional, dificulta tratar aquellas relaciones sociales que no se dan entre o fuera de los estados, sino que simplemente se entrecruzan a través de las divisiones estatales.

Otra de las limitaciones de este tipo de planteamiento concierne a su representación de la creciente unificación del sistema del estado nacional. El poder soberano de los estados modernos no se constituyó con anterioridad a su implicación en el sistema del estado nacional, ni siquiera en el sistema estatal europeo, sino que se desarrolló en conjunción con éste. Es cierto que la soberanía del estado moderno fue desde un principio dependiente de las relaciones entre estados, en el sentido de que cada estado (en principio, pero desde luego no siempre en la práctica) reconocía la autonomía de los otros dentro de sus propias fronteras. No obstante, ningún estado, no importa lo poderoso que fuera, mantuvo tanto control soberano en la práctica como el que se veneraba en el principio legal. La Historia de los dos últimos siglos no es más que la progresiva pérdida de la soberanía del estado nacional. Aquí debemos de nuevo reconocer el carácter dialéctico de la mundialización y también la influencia de procesos de desigual desarrollo. La pérdida de autonomía por parte de algunos estados o grupos de estados, frecuentemente ha ido unida al aumento en la soberanía de otros como resultado de alianzas, guerras o cambios políticos o económicos de diferente índole: Por ejemplo, aunque el control soberano de algunas de las <<clásicas>> naciones occidentales puede haber desminuido como resultado de la aceleración de la división mundial del trabajo en los últimos treinta años, ese control, al menos en algunos aspectos, ha aumentado en algunos países del Extremo Oriente.

Puesto que la postura de la teoría del sistema mundial difiere en gran medida de la de las relaciones internacionales, no es sorprendente que mantengan distancias entre ellas. La descripción que hace Wallerstein del sistema mundial presenta muchas contribuciones tanto en el plano teórico como en el análisis empírico.⁴⁴ No menos importante es el hecho de que esquiva la corriente preocupación de los sociólogos por las <<sociedades>>, a favor de una concepción de mayor alcance sobre las relaciones mundiales. También hace una clara diferenciación entre la era moderna y las edades precedentes en función del fenómeno que le preocupa. Lo que él llama <<economías mundiales>>, esto es, redes de conexiones económicas de carácter geográficamente extensivo, existieron con anterioridad a los tiempos pos modernos, pero fueron notablemente diferentes del sistema mundial que se ha desarrollado a lo largo de los últimos tres o cuatro siglos. Las anteriores economías

⁴⁴ Immanuel Wallerstein, *The Modern World System* (Nueva Cork: Academia, 1974).

mundiales estaban generalmente centradas en grandes estados imperiales y nunca cubrieron más que ciertas regiones en las que se concentraba el poder de esos estados. La llegada del capitalismo, como analiza Wallerstein, conduce a un tipo de orden muy diferente, por primera vez auténticamente mundial en su alcance y basado más en el poder económico que en el político –«la economía capitalista mundial»-. La economía capitalista mundial que se origina en los siglos dieciséis y diecisiete, es integrada a través de las conexiones comerciales y de producción, no por un centro político. Indudablemente que existen múltiples centros políticos, los estados nacionales. El sistema mundial moderno se divide en tres componentes, el núcleo, la semiperiferia y la periferia, aunque en lugar en el que cada uno de ellos se sitúa varía con el tiempo.

De acuerdo con Wallerstein, el alcance mundial del capitalismo se estableció muy pronto en el período moderno: «El capitalismo fue desde un principio un asunto de la economía mundial y no de los estados nacionales... el capital nunca ha permitido que sus aspiraciones fueran determinadas por fronteras nacionales».⁴⁵ El capitalismo ha sido tan fundamental en la globalización precisamente porque es más un orden económico que un orden político; ha sido capaz de penetrar en remotas áreas del mundo a las que nos hubieran podido transformar los estados originarios debido a sus vaivenes políticos. La administración colonial de tierras lejanas, puede en algunos casos haber ayudado a consolidar la expansión económica, pero nunca fue la base principal de la propagación global de la empresa capitalista. A finales del siglo cuando prácticamente ha desaparecido el colonialismo en su forma original, la economía capitalista mundial continúa implicando directamente los enormes desequilibrios que existen entre el núcleo, la semiperiferia y la periferia.

Wallerstein supera con éxito algunas de las limitaciones de buena parte del pensamiento sociológico ortodoxo, más notablemente, la tendencia claramente definida a enfocar el análisis sobre los «modelos endógenos» del cambio social. Pero su trabajo tampoco está libre de defectos. Por una parte insiste en ver un solo nexo institucional dominante (el capitalismo), como único responsable de las transformaciones modernas. De esta manera, la teoría del sistema mundial se concentra fuertemente sobre las influencias económicas y encuentra difícil considerar satisfactoriamente precisamente aquellos fenómenos que los teóricos de las relaciones internacionales han considerado centrales, esto es, el auge del estado nacional y el sistema del estado nacional. Además las distinciones entre núcleo, semiperiferia y periferia (quizás ellas mismas de cuestionable valor) fundamentadas sobre criterios económicos, no permiten iluminar las concentraciones de poderes políticos o militares que no se alinean de manera precisa con las diferenciaciones económicas.

Las dimensiones de la mundialización

En contraste con lo anterior, consideraré la economía capitalista mundial como una de las cuatro dimensiones de la globalización, ajustándome a la cuádruple clasificación de las instituciones de la modernidad nombradas más arriba. (Ver figura 2).⁴⁶ El sistema de estado nacional es la segunda dimensión, como la argumentación ya mantenida indicaba,

⁴⁵ Immanuel Wallerstein, «The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis», en *The Capitalist World Economy* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1979), p. 19.

⁴⁶ Esta cifra (y la discusión que lo acompaña) reemplaza la que aparece en p. 277 de *Nation State and Violence*.

aunque concentradas de diversas formas, ninguna puede explicarse exhaustivamente en función de la otra.

Si consideramos el momento actual ¿en qué sentido puede decirse que la organización de la economía mundial está dominada por los mecanismos de la economía capitalista? Para contestar esta pregunta debemos incorporar a la discusión un número de consideraciones relevantes.

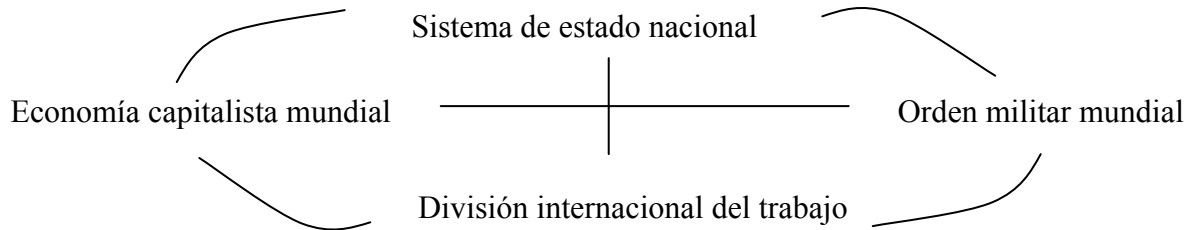


FIGURA 2. Las dimensiones de la globalización

Los principales centros de poder en la economía mundial son estados capitalistas, estados en los que la empresa económica capitalista (con la consiguiente relación de clase social que conlleva) es la principal forma de producción. La política económica, tanto doméstica como internacional, en esos estados, involucra muchas formas de regulación de la actividad económica, pero, como ya hemos visto, su organización institucional mantiene un <<aislamiento>> de lo económico y de lo político. Esto permite un amplio ámbito para las actividades globales de las corporaciones financieras, que aunque siempre has estado domiciliadas en un determinado estado, no obstante pueden desarrollar muchos otros intereses en cualquier otro lugar del mundo.

Las empresas comerciales, especialmente las corporaciones transnacionales, pueden ejercer un inmerso poder económico y poseen la capacidad de influir en la política bien del país de su sede, bien en otras partes. Las más grandes compañías transnacionales manejan en la actualidad presupuestos muy superiores a los de la mayoría de los estados; pero existen algunos clave en los que su poder no puede rivalizar con el de los estados, siendo especialmente importantes los factores de territorialidad y control de los medios de violencia. No existe ninguna área sobre las superficie terrestre, salvo, y sólo parcialmente, las regiones polares, que no esté reclamada como legítima esfera de control de uno u otro estado. Todos los estados por la conexión entre esta y el poder militar): sin embargo, los estados derivan su poder de sus posibilidades soberanas, como subraya Hans J. Morgenthau.⁴⁷ Los estados no funcionan como máquinas económicas sino como <<actores>> celosos de sus derechos territoriales, preocupados por el impulso de sus culturas nacionales, y estableciendo estratégicos compromisos geopolíticos con otros estados, o alianzas de estado.

El sistema del estado nacional ha participado desde siempre en esa reflexividad característica de la modernidad en su conjunto. La misma existencia de soberanía debe interpretarse como algo dirigido reflexivamente, dadas las razones ya expuestas. La soberanía va unida a la sustitución de <<fronteras>> por los <<límites>> establecidos en los inicios del desarrollo del sistema de estado nacional: la autonomía dentro del territorio reclamado por el estado es sancionada por el reconocimiento por los <<límites>> de los

⁴⁷ H. J. Morgenthau, *Políticas Among Nations* (Nueva Cork: JKnopf, 1960).

otros estados. Como he anotado más arriba, éste es uno de los principales factores que distinguen el sistema de estado nacional de los sistemas de otros estados premodernos en los que existían pocas relaciones de esta clase ordenada reflexivamente, y donde la noción de <<relaciones internacionales>> no tenía ningún sentido.

Un aspecto de la naturaleza dialéctica de la mundialización es el <<tira y afloja>> entre las tendencias hacia la centralización inherente a la reflexividad del sistema de estado por un lado y la soberanía de estados particulares por el otro. Así, la acción concentrada entre países en algunos aspectos disminuye la soberanía individual de las naciones implicadas, que, son sin embargo, al combinar su poder en otras maneras, aumentan su influencia dentro del sistema de estados. Lo mismo es verdad de los primeros congresos que, en conjunción con la guerra, definieron y redefinieron los límites estatales, y de agencias verdaderamente mundiales como las Naciones Unidas. La influencia global de las Naciones Unidas (todavía limitada decisivamente por el hecho de no ser territorial y no poseer ningún acceso significativo a los medios de violencia) no se consigue sólo a raíz de la disminución de la soberanía de los estados nacionales, las cosas son más complejas que esto. Un ejemplo obvio es el de los <<nuevos estados>>, estados nacionales autónomos, ubicados en antiguas áreas coloniales. La lucha armada contra los países coloniales fue en muchos casos el principal factor para convencer a los colonizadores de retirarse; pero la discusión en las Naciones Unidas desempeñó un papel clave en el establecimiento de áreas excoloniales como estados con límites internacionalmente reconocidos. No importa lo débiles económica y militarmente que sean algunas de esas nuevas naciones al emerger como estados nacionales (o, en algunos casos, como <<naciones estado>>), se marca una neta ganancia en términos de soberanía si se compara con sus anteriores circunstancias.

La tercera dimensión de la mundialización es el orden militar mundial. Para especificar su naturaleza, debemos analizar las conexiones entre la industrialización de la guerra, el flujo de armamento y técnicas de organización militar de unos lugares del mundo a otros, y las alianzas que establecen unos estados con otros. Las alianzas militares no comprometen necesariamente el monopolio sobre los medios de violencia manteniendo por un estado dentro de su territorio, aunque en algunas circunstancias puedan hacerlo.

Al trazar las imbricaciones entre tira-y-afloja entre las opuestas tendencias previamente anotadas. En el período actual, los dos estados más desarrollados militarmente, los Estados Unidos y la Unión Soviética, han construido un sistema bipolar de alianzas militares de verdadero alcance global. Los países implicados en esas alianzas aceptan necesariamente limitaciones sobre su capacidad de forjar estrategias militares externas e independientes, como también pueden perder monopolio militar total dentro de sus propios territorios, puesto que las fuerzas americanas o soviéticas, estacionadas allí, reciben órdenes desde el extranjero. Sin embargo, como resultado del masivo poder destructivo del armamento moderno, casi todos los estados poseen una fuerza militar mucho más poderosa de la que poseyeron incluso las más grandes civilizaciones premodernas. Muchos países del Tercer Mundo económicamente débiles, son poderosos militarmente. En algún importante sentido no existe el <<Tercer Mundo>> en lo referente al armamento militar, sólo hay un <<Primer Mundo>> puesto que la mayoría de los países mantienen una reserva de armamento tecnológicamente avanzado y han modernizado sus fuerzas armadas meticulosamente. Ni siquiera la posesión de armamento nuclear esta limitada a los países económicamente avanzados.

La mundialización del poder militar evidentemente no se limita al armamento y a la alianza entre las fuerzas armadas de diferentes países, sino que también concierne a la guerra en sí

misma. Dos guerras mundiales atestiguan la manera en que conflictos locales se convirtieron en cuestiones de implantación global. En las dos guerras, la participación provino prácticamente de todas las regiones del mundo (aunque la Segunda Guerra Mundial fuera un fenómeno más verdaderamente mundial). En una época de armamento nuclear, la industrialización de la guerra han llegado a tal punto que, como decía antes, la doctrina principal Clausewitz ha quedado obsoleta desde cualquier punto de vista.⁴⁸ El único motivo de mantener el armamento nuclear, arte de su posible valor simbólico en la política mundial, es el de disuadir a otros de su utilización.

Mientras que esta situación podría conducir a la suspensión de la guerra entre potencias nucleares (o por lo menos eso es lo que deseamos) difícilmente llegaría a prevenir el que esos poderes se enzarzaran en aventuras militares fuera de sus dominios territoriales. Las dos superpotencias, cada una por su lado, podrían embarcarse en lo que ha llegado a conocer como <<guerras manipuladas>>, en regiones periféricas de su poder militar. Con esto quiere decir contenidas militares con los gobiernos de otros estados, con movimientos guerrilleros, o con ambos, en los que no se involucran tropas de la superpotencia, pero en donde esa misma potencia tiene la influencia primordial en la organización del conflicto.

La cuarta dimensión de la mundialización concierne al desarrollo industrial. Aquí el aspecto más evidente es la expansión de la división mundial del trabajo que incluye las diferenciaciones entre las regiones del mundo más y menos industrializadas. La industria moderna está intrínsecamente fundamentada en la división del trabajo, no sólo en el plano referente a tareas laborales, sino también en el de la especialización regional en términos de tipos de industria, en las técnicas, y en la producción de materias primas. Qué duda cabe que desde la Segunda Guerra Mundial se ha dado una enorme expansión de la interdependencia mundial en la división del trabajo. Ello ha ayudado a establecer cambios en la distribución mundial de la producción, incluyendo la desindustrialización de algunas regiones de los países desarrollados, y la aparición de los países de Nueva Industrialización en el Tercer Mundo. Es cierto también que ello ha servido para reducir la hegemonía interna de muchos estados, particularmente aquellos con un alto nivel de industrialización. Para los países capitalistas es más difícil hoy que antes, manejar sus economías, dada la creciente aceleración de la interdependencia económica mundial. Seguramente aquí radica una de las principales razones del actual declive del impacto de las políticas económicas keynesianas aplicadas en el nivel de las economías nacionales.

Uno de los principales rasgos de las implicaciones globalizantes de la industrialización es la difusión mundial de la maquinaria tecnológica. El impacto del industrialismo, no está simplemente limitado a esta esfera de la producción, sino que afecta muchos aspectos de la vida cotidiana y ejerce también una decisiva influencia sobre el carácter genérico de la interacción humana con el entorno material.

Incluso en aquellos estados que permanecen esencialmente agrarios, la tecnología moderna es frecuentemente aplicada de tal manera que altera substancialmente las relaciones preexistentes entre la organización social humana y el medio ambiente. Esto es cierto, por ejemplo, en el uso de fertilizantes u otros métodos artificiales de agricultura; en la introducción de maquinaria agrícola, y en tantos otros factores. La difusión del industrialismo ha creado <un mundo>> en un sentido aún más negativo y amenazante del que termino nombrar, <<un mundo>> en el que existen cambios ecológicos reales y

⁴⁸ No obstante, Clausewitz fue un pensador sutil, y ahí están las interpretaciones de sus ideas que continúan manteniendo su relevancia hasta la fecha.

potenciales tan nefastos que afectan a todos los habitantes del planeta. Y sin embargo, el industrialismo también ha condicionado decisivamente nuestra misma conciencia de vivir en <<un solo mundo>>, puesto que uno de los más importantes efectos del industrialismo han sido la transformación de las tecnologías de la comunicación. Estos comentarios nos llevan a un aspecto más profundo de la mundialización que descansa tras cada una de las dimensiones institucionales que he nombrado, y al que podemos referirnos como mundialización cultural. Las tecnologías mecanizadas de la comunicación han influido profundamente en todos los aspectos de la mundilización desde la temprana introducción de la imprenta en Europa, y forma un electo esencial de la reflexividad de la modernidad y de las discontinuidades que han arrancado al mundo moderno del tradicional.

El impacto globalizador de los medios de comunicación fue puesto de relieve por muchos autores durante el primer período de crecimiento en la circulación masiva de la prensa escrita. Así, un comentarista, en 1892, escribe que como afecta de los periódicos modernos, el habitante de una idea loca tiene una mayor comprensión de los acontecimientos contemporáneos de la que pudiera tener un primer ministro cien años atrás. El aldeano que lee un periódico <<se interesa simultáneamente por la cuestión de la revolución en Chile, una guerra tribal en el este de África, una masacre en el norte de China o una hambruna en Rusia>>.⁴⁹

Lo que hay que resaltar aquí no es el hecho de que la gente sepa de muchos acontecimientos que tiene lugar en todo el mundo, acontecimientos de los que antes hubiera permanecido ignorante; lo verdaderamente importante, es que la extensión global de las instituciones de la modernidad hubiera sido imposible si no se hubiera aunado el conocimiento que está representado por las <<noticias>>. Esto resulta quizás menos evidente en el plano de los conocimientos de cultura general que en contextos más concretos; por ejemplo, el actual mercado monetario mundial, implica un directo y simultáneo acceso a información unificada por parte de presoras que especialmente están tremendamente separadas unas de otras.

CAPITULO 7 ESTRATIFICACIÓN Y ESTRUCTURA DE CLASES

GUIDDENS Anthony “Estratificación y estructura de clases en Sociología”

Edi. Alianza
México, D. F. 1997
pp. 247-286

¿Por qué son más ricos o poderosos algunos grupos que otros en una sociedad? ¿Cuánta desigualdad hay en las sociedades modernas? ¿Qué probabilidades de alcanzar la cima de la escuela económica tiene alguien de origen humilde? ¿Por qué perdura hoy en día la pobreza en los países ricos? Éstos son algunos de los interrogantes que se proponen y a los cuales se intenta responder en este capítulo. El estudio de las desigualdades sociales es una de las áreas más importantes de la sociología, porque los recursos materiales a los que tiene acceso la gente determinan sus vidas en gran parte.

⁴⁹ Max Nordau, Degeneration (Nueva Cork: Fertig, 1968), p.39: edición original, 1892.

Sistema de estratificación social

Las desigualdades existen en todos los tipos de sociedad humana. Incluso en las culturas más simples, donde las variaciones en riqueza o propiedad son, virtualmente, existentes, hay desigualdades entre los individuos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Una persona puede tener un status más alto que otras, por ejemplo, por una especial proeza cazadora, o porque esa persona creyera tener un acceso especial a los espíritus ancestrales. Los sociólogos hablan de la existencia de la estratificación social para descubrir las desigualdades. La estratificación puede definirse como las desigualdades estructuradas entre diferentes agrupamientos de individuos. Resulta útil concebir la estratificación como los estratos geológicos de las rocas sobre la superficie de la tierra. Las sociedades pueden verse como compuestas por <<estratos>>en una jerarquía, con los más favorecidos en la cima y los menos privilegiados más cerca de la base.

Puede distinguirse cuatro sistemas de estratificación básicos: esclavitud, casta, estado y clase. Algunas veces pueden encontrarse en conjunción: la esclavitud, por ejemplo, existió con las clases en la antigua Grecia y Roma, y en el sur de los Estados Unidos antes de la Guerra Civil.

Esclavitud

La esclavitud es una forma extrema de desigualdad, en la cual algunos individuos son poseídos por otros, literalmente, como su propiedad. Las condiciones legales de la posesión de esclavos han variado considerablemente entre las diferentes sociedades. Algunas veces los esclavos fueron privados de casi todos sus derechos por ley, como en el sur de los Estados Unidos, mientras que en otros casos su posición fue más semejante a la de un sirviente.

Los esclavos fueron utilizados casi exclusivamente como trabajadores en las plantaciones o como servidores domésticos en los Estados Unidos, Sudamérica y las Indias Occidentales, durante los siglos XVIII y XIX. En la Atenas clásica, por el contrario, se hallaban presentes en muchos ambientes, algunas veces en posiciones de gran responsabilidad. Los esclavos estaban excluidos de los puestos políticos y militares, pero se encontraban en la mayoría de otros tipos de ocupación. Algunos sabían leer y escribir y trabajaban como administradores del gobierno, muchos eran artesanos. En Roma, donde los grupos gobernantes mantenían una mala opinión del comercio y la compra-venta, los esclavos se hicieron muy ricos, en ocasiones, gracias a sus actividades mercantiles, incluso algunos esclavos ricos poseían esclavos a su vez. En el lugar más bajo de la escala, sin embargo, aquellos que trabajaban en las plantaciones o en las minas en el mundo antiguo solían ser tratados de manera inclemente (Finley, 1968, 1980).

La esclavitud ha provocado resistencia y luchas periódicas por parte de aquellos sujetos a ella. La Historia está salpicada de rebeliones de esclavos; algunas veces los esclavos se las arreglaron colectivamente para liberarse de sus sueños. Los sistemas de trabajo forzado con esclavos como las plantaciones han tenido a ser inestables, porque una productividad alta sólo podía alcanzarse mediante una supervisión constante y con el uso de métodos brutales de castigo. Los sistemas de trabajo esclavo se vienen abajo, en parte, por las luchas que provocan y a causa de que los incentivos económicos o de otra índole motivan a la gente con mayor eficacia que la compulsión directa. Simplemente la esclavitud no consigue altos rendimientos. El tráfico de esclavos llevado a cabo por los poderes occidentales hasta el

siglo XIX fue el último, pero también el más extensivo de los sistemas. Desde que se garantizó la libertad a los esclavos en Norteamérica y en Sudamérica, hace cerca de un siglo, la esclavitud como institución formal ha sido erradicada gradualmente, y ha desaparecido del mundo casi completamente hoy en día.

Casta

La casta se asocia sobre todo con las culturas del subcontinente indio. el término <<casta>> no es indio, viene del portugués casta, y significa <<raza>> o <<estirpe pura>>. Los indios no tienen un único vocablo para describir el sistema de castas en su conjunto, sino una variedad de palabras para referirse a sus distintas partes, las dos principales son varna y jati. Los varna consisten en cuatro categorías diferentes jerarquizadas según su honor social. Debajo de estos cuatro agrupamientos están los <<intocables>>, en la posición más baja de todas. Los jati son grupos definidos localmente dentro de los cuales se organizan los rangos de castas.

El sistema de castas está extremadamente elaborado y varía en su estructura de zona a zona, tanto que realmente no constituye un <<sistema>> en absoluto, sino una diversidad de creencias y prácticas variables difusamente conectadas. Pero ciertos principios se comparten ampliamente. Los miembros de varna más elevado, los brahmanes, representan la condición superior de pureza, los intocables la más baja. Los brahmanes deben evitar ciertos tipos de contacto con los intocables, y sólo a éstos les está permitido el contacto físico con animales o sustancias consideradas impuras. El sistema de castas está estrechamente ligado a la creencia hindú en la reencarnación; se cree que los individuos que no siguen los rituales y deberes de su casta renacerán en una posición inferior en su próxima reencarnación. El sistema de castas indio nunca ha sido completamente estático. Aunque los individuos no puedan moverse entre las castas, grupos enteros pueden cambiar su posición dentro de la jerarquía de castas, y frecuentemente lo han hecho.

El concepto de casta se emplea en ocasiones fuera del ámbito cuando dos o más grupos étnicos están profundamente segregados entre sí, y las nociones de pureza racial prevalecen. En tales circunstancias, hay fuertes tabúes, o prohibiciones legales, que dificultan el matrimonio entre los grupos afectados. Al abolirse la esclavitud en los estados del sur de los Estados Unidos, el grado de separación entre blancos y negros permaneció tan intensamente que algunos han empleado el término casta para referirse al sistema de estratificación. El concepto de casta también se ha aplicado a Sudáfrica, donde se mantuvo hasta hace poco tiempo una segregación estricta entre negros y blancos, y el matrimonio interracial o el contacto sexual estaban prohibidos por ley hasta hace poco tiempo. (Véase el capítulo 8: <<Etnicidad y raza>>).

Estados

Los estados eran parte del feudalismo europeo, pero también existieron en muchas otras civilizaciones tradicionales. Los estados feudales consistían en estratos con diferentes obligaciones y derechos recíprocos, algunos de los cuales estaban establecidos por ley. En Europa, el estado más elevado era el compuesto por la aristocracia y la nobleza. El clero formaba otro estado, con inferior status, pero en posesión de varios privilegios distintos. Aquellos que serían denominados el <<tercer estado>> eran los plebeyos, siervos, campesinos libres, mercaderes y artesanos. Al contrario que en las castas, se toleraba hasta

cierto punto la movilidad individual o matrimonial entre los estados. Los plebeyos podían ser ennoblecidos, por ejemplo, para compensar servicios especiales al monarca; los mercaderes podían comprar títulos de nobleza algunas veces. Un residuo del sistema persiste en Gran Bretaña, donde los títulos hereditarios se reconocen todavía, y los líderes financieros, funcionarios públicos y otros pueden ser ennoblecidos o recibir la dignidad de par en reconocimiento a sus servicios.

Los estados han tendido a desarrollarse dondequiera que hubiese una aristocracia tradicional basada en la nobleza de nacimiento. En los sistemas feudales como en la Europa medieval, los estados se hallaban estrechamente ligados a la comunidad señorial local: formaban un sistema de estratificación local más que nacional. En imperios tradicionales más centralizados como en China o en Japón estaban organizados sobre una base nacional. Algunas veces las diferencias entre estados se justificaban por creencias religiosas, aunque raramente de una manera tan estricta como en el sistema de castas hindú.

Clase

Los sistemas de clases difieren en muchos aspectos de la esclavitud, las castas o los estados. Deben mencionarse cuatro diferencias en especial:

1.- Al contrario que en otros tipos de estratos, las clases no se establecen mediante provisiones jurídicas o religiosas; la pertenencia no se basa sobre una posición heredada, especificada legalmente o por costumbre. Los sistemas de clase son más fluidos, típicamente, que los restantes tipos de estratificación, y los límites entre las clases no son nunca definidos. No hay restricciones formales al matrimonio entre personas de distintas clases.

2.- La clase de un individuo es adquirida, al menos en parte, y no simplemente <<recibida>>por nacimiento como es corriente en otros tipos de estratificación. La movilidad social, el movimiento hacia arriba o debajo de la estructura de clases, es mucho más frecuente que en los otros tipos. (En el sistema de castas la movilidad individual de una casta a otra es imposible).

3.- Las clases dependen de las diferencias entre los agrupamientos de individuos, de las desigualdades en la posesión y control de los recursos materiales. En los otros tipos de sistemas de estratificación, los factores no económicos, tales como la influencia de la religión en el sistema de castas indio, son en general mucho más importantes.

4.- En los restantes tipos de sistemas de estratificación, las desigualdades se expresan primeramente en relaciones personales de deber u obligación, entre siervo y señor, esclavo y amo, individuos de menor o mayor casta. Por el contrario, los sistemas de clases operan principalmente mediante conexiones impersonales a gran escala. Por ejemplo, una de las bases fundamentales de las diferencias de clases se halla en las desigualdades de salario y de condiciones de trabajo; éstas afectan a todas las personas de una categoría ocupacional específica, como resultado de las circunstancias económicas derivadas de la economía como totalidad.

Podemos definir una clase como un agrupamiento de personas a gran escala que comparten recursos económicos comunes, los cuales influyen fuertemente sobre el estilo de vida que son capaces de llevar. La propiedad de riqueza junto con la ocupación son las bases más importantes de las diferencias de clases. Las principales clases que existen en las sociedades occidentales son una clase alta –los ricos, los empleadores e industriales, más

los altos ejecutivos, aquellos que poseen o controlan directamente los recursos productivos–, una clase media –que incluye a la mayoría de los profesionales y a los trabajadores de cuello blanco– y una clase obrera –aquellos con trabajos manuales o de cuello azul. En algunos de los países industrializados, como Francia o Japón, una cuarta clase ha sido importante hasta hace poco tiempo, los campesinos, personas dedicadas a los tipos tradicionales de producción agrícola. En los países del Tercer Mundo, los campesinos suelen ser aún la clase más numerosa con mucha diferencia.

Volvemos ahora al examen de las principales teorías de la estratificación que se ha desarrollado en la sociología, en especial concentrándonos sobre su relevancia para las sociedades modernas.

Teoría de la estratificación en las sociedades modernas

Los acercamientos teóricos más influyentes son los desarrollados por Karl Marx (1818-1883) y Max Weber (1864-1920): la mayoría de las teorías subsiguientes sobre la estratificación están en deuda con sus ideas. Analizaremos también dos teorías más recientes, las propuestas por Eric Olin Wright y Frank Parkin. Las ideas de Marx y Weber han tenido un efecto profundo en el desarrollo de la sociología, y también han influido en muchas otras áreas de la disciplina. Algunos aspectos de sus escritos se examinarán en varios capítulos posteriores. (Para una visión panorámica de su trabajo, véase el capítulo 22 <<El desarrollo de la teoría sociológica>>).

La teoría de Karl Marx

Marx nació en Alemania, pero pasó gran parte de su vida en Gran Bretaña. Pese a que sus ideas siempre han sido polémicas, han tenido una gran influencia mundial. Muchos autores que rechazaron sus puntos de vista políticos se inspiraron ampliamente en sus escritos, incluyendo a Max Weber.

La mayoría de sus trabajos se ocupan de la estratificación, y sobre todo de la clase social, aunque sorprendentemente no proporcionó un análisis sistemático del concepto de clase. El manuscrito en el que Marx estaba trabajando en el momento de su muerte, publicado posteriormente como parte de su trabajo más importante, *El Capital*, cesa en el punto en que plantea la pregunta <<¿Qué constituye una clase?>>. El concepto de clase de Marx tiene que reconstruirse, en consecuencia, desde el cuerpo de sus escritos como conjunto. Puesto que en los distintos pasajes en los que argumenta la noción de clases no son siempre totalmente coherentes, ha habido muchas disputas entre los académicos sobre <<lo que Marx quería realmente decir>>. Sin embargo, los contornos fundamentales de sus puntos de vista bastante claros.

La naturaleza de la clase

Para Marx una clase es un grupo de personas que tienen una relación común con los medios de producción, los medios mediante los que se gana la vida. Antes del ascenso de la industria moderna, los medios de producción constituían primordialmente en la tierra y los instrumentos para cultivar o cuidar el ganado. Por consiguiente, en las sociedades preindustriales las dos clases fundamentales eran quienes poseían la tierra –los aristócratas,

la nobleza o los dueños de esclavos– y aquellos dedicados a producir con ella –los siervos, los esclavos y los campesinos libres. En las sociedades industriales modernas, las fábricas, las oficinas, la maquinaria y la riqueza o el capital necesario para obtenerlos se hicieron importantes. Las dos clases principales son quienes poseen estos nuevos medios de producción –los industriales o capitalistas– y aquellos que se ganan la vida vendiéndoles su fuerza de trabajo –la clase obrera o, en el término que Marx prefiere, ahora algo arcaico, el <<proletariado>>.

Según Marx, la relación entre las clases es de explotación. En las sociedades feudales, la explotación tomó la forma de la transferencia directa del producto del campesinado a la aristocracia. Los siervos estaban obligados a dar una cierta parte de su producción a sus aristocráticos señores, o tenían que trabajar un cierto número de días al mes en las tierras del señor para producir cosechas para su consumo y el de su séquito. En las sociedades capitalistas modernas, la fuente de la explotación es menos obvia, y Marx presta mucha atención, tratando de aclarar su naturaleza. En el curso de un día de trabajo, razonaba Marx, los trabajadores producen más de lo que los empleadores necesitan para reembolsar el coste de pagarles. Este plus-valor es el origen del beneficio, que se apropian los capitalistas. Un grupo de trabajadores en una fábrica textil, digamos, puede producir un centenar de trajes al día. La venta de la mitad de los trajes proporciona una renta suficiente para que el fabricante pague los salarios de los trabajadores. El ingreso proveniente del resto de la ropa constituye el beneficio.

Marx estaba impresionado por las desigualdades que crea el sistema capitalista. Aunque en épocas precedentes los aristócratas disfrutaban una vida de lujo, como plenamente diferente de la del campesinado, las sociedades agrarias eran relativamente pobres. Incluso si no hubiera habido aristocracia, los estándares de vida habrían sido muy bajos. Sin embargo, con el desarrollo de la industria moderna, la riqueza se produce en una escala muy lejana a lo visto con anterioridad, pero los trabajadores tienen poco acceso a la riqueza que crea su fuerza de trabajo. Mientras la acumulada por los propietarios crece, ellos permanecen relativamente pobres. Además, con el desarrollo de las fábricas modernas y la mecanización de la producción, el trabajo se suele convertir en algo aburrido y opresivo en exceso. El trabajo que es el origen de nuestra riqueza conlleva, a menudo, un deterioro físico y el aburrimiento mental –como en el caso de un taller manual cuyo trabajo consista en tareas rutinarias, día tras día, en un entorno inmutable.

La complejidad de los sistemas de clases

Aunque en la teoría de Marx hay dos clases principales en la sociedad, quienes poseen y quienes no poseen los medios de producción, él reconoce que los sistemas de clases existentes son muchos más complejos que lo que sugiere este modelo. Junto a las dos clases básicas, existen lo que Marx denomina a veces clases de transición. Son grupos de clases residuales provenientes de tipos anteriores de sistemas de producción, los cuales persisten por largo tiempo después de su desaparición. En algunas sociedades modernas occidentales, como Francia, Italia o España, durante buena parte de este siglo, por ejemplo, partes sustanciales de la población siguiente siendo campesinos, trabajando en buena parte de la misma manera que en el sistema feudal, Marx también presta atención a las divisiones que se dan dentro de las clases. Por ejemplo, las siguientes.

1.- En las clases superiores se dan conflictos a menudo entre los capitalistas financieros y los industriales manufactureros.

2.- Hay división de intereses entre las personas con pequeños negocios y aquellas que poseen o gestionan grandes corporaciones. Ambos grupos pertenecen a la clase capitalista, pero las políticas que favorecen a los grandes negocios no son siempre beneficiosas para los pequeños.

3.- Dentro de la clase obrera, los desempleados de larga duración tienen peores condiciones de vida que la mayoría de los trabajadores. Con frecuencia estos grupos consisten en su mayor parte en minorías étnicas.

El concepto de clase de Marx nos dirige hacia las desigualdades económicas estructuradas objetivamente en la sociedad, la clase no se refiere a las creencias que tiene la gente sobre su posición, sino a las condiciones objetivas que permiten a algunos un mayor acceso a las compensaciones económicas que a otros.

La teoría de Max Weber

Max Weber fue también alemán como Marx. Aunque la enfermedad le impidió seguir una carrera académica ortodoxa, tenía ingresos propios y pudo dedicar mayor parte de su vida a l estudio académico. Se le considera uno de los principales fundadores de la sociología, pero sus escritos exceden con mucho este campo alcanzando numerosas áreas de la historia, la teoría legal, la economía y la relación comparada.

El acercamiento de Weber a la estratificación se constituye sobre el análisis desarrollado por Marx, pero lo modifica y reelabora. Hay dos diferencias fundamentales entre las dos teorías.

Primero, aunque Weber acepta el punto de vista de Marx sobre que la clase funda en condiciones económicas objetivamente dadas, percibe una mayor variedad de factores económicos, tan importantes como los reconocidos por Marx, para la formación de una clase. De acuerdo con Weber, las divisiones de clases se deben no sólo del control. o de la ausencia de control, de los medios de producción, sino de diferencias económicas que nada tiene que ver, directamente, con la propiedad. Tales recursos incluyen especialmente los conocimientos técnicos y las credenciales o las cualificaciones que afectan a los tipos de trabajo que las personas pueden obtener. Aquellos con ocupaciones profesionales o de gestión ganan más, y tienen condiciones de trabajo más favorables, que las personas con trabajos de cuello azul. Las cualificaciones que poseen, como los títulos, los diplomas y los conocimientos técnicos que han adquirido, les hacen más <<mercantiles>> que otros sin tales cualificaciones. En un nivel inferior, entre los trabajadores de cuello azul, los artesanos cualificados pueden asegurarse salarios más altos que los semi o descualificados. Segundo, Weber distingue otros dos aspectos básicos de la estratificación además del de clase. Uno que denomina status y el otro partido. De hecho, adapta la noción de grupo de status del ejemplo de los estamentos medievales; el término que emplea en alemán (Stand) significa ambas cosas.

Status

El status se refiere a las diferencias entre dos grupos en el honor social o el prestigio que le conceden los otros. Las distinciones de status varían a menudo con independencia de las divisiones de clases, y el honor social puede ser positivo o negativo. Los grupos de status

privilegiados positivamente comprenden agrupamientos de personas cualesquiera que tiene un prestigio elevado en un orden social dado. Por ejemplo, los médicos y los abogados tienen un alto prestigio en la sociedad británica. Los grupos parias son grupos de status privilegiados negativamente sujetos a discriminaciones que les impiden aprovecharse de las oportunidades abiertas a la mayoría. Los judíos fueron grupos parias en la Europa medieval, excluidos de la participación en ciertas ocupaciones y del desempeño de cargos oficiales.

La posesión de riqueza tiende a conferir, normalmente, un status elevado, pero hay muchas excepciones. La expresión <<pobreza distinguida>> se refiere a un caso concreto. En Gran Bretaña, los individuos de familias aristocráticas continúan disgustado de un estatus social considerable, incluso cuando han perdido sus fortunas. Recíprocamente, el <<dinero nuevo>> es mirado con desdén por los ricos de siempre.

Donde quiera que la clase es dada objetivamente, el status depende de las evaluaciones subjetivas de la gente sobre las diferencias sociales. Las clases se derivan de los factores económicos con la propiedad y las ganancias; el status se rige por los variables géneros de vida que siguen los grupos.

Partido

En las sociedades modernas, subraya Weber, la formación de partidos es un importante aspecto del poder, y puede influir sobre la estratificación con independencia de la clase y el status. El <<partido>> define un grupo de individuos que trabajan conjuntamente porque tienen orígenes, aspiraciones o intereses comunes. Marx tendía a explicar en términos de clase tanto las diferencias de status como la organización de partido. Weber argumenta que de hecho, ninguna puede reducirse a las divisiones de clase, incluso aun cada una es influida por ellas; a su vez ambas pueden influir sobre las circunstancias económicas de los individuos y los grupos, afectando, por consiguiente, a la clase. Los partidos pueden apelar a las preocupaciones que atraviesan las diferencias de clases: por ejemplo, los partidos pueden basarse en la inflación religiosa o en los ideales nacionalistas. Un marxista podría intentar explicar en términos de clases los conflictos entre católicos y protestantes del Norte de Irlanda, puesto que hay más católicos en trabajos de clase obrera que protestantes. Un seguidor de Weber argüiría que tal explicación es ineficaz porque también muchos protestantes tienen origen de clase trabajadora. Los partidos a los que las personas se afilian son la expresión tanto de las diferencias religiosas como de las de clases.

Los escritos de Weber sobre la estratificación son importantes porque muestran otras dimensiones estratificadas que influyen señaladamente sobre las vidas de las personas, además de la clase. La mayoría de los sociólogos sostienen que el esquema de Weber ofrece una base más flexible y compleja para el análisis de la estratificación que el proporcionado por Marx.

Las ideas desarrolladas por Marx y Weber se emplean ampliamente en la sociología actual, aunque rara vez sin modificaciones. Quienes han trabajado en la tradición marxista han llevado más lejos las ideas que el propio Marx estableció; otros han tratado de reelaborar los conceptos de Weber. Como los dos puntos de vista son similares en muchos aspectos, y complementarios en otros, han surgido formas comunes de pensamientos. Puede darse alguna indicación de ellas examinando brevemente dos de las perspectivas teóricas más recientes.

La teoría de las clases de Eric Olin Wright

El sociólogo estadounidense Eric Olin Wright ha desarrollado una posición teórica que debe mucho a Marx, pero que incorpora también ideas de Weber (Wright, 1978, 1985). Según Wright, hay tres dimensiones en el control sobre los recursos económicos en la producción capitalista moderna, y nos permiten identificar las grandes clases existentes:

- 1.- Control sobre las inversiones o el capital.
- 2.- Control sobre los medios físicos de producción (tierra o fábricas y oficinas).
- 3.- Control sobre la fuerza de trabajo.

Quienes pertenecen a la clase capitalista tienen control sobre cada una de estas dimensiones dentro del sistema de producción. Los miembros de la clase obrera no tienen control sobre ninguna de ellas. En medio de estas clases principales, sin embargo, hay grupos cuya posición es más ambigua. Estas personas están en lo que Wright denomina situaciones contradictorias de clases, porque son capaces de influir sobre algunas facetas de la producción pero se les deniega el control de otras. Los empleados de cuello blanco y profesionales, por ejemplo, tienen que contratar su fuerza de trabajo con los empleados para obtener un modo de vida, de la misma forma que lo hacen los trabajadores manuales. Pero al mismo tiempo tienen un grado de control más amplio sobre su ambiente de trabajo que la mayoría de las personas con trabajos de cuello azul. Wright califica la posición de clases de esos trabajadores como <<contradictoria>>, porque esas situaciones de clase no son ni de capitalistas ni de obreros manuales, aunque comparten ciertas características comunes con cada una.

Frank Parkin: un enfoque weberiano

Frank Parkin, un autor británico, ha propuesto un acercamiento que descansa más intensamente en Weber que en Marx (Parkin, 1971, 1979). Parkin está de acuerdo con Marx, al igual que Weber, en que la posesión de la propiedad, los medios de producción, es el fundamento básico de la estructura de clases. La propiedad, sin embargo, según Parkin, es sólo una forma de cierre social, que puede ser monopolizada por una minoría y utilizada como una base de poder sobre otros. Podemos definir el cierre social como cualquier proceso mediante el cual los grupos tratan de mantener un control exclusivo sobre los recursos, limitando el acceso a ellos. Junto con la propiedad o la riqueza, la mayoría de las características que Weber asociaba con las diferencias de status, como el origen étnico, el lenguaje o la religión, pueden ser empleadas para crear un cierre social.

En el cierre social hay implicados dos tipos de procesos. La exclusión se refiere a las estrategias adoptadas por los grupos para separarse de los extraños, impidiéndoles el acceso a los recursos valiosos. Así, en el pasado, los sindicatos de blancos en los Estados Unidos excluían de sus miembros a los negros, como medio de mantener sus propios privilegios. La usurpación alude a los intentos de los menos privilegiados para adquirir recursos monopolizados previamente por otros, como la lucha de los negros para alcanzar el derecho de afiliación sindical.

Ambas estrategias pueden emplearse simultáneamente en ciertas circunstancias. Los sindicatos, por ejemplo, pueden emprenderse actividades usurpatorias contra los empleadores, yendo a la huelga para conseguir una mayor participación en los recursos de

una empresa, pero, al mismo tiempo, pueden excluir de la afiliación a las minorías étnica. Parkin denomina a esto cierre dual. Aquí hay, claramente, un puesto de similitud entre Parkin y Wright. El cierre dual alude a los mismos problemas examinados por Wright bajo la denominación de situaciones contradictorias de clase. Las dos nociones indican que los situados en medio del sistema de estratificación, en cierta manera, dirigen sus ojos hacia la cima, mientras se preocupan también de distinguirse de los ubicados más abajo.

Las clases en las sociedades occidentales de nuestros días

Algunos autores han argüido que las clases se han convertido en algo carente de importancia en las sociedades occidentales modernas. Generalmente se coinciden en afirmar que había que había grandes diferencias de clases hace un siglo y medio en el periodo inicial de desarrollo del capitalismo industrial. Incluso los más críticos con el pensamiento de Marx reconocen que habría separaciones abismales entre los trabajadores pobres y los ricos industriales que les empleaban. Desde entonces, se ha sostenido que las desigualdades materiales han sido disminuidas en gran extensión en los países industrializados. Los impuestos dirigidos a los ricos, combinados con los beneficios sociales para aquellos que no pueden ganarse fácilmente la vida por sí mismos, han acercado la cima y la base de la escala de la desigualdad. Además, con la extensión de la educación pública, quienes tienen el talento necesario pueden encontrar el camino hacia los más altos niveles del sistema social y económico.

Por desgracia, este cuadro dista de ser preciso. La influencia de la clase puede ser menor de la supuesta por Marx, pero hay pocas esferas de la vida social que no haya sido afectadas por las diferencias de clase. Las personas de clase trabajadora tienen como medida un menor peso al nacer y más altas tasas de mortalidad infantil, son más bajos en su madurez, menos saludables, mueren a una edad más temprana que aquellos pertenecientes a las categorías de clase alta. Los grandes tipos de enfermedad mental y física, incluyendo los trastornos coronarios, el cáncer, la diabetes, la neumonía y la bronquitis, son todos más frecuentes en los niveles inferiores de la estructura de clases que en su cima (Waitzkin, 1986).

Diferencias de riquezas y renta

Marx creía que la maduración del capitalismo industrial traería consigo un desajuste entre la riqueza de la minoría y la pobreza de la gran masa de la población. Según él, los salarios de la clase obrera nunca superaría el nivel de subsistencia. En los niveles inferiores de las sociedades, en particular entre los desempleados ocasionales o permanentes, habría una <<acumulación de miseria, agonía del trabajo, esclavitud, ignorancia, brutalidad, degradación moral>> (Marx, 1970, p. 645). Marx tenía razón, como veremos, en la persistencia de la pobreza en los países industrializados y en anticipar la continuación de las desigualdades de riqueza y renta a gran escala. Se equivocó al creer que la renta de la mayoría de la población seguiría extremadamente baja, y en que una minoría se haría más y más rica en relación a la mayoría. Hoy día, la mayoría de las personas de los países occidentales se hallan mejor materialmente que los grupos comparables en la época de Marx. Para examinar en qué medida y por qué ocurre así, tenemos que investigar los cambios en la distribución de la riqueza y la renta desde el siglo pasado.

La riqueza se refiere a todos los activos que poseen los individuos –tanto acciones y participaciones, ahorros y propiedades, como casa o tierra, artículos que pueden venderse.

La renta alude a las pagas de salarios provenientes de ocupaciones asalariadas, más el dinero <<no ganado con esfuerzo>> derivado de inversiones –normalmente intereses o dividendos. Mientras que la mayoría de la gente consigue su dinero mediante su trabajo, los ricos obtienen el grueso de su renta de las inversiones.

Riqueza

La información fiable sobre la distribución de la riqueza es difícil de obtener. Algunos países mantienen estadísticas más precisas que otros, pero siempre hay implicada una cantidad considerable de adivinación. Los ricos no publican normalmente la cuantía completa de sus activos; se ha señalado con frecuencia que sabemos muchos más sobre los pobres que acerca de los ricos. Lo cierto es que la riqueza se concentra en unas pocas manos. En Gran Bretaña el por 100 de la población posee cerca del 18 por 100 de toda la riqueza personal (disfrutada por individuos más que por organizaciones).

Tabla 7.1 Propiedad de la riqueza en el reino Unido.

	1976	1981	1986	1989
Porcentaje de riqueza en posesión de:				
1 % más rico	21	18	18	18
5 % más rico	38	36	36	38
10 % más rico	50	50	50	53
25 % más rico	71	73	73	75
50 % más rico	92	92	90	94
Total de riquezas (en miles de millones de libras)	280	268	955	1.578

Fuente: Datos de la renta nacional tomados de Social Trends 22 (Londres: HMSO. 1992).

El 10 por 100 más rico de la población posee más de la mitad de la riqueza total. La propiedad de las acciones y los bonos es más desigual que la tenencia de riqueza en su conjunto. El 1 por 100 de la población del Reino Unido posee el 75 por 100 de las participaciones en empresas privadas: el 5 por 100 posee el 90 por 100 del total, pero ha habido más cambios a este respecto. Cerca del 25 por 100 de la población tiene participaciones en comparación con el 14 por 100 en 1986. Muchas personas comparan participaciones por primera vez con el programa de privatización del gobierno conservador. El incremento es más dramático incluso cuando examinamos un periodo más amplio, pues en 1979 solamente el 5 por 100 de la población tenía participaciones. La mayoría de éstas es pequeña (de un valor inferior a las 1.000 £ a precio de 1991) y la propiedad institucional de participaciones –acciones de compañías en otras empresas– crece con más rapidez que la individual. La proporción del valor total de las participaciones en manos de individuos se redujo a la mitad entre 1963 y 1990(HMSO, 1992).

Renta

Uno de los cambios más significativos en los países occidentales durante el siglo pasado ha sido el crecimiento de la renta real de la mayoría de la población trabajadora. La renta real es la renta efectiva sin incluir los aumentos resultantes de la inflación, para proporcionar una norma fija de comparación de año a año. Los trabajadores de cuello azul de las sociedades occidentales ganan ahora entre tres y cuatro veces en renta real lo que sus asimilados en el cambio de siglo. Las ganancias para los trabajadores de cuello blanco, de gestión y profesionales ha sido ligeramente superior. En términos de salarios per capita, y el abanico de bienes y servicios que pueden adquirirse, la mayoría de la población hoy en día es mucho más acaudalada que lo ha sido cualquier pueblo en la historia humana. Una de las razones más importantes para el aumento salarial es la creciente productividad, el rendimiento por trabajador, que ha sido asegurada mediante el desarrollo tecnológico de la industria. El valor de los bienes y servicios producidos por trabajador ha subido, más o menos continuamente, en muchas industrias por lo menos, desde 100. Sin embargo, como en el caso de la riqueza, la distribución de la renta sigue siendo desigual. El 20 por 100 de las familias más ricas perciben la mitad de la renta total de la población.

En la mayoría de los países occidentales, incluida Gran Bretaña, la riqueza y la renta se han ido distribuyendo más equitativamente que hace un siglo o más. Esta tendencia ha sido menos pronunciada en los Estados Unidos que en cualquier otro lugar, y en los últimos veinte años parece haber habido pocos cambios en la desigualdad de riqueza o renta en ese país. Como las fortunas poseídas por los estadounidenses más ricos son tan enormes, la disparidad entre ricos y pobres en los Estados Unidos es considerablemente mayor que en la mayoría de los países del mundo industrializado. La propiedad de riqueza, especialmente de capital, asunto sobre el que los cuatro teóricos examinados están de acuerdo, es una dimensión básica del sistema de clases. Veamos ahora las principales divisiones de clases en el Reino Unido, y hagamos, de paso, algunos comentarios sobre otros países.

La clase alta

La clase alta en la sociedad británica consta de un número relativamente pequeño de individuos y familias que poseen considerables propiedades; una guía estadística aproximada puede ser considerarles el 1 por 100 de los poseedores de riqueza. tiende a haber divisiones de status moderadamente claras dentro de la clase alta entre el dinero <<viejo>> y el <<nuevo>>. Las familias cuya propiedad ha sido heredada a través de varias generaciones menosprecian con frecuencia a quienes se han enriquecido por sí mismos. Aunque pueden mezclarse en ciertos contextos, quienes han ascendido desde orígenes más humildes se encuentran excluidos, a menudo, de los círculos en los que se mueven los ricos de siempre.

La propiedad, como subraya Marx y Weber, confiere poder, y los miembros de la clase alta están desproporcionadamente representados en los más altos niveles de poder. Su influencia arranca, de una parte, del control directo del capital industrial y financiero, y de otra, de su acceso a las posiciones más importantes en las esferas políticas, educativa y cultural.

John Scout ha descrito los tres sectores de la clase alta en el siglo XIX: grandes propietarios de tierra, empresarios financieros e industriales (Scout, 1991). El primero de estos grupos se veía a sí mismo como una aristocracia, pero a lo largo del siglo extendió gradualmente este reconocimiento a los más prósperos de los grupos financieros. A los industriales de

cuyas empresas se localizaban en el norte, se les mantuvo, y hasta cierto punto se mantuvieron, a cierta distancia. A medida que el siglo avanzaba, y que crecía su riqueza, fueron cada vez más aceptados por los otros dos sectores. A finales de siglo los industriales habían adquirido intereses en la tierra y en los bancos y compañías de seguros en tanto que los propietarios de tierras completaban su renta con los ingresos de sus cargos de directores en las empresas industriales.

Scott señala que la fusión de los distintos grupos en el seno de la clase alta ha proseguido a lo largo del siglo XX –aunque continúen algunos conflictos y persistan las divisiones. Por ejemplo, los dirigentes financieros de la City en Londres se encuentran a menudo reñidos con las cabezas en las corporaciones de negocios: las políticas que benefician a un grupo no siempre favorecen al otro. Hoy en día los propietarios de tierra han desaparecido del todo como grupo diferenciado de la clase única personas que pueden intentar competir con otras a la manera tradicional son aquellas que han hecho dinero por otros medios.

La clase media

La expresión clase media designa a personas que trabajan en ocupaciones muy diferentes. Según algunos observadores, la mayoría de la población en Gran Bretaña pertenece a esta clase hoy día, porque la producción de trabajos de cuello blanco ha ascendido señaladamente en relación a los de cuello azul. (Véase el capítulo 15: <<El trabajo y la vida económica>>).

Hay tres sectores moderadamente distintos dentro de la clase media. La vieja clase media se compone de los pequeños negocios, propietarios de comercios locales y pequeños campesinos. Las cifras de esta categoría han descendido continuamente desde el siglo pasado, pero todavía son una parte significativa de la producción trabajadora en general. Los pequeños negocios son mucho más interesantes que los grandes, la mayoría cierran a los dos años de su establecimiento. Solamente el 20 por 100 de los establecidos en el Reino Unido un año cualquiera siguen siendo aún negocios cinco años más tarde. Las tiendas y empresas pequeñas son como frecuencia incapaces de competir eficazmente con las grandes compañías, los supermercados y las cadenas de restaurantes. Si la vieja clase media no ha disminuido tanto como algunos pensaron una vez que sería el caso, incluyendo a Marx, es por que hay una gran reserva de personas deseosas de intentar establecer un negocio por su cuenta. La mayoría de los que se van fuera de los negocios son reemplazados en consecuencia por otros. Los hombres y mujeres de los pequeños negocios tienden a tener una perspectiva social y política moderadamente distinta. En algunos países como Francia muchos han sido partidarios persistentes de los partidos políticos de la extrema derecha,

La clase media alta se compone principalmente de quienes ocupan posiciones de gestión y profesionales. Esta categoría incluye gran número de individuos y familiares, y la generalización sobre sus actitudes y punto de vista es arriesgada. La mayoría han experimentado alguna forma de educación superior, y la producción que mantiene perspectivas progresivas sobre los asuntos políticos y sociales, en especial en los grupos profesionales, es moderadamente alta.

La clase media baja es una categoría más heterogénea si cabe, e incluye personas que trabajan como oficinistas, representantes, maestros, enfermeros y otros. Por lo general, pese a la confluencia de algunas de sus condiciones de trabajo, la mayoría de los miembros de la

clase media baja tiende a mantener actitudes sociales y políticas diferentes de las de la mayoría de los trabajadores de cuello azul.

El variado carácter de la clase media como conjunto se capta, hasta cierto punto, por conceptos como los sugeridos por Wright y Parkin. Las personas de clase media se encuentran en situaciones <<contradictoras>> de <<cierra dual>>, en el sentido de que se hallan atrapados entre presiones e influencias contrapuestas. Muchas personas de clase media baja, por ejemplo, se identifican con los mismos valores que los de posiciones mejor remuneradas, pero pueden encontrarse viviendo con rentas inferiores a las de los trabajadores manuales mejor pagados.

La clase obrera

La clase obrera abarca a quienes trabajan en ocupaciones manuales, de cuello azul. Como en la clase media, tiende a haber divisiones acusadas dentro de la clase obrera como conjunto. Una frase importante de tales separaciones es el nivel de cualificación. La clase obrera alta, compuesta de los trabajadores cualificados, ha sido vista con frecuencia como una << aristocracia del trabajo>>, teniendo sus miembros rentas, condiciones de trabajo y seguridad en el empleo superiores a los de las ocupaciones de cuello azul. Aunque algunas cualificaciones han sido socavadas por los desarrollos tecnológicos, y está debilitada la posición de los trabajadores en las ocupaciones afectadas, como entre los impresores, en su conjunto, las circunstancias económicas de los trabajadores cualificados se han hecho más favorables en los últimos años. En muchos sectores sus ganancias han permanecido relativamente altas, y sus empleos estables están mucho menos afectados por los crecientes niveles de desempleo que los de trabajos menos cualificados de cuello azul.

La clase obrera baja está compuesta por aquellos en empleos descualificados o semicualificados, que necesitan escaso aprendizaje. La mayoría de estos trabajos conllevan rentas más bajas e inferior seguridad en el empleo que las ocupaciones cualificadas.

Las ocupaciones de clases obreras difieren en función de si son a tiempo completo o parcial, y de cuanta seguridad en el empleo tienen los trabajadores. Una distinción entre áreas de la economía centrales y periféricas ayuda a iluminar este punto. Los sectores centrales son aquellos en los cuales los trabajadores lo son a tiempo completo, obtienen ganancias relativamente altas y disfrutan de seguridad en el empleo a largo plazo. Los sectores periféricos son aquellos cuyos trabajos son inseguros, tienen bajas ganancias, con una alta proporción de trabajadores a tiempo parcial. Los trabajadores cualificados, y una cierta proporción de empleados semi y descualificados, hombres de raza blanca mayoritariamente, predominan en los sectores centrales, que son también los sindicatos con más frecuencia. Otros se hallan en el sector periférico donde el nivel de afiliación sindical es bajo (Form. 1985).

Una gran línea de demarcación dentro de la clase obrera se da entre la mayoría étnica y las minorías desvalidas, que componen una infraclase. Los miembros de la infraclase tienen condiciones de trabajo y niveles de vida acusadamente inferiores a la mayoría de la población. Muchos se hallan entre los desempleados a largo plazo, o vagan sin rumbo de un empleo a otro. En Gran Bretaña, los negros y los asiáticos están representados desproporcionadamente en la infraclase. En algunos países europeos, los trabajadores emigrantes que encontraron empleo en los tiempos de gran prosperidad hace veinte años, ahora componen una basta parte de este sector de la clase obrera. Esto es cierto, por

ejemplo, para los areglinos en Francia y los emigrantes turcos en Alemania Occidental. (Véase el siguiente capítulo: <<Etnicidad y raza>>).

El estudio de la conciencia de clases: diferentes enfoques

Para investigar la conciencia de clases se han llevado a cabo innumerables encuestas acerca de cómo piensa la gente sobre las clases y las divisiones de clases. Se han empleado varias estrategias en tales estudios.

El método de la reputación de posiciones

En el método de la reputación de posiciones se pregunta a los entrevistados en qué clases colocarían a otras personas. Uno de los estudios mejor conocidos de este tipo fue realizado por W. Lloyd Warner y Pau Lunt en Newburyport, una pequeña ciudad de Massachussets, en los Estados Unidos (Warner y Lunt, 1947; Warner et al., 1949). Se administraron entrevistas muy largas a muchos residentes con la finalidad de elaborar una descripción de sus puntos de vista sobre las divisiones de clase dentro de la comunidad. Expresiones como <<la gente con dinero>>, <<gente pobre pero honrada>> y <<don nadie>> eran aplicadas de forma coherente por los entrevistados. Se identificaron seis clases sociales sobre la base de sus respuestas: clase alta, media, baja, cada una con subdivisiones.

Este acercamiento se ha empleado con bastante frecuencia desde los estudios originales de Warner y sus asociados, pero sólo puede ser aplicado eficazmente en pequeñas comunidades. Por otra parte, confunde dos fenómenos que deberían mantenerse separados conceptualmente, la clase y la conciencia de clase. Las diferencias de clase existen con independencia de si las personas son conscientes de ellas o no.

El método subjetivo

El método subjetivo implica simplemente preguntar a los entrevistados a qué clase creen que pertenecen. Un estudio pionero de este tipo fue llevado a cabo por Richard Centers en los Estados Unidos, obteniendo respuestas de una muestra aleatoria nacional (Centers, 1949). Empezó su investigación sobre una encuesta organizada por la revista Fortune, la cual pretendía que el 80 por 100 de los estadounidenses se indentificaba como clase media. Centers observó que la encuesta sólo había ofrecido a los entrevistados tres elecciones: <<clase alta>>, <<clase media>>, <<clase baja>>. Determinó que si se añadía una cuarta posibilidad, <<clase obrera>>, cerca de la mitad de su muestra se situaba en esta categoría. La gente estaba preparada para verse a sí misma como <<clase obrera>>, pero se sentía infeliz de situarse en la <<clase baja>>. Como las respuestas varían conforme a la formulación de las preguntas, es difícil asegurar el valor de los resultados de tales estudios.

No obstante, Mary y Robert Jackman (1983) han intentado recientemente trabajar sobre el acercamiento a la clase de Cneter, de la Universidad de Michigan. Se preguntaba a las personas a cuál de las clases siguientes consideraba que pertenecían: los pobres, la clase obrera, la clase media, la clase media alta o la clase alta. Sólo el 3 por 100 de los entrevistados no se identificó con alguna de las cinco categorías de clase. Cerca del 8 por 100 como se veía así mismo como <<pobre>>, el 37 por 100 como <<clase obrera>>, el 43 por 100 como <<clase media>>, el 8 por 100 clase <<media alta>> y el 1 por 100 como <<clase alta>>. Hubo un elevado nivel de acuerdo sobre qué ocupaciones se asociaban a

estas clases. Por ejemplo, los ejecutivos, los médicos y los abogados eran colocados, casi invariablemente, en las categorías <<media alta>> o <<clase alta>>. No hubo diferencias significativas entre negros y blancos en estas valoraciones.

Imágenes de la estructura de clases

Un tercer acercamiento al estudio de la conciencia de clase lo constituye la investigación de las imágenes de la estructura de clases. La investigación de esta índole tiende a ser más informativa que las otras dos, porque examina más directamente cómo piensan las personas sobre la naturaleza y las raíces de la desigualdad social. Por ejemplo, hay tipos de actitudes y perspectivas que no emplean necesariamente la palabra <<clase>>, ni los aspectos importantes menos manifiestos de la conciencia de clase. Así, las personas de clase alta o de clase media alta pueden negar en ocasiones que las clases existan en absoluto. Sin embargo, podemos ver esto sociológicamente como una expresión de conciencia de clase en sí misma. Las personas en tales posiciones de clase tiende a interpretar el mundo social como una jerarquía de posiciones en la cual las oportunidades para avanzar son moderadamente iguales para todos. Su imagen de la estratificación corresponde a las circunstancias de su propia experiencia, que generalizan a la sociedad en su conjunto.

De otra parte, los situados en los niveles más bajos de la estructura de clases tienden a ver la estratificación en términos de oposición entre <<nosotros>> y <<ellos>>. <<Ellos>> son las personas con autoridad, los altos funcionarios, los jefes, los managers. <<Nosotros>> son los sujetos a esa autoridad, en similares condiciones de trabajo o en una situación de relativa privación de poder.

Un examen depurado de las imágenes de clases fue desarrollado por David Lockwood en la década de 1960 (Lockwood, 1966). Argumentó que las imágenes de las personas sobre la estructura de clase están fuertemente influidas por sus circunstancias locales. Sus comunidades, pueblos y vecindades, junto con sus experiencias en el ambiente de trabajo, influyen muy directamente en su percepción del sistema de clases. El estudio de Lockwood se dedica a la clase obrera, distinguiendo tres tipos principales en sus imágenes de la sociedad.

El tradicionalismo proletario es la perspectiva característica de los grupos que viven en comunidades industriales relativamente aisladas y en la que muchas personas trabajan en ambientes similares, en cooperación cercana unas con otras. Un ejemplo podría ser los pueblos y aldeas mineras del sur de Gales. En esas comunidades, se suscitan con facilidad los sentimientos de experiencias de trabajo compartida y de identificación de clases. Los trabajadores que mantienen este tipo de imagen de clases perciben el mundo social en términos de una división entre <<nosotros>> y <<ellos>>. Normalmente se inclinan también a ser miembros comprometidos de los sindicatos.

El tradicionalismo deferente es característico de los grupos de clase obrera que viven en ambientes comunitarios y de trabajo más variado, como los trabajadores agrícolas en las áreas rurales. Esos trabajadores perciben la estructura de clases en términos más cooperativos y armoniosos. Su punto de vista sobre el mundo social es que <<cada uno conoce su lugar>>, donde las desigualdades manifiestan diferencias justificadas de talento y responsabilidad. Estos trabajadores son deferentes hacia sus <<superiores>>, y conscientes de la jerarquía de clases, pero la aceptan como algo legítimo y necesario. La mayoría de trabajadores con estas actitudes son indiferentes u hostiles a los sindicatos.

El tercer tipo de imagen es la de los obreros privatizados que han roto con los dos tipos de perspectivas anteriores. Viven fuera de las antiguas comunidades y vecindades de clase obrera, en nuevas urbanizaciones suburbanas, por ejemplo, y mantienen actitudes <<individualistas>>. Perciben el trabajo principalmente como un medio de adquirir un estilo de vida satisfactorio para ellos y sus familias, y sienten pocas de las añejas lealtades de clase.

La tipología de Lockwood ha estimulado muchas investigaciones subsiguientes, aunque algunas han sido críticas con las categorías que él distinguió (Bulmer, 1975). La mayoría de los estudios han determinado que los tres tipos de imágenes de clase no son tan definidos como Lockwood sugiere. Los trabajadores cuyos puntos de vista se aproximan al <<tradicionalismo proletario>> no son de ningún modo siempre más militantes que otros. Las personas con una perspectiva <<privatizada>> se hallan preparadas para comprometerse con la acción industrial, dado un cierto nivel de reivindicación, y en este punto pueden desplegarse también al modismo <<nosotros>> en oposición al <<ellos>>.

Las antiguas <<comunidades solidarias de clase obrera>> han sido separadas por varios procesos de cambio durante las últimas décadas. Las industrias como la minería del carbón, o la producción siderúrgica, han entrado en decadencia por el momento. Muchos trabajadores han emigrado a otras partes del país, y este proceso se ha asociado también normalmente con el desarrollo de actitudes de mayor <<privatización>> hacia el trabajo. Aún no han desaparecido, ciertamente, las imágenes de <<nosotros>> y <<ellos>>: es una perspectiva que pervive en muchas vecindades de clase obrera. En las áreas como grupos minoritarios importantes, las actitudes de <<nosotros>> y <<ellos>> pueden unir la conciencia étnica y de clases.

Género y certificación

Los estudios sobre estratificación fueron <<ignorantes del género>> durante muchos años; estaban escritos como si las mujeres no existieran, o como si no, para el propósito de analizar las divisiones de poder, riqueza y prestigio, las mujeres fueran insignificantes y carentes de interés. El género en sí es, todavía, uno de los ejemplos más profundos de la estratificación. No hay sociedades en las escuelas los hombres no tengan más riqueza, status e influencia que las mujeres en algunos aspectos de la vida social.

División de clase y género

Uno de los principales problemas por el estudio del género y la estratificación en las sociedades modernas parece sencillo, pero se torna difícil de resolver. Se trata de la cuestión de hasta qué punto podemos comprender las desigualdades de género en los tiempos actuales fundamentalmente en términos de las divisiones de clase; los hombres tienen una condición superior a la de las mujeres incluso en sociedades cazadoras y recolectoras, donde no hay clases. Las divisiones de clases son aún tan marcadas en las sociedades modernas que no cabe duda de que se <<solapan>> sustancialmente con las desigualdades de género. La posición material de la mayoría de las mujeres tiende a reflejar la de sus padres o maridos; de aquí que pueda argüirse que se deban explicar las desigualdades de género básicamente en términos de clase.

Frank Parkin ha expresado muy bien este punto de vista:

El status de mujer, comparado con el de los hombres, implica ciertamente muchas desventajas de distintas áreas de la vida social incluyendo las oportunidades de empleo, posesión de la propiedad, renta y tantas otras. Sin embargo, estas desigualdades asociadas con las diferencias de sexo no son concebibles provechosamente como componentes de la estratificación. Ello es así porque para la gran mayoría de las mujeres la asignación de compensaciones sociales y económicas esta determinada, primariamente, por la posición de sus familias y, en particular por la del hombre de su cabeza. Aunque las mujeres hoy en día comparten ciertos atributos de status, simplemente en virtud de su sexo, sus aspiraciones sobre los recursos no son determinadas primariamente por su propia ocupación, si no más frecuentemente por la de sus padres o maridos. Y las esposas e hijas de los trabajadores descalificados tienen algo en común con las esposas e hijas de los trabajadores ricos, no puede haber duda de que las diferencias en situación general son más notables y significativas. Sólo si los impedimentos añadidos al status de mujer fueron percibidos como susceptibles de prevalecer sobre la naturaleza de las divisiones de clase sería realista considerar el sexo como una dimensión importante de la estratificación. (Parkin, 1971, pp. 14-15.)

Las mujeres, pueden argumentarse, tienden a estar confinadas a un <<dominio>> privado, el mundo doméstico de la familia, los niños y el cuidado de la casa. Los hombres, de otra parte, viven más la vida <<pública>> y determinan cómo se distribuye el poder y la riqueza. Su mundo es el de trabajo remunerado, la industria y la política (Elshtain, 1981).

El punto de vista de que las desigualdades de clase rigen ampliamente la estratificación por género fue a menudo un sobreentendido táctico hasta hace poco tiempo, pero el problema se ha convertido ahora en tema de debate. John Goldthorpe ha preferido lo que denomina la <<posición convencional>> en el análisis de clase: que el trabajo retribuido de las mujeres es relativamente insignificante comparado con el de los hombres, y, en consecuencia, puede considerarse que las mujeres pertenecen a la misma clase que sus maridos (Goldthorpe, 1983). Goldthorpe insiste en que éste no es un punto de vista basado en la ideología del sexismo. Por el contrario, reconoce la posición subordinada en que se hallan las mujeres en la fuerza de trabajo. Las mujeres tienen trabajos a tiempo parcial con mayor frecuencia que los hombres, y tienden a tener una experiencia más intermitente del empleo remunerado porque lo abandonan para dar a luz y cuidar a los hijos durante largos períodos de tiempo. Como la mayoría de las mujeres están en una situación de dependencia económica respecto a sus maridos, se sigue que su posición de clase se rige más a menudo por la situación de clases de su marido.

El argumento de Goldthorpe puede ser criticado de distintas maneras. Primero, en una proporción de hogares sustancial la renta de las mujeres es esencial para mantener la posición económica y el modo de vida de la familia. Segundo, el empleo de una mujer puede influir fuertemente sobre el de su marido, y no simplemente al revés. Aunque las mujeres raramente ganan más que sus maridos, la situación de trabajo de una esposa puede ser el factor de <<peso>> en la influencia sobre la base del marido. Éste podría ser el caso, por ejemplo, si el marido es un trabajador de cuello azul descalificado o semicalificado, y la mujer la encargada de una tienda. La ocupación de la mujer puede establecer la norma de la posición de la familia como conjunto.

Tercero, existe muchos hogares de <<clase mixta>>, en los cuales el trabajo del marido está en una categoría de clase más elevada que el de la esposa, o, con menos frecuencia, a

la inversa. Como se han realizado pocos estudios de tales hogares no podemos confiar en que sea siempre apropiado tomar la ocupación del hombre como la influencia determinante. Puede haber algunos propósitos para los que se más realista tratar a los hombres y las mujeres, incluso formando parte del mismo hogar, como si se hallasen en posiciones de clases diferentes. Cuarto, la proporción de familias en las cuales las mujeres son las únicas que aportan ingresos se están incrementando. Amenos que la mujer tenga una renta derivada de una pensión de divorcio que la situase en el mismo nivel económico que su ex marido, ella es, por definición, la influencia determinante de su propia posición de clase (Stanworth, 1984; Walby, 1986).

La investigación apoya la conclusión de que la posición económica de una mujer no puede <<extrañarse>> simplemente de la de su marido. Un estudio realizado en Suecia mostró que las familias de clase mixta son frecuentes (Leiuffsrud, Woodward, 1987). En muchos de esos casos, el marido tenía la ocupación superior, aunque había una minoría de casos a la inversa. La investigación mostró que los individuos en esas familias tendrían a <<importar>> aspectos de posición de clase diferencial en la familia. Por ejemplo, las decisiones sobre quién permanecía en casa al cuidado de un niño enfermo estaban vinculadas a la interacción entre clases y género de la familia. Cuando el trabajo de la mujer era superior al del marido, ésta solía tener esta responsabilidad.

El debate continúa

Goldthorpe y otros han defendido el punto de vista que él propuesto y añadido algunas observaciones adicionales. Indican que para los propósitos de la investigación es razonable utilizar al cónyuge de clase superior para clasificar una familia, con independencia de que sea hombre o mujer. Añaden, además, que allí donde se han incluido en la investigación datos sobre las esposas el resultado ha sido sólo el de modificar, más que alterar radicalmente, los hallazgos de la <<posición convencional>> (Goldthorpe, Llewellyn Payne, 1988).

Llevando el debate más lejos, algunos autores han sugerido que la posición de clases de un individuo debería determinarse sin referencia a la familia. En otros términos, la clase social debería ser establecida independientemente para cada individuo, sin referencia específica a las circunstancias domésticas de esa persona. Este enfoque se aplicó, por ejemplo, en el trabajo de Gordon Marshall y sus colegas en un estudio sobre sistemas de clase en el Reino Unido (Marshall et al., 1988).

Sin embargo, dicha perspectiva tienen también sus dificultades. Deja de lado a aquellos que carecen de empleo retribuido, incluyendo no sólo a las amas de casa, sino también a los desempleados y a los jubilados. Los dos últimos grupos pueden clasificarse de acuerdo con las últimas ocupaciones que tuvieron, pero esto puede ser problemático si no han trabajado durante algún tiempo. El que los individuos sean solteros o tengan una relación conyugal puede dar lugar a una enorme diferencia en las oportunidades que se les abre.

La investigación llevada a cabo por Norma Bonney (1992) revela que las mujeres con altos ingresos suelen tener compañeros con altos ingresos y que las mujeres de hombres en ocupaciones profesionales y directivas tienen salarios más altos que los de las mujeres de otros trabajadores. Este hallazgo sugiere que la participación creciente de las mujeres en el trabajo remunerado puede conducir a una acentuación de las divisiones de clase entre las familias, que no resaltaría si sus componentes hubiesen sido considerados por separado. El matrimonio tiende a producir asociaciones en las que ambos individuos están en relativa

ventaja o desventaja en términos de éxito ocupacional. (Para más datos sobre estratificación y sexo, véase el anterior capítulo: <<Género y sexualidad>>.)

La evolución de sistemas de clases

Tendencias en el orden ocupacional

Como en todos los otros países industrializados, el sistema ocupacional británico ha cambiado muy sustancialmente desde comienzos del presente siglo y con él el sistema de clases entendido en sentido más amplio. En 1990, alrededor de las tres cuartas partes de la población ocupada lo estaba en trabajos manuales (de cuello azul). Alrededor del 28 por 100 de éstos eran trabajadores cualificados, en 35 por 100 semicualificados y un 10 por 100 no cualificados. Los trabajos profesionales y de cuello blanco eran relativamente escasos en número. A mediados de siglo, los trabajadores manuales constituían menos de los dos tercios de la población ocupada, mientras que el trabajo no manual creció correlativamente. Se realizó un censo de población en el Reino Unido en 1971 y otro en 1981. Durante ese período la población de trabajadores en empleos de cuello azul descendió del 62 al 56 por 100 entre hombres y del 43 al 36 por 100 en el caso de las mujeres. Aumentaron alrededor de un millo de empleos profesionales y directivos ocupados por los hombres. En 1981 había 170.000 hombres menos en trabajos rutinarios de cuello blanco, a cambio de 250.000 mujeres más en los mismos. El descenso de los trabajos manuales se correspondía estrechamente con una disminución de los porcentajes de personas ocupadas en la industria manufacturera. En 1981 había 700.000 hombres y 400.000 mujeres menos en la industria manufacturera que diez años antes.

Estas tendencias continúan hoy en día, pero se han nivelado algo. Una encuesta sobre el mercado de trabajo llevada a cabo por el Gobierno en 1990 mostró que alrededor de un 50 por 100 de hombres y un 35 por 100 de mujeres estaban empleados en ocupaciones manuales (véase figura 7.1). El contraste más acentuado entre los sexos se daba entre las ocupaciones rutinarias de cuello blanco en relación con las ocupaciones cualificadas de cuello azul. En 1990 había un 31 por 100 de mujeres en el primer tipo de empleos, en comparación con sólo un 6 por 100 de hombres, mientras que un 25 por 100 de hombres se empleaba en trabajos cualificados manuales frente a sólo un 4 por 100 de mujeres. En algunos otros países industrializados tales cambios han ido más lejos que en Gran Bretaña. Por ejemplo, de acuerdo con ciertas estimaciones menos de un 40 por 100 de la fuerza de trabajo en Estados Unidos se emplea en ocupaciones no manuales (Rossides. 1990).

Hay un intenso debate sobre la razón de estos cambios y, como veremos en su momento. Sobre como deberían interpretarse. Varias pueden ser las razones. Una .

La continua introducción de maquinaria economizadora de mano de obra, que culmina con la generalización de la tecnología de información y de la computarización en la industria en los últimos años. (para un debate mas amplio, vease el capítulo 15; “ El trabajo y la vida económica”.) Otra es el crecimiento de la industria manufacturera fuera de Occidente. especialmente en extremo oriente. Las industrias mas anticuadas de las sociedades occidentales han sufrido importantes reducciones debido a su incapacidad para competir con los productores mas eficientes del Extremo Oriente, donde los costes laborales son mas bajos.

Pero ¿Qué significan estas tendencias en lo referente al sistema de clases ? A primera vista la respuesta parece sencilla. Se podría decir- y muchos lo han dicho-

Que lo que vemos es una reducción constante de la <<clase trabajadora>> y un constante crecimiento relativo de la clase media. A lo largo del siglo nos hemos desplazado de una sociedad con predominio de la “clase trabajadora” a otra en que la clase media esta en ascenso. El tipo representativo de comienzos de siglo xx era el del minero trabajando carbón o la del fundidor de acero trabajando duramente en la fabrica; en la actualidad es mas representativo el oficinista sentado en la mesa de trabajo.

Ciertamente hay algo de verdad en este punto de vista pero necesita también de importantes matizaciones. Los cambios que se han producido afectan todos los niveles del sistema de clases y es conveniente considerar sus implicaciones con alguna detalle. Comenzaremos no por la base, si no por arriba, pues algunos han sugerido que la clase alta se ha visto tan afectada por tales cambios como cualquier otra clase.

¿Descomposición de la clase alta?

Como se ha señalado anteriormente, la clase alta (como todos los otros grupos de clase) ha estado siempre dividida. Sin embargo algunos autores han argumentado que la clase alta esta desagregada en la actualidad que, de hecho ha desaparecido como categoría coherente de clase. Añaden que en el siglo XIX y a comienzos del XX, la pertenencia a la clase alta se basaba en la titularidad de propiedades-de negocios, organizaciones financieras o tierra. Como ya se indico, hoy en día la tierra ha dejado de ser una fuente significativa de poder y la economía esta dominada por grandes corporaciones de negocios, cuya titularidad no es individual. Tiene miles de distintos accionistas que ejercen escasa influencia en la marcha de las compañías. El control de las grandes corporaciones ha caído en las manos de sus altos ejecutivos, que son propietarios de las empresas que dirigen: son simplemente profesionales o trabajadores de cuello blanco de alta cualificación.

De esta forma en el esquema de clases de las sociedades modernas de John Goldthorpe ya no hay una clase alta. Lo que el denomina la “clase de servicios” esta formada en sus niveles superiores. Por gestores de negocios, profesionales altamente cualificados y administradores. Otros autores han apuntado al fenómeno de la participación institucional como acentuación de la perdida de importancia de la propiedad privada de capital (vease el capitulo 15; <<El trabajo y la vida económica >> pp.537-538.) Hoy en día una gran parte de las acciones son propiedad de las compañías de seguros, fondos de pensiones de inversión de capital ampliable que atiende a grandes sectores de la población. Por ejemplo, alrededor de la mitad de la población del Reino Unido tiene hoy inversiones en planes privados de pensiones (Saunders, 1990)

Sin embargo, el punto de vista de que ya no existe una clase alta diferenciable no resiste el escrutinio, John Scout, a cuyos análisis de la naturaleza cambiante de la clase alta nos hemos referido anteriormente, sostiene que la clase alta actual ha cambiado su forma, pero mantiene su posición distintiva. Consiste en una serie de personas ligadas por lo que el denomina una <<constelación de intereses>> en el poder de los grandes negocios. Los ejecutivos señor de las grandes empresas pueden no ser propietarios de las mismas, pero a menudo logran acumular acciones y esto les conecta tanto con los empresarios a la vieja usanza como con los <<capitalistas de las finanzas>> <<capitalistas de las finanzas>> categoría que incluye a las personas que dirigen las compañías de seguros y otras organizaciones que son grandes accionistas institucionales forman hoy el núcleo de la clase alta.

en expansión como los de marketing, ocio e industrias al por menor. Trabajo como los de ayudantes de ventas o de control están ampliamente feminizado

En su influyente estudio *Labour and Monopoly Capital* (<<Trabajo y capital monopolista>>), escrito hace unos veinte años Harry Braverman argumento que la mayoría de los trabajos rutinarios de cuello blanco se han descualificado hasta tal y que se diferencian bien poco del trabajo manual. En lugar de ver cada mas y mas personas que acceden a la clase media se dice que lo que observan es un proceso de proletarización. Estos grupos están siendo empujados a una obrera en aumento a la que debemos ver como una clase que incluye muchos bajos no manuales (Braverman, 1974).

La mayoría de los sociólogos creen que Braverman sobrevalora su argumento algunas ocupaciones se recualifican-en vez de lo contrario- con el proceso cambio tecnológico-se requiere mas, y no menos conocimiento. Esto es cierto ejemplo, para algunos trabajos afectados por la introducción de ordenadores si otros se degradan realmente por el mismo proceso). Además y como se deduce los datos sobre clase y genero analizados anteriormente, la clase social de un individuo casado depende también de la posición del cónyuge. Las mujeres empleadas en trabajos rutinarios no manuales a menudo están casadas con hombres en ocasiones superiores de cuello blanco; la familia en su conjunto seria de clase media .

Estudios sobre los trabajos rutinarios de cuello blanco, y de los trabajadores que los desempeñan, han arrojado algunos resultados conflictivos por lo que se refiere a la idea de proletarización. Rosemary Crompton y Gareth Jones (1984) estudiantes o trabajadores de cuello blanco en un banco, en un ayuntamiento y en una compañía de seguros. Descubrieron que las mujeres oficinistas tenían muchas menos probabilidades de ser promocionadas a niveles superiores de trabajo que los hombres. Gran parte de los trabajos que estudiaron los vieron proletarizados: los trabajadores se limitaban a seguir una serie de rutinas, sin mucho espacio para la iniciativa personal. A menudo los hombres son capaces de dejar tales puestos, en tanto que las mujeres no; de ahí que sean principalmente los empleos femeninos de cuello blanco los que se han degradado.

Gordon Marshall et al. Se muestran críticos con estas conclusiones así como con los puntos de vista de Braverman. Entrevistaron a hombres y mujeres en una serie de ocupaciones y les preguntaron si su trabajo necesitaba en la actualidad de mayores conocimientos que cuando empezaron a trabajar. Descubrieron que solo un 4 por 100 aseguraba que su trabajo necesitaba menos capacitación, y que esta proporción era prácticamente igual en los trabajos feminizados que en los demás trabajos de cuello blanco. Concluyeron que los trabajadores de cuello blanco todavía tienen en sus trabajos una autonomía mayor que la de la mayoría de los trabajadores manuales; en términos de conciencia de clase tienden mas a verse como miembros de la <<clase Media>> que los trabajadores manuales .

Cambios que afectan a la clase trabajadora

Como se mostrara en la sección final de este capitulo, la sociedad británica, como la de la mayoría de otros países industrializados, tiene un numero considerable de hombres. Sin embargo, la mayor parte de los individuos con ocupaciones de cuello blanco ya no viven en la miseria. (El punto de vista de Marx sobre este problema ha resultado ser erróneo.) Como se dijo antes, la renta de los trabajadores manuales ha crecido considerablemente desde el cambio de siglo. Este mayor nivel de vida se expresa en la

creciente capacidad para consumir mercancías de todas las clases, alrededor de un 50 por 100 de los trabajadores de cuello azul son ahora propietarios de sus casas. Un gran número de hogares tienen coches, lavadoras, teléfonos, y televisores.

El fenómeno de la opulencia de la clase trabajadora sugiere además otra vía posible hacia una “sociedad más de la clase media”; quizás, a medida en que prosperan más, los trabajadores de cuello azul se hacen más de clase media. Esta idea, con la característica afición de los sociólogos a las denominaciones incómodas, han venido a ser conocida como la tesis del aburguesamiento. Aburguesamiento significa “hacerse más burgués”, una expresión de estilo marxista para <<hacerse más de clase media>>

En los años 60 John Goldthorpe y sus colegas llevaron a cabo lo que se convirtió en un estudio muy conocido sobre la hipótesis del aburguesamiento. Basado en entrevistas con trabajadores de la industria química y automovilística de Luton, la investigación se publicó en tres volúmenes. Se cita a menudo con el estudio del Affluent Worker (<<El trabajador opulento>>) (Goldthorpe et al., 1968-1969). Se estudió un total de 229 trabajadores-manuales junto con 54 trabajadores de cuello blanco con fines comparativos. Muchos de los trabajadores de cuello azul habían emigrado a la zona en busca de trabajos mejor pagados; de hecho estaban bien pagados en relación con la mayoría de los otros trabajadores manuales y ganaban más que la mayoría de los trabajadores de cuello blanco de niveles inferiores.

A los ojos de sus autores, los resultados del estudio eran inequívocos; la tesis del aburguesamiento era errónea. Estos trabajadores no estaban en proceso de hacerse más de clase media sostenían lo que Goldthorpe et al. denominaron una actitud <<instrumental>> hacia su trabajo; lo veían como un medio para la consecución de un fin, el de ganar buenos salarios. Su trabajo era, en su mayor parte repetitivo y carente de interés y sentían escaso compromiso directo con él. En sus ratos de ocio no se reunían con los trabajadores de cuello blanco y no aspiraban a ascender en la escala social; el dinero que ganaban lo destinaban a adquirir distintos tipos de bienes y posesiones.

Ninguna investigación estrictamente comparable se ha llevado a cabo en los años intermedios y no está claro hasta qué punto, si las conclusiones alcanzadas por Goldthorpe et al, fueron válidas en su época, siguen siéndolo ahora. Todo el mundo está de acuerdo en que las viejas comunidades tradicionales de la clase trabajadora (conectadas con el <<tradicionalismo proletario>> de Lockwood, citado en la p.263-265, se han ido fragmentando, o resquebrajando del todo, con el declive de la industria manufacturera y el impacto del consumismo. Hasta donde ha llegado esta fragmentación es algo que está por discutir. Durante mucho tiempo se ha dividido a la clase trabajadora en función de nivel de cualificación del trabajo, de la industria y de la localidad. Algunos argumentan que las divisiones que se dan hoy en día son, en su mayor parte, derivaciones de aquellas que existían en el pasado.

Aquí se introduce de nuevo el problema del género y la clase. Las divisiones en la clase trabajadora reflejan contrastes entre hogares, no solo entre individuos. El estudio de Ray Pahl Divisions of Labour (<<Divisiones del trabajo>>) (1984) da cuenta de una investigación sobre familias de clase trabajadora en la isla de Sheppey, en Kent. Descubrió una escisión entre hogares de trabajadores “ricos” y trabajadores “pobres”. Los primeros se refieren a una situación en la que dos o más miembros de la familia tienen trabajo estable; suelen ser propietarios de sus viviendas y llevar un estilo de vida confortable, por otro lado los miembros de los hogares de trabajadores <<pobres>> encuentran que la realización de sus fines necesita de un esfuerzo mucho mayor.

En general resultaría difícil rebatir que la estratificación en la clase trabajadora, así como entre clases, ha venido a depender no solo de diferencias ocupacionales sino también de diferencias en el consumo y en el modo de vida. En importantes aspectos, las sociedades modernas se han convertido en sociedades de consumidores orientadas a la adquisición de bienes materiales. En cierto sentido una sociedad de consumo es una “sociedad de masas en la que, de algún modo, las diferencias de clase están superadas; de esta manera, personas con distintos antecedentes de clase podrían estar viendo todas el mismo programa de televisión. Sin embargo las diferencias de clase pueden también intensificarse a través de las variaciones en el estilo de vida y en el <<gusto>>(Bourdieu,1986).

Movilidad social

Al estudiar la estratificación tenemos que considerar no solo las diferencias entre las posiciones económicas u ocupacionales, sino que ocurre con los individuos que las desempeñan. El termino **movilidad social** se refiere a los movimientos de los individuos y grupos entre las distintas posiciones socioeconómicas, **la movilidad vertical** significa el desplazamiento hacia arriba o hacia abajo en la escala socioeconómica. Quienes ganan propiedad, renta o status se denominan móviles ascendentes, mientras que quienes pierden se designan como móviles descendentes. En las sociedades modernas abunda también la **movilidad horizontal** que alude a la traslación geográfica entre vecindades, ciudades y regiones. Con frecuencia la movilidad vertical y la horizontal se combinan. Por ejemplo, un individuo que trabaja en una empresa de una ciudad puede promocionarse a una posición mas elevada en una dependencia de la compañía situada en otra localidad, o incluso en otro país.

Hay dos maneras de estudiar la movilidad. Primero, pueden examinarse las propias carreras de los individuos, cuanto se desplazan arriba o debajo de la escala social en el curso de su vida laboral. Esto se suele denominar la **movilidad intrageneracional**. De otra parte, puede analizarse hasta qué punto los hijos emprenden el mismo tipo de ocupación que sus padres o abuelos. La movilidad a través de las generaciones se designa como **movilidad intergeneracional**.

Estudios comparativos sobre movilidad

La cantidad de movilidad vertical de una sociedad es un índice fundamental de un grado de “apertura”, señalando hasta que punto un individuo con capacidad a sido en un estrato inferior puede ascender en la escala socioeconómica, ¿Cuan cubiertas son las sociedades industrializadas respecto a la movilidad social? ¿ Hay mayor igualdad de oportunidades en Gran Bretaña que en cualquier otra parte? Los estudios sobre movilidad social se han llevado a cabo durante los últimos cincuenta años. Incorporando habitualmente comparaciones internacionales. Uno de los trabajos pioneros en este campo fue el de Pitrim Sorokin (1927). Sorokin cubrió un vasto conjunto de sociedades diferentes, incluyendo la Roma clásica y China; también realizo uno de los primeros estudios detallados de la movilidad en Estados Unidos. Concluyo que las oportunidades para un ascenso rápido eran mucho mas limitadas que las sugeridas por el folklore estadounidense. Sin embargo, las técnicas empleadas por Sorokin para recoger sus datos eran relativamente primitivas.

La investigación efectuada por Peter Blau y Otis Dudley Duncan, cuarenta años después fue mucho mas refinada y comprensiva (Blau y Duncan, 1967). Su indagación sigue siendo el estudio mas minucioso de la movilidad social llevado a cabo en un país particular. Aunque podía haber tenido amplitud de miras, como la mayoría de los trabajos sobre movilidad, corrobora las puntualizaciones hechas en la sección previa; todos los examinados eran hombres. Blau y Duncan recogieron informacion de una muestra nacional de 20.000 hombres, concluyeron que hay mucha movilidad vertical en Estados Unidos, pero casi toda se produce entre posiciones ocupacionales muy cercanas la una a la otra. La movilidad de <<largo alcance>> es rara. Aunque el movimiento descendente se produce, tanto el las carreras individuales como intergeneracionalmente, es mucho menos frecuente que la movilidad ascendente. La razón de esto es que los trabajos profesionales y de cuello blanco han crecido mucho mas rápidamente que los de cuello azul, un desplazamiento que ha creado una abertura para que los hijos de los trabajadores de cuello azul se trasladen a posiciones de cuello blanco.

Quizás el estudio internacional sobre movilidad social mas afamado sea el realizado por Seymour Martin Lipset y Reinhard Bendix (Lipset y Bendix, 1995). Analizaron datos de nueve sociedades industrializadas .Gran Bretaña, Francia, Alemania Occidental, Suecia, Suiza, Japón, Dinamarca, Italia y Estados Unidos concentrándose en la movilidad de los hombres desde trabajos de cuello azul a los de cuello blanco. En contra de sus expectativas, no descubrieron pruebas de que los Estados unidos fuesen mas abiertos que las sociedades europeas. La movilidad vertical total entra en la línea de cuello azul/cuello blanco eran del 30 por 100 en Estados Unidos, mientras que en las otras sociedades variaban entre el 27 y 31 por 100. Lipset y Bendix concluyeron que todos los países industrializados estaban experimentando cambios similares respecto a la expansión de los trabajos de cuello blanco. Esto condujo a una <<oleada de movilidad ascendente>> de dimensiones comparables en todos ellos. Otros han puesto en duda sus hallazgos, arguyendo que las diferencias significativas entre los países se encuentran si se presta mas atención a la movilidad descendente y si se considera la movilidad de largo alcance (Heath,1981; Grusky y Hauser,1984

Robert Erikson y John Goldthorpe han realizado un estudio sustancial sobre las semejanzas y las variaciones nacionales en la movilidad, incluyendo en su trabajo sociedades europeas occidentales y orientadas (Erikson y Goldthorpe, 1986) examinaron nueve países, comprendiendo Inglaterra y Gales, Francia, Suecia, Hungría y Polonia. Los resultados mostraron una similitud general en las tasas y pautas de movilidad, pero también hallaron variaciones significativas, Suecia por ejemplo era considerablemente mas “abierta” que los restantes países occidentales. Polonia también mostró altas tasas de movilidad superiores sustancialmente a las de Hungría.

Hay un aspecto en el cual Estados Unidos parece diferir de los demás países occidentales en lo que se refiere a la movilidad social. Una proporción mas alta que en otros países de personas con orígenes de cuello azul alcanza trabajos profesionales. La principal razón es que las organizaciones con profesionales han crecido mas en Estados Unidos que en cualquier otro país occidental en los últimos treinta o cuarenta años, creando, por consiguiente, mas probabilidades de movilidad para las personas de condición modesta.

Movilidad descendente

Aunque la movilidad descendente es menos frecuente que la ascendente, todavía es un fenómeno generalizado. Alrededor del 20 por 100 de los hombres de Estados Unidos son móviles descendentes intergeneracionalmente, aunque la mayoría de este desplazamiento es de corto alcance. La movilidad intrageneracional descendente es también habitual. La movilidad de este tipo se asocia con bastante frecuencia con ansiedades y problemas psicológicos cuando los individuos llegan a ser incapaces de mantener los estilos de vida a los cuales se ha acostumbrado. Ser innecesario es otra de las principales fuentes de la movilidad descendente. Por ejemplo, los hombres de mediana edad que pierden sus trabajos, o bien no encuentran modo alguno de conseguir un nuevo empleo de ninguna manera, o solo pueden obtener un trabajo con un nivel de renta inferior al precedente.

En todo caso en lo que se refiere a movilidad intrageneracional, la mayoría de los móviles descendentes son mujeres. Todavía es frecuente que las mujeres abandonen carreras prometedoras al nacer su primer hijo. Después de pasar algunos años atendiendo una familia dichas mujeres vuelven al trabajo remunerado en una fecha posterior, a menudo en un nivel inferior al que dejaron, por ejemplo en un trabajo a tiempo parcial mal pagado. Esta situación esta cambiando, aunque no tan rápido como muchos podrían desear.

Un hallazgo surge con claridad de la literatura: los niveles de movilidad son bajos comparados con los ideales de la igualdad de oportunidades. En todos los países, la mayoría de las personas permanecen cerca del mismo nivel que la familia de la cual provienen, Mientras muchos experimentan la movilidad vertical, esta es, mas habitualmente, que el resultado de los cambios de estructura ocupacional, no se produce porque haya un alto grado de igualdad de oportunidades

Movilidad social en Gran Bretaña

En las sociedades modernas muchos creen que es posible para cualquiera alcanzar la cima si trabaja duro y con suficiente constancia, aunque hasta ahora las cifras indican que muy pocos tienen éxito. ¿por qué debe ser tan difícil? En un aspecto la respuesta es muy sencilla. Incluso en una sociedad “perfectamente fluida” en la que cualquiera tuviera una probabilidad exactamente igual de alcanzar las posiciones mas elevadas, solo una pequeña minoría lo conseguiría. En la cima, el orden socioeconómico esta conformado como una pirámide, con solo unas pocas posiciones de poder, status o riqueza. No mas de dos o tres mil personas, de una población total de cincuenta y cinco millones en Gran Bretaña, podrían llegar a ser directores de una de las doscientas mayores empresas.

Además, quienes ocupan las posiciones de poder y riqueza tiene muchas mas oportunidades utilizables para perpetuar sus ventajas y traspasarlas a su linaje. Pueden asegurar que sus hijos tendrán la mejor educación disponible, y esto les conducirá con frecuencia a buenos trabajos. Pese a los impuestos sobre la riqueza y los derechos de transmisión, los ricos han encontrado normalmente los medios para otorgar la mayor parte de su propiedad a sus descendientes. La mayoría quienes llegan a la cima parten de una posición ventajosa, provienen de orígenes opulentos o profesionales. Los estudios sobre las personas que se han enriquecido muestran que apenas ninguna empieza con nada. La gran mayoría de quienes han <<hecho dinero>> lo hicieron sobre la base de heredarlo, o al

menos, de recibir una modesta suma inicialmente que han empleado para acumular mas, (Jaher, 1980; Rubinstein,1980).

William Rubinstein realizo un estudio sobre los orígenes de los millonarios británicos en la década de los años 1980 (Rubinstein,1986). Baso su trabajo sobre las personas que fallecieron en 1984 y 1985 legando un millón de libras esterlinas, por lo menos, (Es casi imposible averiguar hechos fidedignos sobre los millonarios vivos.) Rubinstein descubrió que aquello cuyos padres eran ricos hombres de negocios o terratenientes todavía suponen el 42 por 100 del conjunto de millonarios. Las personas que han recibido un incentivo material de sus familias, cuyos padres eran profesionales encumbrados, suman un 29 de 100 adicional. El 43 por 100 de los millonarios heredo alrededor de 100.000 cada uno, un 32 por 100 ulterior heredo entre 10.000 y 100.000 f. En Gran Bretaña la forma mas segura de llegar a ser rico es, todavía nacer rico.

Niveles de movilidad

Loa niveles globales de movilidad han sido ampliamente analizados en Gran Bretaña en el periodo de postguerra, aunque una vez mas toda la investigación se ha concentrado virtualmente en los hombres. Un estudios pionero fue dirigido por David Glass (1954). El trabajo de Glass examino la movilidad intergeneracional durante un plazo prolongado hasta la década de los años 1950. sus hallazgos se corresponden con los mencionados anteriormente respecto a los datos internacionales cerca del 30 por 100 de la movilidad es desde los trabajos de cuello azul a los cuello blanco. La investigación de Glass inspiro de echo ampliamente a los que realizaron comparaciones internacionales. Aunque se producía bastante movilidad, la mayoría era de corto alcance. La movilidad ascendente era mucho mas frecuente que la descendente y se concentraba mayoritariamente en los niveles intermedios de la estructura de clases. Las personas en la base tendían a permanecer allí, casi el 50 por 100 de los hijos de trabajadores en empleos profesionales o de gestión se hallaban en ocupaciones similares.

El examen mas extenso realizado desde entonces fue el de John Goldthorpe y sus colegas en Oxford, y se basaba en una encuesta llevada a cabo en 1972 (Goldthorpe. Llewellyn y Bayne, 1980). Intentaban investigar cuanto se había alterado las pautas de movilidad social desde la época del estudio de Glass, y concluyeron que el nivel general de movilidad de los hombres era de hecho mas elevado que durante el periodo anterior, con bastantes mas desplazamientos de largo alcance constatables. La razón principal para esto, sin embargo no era que el sistema ocupacional se hubiera hecho amas igualitario. Mas bien el origen de los cambios era el crecimiento acelerado de numero de trabajos de cuello blanco superiores en relación a los de cuello azul. Los investigadores determinaron que dos tercios de los hijos de trabajadores manuales descualificados o semicualificados de hallaban en ocupaciones manuales. Cerca del 30 por 100 de los gestores y profesionales provenían de la clase trabajadora mientras en 4 por 100 de los hombres en trabajos de cuello azul provenían de ambientes profesionales o de gestión.

Pese que los datos son incompletos, la investigación de Anthony Heath indica que la probabilidades de movilidad de las mujeres están severamente limitadas por la carencia de oportunidades para empleadas femeninas en las ocupaciones profesionales y de gestión (Heath,1981) . cerca de la mitad de las hijas de profesionales o gestores se hallan en trabajos rutinarios de oficina, no mas del 8 por 100 consiguen posiciones de nivel comparable al de sus padres. Solamente el 1.5 por 100 de las mujeres de hogares de cuello

azul están en tales ocupaciones aunque el 48 por 100 se hallan en trabajos rutinarios de oficina.

El estudio original de Oxford sobre movilidad fue puesto al día basándose en nuevo material recogido cerca de diez años después (Goldthorpe y Payne, 1986). Los principales hallazgos del trabajo primitivo fueron corroborados, pero se determinaron desarrollos ulteriores. Por ejemplo las probabilidades de que los muchachos provenientes de ambientes de cuello azul consigan empleos profesionales o de gestión se han incrementado. Una vez esto se imputo a los cambios en la estructura ocupacional. Que produjeron una reducción de las ocupaciones de cuello azul en relación a los empleos superiores de cuello blanco. La movilidad descendente fue incluso menos frecuente que la investigación previa. Sin embargo, una proporción mucho mas alta que antes de hombres que provenían de la clase obrera estaban desempleados, reflejando la extensión del desempleo en masa de los primeros años de la década de 1970 en adelante.

En los años ochenta Marshall et.al lograron resultados que corroboraron ampliamente los hallazgos de Goldthorpe y otros. Verificaron que, alrededor de un tercio de las personas ocupadas en trabajos superiores de cuello blanco. O en trabajos profesionales tenían antecedentes de cuello azul. Descubrimientos de este tipo tienden a mostrar la existencia de un grado de fluidez considerable en la sociedad británica. Mucha gente puede ascender en la jerarquía social, en términos tanto de movilidad intergeneracional como intrageneracional. Pero las balanzas están todavía desequilibradas en detrimento de las mujeres y el carácter fluido de la sociedad moderna deriva principalmente de su propensión a mejorar las ocupaciones. Marshall y sus colaboradores concluyen: el hecho de que haya mas “espacio en la cumbre” no ha venido acompañado de una mayor igualdad de oportunidades para acceder allí (Marshall et al. 1988, p.138). Sin embargo deberíamos fijar la atención en un punto señalado con anterioridad; la movilidad es un proceso a largo plazo y la sociedad se esta haciendo mas abierta no se verán todos sus efectos hasta dentro de una generación.

Problemas en el estudio de la movilidad social

El estudio de la movilidad social presenta varios problemas (Hopper, 1981). Por ejemplo, no esta claro si la movilidad desde los trabajos de cuello azul a los de cuello blanco se define siempre correctamente como “ascendente”. Los trabajadores cualificados de cuello azul pueden hallarse en una posición económica superior a muchas personas en empleos de cuello blanco mas rutinarios. La naturaleza de los trabajos se altera con el tiempo, y no es siempre obvio que los que se consideraba ocupaciones “idénticas” sean de hecho todavía así. Las ocupaciones administrativas, por ejemplo, como hemos visto, han cambiado en gran medida en las ultimas décadas, mediante la mecanización del trabajo de oficina. Otra dificultad es que en los estudios de movilidad intergeneracional es difícil decidir en que punto de las respectivas carreras deben hacerse las comparaciones. Un padre puede todavía hallarse en la mitad de su carrera cuando su hijo o hija comienza su vida laboral; los padres y sus vástagos pueden ser móviles simultáneamente, quizás en el mismo sentido o con menos frecuencia en el opuesto. ¿Deberíamos compararles al principio o al final de las carreras?.

Todas las dificultades pueden tratarse con alguna extensión. Debe tenerse cuidado para alterar categorías ocupacionales cuando esta claro que la naturaleza de los empleos ha cambiado radicalmente durante el periodo cubierto por un estudio particular.

Por ejemplo, podríamos decidir agrupar los empleos superiores de cuello azul y los de rutina de cuello blanco, examinando la movilidad hacia adentro y hacia fuera de estos trabajos como conjunto. El problema sobre cuando efectuar comparaciones en las carreras individuales al estudiar la movilidad intergeneracional puede resolverse, si los datos lo permiten, mediante la confrontación de los padres y los hijos al comienzo y al final de las carreras respectivas. Pero estas estrategias no son enteramente satisfactorias. Lo que puede aparecer como cifras precisas ofrecidas por los estudios de movilidad debe ser recibido con precaución. Solo podemos extraer conclusiones generales de la investigación sobre movilidad, en particular cuando se realizan comparaciones internacionales.

Sus propias oportunidades de movilidad

¿Qué implicaciones cabe extraer de los estudios de movilidad acerca de las oportunidades de carrera a las cuales se enfrenta como alguien que busca un buen empleo en el decenio de 1990? Como las generaciones precedentes, probablemente pueda disfrutar de una movilidad ascendente si no tuviera ya unos orígenes privilegiados. Parece probable que la proporción de trabajos profesionales y de gestión continuara expandiéndose en relación a las posiciones de bajo nivel. (Para más información sobre los cambios en la estructura ocupacional, véase el capítulo 15; “El trabajo y la vida Económica”) Aquellos que se desenvuelvan bien en el sistema educativo tienen más posibilidades de llenar estos “puestos Vacíos”

Casi no hay todavía suficientes posiciones de status superior abiertas para todos los que desean ingresar en ellas, y algunos de ustedes están condenados a averiguar que sus carreras no se corresponden con lo que habían esperado de ellas. Aunque se crea una más alta proporción de empleos en los niveles profesionales y de gestión que los que existían antes, el número total de empleos disponibles en la economía está disminuyendo, en comparación con las personas que buscan trabajo activamente. Una razón para esto es el creciente número de mujeres que compiten con los hombres por una cantidad finita de empleos. Otra cuyas consecuencias son difíciles de separar completamente aun, es la utilización profusa de la tecnología de la información en los procesos de producción. Es posible, y quizás incluso probable, que muchos empleos sean eliminados en años venideros, porque la maquinaria computarizada puede dirigir tareas –de índole muy complicada inclusive- que con anterioridad solo los seres humanos podían realizar.

Si usted es mujer, aunque sus probabilidades de ingresar en una buena carrera están aumentando, afronta dos obstáculos principales a su progreso. Los empleadores y gestores masculinos todavía discriminan a las candidatas femeninas. Al menos, lo hacen así en parte por su creencia de que “las mujeres no están realmente interesadas en sus carreras”, y probablemente abandonarían a la fuerza su trabajo al formar una familia. El segundo factor afecta en verdad muy sustancialmente las probabilidades de las mujeres. Esto es a sí no porque estén desinteresadas en sus carreras, sino porque a menudo son forzadas efectivamente a elegir entre sus carreras y tener hijos. Los hombres raramente están deseosos de compartir una responsabilidad completa sobre el trabajo doméstico y el cuidado de los niños. Aunque muchas más mujeres que antes siguen la “trayectoria no tradicional” de Gerson, organizando sus vidas domésticas con determinación para proseguir una carrera, hay todavía grandes obstáculos en su camino. (Véase el capítulo 6; “Genero y sexualidad”).

Pobreza y desigualdad

En el fondo del sistema de clases existe un gran número de personas en condiciones de pobreza en el Reino Unido. Muchos no tienen una dieta apropiada y viven en condiciones insalubres, teniendo una esperanza de vida inferior a la de la mayoría de la población. Todavía las personas más opulentas con frecuencia no prestan atención a la existencia de la pobreza.

Este no es un fenómeno nuevo. En 1889, Charles Booth publicó un trabajo que mostraba que un tercio de los londinenses estaban viviendo en una pobreza deplorable (Booth, 1889). El resultado fue un clamor público. ¿Cómo podía ocurrir que la pobreza estuviese tan extendida en un país que en ese momento era el más rico de la tierra, en el centro de un imperio gigantesco? El trabajo de Booth fue reanudado por su homónimo el general William Booth, del Ejército de Salvación. Su *In Darkest England and the Way Out* (1890, publicado originalmente en 1890) se abrió con cifras derivadas de los cálculos de Charles Booth mostrando que había 387.000 personas “muy pobres” en Londres, 220.000 “casi famélicas” y 300.000 hambrientas”. Casi un millón de ejemplares del libro de William Booth se vendieron en un año, hasta ese punto cautivo la imaginación del público. La pobreza propuso podría ser reducida drásticamente por medio de programas prácticos de reforma y bienestar.

¿Qué es la pobreza?

¿Cómo puede definirse la pobreza? Habitualmente se efectúa una distinción entre **pobreza absoluta** o subsistencia y **pobreza relativa**. Charles Booth fue uno de los primeros en tratar de establecer una pauta coherente sobre la pobreza de subsistencia, que se refiere a la carencia de los requisitos básicos para mantener una existencia física saludable, alimento y cobijo suficientes para hacer posible el funcionamiento eficaz del cuerpo. Booth supuso que estos requisitos serían más o menos los mismos para personas de edad y subsistencia física equivalentes en cualquier país. esencialmente este es el concepto que se utiliza todavía con más frecuencia en el análisis mundial de la pobreza.

Las definiciones de la pobreza como subsistencia presentan varias inadecuaciones, en especial cuando se formulan como un nivel de renta específico. A menos que se establezca por lo alto, incluso tolerando ajustes, un solo criterio de pobreza tiende a querer decir que algunos individuos son situados por encima del límite de pobreza cuando inclusive su renta no satisface de hecho sus necesidades básicas de subsistencia. Por ejemplo algunas partes del país son mucho más caras que otras para vivir por otra parte el cálculo de la pobreza de subsistencia no toma en cuenta el efecto de los niveles de vida generalmente crecientes. Es más realista ajustar las ideas sobre los niveles de pobreza a las normas y expectativas cambiantes de una sociedad en la que produce crecimiento económico. La mayoría de la población mundial vive en viviendas carentes de baño o ducha, pero sería difícil no calificar el agua corriente como una necesidad de una sociedad industrializada. Los problemas con las formulaciones sobre la pobreza relativa son también complejos, sin embargo. Los criterios de la renta se utilizan de nuevo, pero encubren las variaciones que tiene las necesidades actuales de las personas.

La pobreza actual

Al contrario que en Estados Unidos y muchos otros países, donde existe un “límite de pobreza” oficialmente establecido, en Gran Bretaña interpretaciones semejantes no son proporcionadas por la Administración. La última gran encuesta sobre la pobreza en el Reino Unido fue publicada por Peter Townsend en 1979. Townsend trataba de analizar la pobreza en términos de carencia de recursos para mantener “las condiciones de vida y las circunstancias que son habituales, o al menos ampliamente alentadas o aprobadas” en la sociedad (Townsend, 1979, p.31) empleando la definición calculo que más de la mitad de la población británica debe experimentar la pobreza en algún momento de su vida, en especial cuando se llega a cierta edad. Ha sido criticado por utilizar una noción de “pobreza” demasiado amplia, pero su hallazgo de que la pobreza relativa es mucho más numerosa de lo que se creía en Gran Bretaña en su tiempo ha sido aceptada ampliamente.

Los estudios en el Reino Unido solían definir a cualquiera que tuviera una renta de , o por debajo del nivel de subvención suplementaria como viviendo en la pobreza. La “subvención suplementaria” se refiere a las subvenciones en efectivos que se pagan a las personas cuyos ingresos no alcanzan el nivel que se estima necesario para la subsistencia las personas con ingresos entre el 100 y el 140 por 100 de la subvención suplementaria se definen como viviendo en los “márgenes de la pobreza” La subvención suplementaria ya no existe, pero las últimas cifras disponibles todavía se refieren al periodo en que estaba en uso

El número de personas que viven en la pobreza o en los márgenes de la misma aumento dramáticamente a lo largo de los años 80. en 1979, seis millones de personas, el 12 por 100 de la población se encontraba en la primera categoría y un 22 por 100 estaban comprendidos en las dos categorías combinadas. Los datos de 1987 fueron de un 19 y un 28 por 100, respectivamente; 10 millones de personas, Vivian en la pobreza y otros cinco millones más en los límites de la misma (Blackburn,1991). Alrededor de dos tercios del crecimiento total en ambas categorías fue consecuencia del aumento del desempleo en ese periodo.

¿Quiénes son los pobres? En particular pueden estar en la pobreza las personas en las categorías siguientes: los desempleados, aquellos en empleos inseguros o a tiempo parcial , los ancianos, los enfermos e incapacitados, y los miembros de familias numerosas y/o de un solo padre. Aunque los niveles salariales medios han aumentado constantemente durante este siglo, por encima del medio millón de personas desempleadas reciben salarios por debajo del límite de la subvención suplementaria. Cerca de la mitad de los pensionistas de edad avanzada viven en la pobreza. Muchas personas que pueden ser retribuidas razonablemente durante su vida laboral experimentan una reducción profunda de su renta con la jubilación. Las familias monoparentales, casi todas encabezadas por mujeres, componen una proporción creciente de los pobres. El alto desempleo de las décadas de los 1980 y comienzos de los 1990 no parece que vaya a declinar en el futuro inmediato y en desempleo prolongado para las cabezas de familia y sus vástagos empuja a más y más familias a la pobreza

¿Por qué los pobres siguen siendo pobres?

Algunas influencias generales sobre el nivel de la pobreza han sido bien verificadas. Los programas de bienestar bien desarrollados y administrados sistemáticamente, en conjunción con las políticas gubernamentales que ayuden activamente a disminuir el desempleo reducen los niveles de pobreza. Existen algunas sociedades, como Suecia en las que la pobreza de subsistencia ha sido eliminada casi por completo probablemente tiene que pagarse un precio social por esto, no solo en términos de altos niveles impositivo, sino con el desarrollo de organismos administrativos burocráticos que puedan apropiarse de una gran cantidad de poder. A si mismo cuando mas se deje a los mecanismos del mercado la distribución de la riqueza y la renta en un país –como ha sido en los años 1980- mayores desigualdades materiales se producen. La teoría subyacente a las políticas del gobierno de la señora Thatcher consistía en que la reducción de los impuestos y tasas de los individuos y a las empresas generaría altos niveles de crecimiento económico cuyos frutos “gotearían” sobre los pobres. Las pruebas de los últimos años no apoyan esta tesis. Esa política económica puede generar una aceleración del desarrollo económico o no, pero el resultado tiende a incrementar las diferencias entre los pobres y los ricos, aumentando actualmente las cifras de aquellos que viven en la pobreza de subsistencia

Las encuestas han demostrado que la mayoría de los británicos consideran que los pobres son responsables de su propia pobreza y sospechan que aquellos que viven “de gratis” con las “limosnas de la administración . muchos creen que las personas con subsidio de bienestar podrían encontrar trabajo si estuviesen decididos a hacerlo. Desafortunadamente, estos puntos de vista no tienen nada que ver con las realidades de la pobreza. Cerca de una cuarta parte de los que viven oficialmente en la pobreza están empleados de alguna forma, pero ganan demasiado poco para superar su umbral. La mayoría de los restantes son chicos menores de catorce años , mayores de sesenta y cinco años y los enfermos e incapacitados. Pese a los puntos de vista populares sobre el elevado nivel de fraude a los subsidios de bienestar, menos del 1 por 100de las solicitudes presentan demandas fraudulentas, porcentaje menor que en el caso de las devoluciones del impuesto sobre la renta, donde se estima que se pierde el 10 por 100 de la recaudación por causa de la evasión o de informaciones tergiversadas.

La falta de conciencia publica sobre la extensión de la pobreza descansa en parte probablemente en la escasa “visibilidad” de los pobres. La mayoría de las personas situadas en los sectores mas privilegiados de la sociedad visita rara vez la áreas urbanas o rurales, en las que se concentra la pobreza. Algunas cuestiones conectadas con la pobreza tales como las altas tasas de criminalidad atraen regularmente la atención del publico, pero la existencia generalizada de la, pobreza tiende por el contrario a ser pasada por alto la pobreza ha sido “redescubierta”periodicamente desde los tiempos de Charles Booth en adelante, y por un momento la condición de los pobres agita la conciencia de los mas favorecidos, pero entonces la preocupación del publico se desvanece con rapidez.

1. La estratificación social se refiere a la división de la sociedad en capas estratos. Cuando se habla de estratificación social, se dirige la atención de las posiciones desiguales que ocupan los individuos en al sociedad. La estratificación por género y por edad se encuentra en todas las sociedades. En las sociedades tradicionales mas extensas y en los países industrializados de hoy en día hay estratificación en términos de riqueza, propiedad y acceso a bienes materiales y productos culturales.

2. Pueden distinguirse cuatro grandes tipos de estratificación: esclavitud, casta, estado y clase. Mientras que las tres primeras dependen de desigualdades sancionadas legal o religiosamente, las divisiones de clase no se reconocen oficialmente, sino que provienen de factores económicos que afectan las circunstancias materiales de la vida de las personas.
3. Las clases se derivan de las desigualdades en la posesión y el control de los recursos materiales. La posición de clase de un individuo es, al menos en parte, algo adquirido, no se recibe simplemente con el nacimiento.
4. La mayoría de las personas de las sociedades modernas es mucho más opulenta de lo que era hace varias generaciones, aunque la distribución de la riqueza y de la renta permanece altamente desigual. Los ricos emplean varios medios para transmitir su propiedad desde una generación a la siguiente.
5. Las teorías más destacadas e influyentes sobre la estratificación son las desarrolladas por Marx y Weber. Marx sitúa el énfasis primario en la clase que parecía como una característica objetivamente dada la estructura económica de la sociedad. Observa una separación fundamental entre los poseedores de capital y los trabajadores que no la poseen. Weber acepta un punto de vista similar, pero distingue otros dos aspectos de la estratificación: status y partido. El status se refiere a la estima u honor social y el partido a la movilización activa de los grupos para conseguir fines definidos.
6. En sociedades occidentales modernas la clase es de mayor importancia, aunque hay muchas complejidades en sus sistemas de clases. La mayoría de las personas en estos países aceptan que la población se inscribe en las clases alta, media y obrera, y la conciencia de clase es fuerte.
7. El análisis de la estratificación ha sido expresado desde un punto de vista masculino sesgado. Ello es así en parte por la pretensión de que las desigualdades de género reflejan simplemente diferencias de clase. Esta es una suposición muy cuestionable. El género influye sobre la estratificación en cierto grado con independencia de la clase en las sociedades modernas.
8. Se han producido cambios de la mayor importancia en el sistema ocupacional a lo largo del siglo, que a su vez han llevado a cambios en la composición de las clases sociales. Ha sido especialmente importante el incremento relativo de las ocupaciones no manuales a expensas de las manuales, la interpretación de estos cambios es, sin embargo, controvertida.
9. En el estudio de la movilidad social. Se distingue entre movilidad intrageneracional e intergeneracional, la primera se refiere al movimiento hacia arriba o hacia abajo en la escala social durante la vida laboral del individuo. La segunda corresponde al desplazamiento entre generaciones, como cuando una hija o un hijo de orígenes de cuello azul llega a ser un profesional. La movilidad social es en su mayor parte de alcance limitado. La mayoría de las personas permanecen cerca del nivel de la familia de la cual provienen, aunque la expansión de los empleos de cuello blanco en las últimas décadas ha proporcionado la oportunidad para una considerable movilidad ascendente de corto alcance.
10. En las naciones ricas la pobreza sigue de extendida. Hay dos métodos para calibrarla; uno implica la noción de "pobreza subsistencia que consiste en la falta de los recursos básicos para mantener un funcionamiento corporal saludable y

eficaz; el otro “pobreza relativa, significa la constatación de la separación entre las condiciones de vida de algunos grupos y las que disfruta la mayoría de la población

Conceptos basicos	
estratificación social	status
clase	movilidad social

Términos importantes	
Esclavitud	situaciones contradictorias de clase
Casta	cierre social
Estado	riqueza
Clase alta	renta
Clase media	conciencia de clase
Clase obrera	infraclase
Campesinos	movilidad vertical
Medios de producción	movilidad horizontal
Capitalistas	movilidad intrageneracional
Plusvalor	movilidad intergeneracional
Clase de transición	pobreza absoluta
Prestigio	pobreza relativa
Grupos parias	

Lectura complementarias

Clare Blackburn. Poverty and health: Working Wit the families (Milton Keynes: Open University Press,1991). Una discusión puesta al día de las pautas de la pobreza en la Gran Bretaña actual.

David Lockwood. The black coated worker: a study in class consciousness (Oxford: Oxford University Prees,1989) Reedición de un estudio clásico sobre las clases seguido de largo de postscriptum

Jeff Pa

yne. Pamela Abbott. The social mobility of women; beyond male mobility mody (londres; Falmer, 1990). Trabajo que actúa como un correctiva a la pequeña preocupación de lose estudios de movilidad social con las carreras masculinas.

Meter Saunders. Social class and startification (Londres Routledge,1990). Corto y accesible texto que cubre los temas principales en el estudio de la clase y la estratificación .

Eric Olin Wright, Casses (Londres: verso,1990). Sofisticada discusión de las clases y de las relación de clases

**ARQUEDAS, SOL (1997), “ EL MUNDO EN QUE VIVIMOS I Y II ”
MEXICO, editorial el caballito, p.p 27-42**

**Arquedas Sol, el mundo en que vivimos I y II
México DF. 1997
Ed. El caballito
p.p.27**

El mundo en que vivimos (I)

TERCERA REVOLUCION CIENTÍFICO-TECNICA

Las sociedades tanto las muy desarrolladas como las subdesarrolladas han sufrido en los últimos veinte años cambios dramáticos que las han cimbrado en su estructura; a los individuos, por lo tanto, nos han sacudido desde las raíces ideológicas hasta los niveles de vida material.

Todo el panorama socio-económico y filosófico-político esta en intensa y continua transformación acelerada gracias a la tercera revolución científico-técnica en curso. es mas necesario que nunca tener una idea clara de las tendencias principales que lleva el proceso histórico en nuestros momentos para no sumirnos en una desconsolada impotencia por no entender “ que es lo que esta pasando” o para no recurrir a explicaciones fantásticas, esotéricas, o supersticiosas.

Leí en una articulo pertinente una definición y descripción muy sencilla de las tres revoluciones tecnológicas que ha llevado a cabo la humanidad, “La primera revolución consistió en la domeñacion de los animales, plantas y demás elementos naturales ... La segunda revolución se caracterizo por conversión de la fuerza domeñada de la naturaleza en fuerza mecánica... La tercera revolución tecnológica de la humanidad se caracteriza por la capacidad de manipular fuerzas. Fundamentales atómicas y moleculares de la materia; las fuerzas intrínsecas de la misma que siendo comunes a toda ella se presentan en nuestro sentidos en muy diversas formas “ En síntesis como dice otro autor ”: “ La característica principal del viejo esquema científico tecnológico es la multiplicación de la fuerza física humana y animal...

“ mientras que la característica del nuevo esquema es la “multiplicación de la inteligencia” y el talento humanos, así como de la potenciación de la experiencia”

¿Cómo se manifiesta esta tercera revolución científico-técnica? Nos dice el primer autor citado al enumerar las ramas de la ciencia y la tecnología en donde están ocurriendo los mas asombrosos resultados: “I. Nueva biotecnología (a la que también suelen denominar –aunque erróneamente- “ingeniería genética”; II. Materiales nuevos y fuentes alternas de energía; III. Automatización de procesos y comunicaciones; IV. Lógica de procesos-inteligencia artificial.”

Lo que ya esta ocurriendo con la manipulación de las formulas genéticas permite vislumbrar no solo insólitos descubrimientos en el misterio de la vida, sino apasionados debates sobre conflictos morales y religiosos derivados del desarrollo mismo de la genética nueva, conflictos que de echo ya tienen lugar en las noticias periodísticas cotidianas.

No es difícil comprender como la invención y el uso de materiales nuevos, a si como el descubrimiento de fuentes de energía distintas de los hidrocarburos y otras

materias fósiles, hará que se transforme, si no el ser, si el quehacer de los habitantes de este planeta

Por su parte, la automatización de los procesos y las comunicaciones es, desde hace unos años, una realidad inmediata para una parte considerable de la humanidad. En este campo ya tan comprensible en la teoría y en la práctica, los cambios van acelerándose notablemente.

Mas lejanos parecen estar los resultados en la práctica de los planteamientos teóricos en cuanto a la lógica de los procesos, lo que también suele llamarse “inteligencia artificial”; pero es posible que las conquistas en este campo nos sitúen, en uno no muy lejano día, en la plena cuarta revolución científico-tecnológica con su cauda de transformaciones radicales en todos los aspectos de la vida y de la actividad de los seres humanos

Aun siendo fascinante como materia de estudio la transformación tecnológica en si misma no es mi tema ahora; lo es el desquiciante impacto que ella produce –por eso la llaman “revolución”- en la sociedad contemporánea, tanto en la sociedad como un todo en los individuos que la forman

APECTOS ECONOMICOS

Hasta ahora habíamos contemplado las estructuras económicas de las sociedades capitalistas como hechas de las relaciones sociales establecidas para producir los satisfactores de la vida material y de la espiritual de la sociedad. Entender como y por que estas relaciones económico-sociales han privilegiado a unos pocos en detrimento de los muchos, es una de las ideas centrales con las que explicamos la desigualdad de los individuos en el disfrute de la riqueza social.

Sobre este esquema habíamos construido el andamiaje teórico de la revolución social –insurreccional o pacífica- que traería justicia y bienestar a todos. Esta elaboración mental ha hecho crisis en nuestro momento.

La transformación científico técnica de hoy –con ser tan profunda y ampliamente no removerá las premisas fundamentales, en el capitalismo, de la desigualdad y la injusticia sociales, así como tampoco cambiara la obligación moral de hacer todo lo que este a nuestro alcance para modificar esas condiciones; pero si están adquiriendo nuevas formas -aunque no cambie su esencia exploradora- las relaciones sociales en la producción y cambiara aun mas en la medida en que la robotización y la automatización de los procesos productivos modifiquen significativamente los conceptos “proletariado” y “obreros” por lo tanto también el concepto “sindicalismo”, si como los conceptos “burguesía” y otros, con esto habrá que revisar también el concepto “lucha de clases”, ya que si ciertamente seguirá igual la medula del mismo serán distintas las formas en las que se presente en la práctica.

Estamos inmersos en una decisiva transformación del capitalismo avanzado que con Estados Unidos a la cabeza, corre a marchas forzadas hacia una etapa superior en su evolución; la transnacionalización. En esta carrera el capitalismo avanzado obliga a todas las economías dependientes o subsidiarias a “modernizarse”, es decir a modificar sus condiciones internas para poder integrarse en el gran proyecto económico mundial identificado con Estados Unidos, esto es, el establecimiento de un nuevo orden económico internacional regido mayormente por las gigantescas empresas transnacionales de matriz estadounidense aunque también por transnacionales de origen japonés o europeo.

Parte medular de este cambio económico en gran escala es el predominio del capital financiero sobre el tradicional capital productivo o industrial lo que ha dado lugar a una verdadera revolución financiera en provecho de las grandes transnacionales del dinero: la banca internacional. En este aspecto financiero el Tercer Mundo, sobre todo América Latina, sufre en forma espectacularmente visible la esencia voraz despiadada, usuraria, del capitalismo descarnado y desenmascarado por la crisis generalizada del mismo y, obviamente por la crisis particular de la deuda externa, deuda cuyo servicio no ha sido otra cosa que el instrumento idóneo de los países acreedores para capitalizarse y salir de su propia crisis a costa de los países deudores

Una metáfora utilizada por mí anteriormente –llamar “asalariadas” a las naciones a las que se les extrae “plusvalía” mediante el deterioro en los términos del intercambio, y llamar “salario” en este caso al precio internacional de las materias primas- explicaría tanto el auge de las economías centrales (propietarias) como la postración de nuestros países periféricos (“asalariados”) en la actualidad.

Esta ocurriendo –en escala mundial- lo mismo que ocurre cuando aparece una crisis en una economía capitalista; para salir de ella los capitalistas revalorizan el capital mediante la innovación tecnológica que en el caso de hoy y a nivel mundial es una verdadera revolución científico tecnológica) y desvalorizan el factor trabajo minimizado tanto la masa salarial –con el despido masivo de los trabajadores- como el poder adquisitivo del salario –ni mas ni menos que lo que ocurre hoy con el descenso de los precios de las materias primas (el “salario” de nuestras naciones explotadas) y con los resultados de la inflación en nuestros países.

Quiero decir que así como los trabajadores asalariados pagan siempre no solo las consecuencias de una crisis capitalista sino también los esfuerzos para salir de ella, en estos momentos nuestros países “asalariados” abrumados por la crisis están pagando la cuenta de los esfuerzos que hicieron los países rectores de la economía mundial, sobre todo Estados Unidos, por salir de dicha crisis generalizada del capitalismo mundial; ellos salieron a flote; nosotros nos hundimos mas. La recuperación de las sociedades capitalistas avanzadas es evidente; la postración de nuestras sociedades capitalistas tributarias es mas evidente aún.

Obvio es señalar que así como la recuperación de la tasa de ganancias (cuyo deterioro provoca la crisis) se revierte en oro momento contra los propios capitalistas (por que al afectarse los salarios se afecta la única fuente de plusvalía que existe, es decir cuando ocurre el fenómeno de la composición orgánica del capital), a si también se esta llegando al momento de la necesidad de restablecer el poder de compra de los asalariados so pena de hacer naufragar todo el edificio capitalista. Esto, que ocurre en las economías regionales y en las microeconomías, también ocurre en la macroeconomía internacional.

No es sino la comprensión de esta disyuntiva la que esta llevando a analistas e ideólogos del capitalismo a considerar la necesidad de restablecer el crecimiento de las economías de nuestros países “asalariados” para restablecer, a su vez, el equilibrio capitalista a nivel mundial. Tal es la justificación de las negociaciones en curso para solucionar la crisis de la deuda

ASPECTOS POLITICOS E IDEOLOGICOS

En cuanto a la organización política de las naciones, el conflicto entre las poderosas empresas transnacionales –las cuales objetivan el fenómeno de la transnacionalización del capitalismo- y los cada vez mas debilitados Estados nacionales esta cambiando

visiblemente el concierto internacional, como no ocurría desde el nacimiento y la consolidación del capitalismo (desde el surgimiento de estado-nación y del mundo burgués) estoy hablando pues, de elementos políticos determinantes del nacionalismo de una nueva civilización en la que, si llegan a sobrevivir los Estados nacionales será con funciones distintas de las tradicionales,

En este terreno ideológico, la lucha agudizada entre dos mentalidades opuestas, pero dentro de un mismo pensamiento capitalista, esta tomando primacía sobre el anterior conflicto Este –Oeste. Aunque parece erguirse victorioso en nuestros días el liberalismo económico, con su cuerpo ideológico conservador o reaccionario no ha logrado - y no lograra- erradicar los anhelos de justicia social recogidos por el Estado interventor o benefactor es decir por el capitalista reformado y reformista cuyo auge presenciamos principalmente en los años sesentas. El conflicto entre estas dos grandes corrientes dentro del capitalismo sigue en pie y agravándose, a pesar de la aparente derrota de la segunda.

Por otra parte la exitosa ofensiva de paz soviética y la crítica situación de los países pobres, a causa de su crisis generalizada y de la crisis de la deuda externa en particular relegan también a segundo termino el conflicto Este-Oeste y dan primacía al llamado conflicto Norte-Sur (en este asunto vuelve a cobrar vigencia el proyecto del “ dialogo Norte-Sur que por medio de su presidente Willy Brandt ofreció la Internacional Socialista en los años setentas).

ASPECTOS SOCIO-CULTURALES

En los terrenos social, sociológico y cultural son muy visibles los cambios que esta experimentando la humanidad. Aquí es precisamente donde vemos con claridad que no se trata solo de una transformación del capitalismo mundial, por una parte y, por otra, de una equivalente transformación del socialismo también mundial sino que juntas ambas transformaciones nos están ofreciendo una autentica crisis de civilización que nos involucra a todos los humanos y cuya clave para entenderla hay que buscarla en la gran revolución científico-técnica de hoy.

EN SINTESIS

El capitalismo mundial experimento –a partir del deterioro de la economía estadounidense de los años sesentas últimos y primeros setentas- una crisis que, habiendo empezado como una de tantas crisis cíclicas se complico sobremanera por varios factores: a) por la presencia del Estado interventor en las economías capitalistas con su función reguladora del mercado; b) por el predominio de las grandes empresas transnacionales con su proyecto de transnacionalización global del capitalismo y con su labor dislocadora del mercado en su acepción clásica; c) por la revolución científico-técnica que, en la rama de la intensificada industria bélica, alimentadora también de la industria civil, ofrecía innovaciones tecnológicas en forma ininterrumpida, rompiendo así el ciclo económico “normal”

Meditar sobre el peso y la significación de estos factores señalados de ayuda a explicar por que la crisis capitalista cíclica se convirtió no solo en estructural y generalizada, sino que se volvió una verdadera crisis de civilización,

Vemos pues como se encadenan los fenómenos dentro del capitalismo para provocar esta profunda y acelerada transformación del mundo en el que habíamos vivido hasta ahora. La revolución científico-técnica –determinada por la necesidad de la

innovación tecnológica- fue precipitada por la necesidad de restaurar y aumentar la tasa decreciente de las ganancias en los países del capitalismo avanzado -en Estados Unidos concretamente- y esto último se hizo a costa de sus propias clases asalariadas y de nuestros países con economías dependientes o subsidiarias.

Esta forma de expresarse, tan abstracta corresponde en la práctica a la historia reciente de Estados Unidos –región donde se inició la crisis mundial- desde la guerra de Vietnam nuestros días, o, dicho de otra manera, desde que Estados Unidos empezó a cobrar conciencia de su pérdida de hegemonía mundial hasta que Ronald Reagan intentó recuperarla.

Para nosotros en México la crisis de la economía estadounidense primero, y del mundo entero después, explica, en razón de nuestra dependencia, la también reciente historia económico-política de nuestro país: los que va, simbólicamente del ya impotente populismo del nacionalista Luis Echeverría al irritante neoliberalismo del desnacionalizado Miguel de la Madrid (Los periodos de Salinas de Gortari en México y de George Bush en Estados Unidos serán, seguramente periodos de transición hacia un mundo organizado de otra manera que la conocida hasta aquí).

¿Qué pasa en el mundo socialista?

Pocos asuntos son tan apasionantes en nuestro momento como la transformación en curso de la Unión Soviética, lo que se ha dado en llamar la revolución “gorbacheana” (¡como si las revoluciones las hicieran los líderes o los héroes!).

Los conservadores y los incautos que interpretan las grandes transformaciones en las naciones socialistas como una gradual desaparición del socialismo presuntamente fracasado y como una voluntaria vuelta al capitalismo victorioso han obtenido un mentís rotundo, brutal y sangriento en la Plaza Tiananmen en Pekín. Este cruel episodio de la lucha universal entre el capitalismo y el socialismo no han sido en esencia, sino la versión amplificadora y en circunstancias distintas de lo ocurrido en Hungría en 1956, y en Checoslovaquia en 1968. verdaderos y auténticos –además de justificados- movimientos populares en pos de mejorar y perfeccionar el socialismo fueron infiltrados por los enemigos imperialistas para encauzar los levantamientos populares hacia el rechazo del socialismo y la vuelta del capitalismo. En todos los casos la respuesta fue la represión a la intervención enemiga, llevándose de paso, en forma brutal, los anhelos de libertad y de democracia de los pueblos respectivos, anhelos que, por otra parte, no han sido satisfechos tampoco por el capitalismo y que hoy inspiran las transformaciones del socialismo

El socialismo está, como quien dice mudando de piel porque la piel marxista-leninista, estalinista ya le quedaba estrecha y lo estaba ahogando. Esta metáfora que utilizó se tradujo en la práctica en grave deterioro y hasta parálisis de la economía, en un gran descontento social y en una inquietante ineficiencia política, fenómenos todos perfectamente visibles en la historia reciente de la más avanzada de las sociedades socialistas: la Unión Soviética.

Coincidieron varios elementos para la sensibilidad y el genio políticos de Mijail Gorbachov sintetizar los diversos y dispersos cambios cuantitativos en curso y vislumbraron la necesidad de precipitar el cambio cualitativo en el socialismo avanzado de la URSS. El siguiente paso, obviamente fue el establecimiento de las políticas que encauzaran la gran transformación: a sí nacieron la perestroika y la glasnost.

No es difícil comprender que estas últimas políticas en la URSS fueron repuesta el gran reto impuesto por la revolución científico-técnica actual y por la creciente integración de las economías capitalistas en un mercado mundial; so pena de quedar rezagada y al margen en el mundo contemporáneo, la economía soviética se vio obligada a “modernizarse” es decir a descentralizarse en primer lugar para lo cual ya había madurado con creces, volviendo innecesaria la centralización de recursos económicos, técnicos, financieros y humanos; centralización que había sido obligada por el atraso de una sociedad que contaba todavía con pocos recursos de todo tipo, en unos casos, o que estaban mal utilizados en otros casos, cuando arranco la construcción socialista después de la revolución de Octubre. En una palabra había que aprovechar al máximo los recursos escasos, concentrándolos; que es lo que esta haciendo por ejemplo, Cuba en esta etapa del desarrollo de su economía.

Hoy la situación es distinta. El desarrollo o la “madurez” de los recursos humanos, económicos, técnicos y financieros en la URSS no solo permiten, sino exigen la búsqueda autogestión de la economía soviética, autogestión a la que también podemos llamar descentralización.

En el campo de las ideas las transformaciones actuales en el mundo socialista tiene precursores que lo ayudaron a conformar una filosofía política y una ideología actualizadas, de acuerdo con los necesarios cambios científico-técnicos, económicos y sociológicos que se están imponiendo. Entre los antecesores ideológicos inmediatos se cuenta al mal llamado “eurocomunismo” lo cual explica en buen parte la popularidad de las reformas soviéticas “gorbacheanas” en la Europa social demócrata, dado el indudable parentesco entre eurocomunistas y socialdemócratas. Éxito actual que obtendrá mayores resonancias en la Europa “socialdemócrata” a pesar de la Inglaterra thatcheriana de hoy.

Al ser la URSS el polo socialista en el mundo –el polo capitalista es Estados Unidos- es lógico que lo que ocurre ahí obtenga eco y resonancias universales : todos los partidos marxistas están en crisis con el concomitante desconcierto filosófico-político e ideológico de los individuos –militantes o no pero simpatizantes- del socialismo. Con el tiempo y la adaptación mental a los cambios nuevos recuperaran el equilibrio perdido,

Pienso que no caben dudas acerca de que estas crisis, tanto las capitalistas como las socialistas, son saludables en si mismas a pesar del altísimo precio en sufrimiento humano que representan y creo generaran –lo que estamos viviendo un parto descomunal- un siglo XXI cuyos contenidos todavía alcanzamos a intuir del todo.

EL MUNDO EN EL QUE VIVIMOS (II)

(VARIACIONES sobre EL MISMO TEMA)

Todo empezó EN Vietnam . en los años sesentas. Una guerra, en la que la magnitud de involucramiento del país agresor se quiso mantener subrepticia, obligo a su gobierno (Jonson) a utilizar la maquina de hacer dólares para no echar mano de presupuestos públicos ni imponer visibles impuestos extras. La cuantía en volumen y el costo de la extravagante sofisticación del armamento utilizado, mas otros elementos que se enumeraran enseguida, lesionaron y deformaron considerablemente el conjunto de la economía estadounidense, uno de cuyos resultados fue, lógicamente, inflación con todas sus consecuencias.

No obstante el éxito financiero que había reportado el gran negocio llamado “plan Marshall” en la Europa devastada por la guerra, Estados Unidos descuidó la renovación de su planta productiva; por lo menos no lo hizo en proporción a la rapidez con la que se levantaban las economías víctimas del desastre bélico. Estas, por lo contrario, se pusieron al día respecto a la ciencia y a la técnica de punta en aquel momento. El resultado fue el retraso de Estados Unidos, en cuanto a la productividad del trabajo a la competitividad en el intercambio internacional, frente a los que perfilaban ya –gracias a los aparentemente inagotables mercados estadounidenses- como colosos económicos; Alemania federal y Japón,

Todo esto sumado provocó la consiguiente crisis en la economía estadounidense, crisis que se exportaría al mundo entero provocando los trastornos escalonados que hoy nos agobian en el Tercer Mundo; pero provocando también que se precipitara una verdadera revolución tecnológico-científica en los países de capitalismo avanzado.

La crisis no pudo vencerse de inmediato con los métodos habituales (secesión deliberada: es decir, disminución de la masa salarial y castigo al poder adquisitivo de los salarios innovación y tecnológica, luego) porque lo impedía la fuerza de los sindicatos obreros fuerza ganada durante el largo periodo de predominio del “Estado de bienestar” que había surgido como solución a la gran presión del capitalismo de los años 29 y siguientes. Esto por una parte. Por otra la innovación tecnológica continua, interrumpida debida al permanente esfuerzo de la industria bélica (guerra fría-Vietnam), distorsionaba el ciclo económico. Y para acabar de desequilibrar la economía-locomotora del mundo capitalista, el creciente dominio de las empresas trasnacionales –gigantescos monopolios- sobre el intercambio mundial anulaba en gran medida el libre juego de las fuerzas del mercado, a causa del comercio “intrafirmas” y por el reparto de los mercados mundiales entre si que ellas efectúan (Las grandes trasnacionales solo respetan las leyes de la oferta y la demanda cuando están en plan de apoderarse de un mercado nacional o regional).

La acción nociva para el sistema capitalista tradicional de estos factores –estado de bienestar, innovación tecnológica interrumpida empresas trasnacionales con sus concomitantes distorsiones del mercado clásico y del ciclo económico- provocó el nacimiento de un fenómeno inédito hasta entonces en la historia del capitalismo: la estanflación (stagflation) que no era otra cosa sino inflación mas recesión. (Lo que ocurrió puede describirse con un viejo dicho popular: “ un clavo saca otro clavo...o se quedan los dos adentro “).

La llamada “crisis del petróleo”, es decir, las consecuencias del incremento de los precios del energético –que constituyó la mas notable hazaña del Tercer Mundo por revalorar sus materias primas- significó solo un empeoramiento de la profunda crisis que sufría el capitalismo, y no su causa principal, como quisieron hacer creer algunos comentaristas. Estamos ya por los primeros años setentas.

La creciente trasnacionalización del capital –característica propia de nuestro tiempo- había propiciado, por la vía financiera, la exportación de la crisis mayor de la economía estadounidense hacia el resto de las economías desarrolladas capitalistas (Europa, en primer termino). La crisis regional se había convertido –entonces- en una crisis generalizada del capitalismo, no solo por su difusión geográfica sino por la imposibilidad de vencer la estanflación, crisis que para no pocos observadores se presentaba como mas difícil y peligrosa que la gran depresión de los años 29 y siguientes que hizo cambiar el rumbo del capitalismo mundial.

Finalmente la crisis llego al Tercer Mundo donde, especialmente en América Latina, se desato con extremada virulencia gracias al abultamiento usurario de la deuda externa,

Al igual que en los años treintas, el capitalismo se aboca entonces a la necesidad de una resuelta transformación, una verdadera mutación en su proceso evolutivo (“ del tamaño del sapo debe ser la pedrada...”). Comprendiendo por fin –después de tanto desconcierto en los medios empresariales y en los académicos- cuales son los orígenes de la estanflacion y los verdaderos obstáculos para vencer esta insólita crisis, se libra una monumental y exitosa batalla contra el estado de bienestar, abatiendo previamente la fuerza que lo sostiene; los sindicatos obreros; se abre la posibilidad –ya que el adversario soviético, por sus propias razones, siente la misma necesidad- de terminar la guerra fría y su correlato: la carrera armamentista; se intensifica por el poderío de las empresas trasnacionales, la tendencia hacia la formación de un solo mercado y una economía única mundiales (a costa de las funciones tradicionales de los Estados nacionales). Se han configurado para entonces una nueva política económica que se conoce bajo el nombre general de “neoliberalismo” el cual aporta el fortalecimiento de la derecha política y del discurso ideológico conservador.

La deuda externa de los países del Tercer Mundo se convierte en el instrumento idóneo para efectuar una doble operación económica, para financiar, mediante la transferencia de capitales del Sur al Norte, la revolución tecnológica en la que se ha convertido la necesidad de innovación en este ramo en la política, para doblegar las voluntades soberanas de las naciones débiles deudoras y obligarlas a ejecutar la “modernización” que no es sino la aceleración de cambios económicos-sociales y políticos-filosóficos en sus sociedades para adecuarlas al gran proyecto estadounidense del nuevo orden económico (y político) mundial que se esta imponiendo rápidamente.

Estamos en los años ochentas. Para entonces las economías capitalistas avanzadas, con la estadounidense a la cabeza han experimentado una recuperación dentro de la crisis y han entrado en un periodo de gran auge económico, mientras el Tercer Mundo se hunde mas y mas en la miseria y en la desesperanza. Nunca había sido tan evidente , como ahora la naturaleza voraz, usuaria y despiadada del capitalismo nunca hacia sido tan evidente como ahora que en el capitalismo el bienestar de unos lo tienen que pagar siempre otros.

II

Visto desde otro Angulo –otro mirador- el panorama se presenta si; para el pueblo de Estados Unidos, Vietnam representa, además de la derrota militar y el desastre económico, una profunda depresión moral. Pero llamado “síndrome de Vietnam” (y el bochornoso escándalo de Watergate) no explican por si solos el sentimiento de interiorización que se sufre nacionalmente; contribuye para hacer perder a Estados Unidos hegemonía mundial e intensificar en su pueblo aquel sentimiento de frustración, la inquietante disminución de competitividad en los mercados internacionales ; por otra parte comprensibles resistencias a la reconversión industrial, mas las complejidades del proceso mismo de la reconversión, abaten la productividad del trabajo; además, se resiente la paulatina desnacionalización de importantes sectores de su economía mediante la penetración de empresas trasnacionales de matrices extranjeras, penetración favorecida por las políticas liberacionistas surgidas en el seno de la renombrada

“comisión Trilateral “, la que por entonces esta en el pináculo de su poder y de su influencia. Estamos en los días de la presidencia de James Carter.

Un continua achicamiento interno de la industria “nacional” por excelencia –la automovilística- junto al predominio de los japoneses en este campo, dentro del propio Estados Unidos fue ya demasiado para el orgullo estadounidense. (debemos recordar que así como la de los tejidos fue la industria básica sobre la que se levanto el soberbio ingles el no menos arrogante imperio estadounidense lo hizo sobre la industria del automóvil).

Estaban pues, dadas las condiciones para que el discurso electoral de Ronald Reagan –llano y simplista como el de Hitler en su lugar y en su momento- tuviese el éxito que tuvo al prometer a una nación profundamente desmoralizada, recuperar el primero entre los primeros sitios del concierto internacional.

Por poco casi cumple su promesa Ronald Reagan; por lo menos acabo con el espíritu derrotista en su nación, pero a un presión tan excesivo (para ellos y para el resto del mundo). que bien puede pensarse que los enormes déficit presupuestal y comercial de la economía estadounidense aceleraran las descomposición del imperio cuando ya nuestros países subyugados no den mas de si, es decir, cuando ya no sea posible –literalmente hablando- seguir extrayéndoles capitales para financiar aquellos déficit, y cuando Estado Unidos pierda guerras comerciales frente a otras economías “mas sanas” y mas sólidas desde el punto de vista capitalista. Va siendo cada vez mas difícil, para los estadounidenses seguir gozando alegremente de niveles de vida superiores a su capacidad económica.

Cuando le llegue el día del inevitable ajuste en su economía la nación del “destino manifiesto”, “el gendarme internacional”, la campeona de “la libertad y la democracia” quizás se vea compelida a cometer la mayor estafa que se haya visto en todos los tiempos : el cínico repudio de su deuda externa (es Estados Unidos el mayor deudor en el mundo actualmente). Por inverosímil que pareciera tal hipotética situación hay que considerar, fría y objetivamente, que no hay infamia imaginable que no sea capaz de cometer Estados Unidos en aras de defender o privilegiar sus intereses económico; la historia lo ha demostrado. Además. ¿quién los impedirá? .

Mientras tanto, Estados Unidos esta utilizando a un México ya doblegado ante sus designios para acabar de absorber –“ integrar” es un compasivo eufemismo- los recursos naturales y humanos de América Latina. La “integración” económica del hemisferio – integración propiamente dicha de América del Norte (Estados Unidos, Canadá y México) y el resto (América del Sur) como “apoyo”- seria la tentativa fortaleza que Estados Unidos opusiera a una Europa unificada y a una región asiática hegemonizada por Japón (se debe considerar que, aun aceptado la opinión de algunos comentaristas sobre la preferencia de Estados Unidos por la apertura total de los mercados internacionales y no por la formación de bloques económicos regionales no le va a ser posible sustraerse esta ultima realidad que ya esta imponiéndose

III

La espectacularidad del derrumbe del dominio soviético –dominio militar ideológico- sobre la Europa oriental mas los sorprendentes cambios en que la propia Unión Soviética desvían la atención publica de otros cambios que esta experimentando el mundo occidental y que, cuando sean vistos con la perspectiva del tiempo, se juzgaran mas

amplios, profundos y significativos que cualesquiera otros en esta época, porque las transformaciones en la parte socialista se encaminan a construir un nuevo sistema económico y político(con la consiguiente modificación ideológica) en la región, mientras las transformaciones en la parte occidental están abriendo las puertas a una nueva civilización para el mundo entero. (Y son precisamente estas transformaciones en Occidente las que determinaron la aceleración de los cambio en la parte oriental).

Me estoy refiriendo a la revolución científico-técnica que barre el siglo XX para recibir el siglo XXI. (hablo de “ siglos XX y XXI” en sentido figurado, como símbolos, y no en su sentido habitual de limitaciones cronológicas. Con este criterio podemos afirmar que “ya estamos” en el siglo XXI).

La decisiva transformación tecnológica fue el Frankenstein creado por el capitalismo en apuros a partir de la crisis económica de los primeros años setentas (o ultimos sesentas). La necesidad de “innovación tecnológica” durante el proceso usual para vencer una crisis periódica capitalista precipito la revolución tecnológica que hoy presenciamos, gracias a la acumulación de conocimientos científicos y técnicos inducidos por las exigencias de la carrera armamentista, principalmente. Tal cambio cualitativo, desembocado en una verdadera revolución termino por supeditar a ella todos los fenómenos económicos políticos y hasta ideológicos en esta ultima parte del siglo XX. Se precipitó como un gigantesco alud sobre toda actividad humana, al punto de que actualmente es imposible efectuar un análisis en cualquiera de las ramas de las ciencias sociales , si no se parte, explicita o implícitamente del hecho fundamental de la tercera revolución científico-técnica en la historia de la humanidad en curso hoy y en vertiginoso desarrollo existe la identificación entre ambos conceptos que decir “siglo XXI” equivale a decir “ una nueva civilización.

WALLERSTEIN, EMMANUEL (1990). “ANALISIS DE LOS SISTEMAS MUNDIALES”; EN; LA TEORIA SOCIAL HOY. MEXICO EDITORIAL ALIANZA PP.398-417.

ANALISIS DE LOS SISTEMAS MUNDIALES

Immanuel Wallerstein

El análisis de los sistemas mundiales no es una teoría sobre el mundo social o sobre una parte de este. Es una protesta en contra la estructura que se impuso a la investigación sociológica desde su origen, a mediados del siglo XIX. Este tipo de investigación ha llegado a ser un conjunto de supuestos apriorísticos que rara vez se cuestionan, el análisis de los sistemas mundiales sostiene que este tipo de investigación sociológica, practicada en todo el mundo ha tenido el efecto de cerrar, en lugar de abrir, muchas de las cuestiones mas importantes o interesantes. Como aun llevamos puestas las anteojeras que hizo el siglo XIX, somos incapaces de llevar a cabo la tarea social que debemos realizar y que el resto del mundo desea que llevemos a termino; presentar racionalmente las autenticas alternativas históricas que tenemos ante nosotros. El análisis de los sistemas mundiales surgió como protesta moral y, en el sentido mas amplio de esta palabra, como protesta política. Sin embargo el análisis de los sistemas mundiales critica el tipo de investigación predominante partiendo de afirmaciones científicas, es decir afirmaciones referentes a las posibilidades del conocimiento sistemático de la realidad social.

Por consiguiente, estamos ante un debate sobre fundamentos y tales debates son siempre difíciles. En primer lugar, la mayoría de quienes toman parte en estos debates están muy comprometidos con esos fundamentos. En segundo lugar rara vez ocurre que una prueba empírica clara, o al menos simple, puede resolver o siquiera clarificar los problemas. El debate empírico ha de abordarse desde una perspectiva compleja y holista; ¿de que conjunto de premisas ha de derivar una teoría que integre de forma más <satisfactoria> las descripciones conocidas de la realidad? Esta pregunta nos plantea toda clase de dilemas secundarios. Las <descripciones> conocidas de la realidad son hasta cierto punto, una función de nuestras premisas; las <descripciones> futuras pueden, naturalmente, transformar nuestro sentido de la realidad ¿Es cierto que abarcan la realidad las <teorías> de las que actualmente se afirma que lo hacen? Y, por último, ¿que significa abarcar la realidad <de forma satisfactoria>? ¿supone este último criterio algo más que un aditamento estético?

Los debates sobre fundamentos no solo son frustrantes por estas razones todos los que toman parte en ellos tienen, además un handicap añadido. Los defensores de los puntos de vista existentes deben proponer explicaciones que den cuenta de las anomalías, y de aquí nuestras críticas actuales. Pero los que critican deben también <<ofrecer datos >> convincentes y hay que tener en cuenta que, si consideramos los ciento cincuenta años aproximadamente de investigación sociológica tradicional, han tenido mucho menos tiempo de acumular <datos> relevantes. En un campo de estudio inherentemente refractario a la manipulación experimental no es posible acumular <<datos>> con rapidez. Por lo tanto una disputa sobre los fundamentos puede considerarse análoga a un combate de pesos pesados en el que no hubiera árbitro y los dos pugiles, algo dispéuticos, tuvieran la mano izquierda atada a la espalda. Puede ser divertido, pero ¿es boxeo?, ¿es ciencia?.

¿Quién puede decidirlo?. En cierto modo los espectadores... que probablemente lo harán entre ellos mismos, no observando a los boxeadores. Si algún sentido tiene preocuparse por el tema, es porque los boxeadores forman parte del público que, naturalmente, está compuesto por boxeadores.

Para no perdernos en analogías, volvemos a la discusión sobre los fundamentos. Propongo que consideremos siete supuestos comunes de la investigación sociológica, e iré indicando por que no me satisfacen. Seguidamente examinaremos si supuestos alternativos (o inclusive opuestos) son más o menos plausibles, y la dirección en que nos conducirían dichos supuestos alternativos.

I

Las ciencias sociales están constituidas por determinadas disciplinas que son agrupaciones intelectualmente coherentes de objetos de estudio distintos entre sí estas disciplinas suelen enumerarse como antropología, economía, ciencia política y sociología. Existen que duda cabe, posibles ampliaciones de esta lista, como la geografía. Es cuestión algo controvertida si la historia es o no ciencia social, y más adelante volveremos sobre esto (vid, sección II). También existe un debate similar acerca de la psicología, o al menos sobre la psicología social.

Al menos desde 1945 se ha ido poniendo de moda lamentar las barreras innecesarias entre <<disciplinas>> y celebrar los méritos de la investigación y/o enseñanza <interdisciplinar>. Dos son las razones aducidas. Una es la afirmación de que el análisis

de algunas <<áreas problemáticas>> pueden veneficarse de un enfoque que combine las perspectivas de varias disciplinas. Se firma, por ejemplo, que si deseamos estudiar el <<trabajo>> puede ser muy útil combinar los conocimientos de la economía, la ciencia política y la sociología. La lógica de este enfoque que conduce a la formación de quipos multidisciplinares o a que solo investigador <<aprenda varias disciplinas>>al menos en la medida en que se refiera el <<trabajo>>.

La otra supuesta razón de la investigación <<interdisciplinar>> es ligeramente distinta. Cuando llevamos a cabo nuestra investigación colectiva se pone de manifiesto, según afirman, que ciertas áreas de nuestro objeto de estudio se encuentra <<en el limite>> de dos o mas disciplinas. La lingüística, por ejemplo, puede situarse en semejante <<frontera>>. La lógica de este enfoque puede producir ocasionalmente el desarrollo de una nueva <<disciplina autónoma>> que es lo que, en muchos aspectos, le ha sucedido al estudio de la lingüística durante los últimos treinta años.

Sabemos que existen múltiples disciplinas, pues existen múltiples departamentos académicos, en todas las universidades del mundo, licenciaturas en esas disciplinas y asociaciones nacionales e internacionales de estudios de estas disciplinas. Es decir sabemos que existen políticamente diferentes disciplinas. Tienen organizaciones con límites, estructuras y personal para defender sus intereses colectivos y asegurar su producción colectiva pero esto no nos dicen nada sobre la validez de las pretensiones intelectuales de independencia, pretensiones que probablemente justifiquen las estructuras organizativas.

Hasta el momento, las alabanzas a los méritos del trabajo interdisciplinario en las ciencias sociales no han debilitado significativamente la fortaleza de los aparatos organizativos que protegen las disciplinas independientes. Mas bien puede afirmarse lo contrario; la pretensión de cada disciplina a representar a un nivel de análisis autónomo y coherente ligado a metodologías apropiadas se han fortalecido por la razón de que los practicantes de las diversas disciplinas afirman constantemente que todas ellas tienen algo que aprender de las otras algo que no podrían conocer si permanecieran en su propio nivel de análisis con su metodologías específica, y que este <otro >conocimiento es pertinente y relevante para la resolución de los problemas intelectuales en los que cada uno trabaja. El trabajo interdisciplinario no es de ninguna manera una crítica intelectual pero si de la compartimentación existente en la ciencia social y en cualquier caso no tiene la finalidad política de afectar a las estructuras institucionales existentes.

¿ pero son realmente <<disciplinas>> las diversas disciplinas de la ciencia social?. Tratándose de una palabra tan usada, son pocas las veces que se discute que constituye una <<disciplina >>. No hay ninguna entrada para este termino en la Enciclopedia internacional de las ciencias sociales , ni tampoco en la Enciclopedia de filosofía o en la Enciclopedia británica. Hemos de recurrir al Oxford English Dictionary, que nos dice lo siguiente;

Etimológicamente, disciplina , en tanto que se refiere al discípulo o estudiante, es un termino antitético a doctrina, la cualidad de docente o profesor; por consiguiente, etimológicamente doctrina suele asociarse mas a la teoría abstracta y disciplina a la praxis o ejercicio .

Pero después de habernos recordado los orígenes del termino, el OED no nos ayuda mucho mas en la definición propiamente dicha, pues describe <disciplina > como< una rama de la enseñanza o educación; un departamento de enseñanza o conocimiento; una

ciencia o arte de aspecto educativo>>. Parece que aquí se insiste en la reproducción del conocimiento (o al menos en su difusión) y no en su producción. Pero probablemente el concepto de <<disciplina>> no puede por menos que estar relacionado con el proceso de producción del conocimiento.

La historia de las ciencias sociales es bastante clara, al menos a rasgos generales. Inicialmente, no había ciencias sociales, o solo <<precedente>> poco a poco, pero de forma continuada, fueron surgiendo a lo largo del siglo XIX una serie de nombres y mas tarde de departamentos, licenciaturas y asociaciones que hacia 1945 (aunque algunas veces antes) cristalizaron en las categorías que empleamos actualmente. Hubo otros <<nombres>> que se desecharon y que probablemente <<agrupaban>> de forma distinta sus <<objetos de estudio>>. No esta del todo claro que se entiende o entendía por términos tales como <<economía moral>> o staatswissenschaft. Esto se debe a que sus defensores no tuvieran un pensamiento suficiente claro, sino a que una <disciplina> se define en un sentido importante a lo largo de una praxis prolongada. Una praxis interrumpida, significa una disciplina no realizada. Por ejemplo, la celebre subdivisión cuatripartita de la antropología (antropología física, antropología social o cultural arqueología y lingüística) era (y hasta cierto punto es) una <praxis>> mas que una <doctrina>. Posteriormente se convirtió en una doctrina enseñada y defendida por docentes o profesores ¿ pero constituía en su totalidad en nivel de análisis o un tipo de análisis coherente y defendible o al menos un objeto de estudio autónomo?.

Sabemos de donde provienen todas estas divisiones de los objetos de estudio. Derivan intelectualmente de la ideología liberal dominante en el siglo XIX, la cual sostenía que estado y mercado, política y economía eran dominios analíticamente delimitados y en gran medida autónomos, dominios con sus reglas (<<lógicas>>) particulares. A la sociedad se le conminaba a mantenerlos asilados, y los investigadores los estudiaban por separado. Como parecía que existían múltiples realidades que en apariencia no tenían cabida en con el dominio del mercado ni en el del estado, tales realidades fueron situadas en una especie de cajón de sastre residual, al que en compensación se le dio el pomposo nombre de sociología en cierto sentido se consideraba que la sociología explicaba los fenómenos aparentemente <<irracionales>> que la economía y la ciencia política eran incapaces de dilucidar. Finalmente como había pueblos fuera del ámbito del mundo civilizado –lejanos y con quienes era difícil comunicarse – el estudio de tales pueblos exigía reglas especiales y formación especial. Este estudio tomo el nombre, algo polémico, de antropología.

Conocemos los orígenes históricos de los campos de estudio. Conocemos sus trayectorias intelectuales, complejas y diversas, en especial desde 1945. y sabemos porque han tropezado con dificultades de <<demarcación>>. Con la revolución del mundo real se desdibujó la línea de contacto entre lo <<primitivo>> y lo <<civilizado>> lo <<político>> y lo <<económico>>. La invasión de dominios ajenos se convirtió en practica habitual. Pero lo que se hacia era cambiar de sitio las demarcaciones entre campo y campo, sin acabar con ellas.

La cuestión que ahora se nos plantea es si existen criterios para afirmar de forma relativamente clara y sostenible que hay limites entre esas cuatro supuestas disciplinas ; antropología, economía, ciencia política y sociología. El analisis de sistemas mundiales responde con un <<no>> inequívoco a esta pregunta. Todos los supuestos criterios –nivel de analisis-, objeto de estudio, métodos, supuestos teóricos- carecen de validez practica o,

si se mantiene, son obstáculos al progreso del conocimiento mas que estímulos para su creación.

Dicho de otra forma , las diferencias entre los temas, métodos teorías o formas de actividad teórica admisibles dentro de cualquiera de las llamadas <<disciplinas>> son mucho mas mayores que las diferencias entre ellas. Esto significa en la practica que existe un solapamiento sustancial que, desde el punto de vista de la evolución histórica de todos estos campos, se incrementa continuamente. Ha llegado el momento de acabar con este laberinto intelectual afirmando que estas cuatro disciplinas no son sino una sola. Esto quiere decir que todos los científicos sociales vayan a hacer el mismo tipo de trabajo. Es absolutamente necesaria y probable la especialización en <<campos de investigación>>. Pero recordemos el único ejemplo organizativo relevante que tenemos. Entre 1945 y 1955 dos disciplinas hasta entonces organizativamente separadas , la botánica y la zoología, se fundieron en una sola disciplina llamada biología. Desde aquella época la biología ha sido una disciplina floreciente que ha generado múltiples subcampos, aunque ninguno de ellos hasta donde yo se tiene el nombre o coincide con los limites de la botánica o la zoología .

La tesis del análisis de los sistemas mundiales es clara. Las tres supuestas áreas de acción humana colectiva –la económica, la política y la social o socio cultural- no son áreas de acción social. No tiene una <<lógica>> independiente. Y, lo que es importante, la interacción de imposiciones opciones, decisiones, normas y <<racionalidades>>A es tal que ningún modelo de investigación útil puede aislar factores de acuerdo con las categorías de lo económico, lo político y lo social, y manejar un solo tipo de variable manteniendo el resto de ellas implícitamente constantes. Sostenemos que hay una sola <<serie de reglas>> o una única <<serie de imposiciones>> dentro de las que funcionan estas diversas estructuras. El caso del solapamiento –virtualmente total- de los supuestos dominios de la sociología y la antropología es aun mas evidente. ¿ que esfuerzo de la imaginación se precisa para afirmar que el Tally Corner de Elliot Leibow y el Street-Corner Society de William F, Whyte- obras classicas las dos una escrita por un <<antropólogo>> y la otra por un <<sociólogo>>- pertenecen a dos <<disciplinas >> diferentes? Como sabe cualquier lector, no seria difícil recopilar una larga lista de ejemplos semejantes

II

La historia es el estudio y la explicación de lo particular tal como ha sucedido realmente en el pasado. La ciencia social es la formulación del conjunto universal de reglas que explican la conducta humana y social.

Esta es la celebre distinción entre el análisis ideográfico y nomotético tipos de análisis que se consideran antitéticos. La versión <<radical>> de esta antitesis mantiene que solo uno de estos tipos (cual de ellos o sea, depende de la opinión de cada uno) es legitimo e interesante o incluso <<posible>>. El Methodensstreit se refería a esta versión <<radical>> de la antitesis. La versión <<moderada >> considera que estos tipos de análisis son dos formas de estudiar la realidad social. Aunque se emprendan separadamente, de diferente manera y para fines distintos (o incluso opuestos), seria fructífero para la investigación el combinarlos. Esta versión <<moderada>> es comparable a la defensa de los meritos del trabajo <<interdisciplinaria>> en las ciencias

sociales. Al afirmar las ventaja de combinar los dos enfoques se reafirma la legitimidad intelectual de considerarlos dos tipos de análisis distintos.

Los argumentos mas fuertes de ambas escuelas parecen igualmente plausibles. El argumento de la escuela ideográfica es la antigua doctrina del <<todo influye>>. Si todo cambia continuamente, , ninguna generalización que pretenda aplicarse a dos o mas fenómenos presumiblemente comparables es jamás verdadera. Todo lo que puede hacerse es comprender enfáticamente una secuencia de acontecimientos. A la inversa, la tesis de la escuela nomotética es que es evidente que el mundo real (incluido el mundo social) no es un conjunto de sucesos aleatorios. Si es así tiene que haber reglas que describan <<regularidades>> en cuyo caso existe un campo para la actividad científica.

Son igualmente pausibles las criticas mas radicales que ambas escuelas se dirigen. La critica nomotética del punto de vista ideográfico es que todo recuento de <<suceso pasados> es por definición una selección de la realidad (tal como aconteció realmente) y , por consiguiente, implica criterios selectivos y categorías descriptivas. Estos crierios y categorías se basan en generalizaciones tacitas pero no por ello menos reales, generalizaciones afines a las leyes científicas. La critica del punto de vista nomotético en que este descuida aquellos fenómenos transformativos (debidos en parte al carácter reflexivo de la realidad social) que imposibilitan la <<repetición>> de situaciones estructurales.

Existen diversas formas de tratar estas criticas mutuas. Una de ellas consiste en <<combinar>> la historia y las ciencias sociales. Se afirma que el historiador debe ayudar al científico social proporcionándole conjuntos mas extensos y profundos de datos a partir de los cuales pueda este inducir generalizaciones de tipo legal. Y se afirma que el científico social ayuda al historiador ofreciéndole los resultados de la investigación, generalizaciones racionalmente demostradas que ayudan a la comprensión de una determinada secuencia de acontecimientos.

El problema de esta nítida división del trabajo intelectual es que supone la posibilidad de aislar <<secuencias>> sujetas al <<análisis>> <<histórico>>y pequeños <<universos>> sujetos al análisis de la <<ciencia social>>. Sin embargo la secuencia de unos es el universo de otros, y el observador neutral se vera en dificultades para distinguir entre ambos basándose en razones puramente lógicas en tanto que opuestas digámoslo así, a razones estilísticas o de forma

El problema no obstante, es aun mas profundo. ¿Existe una diferencia significativa entre secuencia y universo, entre historia y ciencia social? ¿ se trata de dos actividades o de una sola? La sincronía es semejante a una dimensión geométrica. Este puede describirse lógicamente pero no es posible representarla correctamente en el papel. En geometría solo puede trazarse un punto una línea, o un plano en tres (o en cuatro) dimensiones así ocurre en la <<ciencia social>>. La sincronía es un limite conceptual no una categoría socialmente aplicable. El tiempo forma parte de toda descripción , y se trata unicamente de saber que periodo es inmediatamente relevante. De modo similar, una secuencia única solo puede describirse con categorías no únicas. Todo el lenguaje conceptual supone comparaciones entre universos. Igual que es literalmente imposible <<trazar>> un punto es literalmente imposible describir un acontecimiento único. el trazo tiene profundidad< la descripción requiere una compleja generalización.

Dado que estamos ante un dilema lógico inextricable, debemos buscar la solución desde un punto de vista heurístico. el análisis de los sistemas mundiales tiene el valor heurístico y de constituir la vía media entre las generalizaciones transhistoricas y las

narraciones particularistas. Este punto de vista sostiene que cuanto mas se aproxime la teoría cualquiera de ambos extremos, tanto menor sea su interés y utilidad, sostiene que el método optimo consiste en llevar a cabo el análisis en paradigmas sistemáticos suficientemente amplios, espacial y temporalmente para contener una lógica rectora que determine el sector mas amplio de realidad secuencial, a la vez que termine el sector mas amplio de realidad secuencial a la vez que reconozca y tenga en cuenta que estos paradigmas sistemáticos tienen un principio y un fin y que por tanto, no han de concebirse como fenómenos <<eternos>> Esto implica pues, que en todo momento consideramos tanto el paradigma los ritmos <<cíclicos>> del sistema (, paradigmas que describimos conceptualmente, como las pautas de transformación interna (las tendencias seculares del sistema) que eventualmente acabaran con el sistema, los cuales describimos secuencial mente. Por lo consiguiente hay una sola tarea. No hay historiadores ni científicos sociales, sino científicos sociales históricos que analizan las leyes generales de sistemas particulares y las secuencias particulares mediante las que se han desarrollado estos sistemas deliberadamente, no empleamos el tiempo gramatical que se conoce como presente etnográfico por consiguiente nos enfrentamos al problema de determinar la unidad de análisis con que debemos trabajar, cuestión esta que nos lleva a nuestra tercera premisa

III

Los seres humanos están organizados en entidades que podemos denominar sociedades entidades que constituyen los marcos sociales fundamentales dentro de los que se desenvuelven la vida humana..

No hay concepto mas extendido en la ciencia social moderna que el de sociedad y no hay concepto que se use de forma mas automática e irreflexiva que este a pesar de las innumerables paginas dedicadas a su definición. Las definiciones de los manuales giran en torno a la cuestión <<¿ Que es sociedad? >>, mientras que las tesis que hemos propuesto sobre la unidad de la ciencia social histórica nos han llevado a plantearnos una pregunta diferente; <<¿ Cuando y donde se da una sociedad? >>

Las <<sociedades>> son croquetas. Además sería recomendable rechazar un termino como el de sociedad, por razón de su historia conceptual y de las connotaciones que contienen, inerrabocables y profundamente contundentes. El de sociedad es un termino cuyo uso actual en la historia y en las ciencias sociales es contemporáneo de la aparición institucional de la moderna ciencia social en el siglo XIX- la sociedad es uno de los dos miembros de un par antitético; el otro es el estado. La revolución francesa supuso una divisoria cultural en la historia ideológica del sistema mundial moderno pues es la responsable de la amplia aceptación de la idea de que lo normal es el camino social y no la éxtasis social, tanto en el sentido normativo como en el sentido estadístico. Y planteo el problema intelectual de cómo regular, acelerar ralentizar o influir de alguna otra forma este proceso normal de cambio y evolución.

El surgimiento de la ciencia social como actividad social institucionalizada fue una de las principales repuestas a este problema intelectual. La ciencia social ha llegado a representar la ideología racionalista expresada en la noción de que si entiende un proceso (sea ideográficamente o, lo que es mas común nomoteticamente) es posible influir en el de alguna forma moralmente positiva. (incluso los <<conservadores>> dedicados a contener el cambio podrían asentir en un sentido amplio a este enfoque).

Las implicaciones políticas de semejante empresa no se le escaparon (ni se le escapan) a nadie. Como es evidente esta es la razón de que el concepto de ciencias social haya sido <<controvertido>> hasta hoy. Pero es así mismo la razón por la que en el siglo XIX el concepto de <<sociedades>> se opuso al de <<estado>> . los múltiples estados soberanos que habían sido constituidos y estaban siendo constituidos eran, obviamente los centros de interés de la actividad política. Parecían el lugar de control social efectivo, y por lo tanto el cambio en que podía influirse y se influía en el cambio social. El enfoque decimonónico estándar de la cuestión político-intelectual se ocupaba del problema de cómo <<reconciliar>> sociedad y estado . en esta formulación el estado podía observarse y analizarse directamente. Actuaba a través de instituciones formales por medio de normas conocidas (normas constitucionales). Se suponía que <<sociedad>> significaba aquí tejido de usos y costumbres que mantenía unido a un grupo de gente, sin, apensar, o en contra de las normas formales. En cierto sentido, la <<sociedad>> representaba algo mas duradero y <<profundo_>> menos manipulables y sin duda mas alusivo que el estado.

Desde entonces se ha librado un enorme debate acerca de cómo se relacionan la sociedad y el estado, cual estaba o debería estar subordinado al otro, y cual encarnaba los valores morales mas elevados. A lo largo de este proceso nos hemos acostumbrado a pensar que los límites de una sociedad y un estado son coincidentes, y que si no lo son deberían hacerse (y eventualmente se harían) coincidir. Así , dar a esta idea una formulación teórica, los historiadores y los científicos sociales han llegado a considerar los estados soberanos actuales (hipotéticamente proyectados al pasado) como las entidades sociales básicas dentro de las que se desenvuelve la vida social. Ha existido cierta oposición esporádica a esta concepción por parte de antropólogos, oposición sostenida desde una supuesta entidad político-cultural anterior cuya importancia, según afirmaban muchos de ellos, seguía siendo fundamental para grandes segmentos de la población mundial.

De este modo como sustrato de la historia y de la ciencia social se introdujo subrepticamente y sin que fuera sujeta a análisis toda historiográfica y toda una teoría del mundo moderno. Vivimos en estados. Existen una sociedad subyacente a cada estado. Los estados tienen historias, y por tanto tradiciones. Y, sobre todo, como el cambio es normal, los estados cambian o se desarrollan normalmente. Cambian su modo de producción; urbanizan; tienen problemas sociales; prosperan o declinan. Ellos constituyen los límites que determinan cuando los factores son <<internos>> y cuando <<externos>>. Son entidades lógicamente independientes que, a efectos estadísticos, pueden <<compararse>>.

Esta imagen de la realidad social no era una fantasía, y por ello fue posible que los teóricos ideográficos y nomotéticos procedieran con razonable aplomo utilizando estos supuestos relativos a la sociedad y al estado y que lograran ciertos descubrimientos plausibles. El único problema era que, según pasaba el tiempo, cada vez mas <<anomalías>> parecían inexplicables dentro de este paradigma, y surgían cada vez mas lagunas mas zonas de actividad humana no investigadas.

El análisis de los sistemas mundiales pone en cuestión la unidad de análisis. ¿Dónde y cuando existen las entidades en que se desenvuelve la vida social? Este tipo de análisis sustituye el termino <<sociedad>> por el termino <<sistema histórico>>. Obviamente esta es una mera sustitución semántica. Pero elimina la connotación central que había adquirido <<sociedad>> su nexos con el <<estado>> y por consiguiente la

presuposición del <<donde>> y del <<cuando>>. Además el termino <<sistema histórico>> subraya la unidad de la ciencia histórica. Esta entidad es a la vez sistemática e histórica.

No existe una respuesta simple a la cuestión de la unidad de análisis. Por mi parte he propuesto la hipótesis tentativa de que han existido tres formas o variedades conocidas de sistemas históricos, variedades a las que he denominado minisistemas, imperios mundiales y economías mundiales. Así mismo sostengo que no hay que descartar la posibilidad de identificar otras formas o variedades.

He afirmado dos cosas respecto a las variedades de sistemas históricos: una se refiere al nexo entre <<lógica>> y forma ; la otra a la historia de la coexistencia de formas. Por lo que respecta a la forma, he tomado como límites definitorios de un sistema histórico a aquellos en los que el sistema y la gente se encuentran dentro de el se reproducen regularmente mediante algún tipo de división estable del trabajo. Afirmando que, históricamente se han dado tres de estos tipos. Los <<minisistema>> así llamados porque son espacialmente poco extensos y relativamente breves en el tiempo (tiene una vida aproximada de seis generaciones), con muy homogéneos por lo que se refiere a las estructuras culturales y de gobierno. La lógica básica es la de <<reciprocidad>> de los intercambios. Los <<imperios mundiales >> son vastas estructuras políticas (al menos en el culmen de los procesos de expansión y contracción que parecen ser su destino) y engloban una gran variedad de pautas <<culturales>>. La lógica básica de este sistema es la extracción de atributos a productores directos (en su mayoría rurales) con autonomía administrativa local, tributos que son enviados al centro y redistribuidos a una tenue aunque crucial red de funcionarios. Las economías mundiales son vastas y desiguales cadenas de estructuras de producción diseccionadas por múltiples estructuras políticas. Su lógica básica es la de que la plusvalía acumulada se distribuye desigualmente a favor de quienes puedan lograr diversos tipos de monopolios temporales en las redes de mercado. Es una lógica <<capitalista>>.

La historia de la coexistencia de formas puede interpretarse como sigue. En era preagrícola existían múltiples minisistemas cuyos colapsamientos continuos pudieron deberse a los desastres ecológicos sumados a la fragmentación de los grupos que habían crecido en exceso. Es muy poco lo que sabemos de ellos. No existía la escritura tenemos que limitarnos a las reconstrucciones arqueológicas en el periodo intermedio, digamos entre el 8.000 a .d. C. y el 1.500 d.d.C coexistieron en el mundo múltiples sistemas históricos de cada una de estas tres variedades. El imperio mundial era la forma <<fuerte>> de aquella época, pues siempre que uno se expandía destruía y/o absorbía minisistemas o economías mundiales, y siempre que uno se contraía abría paso a la recreación de minisistemas y economías mundiales. La mayor parte de lo que denominamos <<historia>> de este periodo en la historia de tales imperios mundiales cosa comprensible puesto que ellos engendraron los escribas culturales que registraron lo que ocurría. Las economías mundiales eran una forma <<débil>> y las economías mundiales individuales nunca sobrevivieron mucho tiempo. Esto se debía a que se desintegraban, eran absorbidas por un imperio mundial, o se transformaban en uno de estos (por razón de la expansión interna de una sola unidad política).

Alrededor del 1.500 una de estas economías mundiales consiguió escapar a ese destino. Por razones que precisan de explicación, de el <<sistema mundial moderno>> surgió de la consolidación de una economía mundial. Por consiguiente, tuvo tiempo de alcanzar su pleno desarrollo como sistema capitalista. Por su lógica interna esta

economía mundial capitalista se expandió hasta cubrir el mundo entero, absorbiendo en el proceso a todos los minisistemas e imperios mundiales existentes. Por tanto por vez primera a fines del siglo XIX existió un único sistema histórico en que el mundo. Aun nos encontramos en esta situación.

Acabo de bosquejar mis hipótesis sobre las formas y la historia de la coexistencia de los sistemas históricos. No constituyen un análisis de los sistemas mundiales son un conjunto de hipótesis dentro del análisis de los sistemas mundiales, abiertas al debate, al perfeccionamiento, al rechazo. Lo decisivo es que la definición y explicación de las unidades de análisis – los sistemas históricos- se convierten en objeto central de la empresa científica

En la discusión que acabo de exponer se oculta un debate de mayor alcance sobre el mundo moderno y sus características definitorias. En este debate las dos versiones principales del pensamiento decimonónico –el liberalismo clásico y el marxismo clásico- comparten ciertas premisas cruciales sobre la naturaleza del capitalismo

IV

El capitalismo es un sistema basado en la competición entre productores libres que utilizan trabajo libre y mercancías libres <<libre>>significa aquí su disponibilidad para la venta y la compra de un mercado

Las limitaciones a tales libertades que donde quiera que se dan son residuos de un proceso evolutivo incompleto y suponen en la medida en que existan que una zona o una empresa es <<menos capitalista>> de los que sería si no existieran tales limitaciones. En lo esencial, esta es la concepción de Adam Smith. Smith pensaba que el sistema capitalista era el único sistema en consonancia con la <<naturaleza humana>> y consideraba que los sistemas alternativos suponían la imposición de limitaciones no naturales y no deseables a la existencia social. Pero en lo esencial esta era también la concepción de Karl Marx. Al caracterizar el sistema, Marx insistió muy especialmente en la importancia del trabajo libre. No consideraba el sistema capitalista eternamente natural, y no lo consideraba deseable. Pero sí consideraba que era un estadio normal del desarrollo histórico de la humanidad.

La mayoría de los liberales y marxistas de los últimos ciento cincuenta años han considerado esta imagen del <<capitalismo competitivo>> una descripción exacta de la norma capitalista; y por consiguiente, han discutido todas las situaciones históricas que implicaban trabajo, productores o mercancías no libres como desviaciones de esta norma y, por tanto, como fenómenos que precisan explicación. La norma ha reflejado en buena medida una imagen idealizada de lo que se pensaba que era el ejemplar de quintaesenciado de dicha norma: Inglaterra después de la <<Revolución Industrial>> donde los trabajadores proletarios (fundamentalmente, trabajadores urbanos que carecían de tierras y de herramientas) trabajaban en fabricas pertenecientes a empresarios burgueses (fundamentalmente, propietarios privados del capital de estas fabricas). El propietario adquiría la fuerza de trabajo (esto es, pagaba salarios) de los trabajadores –en lo fundamental, varones adultos- que no tenían mas alternativas que buscar trabajo asalariado si querían sobrevivir. Nadie ha pretendido nunca que todas las situaciones laborales se ajustaran a este modelo. Pero tanto liberales como marxistas han sido proclives a considerar que cuanto mas se apartara de él una situación menos capitalista era.

Si toda situación laboral pudiera clasificarse en una escala indicativa de lo que podríamos llamar su <<grado de capitalismo>> puede afirmarse que todo estado, en tanto

que lugar de dichas situaciones laborales, ocupaba algún lugar esa escala. La estructura económica de un estado puede entonces considerarse <<mas>> o <<menos>> capitalista y es posible considerarla razonablemente congruente con el grado de capitalismo económico propia estructura del estado, o incongruente con el, en cuyo caso podemos esperar que a lo largo del tiempo cambie de algún modo hacia una mayor congruencia.

¿ como han de entenderse las situaciones laborales que, según esta definición no son plenamente capitalistas? Podemos considerar que reflejan una situación <<todavía no capitalista>> en un estado en el que las estructuras capitalistas se Irán haciendo dominantes; o pueden interpretarse como pervivencias anómalas del pasado en un estado en el que las estructuras capitalistas son dominantes. Nunca ha quedado del todo claro como puede determinarse la <<predominancia>> de un modo concreto de estructuración de las unidades laborales en una entidad especial (el estado). En una celebre sentencia del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, el juez William Brennan definió a si la pornografía; <<se lo que es cuando la veo>> en cierto sentido los liberales y los marxistas han definido la predominancia del capitalismo de forma similar: saben que se da cuando la ven. Obviamente en este enfoque hay implícito un criterio cuantitativo. Pero puestos a contar es esencial saber que estamos contando. Y sobre esto habría mucho que decir.

Se ha establecido una distinción entre trabajo productivo e improductivo. Aunque las definiciones exactas de los fisiócratas, de Saint-Simón y de Marx eran bastante diferentes, todos de ellos pretendían definir ciertos tipos de <<actividad económica>> como <<no-trabajo>> es decir, como productiva. Esto ha creado un subterfugio sumamente útil en la definición de capitalismo. Si entre los diversos tipos de actividad que se eliminan en tanto que no productivos se cuenta un importante número de actividades que no se ajustan al modelo de situación laboral capitalista -el ejemplo mas obvio aunque en modo alguno el único, es el trabajo domestico- se hace mucho mas fácil sostener que <<la mayoría>> de las situaciones laborales de algunos países se ajustan a los tipos descritos en el modelo, y de este modo si que tenemos realmente países <<capitalistas>> en virtud de esta definición. Toda esta manipulación no seria apenas necesaria si la <<norma>> deducida fuera de hecho la norma estadística; pero ni lo era ni lo es. La situación de los obreros libres que trabajan por un salario en las empresas de los productores libres es una situación minoritaria en el mundo moderno. Esto es sin duda cierto si nuestra unidad de análisis, es la economía mundial. Es probablemente cierto, o en la buena medida cierto, incluso si llevamos a cabo el análisis en el marco de los estados altamente industrializados del siglo XX.

Cuando una << norma>> deducida resulta no ser la norma estadística es decir, cuando en la situación abundan las excepciones (anomalías, residuos), deberíamos preguntarnos si la definición de la norma tiene alguna utilidad,. El análisis de los sistemas mundiales sostiene que la economía mundial capitalista es un sistema histórico concreto . por tanto si queremos averiguar las normas, esto es, la forma de funcionamiento de este sistema concreto, el mejor modo de hacerlo es observar la evolución histórica de dicho sistema. Si descubrimos como un efecto ocurre, que el sistema parece contener amplias áreas de trabajos asalariado y no asalariado, amplias áreas de bienes que son mercancías y de otros que no los son ya amplias áreas de formas de propiedad y de capital alienables y no alienables , deberíamos como mínimo preguntarnos si esta <<combinación> o <<mezcla>> de lo no libre y de los que se denomina <<libre>> no será ella misma el rasgo definitorio del capitalismo en cuanto al sistema histórico.

Podemos observar que no es fácil responder a la pregunta planteada. Encontramos

que las proporciones de las combinaciones son desiguales, especial y temporalmente. En tal caso, sería útil buscar estructuras que mantengan la estabilidad de una combinación de combinaciones concreta (una vez mas las tendencias cíclicas), así como las presiones subyacentes que pueden estar transformando, a lo largo del tiempo, la combinación de combinaciones (las tendencias seculares). Tenemos entonces que las anomalías no son excepciones que requieren explicación, sino pautas que requieren análisis con lo que se invierte la psicología del trabajo científico. Hemos de concluir que la definición de capitalismo que dominaba el pensamiento liberal y marxista decimonónico explica la idea historiográfica central que hemos heredado.

V

El fin del siglo XVIII y el comienzo del XIX representa un punto crucial de inflexión en la historia mundial al alcanzar por fin los capitalistas el poder estatal y social en los estados clave.

Los dos grandes <<acontecimientos>> que se dieron en esta periodo, la Revolución industrial en Inglaterra y la Revolución Francesa fueron, se afirma, cruciales en el desarrollo de la teoría de la ciencia social. Una simple consulta bibliografía mostrara que se ha dedicado a estos dos <<acontecimientos>> una muy considerable proporción de la historiografía mundial. Además una proporción a un mayor se ha dedicado a analizar otras <<situaciones>> en función de estos dos <<acontecimientos >>

No es difícil elucidar el nexo existente entre la centralidad histórica que se atribuye a estos dos acontecimientos y la definición predominante del capitalismo. Ya hemos señalado que el concepto de <<grados de capitalismo>> desemboca necesariamente en un ejercicio implícito de cuantificación de modo que podemos determinar cuando se hace <<dominante>> el capitalismo. Esta teoría supone que es posible una discordancia entre el predominio <<económico>> y el poder en la sociedad y en el estado y que tal discordancia puede superarse.

El interés de la Revolución industrial y de la Revolución francesa estriba en que se supone que representan la superación de una discordancia . la Revolución francesa manifiesta el aspecto político. Según la <<interpretación social>> hoy muy discutida pero durante mucho tiempo predominante. La Revolución francesa fue el momento en que la burguesía desalojó a la aristocracia feudal del poder en el estado transformando así el ansien regime precapitalista en un estado capitalista. La revolución industrial pone de manifiesto los frutos de semejante transformación. Cuando los capitalistas alcanzan el poder estatal (o, expresándolo en términos Smithianos, cuando reducen las posibilidades de triunfo de un sistema capitalista.

Dados estos supuestos, es posible tratar ambos fenómenos como acontecimientos y concentrarse en los detalles de lo que ocurrió y en porque ocurrieron tales acontecimientos de esta forma concreta. Los libros sobre la Revolución industrial suelen discutir que factor (o que factores) fueron decisivos para su ocurrencia, cuales fueron sus fechas precisas y cuál de los distintos elementos que abarca el termino fue el mas importante para las transformaciones futuras. Los libros sobre la Revolución francesa suelen discutir cuando comenzó y cuando acabo que factor o factores la desencadenaron que grupos participaron en los procesos esenciales, como y cuando de altero el grupo de personajes que intervinieron en ella, y que herencia logro.

Naturalmente un escrutinio de estos <<acontecimientos>> tan rígido y en ultimo

termino ideográfico invita de forma inevitable al escepticismo. Cada vez hay mas dudas acerca de cuan revolucionarias son las revoluciones. Sin embargo prácticamente todos estos análisis (tanto los de los creyente como los de los escépticos) dan por su puesto el marco de referencia analítico que motivo el aislamiento de estos dos acontecimientos: el supuesto de que el capitalismo (o su Surrogato, la libertad individual) tenían en cierto sentido que <<triunfar>> en un determinado momento en ciertos estados concretos

Además a menos que pensemos que la historia social es esencial para los historiadores, deberíamos darnos cuenta de que se convirtió de inmediato en un elemento esencial para los ejercicios analíticos de los científicos sociales. La idea de la Revolución industrial>> se ha transformado en el proceso de una <<revolución industrial>> o <<industrialización>>y ha originado toda una familia de subcategorías y por tanto de subcuestiones: la idea de <<despegue>> y las nociones de sociedades <<preindustriales>> y >>postindustriales>, etc. La idea de la revolución burguesa se ha convertido en el análisis de cuando y como una <<revolución burguesa>>(o el acceso al poder de la clase media) puede ocurrir o ocurrirá. No estoy sugiriendo que estos de bates no tengan como objeto en mundo real. Evidentemente es posible discutir el Brasil del siglo veinte después desde el punto de vista de la industrialización, o del papel de la burguesía nacional, o de la relación de la clase media en el ejercito. Pero una vez mas se están sosteniendo presunciones esenciales que han de ser examinadas ,

Lo que el análisis de los sistemas mundiales propone en una evaluación de la centralidad de estos supuestos << acontecimientos>> clave en función de la larga dura del sistema histórico en que se dan. Si la unidad de análisis del sistema mundial moderno es la economía mundial capitalista (y esto no deja de ser un <<si>>) deberíamos preguntarnos entonces si las distinciones categorías tradicionales –agricultura e industria terrateniente e industrial- representan o no un leitmotiv en torno al cual gira el desarrollo histórico. Solo podemos encontrados en una fase postindustrial si ha existido

Una fase industrial. Únicamente puede haber desajustes entre los propietarios del poder estatal y los propietarios del poder económico si estamos tratando de grupos analíticamente aislables. Todas estas categorías están ahora tan profundamente arraigadas en nuestro subconsciente que nos resulta muy difícil hablar sobre le mundo sin aplicarlas. El análisis de los sistemas mundiales sostienen que las categorías que rigen nuestra historia se configuraron históricamente en su mayor parte hace tan solo un siglo, mas o menos. Es tiempo de que las revisemos.

No cabe duda de que la historia dominante esta ella misma constituida por la metafísica dominante en el mundo moderno. El triunfo de esta metafísica moderna preciso una larga lucha. Pero triunfo en la Ilustración lo que no lleva a nuestra sexta premisa.

VI

La historia humana es inevitablemente progresivita

No cabe duda de que la idea de progreso ha tenido detractores, pero durante los últimos dos siglos han estado en la clara minoría. No incluyo en esta minoría a todos aquellos que han criticado la concepción ingenua del progreso y que han centrado sus esfuerzos en explicar la denominada irracionalidad. Estos individuos han tratado de hacer racional lo irracional. Tampoco incluyo en ella el creciente numero de los creyentes desengañados que se adhieren a un suerte de desesperanza en el progreso. Estos son mas

bien como católicos caídos de una novela de Graham Greene buscando incesantemente la fe que una vez tuvieron.

Los verdaderos conservadores, aquellos que no creen que el cambio o la mejora del mundo sea la actividad colectiva fructífera, son en realidad bastante raros en el mundo moderno- pero obsérvese que, una vez mas, tanto los escépticos como sus adversarios se basan en los supuestos dominantes. Ante la idea de que el progreso es inevitable, parece que la única reacción parece haber sido la desesperación: desesperación porque esta tesis es incorrecta o desesperación porque es correcta.

El análisis de los sistemas mundiales pretende eliminar la idea de progreso como trayectoria y plantearla como variable analítica. Puede haber sistemas históricos mejores y peores (y podemos debatir los criterios con que juzgarlos). No es en absoluto cierto que se haya dado una tendencia lineal sea hacia arriba, hacia abajo u horizontalmente tendencia sea irregular, o puede que sea indeterminada. Si se admitiera esta posibilidad, se abriría de inmediato el análisis intelectual un ámbito enteramente nuevo. Si en el mundo han existido múltiples casos y tipos de sistemas históricos, y si todos los sistemas históricos tiene un principio y un fin desearíamos conocer algo sobre el proceso que produce una sucesión (en el tiempo y el espacio) de los sistemas históricos.

Este punto ha sido discutido como problema de las <<transiciones >> pero las transiciones se han analizado desde el paradigma de las transformaciones lineales. Hemos detallado el proceso de la transformación dirigida hacia un final inevitable que pensamos que es, o que era la única alternativa histórica real, pero supongamos que la construcción de sistemas históricos es un proceso estocástico; en tal caso tendríamos ante nosotros un ámbito de actividad intelectual totalmente nuevo.

El debate entre el <<libre arbitrio>> y el <<determinismo>> es viejo. Pero generalmente se ha planteado como proposición disyuntiva. La reapertura del problema de las transiciones -las transiciones tal como se dan realmente, progresando hacia desenlaces inciertos- sugiere una formulación diferente de este debate. Quizás ocurra que lo llamamos <<determinismo>> es en gran parte proceso intrínseco a los sistemas históricos proceso en el que la <<lógica>>del sistema se traduce en un conjunto de estructuras institucionales con una dinámica propia que <<determinan>> la trayectoria a largo plazo. Pero quizás ocurra también que lo que denominamos <<libre arbitrio>> se da en el proceso de <<transición>> cuando precisamente causa el desmoronamiento de esas mismas estructuras las autenticas alternativas históricas sean amplias y difíciles de predecir.

Esto volvería a centrar nuestra atención en el estudio del modo de actuación de estos proceso estocásticos, quizá resulte que no sean en absoluto estocásticos . talvez se descubra que tienen una clave intrínseca oculta o puede ocurrir que dicha clave interna sea un proceso que mantiene estos procesos estocásticos como tales (es decir, no sometidos a la manipulación humana). O puede también aunque esto sea lo más inaceptable para los actuales habitantes del globo, que Dios juegue a los dados. No lo sabremos si no observamos. Por supuesto, es posible que ni siquiera entonces sepamos. La cuestión es, ¿cómo hemos de observar? Esta pregunta nos lleva a los últimos y más profundos de todos los supuestos, los supuestos relativos a la naturaleza de la ciencia.

VII

La ciencia es la búsqueda de las leyes que resumen de la forma más sucinta por qué las cosas son como son y cómo ocurren estas.

La ciencia moderna no es una creación del siglo XIX. Tiene sus orígenes al menos en XVI, quizás se remonta al XIII. Se ha decantado claramente hacia el lado determinista de la ecuación, hacia el lado de la linealidad y la concisión. Los científicos han ido situando bajo su égida cada vez más dominios del universo; el mundo humano es sin duda el último de tales dominios. La ciencia social nomotética se afirmó en nombre de esta tradición.

La metodología que adoptó la ciencia social nomotética emulaba los principios básicos de su exitosa predecesora, la ciencia natural; una investigación empírica sistemática y exacta seguida de un proceso de inducción que tiene como resultado la teoría. Cuanto más elegante sea la teoría, más avanzada es la ciencia. Por supuesto, las aplicaciones prácticas se seguirán de la teoría. La ciencia social nomotética se ha visto continuamente perturbada por inadecuaciones (en comparación con la física), pero se ha mantenido gracias a su certeza de que la ciencia era acumulativa y unilineal.

En nuestras dudas sobre los supuestos previos había implícita –es ahora evidente– otra concepción de la ciencia. Si rechazamos la utilidad de la distinción nomotético-ideográfico, estamos proyectando dudas sobre la utilidad de la concepción newtoniana de la ciencia. Pero no como los idiógrafos, basándose en la peculiaridad de la investigación social (los seres humanos son actores reflexivos). También dudamos de que esta distinción sea útil para las ciencias naturales (y, en efecto, a lo largo de las dos últimas décadas ha surgido una tendencia hacia una ciencia natural no lineal en la que los procesos estocásticos tienen una importancia central).

En concreto, desde el punto de vista de lo que hemos venido llamando ciencia social histórica planteamos la cuestión de si no debería invertirse el método de ir de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo universal. Quizá la ciencia social histórica deba *comenzar* con lo abstracto e ir desde ahí a lo concreto, terminando en una interpretación coherente de los procesos de los sistemas históricos concretos, interpretación que explique de forma plausible por qué siguieron un determinado camino histórico. Lo determinado no es simple sino complejo, hipercomplejo. Evidentemente, no hay situación concreta más compleja que los largos momentos de transición en los que se colapsan los límites más simples.

La historia y la ciencia social adoptaron la forma que hoy predomina en ellas en el momento de completo e indiscutido triunfo de la lógica de nuestro sistema histórico actual. Son producto de esa lógica. Sin embargo, vivimos un prolongado momento de transición en el que las contradicciones de ese sistema han hecho imposible continuar ajustando su maquinaria. Vivimos un periodo de auténticas alternativas históricas, y tal periodo es incomprensible partiendo de los supuestos de ese sistema.

El análisis de sistemas mundiales propone la elaboración de una ciencia social histórica que sepa moverse en las incertidumbres de la transición, que contribuya a la transformación del mundo clarificando las alternativas sin apelar al poyo de una creencia en el triunfo inevitable del bien. El análisis de sistemas mundiales propone eliminar las barreras que nos impiden investigar numerosos ámbitos del mundo real. El análisis de sistemas mundiales no es un paradigma de ciencia social histórica: propone un debate sobre el paradigma.

BLOQUE II

¿Qué es la globalización?

«Competitividad y globalización» son dos de las palabras más empleadas hoy en el mundo económico, tanto por los gobernantes como por los empresarios, tanto por los expertos como por los políticos. Ambos términos provienen, como todo lo que surge del mundo económico y de los negocios, del inglés. La Real Academia Española ya ha recogido el primero en su diccionario, porque es más antiguo, pero no el segundo. Los franceses han rechazado, como es costumbre en el caso de palabras anglosajonas, el término globalización y proponen el de mundialización. Yo me inclino por el primero de los dos, por lo menos hasta que se defina nuestra Academia. Creo que se adapta perfectamente al hecho que describe, que puede ser un sinónimo del segundo y, además, es más utilizado en economía.

La globalización es un proceso dinámico de creciente libertad e integración mundial de los mercados de trabajo, bienes, servicios, tecnología y capitales. Este proceso no es nuevo, viene desarrollándose paulatinamente desde 1950 y tardará muchos años aún en completarse, si la política lo permite. No es nuevo porque ya se dio un proceso similar entre 1870 y 1914 de forma casi tan intensa como la actual. Es decir, comenzó el siglo XX en una situación de integración mundial de los mercados de bienes, servicios, trabajo y capitales y, tras unas décadas siniestras, en las que dicho proceso de globalización dio atrás y en las que se sufrieron dos conflictos mundiales y la Gran Depresión, se reinició después de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, ha terminado el siglo con otro proceso similar que tiene visos de ser más duradero. El anterior sólo duró 44 años y terminó de forma violenta con la Primera Guerra Mundial, mientras que el actual acaba de cumplir ya 50 años y se asienta sobre bases más sólidas que aquél. Espero que esta vez no termine tan mal como el anterior ya que supondría, de nuevo, pasar de competir económicamente, en un entorno pacífico bajo las reglas del mercado, a hacerlo militarmente bajotas reglas del poder de las armas, lo que sería un desenlace nefasto. En ambos casos hay ganadores y perdedores pero sus vidas, aunque puedan salir muy perjudicados. Al fin y al cabo, la globalización está basada en una serie de libertades: la libertad de comerciar con el resto de los países del mundo aprovechando las ventajas comparativas de cada uno; La libertad de invertir los capitales allí donde tienen un mayor rendimiento dentro de un riesgo asumible y la libertad de establecerse en el país que se desee: bien para conseguir un mayor beneficio o una mayor cuota de mercado, si retrata de una empresa, o para obtener un mayor salario o mejores condiciones de trabajo, si se trata de una persona.

Creo que uno de los primeros en utilizar el término «globalización» fue Theodore Levitt (1983) refiriéndose a la globalización de los mercados. Para este autor se estaba pasando de una concepción de la producción basada en el ciclo del producto, a otra global de los mercados. En la primera se innovaban nuevos productos que se vendían en los países más desarrollados hasta que devenían obsoletos y, a partir de entonces, se dirigían a los menos desarrollados hasta que desaparecían del mercado. En la segunda se vende el mismo

producto y de la misma manera en todo el mundo, con lo que se reducen los costes y se armonizan los gustos de los consumidores globalmente.

Michael Porter (1990) utilizó posteriormente el término globalización para diferenciar una empresa multinacional de otra global. La compañía multinacional es aquella que opera en un número determinado de países pero hace muy poco o ningún esfuerzo en unificar sus operaciones desde el punto de vista estratégico, mientras que la empresa global persigue una estrategia mundial en la que las distintas operaciones nacionales están totalmente coordinados, desarrollando sinergias y haciendo que el conjunto tenga mayor valor que la suma de sus partes.

Kenichi Ohmae (1990) dio un paso más, considerando que la empresa global es aquella que ha abandonado su identidad nacional y que opera como una entidad sin patria en una escala mundial. Consecuentemente, la supervisión del actual Estado-Nación es fundamentalmente irrelevante para este tipo de empresas. Éstas realizan sus inversiones en I + D, su financiación y su reclutamiento de personal a escala mundial. Un ejemplo típico de este tipo de empresas pudiera ser Nestlé. Una compañía con base en Suiza pero en la que sólo dos suizos están entre sus primeros diez ejecutivos; los ocho restantes son de cinco nacionalidades distintas y está presidida por un alemán. La compañía está establecida en 150 países y su negocio en Suiza es muy poco importante.

Es decir, la globalización tiene como agentes fundamentales a las grandes empresas multinacionales, tanto financieras como no financieras, que se implantan en la mayor parte de los países, aumentando los flujos comerciales y de capitales entre unos y otros y haciendo que los mercados estén cada vez más integrados y globalizados. Ahora bien, estas empresas son capaces de desarrollar la globalización porque una serie de descubrimientos tecnológicos y decisiones políticas les están permitiendo hacerlo.

¿Cuáles son los factores que determinan el proceso de globalización? El primero es, sin duda, la tecnología. El desarrollo de nuevas tecnologías en el transporte y en las telecomunicaciones ha permitido que sus costes caigan de una manera espectacular. El coste de una llamada telefónica de Nueva York a Londres era de 300 dólares en 1930, de 50 dólares en 1960 y de menos de un dólar hoy. El coste de procesamiento de la información a través de ordenadores, medido en dólares por segundo, ha caído de 100 en 1975 a 0,01 en 1995, y a 0,001 actualmente. Lo mismo se puede decir del transporte por carretera, avión o barco. No sólo han caído los precios del transporte sino que la economía mundial ha devenido menos intensiva en el transporte de mercancías. Se ha pasado de transportar materias primas y alimentos sin procesar o poco elaborados a transportar, fundamentalmente, productos manufacturados acabados, que cada vez se hacen con materiales más ligeros y ocupan menor espacio. Es decir, los productos que se comercian tienen cada vez un mayor valor unitario y el transporte es cada vez más barato, con lo que la relación del segundo con el primero cae con gran rapidez. Todo ello ha hecho que las barreras naturales de tiempo y espacio entre los países sean cada vez menores y, por tanto, el coste de enviar de unos a otros bienes y servicios, personas y capitales e información sea cada vez más bajo, lo que ha facilitado la internacionalización e interdependencia de las economías y está haciendo el mundo cada vez más pequeño.

El segundo factor ha sido la liberalización de los intercambios de bienes, servicios y capitales, tanto a través de negociaciones multilaterales en el seno del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (en inglés GATT), de la Organización Mundial del Comercio (OMC), de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y del Fondo Monetario Internacional (FMI), como por decisiones unilaterales y

bilaterales de las autoridades económicas de los países o de las áreas de integración en las que se encuentran inmersos.

PROFUNDIDAD DE LA ORGANIZACIÓN

Esto no significa que el proceso de globalización haya alcanzado unas dimensiones todavía muy importantes, de hecho aún queda muchísimo camino por recorrer. Una de las medidas más simples para determinar el nivel de globalización, en cuanto a bienes y servicios se refiere, es ver la relación entre el comercio exterior y la producción en cada país. Aunque dicha proporción ha aumentado sin parar desde 1950, debido a que el comercio internacional de bienes y servicios ha crecido a mucho mayor ritmo que la producción desde la citada fecha, aún no es muy superior a la ya alcanzada en 1913. En aquel año, Japón era un país más abierto que lo es ahora. Entonces, la suma de sus importaciones y exportaciones representaban el 30 por 100 del Producto Interior Bruto (PIB) y hoy sólo son del 22 por 100. No ocurre lo mismo con el Reino Unido, cuya relación ha subido, en dicho período, desde el 47 por 100 al 57 por 100. Francia, Alemania y Estados Unidos han aumentado su internacionalización y ahora se encuentran con un peso relativo de su comercio sobre su producción del 51 por 100, del 69 por 100 y del 26 por 100 respectivamente.

Naturalmente, cuanto mayor es el tamaño del país o el área de integración, menor es dicha proporción. En Estados Unidos, la Unión Europea y Japón supera ligeramente el 20 por 100, mientras que en países pequeños como Holanda, Bélgica o Irlanda supera con mucho el 100 por 100. España ha sufrido un cambio radical. En 1918 la suma de sus importaciones y exportaciones representaba el 24 por 100 del PIB. En 1959 había caído al 9 por 100 y ahora alcanza casi el 60 por 100, superando a países como Francia e Italia. En su conjunto, el comercio mundial, medido en volumen, se ha multiplicado 16 veces desde 1950, mientras que el PIB mundial lo ha hecho sólo 5,5 veces.

Otra forma de medir el proceso de globalización es observar la convergencia de precios, en todos los países, de los productos o servicios que son idénticos u homogéneos. En un mundo totalmente globalizado, los precios para los mismos productos deberían de ser iguales, excluyendo los impuestos locales y los costes de transporte y de seguro. Sin embargo la realidad dista de ser así. Siguen permaneciendo divergencias notables entre unos países y otros, incluso dentro de la Unión Europea. Modelos idénticos de automóvil cuestan, antes de impuestos, hasta un 40 por 100 más en unos países de la Unión Europea que en otros. Esto es posible, bien por que la distribución es más eficiente en unos países que en otros, porque los gustos son diferentes y existe un sesgo muy elevado hacia los automóviles nacionales, o porque, hasta ahora, los consumidores no comparaban adecuadamente los precios en distintas divisas. El hecho es que los fabricantes multinacionales pueden discriminar precios entre unos países y otros obteniendo mayores márgenes medios para el mismo modelo. La Unión Monetaria Europea tenderá a acercar en mayor medida los precios de los bienes y servicios al poderlos comparar todos ellos en euros.

Los mercados entre países están todavía menos integrados que dentro de cada uno de ellos, incluso cuando se trata de países vecinos. El comercio entre Canadá y Estados Unidos, por ejemplo, es veinte veces menor que entre las provincias canadienses a pesar de tener una frontera común de cerca de 4.000 Km y de mantener unas barreras mínimas entre ambos

La integración y globalización de los mercados financieros es todavía más importante y ha avanzado en mayor medida que la comercial debido al desarrollo tecnológico y, sin embargo, también está muy lejos de ser total. Una manera de medir el grado de globalización financiera es observando las salidas netas de los países exportadores de capital (es decir, los que tienen un superávit por cuenta corriente en su balanza de pagos) y las entradas netas de los países importadores (que tienen un déficit por cuenta corriente en su balanza de pagos). En la primera globalización (1870-1913) el Reino Unido exportó capitales, en media anual, de un 5 por 100 de su PIB y llegó al 10 por 100 en algunos años. En estos últimos años, Japón, que ha sido el país con un mayor superávit por cuenta corriente, ha exportado capitales sólo por el 3,5 por 100 de su PIB y la media de salidas netas de la OCDE ha sido del 2,5 por 100 del PIB.

Otra forma de medir la globalización financiera es ver cuánto representan las inversiones directas en el extranjero en relación a las inversiones directas nacionales. Hoy alcanzan en los países de la OCDE el 6 por 100 de la inversión doméstica total, mientras que la inversión extranjera del Reino Unido en los primeros 13 años del siglo era tanta como el total de su inversión nacional. Sólo en estos últimos años, en países en desarrollo grandes como México, Brasil y China, las entradas netas de inversión directa extranjera han llegado a alcanzar el 20 por 100 de su inversión neta nacional.

Por otro lado, si hubiese una globalización financiera total habría una convergencia de los tipos de interés, cubiertos del riesgo del tipo de cambio, de todos los países, lo que tampoco ha ocurrido. Es decir, los tipos de cambio no han respondido ni compensado siempre los diferenciales de tipos de interés a corto plazo (teoría de la paridad de intereses) ni los diferenciales de inflación a largo plazo (teoría de la paridad del poder adquisitivo), con lo que la convergencia de tipos de interés es lenta y volátil.

Sin embargo, la globalización financiera progresa a una marcha muy satisfactoria. Entre 1980 y 1996, mientras que el PIB mundial ha crecido al 3,5 por 100 de media anual, el intercambio de bonos y acciones ha crecido, en términos reales, en torno al 25 por 100; el comercio de divisas lo ha hecho al 24 por 100, los préstamos internacionales al 8 por 100, la inversión extranjera directa al 7 por 100, el comercio al 6 por 100. De seguir este ritmo de crecimiento, la globalización financiera será total dentro de quince años y la comercial dentro de treinta, aproximadamente, siempre que no se pongan trabas a su desarrollo y siga adelante la Ronda del Milenio de la Organización Mundial del Comercio.

GLOBALIZACIÓN Y ASIMETRÍA

Uno de los mayores problemas de la globalización es que mientras la integración de los mercados de bienes, servicios y capitales progresa a fuerte ritmo, la de los mercados laborales no lo hace. Robert Reich (1991) se pregunta: ¿quiénes somos nosotros?, y llega a la conclusión de que como casi todos los factores de producción como el capital, la tecnología, las fábricas, los bienes de equipo, etc., se pueden trasladar de unos países a otros, lo único que queda realmente nacional es la mano de obra, que lo hace lentamente o no lo hace. De ahí que sean los trabajadores, especialmente los menos calificados, los que de verdad merecen llamarse «nosotros». Los demás es cada vez más global.

La movilidad laboral entre los países de la OCDE está estancada y entre los países en desarrollo y los desarrollados avanza muy lentamente, lo que hace que aumenten las divergencias de renta per cápita entre unos y otros, como luego analizaré con más detalle. En la primera globalización de 1870 a 1914 más de 60 millones de personas se desplazaron

desde Europa a América. Ahora los movimientos son mucho menores, incluso entre los pobres y los ricos, es decir entre todos los países en desarrollo y los de la OCDE. Los problemas de control de la inmigración, así como los de las barreras culturales y lingüísticas, de educación y de formación son algunos de los elementos que influyen en la falta de integración laboral. La entrada de emigrantes oficiales en Estados Unidos a principios de los años noventa representaba sólo el 0,26 por 100 de su población total, en Alemania el 1,2 por 100 y en el Reino Unido y Francia el 0,1 por 100. En la Unión Europea, en 1992, sólo un 4,7 por 100 del total de la población era extranjera, es decir unos 12 millones de personas, de los que ocho millones eran de origen comunitario y sólo cuatro millones de países en desarrollo. En el Reino Unido, dicho porcentaje era del 4 por 100, en Francia el 7 por 100 y en Alemania el 8 por 100, igual que en Estados Unidos. En España era inferior al 0,5 por 100, a pesar de que la tasa de fecundidad española era y es, junto con la de Italia, una de las más bajas del mundo. Es muy probable que las cifras de inmigración en Europa aumenten de forma muy importante en los próximos años, dados los problemas de envejecimiento de la población europea, donde actualmente el 20 por 100 de la población es mayor de cincuenta años y donde esta proporción puede llegar a duplicarse dentro de 40 años (de la Dehesa, 1992).

Sin embargo, el actual proceso de globalización se asienta sobre bases más sólidas que las del anterior a principios del siglo XX. En el anterior, el número de países que participaban en ella era mucho menor. Nunca ha habido tantas economías abiertas en el transcurso de la historia mundial como hoy tras la apertura de los países ex comunistas. El desarrollo tecnológico de las comunicaciones hace que las empresas globales estén más integradas que nunca y que los mercados integren, a través de Internet, a los consumidores y productores. La tecnología ha permitido, asimismo, un desarrollo, hasta ahora desconocido, de los mercados financieros ya que ayuda a aumentar, de forma extraordinaria, la rapidez de las transacciones y su compensación y liquidación. Las transacciones diarias en el mercado de divisas, por ejemplo, han aumentado desde 15.000 millones de dólares en 1973 a tres billones (europeos) de dólares en la actualidad, es decir 200 veces más tan sólo en 17 años. Aunque los flujos netos de capital no han aumentado en relación a los de principios de siglo, los flujos brutos se han multiplicado exponencialmente desde entonces, tanto en términos de transacciones de divisas como de bonos, depósitos o acciones, todo ello gracias a la rapidez e integración que permiten las tecnologías de la información. Finalmente, la globalización actual está mucho más institucionalizada que la anterior. Tanto la OMC, el FMI y la OCDE, como la existencia de grandes empresas y entidades financieras globales, hacen que sea mucho más difícil dar marcha atrás en este proceso que anteriormente.

Bordo, Eichengreen y Irwin (1999) van más allá y llegan a la conclusión de que vivimos en un mundo muy diferente al del principio de siglo no sólo porque los sistemas políticos son más democráticos y permiten una mayor representación de los intereses de los ciudadanos, sino porque el fenómeno es, en sí mismo, diferente: la integración es más profunda y más amplia que hace 100 años. El comercio de mercancías representa un mayor porcentaje de la producción. El comercio y la inversión se han abierto a sectores: servicios públicos y privados, comercio al por menor, etc., que en aquel momento eran puramente locales y sin competencia, la integración financiera es mucho mayor y más profunda que entonces a pesar de que las inversiones directas no hayan superado todavía los niveles previos. Finalmente, creen que las tensiones comerciales y la inestabilidad financiera en la actualidad no tienen por qué preocuparnos, ya que eran iguales o mayores a principios de siglo, a pesar de tener una menor globalización de la que disfrutamos hoy.

JOAQUÍN, Estefanía (2003) “Prólogo generacional”; en ¿Qué es la globalización?. Madrid, Punto de lectura, pp. 13-27

Prólogo generacional

Querida hija: estoy aturdido. A la gente de mi generación nos ha caído de repente la globalización, aunque sé que los procesos sociales nunca llegan de repente. Se preparan, emergen y vuelven a desaparecer, asoman una de sus mil caras y luego la cambian y se presentan con otra. Hasta que estallan con rotundidad. Me recuerdan el proceso de las crisálidas los gusanos y las mariposas. Así ha sucedido con esto que ahora llamamos globalización, pero que con más propiedad deberíamos denominar mundialización (como hacen los franceses); al fin y al cabo, en las conversaciones cotidianas hablamos de «mundo», no de «globo». Además, hasta su vigésima segunda edición, que apareció en el otoño de 2001, el Diccionario de la Real Academia Española no había incorporado el término *globalización*. Cabían pocas dudas de que acabaría haciéndolo, pues pocas veces un vocablo habría irrumpido con tanta fuerza en nuestras vidas.

«Globalización» es un concepto inglés, más americano que británico, y la cultura dominante a principios de este siglo, que ha comenzado con tanto estrépito, es la estadounidense. Por eso se ha instalado sin dificultades en nuestro vocabulario, en nuestras reflexiones y hasta en nuestros tópicos. En esencia, es muy fácil lo que significa: que todos somos más interdependientes, más cercanos, que nos perecemos más y actuamos de modo crecientemente semejante; que vivimos en el mismo mundo. En el transcurso de este diálogo que vamos a mantener tú y yo, ambos nos daremos cuenta de que hasta una definición tan sencilla puede ser discutida... en tanto es utilizada para defender unas posiciones o para atacar otras; es decir, cuando no se trata sólo de describir una realidad sino de calificarla de alguna manera. Una cosa son las descripciones con pretensión de exactitud; otra, las representaciones de la realidad, muchas veces falsas, para la defensa de intereses. Es lo que se ha llamado ideología. La globalización, según entiendo, no es ni un progreso, ni una regresión, ni una etapa de la historia de la Humanidad y un proceso que da una dimensión nueva a los fenómenos ya presentes.

Te mencionaba que estoy aturdido. No por la aparición de un fenómeno nuevo, o que parece nuevo, aunque ello siempre conlleva una cierta turbación; los de mi generación -ya verás que suelo abusar del concepto generacional, aunque no porque crea más en la teoría de las generaciones que en la de las clases sociales u otro tipo de grupos, sino porque, en este caso al menos (el de la gente que sobrepasa ya el medio siglo de existencia), hay experiencias vitales compartidas- hemos tenido la suerte de vivir un periodo histórico muy acelerado, con abundantes cambios de rumbo, de forma que ya no estamos seguros de que el mundo camine siempre hacia el progreso. Leía las memorias de ese gran europeísta que fue Stefan Zweig, una especie de globalizador prematuro que creía que la peor de todas las pestes era el nacionalismo porque envenenaba la flor de la cultura europea, y me sentía identificado con él cuando escribe: «Desde que me empezó a salir barba hasta que se cubrió de canas, en ese breve lapso de tiempo, medio siglo apenas, se han producido más cambios y mutaciones radicales que en diez generaciones».

No estamos seguros de casi nada... Por eso hemos aprendido a desconfiar siempre que aparece alguien como portavoz único de la verdad y nos dice: «Esto es lo bueno». ¡Hemos sufrido tanto a estos profetas de la verdad que, en última instancia, pretendían imponer la espiral del silencio a los que discrepaban de sus puntos de vista...!

Ahora ha sucedido con la globalización: en poco tiempo aparecieron las misiones de la globalización feliz, diciéndonos que esto era el fin de la historia, que el mundo sería ya siempre libre y poco a poco más justo, que desaparecerían las dictaduras del proletariado —a cada cual según sus necesidades, de cada cual según su capacidad- y ya vimos adónde llegamos. De modo que cuando emerge un nuevo mesías que nos cuenta que los pajaritos cantan y las nubes se levantan, se nos encienden todas las alarmas. Especialmente cuando vemos cómo han mejorado los sistemas de manipulación de las conciencias y las opiniones; desde hace tiempo se usa me4nos la fuerza directa (los conflictos) y más la capacidad de persuasión indirecta (los consensos forzados). Todavía estábamos inmersos en la campaña de la globalización feliz cuando contemplamos en directo, en la televisión, el terrorismo global como fenómeno complementario, que nos ha fruncido aún poco más el ceño ante los paisajes blancos y negros, sin esos grises tan enriquecedores de las descripciones y los análisis.

Te decía que mi desasosiego ante la globalización no guarda relación, en primera instancia, con lo que tiene de novedoso. Más bien, mi turbación se deba a que, por primera vez en mi vida, los protagonistas de los cambios no somos nosotros, los que llevamos varias décadas mandando (en la política, en los gobiernos o en la oposición, en la cultura y en la economía, en los medios de comunicación y en la calle), sino que hemos sido sustituidos por vosotros. Por nuestros hijos. Después de una de las manifestaciones más amplias a favor de una globalización alternativa, la de Génova en el año 2001, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Joscha Fischer, un ya viejo líder sesentayochista, declaró: «si hubiera tenido 20 años yo también hubiera ido a Génova». Algunos le criticaron porque esas palabras indicaban que el nuevo sujeto histórico de la globalización eran los jóvenes, cuando sus consecuencias, las positivas y las negativas, afectan a todos. Pero lo único que había señalado Fischer era la realidad de un cambio generacional en la contestación en la calle. La sustitución de un modo de hacer política por otro. Lo cual no es nuevo en la historia, pero sí que hacía décadas que había desaparecido.

Desde hace algún tiempo estamos, como los coches viejos, asistiendo cansinamente a un proceso de sustitución en el poder; cuando todos los años las revistas americanas *Forbes* y *Fortune* publican las listas de los ciudadanos más ricos del planeta, los nombres de los que aparecen —muchos de ellos, casi desconocidos- son cada vez más jóvenes: gente de una edad que no es la mía. Si uno se sienta cualquier día ante la pantalla de la televisión, con mentalidad de espectador atento, se da cuenta de que el protagonista de la publicidad ya no es, como antaño, alguien parecido a nosotros, sino a vosotros. El consumidor tipo, el mejor cliente —y por tanto el mejor ciudadano, según las normas de la mercadología imperante- ya no soy yo, sino tú. Esto no es un síntoma de la globalización, sino de que empezamos a estar, como esos coches viejos, amortizados. Ya me daba cuenta de ello, peor no he sido plenamente consciente hasta que esta globalización se ha convertido, abrumadoramente, desde hace un par de años más o menos, en el fenómeno de referencia de nuestra época. Quienes habéis salido a la calle para criticarla, mejorarla, gobernarla, reformarla, violentarla, perfeccionarla o abolirla habéis sido vosotros, no los de antes, no los del sesenta y ocho. No los de siempre. Seattle, Praga, Washintong, Londres, Davos, Gotemburgo, Génova... son lugares ocupados, demacrados por vosotros. Por nuestro hijos. Cuando Goytisoló hace un *feed back* histórico en *La saga de los Marx* y pone al viejo Marx delante de la televisión para ver como cientos de ciudadanos albaneses invaden las playas italianas en busca del paraíso capitalista —imagen que representa, más que ninguna otra, el fracaso del socialismo real que se amparó en la filosofía marxista-, los protagonistas no se

determinan en términos de juventud y madurez, sino de bloques geopolíticos, el Este y Occidente. Sin embargo, en la tensión globalizadota, hasta ahora ha sido más importante la presencia juvenil que la procedencia de los jóvenes, aunque, como en el sesenta y ocho, los *protestatarios* de las calles sean mayoritariamente jóvenes de Occidente, no del Tercer Mundo. Ello no oculta, ni mucho menos, los términos de clase, de explotación, de desigualdad, sino que la epidermis, la primera contradicción, está surgiendo de otro sitio.

Los del sesenta y ocho, que buscábamos la playa bajo los adoquines, observamos las imágenes de revuelta desde nuestros sillones, procuramos teorizarla y proporcionarle razones, pero no estamos tranquilos porque a los que, en primera instancia, puede pasarles algo es a nuestros hijos. ¿Cuántos de nosotros no hemos oído ya en nuestras casas lo de «me voy a Génova», «me voy a Barcelona», «me voy a Praga» y hemos esperado, preocupados, noticias vuestras a través del móvil o del correo electrónico? La revolución nos pasa factura a nosotros, que la quisimos tanto.

Uno mira hacia atrás y marca las distancias. Cuando teníamos vuestra edad no conocíamos lo global sino lo cerrado. El franquismo, que tanto nos ha señalado (negativamente) como generación, era exactamente lo contrario: la sociedad cerrada frente a la sociedad abierta; también el mercado cerrado frente al mercado mundial. Yo, por ejemplo, no tuve pasaporte para salir de España hasta la Revolución de los Claveles portuguesa, a mitad de los años setenta del pasado siglo, y mis primeras escapadas posteriores fueron para ver cine y traer libros que en España estaban prohibidos y no teníamos oportunidad de leer. Tú conoces ya con normalidad Europa y Estados Unidos. Cuando viajaste conmigo a París la primera vez, inmediatamente me dejaste porque querías ver a tus amigos franceses, a los que habías conocido estudiando en Edimburgo. Yo no tuve conocidos franceses hasta muy adelante. En mi adolescencia, cuando llegaban las vacaciones veraniegas, mis padres nos trasladaban a un pueblecito, a una pequeña casa en la que no había agua corriente; todos los días teníamos que hacer varios viajes a la fuente pública para acarrear bidones de agua con los que alimentarnos y lavarnos. Y ello era un privilegio: veranear. Vosotros os trasladáis fuera todos los veranos para hablar otros idiomas; domináis ya la *lingua franca* del siglo XXI, el inglés americano, que para nosotros es sobrevenida y artificial. Y estás terminando tu carrera con una beca Erasmus en Brighton, y pretendes ampliarla con un tercer ciclo de educación fuera de España.

Recuerdo también los inviernos en los que mi madre daba la vuelta a la tela del abrigo de mi padre, para que me sirviera a mí otra temporada, y a la siguiente, a mi hermano... y luego, otra. Lo mismo pasaba con los libros. Vosotros participáis hoy en una campaña contra las marcas (*No logo*) después de haberos hartado de usar zapatillas Nike, sudaderas Adidas, vaqueros Levi Strauss, o camisas Calvin Klein. Estáis contra los *niños pijos*, porque habéis tenido la oportunidad de ser *niños pijos*. Estáis de vuelta. Naomi Klein publica un libro contra las marcas (*No logo*) que se convierte, fulgurantemente, en una de las biblias del llamado movimiento antiglobalización. Vende miles de ejemplares en muchas partes del mundo. La rebelión contra las marcas es un signo de confrontación contra el sistema capitalista. Por ello contesta al texto de Klein un artículo de *The Economist* («En defensa de las marcas»), publicación que es una de las biblias, por seguir con la metáfora, de la globalización feliz. Pero, independientemente de los análisis defensivos de carácter ideológico («Lejos de ser instrumentos de opresión, hacen que las empresas sean responsables ante sus clientes»), hay argumentos reales sobre los que merece la pena reflexionar: «Imagínense un mundo sin marcas. Una vez existió, y más o menos nos sigue existiendo en los lugares más pobres del mundo. Nada de publicidad estridente, nada

de carteles, nada de McDonal`s. Sin embargo, la gente escapa de este paraíso en cunanto tiene la oportunidad y algo de dinero. Prefiere una Budweiser a la bebida alcohólica local, se deshace de sus camisetas sin nombre y busca las de Gap, y fuma Malboro en lugar del tabaco nacional. ¿Qué conclusión deberíamos sacar? ¿Qué las personas no son más que juguetes en manos de gigantescas empresas que tienen inmensos presupuestos y alcance mundial? ¿O que las marcas aportan algo que la gente considera mejor que lo que tenía anteriormente?... De esta forma, las marcas se han convertido en la tapadera del capitalismo internacional. Fuera de Estados Unidos, ahora son símbolos del poder empresarial estadounidense, porque la mayoría de las marcas más famosas del mundo son estadounidenses. En torno a ellas crecen todas las preocupaciones sobre los daños al medio ambiente, los abusos contra los derechos humanos y la explotación laboral que los activistas antiglobalización les encanta colocar en sus carteles. No es sorprendente que las marcas parezcan algo malo... De la misma forma que la distancia creó la necesidad de marcas en el siglo en el siglo XIX, en la era de la globalización e internet refuerza su valor... Actualmente se está produciendo un cambio en el papel de las marcas. Cada vez es más frecuente que los clientes paguen más por una marca porque parece representar un estilo de vida o un grupo de ideas. Las empresas explotan las necesidades emocionales de la gente y sus deseos de consumir... Para los grandes del medioevo europeo el detalle de la ropa marcaba la diferencia, y las leyes suntuarias pretendían acabar con las imitaciones por parte de los órdenes inferiores, ahora, el país más pobre de África tiene su mercado de ropa donde las marcas de diseño de segunda mano están más solicitadas que las prendas nuevas sin logotipo... Los manifestantes, incluidos los activistas antiglobalización de Klein, pueden utilizar el poder de la marca contra las empresas consiguiendo pruebas de que los trabajadores son maltratados o de que contaminan los ríos. Irónicamente, gracias a la globalización pueden hacerlo en todo el mundo. Cuanto más fomenten las empresas el valor de sus marcas, más tendrán que parecer éticamente fuertes y ecológicamente puras. Otra cuestión es si los manifestantes harán que progresen los intereses de aquellos a los que alegan defender. Lo cierto es que las marcas les otorgan mucho más poder sobre las empresas del que tendrían sin ellas. Las empresas pueden quejarse de ello, pero es difícil entender de qué se quejan los enemigos del *facismo* de las marcas».

También hay aspectos más agresivos que han creado nuestra personalidad y que forjarán la tuya con otro signo. La noche que el teniente coronel Tejero pretendió dar un golpe de Estado en el Parlamento, el 23 de febrero de 1981, me acosté muy tarde y tenía la cuna en la que tú dormías, con un año, al lado de nuestra cama. No se sabía definitivamente lo que iba a suceder en España, aunque el Rey ya había desactivado en su mensaje por televisión (en la única televisión que entonces existía, Televisión Española, la pública) los aspectos más preocupantes de la asonada militar. Mi pensamiento recurrente era entonces si tú ibas a tener que repetir los horrores que había sufrido yo; pero la representación gráfica de esos horrores, paradójicamente, no tenía que ver con cárceles, presos políticos, policías repartiendo palos en la universidad y en las fábricas, sino con otros matices grises de la vida. Me acordaba de las piscinas de las Hermandades del Trabajo, donde hombres y mujeres, niños y niñas de las mismas familias tenían que entrar por puertas diferentes y bañarse en piscinas separadas. Más de una vez te he dicho, hija mía, que para mí en el franquismo eran esas piscinas cutres y con *apartheid* de género. Pensaba en ello la noche del 23-F y cuando lo rememoro ahora, se me pinta la globalización como una realidad en colores (aunque sea en colores discordantes e incompatibles a veces) y el franquismo en un blanco y negro terrible, soporífero, invisible. Mis padres no tuvieron jamás un automóvil y

mi primera bici me llegó cuando aprobé la reválida. Tú bajas a la universidad en coche, estás aburrida de viajar en avión y la bicicleta es, como nuestros triciclos o los soldaditos de plomo, un juguete de la niñez.

Sé que no son vivencias universales ni armónicas, y de ello hablaremos a partir de ahora, pero, como decía Marx –y en eso tenía razón-, la existencia condiciona la conciencia. Esas vivencias describen por aproximación las enormes diferencias entre un régimen cerrado –el marco de referencia de hace apenas veinticinco años- y la globalización con la que creces tú. Por ello, porque sois sus protagonistas y porque estáis más preparados que nosotros para entender sus efectos, en la política, la cultura, la psicología, la economía, es decir, en el *modus vivendi* (un *modus vivendi* es aquello que es practicado por un cierto número de personas, no por una sola; que debe extenderse a través de varias generaciones, tener una conciencia de sí mismo y ser reconocible por otros; excluir a algunas personas y tener prácticas, creencias y valores propios), es por lo que te pido que me ayudes a entenderla, que contestes a mis preguntas y mis interrogantes y yo a los tuyos, sabiendo habrá sensibilidades distintas, pero también muchas compartidas; que habría silencios e ignorancias; y que, en ese diálogo, en esa dialéctica que pretendo, también yo podré aportarte respuestas, muchas de ellas relacionadas con la historia. Porque la primera premisa para comprender los fenómenos sociales que sé que compartes porque hemos hablado de ella infinidad de veces, es que nada surge de la nada, sino que ésta ahí, completándose, produciéndose, equilibrándose, con marchas hacia delante y atrás.

Lo que sigue a continuación es la síntesis de ese diálogo: una edición del mismo en la que las preguntas y respuestas de los representantes de dos generaciones se confunden y completan para dar sentido a la conversación, y así intentar profundizar en los fenómenos de la globalización, y así intentar profundizar en los fenómenos de la globalización y la antiglobalización.

¿Qué es la globalización?

Muy pocos diccionarios oficiales han incorporado hasta no hace mucho la voz *globalización*. El de la Academia Española lo acaba de hacer. Dice: «Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales». Ello le da un carácter primordialmente económico, lo que es reduccionista. El gran historiador francés Fernand Braudel, que a finales de los años setenta del anterior siglo dedicó muchas de sus fuerzas intelectuales a estudiar la mundialización (entonces no existía el concepto de globalización), escribió en una de sus obras: «La historia económica del mundo es la historia entera del mundo, pero vista desde un solo observatorio: el observatorio económico. Elegir este observatorio es privilegiar de antemano una forma de explicación unilateral y peligrosa».

Algunos diccionarios de autor han descrito la globalización e incluso ya estén diccionarios dedicados enteramente a la misma. Uno de ellos la califica de «estado de desarrollo planetario sin barreras, donde todo está próximo, accesible, y donde todo comunica y donde, consecuentemente, las solidaridades y las interdependencias se acrecientan». Ojalá fuese así de fácil. Si uno acude a la definición de ella hace uno de sus organismos favoritos, el Fondo Monetario Internacional (FMI), dice lo siguiente: «la globalización es la interdependencia económica creciente del conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y

servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al tiempo que la difusión acelerada y generalizada de la tecnología».

No hay que dudar que sea sí. Pero no sólo así. La definición es demasiado intrincada; no ayuda a explicar qué está ocurriendo, ni por qué despierta tantas pasiones enfrentadas. Parece un concepto técnico, digno de economistas, ausente de la reflexión del resto de los ciudadanos. Pero la globalización nos afecta a todos y, desde luego, no es un fenómeno estrictamente económico sino, más amplio. Intentémoslo de otro modo: se trata de un proceso por el cual las políticas nacionales tienen cada vez menos importancia y las políticas internacionales, aquellas que se deciden lejos de los ciudadanos, cada vez más. Es una definición intencionada, mucho más amplia, que puede incluir tanto lo positivo como lo negativo. Si así fuese, el primer efecto de la globalización sería más político que económico, y se vincularía a la esencia del sistema en el que aspiramos a vivir: la democracia, la sociedad de libertades políticas, económicas y sociales. Independientemente de los beneficios del proceso mundializador, existe también un alejamiento de los ciudadanos respecto a las principales decisiones que se toman en su nombre, lo que implica debilidad de la democracia, falta de calidad de la misma. Los ciudadanos no se sienten representados por quienes toman las decisiones últimas, por quines se reúnen y marcan las tendencias, los caminos por los que va a discurrir la Humanidad.

Es decir, lo principal de la globalización no es lo instrumental, lo que favorece, lo negativo, a quiénes beneficia o a quiénes perjudica. Ello es muy significativo, pero lo central es que es un proceso que no hemos decidido las personas, que no hemos votado y que, no haciéndolo, nos perjudica como ciudadanos (aunque en muchos casos nos alegre como consumidores). Lo principal es que nos distancia de la participación ciudadana, nos anestesia de lo público, de lo colectivo. Ello es lo que han visto quienes, cada vez con mayor frecuencia y en mayor cantidad, se manifiestan contra la globalización en todo tipo de reuniones. A los movimientos antiglobalización les da igual una cumbre de las Organización Mundial de Comercio (OMC), que del FMI o del Banco Mundial; una reunión del Ecofin (los ministros de Economía de la Unión europea) que del Consejo Europeo (los jefes de Estado y de Gobierno de la UE); tanto les da un club privado de singular influencia como Davos (empresarios, políticos, banqueros, editores, gente con mucho poder), que el G-7 (los mandatarios de los siete países más ricos del mundo: Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, Gran Bretaña, Canadá e Italia). Todas esas reuniones les parecen *naturalmente* sospechosas por *adocráticas*; porque sustituyen la voluntad de la mayoría de los ciudadanos en aspectos que afectan a los más de 6.000 millones de personas que habitan la Tierra.

En los últimos tiempos, los propios poderosos parecen darles la razón, pues no aparecen públicamente para defender con dignidad lo que hacen; las reuniones de los organismos citados se celebran aislando los lugares en los que se desarrollan, con miles de policías protegiéndolo. Fortalezas sitiadas y mandatarios vergonzantes. Últimamente, las cumbres se han convocado en lugares casi inexpugnables, para que no lleguen los rebeldes. No los terroristas, que también, sino los llamados «antiglobalización». Y las declaraciones que salen de ellas son retóricas, dubitativas: nos estamos equivocando, pese a las apariencias, nos interesa la pobreza y la desigualdad, no sé pueden abrir más brechas entre unos y otros. Retroceden con mala conciencia, aunque no cambian las políticas que la motivan.

Además, en las últimas décadas se han multiplicado los organismos *adocráticos*, aquellos que son independientes de los poderes políticos e irresponsables ante ellos en el sentido jurídico del término. Ello es consecuencia del recelo ante la esfera de lo político. El

caso más conocido es el de los bancos centrales, que tienen un fuerte grado de independencia respecto a los gobiernos. Si el poder de estas instituciones *adocráticas* sobre los súbditos de la globalización se vuelve absoluto (sin control), la institución se sitúa por encima de la ley, y en esa medida se diferencia y se separa de la sociedad civil, que somos todos. La multiplicación de instituciones *adocráticas* procede del recelo ante la voluntad de los ciudadanos y de la necesidad de protegerse de la democracia. Ésta alimenta muchos temores, como el de la presión constante de la mayoría de los ciudadanos de un lugar para exigir la redistribución de la renta y la riqueza. Marx creía, por estas razones, que la combinación de capitalismo y democracia es inestable. Los globalizadores oficiales dicen que uno de los principales defectos de la democracia es que provoca permanentemente una presión a favor del consumo inmediato, del desarrollo de programas sociales cada vez más caros y, por tanto, va en detrimento de la eficacia del sistema. Estas presiones irresponsables son granos de arena en el engranaje del mercado y de la globalización. El premio Nobel de Economía, el neoliberal Gary S. Becker, declara a este respecto: «Sólo los Estados que se encuentran institucionalmente protegidos frente a estas presiones pueden resistir, y los Estados democráticos no lo están».

Muy descriptivo. Por tanto, los Estados más eficaces desde el punto de vista del mercado son aquellos que gozan de mayor autonomía frente a la soberanía de los ciudadanos. A falta de una dictadura, el único recurso que queda para beneficiarse todo lo posible de las ventajas del mercado sería confiar responsabilidades cada vez más importantes a instituciones que se encuentren estatutariamente al margen de la presión ciudadana. Por ejemplo, los estatutos del banco Central Europeo dicen que no puede «solicitar ni aceptar instrucciones de las instituciones o de los organismos comunitarios, ni de los gobiernos de los Estados miembros, ni de ningún otro organismo».

Y si no son los ciudadanos los que deciden su futuro y su presente, ¿quiénes son los que los hacen? Aquí aparece una misteriosa e irremediable apelación a *los mercados*, compuestos por miles de millones de personas anónimas que, por simple agregación, aseguran que lo que va a ocurrir es lo mejor que puede ocurrir. Es la versión perfeccionada y sofisticada a principios del nuevo milenio de lo que el padre de la economía, el escocés Adam Smith, llamó en el siglo XVIII *mano invisible*. Para los apologetes de los mercados (seguidores de Smith sólo en lo que les conviene), el incentivo fundamental de toda actividad, no sólo de la económica, es el interés individual; conseguirlo asegura el máximo bien público, pues «no hemos de esperar que nuestra comida provenga de la benevolencia del carnicero, ni del cervecero, ni del panadero, sino de su propio interés. No apelamos a su humanitarismo, sino a su amor propio». Cada ciudadano es, por naturaleza, el mejor juez de su propio interés y debe dársele libertad para satisfacerlo puesto que así, en una especie de armonía natural –que se rompe cuando hay intervenciones públicas–, impulsará el bien común; al buscar su propio provecho, cada individuo «es conducido por una *mano invisible*» que permite que las acciones emprendidas por interés propio confluyan «en resultados globales, en la obtención de dividendo social, del producto de la actividad económica de la sociedad. Todo bajo el imperio de las leyes naturales, sin intervención de Príncipe... Jamás he sabido que hagan mucho bien aquellos que simulan el propósito de comerciar por el bien común». Magníficas palabras de aquel moralista escocés que fue Amith... pero que tienen poco que ver con la realidad de nuestro tiempo. Un médico holandés, Bernard Mandeville, escribió luego la llamada *fábula de las abejas* en un maravilloso libro que se titulaba con claridad meridiana *Los vicios privados hacen la prosperidad pública*; Mandeville defendía que los asuntos comerciales son más afortunados cuanto menos regulados están por los gobiernos,

y que las cosas tienden a encontrar por sí mismas el equilibrio que mejor les conviene; el egoísmo sin trabas de cada individuo intervendrá en la sociedad de manera tan recíproca que ésta se ajustará por sí misma y redundará en beneficio de la comunidad. En cambio, una intervención del Estado tendería a trastocar la delicada armonía de la sociedad.

Los apologistas de los mercados son hoy los llamados neoliberales: los mayores globalizadores de lo económico. Los sucesores de los Smith o Mandeville amplían la necesidad de unos mercados ímpecables a otros órdenes de la vida (la sanidad, la educación, la protección social...) diferentes de los comerciales o de los financieros. Por ello, cada vez que se matiza sobre la globalización realmente existe se la califica de *globalización neoliberal*.

Más adelante profundizaremos en lo que de bueno o malo nos ha traído, pero lo primero, lo más significativo era establecer el primer plano de la globalización, su relación con los valores más importantes de los que nos hemos dotado para convivir en paz. No se trata de apaciguar los conflictos de valores, sino de conciliar a los ciudadanos con los valores en conflicto; no necesitamos de muchos valores comunes para vivir juntos, pero sí de instituciones comunes en las que muchas formas de vida puedan coexistir. Atribuir a los mercados esos pocos valores significa debilitar las instituciones comunes.

Cuando pido que dialoguemos sobre la globalización, parto de las dificultades de comprensión que tiene para quien creció en un régimen cerrado y autárquico como el franquismo. ¡Cuidado! No sea que las libertades obtenidas con su desaparición se hagan tan deletéreas, tan débiles, tan alejadas y extrañas a todos nosotros, que lo que conseguiremos por un lado, los perdamos por el otro: existe por ahora una sociedad abierta, sino un mercado abierto. La única globalización realmente existente es la financiera, no la política, ni la de los derechos humanos, ni la de la justicia, ni la del desarrollo sostenible, ni la de los derechos económicos y sociales, etcétera.

Si la globalización depende más de los mercados que de las decisiones de las personas (directamente o a través de los representantes libremente elegidos), se pone en cuestión el concepto mismo de democracia, tal y como lo conocemos. El financiero americano George Soros, uno de los que más se han aprovechado de la globalización financiera, ha dicho: «Los mercados votan cada día, obligan a los gobiernos a adoptar medidas ciertamente impopulares, pero imprescindibles. Son los mercados quienes tienen sentido de Estado». Si los mercados son los que mandan, devienen en el poder fáctico por excelencia del siglo XXI. Hay un desplazamiento de poder desde los gobiernos a los mercados: a la globalización le corresponde un desplazamiento del poder. Cuando en el verano de 1997, una oleada especulativa sacudió a los países asiáticos, el primer ministro de Malasia declaraba impotente: «En todos estos países hemos estado trabajando durante treinta o cuarenta años tratando de levantar nuestras economías. Y ahora viene un tipo que dispone de miles de millones de dólares [se refiere a Soros] y en un par de semanas deshace todo nuestro trabajo». El 1 de enero de 1999 tomó posesión por segunda vez de su cargo como presidente de Brasil Fernando Henrique Cardoso; en su discurso de investidura afirmó desafiante: «No seré el gestor de la crisis. El pueblo me ha elegido para vencer». Apenas quince días después, los mercados derrumbaban su proyecto mediante un formidable ataque especulativo que conseguía una fortísima devaluación del real, la moneda brasileña. La economía de ese país entraba en recesión.

¿Para qué votar, nos podríamos preguntar en el extremo, si la política de un Gobierno libremente elegido no es tan determinante para el bienestar de los ciudadanos de ese país como la acción de un grupo de operadores anónimos (los famosos mercados), que actúan

como epicentro de un terremoto financiero a miles de kilómetros de donde su decisión va a tener efecto?

La globalización: ¿es un fenómeno nuevo en la historia?

No. Se aludía en las palabras iniciales a la necesidad de recurrir a la historia en todo lo que se refiere a los procesos sociales. Los libros de historia están llenos de acontecimientos que remiten a hechos globalizadores. ¿Qué otra cosa, por ejemplo, es el descubrimiento de América? En realidad, la historia de la Humanidad es, con muchos picos de sierra, la historia de la globalización en la que los hombres se van acercando unos a otros a través de su economía, de su cultura, de sus costumbres. Globalizaron los fenicios comerciando por el Mediterráneo, o los venecianos, o los misioneros que llegaron a Japón. El propio Braudel, al que mencionábamos antes, decía que las mundializaciones históricas fueron la antigua Fenicia, Cartago, Roma, la Europa cristiana, el islam, Moscovia, China e India.

Repasemos lo sucedido en la edad contemporánea, en el último siglo y medio. Desde la última parte del siglo XIX, que vivieron nuestros abuelos y bisabuelos, a los que hemos podido conocer, ha habido dos momentos globalizadores muy intensos, quebrados por las dos grandes catástrofes del siglo XX, las dos guerras mundiales (también ha habido conflictos globales). El primero comenzó en los años setenta del siglo XIX, coincidiendo con la Comuna de París (una de las primeras revoluciones influenciadas por el marxismo, filosofía que analizó con mucha anticipación lo que pocas décadas después iba a denominarse capitalismo global) y acabó con la Gran Guerra en 1914. En ese casi medio siglo se avanzó mucho en la integración mundial de los capitales, de las mercancías, incluso del trabajo.

Marx y Engels, los padres del marxismo, se equivocaron mucho en sus profecías históricas, pero hicieron un buen análisis de lo que era el capitalismo. En 1848, con la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista*, describieron con gran precisión lo que después se denominó «globalización». Sirvan algunos párrafos de ejemplo: «El descubrimiento de América y la circunnavegación de África crearon un nuevo terreno para la burguesía ascendente. Los mercados de las Indias Orientales y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercancías en general procuraron al comercio, a la navegación y a la industria un auge desconocido hasta entonces y con ello, una rápida evolución del elemento revolucionario en la sociedad feudal en descomposición [...], los mercados siguieron creciendo ininterrumpidamente, la demanda no dejó de aumentar de continuo. Tampoco la manufactura bastaba ya. Entonces, el vapor y la maquinaria revolucionaron la producción industrial. La manufactura fue sustituida por la gran industria moderna, la clase media industrial fue sustituida por los millonarios industriales, los jefes de ejércitos industriales enteros, los burgueses modernos. La gran industria ha creado el mercado mundial ha impulsado un evolución inconmensurable del comercio, la navegación, de las comunicaciones terrestres. Ésta ha influido a su vez en la expresión de la industria, y en la misma medida en que se expandían la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, aumentaba sus capitales, relegaba a un plano secundario a todas las clases heredadas de la Edad Media [...]. La necesidad de dar cada vez mayor y más extensa salida a sus productos lanza a la burguesía de una punta a otra del planeta. Tiene que anidar por doquier, tiene que establecerse por doquier, tiene que crear conexiones por doquier [...]. Las primitivas industrias nacionales han sido aniquiladas y aún son aniquiladas a diario. Son desplazadas

por nuevas industrias cuya introducción se convierte en una cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que no elaboran ya materias primas locales, sino materias primas procedentes de las zonas más alejadas y cuyos productos no se consumen ya únicamente en el propio país, sino en todos los continentes a la vez. Nuevas necesidades, que reclaman para su satisfacción los productos de los países y climas más remotos, ocupan el lugar de las antiguas, satisfechas por los productos nacionales. Frente a la antigua autosuficiencia y aislamiento locales y nacionales irrumpe un tráfico en todas las direcciones, una dependencia general de las naciones las unas respecto a las otras. Y al igual que en la producción industrial, en la intelectual. Los productos intelectuales de las diferentes naciones se convierten en patrimonio común. La limitación y el exclusivismo nacionales se vuelven cada día más importantes, y a partir de las múltiples literaturas nacionales y locales se configura una literatura universal [...]. En su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. Sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, maquinaria, aplicación de la química a la industria y a la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, roturación de continentes enteros, aperturas de los ríos a la navegación, poblaciones enteras como surgidas de la tierra. ¿Qué siglo anterior pudo sospechar siquiera que tales fuerzas productivas dormitaran en el seno del trabajo social?».

Las dos guerras mundiales y, en medio, la Gran Depresión de 1929, encerraron de nuevo a los países y a las personas en sí mismas. Crecieron los nacionalismos, como vectores que tiraban en dirección opuesta a la mundialización. Después de la Gran Guerra, cerrada en falso como pudo comprobarse después, los americanos vivieron los felices veinte, años de prosperidad que pretendieron trasladar al resto del mundo. Poco antes de abandonar la Casa Blanca, en diciembre de 1928, el presidente de EE.UU. Calvin Coolidge manifestaba su gran optimismo y decía: «Ninguno de los Congresos de EE.UU hasta ahora reunidos para examinar el estado de la Unión tuvo ante sí una perspectiva tan favorable como la que se nos ofrece en los momentos actuales». El dirigente republicano siguió hablando del «más largo periodo de prosperidad» y de «considerar el presente con satisfacción y encarar el futuro con optimismo, ya que la fuente principal para esta bendita situación reside en el carácter e integridad del pueblo americano». Unos días antes de dejar su despacho al también republicano Herbert Hoover, ya en 1929, insistía en que las cosas iban «perfectamente bien» y que las acciones de las empresas «estaban baratas, a precios corrientes». Todavía en septiembre de 1929, el presidente del organismo regulador de las Bolsas declaraba: «Se han acabado los ciclos económicos tal como los hemos conocido». Un mes después de las palabras del presidente Coolidge comenzaba el crash bursátil de 1929, precedente de la Gran Depresión que duró una década, y que se trasladó de EE.UU a Europa, y de allí al resto del planeta (excepto a la URSS, enmarcada en un sistema de planificación central). Diez años después del *crash* de la Bolsa se iniciaba la II Guerra Mundial.

Siete décadas después, el presidente demócrata Hill Clinton hacía un discurso ante el Congreso casi con las mismas palabras que Coolidge: «Tenemos la suerte de estar vivos en este momento de la historia. Es la primera vez que nuestra nación disfruta al mismo tiempo de tanta prosperidad y progreso social con tan pocas crisis internas y tan pocas amenazas exteriores. Nunca antes hemos tenido una oportunidad tan buena –y por tanto, una obligación tan fuerte- de construir la Unión más perfecta que soñaron nuestros fundadores». Por otro lado, la teoría del final de los ciclos económicos volvía a ponerse de moda dentro

de lo que se daba en llamar *nueva economía*. Poco después estallaba la primera crisis financiera global, aquella que comenzando en Asia se diseminó por América Latina y Rusia, y más adelante afectó al resto del mundo, con una gran capacidad de contagio. Un economista muy conocido por su capacidad de diagnóstico, Paul Krugman, estableció entonces una comparación entre lo sucedido en 1929 y el final de siglo, al escribir un libro titulado *De vuelta a la economía de la Gran Depresión*, en el que afirmaba que los monstruos de la economía... recesión, depresión, devaluaciones astronómicas, inflación, desempleo, estanflación...- habían vuelto a aparecer, como una maldición, al final del milenio. Poco después de esas fechas estallaban las primeras algaradas contra la globalización en Seattle.

Así pues, el periodo que va desde 1914 a finales de los años cuarenta fue un gran paréntesis entre dos oleadas de globalización. La actual comenzó en la década de los años cincuenta y ha estado en su esplendor hasta ahora. Aumentaron espectacularmente los intercambios entre las naciones: bienes, servicios, movimientos de personas y movimientos de capitales se han incrementado en términos desconocidos hasta entonces. El comercio crecía mucho más que la producción.

En este más de medio siglo último también ha habido momentos de retroceso; cada vez que la economía se torcía (por ejemplo, con las crisis del petróleo de los años setenta), la globalización se hacía más lenta. Se puede afirmar con carácter general que está se expande cuando las cosas van bien (periodos de expansión económica, sin conflictos bélicos) y que sufre dificultades cuando las economías y las sociedades se encierran, se hacen más autárquicas, más nacionalistas, que coinciden con los tiempos de recesión.

Por ello, cuando antes del verano de 2001 se empiezan a detectar los primeros síntomas de enfriamiento económico en el planeta (muy agudos en EE.UU, la zona que más tira del resto) e inmediatamente después se producen los atentados terroristas contra las Torres Gemelas en Nueva York, y contra el Pentágono en Washington, los analistas se preocupan. ¿Estamos entrando en un movimiento de diástole internacionalizada? El conflicto bélico posterior no hace sino ahondar estas preocupaciones.

¿Qué diferencia a la actual globalización de los anteriores periodos globalizadores?

La globalización más reciente tiene características distintas a las anteriores: se asienta en una revolución tecnológica (lo digital, la era de internet) y afecta, más a cualquier otro sector, al de las finanzas; es una globalización financiera.

¿Por qué? Porque el mundo de las finanzas se ajusta como un guante a las condiciones de la revolución tecnológica: es inmaterial, inmediato, permanente y planetario. Durante los 365 días del año, las 24 horas del día se intercambian capitales de un lado a otro de la tierra sin ningún tipo de interferencia; las principales Bolsas de valores están vinculadas entre sí y funcionan en bucle, sin interrupción; cuando una cierra, abre la otra, y todo continúa.

Una enorme cantidad de dinero, que navega por el ciberespacio, busca las mejores condiciones de rentabilidad sin necesidad de la intervención de los otros factores de producción (trabajo y tierra). Las transacciones financieras diarias, que algunos cuantifican ya en cerca de dos billones de dólares de media, equivalen, por ejemplo, a la producción de bienes y riquezas de un país como Francia (que pertenece al club de los siete países más ricos del mundo) en un año. O, por hacer otra comparación, el volumen de las transacciones de los mercados financieros representa alrededor de 50 veces el valor de los intercambios comerciales internacionales.

En la globalización actual, las fianzas funcionan a escala planetaria en tiempo real. Eso significa que cualquier ciudadano puede negociar con otro las 24 horas del día si tiene conocimientos, con lo que la información se convierte en el producto más valioso de la economía global.

Veamos estos cinco ejemplos de la actual globalización:

1) En su diminuto domicilio en Bangkok, un ingeniero informático navega por internet, buscando información acerca de dónde colocar mejor unas acciones que posee del Manchester United, el equipo de fútbol más rentable del mundo, ya que necesita liquidez inmediata.

2) A la misma hora, un joven matrimonio mexicano estudia las posibilidades de acceder a un crédito hipotecario de la banca japonesa, que tiene los tipos de interés más bajos, para financiar la educación privada de sus dos hijos en Estados Unidos, ya que una buena educación es la mejor herencia que las pueden dejar.

3) Más o menos al mismo tiempo, un antiguo campesino chino, ex guardia rojo, explora en Macao, a través del satélite, la situación de los grandes fondos de inversión, para invertir en ellos la fortuna lograda en los últimos años con la formidable especulación inmobiliaria que ha tenido lugar en Pekín.

4) En Barcelona, un antiguo banquero que se ha instalado por su cuenta se conecta como todos los días, con sus socios de Berna para estudiar unos extraños movimientos detectados en el mercado de futuros, relacionados con el precio del azúcar; está preocupado por el informe confidencial que un banco de inversiones ha introducido en la red para sus selectivos clientes, sobre los planes económicos de Fidel Castro. Su inquietud no empaña la satisfacción de ver cómo crece el nivel de facturación de su empresa, que sólo forman él y un potente aparato multimedia que le hace todas las funciones de secretaria.

5) En Sao Paulo, mientras tanto, un grupo de cinco cibernautas, que han unido sus fuerzas, intenta por enésima vez asaltar el sistema informático de la Casa Blanca para demostrar al mundo la fragilidad de la seguridad de la Presidencia norteamericana. Si lo consiguen, aprovecharán el vacío legal y difundirán las claves secretas de acceso a través de internet.

Alguien ha dicho que si metiésemos en el mismo saco hamburguesas, dinero y espectáculos televisivos no veríamos con nitidez lo que realmente distingue a esta globalización de otras en la historia. El motor es la capital, convertido en más portátil y más móvil que cualquier otro objeto. El capital no sólo está ganado la carrera de la movilidad, sino que está dirigiendo la globalización no es sinónimo de la mundialización de todo, sino de los movimientos de capitales por todo el mundo es la característica central de esta globalización; estos movimientos no son nuevos, aunque sí su amplitud y libertad. A principios del siglo XX, en la anterior oleada de globalización, los financieros podían hacer circular sin demasiados problemas el dinero por las fronteras. Fue la Gran Depresión, como hemos visto, la que cambió la tendencia: los gobiernos pasaron a controlar los capitales, con el objeto de evitar las salidas de dinero que acababan desencadenando las dificultades de los países. El resultado fue que numerosas naciones limitaron el derecho de las empresas y de los ciudadanos a comprar valores extranjeros; con frecuencia se permitía adquirir únicamente pequeñas cantidades de moneda extranjera.

En los años setenta y ochenta del siglo XX, cuando fueron olvidando los efectos de la Gran Depresión, hubo un nuevo giro, y en Estados Unidos y en Europa se puso de moda dejar que el dinero se moviera libremente. La Administración neoliberal de Ronald Reagan presionó mucho para imponer el libre movimiento de capitales en otros países. El

presidente Clinton heredó el proyecto y lo amplió. Los republicanos habían presionado para lograr una liberalización económica, sobre todo en el proteccionista Japón, pero con Clinton se convirtió en una iniciativa mundial dirigida a todo tipo de países, incluso a los más pequeños, mucho más capaces de absorberla que Japón. La campaña a favor de la liberalización económica se dirigió especialmente a Asia, en gran parte porque se veía como una mina de oro para los bancos y agentes de bolsa americanos; la idea era presionar a los países asiáticos para que facilitaran el paso por sus fronteras de los bienes y servicios financieros estadounidenses y así «ayudar a Fidelity a vender fondos de inversión; a Citibank, a vender cuentas corrientes; y a American International Group a vender seguros», en declaraciones de un alto funcionario de EE.UU. La Administración Clinton aprobó un plan de *grandes mercados emergentes*, con el fin de indentificar diez potencias económicas al alza y presionar de forma implacable a fin de conseguir negocios para las empresas de su país. Según unos periodistas del *Internacional Herald Tribune*, siendo secretario de Comercio de EE. UU Ron Brown, su departamento llegó a construir lo que se denominó sala de guerra, donde los ordenadores seguían la pista a los grandes contratos, «y en donde se recurría a todo el mundo, desde la CIA hasta los embajadores o incluso al mismísimo presidente, para echar una mano a la hora de conseguir contratos».

Ésta es otra cara de la globalización.

Del dinero que busca dinero y, sobre todo, del dinero *caliente* (el 90% de los capitales que circulan son transacciones que se realizan en menos de una semana y que no se corresponden con movimientos de mercancías, servicios ni inversiones productivas): circulan cerca de los dos billones de dólares cada día por los mercados de cambio. Un ex presidente de Gobierno español, Felipe González, narraba el sentimiento de impotencia de los políticos cuando esos capitales entran y salen de un país modificando las condiciones de su economía: «Un país como España tiene 60.000 millones de dólares de reservas de divisas [las declaraciones se hicieron antes de la entrada en vigor del euro] para defender su moneda frente a algún movimiento especulativo. Si la cola de este potente huracán que circula cada día por los mercados de cambio, veinticuatro horas al día, pasase por mi país, sólo rozarlo significaría la liquidación de nuestras reservas de divisas en media hora de entretenimiento».

Uno de los casos en los que se ha visualizado mejor esa impotencia de las administraciones ante el libérrimo juego de los mercados de capitales se dio en México, en los años 1994 y 1995. Entre finales del primer año y el comienzo del segundo, coincidiendo con la toma de posesión de un nuevo presidente de la República, Ernesto Zedillo, México vivió lo que se ha denominado «primera crisis de un mundo nuevo con mercados financieros globalizados», o más sencillamente «la primera crisis económica del siglo XXI». En un país que entonces estaba considerado como uno de los más ejemplares del Tercer Mundo por el grado de apertura de su economía y en el que casi todo iba bien (crecimiento económico, inflación controlada y a la baja, reducción del déficit público, integración con Estados Unidos y Canadá en el Tratado de Libre Comercio, etcétera), de repente, de un día para otro, los inversores empezaron a sacar su dinero a espuestas fuera del país; el peso mexicano se devaluó hasta un 60% respecto al dólar americano, se hundió la Bolsa de valores, se desplomó el valor de las acciones de las empresas mexicanas en la Bolsa de Nueva York, etcétera. Poco a poco, México quedó en la ruina y aumentaron extraordinariamente los desempleados y la pobreza. Tan mal le fueron las cosas, que un país tan nacionalista como México saludó la ayuda pública de los Estados Unidos, que

suponía la dependencia directa del vecino del Norte; cuando se conoció el contenido de la ayuda que había propiciado el presidente de EE. UU, uno de los periódicos populistas de mayor tirada de México Distrito Federal, tituló a toda plana: «Viva Clinton».

La crisis mexicana se extendió primero a toda la región y luego a otros muchos países emergentes del mundo entero, en lo que se llamó *efecto tequila*. Cuatro años después, en el verano de 1997, se inició otra crisis económica mundial, con gran capacidad de contagio, que arrancó en Asia y se extendió luego a Rusia, América Latina, etcétera. Piezas de dominó que demostraron el sentido más negativo de la globalización financiera. Antes se citaban las palabras de Soros, que decía que «los mercados votan cada día y son los que tienen sentido de Estado». A lo que el ex primer ministro francés, el muy neoliberal Raymond Barre, responde: «Decididamente, ya no se puede dejar el mundo en manos que no piensan más que en hacer dinero». Y el director de *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Ramonet, remata informando de que tres grandes fondos americanos movilizan una cantidad de dólares diez veces superior a la de las reservas del G-7: «los gerentes de esos fondos concentran en sus manos un poder financiero, de una envergadura inédita, que no posee ningún ministro de Economía ni gobierno de banco central alguno. En un mercado que se ha convertido en instantáneo y planetario, todo cambio brutal de esos auténticos mamuts de las finanzas puede originar la desestabilización de cualquier país».

Ésta es una globalización mutilada. Sólo financiera. El llamado «movimiento antiglobalización» apuesta por una globalización global, valga la redundancia. Ellos son los auténticos globalizadores, a pesar de que se les manipule y se les vitupere.

¿Existe alguna globalización alternativa?

Resumamos una vez más lo que estamos exponiendo: la única globalización realmente existente es la globalización financiera. Y está es sólo una parte de la globalización económica. La globalización económica es una visión parcial de la globalización global.

La etapa globalizadora que vivimos tiene tres características iniciales: libertad absoluta del movimiento del dinero a través de las fronteras; libertad relativa de los movimientos de bienes y servicios entre las naciones; y una libertad muy restringida de los movimientos de personas y trabajadores, a través del fenómeno migratorio contemporáneo.

La paradoja es que los mismos países que hicieron presión en los organismos internacionales para que se practicara la libertad absoluta de capitales –los países ricos- son los que ponen trabas a que los países del Tercer Mundo les exporten sus mercancías y servicios libremente y compitan con los productores fabricados en su interior. Y mucho más: son los que han hecho de sus territorios castillos con murallas que impiden el libre tránsito, y almenas para vigilar a los que van llegando. Para que no puedan penetrar con total libertad en ellos las personas que quieren abandonar la miseria o las dictaduras, y emigrar hacia lugares en los que existe más lujo material, Estado del Bienestar y, por supuesto, mayor libertad política, menos corrupción y más derechos económicos y sociales que los que hay en sus países, donde, en muchos casos, son casi inexistentes.

¿Qué clase de globalización es ésta que sólo es total en lo que se refiere al dinero, y parcial o inexistente en lo que tiene que ver con mercancías, productos, servicios y, sobre todo, en libertad de circulación de las personas? ¿Por qué sus defensores son los hagiógrafos de la globalización, sin calificativos, y sus detractores son apellidados «movimientos antiglobalización»?

Hasta ahora sólo nos hemos referido a la globalización económica. Pero, ¿quién ha hecho intencionadamente sinónimos globalización y economía? ¿Por qué la globalización ha de ser financiera, o económica, y no política, judicial, ecológica, de los derechos humanos o de los derechos económicos? Estamos hablando de una globalización al alza, que recoja lo mejor de la sociedad, no lo peor. Podría haber una globalización de las dictaduras, un mundo feliz como el de Aldous Huxley o una contrautopía como 1984, de Orwell. O una globalización del terror, como han pretendido algunos fundamentalistas extremadamente peligrosos. Podría existir –y este escenario catastrofista no se puede olvidar del todo, dado lo que está ocurriendo en los últimos tiempos- una globalización del mundo, en que todas las sociedades olvidasen la escasez de los recursos naturales; una especie de basurero mundial en el que se buscase la prioridad del crecimiento económico sin tener en cuenta los límites ecológicos, una especie de desarrollo no sostenible permanentemente... hasta el fin. Una globalización ausente de los controles de la justicia, de los parlamentos; es decir, una dictadura global. Pero en toda la conversación estamos pensando en cómo acceder a una globalización equilibrada, domesticada por los hombres.

En los Estados nacionales, tal como los conocemos, los poderes económicos deben estar controlados y regulados por los poderes políticos, que son aquellos que son elegidos democráticamente por los ciudadanos. ¿Y en la era de la globalización? ¿Quién controla a los mercados, a los poderes económicos? Es por esto por lo que se habla de «la gobernabilidad de la globalización». Esto significa la necesidad de la existencia de instituciones políticas mundiales, globales; una especie de gobierno mundial de la globalización. Una *especie de*, no un Gobierno mundial. Si existiese ese gobierno mundial, ¿quién iba a presidirlo sino el más poderoso? Esto sí que supondría legitimar la dominación de Estados Unidos. George Bush: presidente del mundo. No es eso lo que queremos.

Ha habido algunas iniciativas en este sentido. Alguna de ellas, más filosófica que real, ha pretendido establecer una especie de ideología del mundo, por la cual se debía regir la economía de éste y, a través de esa ideología económica, su política. Esto es el llamado *consenso de Washington*. El *consenso de Washington* es una expresión acuñada por el analista norteamericano John Williamson, que incluía las posturas defendidas tradicionalmente por Estados Unidos (sea demócrata o republicano el presidente de EE. UU) y, de forma añadida, por los organismo multilaterales tipo Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización mundial de Comercio... y los grupos de influencia localizados en Washington. Es decir, por los que más mandan. Se componía de disciplina presupuestaria (que no se gaste más de lo que se ingrese; los países no se pueden endeudar aunque tengan necesidades por cubrir); cambio en las prioridades del gasto público (sanidad, educación, seguro de desempleo, etcétera): en vez de la asistencia a todos los ciudadanos, los estados sólo se ocuparían de aquellos que sean pobres de solemnidad, marginados o excluidos; reformas fiscales que obliguen a pagar a todo el mundo y moderen la progresividad (ésta consiste en que paguen más impuestos quienes más ganan o más riqueza poseen); liberalización financiera (que los capitales puedan entrar y salir de los países sin ningún impedimento); liberalización comercial (lo mismo, en relación con las mercancías y servicios); privatización de todo el sector público empresarial (desaparición de las empresas públicas y venta de las existentes al sector privado); y derechos de propiedad (los únicos derechos económicos *naturalmente* sagrados) firmemente establecidos o garantizados. Estos mandamientos se resumen en cuatro: lo que se llama un cuadro macroeconómico equilibrado; gobiernos de menor tamaño y más eficientes; un sector privado eficaz y en expansión; y políticas dedicadas a la reducción de la pobreza

extrema. Una especie de intencionado «sentido común económico que sea aceptado de manera global».

El *consenso de Washington* fue aplaudido por los liberales menos doctrinarios; los más fundamentalistas ni siquiera quieren esto; pretenden el libre juego de los mercados en todas las áreas de la vida, como si los ciudadanos tuviésemos las mismas oportunidades, idéntica información y semejantes recursos para adaptarnos a esa *mano invisible*. Los críticos con el *consenso de Washington* opinan que pensar en la libertad de los mercados como derivaciones de los derechos humanos fundamentales es un error cometido intencionalmente. Igual que otras libertades humanas, las libertades encarnadas por las instituciones de mercado se justifican en la medida en que satisfacen las necesidades humanas; cuando no lo consiguen, pueden ser razonablemente transformadas. No hay un solo tipo de sistema económico justo, sino que la justicia puede realizarse a través de distintos sistemas económicos.

Hay que distinguir entre los neoliberales y los pluralistas; los primeros establecen un régimen único –el neoliberalismo– como un estándar de legitimidad para todos; los pluralistas, no: hipotéticamente, un régimen liberal puede ser el mejor marco en algunas ocasiones para la mayoría de las personas de un país, pero en otras puede ser mejor un régimen socialdemócrata, o no neoliberal. La idea de que todas las economías modernas deben converger hacia un único modo de vida económico –el neoliberalismo, el *consenso de Washington*– no cuadra con la historia ni con la libre elección política de los ciudadanos. Otra propuesta más amplia para la gobernabilidad de la globalización fue la defendida en primera instancia por Jacques Delors, ex presidente de la Comisión europea. Muchas otras personas, organizaciones no gubernamentales e instituciones se han adherido posteriormente a la idea de Delors. Parte ésta del hecho de que si las finanzas y los discursos (como el del *consenso de Washington*) se han mundializado, sus modos de regulación y de control político por los ciudadanos no lo han hecho. No hay una verdadera coordinación de las políticas ni de las políticas económicas. Funciona un capitalismo mundial, un discurso económico mundial, pero no una administración de todos. Delors propuso la creación de todos. Delors propuso la creación de una especie de Consejo de Seguridad Económica, en el seno de la Organización de las Naciones Unidas, cuyo objeto sería tan ambicioso –¿o tan utópico?– como asegurar la paz y la estabilidad de la política y de la economía del planeta. Una vez aceptada la irreversibilidad de la globalización, se trataría de globalizar el progreso. Sabiendo que, si no se consigue, el futuro puede ser un futuro de barbarie y de dominación.

¿Quiénes son los partidarios de la globalización alternativa?

Delors declaró que era necesario ese tipo de Consejo, que «establezca las bases del sistema económico de la era de la globalización, para el que todavía no se ha encontrado una solución satisfactoria». Este Consejo de Seguridad Económica debería tener funciones similares a la del actual Consejo de Seguridad (que regula los conflictos bélicos del planeta), con el objeto de democratizar el funcionamiento de la economía y de la política mundial. En él estarían representadas todas las zonas del mundo; no podría ser una especie de G-7 ampliado, porque no lo toleraría el resto de los países del mundo y no funcionaría. Se da la paradoja de que entre Estados Unidos, la Unión Europea, Canadá y Japón poseen alrededor del 75% del Producto Interior Bruto mundial, pero representan a menos del 20% de la población. ¿Cómo resistirían la tentación gobernar el mundo contando con una

potencia económica tan abrumadora? ¿Cómo podría soportarlo el 80% restante de los ciudadanos del planeta, a los que todos los días se les dice que la globalización es el marco de referencia en el que viven?

Pero cuando se habla de una globalización alternativa tampoco se ésta pensando exclusivamente en una globalización directa de las personas. Se trata de una globalización en la que los ciudadanos tengan poder como tales (como sujetos con derechos políticos, económicos y sociales) y como consumidores. Un ciudadano pleno es aquella persona que no tiene miedo de su suerte como tal. Los partidarios de esa globalización alternativa luchan contra la existencia del trabajo esclavo, del trabajo de los niños, contra el sida y a favor del uso de fármacos genéricos para terminar con esta enfermedad, contra el tráfico de armas, a favor de la condonación de la deuda externa que no permite desarrollarse a los países más desfavorecidos, contra las minas antipersonal, contra el proteccionismo importador de los países desarrollados (que quieren comerciar en todo el mundo con lo que ellos producen, pero que cierran las fronteras a los productos de los demás países), etcétera. Entienden que la verdadera globalización tiene un componente económico, otro cultural y otro social, pero el que domina y descompensa es el económico. La globalización realmente existente propende a que el mercado tenga mucha fuerza, los gobiernos menos y las sociedades civiles, según en qué países, ninguna. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, poner escuelas y formar profesores en África –el continente que sufre más las consecuencias negativas de la globalización, por su aislamiento-, donde uno de cada dos niños no tiene educación, si tienen que pagar por la deuda externa pendiente cuatro veces más de lo que se invierte en educación y salud?

Los partidarios de una globalización alternativa están a favor de una justicia global, de la creación de un Tribunal Penal Internacional que juzgue los genocidios y los crímenes de guerra. Por ello pusieron tanto entusiasmo en la detención en Londres, y en la exigencia de un juicio ecuaníme, del dictador chileno Augusto Pinochet. Y su posterior desánimo cuando fue exonerado de juicio en Santiago de Chile, por una pretendida demencia.

¿Quiénes son los partidarios de esa globalización alternativa?

¿Por qué se les ha denominado «movimiento antiglobalización»?

En agosto de 2001, después de que en Génova se originase una manifestación multitudinaria del llamado «movimiento antiglobalización», que fue reprimida por las fuerzas de orden público y en la que murió Carlo Giuliani (el primer mártir del movimiento), el primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, declaró que detrás de esos movimientos estaba el comunismo y que, habiendo sido desalojado éste por la puerta de atrás, había que estar vigilantes para que no volviese a entrar en el sistema por la ventana.

¿Cómo es posible que resucitase la paranoia anticomunista de la derecha? Es seguro que detrás de los movimientos antiglobalización hay militantes y simpatizantes comunistas, así como gente de otras muchas ideologías y con distintos objetivos. Pero darle al comunismo el carácter dominante del movimiento es hacerle un favor, además de ser una gran mentira. ¿También eran comunistas los miles de manifestantes norteamericanos en Seattle? Estos movimientos son tan heterogéneos como la propia globalización. La simplicidad de identificar antiglobalización y comunismo es una respuesta ideológica engañosa, establecida con el afán de identificar en enemigo artificial organizado. En el caso de que la denuncia hubiera sido bienintencionada –imposible de creer en un saurio de la política como Berlusconi-, es profundamente equivocada.

El escritor liberal Mario Vargas Llosa, en un artículo titulado «¿Una nueva revolución?», escribía: «¿qué puede haber en común entre los ecologistas del medio ambiente y los iracundos del Bloque Negro que devastan los comercios e incendian automóviles? ¿Qué entre los prehistóricos estalinistas y los ante-diluvianos ultranacionalistas? ¿O entre las pacíficas e idealistas ONG a las que moviliza el deseo de que los países ricos condonen la deuda de los países pobres, o aumenten la ayuda para la lucha contra el sida, y los grupúsculos y bandas de extrema derecha o de extrema izquierda, tipo ETA, que concurren a estas demostraciones por razones de autopromoción? Es verdad que, en el movimiento, hay mucha generosidad e ilusión de muchachas y muchachos avergonzados de vivir en sociedades prósperas en un mundo lleno de hambrientos; pero también lo es que, entre los miles y miles de manifestantes, hay un buen número de frívolos hijitos de papá, aburridos de la vida, que han ido allí sólo en busca de experiencias fuertes, a practicar un inédito *deporte de riesgo*. Es sin duda cierto que este archipiélago de contradicciones comparte una vaga animadversión al sistema democrático al que, por ignorancia, moda, sectarismo ideológico o necedad, hace responsable de todos los males que padece la humanidad. Con este linfático sentimiento de malestar o rebeldía, se pueden impulsar grandes espectáculos colectivos, pero no elaborar una propuesta seria y realista para cambiar el mundo».

Las palabras de Vargas Llosa son una muestra *científica*, mucho más elaborada que la de Berlusconi, de los intentos de devaluación del movimiento antiglobalización a través de la unificación equidistante de las muestras, de su pretendido alejamiento de la democracia y de la falta de propuestas racionales a la globalización sin calificativos, como si fuese la única globalización posible.

En *Alicia a través del espejo*, su autor, Lewis Carroll, hace decir a su personaje Humpty Dumpty: «cuando yo uso una palabra, esa palabra significa lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos». Pocas frases tan demostrativas de que no hay mayor poder que el que emana de poner nombre a los comportamientos, las personas y las cosas. Hay una verdadera batalla ideológica por quedarse con el apellido globalizador y por poner el prefijo *anti-* a los contrarios. Y ante ella, no cabe más que preguntarse de nuevo: ¿sólo hay una globalización?; ¿los verdaderos globalizadores son aquellos que así se autodenominan?; ¿Quiénes son los que verdaderamente se oponen a una globalización global, consecuente, alternativa a la globalización financiera que es la única realmente existente?; ¿quiénes los que utilizan las armas de la «ignorancia, moda, sectarismo ideológico o necedad», utilizando los mismos conceptos de Vargas Llosa?; ¿de qué sirven los matices y las puntualizaciones ante el simplismo de las etiquetas? Muchos de los actuales neoliberales son conversos del antiguo marxismo escolástico y no han olvidado la importancia de apoderarse de las palabras, los conceptos, las interpretaciones, como decía Humpty Dumpty; son ellos los que usan las viejas herramientas. ¿Os acordáis de cuando Lenin se aprovechó de una circunstancia muy puntual para dar a su grupo de seguidores el apellido de *bolcheviques* (mayoritarios), bautizar a sus adversarios como *mencheviques* (minoritarios), y fijar para siempre esas categorías momentáneas, inscribiéndolas en el vocabulario habitual de la historia? ¿Qué mayor paradoja que los doctrinarios neoliberales de hoy sean los que mejor utilizan el leninismo de ayer! ¿cómo tolerar la extraordinaria inversión de la situación, según la cual se nos quiere convencer de que los que ponen frenos al libre movimiento de personas, a las exportaciones de bienes y servicios de los países pobres hacia los países ricos, los representantes de la libre circulación de capitales y del neoliberalismo ideológico sean los auténticos globalizadores, y los que defienden una gobernación política de la globalización, y una globalización al alza de los derechos

humanos (a través de una justicia globalizada), de los derechos económicos, sociales, de género (hombres y mujeres) y ecológicos sean los componentes del movimiento antiglobalización? ¿Cómo combatir la idea de que quienes se reúnen en cumbres excluyentes, fortificando como castillos los lugares en los que se juntan son los partidarios de la globalización, y quienes se muestran críticos con ellos y se movilizan a través de internet son los antiglobalización, los globofóbicos? Hay que denunciar con continuidad esta manipulación del lenguaje y de la realidad.

Los aparentemente globofóbicos –en general, dicho más correctamente, los partidarios de una globalización alternativa –son un movimiento muy joven. No solamente por la edad de sus componentes, sino por el escaso tiempo de formación de mismo. Se trata de un movimiento heterogéneo formado por organizaciones no gubernamentales, colectivos varios y ciudadanos particulares que se oponen, los más de manera cívica y unos pocos utilizando métodos más violentos, a una forma de entender la globalización como sinónimo de neoliberalismo. Esta heterogeneidad, similar a la de muchos movimientos sociales y políticos en sus albores, hace que algunos de los auténticos globofóbicos que se albergan en su interior se planteen incluso la propia realidad de la globalización y prefieran el primitivismo de antaño. Por ejemplo, uno de los líderes más *anti* de ese movimiento, el anarquista primitivista norteamericano John Zerzan, ha declarado: «los reformistas [dentro del movimiento antiglobalización] dicen que hay cosas que no funcionan, pero nunca dicen que es el sistema el que no funciona. Yo creo que necesitamos poner sobre la mesa lo que pensamos y queremos. Si la reforma nos parece suficiente, vayamos a por ella. Pero asumamos que ello requiere algo más que buenos propósitos. Las buenas ideas de nada sirven sin acción. O luchas o te callas. Ya es tiempo de quejas... En un país donde el derecho al dinero y la propiedad pasa por encima de cualquier otro derecho, [apedrear escaparates] es sólo una forma de señalar y defenderse de los que ejercen la verdadera violencia: las multinacionales y la tecnología, que degradan nuestra comida, nuestras aguas y nuestros hábitats; todos los que anteponen su avaricia sobre la vida de millones de personas en el mundo».

Este movimiento se ha convertido en un contrapoder, sustituyendo en muchas ocasiones a los partidos políticos tradicionales en la movilización en la calle, e incluso en el planeamiento de alternativas, y deviniendo en la única instancia de contestación social. En general, está compuesto por ciudadanos de los países ricos, del Norte geopolítico (aunque no solamente, como se demostró en la reunión alternativa que celebró en la ciudad brasileña de Porto Alegre, en enero de 2001), que defienden los derechos y las oportunidades de los países del Sur, y denuncian las dos marchas a las que circula el mundo: mientras una pequeña parte del planeta ha entrado en la *nueva economía* (aquella que se basa en el dominio de internet y en la sociedad del conocimiento), hay otra zona inmensa que apenas se ha acercado a la revolución industrial; que aún tiene agua potable, teléfonos, infraestructuras industriales para desarrollarse. En muchas de sus intervenciones públicas recuerdan a los movimientos, también heterogéneos, también compulsivos, de Mayo del 68. Vargas llosa, en el artículo citado, profetiza que al movimiento antiglobalización, «por su naturaleza caótica, contradictoria, confusa y carente de realismo» le ocurrirá algo semejante al de Mayo del 68 en Francia, con el que tiene mucho de parecido: lo que hay en él de crítica social válida y de iniciativas realizables, será absorbido y canalizado, «y por lo demás, el estruendo y los estragos de las grandes gestas callejeras, perderá toda actualidad y quedará sólo como un estimulante material para sociólogos e historiadores».

Pero lo que ha quedado del sesentayochismo fue mucho para la cultura general: incorporó a la vida cotidiana el feminismo, el ecologismo, una ecuación no autoritaria, la permisividad, aunque no precisamente los aspectos políticos que estaban en primera fila. Fue una revolución de la vida cotidiana, cuyos efectos positivos todavía hoy, más de tres décadas después y pese a la velocidad de los cambios sociológicos que hemos vivido, disfrutamos. Aquél fue un tiempo prodigioso en el que, por última vez, todo fue posible («queremos el mundo, y lo queremos ahora»: Jim Morrison). Entonces fue París, Milán o Berkeley, como lo ahn sido Seattle, Gotemburgo o Génova. En ambas fechas, Praga, sólo que entonces era la capital de la comunistas Checoslovaquia, y hoy es la capital de la capitalista Chequia que gobierna el sesentayochista Havel (Eslovaquia es otra nación, separada de Chequia). Ayer, los estudiantes que los protagonizaron decretaron con su práctica política la obsolescencia del socialismo real, burocrático y sin libertades; la URSS y sus alrededores dejaron de ser, definitivamente, un modelo al que admirar o copiar. El Sartre soviético dio paso al Sartre maoísta de *La cause du peuple* y el comunismo ortodoxo cedió el protagonismo de la izquierda a las versiones estudiantiles del pensamiento de Mao Zedong, el trotskismo y el anarquismo, que tuvieron sus quince minutos de gloria y su cenit en aquel tiempo del sesenta y ocho. Hoy, los antiglobalización luchan contra la aplicación del capitalismo a zonas de la vida como la escuela, la sanidad o la protección social, que deberían de estar al margen; contra el pensamiento único que dice que sólo hay un camino posible. Se apoyan en *Le Monde Diplomatique* y su Sartre el José Saramago. Los participantes del movimiento, estudiantes o intelectuales, no pretenden ser una clase social y es difícil que tengan necesidades y aspiraciones comunes. No son el sujeto revolucionario, como hace más de un cuarto de siglo creyó Herbert Marcuse de los estudiantes. Seguramente saben, como alguno de los revolucionarios de París, que cuanto más lejana está una revolución, más seductora es.

Las consecuencias más profundas de Mayo del 68 han sido el objeto de los ataques de los neoliberales, una vez que creyeron debilitar irreversiblemente las conquistas del Estado del Bienestar.

Ecologistas, sindicalistas, proteccionistas, izquierda alternativa, izquierda tradicional, ONG de muy distinta razón social, humanitaristas, etcétera, forman parte de ese movimiento ambiguo que la opinión pública dominante ha denominado *antiglobalización*, y que la mayor parte de sus componentes preferirían calificar *a favor de una globalización alternativa*. El movimiento por la Justicia Global, Jubileo 2000 (que trabaja por la condonación de la deuda externa de los países más pobres), el Foro Social Mundial, ONG como Oxfam/Intermon, ATTAC (Asociación para la Tasa Tobin y la Acción Ciudadana), personas individuales como el agricultor francés José Bové, el periodista Ignacio Ramonet (director de *Le Monde Diplomatique*), los ideólogos norteamericanos Lori Wallace o Ralph Nader (candidato a la presidencia de EE. UU), el cantante y líder del conjunto U2, Bono, John Zerzan, Jody Williams (premio Nobel de la Paz por coordinar la campaña internacional para la Prohibición de las Minas Antipersonas), la ecologista india Vandana Shiva, escritores como José Saramago, etcétera, son algunas de las caras públicas de los globofóbicos.

Los lugares donde ha emergido ese movimiento, que se comunica a través de internet, son, generalmente, aquellas ciudades en las que se celebran las asambleas de los organismos multilaterales tipo OMC, FMI, BM, en las reuniones de Davos del Foro Económico Mundial, o en las cumbres de los países más poderosos de la tierra, el G-7, el Consejo Europeo o la reunión de ministros de Economía de la Unión Europea. Los lugares en los

que los globofóbicos creen que están representadas las mayores alianzas de la globalización financiera y en los que el resto de las globalizaciones (la política, la jurídica, la ecológica...) son depreciadas o tratadas como una retórica hueca. Así, Seattle, Praga, Bangkok, Washington, Londres, Québec, Génova... son plazas que han conocido la presencia multitudinaria de los globofóbicos. Las manifestaciones míticas fueron, la primera, la de Seattle, en diciembre de 1999, donde el movimiento antiglobalización logró interrumpir las escasamente transparentes tareas de la OMC, generando una fuerte crisis en la institución; y la de Génova, en Julio de 2001, en la que se enfrió el primer muerto de las confrontaciones (en Mayo del 68, pese a todas las imágenes de violencia, no hubo ni un solo muerto). En su libro *Jaque a la globalización*, la periodista Pepa Roma reproduce la reflexión de uno de los manifestantes de Seattle, muy expresiva por lo inesperado de una participación masiva: «Nos decíamos: ¿es que no queda nadie ahí fuera para reaccionar a tanta injusticia, a tanta locura? Por eso fue un rayo de esperanza, un milagro que no creíamos que pudiera suceder... ¿Qué fue Seattle? ¿De dónde salían todas aquellas voces tan diferentes, en las que nadie había reparado antes, protestando a la vez?... Les hemos dado demasiadas sorpresas en poco tiempo. El *establishment* está tan convencido de sus propias mentiras que todavía no se ha recuperado... Si quisieron llevar la reunión de la Organización Mundial de Comercio al lugar más apartado y tranquilo de EE. UU, se equivocaron. No tuvieron en cuenta que Seattle está en el estado vecino de Oregón, el más progresista y combativo de toda Norteamérica... No era un movimiento de élite intelectual lo que vimos en Seattle, sino un movimiento que hincaba sus raíces en el ciudadano medio. Y eso fue lo que más desconcertó a las autoridades norteamericanas, ver junto a antiguos *hippies* a profesores marxistas y jóvenes anarquistas, a obreros, agricultores de toda la vida, pequeños empresarios y hasta amas de casa cantando a coro las mismas consignas contra la OMC, el FMI, la Casa Blanca y las multinacionales...».

¿Cuáles son esas consignas, los eslóganes que corean los partidarios de una globalización alternativa? El primero, que en este marco de referencia mundial hay vencedores pero también perdedores, lo que no suelen aceptar los hagiógrafos de la globalización feliz. Ignasi Carreras, director de Intermón Oxfam, una de las ONG más poderosas del mundo, lo ha resumido así: «Una buena parte de la humanidad, entre el 50% y el 75%, es perdedora en este proceso de globalización, y pierde porque en sí ya genera una serie de desigualdades; pero, sobre todo, agudiza las causas estructurales de la pobreza, de la injusticia, y beneficia a los que tienen más poder, sobre todo, más poder económico. En esta situación no es suficiente con curar las heridas que provoca, tenemos que ir a las causas que la provocan».

Los globofóbicos gritan cuatro *noes* que se superponen dependiendo de la coyuntura: *no* a los programas del FMI y del BM, que perjudican a los más pobres; *no* a la contaminación, motivada por un modelo de desarrollo incontrolado; *no* al pago de la deuda externa, que impide crecer a los países afectados por los créditos; y *no* a la opacidad y falta de transparencia de instituciones como la OMC. Entre las demandas positivas del movimiento está la condonación de la deuda externa de los países menos avanzados; la regulación de los flujos de capitales; el derecho a la salud de los pueblos frente a los grandes beneficios de las multinacionales farmacéuticas; una renta básica de ciudadanía a la cual tienen derecho todas las personas por el mero hecho de existir, no para existir; la internacionalización de la justicia, que haga imposible la impunidad de las dictaduras y tipifique los delitos económicos que están detrás de la mayoría de las guerras; la existencia de los paraísos

fiscales, etcétera. Todo ello se resume en una frase: VIVIMOS EN UNA SOCIEDAD, NO EN UNA ECONOMIA.

Los partidarios de la globalización alternativa están armados de pruebas para defender su causa. Ejemplos: en EE. UU, metrópoli de la globalización financiera, el número de excluidos de los beneficios del sistema supera los 40 millones de personas y el salario obrero medio baja desde 1973; en Gran Bretaña, más de una cuarta parte de los niños no tiene acceso a los servicios públicos básicos; en Francia, seis millones de personas son radicalmente marginadas y el número de parados de larga duración crece a pesar del aumento del empleo. Actualmente, a un niño que crece en un mal ambiente social le es cuatro veces más difícil que hace 30 años obtener buenos resultados en la enseñanza superior. En los países del Sur, 2.000 millones de personas sobreviven con menos de dos dólares diarios, y 160 millones de niños pasan hambre; el continente africano, casi entero, está aislado de las corrientes económicas y financieras del resto del mundo.

En mayo de 2001 se celebró en Bruselas la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Países Menos Avanzados (PMA); las anteriores convocatorias habían tenido lugar en 1981 y 1991, una cada década, lo que contrasta con la proliferación de asambleas que todos los años se celebran de otros organismo multilaterales, dominados y financiados presentemente por los países más ricos. Los datos aportados en esa conferencia son suficientemente explícitos de una globalización mutilada: en 1971, los PMA eran 25; hoy son 49, de los cuales 34 son africanos. Mientras la renta *per cápita* de los países industrializados se sitúa alrededor de los 25.000 dólares anuales, ninguno de los 49 PMA alcanza los 900 dólares anuales, y cuatro de ellos (Sierra Leona, Etiopía, República Democrática del Congo y Burundi) apenas llegan a los 150 dólares. El 80% de la población del planeta no dispone de protección social. Los PMA reciben tan sólo el 0,5% de las inversiones directas mundiales. En la Conferencia se recordó también que sólo cinco países del mundo (Suecia, Luxemburgo, Holanda, Dinamarca y Noruega) destinan ayuda al desarrollo el 0,7% de su PIB, y los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) –los más ricos del mundo- han reducido esa ayuda a la mitad en la última década, pese a que prometieron gastar el 0,7% del PIB en ayuda al desarrollo. Según Horts Kohler, director del FMI, sólo dedican a ayuda al desarrollo una media del 0,24% lo que supone cada año una media de 100.000 millones de dólares menos. Kofi Annan, secretario general de la ONU, declaraba en Bruselas que «630 millones de personas [el 10% de la población mundial] quieren entrar en el mercado global como productores y consumidores», y el presidente francés Jacques Chirac hablaba de la necesidad de una «mundialización de la solidaridad».

IANNI, Octavio (2002) “Metáforas de la Globalización”; “Las economías-mundo”: “La internacionalización del capital”; “La aldea global”; “Modernidad mundo”; en : Teorías de la Globalización. México, Ed. SigloXXI, pp. 3-12;13-30;31-43;74-91;153-157

1. METÁFORAS DE LA GLOBALIZACIÓN

El descubrimiento de que el mundo se volvió mundo, de que el globo ya no es sólo una figura astronómica, de que la Tierra es el territorio en el que todos nos encontramos relacionados y remolcados, diferenciados y antagónicos, ese descubrimiento sorprende, encanta y atemoriza. Se trata de una ruptura drástica en los modos de sentir, actuar, pensar y fabular. Un evento heurístico de amplias proporciones, que estremece no sólo convicciones sino también visiones del mundo.

El mundo ya no es exclusivamente un conjunto de naciones, sociedades nacionales, estados-naciones, en sus relaciones de interdependencia, dependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo. Simultáneamente, el centro del mundo ya no es principalmente el individuo, tomado singular y colectivamente, como pueblo, clase, grupo minoría, mayoría, opinión pública. Aunque la Nación y el individuo sigan siendo muy reales, incuestionables y estén presentes todo el tiempo, en todo lugar, y pueblen la reflexión y la imaginación, ya no son “hegemónicos”. Han sido substituidos formal o realmente por la sociedad global, por las configuraciones y los movimientos de la globalización. El mundo se ha mundializado, de tal manera que el globo ha dejado de ser una figura astronómica para adquirir mas plenamente su significación histórica.

De ahí nacer, la sorpresa, el encanto y el susto. De ahí la impresión de que se han roto modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular. Algo parecido a las drásticas rupturas epistemológicas representadas por el descubrimiento de que la Tierra ya no es el centro del universo según Copérnico, el hombre ya no es hijo de Dios según Darwin, el individuo es un laberinto poblado de inconsciente según Freud.¹ Está claro que el descubrimiento de la sociedad global que el pensamiento científico está realizando, al declinar el siglo XX no presenta las mismas características de los descubrimientos mencionados, aún cuando son diversas y antiguas las instituciones e indicaciones más o menos notables de globalización. Desde que el capitalismo se desarrolló en Europa, siempre presentó connotaciones internacionales, multinacionales, transnacionales, mundiales, desarrolladas en el interior de la acumulación originaria, del mercantilismo, el colonialismo, el imperialismo, la dependencia, la interdependencia. Y esto es evidente en el pensamiento de Adam Smith, David Ricardo, Herbert Spencer, Karl Marx, Max Weber y muchos otros. Pero es innegable que el descubrimiento de que el globo terrestre ya no es sólo una figura astronómica, y sí lo es histórica, conmueve modos de ser, pensar y fabular.

En este clima, la reflexión y la imaginación no sólo caminan a la par sino que multiplican metáforas, imágenes, figuras, parábolas y alegorías destinadas a dar cuenta de la que está

¹ Sigmund Freud, *Obras Completas*, 3t., traducción de Luis López-Ballesteros y de torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t.III, cap. CI: “Una dificultad del psicoanálisis”.

sucediendo, de las realidades no codificadas, de las sorpresas inimaginadas. Las metáforas parecen florecer cuando los modos de ser, actuar, pensar y fabular más o menos sedimentadas se sienten conmovidos. Está claro que hablar en metáfora puede implicar no sólo imágenes y figuras, signos y símbolos, sino también palabras y alegorías. Son múltiples las posibilidades abiertas al imaginario científico, filosófico y artístico, cuando se descubren los horizontes de la globalización del mundo, y éstos envuelven cosas, gentes e ideas, interrogaciones y respuestas, nostalgias y utopías.

La problemática de la globalización, en sus implicaciones empíricas y metodológicas, o históricas y teóricas, se puede plantear de modo innovador, propiamente heurístico, si aceptamos reflexionar sobre algunas metáforas producidas precisamente por la reflexión e imaginación desafiadas por la globalización. En la época de la globalización, el mundo comenzó a ser taquigrafiado como “aldea global”, “fábrica global”, “tierra patria”, “nave espacial”, “nueva Babel” y otras expresiones. Son metáforas razonablemente originales, que suscitan significados e implicaciones y llenan textos científicos, filosóficos y artísticos.

“Llama la atención en esos textos la profusión de metáforas utilizadas para descubrir las transformaciones de este final de siglo: ‘primera revolución mundial’ (Alexander King), ‘tercera ola’ (ALvin Toffler), ‘sociedad informática’ (Adam Schaff), ‘sociedad emébrica’ (Kenichi Ohmae), ‘aldea global’ (McLuhan). Se habla del pasaje de una economía de *high volume* a otra de *high value* (RObert Reich), y de la existencia de un universo habitado por ‘objetos móviles’ (Jaques Attali) que se desplazan incesantemente de un lugar a otro del planeta. ¿Por qué esta recurrencia al uso de las metáforas? Estas metáforas revelan una realidad emergente aún huidiza en el horizonte de las ciencias sociales.”²

Hay metáforas, así como expresiones descriptivas e interpretativas fundamentadas, que circulan combinadamente por la bibliografía sobre la globalización: “economía-mundo”, “sistema-mundo”, *shopping center global*, “disneylandia global”, “nueva división internacional del trabajo”, “moneda global”, “ciudad global”, “capitalismo global”, “mundo sin fronteras”, “tecnocosmos”, “planeta Tierra”, “desterritorialización”, “miniaturización”, “hegemonía global”, “fin de la geografía”, “fin de la historia” y otras. En parte, cada una de estas y otras formulaciones abre problemas específicos también pertinentes. Todas ellas suscitan ángulos diversos de análisis, y priorizan aspectos sociales, económicos, políticos, geográficos, históricos, geopolíticos, demográficos, culturales, religiosos, lingüísticos y otros. Pero es posible reconocer que varios de estos aspectos son contemplados por metáforas como aldea global, fábrica global, ciudad global, nave espacial, nueva Babel y otras, que son emblemáticas y están formuladas precisamente en el clima mental abierto por la globalización. Dicen algo respecto a las distintas posibilidades de proseguir las conquistas y los dilemas de la modernidad. Contemplan las controversias sobre la modernidad y la posmodernidad, y revelan que es sobre todo desde los horizontes de la modernidad como se pueden imaginar las posibilidades y callejones sin salida de la posmodernidad en el nuevo mapa del mundo.

La “aldea global” sugiere que, finalmente, se formó la comunidad mundial concretada en las realizaciones y las posibilidades de comunicación, información y fabulación abiertas por

² Renato Ortiz, *Mundialização e cultura*, São Paulo, Editora Brasiliense, 1944, p. 14.

la electrónica. Sugiere que están en curso la armonización y la homogeneización progresivas. Se basa en la convicción de que la organización, el funcionamiento y el cambio de la vida social, en el sentido amplio, que comprende evidentemente la globalización, están ocasionados por la técnica y, en este caso, por la electrónica. En poco tiempo, las provincias, naciones y regiones, así como las culturas y civilizaciones, son perneadas y articuladas por los sistemas de información, comunicación y fabulación agilizados por la electrónica.

En la aldea global, además de las mercancías convencionales en formas antiguas y actuales, se empaquetan y se venden las informaciones. Se fabrican informaciones como mercancías. Son fabricadas y comercializadas en escala mundial. Las informaciones, los entretenimientos y las ideas son producidos, comercializados y consumidos como mercancías. “Hoy pasamos de la producción de artículos empaquetados al empaquetamiento de las informaciones. Antiguamente invadíamos los mercados extranjeros con mercancías. Hoy invadimos culturas enteras con paquetes de informaciones, entretenimientos e ideas. Ante la instantaneidad de los nuevos medios de imagen y sonido, hasta el periódico es lento.”³

La metáfora se vuelve más auténtica y viva cuando se reconoce que prácticamente prescinde de la palabra: vuelve a la imagen predominante como forma de comunicación, información y fabulación. La electrónica propicia no sólo la fabricación de imágenes, del mundo como un caleidoscopio de imágenes, sino que también permite jugar con las palabras en tanto imágenes. La máquina impresora es sustituida por el aparato de televisión y otras tecnologías electrónicas, tales como el ddd, el teléfono celular, el fax, la computadora, la red de computadoras; todas atraviesan fronteras, siempre *on line everihone worldwibe all time*.

“En el próximo siglo, la Tierra tendrá su conciencia colectiva suspendida sobre la faz del planeta en una densa sinfonía electrónica, en la cual todas las naciones –si aún existieran como entidades separadas- vivirán en una trama de sinestesia espontánea, y adquirirán penosamente la conciencia de los triunfos y de las multiplicaciones de unos y otros. Después se desculpabilizan de ese conocimiento. Como la era electrónica es total y abarcadora, la guerra atómica en la aldea global no puede ser limitada.”⁴

En este sentido, la aldea global implica la idea de comunidad global, mundo sin fronteras, *shopping center globlal*, disneylandia universal. “En todos los lugares todo se parece cada vez más a todo y más, a medida que la estructura de preferencias del mundo es presionada hacia un punto común homogeneizado.”⁵

La “fábrica global” sugiere una transformación cuantitativa y cualitativa del capitalismo, más allá de todas las fronteras y subsumiendo formal o realmente todas las otras formas de organización social y técnica del trabajo, de la producción y la reproducción ampliada del

³ Marshall McLuhan, “A imagen, o som e fúria”, en Bernard Rosenberg y David Manning White (compiladores), *Cultura de massa*, São Paulo, Cultrix, 1973, pp. 563-570; cita de las pp. 564-565.

⁴ Marshall McLuhan y Bruce R. Powers, *The global village*, Nueva Cork, Oxfon University Press, 1989, p. 95.

⁵ Theodore Levitt, *A imaginação de marketing*, São Paulo, Atlas, 1991, p. 43.

capital. Toda economía nacional, sea cual sea, se vuelve provincia de la economía global. El mundo capitalista de producción entra en una época propiamente global, y no internacional o multinacional. Así, el mercado, las fuerzas productivas, la nueva división internacional del trabajo, la reproducción ampliada del capital, se desarrollan en escala mundial. Una globalización que, progresiva y contradictoriamente, subsume real o formalmente otras y diversas formas de organización de las fuerzas productivas, y abarca la producción material y espiritual.

Ya “es evidente que los países en desarrollo ahora están ofreciendo espacios para la manufactura lucrativa de productos industriales destinados al mercado mundial en escala creciente”.⁶ Esto se debe a varios factores, entre los cuales destacan los siguientes: “Primero, una reserva de mano de obra prácticamente inagotable se volvió indispensable en los países en desarrollo en los últimos siglos... Segundo, la división y subdivisión del proceso productivo están ahora tan avanzadas que la mayoría de estas operaciones fragmentadas pueden ser realizadas con un mínimo de cualificación profesional adquirida en poco tiempo... tercero, el desarrollo de las técnicas de transporte y comunicaciones crea la posibilidad, en muchos casos, de producir mercancías completa o parcialmente en cualquier lugar del mundo; una posibilidad que ya no está influida por factores técnicos, de organización o de costos.”⁷

La fábrica global se instala más allá de cualquier frontera: articula capital, tecnología, fuerza de trabajo, división del trabajo social y otras fuerzas productivas. Acompañada por la publicidad, por los medios impresos y por la electrónica, la industria cultural, mezclada en periódicos, revistas, libros, programas de radio, emisiones de televisión, videoclips, fax, redes de computadoras y otros medios de comunicación, información y fabulación, disuelve fronteras, agiliza los mercados, generaliza el consumismo. Provoca la desterritorialización y la reterritorialización de las cosas, gentes e ideas. Promueve el redimensionamiento de espacios y tiempos.

Se ve de inmediato que la fábrica global es tanto metáfora como realidad. Poco a poco, su dimensión real se impone al emblema, a la poética. Lo que se impone, como fuerza avasalladora, es la realidad de la fábrica de la sociedad global, altamente determinada por las exigencias de la reproducción ampliada del capital. En el ámbito de la globalización, a veces se revelan transparentes e inexorables los procesos de concentración y centralización del capital, y se articulan empresas y mercados, fuerzas productivas y centros decisorios, alianzas estratégicas y planificación de corporaciones; así se configuran provincias, naciones y continentes, islas y archipiélagos, mares y océanos.

La “nave espacial” sugiere el viaje y la travesía, el lugar y la duración, lo conocido y lo incógnito, lo destinado y lo descarriado, la aventura y la desventura. La magia de la nave espacial va junto con el destino desconocido. El deslumbramiento de la travesía trae

⁶ Folker Frobel, Jurgen Heinrichs y Otto Kreye, *The new international division of labour (Structural unemployment in industrialized countries and industrialization in developing countries)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, p. 13.

⁷ Consultar también, Joseph Grunwald y Kenneth Flamm, *The global factory*, Washington, The Brookings Institution, 1985.

consigo la tensión de lo que puede ser posible. Los habitantes de la nave pueden ser arrollados por una sucesión de perplejidades, y ser capaces, entonces, de conocer su imposibilidad de descubrir o de transformarse. “Organizar una entidad que abarca el planeta, no es para todos los hombres, sería como fijar el número exacto de los arquetipos platónicos, enigma que ha ocupado durante siglos la perplejidad de de los pensadores.”⁸

La metáfora de la nave espacial puede muy bien ser el emblema de cómo la modernidad se desarrolla en el siglo XX, preanunciando el XXI. Lleva consigo la dimensión pesimista introducida en la utopía-nostalgia escondida en la modernidad. Por lo tanto, puede ser el producto más acabado de la razón iluminista. Después de sus desarrollos más notables, a través de los siglos XIX y XX, la razón iluminista parece haber alcanzado su momento negativo extremo: se niega de modo radical, nihilista; anula toda y cualquier utopía nostálgica. Y esto alcanza el paroxismo en la disolución del individuo como sujeto de la razón y de la historia.

“La crisis de la razón se manifiesta en la crisis del individuo, por medio del cual se desarrolla. La ilusión alentada por la filosofía tradicional sobre el individuo y sobre la razón –la ilusión de su eternidad se está disipando. El individuo otrora concebía la razón como un instrumento suyo, exclusivamente. Hoy, experimenta el reverso de esa deificación. La máquina expulsó al maquinista; está corriendo ciega mente por el espacio. En el momento de la consumación, la razón se volvió irracional y embrutecida. El tema de este tiempo es la autopreservación, aunque ya no exista un yo que pueda ser preservado.”⁹

Esta es una connotación sorprendente de la modernidad en la época de la globalización: la decadencia del individuo. Él mismo, singular o colectivo, produce y reproduce las condiciones materiales y espirituales de su subordinación y eventual disolución. La misma fábrica de la sociedad global, en la que se inserta y a la que ayuda a crear y recrear continuamente, se vuelve el escenario en el que desaparece.

La tecnificación de las relaciones sociales, en todos los niveles, se universaliza. En la misma proporción en que se da el desarrollo extensivo e intensivo del capitalismo en el mundo, se generaliza la racionalidad formal y real inherente al modo de operación del mercado, de la empresa, del aparato estatal, del capital, de la administración de las cosas, gentes e ideas, todo codificado en los principios del derecho. Ahí se unen el derecho y la contabilidad, la lógica formal y la calculabilidad, la racionalidad y la productividad, de tal manera que en todos los grupos sociales e instituciones, en todas las acciones y relaciones sociales, tienden a predominar los fines y los valores constituidos en el ámbito del mercado, de la sociedad vista como un basto y complejo espacio de intercambios. Éste es el reino de la racionalidad instrumental, en el que también el individuo se revela adjetivo, subalterno. “La razón universal supuestamente absoluta se rebajó a mera racionalidad funcional, al servicio del proceso de valorización del dinero, que no tiene sujeto, hasta la actual capitulación incondicional de las llamadas ‘ciencias del espíritu’. El universalismo

⁸ Jorge Luis Borges, *El libro de arena*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, pp. 26-27: cita de “El Congreso”.

⁹ Max Horkheimer, *Eclipse da razão*, Río de Janeiro, Editorial Labor del Brasil, 1976, p. 139. Consultar también, Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica do esclarecimento (Fragmentos filosóficos)*, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 1985.

abstracto de la razón occidental se reveló como un reflejo de la abstracción real objetiva del dinero”.¹⁰

En la metáfora de la nave espacial se esconde la de la “torre de Babel”. La nave puede ser babélica. Un espacio caótico, tan babélico que los individuos, singular y colectivamente, tienen dificultad para comprender que están extraviados, en decadencia, amenazados o sujetos a la disolución.

“En el inicio, todo estaba en un orden razonable en la construcción de la torre de Babel; tal vez el orden fuese hasta excesivo, se pensaba demasiado en señalizaciones, intérpretes, alojamientos de trabajadores y vías de comunicación, como si por delante hubiera siglos de libres posibilidades de trabajo... Lo esencial de la empresa es la idea de construir una torres que llegue al cielo. Al lado de esto todo lo demás es secundario. Una vez captada en su grandeza esta idea ya no puede desaparecer; mientras existan hombres, también existirá el fuerte deseo de construir la torre hasta el fin... Cada nacionalidad quería tener el alojamiento más bonito; de esto resultaron disputas que evolucionaron hasta luchas sangrientas. Estas luchas ya no cesaron... Sin embargo, las personas no ocupaban el tiempo en batallas; en los intervalos se embelesaban con la ciudad, lo que entretanto provocaba nueva envidia y nuevas luchas... A esto se agregó que ya la segunda o la tercera generación reconoció el sin sentido de la construcción de la torre del cielo, pero ya estaban todos muy ligados entre sí para abandonar la ciudad.”¹¹

La Babel escondida en el emblema de la nave espacial puede revelar aún más claramente lo que hay de trágico en el modo en que se da la globalización. A estas alturas de la historia, paradójicamente, todo se entiende. Hay incluso una lengua común, universal, que permite un mínimo de comunicación entre todos. A pesar de las diversidades civilizatorias, culturales, religiosas, lingüísticas, históricas, filosóficas, científicas, artísticas u otras, el inglés ha sido adoptado como la vulgata de la globalización. En los cuatro rincones del mundo, ese idioma está en el mercado y la mercancía, en la imprenta y la electrónica, en la práctica y el pensamiento, en la nostalgia y la utopía. Es el idioma del mercado universal, del intelectual cosmopolita, de la epistemología oculta en la computadora, del Prometeo electrónico. “El inglés ha sido promovido con éxito y ha sido ávidamente adoptado en el mercado lingüístico global. Un síntoma del impacto del inglés es el préstamo lingüístico. El inglés se impone a todas las lenguas con las que entra en contacto.”¹²

De repente, en esa nave espacial, una especie de Babel-teatro-mundi, se instala un *phatos* sorprendente y fascinante. Arrastra a unos y otros en una travesía sin fin, con destino incierto, que corre el riesgo de seguir por el infinito. Algo inexorable y atemorizador puede tener resultado del empaño del individualismo, singular y colectivo, en emanciparse. La razón parece incapaz de redimir, después de tanta promesa. Más aún el castigo se revela más que el pecado. La utopía de la emancipación individual y colectiva, nacional y mundial, parece que está siendo castigada con la globalización tecnocrática, instrumental,

¹⁰ Robert Kurtz. *O colapso da modernização*, São Paulo, Paz e Terra, 1992, p. 239.

¹¹ Franz Kafka. “O brasão da cidade”, *Folha de S. Paulo*, 3 de enero de 1993, p. 5 del cuaderno “Mais”.

¹² Robert Phillipson, *Linguistic imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 7. Véase también, Claude Truchot, *L' Anglais dans le monde contemporain*. París, Le Robert, 1990.

mercantil, consumista. La misma razón que realiza el desencantamiento del mundo, para así emanciparlo, enajena más o menos inexorablemente a todo el mundo.

Vistas así, como emblemas de la globalización, las metáforas se vuelven trazos fundamentales de las configuraciones y de los movimientos de la sociedad global. Son facetas de un objeto caleidoscópico, que delinear fisonomías y movimientos de lo real, emblemas de la sociedad global que desafían la reflexión y la imaginación.

La metáfora está siempre en el pensamiento científico. No es un artificio poético, sino una forma de sorprender lo imponderable, fugaz, recóndito o esencial, oculto en la opacidad de lo real. La metáfora combina reflexión e imaginación. Descubre lo real de forma poética, mágica. Aunque no lo revele todo, y esto puede ser imposible, siempre revela algo fundamental. Capta una connotación insospechada, un secreto, lo esencial, el aura. Tanto es así que ayuda a comprender y explicar al mismo tiempo que a captar lo que hay de dramático y épico en la realidad, desafiando la reflexión y la imaginación. En ciertos casos, la metáfora descubre el *phatos* oculto en los movimientos de la historia.

Tal se pueda decir que las metáforas producidas en los horizontes de la globalización entran en diálogo unas con otras. Múltiples, plurales, polifónicas. Una desafía y enriquece a otra, que confiere nuevos significados a todas. También así la sociedad global adquiere fisonomía y significados. Desde una realidad compleja, problemática y caótica, se desencantan los sentidos, se revelan las transparencias.

De metáfora en metáfora se llega a la fantasía, que ayuda a volver a encantar al mundo, para producir la utopía además de lo que se tiene de propio, intrínseco, significado y significante, la utopía reencanta lo real problemático, difícil, caótico. Pero la utopía no es ni transcripción inmediata ni negación inmediata de lo real problemático. Exorcisa lo caótico por la sublimación. Pero sublimación de lo que ya está sublimado en la cultura, imaginario, polifonía de las metáforas que pueblan las aflicciones y las ilusiones de unos y otros.

Éste es el horizonte en el que se forman y conforman las utopías que florecen en el ámbito de la sociedad global para comprenderla y exorcizarla. Pueden ser cibernéticas, sistémicas, electrónicas, pragmáticas, prosaicas o tecnocráticas. También pueden ser románticas, nostálgicas, desencantadas, nihilistas o iluministas.

Hace tiempo que la reflexión y la imaginación se sienten desafiadas a taquigrafar lo que podría ser la globalización del mundo. Ésta es una búsqueda antigua, que continúa en el presente y que sigue hacia el futuro. No termina nunca. Son muchas las expresiones que denotan esa búsqueda permanente, reiterada y obsesiva, en diferentes épocas, en distintos lugares, en diversos lenguajes: civilizados y bárbaros, nativos y extranjeros, Babel y humanidad, paganismo y cristianismo; pero es occidente y Oriente, capitalismo y socialismo, occidentalización del mundo, primeros, segundo, tercer y cuarto mundos, norte y sur, mundo sin fronteras, capitalismo mundial, socialismo mundial, tierra patria, planeta Tierra, ecosistema planetario, fin de la geografía, fin de la historia.

Son emblemas de alegorías de todo el mundo. Señalan ideales, horizontes, posibilidades, ilusiones, utopías, nostalgias. Expresan inquietudes sobre el presente e ilusiones sobre el

futuro, y hasta comprenden muchas veces el pasado. La utopía puede ser la imaginación del futuro, así como la nostalgia puede ser la imaginación del pasado. En todos los casos, está cuestionada la promesa ante el presente o el extrañamiento frente a la realidad.

En general la utopía y la nostalgia florecen en las épocas en que se acentúan los ritmos de las transformaciones sociales, cuando se multiplican los desencuentros entre las más diversas esferas de la vida sociocultural, así como de las condiciones económicas y sociales. Son épocas en que los desencuentros entre lo contemporáneo y lo no contemporáneo se acentúan, se profundizan. Éste es el contexto en el que reflexión y la imaginación se ponen en juego en la construcción de utopías y nostalgias.

Pero unas y otras no se apagando un momento a otro. Al contrario, permanecen en la imaginación de unos y otros. Se transforman en puntos de referencia, marcas en el mapa histórico y geográfico del mundo. Incluso pueden recrearse con nuevos elementos engendrados por las configuraciones y movimientos de la sociedad global.

Éste es el horizonte en el que las más diversas utopías y nostalgias se constituyen como una red de articulaciones que trazan la historia y la geografía, el mapa del mundo. Atlántida no es un lugar en la geografía en un momento de la historia; sino una alegoría de la imaginación. Se mantiene oculta en la red de utopías y nostalgias que pueblan el mundo. Cambió de nombre, adquirió otras connotaciones, se transfiguró. Pero sigue siendo un emblema excepcional del pensamiento y de la fabulación. Babel tampoco es un lugar en la geografía en un momento de la historia. Fluctúa en el tiempo y el espacio, al azar de la imaginación de unos y otros, y provoca las inquietudes de muchos. Ante los desencuentros que atraviesan el tiempo y el espacio, cuando se acentúan las no contemporaneidades, cuando de repente se precipita: se estremecen marcos de referencia, se transforman las bases sociales e imaginarias de unos y otros, se disuelven visiones del mundo, en esa época hasta la alegoría babélica permite la ilusión de un mínimo de articulación.

2. LAS ECONOMÍAS-MUNDO

La historia moderna y contemporánea puede ser vista como una historia de sistemas coloniales, sistemas imperialistas, geoeconomías y geopolíticas. Éste es el escenario de la formación y expansión de los mercados, de la industrialización, de la urbanización y de la occidentalización, que envuelve naciones y nacionalidades, culturas y civilizaciones. En cada época, algunas de las naciones más poderosas articulan colonias, protectorados o territorios de acuerdo con sus estrategias neoeconómicas y geopolíticas. Las guerras y revoluciones pueblan ampliamente esa historia y revelan articulaciones y tensiones que surgen y desbordan el juego de las fuerzas sociales “internas” y “externas”, en las metrópolis, colonias, protectorados, territorios, emporios, enclaves y naciones dependientes.

La historia moderna y contemporánea está punteada de países, sociedades nacionales, estados-naciones más o menos desarrollados, articulados, institucionalizados. A lo largo de la historia, después de la segunda guerra mundial, la mayoría de los pueblos de todos los continentes, islas y archipiélagos están afiliados a estados nacionales independientes. Ésta ha sido una constante de las ciencias sociales: la historia moderna y contemporánea ha sido

vista como una historia de sociedades nacionales o estados-naciones. Muchos científicos sociales se han dedicado y siguen dedicándose, a las relaciones internacionales, diplomáticas, colonialismos, imperialismos, descolonizaciones, dependencias e interdependencias. Pero en el pensamiento de la mayoría tiende a predominar el emblema del Estado-nación. Los problemas que les preocupan, a lo que dedican investigaciones, interpretaciones y debates se relacionan principalmente con la formación, organización, ascensión, ruptura o decadencia del Estado-nación en sus diversos aspectos.

Sin embargo, lo que preocupa cada vez más a muchos investigadores en el siglo XX, en particular después de la segunda guerra mundial, es el conocimiento de las realidades internacionales emergentes, o realidades propiamente mundiales. Sin dejar de seguir contemplando la sociedad nacional, en sus más diversas configuraciones, muchos se empeñan en descubrir las relaciones, los procesos y estructuras que trascienden al Estado-nación; desde los subalternos hasta los dominantes. Se empeñan en descubrir los nexos políticos, económicos, neoeconómicos, geopolíticos, culturales, religiosos, lingüísticos, étnicos, raciales y otros que articulan y tensionan las sociedades nacionales, en los ámbitos internacional, regional, multinacional, transnacional o mundial.

La idea de “economías-mundo” surge en ese horizonte, ante los desafíos de las actividades, producciones y transacciones que ocurren, tanto entre las naciones como por encima de ellas, y más allá de ellas, pero siempre involucrándolas en las configuraciones más abarcadoras. Cuando el investigador combina la mirada del historiador y del geógrafo, se revelan configuraciones y movimientos de la realidad social que trascienden el feudo, la provincia y la nación, así como trascienden la isla, el archipiélago y el continente, atravesando mares y océanos.

El concepto de *economía-mundo* está presente en los estudios de Braudel y de Wallerstein, precisamente investigadores que combinan muy bien la mirada del historiador y del geógrafo. Es verdad que Wallerstein prefiere la noción de “sistema-mundo”, en tanto que Braudel la de “economía-mundo”, pero ambos trazan la geografía y la historia con base en la primacía de lo económico, en la idea de que la historia se constituye en un conjunto, o sucesión de sistemas económicos mundiales. Mundiales en el sentido de que trascienden la localidad y la provincia, el feudo y la ciudad, la nación y la nacionalidad, creando y recreando fronteras, así como fragmentándolas o disolviéndolas. Ellos leen las configuraciones de la historia y la geografía como una sucesión, un conjunto de economías-mundo. Describen atenta y minuciosamente los hechos, las actividades, los intercambios, los mercados, las producciones, las innovaciones, las tecnificaciones, las diversidades, las desigualdades, las tensiones y los conflictos. Entienden de inmediato la ascensión y decadencia de economías-mundo. Muestran cómo Venecia, Holanda, Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, Japón y otros países o ciudades, cada uno en su tiempo y lugar, polarizan configuraciones y movimientos mundiales. Permiten releer el mercantilismo, el colonialismo, el imperialismo, el bloque económico, la geoeconomía y la geopolítica en términos de economías-mundo. Reescriben la historia del capitalismo, como en el caso de Wallerstein, o la historia universal, como en el de Braudel, de acuerdo con la idea de economía-mundo.

Vale la pena precisar un poco los conceptos en las palabras de sus autores. De inmediato se evidencian las originalidades de cada uno así como las coincidencias recíprocas.

Veamos inicialmente el concepto de “economía-mundo” de acuerdo con Braudel. “Por *economía mundial* se entiende la economía del mundo globalmente considerado, ‘el mercado de todo el universo’, como ya decía Sismondi. Por *economía-mundo*, término que forjé a partir del alemán *Weltwirtschaft*, entiendo la economía de una porción de nuestro planeta solamente, desde que forma un todo económico. Hace ya mucho tiempo escribí que el Mediterráneo en el siglo XVI era, por sí solo, una ...economía-mundo, o como también se podría decir en alemán--- ‘un mundo en sí y para sí’. Una economía-mundo puede definirse como una triple realidad: ocupa un determinado espacio geográfico; por lo tanto tiene límites que la explican y que varían, aunque con bastante lentitud. De vez en cuando, con largos intervalos, también hay, inevitablemente, rupturas. Fue lo que sucedió después de los descubrimientos de finales del siglo XV. Y fue lo que sucedió en 1689, cuando Rusia por merced de Pedro el Grande, se abrió a la economía europea. Imaginemos una franca, total y definitiva apertura de las economías de China y de la URSS hoy [1985]: se daría también una ruptura de los límites del espacio occidental tal como actualmente existe. Una *economía-mundo* se somete a un *polo*, a un centro, representado por una ciudad dominante, otrora un Estado-ciudad, hoy una gran capital, una gran capital económica, entendiéndose (en Estados Unidos, por ejemplo, Nueva York y no Washington). Además, pueden existir, y hasta de forma prolongada, dos centros en una misma economía-mundo: Roma y Alejandría, en tiempos de Augusto y de Antonio y Cleopatra, Venecia y Génova, en tiempos de la guerra por la posesión de la Chioggia (1378-1381), Londres y Amsterdam, en el siglo XVIII, antes de la eliminación definitiva de Holanda. Uno de los centros acaba siempre por ser eliminado. En 1929, el centro del mundo pasó de este modo, vacilante pero inequívocamente, de Londres a Nueva York. Todas las economías-mundo se dividen en zonas sucesivas. Está el corazón, es decir, la zona que se extiende en torno al centro: las Provincias Unidas, no todas, sin embargo, cuando en el siglo XVII Ámsterdam domina el mundo; Inglaterra (no toda), cuando Londres, a partir de 1780, suplantó definitivamente a Ámsterdam. Después vienen las zonas intermedias, en torno al eje central y, finalmente, surgen los márgenes vastísimos que, en la división del trabajo que caracteriza a una economía-mundo, más que participantes son subordinados y dependientes. En estas zonas periféricas, la vida de los hombres hace recordar frecuentemente al Purgatorio o al Infierno. Y esto se explica simplemente por su situación geográfica”.¹

Cabe ahora reflexionar sobre el concepto de “sistema-mundo” a partir de las expresiones de Wallerstein. “Un sistema mundial es un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación y coherencia. Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desagregan en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente remodelarlo en su beneficio. Tiene las características de un organismo, en cuanto a que tiene un tiempo de vida durante el cual sus

¹ Fernando Braudel, *A dinámica do capitalismo*, 2a. ed., Lisboa, Editorial Teorema. 1986, pp. 85-87. La primera edición del original en francés es de 1985 [ed. esp.: *La dinámica del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986]. Consúltese también, Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1976. La primera edición del original en francés es de 1966, Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos 15-18*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1984.

características cambian en algunos de sus aspectos y permanecen estables en otros. Se pueden definir sus estructuras como fuertes o débiles en momentos diferentes en términos de la lógica interna de su funcionamiento [...] hasta el momento sólo han existido dos variedades de tales sistemas mundiales: imperios-mundo, en los que existe un único sistema político sobre la mayor parte del área, por más atenuado que pueda estar su control efectivo, y aquellos sistemas en los que tal sistema político único no existe sobre toda o virtualmente toda su extensión. Por conveniencia, y a falta de un término mejor, utilizamos el término de ‘economía-mundo’ para definir a estos últimos [...] La peculiaridad del sistema mundial moderno es que una economía-mundo haya sobrevivido durante quinientos años y que aún no haya llegado a transformarse en un imperio-mundo, peculiaridad que es el secreto de su fortaleza. Esta peculiaridad es el aspecto político de la forma de organización económica llamada capitalismo. El capitalismo ha sido capaz de florecer precisamente porque la economía-mundo contiene dentro de sus límites, no uno, sino múltiples sistemas políticos.”²

Está claro que el pensamiento de Braudel y Wallerstein se diferencia en varios aspectos, tanto en lo que se refiere al universo empírico, como en lo relativo al enfoque teórico. Braudel propone una especie de teoría general neohistórica que contemple las más diversas configuraciones de economías-mundo. Y está influido por el funcionalismo original de Durkheim, desarrollado por Simiand y otros, y combina historia, sociología, geografía, antropología y otras disciplinas. Mientras que Wallerstein se inclina hacia el capitalismo moderno, apoyándose en recursos metodológicos muchas veces semejantes a los del estructuralismo marxista.

Los análisis de Braudel son principalmente historiográficos y geográficos. Contemplan los acontecimientos macro y micro, locales, provinciales, nacionales, regionales e internacionales, y tienen en cuenta las dinámicas y diversidades de espacios y tiempos. La noción de “larga duración” es muy expresiva de las preocupaciones y descubrimientos de Braudel. La larga duración es algo que se aprehende en las temporalidades y cartografías articuladas en las tendencias seculares. “La historia tradicional, atenta al tiempo breve, al individuo, al evento, nos acostumbra hace mucho tiempo a su narrativa precipitada, dramática, de corto aliento. La nueva historia económica y social pone en el primer plano de su investigación la oscilación cíclica y se establece sobre su duración: se cautiva con el espejismo y también con la realidad de las subidas y bajadas cíclicas de los precios. Hoy hay así, al lado del relato (o del ‘recitativo’ tradicional), un recitativo de la coyuntura que pone en cuestión al pasado por largas tajadas: diez, veinte o cincuenta años. Más allá de este segundo recitativo se sitúa una historia de respiración más contenida aún y, esta vez, de amplitud secular: la historia de larga y hasta de larguísima duración [...] Más allá de los ciclos e interciclos, está lo que los economistas llaman, sin siempre estudiarla, la tendencia secular. Pero ésta interesa apenas a unos cuantos economistas y sus consideraciones sobre las crisis estructurales, no habiendo sufrido la prueba de las verificaciones históricas, se

² Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial (I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI)*, traducción al español de Antonio Resines, México, Siglo XXI, 1979, pp. 489-491. Consúltese también, Immanuel Wallerstein. *El moderno sistema mundial. (II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750)*, México, Siglo XXI, 1984; Emmanuel Wallerstein, *The modern world system (III. The second era of great expansion of the capitalist World-economy, 1730-1840s)*. Nueva York, Academic Press, 1989.

presentan como esbozos o hipótesis, apenas enterrados en el pasado reciente, hasta 1929, o cuando mucho hasta el año de 1870. entre tanto, ofrecen una útil introducción a la historia de larga duración. Son una primera clave. La segunda, mucho más útil, es la palabra estructurada. Buena o mala, domina los problemas de la larga duración. Por estructura, los observadores de lo social entienden una organización, una coherencia, relaciones bastante fijas entre relaciones y masas sociales. Para nosotros, historiadores, una estructura es sin duda articulación, arquitectura, pero más aún, una realidad que el tiempo utiliza mal y vehicula muy largamente. Ciertas estructuras, por vivir mucho tiempo, se vuelven elementos estables de una infinidad de generaciones: estorban la historia, la incomodan y por lo tanto, ordenan su hundimiento. Otras están más dispuestas a destruirse. Pero todas son al mismo tiempo sustentáculos y obstáculos. Obstáculos, como límites (envolventes, en el sentido matemático) de los cuales el hombre y sus experiencias no pueden librarse. Piénsese en la dificultad de quebrar ciertos cuadros geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad, hasta incluso algunas coerciones espirituales: los cuadros mentales también son prisiones de larga duración.”³

Wallerstein se centra prioritariamente en la anatomía y la dinámica de las realidades económicas y políticas del capitalismo moderno, al que denomina capitalismo histórico. Son realidades vistas en los ámbitos nacional e internacional, que comprenden colonialismos, imperialismos, dependencias, interdependencias, hegemonías, tensiones y conflictos. Es el contexto de las guerras y revoluciones; destacan en especial los movimientos antisistémicos. Veamos, pues, la dinámica de la economía-mundo, según la presentaba Wallerstein, en 1983. “El capitalismo histórico ha operado dentro de una economía-mundo, pero no dentro de un Estado-mundo. Muy al contrario. Como hemos visto, las presiones estructurales han actuado en contra de la construcción un Estado-mundo. Dentro de este sistema, hemos subrayado el papel crucial de los múltiples estados, a la vez que las estructuras políticas más poderosas y sin embargo de limitado poder. De aquí que la reestructuración de determinados estados representará para los trabajadores la vía más prometedora para mejorar su posición y al mismo tiempo una vía de valor limitado. Debemos comenzar por examinar lo que podríamos entender por movimiento antisistémico. La palabra movimiento implica algún impulso colectivo de naturaleza algo más que momentánea. De hecho, en todos los sistemas históricos conocidos se han producido, por supuesto, protestas o levantamientos de algún modo espontáneo de los trabajadores. Han servido como válvulas de seguridad para la ira contenida; en ocasiones, de un modo algo más eficaz, como mecanismos que han puesto límites secundarios a procesos de explotación. Pero en términos generales, la rebelión como técnica sólo ha funcionado en los márgenes de la autoridad central, en especial cuando las burocracias centrales estaban en fase de desintegración. [...] A medida que las dos variedades de movimientos antisistémicos se propagaban (los movimientos obreros socialistas desde unos pocos estados fuertes a todos los demás, y los movimientos nacionalistas desde unas pocas zonas periféricas a todas las demás), la distinción entre los dos tipos de movimiento se hacia cada vez más borrosa. Los movimientos obreros socialistas descubrieron que los temas nacionalistas eran centrales para sus esfuerzos de movilización y su ejercicio del poder

³ Fernand Braudel, *Escritos sobre la historia*, São Paulo, Perspectiva, 1978, pp. 44 y 49-50; citas ensayo “História e ciências sociais: a longa Duração”, pp. 41-78[ed. esp.: *Escritos sobre historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991].

estatal. [...] Uno de los movimientos fuertes de los puntosa antisistémicos es que han llegado al poder en un gran número de estados. Esto ha cambiado la política vigente en el sistema mundial. Pero este punto fuerte ha sido también su punto débil, dado que los llamados regímenes posrevolucionarios continúan funcionando como parte de la división social del trabajo del capitalismo histórico. Por lo tanto, han actuado, queriendo o sin querer, bajo las implacables presiones de la tendencia a “a acumulación incesante de capital”.⁴

Para Wallerstein, la “economía-mundo” está organizada con base en lo que él mismo denomina “capitalismo histórico”; lo que Marx había denominado simplemente “capitalismo” o “modo capitalista de producción” y Weber denominara “capitalismo moderno”. Su originalidad está en reconocer que el capitalismo se expandió continuamente por las más diversas y distantes partes del mundo, lo cual desafía al pensamiento científico en el siglo XX, particularmente en las ciencias sociales. Aunque no siempre contemple las interpretaciones que habían sido desarrolladas por Marx y Weber, en lo que es acompañado por Braudel, ofrece sugerencias importantes para el análisis de las características del capitalismo como economía-mundo. “En la historia moderna, las fronteras reales dominantes de la economía-mundo capitalista se expandieron intensamente desde sus orígenes en el siglo XVI, de tal manera que hoy cubren toda la Tierra... Una economía-mundo está construida por una red de procesos productivos intervenculados, que podemos denominar ‘cadenas de mercancías’, de tal forma, que para cualquier proceso de producción en la cadena, hay cierto número de vínculos hacia delante y hacia atrás, de los cuales dependen el proceso en cuestión y las personas en él involucradas [...] En esta cadena de mercancías, articuladas por lazos que se cruzan, la producción está basada en el principio de maximización de la acumulación del capital.”⁵

Es obvio que la economía-mundo capitalista está perneada de economías-mundo menores o regionales, organizadas en moldes coloniales, imperialistas, neoeconómicos o geopolíticos. A lo largo de la historia de la economía-mundo capitalista, hubo y sigue habiendo la ascensión y caída de grandes potencias, como centros dominantes de economías-mundo regionales. Desde el siglo XVI, se suceden economías-mundo de mayor o menor envergadura y duración, centradas en torno a Portugal, España, Holanda, Francia, Alemania, Rusia (en algunos decenios del siglo XX también la Unión Soviética), Inglaterra, Japón, Estados Unidos. Además, en los últimos decenios del siglo XX ya se pre-anuncia otros arreglos de economías mundo regionales, en el ámbito de la economía-mundo capitalista de alcance global. En esta época ya se esbozan economías-mundo regionales polarizadas por las siguientes organizaciones o naciones: Unión Europea, con alguna influencia en el este europeo y amplia ascendencia sobre África; estados Unidos, con amplia influencia en todas las Américas, de Canadá a Chile y naturalmente el Caribe; Japón con amplia influencia en los países asiáticos del Pacífico, comprendiendo también Indonesia y Australia; y Rusia, la Comunidad de Estados Independientes (CEI), aunque

⁴ Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, México, Siglo XXI, 1989, pp. 56-57, 63. La primera edición en inglés data de 1983.

⁵ Immanuel Wallerstein, *The politics of the world-economy (The status, the movements and the civilizations)*, Cambridge, Cambridge, University Press, 1988, pp. 2-3: cita del capítulo I: “World networks and the politics of the world economy”.

muy movilizados en la transición de economías nacionales con planeamiento económico centralizado hacia economías nacionales de mercado abierto. Es probable que China se vuelva el centro de otra economía-mundo regional, no sólo en contrapunto con Japón y Rusia, sino también interfiriendo en el juego de los intereses de otras economías-mundo regionales ya presentes en Asia, como la norteamericana y la europea. Naturalmente, esas economías-mundo regionales se encuentran en diferentes estadios de organización y dinamización; incluso interpretándose a veces ampliamente. Japón tiene inversiones en las otras regiones, así como Europa y Estados Unidos. En los últimos decenios del siglo XX, los contornos de las economías-mundo regionales están más o menos esbozados, pero no parecen consolidados.⁶ Esta impresión resulta aún más acentuada debido al hecho de que desde el fin de la guerra fría, cuando se desagrega la economía-mundo socialista, el mundo como un todo dejó de estar rígidamente polarizado entre bloque soviético o comunista, por un lado, y bloque norteamericano o capitalista, por otro.

Todo este escenario, un poco real y un poco imaginario, es obviamente también un escenario de confluencias y tensiones, acomodaciones y contradicciones. Son procesos que ya se esbozan en algunos rincones de este nuevo y sorprendente mapa del mundo en formación desde el final de la guerra fría; un mapa del mundo en el que se están diseñando varias economías-mundo capitalista global.

Pero la economía-mundo capitalista, ya sea de alcance regional, ya sea de alcance global, sigue articulándose con base en el Estado-nación. Aunque reconozca la importancia de las corporaciones transnacionales, Wallerstein reafirma la importancia del Estado-nación soberano, aunque esa soberanía esté limitada por la interdependencia de los estados nacionales y por la preeminencia de un Estado más fuerte sobre otros. Cabe reconocer, dice él, que “la superestructura de la economía-mundo capitalista es un sistema de estados interdependientes, sistema, en el cual las estructuras políticas denominadas ‘estados soberanos’ son legitimadas y delimitadas. Lejos de significar total autonomía decisoria, el término ‘soberanía’ implica en la realidad una autonomía formal, combinada con las limitaciones reales de esta autonomía, lo cual es puesto en práctica simultáneamente por las reglas explícitas e implícitas del sistema de estados interdependientes y el poder de otros estados del sistema. Ningún Estado en el sistema, siquiera el más poderoso en un momento dado, es totalmente autónomo, pero obviamente algunos disfrutan de mayor autonomía que otros.”⁷

Sin embargo, cabe reconocer que la soberanía del Estado-nación no es simplemente limitada, sino que está socavada en su base. Cuando se lleva a las últimas consecuencias “el principio de maximización de la acumulación del capital”, esto se traduce en desarrollo intensivo y extensivo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en escala mundial. Se desarrollan relaciones, procesos y estructuras de dominación política y apropiación económica en el ámbito global, atravesando territorios y fronteras, naciones y

⁶ Jacques Attali, *Milenio*, Barcelona, Seix Barral, 1991; Lester Thurow, *Head to head (The comino economic battle among Japan, Europe and America)*, Nueva York, William Morrow and Company, 1992.

⁷ Immanuel Wallerstein, *The politics of the world-economy*, cit. p. 14; cita del capítulo 2: “Patterns and perspectives of the capitalist world-economy”. Consúltese también Immanuel Wallerstein, *The capitalist world-economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, especialmente parte I: “The inequalities of core and periphery”.

nacionalidades. Tanto es así que las organizaciones multilaterales pasan a ejercer las funciones de estructuras mundiales de poder, al lado de las estructuras mundiales de poder constituidas por las corporaciones transnacionales. Está claro que ni el principio de soberanía ni el de Estado-nación se extinguen, sino que están radicalmente socavados en sus prerrogativas, tanto que se limitan drásticamente o simplemente se anulan las posibilidades de proyectos de capitalismo nacional y socialismo nacional. El capitalismo en tanto modo de producción y proceso civilizatorio, crea y recrea el Estado-nación, así como el principio de soberanía que define su esencia. Aunque esta entidad, es decir, el estado-nación soberano, permanezca, o incluso se recree, está cambiando de forma en el ámbito de las configuraciones y movimientos de la sociedad global. Además, no es casualidad que se multipliquen los estudios y los debates acerca del estado-nación, es cuanto proceso histórico e invención, una realidad persistente y problemática; y que se encuentre en crisis a finales del siglo XX, cuando se da la globalización del capitalismo.⁸

Wallerstein utiliza con más frecuencia el concepto de “sistema-mundo”, en general implícito también en las expresiones “sistema mundial”, “economía-mundo”, “capitalismo histórico” y otras. Algunos de sus seguidores, o incluso críticos, se refieren al “paradigma” de Wallerstein como una construcción basada en el concepto de sistema-mundo. A veces Wallerstein utiliza también el concepto de “economías-mundo” en términos semejantes a los de Braudel. Hay incluso momentos de sus reflexiones en los que ambos conceptos resultan intercambiables. Están fundamentalmente apoyados en el análisis de relaciones, procesos y estructuras económicas. Más de una vez recuerdan a las reflexiones de Braudel. Esto no significa que tanto uno como otro autor dejen de contemplar aspectos sociales, políticos y culturales. Al contrario, esos aspectos de las “economías-mundo”, o “sistemas-mundo”, en palabras de Wallerstein, son con frecuencia tomados en cuenta. Si embargo, en sus líneas generales las reflexiones de Wallerstein y Braudel priorizan los aspectos económicos, en los ámbitos geográfico e histórico.

Cabe agregar, en lo que se refiere a la noción de “sistema” o “sistema mundial”, que ya está incorporada a la teoría sistémica de las relaciones internacionales y de la sociedad mundial. La “teoría sistémica” del mundo, o la relación sistémica de las relaciones internacionales, del transnacionalismo o de la mundialización, corresponde a un abordaje funcionalista de base cibernética, en el que sobresalen actores individuales, colectivos o institucionales, que toman opciones y decisiones racionales en relación con fines, objetivos o valores definidos en términos pragmáticos, relacionados con la definición de posiciones, conquista de ventajas, o afirmación de hegemonía. Se trata de un enfoque prioritariamente sincrónico, el cual abarca el escenario internacional o mundial en términos de agentes concebidos como actores en un todo sistémico. Se trata de una conceptualización distinta de la presente en nociones de “sistema-mundo” o “economía-mundo” con las que trabaja Wallerstein. Por ello puede ser conveniente priorizar el concepto de “economía-mundo” cuando se trata de focalizar las contribuciones de Wallerstein. Incluso puede ser conveniente destacar las

⁸ Joseph A. Camillero y Jim Falk, *The end of sovereignty? (The politics of a shrinking and fragmenting world)*. Aldershot, Inglaterra, Edward Elgar Publishing, 1992; Bernardo Kliksberg, *¿Cómo transformar al Estado? Más allá de mitos y dogmas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

convergencias entre Wallerstein y Braudel, distinguiéndolas del abordaje sistémico, en el que están presentes y son fundamentales conceptos originarios de la cibernética.⁹

Además, las contribuciones de Wallerstein y Braudel confieren importancia especial a la economía política de la mundialización. Distinguen de modo particularmente atento las peculiaridades y complejidades de las tecnologías, formas de organización de la producción, intercambios entre organizaciones económicas nacionales e internacionales, polaridades y multipolaridades, ciclos, épocas y tendencias seculares de las economías-mundo. La articulación principalmente económica del concepto de economía-mundo está presente incluso en buena parte de los comentaristas, seguidores y críticos de Wallerstein y Braudel. “Las economías nacionales se están volviendo cada vez más interdependientes, y los correlativos procesos de producción, intercambio y circulación, adquirirán alcance global. Muchas industrias de trabajo tipo intensivo han sido reubicadas en regiones con estructuras de costos de trabajo relativamente bajas. Aunque las nuevas tecnologías destaquen la disponibilidad de fuerza de trabajo altamente cualificada, favorecen los desarrollos recientes de capacidad productiva en países industrialmente avanzados. Esta reestructuración de las actividades económicas se benefician de dos factores que actúan conjuntamente: el rápido cambio tecnológico y la creciente integración financiera internacional. La consiguiente división internacional del trabajo puede beneficiarse de las variaciones regionales de la infraestructura tecnológica, condiciones de mercado, relaciones industriales y clima político para realizar la producción global integrada y las estrategias de *marketing*. La corporación transnacional es el agente significativo más conspicuo, pero no el único en este proceso. Como Emmanuel Wallerstein y otros observaron, de lo que somos testigos es de otro estadio en el desarrollo de un “sistema-mundo”, cuya característica principal es el propósito transnacional del capital. [...] Para Wallerstein, la “economía-mundo” es ahora universal, en el sentido de que todos los estados nacionales están, en diferentes grados, integrados en su estructura central [...] Una característica importante del sistema unificado de Wallerstein es el patrón de estratificación global, que divide la economía mundial en áreas centrales (beneficiarias de la acumulación del capital) y áreas periféricas (en constante desventaja por el proceso de intercambio desigual). El sistema de estados nacionales, que institucionaliza y legitima la división centro-periferia, también concreta, por medio de una intrincada red de relaciones legales, diplomáticas y militares, la distribución del poder en el centro.”¹⁰ Para algunos, entre los cuales destaca Wallerstein, “la hegemonía implica una situación en la que los productos de determinado Estado nacional son producidos tan eficientemente que se vuelven ampliamente competitivos incluso en otros estados centrales, lo que significa que este determinado Estado nacional será el principal beneficiario del cada vez más libre mercado mundial.”¹¹

Notése sin embargo que el concepto de “economía-mundo”, o economía mundial, sistema mundial, sistema económico mundial y capitalismo histórico, según lo inspiran las

⁹ Kalus Knorr y Sydney Verba (compiladores), *The internacional system (Theoretical seáis)*, Princeton, Princeton University Press, 1961; Robert O. Keohane y Joseph S. Nye, *Power and interdependence*, 2a. ed. Nueva York, Harper Collins Publishers, 1989; George Modelski, *Long eycles in worl politics*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1987; Karl Deutsch, *Análise das relações internacionais*, Brasília Universidade de Brasília, 1982.

¹⁰ Joseph A. Camillero y Jim Falk, *op. cit.* pp. 77-78.

¹¹ *Ibid.*, p. 89.

investigaciones y las interpretaciones de Wallerstein y Braudel, está siempre relacionado con el emblema Estado-nación. Aunque sea evidente el empeño en develar las realidades geográficas, históricas y económicas de la mundialización, el Estado-nación aparece todo el tiempo como agente, realidad, parámetro, ilusión. Estos autores están siempre comprometidos con la idea de sociedad nacional, o Estado-nación, como emblema de la realidad y del pensamiento, o de la geografía, de la historia, y de la teoría. Está claro que reconocen que la sociedad nacional no es capaz de contener las fuerzas de la economía, política, geografía, geoeconomía, geopolítica, historia, demografía, cultura, mercado, negocios, etc. Reconocen que las fronteras son continua o periódicamente rotas, rehechas, rebasadas o disueltas. Saben que la nación es un hecho histórico y geográfico, un proceso que se crea y recrea continuamente. Pero priorizan el punto de vista nacional, el ambiente Estado-nación, como universo empírico y teórico.

Tanto es así que Braudel y Wallerstein, como muchos de sus comentaristas, seguidores y críticos, confieren especial atención a las condiciones no sólo económicas sino también sociales, políticas, demográficas, geográficas, culturales y otras, en el ámbito local y nacional. Distinguen y valorizan las diversidades y jerarquías de las formas sociales de organización del trabajo y de la producción. Reconocen las dimensiones sociales, políticas y culturales, además de las económicas, en la producción y reproducción de las condiciones de vida en la ciudad y en el campo, incluyendo la cultura material y espiritual, la realidad y lo imaginario.

En el límite, Braudel está fascinado por el lugar que Francia puede ocupar en el mundo. En todo su largo viaje por la geografía y la historia mundiales, busca el lugar y el destino de Francia. Pasa por los desafíos representados por las ciudades y naciones dominantes, centrales, metropolitanas o polos de economías-mundo: Venecia, Amsterdam, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y otras. Reconoce el momento y la importancia de cada una, como centro de economía-mundo. Pero sigue buscando el lugar y el destino de Francia en este viaje sin fin. “Lo digo de una vez por todas: amo a Francia con la misma pasión, exigente y complicada, de Jules Michelet.”¹²

En el límite, Wallerstein está empeñado en aclarar el secreto de la primacía de los Estados Unidos de América del Norte en el mundo capitalista, conforme ésta se manifiesta a lo largo del siglo XX, particularmente desde la segunda guerra mundial. Rebusca pretéritos, antecedentes o raíces de sistemas imperialistas. Quiere aclarar el vaivén de las grandes potencias, como metrópolis de sistemas o economías-mundo. Se inclina sobre el tejido económico, político, demográfico, militar, tecnológico, cultural e ideológico que fundamenta la primacía de este o aquel sistema o economía-mundo. “Parece que Dios bendijo a los Estados Unidos tres veces: en el presente, en el pasado y en el futuro. Digo que así parece porque los caminos de Dios son misteriosos, y no pretendo estar seguro de entenderlos. Las bendiciones de las que habló son éstas: en el presente, prosperidad; en el pasado, libertad; en el futuro, igualdad... El problema es que esas bendiciones tienen su precio... Y no siempre es obvio que aquellos que reciben las bendiciones sean los que pagan su precio [...] Estados Unidos siempre se creyó excepcional, pero la excepcionalidad norteamericana no es excepcional. No somos el único país en la historia moderna cuyos

¹² Fernand Braudel, *L'identité de la France*, 3 vols., París, Arthaud-Flammaarion, 1986. vol. I, p. 9.

pensadores han procurado probar que su país es históricamente único, diferente de la masa de otros países en el mundo. Yo encontré franceses excepcionalistas así como rusos. Hay hindúes, japoneses, italianos y portugueses, judíos y griegos, ingleses y húngaros excepcionalistas. El excepcionalismo chino y el egipcio son una verdadera marca del carácter nacional. Y el excepcionalismo polaco compite con cualquier otro. El excepcionalismo es el tuétano de los huesos de prácticamente todas las civilizaciones que nuestro mundo ha producido.”¹³

Aunque formuladas en lenguajes diversos de los adoptados por Braudel y Wallerstein, incluso porque utilizan más ampliamente nociones provenientes del marxismo, Samir Amn y André Gonder Frank también pueden situarse en la misma corriente. Examinan las características de las economías-mundo, abarcando sistemas geopolíticos, imperialismos, dependencias, trueques desiguales, luchas por la liberación nacional, revoluciones socialistas. Las contribuciones de estos autores son fundamentales para el mapeo de las nuevas características de la economía y la política mundiales. Reconocen que las transnacionales se desarrollan más allá de las fronteras geográficas y políticas, independientemente de los regímenes políticos y de las culturas nacionales. Reconocen que crean nuevos desafíos a los gobiernos, grupos sociales, clases sociales, colectividades, pueblos, naciones y nacionalidades, impregnando sus movimientos sociales, partidos políticos, corrientes de opinión pública y medios de comunicación. Incluso reconocen que las nuevas características del capitalismo mundial, como economías-mundo o sistemas-mundo, suscitan problemas teóricos nuevos, aún no ecuacionados, que cuestionan conceptos e interpretaciones. Dejan transparentar que las interpretaciones de soberanía nacional, proyecto nacional, imperialismo y dependencia, entre otras, no dan cuenta de lo que sucede en el mundo.

Pero tanto Samir Amin como André Gonder Frank siguen interpretando las configuraciones y los movimientos de la sociedad global a partir de la perspectiva del Estado-nación. Su pensamiento sigue inspirándose en la tesis de que, en el límite, pueden realizarse proyectos nacionales, movimientos de liberación nacional o antisistémicos, de modo que se logre la emancipación popular.¹⁴

No se trata de negar hechos que expresan las realidades locales, nacionales, regionales o multinacionales, y que abarcan continentes, islas y archipiélagos. El siglo XX puede ser visto como un inmenso mural de luchas populares, guerras entre naciones, revoluciones nacionales y revoluciones sociales. Y todo esto sigue vigente y fundamental a finales del siglo XX, en el umbral del XXI. El dilema consiste en constatar si está o no habiendo una ruptura histórica de grandes proporciones en el ámbito global, al señalar la decadencia del

¹³ Immanuel Wallerstein, “America and the world: Today, yesterday and tomorrow”. *Theory and society*, núm. 21, 1992, pp. 1 y 27. También, Immanuel Wallerstein, “The USA in today’s world”, *Contemporary Marxism*, núm. 4, San Francisco, 1982.

¹⁴ Samir Amin, Giovanni Arrighi, André Gunder Frank, Immanuel Wallerstein. *Le grand tumulte? (Les mouvements sociaux dans l’économie-monde)*, París, La Découverte, 1992 ; Samir Amin, *La déconnexion (Pour sortir du système mondial)*, París, La Découverte, 1986 [ed. esp. : *La desconexión*, Madrid, Iepala, 1988] ; Samir Amin, *L’empire du chaos*, París, L’Harmattan, 1991 ; André Gunder Frank, *Crisis : In the world economy*, Londres, Heinemann Educational Books, 1980; André Gunder Frank, *Critique and anti-critique (Essays on dependence and reformism)*, Londres, The MacMillan Press, 1984.

Estado-nación y la emergencia de nuevos y poderosos centros mundiales de poder, soberanía y hegemonía. En esta hipótesis, el Estado-nación sigue vigente, pero con significados diversos de los que tuvo por largo tiempo en el pensamiento liberal y en el pensamiento de algunas corrientes marxistas, sin olvidar socialdemócratas, neoliberales, fascistas y nazis.

Sucede que la economía-mundo, o sistema-mundo, en toda su complejidad no sólo económica, sino también social, política y cultural, siempre trasciende todo lo que es local, nacional y regional. Repercute por todos lados, cerca y lejos. Los colonialismos e imperialismos español, portugués, holandés, belga, francés, alemán, ruso, japonés, inglés y norteamericano siempre constituyeron y destruyeron fronteras, soberanías y hegemonías, incluyendo tribus, clanes, naciones y nacionalidades. Son muchos los que reconocen que los estados nacionales asiáticos, africanos y latinoamericanos fueron diseñados, en casi su totalidad, por los colonialismos e imperialismos europeos según el modelo neohistórico y teórico, o ideológico, configurado en el Estado-nación que se formó y predominó en Europa.¹⁵

El emblema Estado-nación siempre tuvo las características simultáneas y contradictorias de realidad neohistórica y ficción. En la época de la globalización, probablemente más que nunca, se vuelve más ficción. Está atravesado por relaciones, procesos y estructuras altamente determinadas por la dinámica de los mercados, de la desterritorialización de las cosas, gentes e ideas, cuando la reproducción ampliada del capital se globaliza debido al desarrollo extensivo e intensivo del capitalismo, al englobar fuerzas productivas como el capital, la tecnología, la fuerza de trabajo y la división social del trabajo, siempre abarcando las instituciones, los patrones socioculturales y los ideales relativos a racionalización, productividad, lucratividad y cantidad.

En varios aspectos, las interpretaciones de Braudel y Wallerstein contribuyen decisivamente al conocimiento de las configuraciones y los movimientos de la sociedad global en formación de finales del siglo XX. Es cierto que sus escritos, así como los de sus seguidores, con frecuencia priorizan los sistemas coloniales y los sistemas imperialistas, distinguiendo las grandes potencias en sus relaciones con las colonias y los países dependientes. Describen el contrapunto centro y periferia, o desarrollo y subdesarrollo. Focalizan la constitución, los desarrollos y las crisis de los centros hegemónicos, al mostrar cómo esos procesos afectan no sólo a las metrópolis sino al conjunto de los pueblos colonizados y dependientes. Señalan el juego de las relaciones que asocian, pensionan y ponen en conflicto metrópolis emergentes y dominantes, envolviendo a sus colonias y dependencias. Hacen más o menos nítidas las líneas maestras de la emergencia, transformación y crisis de los sistemas polarizados por los países metropolitanos, tales como Portugal, España, Holanda, Francia, Alemania, Bélgica, Italia, Rusia, Japón, Inglaterra y Estados Unidos. Algunas de las líneas maestras de la historia de los grandes descubrimientos marítimos, continuadas por el mercantilismo, colonialismo, imperialismo, transnacionalismo y globalismo se revelan más o menos claras, articuladas y dinámicas. En

¹⁵ Hugh Seton-Watson, *Nations & status*, Londres, Mathuen, 1977; Dawa Norbu, *Culture and the politics of Third World nationalism*, Londres, Routledge, 1992; Eric R. Wolf, *Europe and the people without history*, Berkeley, University of California Press, 1982; Peter Worsley, *The Third World*, Chicago, The University of Chicago Press, 1964; Roland Oliver, *A experiencia Africana*, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editio, 1994.

este sentido las interpretaciones de Braudel y Wallerstein, junto con las de sus seguidores, contribuyen decisivamente al conocimiento de las configuraciones y movimientos de la sociedad global.

Con Wallerstein y Braudel estamos en el ámbito de la geohistoria. Las realidades locales, principales, nacionales, regionales y mundiales son vistas como simultáneamente espaciales y temporales. Abarcan relaciones, procesos y estructuras sociales, económicos, políticos y culturales, pero siempre centrados en su dinámica neohistórica. Los movimientos de poblaciones, mercancías, técnicas productivas, instituciones, patrones socioculturales e ideas, así como los contrapuntos ciudad y campo, agricultura e industria, metrópoli y colonia, centro y periferia, este y oeste, norte y sur, occidente y oriente, local y global, pasado y presente; esos y otros contrapuntos siempre son descritos e interpretados en términos neohistóricos.

En el ámbito de la geohistoria es donde se insertan los hechos de la geoeconomía, de la geopolítica, del ciclo económico de larga duración, de los movimientos seculares. Son hechos que se desdobl原因 en otros, se concretan en realidades locales, provinciales, nacionales, regionales y mundiales, abarcan continentes, islas y archipiélagos y producen configuraciones y movimientos de las economías-mundo, siempre en moldes geohistóricos.

En buena medida, la dinámica de las economías-mundo tiene una de sus raíces en las diversidades y desigualdades con las que se constituye esa totalidad neohistórica, implicando siempre lo social, lo político y lo cultural, además de lo económico. Como en toda configuración social, en sentido lato, el todo neohistórico inherente a la economía-mundo es un todo en movimiento, heterogéneo, integrado, tenso y antagónico. Es siempre problemático, atravesado por los movimientos de integración y fragmentación. Sus aportes, al comprender nacionales y nacionalistas, grupos y clases sociales, movimientos sociales y partidos políticos, se conjugan de modo desigual, articulado y tenso, en el ámbito del todo. Simultáneamente, ese todo confiere otros y nuevos significados y movimientos a las partes. Se anulan y multiplican los espacios y los tiempos, ya que se trata de una totalidad heterogénea, contradictoria, viva, en movimiento.

En síntesis, es la propia dinámica de las economías-mundo donde emergen y se desarrollan los procesos que configuran los ciclos neohistóricos de larga, media y corta duración. El mismo juego de las fuerzas productivas, la misma dinámica de la lucha por los mercados, el mismo empeño de innovar tecnologías y mercancías, procesos que se desarrollan continuamente y periódicamente en el vientre de las economías-mundo, todo eso constituye el fundamento de la dinámica progresiva y errática que conforma los ciclos de larga duración, los cuales señalan el nacimiento, la transformación, la decadencia y la sucesión de las economías-mundo.

A medida que se desbordan los significados neohistóricos de la teoría de las economías-mundo, en sus implicaciones empíricas y metodológicas, se evidencian las continuidades y las rupturas entre lo nacional y lo mundial, lo próximo y lo remoto, el pasado y el presente, el espacio y el tiempo. Es como si el horizonte abierto por la globalización en curso a finales del siglo XX abriese posibilidades nuevas y desconocidas sobre las formaciones sociales pasadas, próximas y distantes, recientes y remotas. Unos buscan continuidades y

rupturas, otras discontinuidades y multiplicidades en el curso de la geohistoria, del contrapunto espacio y tiempo. Es como si mucho de lo que es pasado adquiriese otro sentido, al mismo tiempo que mucho de lo que parece pasado adquiriese significado presente. Realidades y significados que parecían irrelevantes, secundarios, olvidados o escondidos, reaparecen bajo nueva luz. Y todo esto porque la ruptura neohistórica que devela la globalización del mundo, a finales del siglo XX, preanunciando configuraciones y movimientos del siglo XXI, se revela no sólo como un acontecimiento heurístico, sino como una ruptura epistemológica.

3. LAS INTERNACIONALIZACIÓN DEL CAPITAL

Desde que el capitalismo retoma su expansión por el mundo después de la segunda guerra mundial, muchos comenzaron a reconocer que el mundo se estaba volviendo el escenario de un vasto proceso de internacionalización del capital. Algo nunca visto anteriormente en escala semejante, por su intensidad y generalidad. El capital perdía parcialmente su característica nacional-inglesa, norteamericana, alemana, japonesa, francesa u otra- y adquiría una connotación internacional. Al mismo tiempo que empezaban a predominar los movimientos y las formas de reproducción del capital en escala internacional, este capital alteraba las condiciones de los movimientos y de las formas de reproducción del capital en el ámbito nacional. Al poco tiempo, las formas singulares y particulares del capital, en el contexto nacional y sectorial, se subordinaron a las formas del capital en general, conforme a sus movimientos y sus formas de reproducción en el ámbito internacional. Se verificó una metamorfosis cualitativa y no sólo cuantitativa, de tal manera que el capital adquiría nuevas condiciones y posibilidades de reproducción. Su espacio se ampliaba más allá de las fronteras nacionales, tanto de las naciones dominantes como de las subordinadas, confiriéndole connotación internacional o propiamente mundial. Esa internacionalización se tornó más intensa y generalizada, o propiamente mundial, con el fin de la guerra fría, la desagregación de bloque soviético y los cambios de políticas económicas en las naciones de regímenes socialistas. A partir de ese momento, las economías de las naciones del ex mundo socialista se transforman en fronteras de negocios, inversiones, asociaciones de capitales, transferencias de tecnologías y otras operaciones que expresan la intensificación y la generalización de los movimientos y de las formas de reproducción del capital en escala mundial.

Lo que parecía una especie de virtualidad del capitalismo, como modo de producción mundial, fue cada vez más una realidad del siglo XX y adquirió mayor vigencia y alcance después de la segunda guerra mundial. En ciertos aspectos, la guerra fría en los años 1946-1989 fue una época de desarrollo intensivo y extensivo del capitalismo por el mundo. Con la nueva división internacional del trabajo, la flexibilización de los procesos productivos y otras manifestaciones del capitalismo en escala mundial, las empresas, corporaciones y conglomerados transnacionales adquieren permanencia sobre las economías nacionales. Éstas se constituyen en los agentes y productos de la internacionalización del capital. Tanto es así que las transnacionales rediseñan el mapa del mundo en términos neoeconómicos y geopolíticos muchas veces más diferentes de los que habían sido diseñados por los estados nacionales más fuertes. Lo que ya se venía esbozando en el pasado, con el surgimiento de monopolios, consorcios y cárteles, se intensifica y generaliza con las transnacionales que

pasan a predominar desde el fin de la segunda guerra mundial; inicialmente, a la sombra de la guerra fría y, después, a la sombra del “nuevo orden económico mundial”.

Aunque con frecuencia haya coincidencias, convergencias y conveniencias recíprocas entre gobiernos nacionales y empresas, corporaciones o conglomerados, en lo que se refiere a asuntos nacionales, regionales y mundiales, es innegable que las transnacionales se libraron progresivamente de algunas de las imposiciones o limitaciones inherentes a los estados nacionales. La geoeconomía y la geopolítica de las transnacionales no siempre coinciden con las de los estados nacionales. Es más, con frecuencia se disocian o hasta chocan. Son usuales los incidentes en los que se constatan las progresivas limitaciones del principio de soberanía, en el que clásicamente se fundaba el Estado-nación. En escala cada vez más acentuada, en el ámbito mundial, la “gran empresa” parece transformar naciones de las más diversas categorías en “pequeña-nación”.¹

En la base de la internacionalización del capital está formación, el desarrollo y la diversificación de lo que se puede denominar “fábrica global”. El mundo se transformó en la práctica en una inmensa y compleja fábrica que se desarrolla en conjunción con lo que se puede denominar *shopping center global*. Se intensificó y generalizó el proceso de dispersión geográfica de la producción, o de las fuerzas productivas, comprendiendo el capital, la tecnología, la fuerza de trabajo, la división social del trabajo, la planeación y el mercado. La nueva división internacional del trabajo y de la producción, al abarcar el fordismo, el neofordismo, el toyotismo, la flexibilización y la terciarización, todo esto ampliamente agilizado y generalizado con base en las nuevas técnicas electrónicas, esta nueva división internacional del trabajo concreta la globalización del capitalismo en términos geográficos e históricos.

La fábrica global puede ser simultáneamente realidad y metáfora. Expresa no sólo la reproducción ampliada del capital en el plano global, abarcando la generalización de las fuerzas productivas, sino que también expresa la globalización de las relaciones de producción. Se globalizan las instituciones, los principios jurídico-políticos, los patrones socioculturales y los ideales que constituyen las condiciones y los productos civilizatorios del capitalismo. En este contexto se da la metamorfosis de la “industrialización sustitutiva de las importaciones” a la “industrialización orientada a la exportación”, de la misma forma en que se da la desestatización, la desregulación, la privatización, la apertura de mercados y la monitorización de las políticas económicas nacionales por las tecnocracias del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, entre otras organizaciones multilaterales y transnacionales.²

¹ François Perroux, “Grande firme et petite nation”, *Economies et sociétés*, t. II, núm. 9, Ginebra, Librairie Droz, 1968, pp. 1847-1867; Raymond Vernon, *Tormenta sobre las multinacionales, las cuestiones esenciales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980; Richard J. Barnet y Ronald Muller, *Poder global (A força incontrolável das multinacionais)*, Río de Janeiro, Distribuidora Record, s/d /edición original en inglés realizada en 1974); Charles-Albert Michalet, *O capitalismo mundial*, Río de Janeiro, Editora Paz e Terra, 1984; United Nations, *Transnacional corporations in world development*, Nueva Cork, 1978.

² Folker Frobel, Jürgen Heinrichs y Otto Kreye, *La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*, México, Siglo XXI, 1980; Joseph Grunwald y Kenneth Flamm, *La fábrica mundial. El ensamble extranjero en el comercio internacional*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991; Robert B. Reich, *The work of nations*, Nueva

Es obvio que el capitalismo sigue teniendo bases nacionales, pero éstas ya no son determinantes. La dinámica del capital, en todas sus formas, rompe o rebasa las fronteras geográficas, los regímenes políticos, las culturas y las civilizaciones. Está en curso una nueva suerte de mundialización del capitalismo como modo de producción, en el que se destacan la dinámica y la versatilidad del capital como fuerza productiva, entendiéndose que el capital es un signo del capitalismo, el emblema de los grupos y de las clases dominantes en las escalas nacional, regional y mundial. Es decir, el capital del que hablamos aquí es una categoría social compleja, basada en la producción de mercancía y lucro, o plusvalía, lo cual supone todo el tiempo la compra de fuerza de trabajo, y siempre involucrando instituciones, patrones socioculturales de varios tipos, en especial jurídico-políticos, que constituyen las relaciones de producción.

Ya es posible reconocer que el significado del Estado-nación ha sido alterado drásticamente, cuando se examina a la luz de la globalización del capitalismo, intensificada desde el fin de la segunda guerra mundial y acelerada con el fin de la guerra fría. Algunas de las características “clásicas” del Estado-nación parecen modificadas o radicalmente transformadas. Las condiciones y las posibilidades de soberanía, proyecto nacional, emancipación nacional, reforma institucional, liberalización de las políticas económicas o revolución social, entre otros cambios más o menos sustantivos en el ámbito nacional, pasan a estar determinadas por las exigencias de instituciones, organizaciones y corporaciones multilaterales, transnacionales o propiamente mundiales, que se sostienen por encima de las naciones. La moneda nacional se vuelve reflejo de la moneda mundial, abstracta y ubicua, universal y efectiva. Los factores de producción, o las fuerzas productivas, tales como el capital, la tecnología, la fuerza del trabajo y la división social del trabajo, entre otros, pasan a ser organizados y dinamizados en forma mucho más acentuada que antes por su reproducción en el ámbito mundial. También el aparato estatal, por todas sus agencias, siempre simultáneamente políticas y económicas, además de administrativas, es llevado a reorganizarse o “modernizarse” según las exigencias del funcionamiento mundial de los mercados, de los flujos de los factores de la producción, de las alianzas estratégicas entre corporaciones. De ahí internacionalización de las directrices relativas a la desestatización, desregulación, privatización, apertura de fronteras, creación de zonas francas.³

Una prueba particularmente importante de la forma por la cual se da la internacionalización del capital, es evidente en la continua y agresiva penetración que este capital realiza en todas y cada una de las economías socialistas. Desde las más diferentes técnicas de bloqueo económico, político y cultural hasta las más diferentes propuestas de intercambio económico, bajo todas las formas el capital se vuelve poco a poco un elemento presente y esencial para la organización y la dinámica de todas y cada una de las economías socialistas. Incluso antes de la guerra fría, esas modalidades de acción ya eran efectivas.

York, Alfred A. Knopf, 1991; Robert B. Reich, *The work of nations*, Nueva Cork, Alfred A. Knopf, 1991; Alain Lipietz, *Le capital et son espace*, París. La découverte/Maspero, 1983.

³ Joseph A. Camilleri y Jim Falk, *The end of sovereignty? (The politics a shrinking and fragmenting world)*, Aldershot, Inglaterra, Edward Elgar Publishing, 1992; Bernardo Kliksberg, *¿Cómo transformar el Estado? Más allá de mitos y dogmas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Durante la segunda guerra mundial se accionaron varias formas de intercambio. La alianza de hecho y de derecho entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, en la lucha contra el nazi-fascismo alemán, italiano y japonés benefició muchísimo a las fuerzas productivas organizadas con base en el capitalismo norteamericano e inglés. Después de la segunda guerra mundial, la guerra fría se puso de manifiesto como una inmensa y compleja operación de diplomacia total, no sólo contrarrevolucionaria, sino de dinamización y generalización de las actividades productivas, principalmente en Europa y en el Pacífico, donde se destacan los tigres asiáticos y Japón, por un lado, y la Unión europea y Alemania Federal, por otro. Cabe recordar que una parte importante del desarrollo industrial ocurrido en países del “tercer mundo” se realizó a la sombra de la guerra fría, con apoyo más o menos ostensivo de los gobiernos de los países del “primer mundo”, del Banco Mundial y del fondo Monetario Internacional. Cuando termina la guerra fría, incluso como consecuencia del modo en que el capitalismo estaba bloqueando y penetrando el mundo socialista, el “segundo mundo”, son otros espacios los que se abren. En varios aspectos es como si el mundo todo se volviera escenario de las fuerzas productivas accionadas y generalizadas por las corporaciones transnacionales, conjugadas con o apoyadas por los gobiernos de los países capitalistas dominantes.

Vale la pena examinar algunas particularidades del vasto y largo proceso por medio del cual el capital se vuelve cada vez más presente y esencial en el mundo socialista, y se convierte en un elemento decisivo en su transformación. E rigor, la metamorfosis de las economías centralmente planeadas en economías de mercado abierto comenzó mucho antes del final de la guerra fría. En 1977 se planteaban con claridad las perspectivas y las ventajas que se abrían al capital. “Las relaciones económicas este-oeste están estrechamente ligadas al esquema político general existente entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. En este esquema, las consideraciones políticas y militares pesan más que las consideraciones económicas y comerciales en la política de los Estados Unidos en relación con la Unión Soviética, y en menor grado, en lo que se refiere a su política en relación con las otras economías socialistas. Mientras, las transformaciones económicas y comerciales entre los Estados Unidos y los países socialistas son un factor que influye en la atmósfera política. Hay mucho que ganar de una relación política razonablemente estable, en la que los países Socialistas participen más abiertamente en el conjunto del sistema internacional [...] en un mundo de creciente interdependencia –económica, científica y tecnológica-. Los intercambios y el comercio están aumentando y continuarán en aumento.”⁴

Las corporaciones transnacionales, con frecuencia apoyadas por las agencias gubernamentales de los países capitalistas dominantes y también beneficiadas por las directrices de organizaciones multilaterales tales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, crearon los más diversos y oprimentes desafíos a las economías socialistas. Además de ofrecer negocios, posibilidades de negocios e intercambio de tecnologías, también ofrecieron mercados, posibilidades de exportación de las economías socialistas a las capitalistas. Al poco tiempo, las economías centralmente planificadas se vieron estimuladas y desafiadas por las oportunidades ofrecidas por las de mercado. Al

⁴ Lawrence C. McQuade (editor), *East-West trade* (Managing encounter and accomodation), Boulder, Colorado, Westview Press, 1977, pp. 3 y 5. Editado para The Atlantic Council Committee on East-West Trade.

poco tiempo, la industrialización sustitutiva de importaciones, que predominó en los países socialistas, se acopló y subordinó a la industrialización orientada a la exportación. Lo que ya estaba ocurriendo de manera incipiente en uno u otro país, paulatinamente se volvió un proceso continuo, creciente y avasallador. “El verdadero motor del crecimiento en China hoy es el sector industrial creado por la inversión extranjera, que se concentra en el sur de China, principalmente Guangdong... El éxito de Guangdong ha sido impulsado por las exportaciones, que han aumentado cerca del 30 por ciento en los años recientes. [...] Mientras, como el flujo exportador de China se vuelve más y más dependiente de la inversión extranjera, comprendiendo el control de la tecnología, de los fondos de inversión y de la calidad, la burocracia estatal pierde paulatinamente el control de la economía.”⁵

La intensa y generalizada internacionalización del capital ocurre en el ámbito de la intensa y generalizada internacionalización del proceso productivo. Los “milagros económicos” que se suceden a lo largo de la guerra fría y después de ella son también momentos más o menos notables de esa internacionalización. Esto significa que las corporaciones ya no se concentran en los países dominantes, metropolitanos o llamados centrales. Las unidades y organizaciones productivas, que abarcan innovaciones tecnológicas, zonas de influencia, adecuaciones culturales y otras exigencias de la producción, distribución, intercambio y consumo de las mercancías que atienden necesidades reales e imaginarias, pasan a desarrollarse en los más diversos países, distribuyéndose por continentes, islas y archipiélagos. Así como se multiplican y difunden las zonas francas, se multiplican y difunden las unidades y organizaciones productivas. Está en curso una nueva división internacional del trabajo y de la producción, que involucra la complementación o la superación de los procedimientos del fordismo y del stajanovismo, así como de las enseñanzas del taylorismo y el fayolismo, se desarrolla el toyotismo, la organización del proceso de trabajo y producción en términos de flexibilización, tercerización o subcontratación, todo esto ampliamente agilizado por la automatización, la robotización, la microelectrónica y la informática. Así se generaliza el capitalismo, transformando el mundo en algo que parece una fábrica global.

El capital adquiere nuevas connotaciones en la medida en que se desarraiga y se mueve por todos los rincones del mundo. “La internacionalización del capital, como relación social, extiende el proceso de trabajo al plano mundial y fragmenta el trabajo social no sólo en los ámbitos locales, regional y nacional, sino en el mundo como un todo. Los variados componentes de la computadora afluyen desde los más diversos rincones del globo, de Taiwán, Corea del Sur, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, América Latina, África, según una división del trabajo llevada al extremo, en la cual la fragmentación es el dato general. Lo mismo ocurre en la industria automovilística.”⁶

⁵ Richard Smith, “The Chinese road to capitalism”, *New Left Review*, núm. 199, Londres, 1993, pp. 55-99: citas de las pp. 90-92. Consultar también, A. Koves, “Integration into world economy and direction of economic development in Hungary”, *Acta Oeconómica*, vol. 20, núm. 1-2, 1978, pp. 107-126; Andrés Koves, “Socialista economy and the World economy”, *Review*, vol. V, núm. 1, 1981, pp. 113-133; David Wen-Wei Chang, *China under Deng Xiaoping*, Londres, Mc Millan, 1991; *The Economist*, “A billion consumers (A survey of Asia)”, Londres, 30 de octubre de 1993.

⁶ Christian Palloix, *Les firmes multinacionales et le procès d'internationalisation*, París, François Maspero, 1973, p. 163.

La internacionalización del capital significa simultáneamente la internacionalización del proceso productivo. Y es obvio que esa internacionalización del capital productivo implica no sólo la idea de la fábrica global y del *shopping center global*, sino también la de la internacionalización de la cuestión social. “Hoy, la internacionalización se ha difundido no solamente por los circuitos del capital mercancía y del capital dinero, sino que alcanzó su estadio final, la internacionalización del capital productivo. Esto ha sido denominado habitualmente internacionalización de la producción. [...] En el desarrollo histórico de la internacionalización del capital, el Estado-nación tendrá que considerar cada vez con más seriedad su realidad externa, en la medida en que ciertas partes del Estado –unas más que otras- tendrán que someterse a la situación internacional. [...] La internacionalización de ciertas partes del Estado es plenamente visible. [...] La lucha de clases conducida por el capital ocurre en todo el mundo, y el proletariado ya no puede ignorar este hecho. En esta lucha de clases en el nivel mundial... el capital tiene la iniciativa. [...] es necesario introducir la lucha de clases del proletariado en el análisis del proceso de internacionalización.”⁷

Esta claro que la internacionalización del capital, entendida como internacionalización del proceso productivo o de la reproducción ampliada del capital, implica la internacionalización de las clases sociales en sus relaciones, reciprocidades y antagonismos. Como ocurre en toda formación social capitalista, también en la global se desarrolla la cuestión social. Cuando se mundializa el capital productivo, se mundializan las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En este contexto se da la mundialización de las clases sociales, comprendiendo sus diversidades internas, sus distribuciones por los más diversos y distantes lugares, sus múltiples y distintas características culturales, étnicas, raciales, lingüísticas, religiosas y otras. En este sentido, las clases sociales, por sus movimientos sociales, partidos políticos y corrientes de opinión pueden trascender las naciones y las regiones, y manifestarse en un ámbito cada vez más amplio. Lo que ya es cierto acerca de grupos y clases dominantes, que se comunican y articulan cada vez más en el plano mundial, puede volverse también una certeza para los grupos y las clases subalternas, a pesar de sus diversidades internas y de su dispersión por todos los rincones del mapa del mundo.

Desde que se intensificó la globalización del capitalismo, con la nueva división internacional del trabajo y la dispersión territorial de las actividades industriales, todo esto dinamizado por las técnicas de la electrónica, se empezó a hablar por fin de la geografía. La aceleración y generalización de las relaciones, procesos y estructuras capitalistas que atraviesan territorios y fronteras, culturas y civilizaciones dieron origen a la metáfora del fin de la geografía. “El fin de la geografía, como un concepto aplicado a las relaciones financieras internacionales, habla de un estado de desarrollo económico en el que la localización geográfica ya no importa en materia de finanzas, o importa mucho menos que antes. En ese estado, los reguladores del mercado financiero ya no controlan sus territorios;

⁷ Christian Palloix, “The self-expansion of capital on a world scale”, *The Review of Radical Political Economics*, vol. 9, núm. 2, Nueva York, 1977, pp. 11, 13 y 16. Consultar también, Christian Palloix, *Les firmes multinacionales et le process d'internationalisation*, cit; Samir Amin, *La acumulación a escala mundial*, México, Siglo XXI, 1974 ; Octavio Ianni, *Imperialismo América Latina*, 2a. ed., Río de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1988.

esto es, los reguladores no se aplican a determinados espacios geográficos, tales como el Estado-nación y otros territorios típicos definidos jurídicamente.”⁸

En la época de los mercados mundiales de capitales, cuando las más diversas formas de capital se movilizan de un modo cada vez más acelerado y generalizado, se reducen los controles nacionales, sus agencias y organizaciones que tradicionalmente administran y orientan los movimientos del capital, todas las instancias llamadas nacionales ven reducidas sus capacidades de controlar los movimientos del capital.

Las corporaciones transnacionales, incluyendo naturalmente las organizaciones bancarias, movilizan sus recursos, desarrollan sus alianzas estratégicas, agilizan sus redes y sus circuitos informáticos y realizan sus aplicaciones de modo interdependiente o incluso con total desconocimiento de los gobiernos nacionales. Y aunque éstos, por sí mismos o por sus agencias, tengan conocimiento de los movimientos transnacionales de capitales, aun en esos casos poco o nada pueden hacer. Las transnacionales se organizan y dispersan por el mundo según planeaciones propias, geoeconomías independientes, evaluaciones económicas, políticas, sociales y culturales que muchas veces no contemplan para nada las fronteras nacionales o el colorido de los regímenes políticos nacionales. “En los primeros años del periodo posterior a la segunda guerra mundial, los gobiernos se apoyaron en controles de los movimientos de corto plazo de los capitales con un propósito fundamental: proveer a sus economías del máximo de viabilidad de autonomía económica, sin el sacrificio de la interdependencia económica [...] Entre finales de los años setenta y comienzos de los noventa, un amplio movimiento, interdependientemente de los controles del capital, se volvió evidente a través del mundo industrial. El rápido crecimiento líquido de fondos internacionales y la creciente globalización de la producción provocaron este proceso. Los mercados extranjeros erosionaron las barreras financieras nacionales, al mismo tiempo que movilizaron recursos crecientes para empresas multinacionales involucradas en el proceso de globalización de sus proyectos productivos. De este modo, aumentaron su capacidad para desarrollar estrategias de evasión y remesas. Así, primero los gobiernos constataron que los controles habían de ser reforzados continuamente para ser de utilidad y, después, descubrieron que el resultado, o los costos económicos potenciales de esos refuerzos, excedían los beneficios.”⁹

En este contexto el capital se vuelve ubicuo, en un nivel jamás alcanzado anteriormente. Por momentos se mueve por los más diversos y distantes lugares del planeta, atraviesa fronteras y regímenes políticos, así como mares y océanos. Está en marcha un proceso de desterritorialización cuyas implicaciones prácticas y teóricas apenas comienzan a ser analizadas. “En verdad, el dinero no viaja de un país a otro en el sentido físico; las transferencias son electrónicas, o sea, realizadas en el mismo segundo en que se toma la decisión de invertir. No hay transferencia física de dólares... se realiza una simple operación de débito y crédito electrónicamente. El flujo internacional de capitales se

⁸ Richard O’Brien, *Global financial integration: The end of geography*, Nueva Cork. Council on Foreign Relations Press, 1992, p. I.

⁹ John B. Goodman y Louis W. Pauly, “The obsolescence of capital controls? Economic management in an age of global markets”, *World Politics*, vol. 46, núm. 1, Princeton, 1993, pp. 50-82; cita de la p. 79.

procesa también de la misma forma. En esa inmensa masa de recursos, se confunde el dinero de origen legal y el que se ganó con actividades ilegales.”¹⁰

Éste es el escenario de la economía política del narcotráfico. Dadas las condiciones no sólo técnicas sino también económicas en las que se abren mercados, se agilizan los circuitos financieros y se fortalecen los centros decisorios de las corporaciones transnacionales y de las redes bancarias, el lavado de cualquier tipo de dinero se vuelve relativamente fácil. “El desarrollo de los circuitos bancarios informatizados y del sistema de transferencias electrónicas contribuye a acelerar el movimiento de los capitales tanto como a limpiar y a reciclar el dinero sucio. Esta evolución parece favorecer una integración mayor de la economía ilícita en las actividades de los grandes bancos comerciales internacionales.”¹¹

Cuando se da la internacionalización propiamente dicha del capital, éste se despega de las naciones, de los subsistemas económicos nacionales. Aunque guarde algunos rasgos importantes de su origen o arraigo nacional, adquiere significados que trascienden las fronteras de esta o aquella nación. Son varias las monedas nacionales negociadas en todos los cuadrantes, independientemente de su filiación originaria. Está claro que el yen japonés, el marco alemán, la libra esterlina inglesa y el dólar norteamericano, entre otras monedas, siguen preservando relaciones básicas con los subsistemas económicos nacionales en los que se formaron y siguen teniendo vigencia. Pero esto no impide que esas mismas monedas adquieran significados nuevos, a veces fundamentales, debido a su circulación internacional. En el ámbito del mercado mundial, en el que circulan el capital, la tecnología y la fuerza de trabajo, se desarrollan nuevos significados de estas fuerzas productivas, además de lo que éstas significan en el ámbito nacional.

En rigor, el proceso de internacionalización del capital es, simultáneamente, un proceso de formación del capital global, entendido como una forma nueva y desarrollada del capital en general. Al lado de los capitales singulares y particulares, esto es, nacionales y sectoriales, se forma el capital en general, el cual subsume a aquéllos y les confiere nuevos significados. “es importante entender que, más que nunca, en el capitalismo contemporáneo las finanzas dictan el ritmo de la economía... y en este sentido, hay un predominio financiero en la dinámica económica. En este contexto se ha de comprender que los cambios en las finanzas han constituido una dinámica internacionalizada, calcada sobre una verdadera macroestructura financiera, de ámbito transnacional. [...] El predominio financiero –la financierización– es expresión general de las formas contemporáneas de *definir, gestionar y realizar la riqueza en el capitalismo*. Por predominio financiero se entiende, incluso conceptualmente, el hecho de que todas las corporaciones –hasta las típicamente industriales, como las de los complejos metalmeccánica y electroelectrónico– tiene en sus aplicaciones financieras, de lucros rendidos o de caja, un elemento central del proceso de acumulación global de riqueza.”¹²

¹⁰ Nilton Horita, “Dinheiro roda o mundo atrás de investimentos”, *O Estado de S. Paulo*, 25 de septiembre de 1994, p. B12.

¹¹ Alain Labrousse y Alain Wallon (dirección), *La plénète des drogues (Organisations criminelles, guerres et blanchiment)*, París, Seúl, 1993, pp. 199-200.

¹² José Carlos de Souza Braga, “A financeirização da riqueza”, *Economia e Sociedade*, núm. 2, Campinas, Instituto de Economía da Unicamp, 1993, pp. 25-57; cita de la p. 26.

En realidad, el capital financiero parece adquirir más fuerza que en cualquier época anterior, cuando aún se encontraba arraigado en centros decisorios nacionales, más o menos subordinados al Estado-nación. Además de la mundialización acelerada y generalizada de las fuerzas productivas, de los procesos económicos, de la nueva división internacional del trabajo, se forman redes y circuitos informatizados por medio de los cuales las transnacionales y los bancos mueven el capital por todos los rincones del mundo. “El *locus* del poder económico y político se dislocó debido a la ascensión del capital financiero. Se ha dicho, en especial por radicales, que el lugar del poder en la sociedad capitalista estaba en los escritorios centrales de unos cuantos centenares de corporaciones multinacionales gigantescas. Ahora que no hay duda acerca del papel de estas entidades en la asignación de recursos y otras actividades correlacionadas, pienso que hay que agregar una consideración que merece ser enfatizada. Los ocupantes de estos escritorios centrales están ellos mismos, en creciente medida, constreñidos y controlados por el capital financiero que opera por medio de redes globales del mercado financiero. En otras palabras el poder real no está totalmente en los escritorios de las corporaciones sino en los mercados financieros. Lo que es válido para los directores de corporaciones también lo es para los que controlan el poder político (nacional). Cada vez más, ellos también son controlados por los mercados financieros en lo que pueden y en lo que no pueden hacer.”¹³

En la época de la globalización del capitalismo, el capital en general adquiere mayor universalidad. No sólo asume las más diversas formas de capital singular y particular, o nacional y sectorial, sino que se vuelve parámetro universal de las actividades y las relaciones desarrolladas por individuos y pueblos, por empresas y conglomerados nacionales y transnacionales, por gobiernos nacionales y organizaciones multilaterales. El capital en general, cada vez más no sólo internacional sino propiamente global, pasa a ser un parámetro decisivo en el modo por el cual éste se produce y reproduce en el ámbito nacional, regional, sectorial y mundial.

Los horizontes históricos y teóricos abiertos por la internacionalización del capital, que comprenden una forma desarrollada de la reproducción ampliada del capital, ponen en cuestionamiento las nociones de la economía nacional, desarrollo económico nacional, colonialismo, imperialismo, dependencia, bilateralismo, multilateralismo y otras. Esas nociones siguen siendo de alguna o mucha validez, y permiten describir e interpretar realidades particulares en diferentes partes del mundo. Expresan relaciones, procesos y estructuras muy presentes y evidentes en las condiciones de vida de individuos, grupos, clases, tribus, clanes, pueblos, naciones y nacionalidades. Pero dentro y por encima de la economía, nacional, del imperialismo y del multilateralismo, además de otras realidades y conceptos que siguen siendo presentes y válidos, se desarrollan las relaciones, los procesos y las estructuras que constituyen la organización y la dinámica del capital en escala mundial. Así se subvierten nociones, conceptos, categorías o interpretaciones. Lo que parecía evidente y consolidado puede parecer dudoso, inacabado o superado. De forma errática o sistemática, el pensamiento científico está siendo provocado por los desafíos de la globalización el capital.

¹³ Paul M. Sweezy. “The triumph of financial capital”, *Monthly Review*, vol. 46, núm. 2, Nueva York, 1994, pp. 1-11; cita de las pp. 9-10.

6. LA ALDEA GLOBAL

Cuando el sistema social mundial se pone en movimiento y se moderniza, entonces el mundo empieza a parecer una especie de aldea global. Poco a poco o de repente, según el caso, todo se articula en un vasto y complejo todo moderno, modernizante, modernizado. Y el signo por excelencia de la modernización parece ser la comunicación, la proliferación y la generalización de los medios impresos y electrónicos de comunicación, articulados en tramas multimedia que llegan a todo el mundo.

La noción de aldea global es una expresión de la globalización de las ideas, patrones y valores socioculturales, imaginarios. Puede ser vista como una teoría de la cultura mundial, entendida como cultura de masas, mercado de bienes culturales universo de signos y símbolos, lenguajes y significados que crean el modo en el que unos y otros se sitúan en el mundo o piensan, imaginan, sienten y actúan.

A consecuencia de las tecnologías oriundas de la electrónica y la informática, los medios de comunicación adquieren mayores recursos más dinamizados, alcances mucho más distantes. Los medios de comunicación de masas, potenciados por esas tecnologías, rompen o rebasan fronteras, culturas, idiomas, religiones, regímenes políticos, diversidades y desigualdades socioeconómicas y jerarquías raciales, de sexo y edad. En pocos años, en la segunda mitad del siglo XX, la industria cultural revoluciona el mundo de la cultura, transforma radicalmente el imaginario de todo el mundo. Se forma una cultura de masas mundial, tanto por la difusión de las producciones locales y nacionales como por la creación directa en escala mundial. Son producciones musicales, cinematográficas, teatrales, literarias y otras, lanzadas directamente al mundo como signos mundiales o de la mundialización. Se difunden por los más diversos pueblos, independientemente de sus peculiaridades nacionales, culturales, lingüísticas, religiosas, históricas y otras. Son producciones a veces rodeadas de aura científica o filosófica, como los rumores sobre el fin de la historia, el fin de la geografía, la génesis de la Tierra-patria, las maravillas de la sociedad informática, el mundo como paraíso libre del castigo del trabajo enajenado. “En el próximo siglo, la Tierra verá que su conciencia colectiva se eleva por encima de la superficie terrestre en una densa sinfonía electrónica, en la que todas las naciones – si siguen existiendo como entidades separadas- vivirán un haz de sinestesia espontánea [...] Más y más personas entrarán en el mercado de informaciones, perderán sus identidades privadas en ese proceso, pero surgirán con capacidad para interactuar con cualquier persona en la faz del globo. Referéndums electrónicos masivos y espontáneos atravesarán continentes. El concepto de nacionalismo declinará y también los gobiernos regionales caerán como consecuencia política de la creación de un gobierno mundial por satélite artificial. El satélite será usado como el instrumento mundial más importante de propaganda en la guerra por los corazones y mentes de los seres humanos.”¹

En el ámbito de la aldea global, prevalecen los medios electrónicos como un poderoso instrumento de comunicación, información, comprensión, explicación e imaginación de lo

¹ Marshall McLuhan y Bruce R. Powers, *The global village (Transformation in world life and media in the 21st century)*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1989, pp. 95-118 [ed. Esp.: *La aldea global. Transformaciones en la vida y los medios de comunicación mundiales en el siglo XXI*, México, Gedisa, 1991].

que sucede por el mundo. Junto con la comunicación impresa, los medios electrónicos pasa a desempeñar el singular papel de intelectual orgánico de los centros mundiales de poder, de los grupos dirigentes de las clases dominantes. Aunque mediatizados, influidos, cuestionados o asimilados en el ámbito local, nacional y regional, poco a poco esos medios adquieren el carácter de un singular e insólito intelectual orgánico, articulado a las organizaciones y empresas transnacionales predominantes en las relaciones, procesos y estructuras de dominación política y apropiación económica que tejen el mundo, de acuerdo con el “nuevo orden económico mundial” o las nuevas geopolíticas y geoeconomías regionales y mundiales. “La angustia crítica en la que viven hoy todos los hombres es, en gran medida, el resultado de esa zona interfacial que existe entre una cultura mecánica, fragmentada y especializada en decadencia, y una nueva cultura integral, que es completa, orgánica y microcósmica. Esta nueva cultura no depende en absoluto de las palabras. De hecho, el lenguaje y el diálogo ya tomaron la forma de interacción entre todas las zonas del mundo. [...] La computadora suprime el pasado humano, convirtiéndolo por entero en presente. Hace que sea natural y necesario un diálogo entre culturas, peroprescindiendo por completo del discurso... La palabra individual, como depósito de información y sentimiento, ya está cediendo a la gesticulación microcósmica.”²

Esta claro que los medios de comunicación globales no son monolíticos. Están atravesados por imposiciones locales, nacionales y regionales, así como por divergencias políticas, culturales, religiosas y otras. Se componen de empresas, corporaciones y conglomerados que compiten en los mercados y se disputan clientes, audiencias, públicos, estratos sociales. Son sensibles a las reivindicaciones de diferentes grupos y clases sociales, movimientos sociales y partidos políticos, iglesias y gobiernos. En este aspecto, y tomados globalmente, los medios de comunicación expresan mucho de lo que sucede en el mundo, en la ola de integración y fragmentación, en el ámbito de las diversidades y desigualdades, en el juego de los conflictos y de las acomodaciones.

Sin embargo, simultáneamente, una parte de esos mismos medios de comunicación opera en consonancia con centros de poder de alcance mundial. Con frecuencia presentan el mundo videoclip, un caleidoscopio aparentemente sin nexo, transfigurando y refigurando los acontecimientos como un espectáculo, en el cual todo y cualquier dramatismo queda subjetivado, en el cual las dimensiones épicas de los acontecimientos se disuelven en la pirotecnia del audiovisual, tan simulado y virtual como destrerritorializado y ahistórico.

La verdad es que la industria cultural también adquirió alcance global. Atraviesa fronteras de todo tipo, geográficas, políticas, culturales, religiosas, lingüísticas y otras. Se transforma en un poderoso sector de producción, en el sentido de producción de mercancías, lucro o plusvalía. Emplea a millares de intelectuales de todas las especialidades, de los más diferentes campos del conocimiento, como asalariados, trabajadores productivos cuya fuerza de trabajo produce excedente, lucro o plusvalía. Transfigura al periodista, al escritor, al científico social, al publicista, locutor, escenógrafo, técnico de sonido, especialista en efectos visuales coloridos y sonoros, artífice de la estética electrónica y muchos otros en un vasto trabajador colectivo, un intelectual orgánico aún poco conocido.

² Marshall McLuan, Quentin Fiore y Jerome Angel, Guerra y paz en la aldea global, Barcelona, Martínez Roca, 1971, pp. 72-73 y 98-99.

Simultáneamente, la industria cultural produce y reproduce signos, símbolos, imágenes, sonidos, formas, colores, movimientos, todo esto en las más innovadoras o inocuas, prosaicas o sorprendentes combinaciones, poblando el imaginario de muchos en todo el mundo.

En el ámbito de la aldea global, todo tiende a volverse representación estilizada, realidad pasteurizada, simulacro, virtualidad. La industria cultural se transforma en un poderoso medio de fabricación de representaciones, imágenes, formas, sonidos, ruidos, colores y movimiento. De manera cada vez más libre, arbitraria o imaginativa, el mundo que aparece en los medios de comunicación tiene mucho de un mundo virtual, algo que existe en abstracto y por sí o en sí. Muchas veces, tiene apenas una remota resonancia de lo que podrían ser los acontecimientos, las configuraciones y los movimientos de la sociedad, en los niveles local, nacional, regional o global. “En principio, la información está ahora a disposición inmediata en todo el globo y puede ser almacenada o recuperada, siempre que se disponga de electricidad. El tiempo y el espacio ya no están restringidos al intercambio de informaciones. La aldea global de McLuhan es técnicamente realizable.”³

Todo se globaliza y virtualiza, como si las cosas, las gentes y las ideas se transfiguraran por la magia de la electrónica. La ola modernizante no se detiene nunca, y se difunde por los más remotos y recónditos rincones y entresijos de los modos de vida y trabajo, de las relaciones sociales, de las objetividades, subjetividades, imaginarios y afectividades. Mc Luhan “vio la tecnología como una extensión del cuerpo. De la misma forma que la rueda es una extensión del pie, el telescopio una extensión del ojo, así la red de comunicación es una extensión del sistema nervioso. Así como la red de comunicaciones se difundió por el mundo, así ocurrió con nuestra red natural. La televisión se volvió nuestros ojos, el teléfono nuestra boca y oídos. Nuestros cerebros son los de un sistema nervioso que se extiende por todo el mundo.”⁴

Es como si cada individuo pasara a ser eslabón de múltiples redes de comunicación, información, interpretación, diversión, aflicción, evasión. Cada individuo puede ser un haz de articulaciones locales, nacionales, regionales y mundiales, cuyos movimientos y centros de emisión están dispersos y desterritorializados en el mundo exterior. Su modo de ser, que comprende acciones, relaciones, reflexiones y fantasías, pasa a estar cada vez más poblado por los signos difundidos por la aldea global.

En el ámbito de la sociedad mundial en formación, cuando son cada vez más numerosas y generalizadas las señales de la globalización, también se multiplican los pastiches, los simulacros y las virtualidades. Las más diversas realidades sociales, en sus expresiones económicas, políticas y culturales, adquieren configuraciones desconocidas e inimaginadas, no sólo para el público en general, sino también para los científicos sociales. En todas las

³ Mark Poster, *The mode of information: Poststructuralism and social context*, Cambridge, Polity Press, 1990. p. 2. Citado por Benjamín Wooley, *Virtual worlds (A journey in hype and hyperreality)*, Londres, Penguin Books, 1992, p. 124. Consultar también, Armand Matterlart, *La comunicación-mundo (Historia de las ideas y de las estrategias)*, México, Siglo XXI, 1996, especialmente el cap. 6: “Del progreso a la comunicación: las metamorfosis conceptuales”.

⁴ Benjamin Wooley, *Virtual worlds (A journey in hype and hyperreality)*, Londres, Penguin Books, 1992, pp. 124-125.

esferas de la vida social, incluidas evidentemente las empresas transnacionales y las organizaciones multilaterales, los medios de comunicación de masas y las iglesias, las bolsas de valores y los festivales de música popular, las carreras automovilísticas y las guerras, todo se tecnifica, se organiza electrónicamente, adquiere las características del espectáculo producido con base en las redes electrónicas informáticas automáticas instantáneas universales.

La aldea global puede ser una metáfora y una realidad, una configuración histórica y una utopía. Puede ser simultáneamente todas estas posibilidades. Desde que las técnicas de la electrónica propiciaron la intensificación y la generalización de las comunicaciones, más allá de toda y cualquier frontera, se aceleró un proceso que ya se estaba desarrollando en el ámbito de las relaciones internacionales, de las organizaciones multilaterales y de las corporaciones transnacionales. Lo que el mundo ya conocía, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, como monopolios, trusts y cárteles, que tejían geoeconomías y geopolíticas de sistema imperialistas, o economías-mundo, preanunciaban los primeros contornos de lo que sería, a fines del siglo XX, la aldea global. En la medida en que se desarrollan las relaciones, los procesos y las estructuras de dominación y apropiación que constituyen la sociedad global, lo que se intensifica y generaliza con la creciente movilización de técnicas electrónicas, muchos empiezan a percibir el mundo como una vasta e insólita o idílica aldea global.

La aldea global es diseñada, tejida, coloreada, sonorizada y movilizada por todo un complejo de elementos dispares, convergentes y contradictorios, antiguos y renovados, nuevos y desconocidos que forman redes de signos, símbolos y lenguajes, que abarcan publicaciones y emisiones, ondas y telecomunicaciones. Estos elementos incluyen las relaciones, los procesos y las estructuras de dominación política y de apropiación económica que se desarrollan más allá de toda y cualquier frontera, desterritorializando cosas, gentes e ideas, realidades e imaginarios.

En este horizonte se crea y generaliza la cultura de la mundialización, como producto y condición de esa misma mundialización. Hay elementos también dispares, convergentes y contradictorios, antiguos y renovados, nuevos y desconocidos: carnaval, fórmula 1, mil millas, copa del mundo, olimpiada, música global, cine sobre la diversidad de los mundos socioculturales, mercados de obras de arte y artistas, de producciones científicas y científicas, de ídolos de la cultura popular mundial, manifestaciones de iglesias electrónicas, mercadotecnia de mercancías mundiales que llevan consigo signos de la cultura de la mundialización, ropas y equipamientos electrónicos, etiquetas y estilos, palabras e imágenes, simulacros y virtualidades. “La acción del mercado tiene un efecto igualmente corrosivo en el otro eje de la tradición poética: el temporal. La preeminencia del ahora lima los lazos que nos unen al pasado. La imprenta, la televisión, y la publicidad ofrecen diariamente imágenes de lo que está pasando ahora mismo aquí y allá, en Patagonia, en Siberia y en el barrio vecino; la gente vive inmersa en un ahora que parpadea sin cesar y que nos da la sensación de movimiento continuo y sin cesar acelerado. ¿Nos movemos realmente o sólo giramos y giramos en el mismo sitio? Ilusión o realidad, el pasado se aleja vertiginosamente y desaparece. A su vez, la pérdida del pasado provoca fatalmente la pérdida del futuro. [...] Después de la segunda guerra mundial, las actividades artísticas se han multiplicado : museos, galerías, bienales, subastas internacionales, ríos de

oro, océanos de publicidad. Otro tanto ocurre, aunque en escala muchísimo menor, en el dominio editorial. Sin embargo, lo mismo en las artes visuales que en la literatura predominan los estereotipos... Aunque las causas de esta situación son múltiples y complejas, creo firmemente que una de las principales es la transformación del antiguo comercio literario y artístico en un moderno mercado financiero. Este cambio económico coincide con otro de orden moral y político en las democracias de Occidente: la conversión de los ciudadanos en consumidores.”⁵

En un nivel más de lo que es evidente, el principal tejido de la aldea global ha sido el mercado, la mercantilización universal, en el sentido de que todo tiende a ser mercantilizado, producido y consumido como mercancía. Sin embargo, cabe observar que en la base de la aldea global, sea cual sea su realidad o idea, está la informatización, están las técnicas electrónicas que componen una vasta y laberíntica máquina universal que opera múltiples mensajes y está presente en todos los lugares. Se trata de las tecnologías de la inteligencia y la imaginación, que caracterizan la era de la informática y permiten diseñar, tejer, colorear, sonorizar y movilizar la aldea global. Producen un mundo digitalizado, virtual, instantáneo, ubicuo, plenamente esférico o totalmente plano, unidimensional y multidimensional, sin cronología, historia o biografía. Un mundo concebido como un texto, enmarañado de interfases, un hipertexto solamente inteligible por las tecnologías de la electrónica informática cibernética universal.

Esta es la magia: el caos se transfigura en un sistema de signos, símbolos, lenguajes, metáforas, emblemas, alegorías; simultáneamente, este sistema se transfigura en un texto complejo, un hipertexto; un hipertexto que puede ser leído, traducido, parafraseado, transliteralizados. “Técnicamente, un hipertexto es un conjunto de nudos ligados por conexiones. Los nudos pueden ser palabras, páginas, imágenes, gráficas o partes de gráficas, secuencias sonoras, documentos complejos que pueden a su vez ser hipertextos. Los rubros de información no están ligados linealmente, como en una cuerda con nudos, sino que cada uno de ellos, o la mayoría, extiende sus conexiones en estrella, de modo reticular. Navegar en un hipertexto significa por lo tanto diseñar un recorrido en una red que puede ser complicada como posible. Porque cada nudo puede, a su vez, contener una red entera.”⁶ Así se realiza la metamorfosis del caos en sistema y del sistema en texto o hipertexto.

En el límite, la informatización del mundo permite la transformación de hechos, incluyendo relaciones, procesos y estructuras, en un vasto hipertexto. Y en el mismo proceso ya constituyen las condiciones de su lectura, traducción, paráfrasis o transliteración. De repente, como en un acto de magia, el caos se convierte en sistema, las configuraciones y movimientos de la sociedad mundial en aldea global. Una aldea diseñada, tejida, coloreada, sonorizada y movilizada como en una invención lúdica. “Un mapa global ¿no correría el riesgo de volverse ilegible a partir de una cierta cantidad de conexiones, al cubrirse la tela de líneas entrecruzadas, en medio de las cuales no sería posible distinguir ya nada? Algunas investigaciones contemporáneas parecen demostrar que las representaciones de conexiones

⁵ Octavio Paz, *La otra voz: poesía y fin de siglo*, Barcelona, Seix Barral, 1990, pp. 101 y 103-104.

⁶ Pierre Lévy, *As tecnologías da inteligência (O futuro do pensamento no era da informática)*, Rio de Janeiro, Editora 34, 1993, p. 33.

en tres dimensiones serían menos embarazosas y más fáciles de consultar, dada una misma cantidad, que las representaciones planas. El usuario tendría la impresión de entrar en una estructura espacial y en ella desplazarse como dentro de un volumen.”⁷

Sin embargo, entre todos los elementos que se movilizan en la organización y dinámica de la aldea global sobresale una categoría de intelectuales. Son ellos los que piensan los medios y modos de operación del todo y de sus partes; así colaboran para que se articulen dinámicamente, de modo que constituyan la aldea como un sistema global. Son estos intelectuales los que promueven la traducción de la organización y la dinámica de las fuerzas sociales, económicas, políticas y culturales que operan en el ámbito mundial, traspasando fronteras, regímenes políticos, idiomas, religiones, culturas y civilizaciones. Para esto operan las tecnologías de la inteligencia, cada vez más indispensables, cuando se trata de diseñar, concebir, colorear, sonorizar y movilizar la aldea global, para traducir las configuraciones y los movimientos de la sociedad mundial.

La aldea global no sería inteligible, como realidad o como imaginación, sin la colaboración activa de toda una multitud de intelectuales que trabajan en todo el mundo, en las más diversas organizaciones y corporaciones públicas y privadas, nacionales, regionales, transnacionales y propiamente globales. Son investigadores, analistas, estrategas, ejecutivos, consultores, asesores, técnicos, especialistas, *juniors y seniors*, formados en los más diferentes campos del saber, siempre movilizando conocimientos científicos para el desarrollo y la puesta en práctica de técnicas.

Se trata de los *think-tanks* de todo tipo, organizados para pensar la organización y la dinámica de la sociedad global, en su todo y en sus partes, en Occidente y en Oriente, en el norte y en el sur, en el centro y en la periferia, teniendo en cuenta la prosperidad y la crisis, el mercado y la planeación, lo previsible y lo inesperado, la casualidad y la elección racional, la paz y la guerra. Representan una argamasa importante, muchas veces no sólo indispensable sino decisiva, para la operación de las organizaciones y corporaciones en las escalas local, nacional, regional y mundial. Componen las tecnocracias y las tecnoestructuras que adoptan y ponen en práctica muchas de las decisiones fundamentales relativas a la sistemática de la aldea global, como un todo y en sus múltiples partes. “Los procesos de decisión en curso en las políticas mundiales indican que el conocimiento especializado está influyendo sobre la acción política, puesto que las directrices de actuación pasan por cambios significativos... Los especialistas no están sustituyendo a los políticos, sino que están orientando a los políticos sobre cuestiones que nunca estuvieron en la agenda internacional; y están delineando programas de investigación y acción con potencial para alterar la manera en que se puede interpretar el sistema internacional. Sus interpretaciones constituyen uno de los principales componentes simbólicos de la interpretación colectiva del hombre, acerca de su lugar y evolución en este planeta. [...] El conocimiento para la acción es el área ocupada predominantemente por especialistas, consultores, planificadores. Son las personas en las que se apoyan los que deciden cuando se trata de obtener información, contribuciones sobre viabilidades, proyecciones sobre oferta y demanda, y sobre modelos relativos a las cadenas de causación implicadas en la realización de objetivos políticos. En otros términos, el especialista domina los *medios*

⁷ *Ibid.*, p. 38.

considerados relevantes para promover políticas. El político, sin embargo, mantiene la preeminencia en la definición de los objetivos de la acción y por lo tanto, domina la conceptualización de los *finés*. Así, el futuro del orden mundial depende de modo crucial de la capacidad de los especialistas para convencer a los políticos de que acepten sus metáforas.”⁸

Ya son innumerables y difundidos por el mundo los centros e institutos especializados en estudios, investigaciones, análisis, diagnósticos, pronósticos, realización, evaluación, acompañamiento, etc., dedicados a colaborar con organizaciones y corporaciones públicas y privadas, “La vida en un *think-tank* es favorable. Los mejores combinan profundidad intelectual, influencia política, una razonable publicidad, condiciones confortables y un tanto de excentricidad. Pero cuidado. Las cualidades opuestas –pedantería, despropósito, oscuridad, pobreza y convencionalismo- también florecen.”⁹

Cabe por lo tanto reflexionar un poco más y con nuevos elementos sobre la tesis de que la globalización de los medios de comunicación, dinamizada y generalizada por las técnicas de la electrónica, lleva consigo la formación y la preeminencia de un intelectual orgánico de alcance mundial. Se trata de un intelectual orgánico que expresa las formas excepcionales adquiridas por la producción, reproducción y universalización de la cultura de masas, subvierte radicalmente las condiciones de la vida política de los pueblos y obtiene directamente las condiciones de producción y vigencia de hegemonías políticas.

Nótese que la globalización de los medios de comunicación, que incluyen empresas, corporaciones y conglomerados, así como procedimientos, lenguajes, técnicas de información, elaboración y análisis, promueve la formación de equipos de intelectuales bastante complejos y abarcadores. Son intelectuales de todo tipo, de las más diversas especialidades, que actúan en los más distantes lugares, articulados en redes electrónicas informáticas telemáticas *on line worldwide*. Es como si todo el mundo, en su organización y dinámica, en sus articulaciones, tensiones y fragmentaciones, fuese continuamente, minuto a minuto, descrito e interpretado, fotografiado y divulgado, taquigrafiado y codificado, o representado e imaginado, por una colectividad de intelectuales especializados en traducir hechos, acontecimientos, crisis, callejones sin salida, realizaciones, hazañas, revoluciones y guerras. Poco a poco, la opinión pública se forma o se conforma con los signos, símbolos, emblemas, figuras, metáforas, parábolas y alegorías producidos y divulgados como la realidad de lo sucedido en el momento mismo en cualquier parte del mundo. El proceso de describir e interpretar, representar e imaginar, produce una imagen de la realidad, una visión del mundo. En general, da la impresión de que todo es presente presentificado, lugar sin raíz, hecho sin historia ni memoria. “Con el desarrollo de los medios electrónicos, la industria de la conciencia se convierte en el marcapasos del desarrollo socioeconómico en la sociedad postindustrial. Se infiltra en todos los demás sectores de la producción, asume cada vez más funciones de mando y de control,

⁸ Ernst B. Haas, Mary Pat Williams y Don Babai, *Scientists and world order (The uses of technical knowledge in international organizations)*, Los Ángeles, University of California Press, 1977, pp. 12 y 48-49.

⁹ “The good think-tank guide”, *The Economist*, Londres, 21 de diciembre de 1992, pp. 78-85; cita de la p. 79. Consultar también, “Think-tanks: The carousels power”, *The Economist*, Londres, 25 de mayo de 1991, p. 27-30.

y determina la norma de la tecnología dominante... todas las técnicas citadas (satélites de comunicación, televisión por cable, videos, etc.), forman combinaciones entre sí y con las técnicas más antiguas como imprenta, radio, cine, televisión, teléfono, teletipo, radar, etc. esos medios se combinan cada vez más para constituir un sistema universal.”¹⁰

Se trata de un proceso de producción, reproducción y universalización cultural cada vez más intenso, sistemático y generalizado, ya que está sumamente potenciado por las más diversas tecnologías. Se trata de un proceso que también se beneficia ampliamente de la movilización de conocimientos científicos de todo tipo, y no sólo de las ciencias sociales, de modo que perfecciona las descripciones e interpretaciones, las taquigrafías y codificaciones, las fotografías y divulgaciones o las representaciones e imaginaciones. En varios aspectos, los recursos científicos son traducidos en técnicas de todo tipo, de acuerdo con la organización y dinámica de empresas, corporaciones y conglomerados dedicados a los medios de comunicación, a la cultura de masas, a la industria cultural.

En este contexto se da la metamorfosis de los medios de comunicación en un vasto, complejo y global intelectual orgánico. Un intelectual orgánico de las estructuras de poder prevalecientes en el ámbito mundial, que traduce las imágenes de la realidad y las visiones del mundo en bloques de poder, composiciones de clases y grupos sociales que poseen medios y modos de organizar, influir, inducir o dinamizar las estructuras de dominación política y apropiación económica prevalecientes en la sociedad global.

Esta facultad de los medios globalizados se explica en buena medida porque el mundo de la cultura se refiere al modo en que el individuo, grupo, clase, colectividad, pueblo, tribu, nación, nacionalidad, comunidad o sociedad tienden a verse, imaginarse o traducirse. Toda realidad más o menos compleja, problemática o no, siempre se traduce en representaciones, imágenes, metáforas, parábolas y alegorías, así como en descripciones e interpretaciones. Y es por medio de los lenguajes que esto ocurre, al incorporar palabra, imagen, sonido, forma, movimiento, etc. por eso los medios de comunicación se colocan discretamente en el meollo del mundo de la cultura, de las condiciones y posibilidades de representación e imaginación.

Aquel que trabaja con los medios de representación, principalmente cuando puede manipular los más diversos lenguajes y las más diferentes técnicas, puede llevar las representaciones a extremos paroxísticos. Por esto la lengua, la imprenta, el telégrafo, el periódico, la radio, la televisión y otros medios y técnicas adquieren importancia creciente en la organización y dinámica de la vida del individuo, grupo, clase, pueblo y sociedad. Ésta es una historia antigua: “Siempre la lengua fue compañera del imperio.”¹¹ Una historia antigua y reciente: “La suprema gloria de Napoleón II fue probar que cualquier persona puede gobernar una gran nación en cuanto obtiene el control de telégrafo y de la imprenta

¹⁰ Hans Magnus Enzensberger, *Elementos para una teoría dos meios de comunicação*, Río de Janeiro, Edições Tempo Brasileiro, 1978, p. 43 [ed. esp.: *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Anagrama].

¹¹ Antonio de Lebríja, citado por Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, México Siglo XXI, 1987, p. 136.

nacional.”¹² Una historia antigua, reciente y actualísima. A estas alturas de la historia, en la época de la electrónica, todos tienen que “vivir en un mundo en el que la microcomputadora y el satélite están llevando velozmente las buenas nuevas de la liberal-democracia a casi todos los rincones del mundo”.¹³

Así se forman las hegemonías de alcance mundial, los proyectos de gestión de los problemas y las orientaciones de ámbito mundial. Hegemónico es toda imagen de la realidad, toda visión del mundo que expresa los intereses de los que detentan los medios de mando, o dominación y apropiación; pero simultáneamente contempla, es decir, toma en cuenta los intereses de sectores sociales subordinados o subalternos.

Taquigrafía y codifica la organización y la dinámica de la realidad, las condiciones y las posibilidades de unos y otros, de tal modo que el mundo parece conformarse a la imagen o la visión del mundo que se expresa en el proyecto de gestión de problemas, en la dirigencia del todo y las partes, en la orientación y reorientación del curso de los acontecimientos, reivindicaciones y movimientos.

En la época de la guerra fría, a lo largo de los años 1946 a 1989, ya en franco proceso de globalización, los medios de comunicación construyeron una visión del mundo bipolarizada, maniquea. El capitalismo y el socialismo se contraponían en términos de “mundo libre y mundo totalitario”, “democracia y comunismo”, “sociedad abierta y sociedad cerrada”, “reino del bien y reino del mal”. Después, a partir de 1989, cuando los medios impresos y electrónicos globalizados invaden aún más todas las esferas de la vida social en todo el mundo, lo que prevalece es la idea de “nuevo orden económico mundial”, “fin de la historia”, “fin de la geografía”. Y así la metáfora de la “mano invisible”, idealizada por el liberalismo clásico en los horizontes del Estado-nación, resurge idealizada por el neoliberalismo en los horizontes de la globalización. Poco a poco, las producciones y reproducciones de la cultura de masas, en escala mundial, crean la ilusión de una universalización de las condiciones y posibilidades del mercado y la democracia, del capital y la ciudadanía.

Tomados como el intelectual orgánico de la globalización, en condiciones de construir hegemonía de alcance mundial, los medios de comunicación se revelan como una nueva figuración del “príncipe” del que hablaron Maquiavelo y Gramsci. Para Maquiavelo, el príncipe era un individuo excepcional, dotado de virtud; es decir, talento moral y político, así como de fortuna; o sea, capacidad de aprovechar las condiciones y posibilidades emergentes en la vida política de la ciudad, reino, nación o Estado. Para Gramsci, el príncipe puede ser el partido político: “El moderno príncipe, el mito-príncipe, no puede ser una persona real, un individuo concreto; sólo puede ser un organismo; un elemento complejo de la sociedad en el cual ya se ha iniciado la concreción de una voluntad colectiva reconocida y fundamentada parcialmente en la acción. Este organismo ya está determinado

¹² Baudelaire, citado por David Harvey, *Condição pós-moderna (Uma pesquisa sobre as origens da mudança cultural)*, São Paulo, Edições Loyola, 1992, p. 215.

¹³ *The Economist*, Londres, 28 de septiembre de 1991, p. 21.

por el desarrollo histórico, es el partido político: la primera célula en la cual se aglomeran gérmenes de voluntad colectiva que tienden a volverse universales y totales.”¹⁴

Esta figura se transforma en el transcurso de la historia, en la medida en que se desarrollan las fuerzas que organizan y dinamizan la vida de la sociedad. En la época de la universalización de los medios de comunicación, cuando el discurso del poder pasa a ser formulado y divulgado por intermedio de los medios impresos y electrónicos, algo especial se ha modificado. Al lado del líder y del partido, o encima y más allá de ellos, se colocan los medios de comunicación, entendidos como emblema de un intelectual colectivo de amplias proporciones, difundido por el mundo y que influye en mentes y corazones. La metáfora revive de modo inesperado cuando los medios de comunicación asumen la extraña y sorprendente figura de príncipe de la modernidad-mundo. Combinado o no con individuos, movimientos sociales, partidos políticos, iglesias, gobiernos, corporaciones u otras personas, colectividades y organizaciones, este príncipe de la modernidad-mundo puede influir a veces decisivamente en odios y pasiones, corrientes de opinión pública, estados de espíritu, visiones del mundo, mentes y corazones. “La sofisticación de la tecnología de la persuasión en el último medio siglo modificó las viejas reglas de la comunicación humana. A medida que la industria de la publicidad y de las relaciones públicas se volvía cada vez más hábil para controlar la opinión pública, las posiciones, las creencias, y los sistemas de valores, se fue volviendo un imperativo mantener el secreto y capacitar a la población para reprimir la conciencia de aquellos que los manipuladores estaban tramando. El control de la percepción no se puede alcanzar si es reconocido, lo que hizo que proliferasen los controles perceptivos en niveles conscientes e inconscientes. [...] La susceptibilidad humana a la persuasión ideológica está basada en la promesa eternamente no cumplida de sentido y orden, una respuesta estereotipada a la soledad, a la monotonía y a las amenazas de hambre, dolor, inseguridad y caos político, moral o social. Estas amenazas son incesantemente suscitadas por los medios de comunicación comerciales. El mensaje constante de los medios con estas amenazas mantiene la búsqueda compulsiva de preguntas y respuestas, causas y efectos, y compromisos ideológicos. El mensaje de los medios indica la última dirección del consumo, de la diversión, de la política, de los negocios, de la industria, de las cuestiones militares y de la religión; con sus relativas promesas de reducir la ansiedad. Libertad es un Datsun..., un voto a un candidato político, una contribución para algún profeta religioso...”¹⁵

Esta claro que todo esto subvierta las formas tradicionales o clásicas de organización y acción políticas. El partido, la opinión pública, el ejercicio del voto, la gobernabilidad, la estabilidad o inestabilidad de regímenes políticos, la magnitud o irrelevancia de hechos sociales, económicos, políticos y culturales, todo esto pasa a depender, en cierta medida,

¹⁴ Antonio Gramsci, *Maquiavel, a política e o estado moderno*, Río de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1968, p. 6. Cita del cap. I: “O moderno príncipe” [ed. Esp.: *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, México, Juan Pablos, 1986.].

¹⁵ Wilson Bryan Key, *A era manipulação*, São Paulo, Scritta Editorial, 1993, pp. 313 y 319. Consultar también, Cynthia Schneider y Brian Wallis (editores), *Global television*, Nueva York, Wedge Press, 1988; Anthony Smith, *La geopolítica de la información. Cómo la cultura occidental domina el mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; Armand Mattelart, *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*, México, Siglo XXI, 1996; Armand Mattelart, *L'internationale publicitaire*, París, La Découverte, 1989.

de la forma en que los medios describen e interpretan, fotografian y divulgan, taquigrafian y codifican o representan e imaginan hechos, acontecimientos, realizaciones, callejones sin salida, crisis, perspectivas, narcotráfico, terrorismo, recesión, desempleo, productividad, prosperidad, golpe de Estado, revolución, contrarrevolución, guerra, comunismo, socialismo, islamismo, cristianismo, budismo, occidentalismo, orientalismo, neoliberalismo, capitalismo. Se subvierten las condiciones de actuación y las posibilidades de influencia de partidos, iglesias, movimientos sociales, corrientes de opinión pública, procesos electorales, análisis de la realidad social, económica, política y cultural, directrices y mensajes. Se transfiguran los mensajes y las técnicas del discurso del poder, de la dirigencia, de la hegemonía.

Cada una de las corporaciones mundiales de los medios de comunicación, y todas en conjunto, ejercen influencias más o menos decisivas en las formas en que individuos, grupos, clases, colectividades y pueblos se sitúan ante las configuraciones y movimientos de la realidad social, en los cambios local, nacional, regional y mundial. Es obvio que hay convergencias y contradicciones, hiatos y divergencias, en el modo en que las corporaciones de los medios de comunicación informan, interpretan, entretienen y distraen a individuos y pueblos. Pero hay siempre alguna influencia, más o menos decisiva, en el modo en que los medios de comunicación registran, seleccionan, interpretan y difunden lo que sucede en el mundo. “Vivimos en una época de profundos cambios políticos, económicos y culturales... los cambios que agraden al mundo alimentan la inseguridad. Exigen que los individuos reevalúen y cambien sus actitudes para dominar los nuevos desafíos. Los individuos ansían orientación e información, pero tienen también una fuerte necesidad de entretenimiento y recreación. Para hacer frente a esas diferentes exigencias, una corporación global de los medios de comunicación tiene responsabilidades especiales. La comunicación es un elemento básico de cualquier sociedad. Los medios de comunicación vuelven esa comunicación posible, ayudan a la sociedad a formar la opinión y el consenso democráticos. Hoy, la sociedad utiliza los medios de comunicación para ejercer una forma de autocontrol.”¹⁶

En este sentido, los medios de comunicación adquieren y expanden su influencia en el imaginario de muchos, de la gran mayoría. Detentan amplio control sobre el modo en que los hechos importantes o secundarios, locales, nacionales, regionales o mundiales, reales o imaginarios, se difunden por el mundo, e influyen en mentes y corazones. Pueden transfigurar lo real en virtual, de la misma manera que lo virtual en real. Es evidente que este intelectual orgánico de alcance mundial, habla, escribe y piensa principalmente en inglés. A pesar de estar compuesto por innumerables individualidades procedentes de las más diversas naciones, culturas y hasta incluso civilizaciones, en tanto intelectual colectivo, múltiple, ubicuo y polifónico, habla, escribe y piensa principalmente en inglés.

Es verdad que el inglés comenzó a mundializarse como idioma del imperialismo británico, lo que ocurrió de modo particularmente acentuado en el siglo XIX y las primeras décadas

¹⁶ Mark Wossner, “Success and responsibility”, publicado por Bertelsmann, *Annual Report 1992/93*, Gutersloh, Alemania, 1993, pp. 4-7; cita de la p. 4. Cabe observar que la Bertelsmann es una transnacional de los medios de comunicación activa en la producción de papel, libros, revistas, publicidad y servicios, y presente en países de Europa, América, Asia y África.

del XX. En seguida, desde el fin de la primera (1914-1918), y más aún desde el fin de la segunda guerra mundial (1939-1945), se difundió también como idioma oficial del imperialismo norteamericano. A fines del siglo XX, sigue sirviendo a esos imperialismos, aunque con otros significados, en especial debido a la crisis y a la decadencia de esas grandes potencias, así como por el surgimiento de otros polos mundiales de poder. En varios aspectos, es posible comprobar que la creciente mundialización del inglés se desarrolló en la estela de esos imperialismos.¹⁷

En la época de la globalización del mundo, cuando se intensifican y generalizan las relaciones, los procesos y las estructuras del capitalismo, el inglés con el que se habla, escribe y piensa adquiere nuevos significados, se transforma en la vulgata de la mundialización. A pesar de sus connotaciones aún imperialistas, cuando se trata de intereses norteamericanos, británicos, canadienses o de otras naciones pertenecientes a la comunidad británica o a la geoeconomía norteamericana, es innegable que el inglés se despegó bastante de sus orígenes y se lanza como una especie de jerga universal. Es el idioma por excelencia de la aldea global tejida por las técnicas de la electrónica, por los intercambios mercantiles, por la geopolítica de la guerra fría, por el nuevo orden económico mundial formulado por el neoliberalismo y por las redes de la industria cultural mundializada. “El inglés tiene una posición dominante en la ciencia, la tecnología, la medicina y la computación; en la investigación, los libros, los periódicos y el *software*, en los negocios transnacionales, comercios, navegación y aviación; en la diplomacia y las organizaciones internacionales; en la cultura de masas y en el deporte; y en los sistemas educativos, así como la lengua extranjera que más ampliamente se aprende... La difusión del inglés es excepcional, tanto en términos de alcance geográfico como en lo que se refiere a la profundidad de su penetración.”¹⁸

Nótese la contemporaneidad y el contrapunto: lengua de la globalización y la electrónica del mundo sin fronteras. “La difusión del inglés es tan significativa como el uso moderno de las computadoras. Cuando el volumen de información que precisaban ser procesadas excedió las capacidades humanas, la computadora aparece en escena, transformando los procesos de planeación y de cálculo. Cuando las necesidades de comunicación global empezó a superar los límites establecidos por las barreras de las lenguas, la difusión del inglés se aceleró, y transformó los patrones vigentes de comunicación internacional.”¹⁹

Sí, la lengua de hecho de la aldea global ha sido principalmente el inglés. La mayor parte de las comunicaciones, que abarcan todo tipo de intercambio, desde las mercancías hasta las aldeas, de las monedas a las religiones, se realiza en esa lengua. Gran parte de la producción científica, filosófica y artística está formulada en esa lengua, en sus

¹⁷ Robert Phillipson, *Linguistic imperialism*, Oxford University Press, 1992; Claude Truchot, *L'Anglais dans le monde contemporain*, París, Le Robert, 1990; Renato Ortiz, *Mundialização e cultura*, São Paulo, Editora Brasiliense, 1994, especialmente cap. VI: “Legitimidade e estilos de vida”: Octavio Ianni, *Imperialismo e cultura*, Petrópolis, Editora Vozes, 1976, especialmente la primera parte: “A industria cultural do imperialismo”.

¹⁸ Robert Phillipson, *Linguistic imperialism*, cit., p. 6.

¹⁹ C.A. Ferguson, “Foreword”, en B. B. Kachru (editor), *The other tongue: English across cultures*, Oxford, Pergamon, 1983, pp. VII-XI, cita de la p. IX. Según la cita de Robert Phillipson, *Linguistic imperialism*, cit. p. 6.

formulaciones originales o en sus traducciones. Muchos de los hechos sociales, económicos, políticos y culturales circulan como noticias habladas, escritas y pensadas en inglés, o traducidas a esa lengua. Es bastante sintomático que algunos de los periódicos y revistas más característicos de la mundialización en curso a fines del siglo XX estén escritos en esa lengua, del mismo modo que las emisoras de cadenas de televisión y radio de alcance mundial. Prácticamente todo lo que se refiere a la electrónica: informática, computación, telecomunicaciones, automatización, robótica, microelectrónica y otras tecnologías creadas o perfeccionadas gracias a la electrónica, todo esto tiene su producción, mercadotecnia e implementación en inglés. “Los medios impresos, electrónicos e informáticos, igual que los productos como el disco, el cine y los programas televisados desempeñan un papel fundamental en la difusión del inglés. Representan, con mucho, el principal medio de ponerse en contacto con esta lengua, que alcanza al mayor número de personas, que las involucra más frecuentemente y de manera más variada... Esta presencia del inglés se manifiesta como la propia lengua de los medios. Más allá de lo dicho, los medios propagan en inglés la reproducción de la realidad del mundo contemporáneo...”²⁰

El inglés ha sido no sólo el idioma de la aldea global sino también y simultáneamente, el idioma de la Babel global. En esa Babel, atravesada por las más sorprendentes diversidades y desigualdades, polarizada por movimientos de integración y fragmentación, todos se entienden y desentienden principalmente en inglés. Pueden ser japoneses y chinos, hindúes y árabes, africanos y latinoamericanos, franceses e indonesios, alemanes y rusos; pero tienden a entenderse o a desentenderse principalmente en ese idioma.

Naturalmente, las otras lenguas no sólo permanecen, sino que se desarrollan, se transforman y hasta pueden enriquecerse. En la medida en que es un momento esencial de la cultura, del modo de ser, pensar, actuar, sentir, imaginar o fabular, toda lengua es necesariamente vida, movimiento, devenir, transfiguración. El diálogo, el monólogo y la polifonía están siempre en el núcleo de la sintaxis y al semántica, del signo y el significado, de lo dicho y lo desdicho. Pero porque el diálogo, el monólogo y la polifonía implican necesariamente las otras lenguas, los otros modos de ser, pensar, actuar, sentir, imaginar o fabular. Del intercambio entre las diferentes lenguas, como momentos esenciales de las diferentes culturas, de los diferentes modos de ser, se producen tanto mutilaciones y reiteraciones como recreaciones y modificaciones. “Las palabras son tejidas a partir de una multitud de hilos ideológicos y sirven de trama a todas las relaciones sociales en todos los dominios...La palabra constituye el medio en el que se producen lentas acumulaciones cuantitativas de cambios que aún no han tenido tiempo de engendrar una forma ideológica nueva y acabada. La palabra es capaz de registrar las frases transitorias más íntimas, más efímeras de los cambios sociales... Cada época y cada grupo social tiene su repertorio de formas de discurso en la comunicación socioideológica [...] La lengua vive y evoluciona históricamente en la comunicación verbal concreta, no en el sistema lingüístico abstracto de las formas de la lengua ni en el psiquismo individual de los hablantes.”²¹

²⁰ Calude Truchot, *L'Anglais dans le monde contemporain*, París, Le Robert, 1990, p. 173.

²¹ Mikhail Bakhtin (Volochinov), *Marxismo e filosofia da linguagem*, 2ª. Ed., São Paulo, Editora Hucitec, 1981, pp. 41, 43, 44 y 124.

La universalización del inglés, por o tanto, no significa automáticamente la homogeneización de los modos de hablar, escribir y pensar, o ser, actuar, sentir, imaginar y fabular. Aunque la forma en que está ocurriendo la globalización del capitalismo lleve consigo esa tendencia; aunque la idea de aldea global implique esa connotación es innegable que las más diversas modalidades de organizar la vida y el trabajo, las herencias y las tradiciones, las hazañas y las derrotas, o los trabajos y los días, continuarán produciendo y desarrollando las diferencias, las diversidades y las polifonías.

9. MODERNIDAD-MUNDO

La formación de la sociedad global reabre la problemática de la modernidad en sus implicaciones filosóficas, científicas y artísticas. En el ámbito de a globalización de las cosas, gentes e ideas, se modifican los marcos sociales y mentales de referencia. Todo lo que es evidentemente local, nacional y regional se revela también global. Las relaciones, los procesos y las estructuras característicos de la globalización infunden en prácticamente todas las realidades preexistentes nuevos significados, otras connotaciones.

En la medida en que se da la globalización del capitalismo, como modo de producción y proceso civilizatorio, se desarrolla simultáneamente la sociedad global, una especie de sociedad civil global en la que se constituyen las condiciones y las posibilidades de contratos sociales, formas de ciudadanía y estructuras de poder de similar alcance. En esa misma medida, se desarrollan las relaciones y los procesos característicos de la globalización, se forman las estructuras de poder económico y político también característicos de la globalización.

Evidentemente, la globalización es problemática y contradictoria, y abarca integración y fragmentación, nacionalismo y regionalismo, racismo y fundamentalismo, geoeconomía y geopolítica. En este sentido, las diversas teorías de la globalización ofrecen subsidios para la comprensión de distintos aspectos de la sociedad global en formación. Son teorías que priorizan aspectos tales como los siguientes: la interdependencia de las naciones, la modernización del mundo, las economías-mundo, la internacionalización del capital, la aldea global, la racionalización de l mundo y la dialéctica de la globalización, entre otros. Acentúan aspectos sociales, económicos, políticos, culturales, neoeconómicos, geopolíticos y otros de la sociedad global en formación. Aunque destacan los papeles del Estado-nación, la importancia de estados hegemónicos y dependientes, las condiciones de la integración regional y mundial, las tensiones que producen la fragmentación y la guerra, aunque resaltan este o aquel aspecto del nacionalismo y el regionalismo, o del racismo y el fundamentalismo, todas ofrecen alguna contribución a la inteligencia de las condiciones bajo las cuales se forma la sociedad global.

En este horizonte se reabre la discusión de la modernidad. Como la globalización sacude más o menos profundamente los parámetros históricos y geográficos, o las categorías de tiempo y espacio, que se habían elaborado con base en el Estado-nación, en las configuraciones y movimientos de la sociedad nacional, se reabre la discusión de la continuidad o de la no continuidad de la modernidad, así como el debate modernidad o posmodernidad. Mucho de lo que se ha controvertido sobre “el pequeño relato y el gran relato”, “el individualismo metodológico y el holimso metodológico”, o “las

interpretaciones micro y macro”, entre otros dilemas, tiene algo que ver con la ruptura epistemológica provocada por la globalización, cuando se conmueven marcos sociales y mentales de referencia a los que muchos se habían habituado.

Además, es bastante probable que una parte de la producción y del debate sobre la posmodernidad surja precisamente en la época en que se acentúan las señales de la globalización de las cosas, las gentes y las ideas. Simultáneamente al desarrollo de las relaciones, procesos y estructuras que conmueven los marcos de referencia habituales, tiene lugar una repercusión de amplias proporciones sobre aspectos filosóficos, científicos y artísticos de la posmodernidad. Muchos imaginan que está instalado el reino de la fragmentación, de la discontinuidad, la desconstrucción, el bricolage, el simulacro, la realidad virtual, la disolución del tiempo y del espacio, el fin de la geografía y el fin de la historia. La drástica y amplia ruptura de los marcos sociales y mentales de referencia provoca la onda de la posmodernidad. La verdad es que la formación de sociedad global, a la par con la globalización del capitalismo, comprendido como modelo de producción y proceso civilizatorio, reabre la discusión de la modernidad-mundo. “A fin de cuentas, es su globalidad simultáneamente estructural y planetaria la que define la modernidad a fines del siglo XX como un momento singular... Éste, por lo tanto, es el cambio fundamental realizado por la modernidad: con la mundialización de la economía, el tecnocosmos, la internacionalización de la vida social, se crea un sistema global sin equivalente en la historia de la humanidad... Momento histórico singular: la modernidad-mundo impone también su singularidad a la reflexión histórica y al saber histórico.”¹

Buena parte de las producciones y controversias sobre la modernidad-nación, así como sobre la modernidad-mundo, plantean el tiempo y el espacio como categorías esenciales, siempre presentes en la filosofía, la ciencia y el arte. La modernidad, en cuanto modo de ser de las cosas, gentes e ideas, implica siempre esas categorías, las que permiten articular la historicidad y la territorialidad, la biografía y la historia, el territorio y el planeta, la continuidad y la discontinuidad, la sincronía y la diacronía, la multiplicidad de los espacios y la pluralidad de los tiempos, la comunidad y la sociedad, la evolución y el progreso, la complementariedad y la antinomia, la reforma y la revolución, el norte y el sur, el este y el oeste, el centro y la periferia, el Occidente y el Oriente, el yo y el otro, lo local y lo global, lo mágico y lo fantástico.

En muchos aspectos, el tiempo y el espacio, se sitúan en el terreno de los problemas de la modernidad. “Hay una forma de experiencia vital –la experiencia de tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida- que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy. Llamaré a ese conjunto de experiencias la ‘modernidad’. Ser modernos es encontrarse en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido, la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación,

¹ Jean Chesnaux, *Modernité-monde*, París, La Découverte, 1989, pp. 196, 198 y 199.

de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dice Marx, ‘todo lo que es sólido se desvanece en el aire’².

Entre las diversas características de la modernidad-mundo, se destacan las nuevas y sorprendentes formas del tiempo y el espacio aún poco conocidas. Además del localismo, nacionalismo y regionalismo, en general constituidos con base en nociones de tiempo y espacio acentuadamente influidas por la historicidad y territorialidad del Estado-nación, el globalismo abre otros horizontes de historicidad y territorialidad. Como la globalización abraza relaciones, procesos y estructuras de dominación política y apropiación económica de alcance global, propios de las condiciones y horizontes que se abren con la generalización del capitalismo, es evidente que se instituyen otras posibilidades de realización e imaginación del tiempo y el espacio. Lo que ya se preanunciaba en los primeros tiempos del desarrollo del capitalismo, se revela mucho más abierta y generalizadamente a fines del siglo XX, influyendo decisivamente en las configuraciones y los movimientos de la sociedad global. “Por tanto, mientras que el capital por un lado debe tender a arrasar toda barrera espacial opuesta al tráfico, *id est* al intercambio, y a conquistar toda la Tierra como su mercado, por el otro lado tiende a anular el espacio por medio del tiempo, esto es, a reducir a un mínimo el tiempo que insume el movimiento de un lugar a otro. Cuanto más desarrollado el capital, cuanto más extenso es por lo tanto el mercado en el que circula, mercado que constituye la trayectoria espacial de su circulación, tanto más tiende al mismo tiempo a extender más el mercado y a una mayor anulación del espacio a través del tiempo. [...] Aparece aquí la tendencia universal del capital, que lo diferencia de todos los estadios anteriores de la producción.”³

Desde que se aceleró el proceso de globalización del mundo, se modificaron las nociones de espacio y tiempo. La creciente agilización de las comunicaciones, los mercados, los flujos de capitales y las tecnologías, los intercambios de ideas y de imágenes, modifican los parámetros heredados sobre la realidad social, el modo de ser de las cosas, la manera de actuar del devenir. Las fronteras parecen disolverse. Las naciones se integran y desintegran. Algunas transformaciones sociales, en dimensión nacional y mundial, hacen resurgir hechos que parecían olvidados, anacrónicos. Simultáneamente, se revelan otras realidades, se abren otros horizontes. Es como si la historia y la geografía, que parecían estabilizadas, volvieran a moverse espectacularmente, más allá de las previsiones e ilusiones.

En este contexto, vista así de manera global, se revelan nuevas formas sociales de espacio y el tiempo. Son múltiples, nuevas y recreadas las formas del espacio y el tiempo develadas por los desdoblamientos de la globalización: el local y el global, el micro y el macro, la homogeneidad y la diversidad, la primacía del presente y la recreación del pasado, la contemporaneidad y la no contemporaneidad, el norte y el sur, el Occidente y el Oriente, lo

² Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid-México, Siglo XXI, 1988, p. 1. Consultar también, Renato Ortiz, *Mundializaçã e cultura*, São Paulo, Editora Brasiliense, 1994, especialmente cap. III: “Cultura e modernidad-mundo”; David Harvey, *A condição pós-moderna*, São Paulo, Edições Loyola, 1992, especialmente parte III: “A experiencia do espaço e do tempo”; Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.

³ Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1971-1976, vol. 2, pp. 30-31.

real y lo virtual, la experiencia y el simulacro, la desterritorialización y la miniaturización, el mensaje y el videoclip, la velocidad y el instante, lo fugaz y el silencio.

En el ámbito de la sociedad global, las formas sociales del espacio y el tiempo se modifican y multiplican. Dado que la globalización articula y dinamiza configuraciones sociales locales, nacionales, regionales, internacionales y transnacionales, se multiplican las posibilidades del espacio y el tiempo. Éstos se pluralizan y entrecruzan en modelos desconocidos, aún no codificados. Sorprenden por las posibilidades potenciales escondidas y por las creaciones inesperadas. Dislocan puntos y lugares, ritmos y formas, modos de ser y devenir.

Todas las velocidades resultan no sólo rebasables, sino que de hecho son rebasadas. El tren, el automóvil, el avión, el teléfono, el telégrafo se vuelven más veloces, dejan de ser mecánicos, de vapor o eléctricos, y se vuelven electrónicos. Corren atrás de la computadora, el fax, el telefax, la red electrónica, la comunicación continua *on line everywhere through the world all time in English*. La electrónica y la informática tienen las redes invisibles que atan y desatan las cosas, las gentes, las ideas, las palabras, los gestos, los sonidos y las imágenes, en todo el mundo. De repente la velocidad excepcional produce el instante desconocido, algo momentáneo y fugaz insertado en el nuevo mapa del mundo y el movimiento de la historia, que anula e inaugura fronteras reales e invisibles, imaginarias y virtuales. En cualquier momento, en cualquier lugar, en todo el mundo, la electrónica relaciona y prende, ata y desata personas, cosas, ideas, palabras, gestos, sonidos e imágenes. La velocidad se disuelve en el instante, la demora es apagada por lo fugaz.

Ahora el planeta Tierra puede ser concebido como plenamente esférico, o plenamente plano, da lo mismo. Los medios de comunicación, información, locomoción o intercambio reducen las distancias, obliteran las barreras, ecualizan los puntos de los territorios, armonizan los momentos de la velocidad, modifican los tiempos de la duración, disuelven los espacios y los tiempos conocidos y codificados, inauguran otros, desconocidos e inesperados. Así se tiene la impresión de que se disuelven las fronteras, montañas, desiertos, mares, océanos, lenguas, religiones, culturas, civilizaciones. Se crea la ilusión de que el mundo se volvió finalmente esférico o plano. Se disuelven las realidades, diversidades y desigualdades en el mundo de los simulacros y las virtualidades, aunque se reafirman y desarrollan las realidades, diversidades y desigualdades.

Muchos imaginan que comenzó la era de la posmodernidad. La fragmentación de lo real disperso por el espacio y despedazado en tiempo desafía la razón y la imaginación generadas desde la ilustración. Cuando se acelera el proceso de globalización, y da la impresión de que la geografía llegan a su fin, muchos piensan que entró la posmodernidad, declinó la razón y se soltó la imaginación. Se intercambia la experiencia por la apariencia, lo real por lo virtual, el hecho por el simulacro, la historia por el instante, el territorio por el dígito, la palabra por la imagen.

Todo se desterritorializa. Las cosas, gentes e ideas, así como las palabras, gestos, sonidos e imágenes, todo se desplaza por el espacio, atraviesa la duración, revelándose fluctuante, itinerante, volante. Se desarraigan de los lugares, se olvidan los pretéritos, se hacen presentes en los cuatro rincones del mundo. La sociedad global se transforma en un vasto

mercado de cosas, gentes e ideas, así como de realizaciones, posibilidades e ilusiones; integra también homogeneidades y diversidades, obsolescencias y novedades. “Al final de esta difícil mutación, el hombre se convertirá al mismo tiempo en portador de *objetos nómadas* y en *nómada-objeto* él mismo. Su cuerpo se cubrirá de prótesis y luego él a su vez se convertirá en prótesis, hasta venderse y comprarse como objeto.”⁴

El mundo se transforma en territorio de todo el mundo. Todo se desterritorializa y reterritorializa. No solamente cambia de lugar, se desarraiga, circulando por el espacio, atravesando montañas y desiertos, mares y océanos, lenguas y religiones, culturas y civilizaciones. Las fronteras son abolidas o se vuelven irrelevantes e inocuas, se fragmentan y cambian de forma, parecen pero no son. Los medios de comunicación, información, transporte y distribución, así como los de producción y consumo se agilizan universalmente. Los descubrimientos científicos, transformados en tecnologías de producción y reproducción material y espiritual se difunden por el mundo. Los medios impresos y electrónicos, acoplados a la industria cultural, transforman el mundo en paraíso de imágenes, video-clips, supermercados, *shopping centers*, disneylandias.

Este es el universo de la fragmentación. Se fragmenta el espacio y el tiempo, lo pensado y el pensamiento, la realidad y la virtualidad, el todo y la parte. Se disuelven modos de ser sedimentados y formas de pensar cristalizadas. Los lenguajes caminan hacia otras formas de expresar, narrar, soñar, dibujar, ilustrar. La narración es atravesada por la dispersión de los signos, significados y connotaciones. Se inauguran nuevas formas de narrativa: el gran relato deviene insatisfactorio, rebasado, insuficiente. En lugar de la gran narrativa, articulación abarcadora o histórica, se coloca el método aforístico, el collage, el bricolage, el montaje, el video-clip, el pastiche, la pequeña narración, el simulacro, el virtualismo, la folklorización de lo singular, la ilusión de la identidad⁵.

Éste es el clima de la posmodernidad: la historia sustituida por lo efímero, la imagen del instante, lugar fugitivo. Todo se disuelve en el momento presente, inmediatamente superado por otra imagen, collage, bricolage, montaje, mensaje. Así se deteriora el pasado remoto e inmediato. No se interrumpen las secuencias ni las discontinuidades, sólo desaparecen del horizonte, dejan de ser, desgajadas, anuladas. Se privilegia el dato inmediato evidente cotidiano inesperado prosaico sorprendente fugaz. La violencia urbana y a guerra, de la misma forma que el show de la televisión, el fútbol, el *shopping center* o la disneylandia son imágenes rutilantes del espectáculo cotidiano sucedáneo de la experiencia de la vida, de las tensiones, de los movimientos de la historia.

En el ámbito de la posmodernidad, se disuelven los espacios y los tiempos heredados de la Ilustración, sedimentados en la geografía y en la historia, articulados en las formas de pensamiento, organizados en las prácticas de los grupos y clases, partidos y movimientos, naciones y nacionalidades, culturas y civilizaciones. Se fragmentan las realidades, recurrencias y desencuentros secuencias y discontinuidades; se multiplican los espacios y los tiempos imaginarios, virtuales, simulacros.

⁴ Jaques Attali, *Milenio*, Barcelona, Seix Barral, 1991, p. 87.

⁵ Jean-François Lyotard, *O pós-moderno*, Río de Janeiro, José Olimpo Editora, 1986; Frederic Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona, Paidós, 1991.

Cada uno inventa el espacio y el tiempo que quiere. Esta libertad se multiplica en la segunda parte del siglo XX, en el umbral del siglo XXI. Las conquistas de la ciencia, traducidas en tecnologías, abren muchas posibilidades prácticas e imaginarias. Tanto así que algunos, los que disponen de medios e informaciones, pueden desprenderse de los parámetros sedimentados, de las explicaciones acumuladas. Pueden lidiar con el espacio y el tiempo en moldes desconocidos, con la ilusión de que los parámetros pueden ser modificados a voluntad, imaginando la posmodernidad.

Pero las metamorfosis de espacio y del tiempo no son inocentes. No ocurren sólo como productos de la tecnología, conquistas de la ciencia, ya que con frecuencia llevan el contrabando de la ideología. No sólo pueden sublimar la experiencia sino pasteurizar la realidad, y eligen el simulacro como experiencia de hecho. “Una sociedad capitalista exige una cultura basada en imágenes. Necesita proporcionar cantidades muy grandes de diversiones con el fin de estimular el consumo y anestesiar los daños causados por el hecho de pertenecer a determinada clase, raza o sexo. Y necesita igualmente reunir cantidades ilimitadas de información, explorar los recursos naturales de modo eficiente, aumentar la productividad, mantener el orden, hacer la guerra y proporcionar empleos a los burócratas. La doble capacidad de la cámara de volver subjetiva y objetiva la realidad satisface esas necesidades de forma ideal, las refuerza. La cámara define la realidad de dos modos indispensables para el funcionamiento de una sociedad industrial avanzada: como sus ojos (para las masas) y como objeto de vigilancia (para los dirigentes). La producción de imágenes proporciona también una ideología dominante. La transformación social es sustituida por otra de las imágenes. La libertad de consumir una pluralidad de imágenes y bienes equivale a la propia libertad. La construcción de la libertad de opción política en libertad de consumo económico exige la producción ilimitada y el consumo de imágenes.”⁶

Es éste un proceso que viene de largo, desde que la producción, circulación, intercambio y consumo de las mercancías pasaron a atender las necesidades reales e imaginarias de unos y de otros, desde que unos y otros pasaron a deleitarse o resignarse con las exigencias y delicias de las necesidades reales e imaginarias trabajadas, creadas o recreadas por la publicidad universal. En ese momento la experiencia se empobrece y la apariencia enriquece. “Pobreza de experiencias: no se debe imaginar que los hombres aspiren a nuevas experiencias. No, ellos aspiran a liberarse de toda experiencia, aspiran a un mundo en el que puedan ostentar tan pura y tan claramente su pobreza externa e interna, que algo decente pueda resultar de eso. [...] La naturaleza y la técnica, el primitivismo y el confort se unifican completamente, y a los ojos de las personas, fatigadas con las complicaciones infinitas de la vida diaria y que ven el objetivo de la vida sólo como el más remoto punto de fuga en tan interminable perspectiva de medios, surge una existencia que se basta a sí misma, en cada episodio, del modo más simple y más cómodo, y en la cual un automóvil no pesa más que un sombrero de paja, y una fruta en el árbol se redondea como un globo. [...] Somos pobres. Abandonamos una después de otra todas las piezas del patrimonio humano,

⁶ Susan Sontag, *Ensayos sobre fotografía*, Río de Janeiro, Arbor, 1982, p. 171 [ed. esp.: Sobre la fotografía, Barcelona, Edhasa].

tuvimos que empeñarlas muchas veces en una centésima parte de su valor para recibir a cambio la moneda diminuta de lo ‘actual’.”⁷

En el ámbito de un mismo y vasto proceso, tiene lugar la sustitución de la experiencia por la apariencia, del hecho por el simulacro, de lo real por lo virtual, de la palabra por la imagen. Está claro que todas esas instancias siguen siendo válidas y presentes, pero así revertidas, invertidas. A medida que se acelera y generaliza el proceso de racionalización de las organizaciones y actividades, de las relaciones y estructuras sociales, con base en la técnica, electrónica, robótica, informática, telemática; la apariencia, el simulacro, lo virtual y la imagen adquieren preeminencia en la vida social y pueblan el imaginario de todo el mundo. Éste es el ambiente de los medios impresos y electrónicos, de la industria cultural, de la cultura de masas, en extensión local, nacional y global. Un ambiente en que el ciudadano, el pueblo, el individuo, el trabajador, el negro, el blanco, el árabe, el europeo, el asiático, el latinoamericano, la mujer, el hombre, el adulto, el joven, el niño, el islámico, el budista, el cristiano, el hindú y así sucesivamente aparecen como multitud. “Las observaciones de Le Bon sobre la psicología de las multitudes se volvieron obsoletas, pues se puede disipar la individualidad de cada uno y uniformizar su racionalidad en su propia casa. El manejo teatral de las masas al estilo de Hitler se volvió superfluo: para transformar al hombre en nadie (y en una criatura que se enorgullece de ser nadie) ya no es preciso ahogarlo en la masa ni alistarlo como miembro real de una organización de masa. Ningún método de despersonalizar al hombre, de privarlo de sus poderes humanos, es más eficaz que aquello que parece preservar la libertad de la persona y los derechos de la individualidad. Y cuando el condicionamiento es puesto en práctica separadamente en cada individuo, en la soledad de su hogar, en millones de hogares aislados, es incomparablemente más eficaz.”⁸

De los acontecimientos, relaciones, actividades y decisiones se expresan en ese idioma o se traducen a él. Así se articula la electrónica, de la misma manera que los medios de comunicación y el mercado, gran parte de la ciencia, tecnología, filosofía y arte. En la época de la globalización, el inglés se universaliza: comunicativo y pragmático, expresivo e informático.

Así, el lenguaje del mercado se difunde por el mundo acompañando al mercado. Se hace presente en muchos lugares, invade casi todos los círculos de relaciones sociales. El mismo proceso de mercantilización general universaliza determinado modo de hablar, taquigrafar, codificar, pensar. Se crea una especie de lengua franca universal: económica, racional y moderna; o práctica, pragmática y telemática. El mismo proceso de mundialización del capitalismo mundializa signos y símbolos, logotipos y eslogans, calificativos y estigmas. “Existe sólo un caso de expresividad –pero de expresividad aberrante- en el lenguaje puramente comunicativo de la industria: es el caso del *eslogan*. De hecho, para impresionar

⁷ Walter Benjamín, *Magia e técnica, arte e política (Ensaio sobre literatura e historia da cultura)*, São Paulo, Editora Brsiliense, 1985, pp. 118-119; cita del ensayo titulado “Experiencia e pobreza”.

⁸ Gunter Anders, “O mundo fantasmático da TV”, Bernard Rosenberg y David Manning White (comps.), *Cultura de massa*, São Paulo, Editora Cultrix, 1973, pp. 415-425; cita de la p. 417. Cabe recordar aquí la frase de Baudelaire: “La suprema gloria de Napoleón III habrá sido probar que cualquier persona puede gobernar una gran nación en cuanto obtiene el control del telégrafo y de la imprenta nacional.” Según David Harvey, *A Condição pós-moderna*, São Paulo, Edições Loyola, 1992, p. 215.

y convencer; el *eslogan* debe ser expresivo. Pero su expresividad es monstruosa porque se vuelve inmediatamente estereotipado y se fija en una rigidez que es lo contrario de la expresividad, la cual es eternamente mutable y se ofrece a una interpretación infinita. La falsa expresividad del *eslogan* es así el punto extremo de la nueva lengua técnica que sustituye a la lengua humanística. Es el símbolo de la vida lingüística del futuro, esto es, de un mundo inexpresivo, sin particularismos ni diversidad cultural, perfectamente patronizado y aculturado.”¹²

El mundo ya está tejido por muchos tejidos, diferentes lazos y lazados, visibles e invisibles, reales e imaginarios. Son redes electrónicas informáticas telemáticas *on line alltime everywhere worldwide in English*. Son transnacionales conglomeradas aliadas estratégicamente planeadas produciendo y reproduciendo las fuerzas productivas organizadas en la nueva división internacional de la producción y trabajo flexible del posfordismo global. Son innumerables mercados *shopping centres* disneylandias distribuidos en el nuevo mapa del mundo exhibiendo mercancías globales destinadas a las necesidades reales e imaginarias multiplicadas. La mercadotecnia global se encarga de anunciar y pronunciar todo lo que es bueno mejor óptimo indispensable maravilloso fantástico.

El mismo escenario creado con la mundialización del capitalismo instituye el modo de ser característico de la modernidad-mundo; una modernidad en la que predominan los principios de mercantilización universal, de la tecnificación de las condiciones de vida y trabajo y de la cuantificación generalizada en detrimento del principio de calidad. “A fin de cuentas , es su globalidad simultáneamente estructurada y planetaria la que define a la modernidad en el fin del siglo XX como un momento singular. Globalidad social de un capitalismo omnipresente y de un sistema social fundado en la imbricación y la interconexión de múltiples procesos; éstos también cada vez más complejos. Globalidad espacial del planeta compuesto por redes, por el mercado mundial y por el tecnocosmos.”¹³

El clima que se crea con la globalización del capitalismo, visto como proceso civilizatorio, crea simultáneamente el clima de la modernidad-mundo. Son patrones y valores socioculturales, alteraciones en las formas de sociabilidad, desarraigos de objetos, personas e ideas, todo esto para constituir algo, o mucho, del estado del espíritu de la modernidad-mundo. “La modernidad es esencialmente globalizante... La globalización puede ser así definida como la intensificación de las relaciones sociales en dimensión mundial, al ligar localidades distantes de tal manera que los acontecimientos locales son modelados por eventos que ocurren a muchas millas de distancias y viceversa. Se trata de un proceso dialéctico, porque esos acontecimientos locales pueden desplazarse en una dirección inversa a las relaciones muy distanciadas que los modelan. *La transformación local* es tanto una parte de la globalización, cuanto la extensión lateral de las conexiones sociales a través del tiempo y del espacio.”¹⁴

¹² Pier Paolo Pasolini. *Os jovens infelices*, Michel Lahud (editor), São Paulo, Editora Brasiliense, 1990, pp. 45-46: cita de “Análise lingüística de um *Slogan*”.

¹³ Jean Chesneaux, *Modernité-monde*, cit., p. 196.

¹⁴ Anthony Giddens, *As consecuencias da modernidade*, São Paulo, Editora Unesp, 1991, pp. 69-70.

Pero éste no es un proceso tranquilo. Se desarrolla de modo problemático. Al mismo tiempo que impulsa la homogeneización, ecuilización o integración, provoca fragmentaciones, rupturas, contradicciones. Se multiplican desencuentros de todo tipo, en los ámbitos local, nacional y mundial, implica relaciones, procesos y estructuras sociales, económicos, políticos y culturales. Las configuraciones y movimientos de la sociedad global descubren otras posibilidades de la geografía y la historia, nuevas formas de espacio y tiempo, a veces límpidos y transparentes, otras veces caleidoscópicas y laberínticas.

En la época de la globalización, las cosas, gentes e ideas se descomponen de los espacios y tiempos instituidos por la electrónica. La manera de actuar de las relaciones, procesos y estructuras, de las vivencias y existencias, individuos y colectividades, naciones y nacionalidades, culturas y civilizaciones, ha dado marcha atrás, rebasado por la manera de actuar simbolizada por la electrónica, al instituir otros puntos y redes, otros ritmos y velocidades. Las fronteras no son abolidas, se disuelven; las lenguas siguen existiendo, traducidas en general al inglés; las monedas nacionales siguen circulando, siempre referidas a una moneda abstracta general mundial; las cartografías son rediseñadas por la computadora; las historias son recontadas desde los horizontes de la globalización; las experiencias se traducen en ritualidades, simulacros; las palabras son progresivamente recubiertas por las imágenes.

Es el imperio de la contemporaneidad. El pasado y el presente, de la misma manera que el espacio y el tiempo, se introducen por todos los rincones. La velocidad de algunas transformaciones es diversa de otras. Unas realidades se modifican con un determinado ritmo, mientras que otras tienen un ritmo diferente, además de las direcciones que pueden ser divergentes. Son diversos, muy diversos los ritmos en los que deambula, así como las realizaciones, posibilidades e ilusiones. Se amplían y generalizan los desencuentros. Así como muchas cosas se ecualizan, muchas se desencuentran. Son patrones y valores, modos de ser y actuar, de pensar e imaginar que simultáneamente se combinan y pensionan. En el ámbito de la globalización, la electrónica, la informática y la telecomunicación invaden las actividades y relaciones de todo el mundo. Se modernizan los procedimientos y no los temperamentos, los modos de actuar y no los de pensar, las formas de imaginar y no las de sentir.

Ocurren desfases, desniveles, fracturas, anacronismos, disonancias, asincronías, desencuentros, tensiones. Lo residual se mezcla con la novedad, el pretérito con lo predominante, lo que era con lo que no es. Se multiplican las discontinuidades y las repeticiones, los desencuentros y las tensiones. Todo se astilla, se despedaza. El espacio y el tiempo se diversifican de modo sorprendente: se multiplica al azar, de modo conjugado y a la vez disparatado.

En este sentido, el siglo XX produce un manantial de obsolescencias simultáneamente con las novedades, innovaciones de todo tipo, “modernidades” y “posmodernidades”. En el mismo sentido, las rupturas que acompañan la conmoción de la globalización en curso en este final de milenio, cuando se anuncia el siglo XXI, inauguran obsolescencias y novedades de cuño social, económicas, políticas y culturales, en los ámbitos individual y colectivo, nacional y mundial. Las crisis, guerras y revoluciones no sólo expresan rupturas históricas, sino que revelan y profundizan las tramas de la no contemporaneidad. De un

momento a otro, grupos, clases, movimientos, partidos, corrientes de opinión pública, interpretaciones de la realidad social, estilos de pensamiento, visiones del mundo, pueden volverse anacrónicos, exóticos, extraños e inconvenientes, prescindibles. Se decreta lo nuevo y lo viejo, lo arcaico y lo moderno, se instituyen tradiciones y obsolescencias, novedades e innovaciones, modernidades y posmodernidades. Se instauran otras tramas de no contemporaneidad, además de las que se producen y reproducen continua o periódicamente con los movimientos de la historia.

En el ámbito de la ruptura histórica, que implica con frecuencia crisis, guerra o revolución, se inaugura el monumento y la ruina, demarcando el presente privilegiado y el pasado tolerado, recreado o simplemente rechazado. Las diversas conmociones de expansión del capitalismo en el mundo pueden ser vistas como conmociones de creación de novedades y obsolescencias, modernidades y anacronismos, héroes y traidores, santos y apóstatas, monumentos y ruinas. El mercantilismo, el colonialismo y el imperialismo que atraviesan la geografía y la historia desde el Renacimiento, la Reforma y la Contrarreforma, o los orígenes del capitalismo, entendido también como proceso civilizatorio, instituyen muchas tramas de no contemporaneidad, lo que provoca ruinas por los cuatro rincones del mundo; ruinas no sólo en el sentido literal, sino también como metáforas y alegorías.¹⁵

En el seno de la no contemporaneidad se revelan las ruinas, como obras de arte originales, diferentes de sus formas pretéritas y de sus auras primordiales. Son marcas de lugares y épocas que señalan las metamorfosis del espacio y el tiempo, de las configuraciones sociales pasadas, de estilos de vida remotos, de visiones del mundo recubiertas por la pátina de los tiempos. En las ruinas la batalla de los tiempos carga consigo la batalla entre la naturaleza y la sociedad: lo técnico y la cultura. El mismo espíritu que conforma la naturaleza a la imaginación, asiste a la revuelta de esa misma naturaleza, transfigurando la obra de arte primordial en obra de arte de otra época, con forma diferente y aura sorprendente. La ruina no es un fragmento, algo mutilado y destrozado, y sólo lo parece así cuando es vista en la óptica del pasado. Vista en la óptica del presente, es original, incomparable, sorprendente, precisamente porque es un resultado de la imaginación pasada transfigurado por la pátina de los tiempos, recreado por el mirar presente. “La ruina aparece como la venganza de la naturaleza por la violencia que le hace el espíritu al conformarla a su propia imagen. El proceso histórico de la humanidad como un todo consiste en una gradual apropiación de la naturaleza por el espíritu, la cual se encuentra fuera de él, pero también de cierta manera dentro de él. [...] El encanto de la ruina consiste en que una obra humana es percibida, en definitiva, como si fuese un producto de la naturaleza. Las mismas fuerzas que, por la erosión. Desagregación, sumersión y expansión de la vegetación dieran a las montañas su aspecto, demuestran también aquí su eficacia en los muros. [...] El encanto fantástico y supersensible de la pátina se basaba en la misteriosa armonía por la cual el objeto se embellece, debido a un proceso químico-mecánico, por el cual el proyecto

¹⁵ K. M. Panikkar, *A dominação ocidental na Ásia*, Rio de Janeiro, Editora Paz e Terra, 1977, 3º. Ed.: Joseph Ki-Zerbo, *História del África negra*, 2 vols., Madrid, Alianza: J.H. Elliot, *El viejo mundo y el nuevo (1492-1650)*, Madrid, Alianza Editorial, 1981: Jacques Lafaye, *Los conquistadores*, México, Siglo XXI, 1978, 3ª edición.

deliberado del hombre se convierte de modo no deliberado e imprevisible en algo nuevo, con frecuencia más bello, constituyendo una nueva unidad.”¹⁶

En varios aspectos, las tramas de la no contemporaneidad permiten revelar formas insospechadas del tiempo escondidas en la bruma de la historia. La no contemporaneidad puede ser un momento excepcionalmente heurístico, cuando se trata de sorprender las formas sociales del tiempo, las configuraciones y los movimientos de la sociedad. En la época de la globalización, la no contemporaneidad se revela nuevamente emblemática, para desafiar a la ciencia, a la filosofía y al arte.

En este ambiente germinan nostalgias y utopías; unas pretéritas y otras futuras. Delante del nuevo, inesperado y sorprendente sismo de globalización, cuando las naciones, nacionalidades, culturas y civilizaciones son desafiadas; se mezclan, se pelean, se reafirman y modifican modos de ser, pensar, actuar, sentir, fabular. Son muchos los que tienen nostalgia del pasado o el futuro. A veces, sólo niegan el presente, pero otras veces pueden utilizar la nostalgia o la utopía para reflexionar mejor sobre el presente. En todos los casos, nostalgia y utopía pueden ser vistas como señales de configuraciones atravesadas por la no contemporaneidad. Descubren dimensiones heurísticas escondidas en los desencuentros de espacios y tiempos generados por la globalización.¹⁷

El tema de la no contemporaneidad reaparece de modo particularmente acentuado y generalizado en la época de la globalización. Cuando se produce una nueva conmoción por la expansión del capitalismo en escala mundial, cuando el capital reaparece como agente “civilizatorio”, todas las otras formas sociales de organización de la vida y del trabajo son desafiadas, llevadas a subordinarse formal o realmente, en ciertos casos hasta marginalizarse. En la medida en que el capitalismo es un proceso civilizatorio de amplia envergadura, combatividad y agresividad, se crean y recrea configuraciones socioculturales permeadas de no contemporaneidad. Son aglutinaciones, integraciones y convergencias, simultáneamente con desencuentros, exclusiones y antagonismos, que se revelan de manera local, nacional y mundial. Un fenómeno que está siempre presente en la realidad social y que siempre ha desafiado el pensamiento científico, filosófico y artístico, reaparece muy fuertemente en la época en que se da un nuevo sismo de globalización, en la estela del desarrollo intensivo y extensivo del capitalismo en escala mundial. Más de una vez se replantea la problemática del desarrollo desigual contradictorio y combinado, que repercute en la geografía y a historia, así como desafía la teoría y la práctica en los horizontes de la globalización. “No todos están presentes en el tiempo presente. Están sólo exteriormente, puesto que podemos verlos hoy. Pero no es por eso que viven en el mismo tiempo que los otros. Al contrario, cargan consigo un pasado que se infiltra.”¹⁸

¹⁶ Georg Simmel, *Sobre la aventura (Ensayos filosóficos)*, Barcelona, Península, 1988, pp. 117, 119 y 120; citas de “Las ruinas”. Consultar también, Carlo Carena, “Ruina/Restauro”. *Enciclopèdia Einaudi*, vol. 1, “Memoria-História”, Porto, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1985, pp. 107-129; Ian Knizek, “El extraño encanto de las ruinas”, *Plural*, núm. 186, México, 1987, pp. 31-38.

¹⁷ Roland Robertson, *Globalization (Social theory and global cultura)*. Londres, Sage Publications, 1992, especialmente cap. 10: “Globalization and the nostalgia paradigm”: Frederic Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, cit., especialmente cap. II: “La posmodernidad y el pasado”.

¹⁸ Ernst Bloch, *Héritage de ce temps*, Paris, Payot, 1978, p. 95. Cita extraída de la segunda parte, titulada “Non contemporanéité et enivrement”, pp. 37-187. Además sobre el problema de la no contemporaneidad:

Vista así, en el contrapunto contemporaneidad-no contemporaneidad, la historia se revela plena de posibilidades y sorpresas. Más allá de las regularidades y recurrencias, de las discontinuidades y rupturas, están las reorientaciones y los retrocesos. En el ámbito de la dinámica de la vida social, del movimiento de las fuerzas sociales, que atienden también sus dimensiones económicas, políticas y culturales, el tiempo puede resultar múltiple y contradictorio, progresivo y regresivo, interrumpido y vacío. La ilusión del progreso, evolución modernización ha sido irrupida por fracturas y reorientaciones, reanudaciones y regresiones, estabildades y atonías. Hay coyunturas en las que el juego de las fuerzas sociales pueden provocar tanto la diversificación como la aceleración, tanto la decadencia como la disolución. En este contexto, el contrapunto contemporaneidad y no contemporaneidad reabierto por la globalización, resulta particularmente heurístico, al desafiar a las ciencias sociales, la filosofía y las artes. Permite repensar las formas sociales del tiempo, descubrir algunas de sus formas insospechadas, incluso sublimadas, como las que se esconden en la nostalgia y la utopía.

Ni llegó el fin de la historia ni llegó el fin de la geografía. Es sólo ilusoria la impresión de que llegó el reino de la eternidad. Tanto es así que el planeta Tierra no ha alcanzado aún una forma acabada y puede parecer totalmente esférico o totalmente plano. Muchos pueden actuar, pensar y sentir conforme a su imaginación. Pero este mismo lugar sigue atravesado por montañas y desiertos, mares y océanos, islas y continentes, naciones y nacionalidades, lenguas y religiones, culturas y civilizaciones. Sólo el mundo se fragmentó otra vez, en un momento, de repente. Los que sueñan con la eternidad escondida en el fin de la historia y de la geografía, olvidan que ella se dispersa por el espacio y se despedaza en el tiempo.¹⁹

Los horizontes abiertos por la globalización iluminan el presente y recrean el pasado. Gran parte del pasado conocido y desconocido es recreado por el presente. Una ruptura histórica excepcional, como la globalización en curso en el umbral del siglo XXI, configura todo un nuevo parámetro para la inteligencia y la invención del pasado. Es como si el presente se fuese lejos, allá lejos, en busca de sus orígenes, de sus raíces. Al mismo tiempo que se niega o recrea el pasado reconocido, se busca lo primordial escondido. Un pasado que puede surgir como historia y memoria, identidad y pluralidad; simbolizado en héroes y santos, hazañas y glorias, victorias y derrotas, monumentos y ruinas. Son metáforas dispersas por el espacio, despedazadas en el tiempo.

Las marcas del espacio y el tiempo pueden ser metáforas de la mundialización o signos de la universalidad revelada desde los horizontes de la globalización: la toma de la Bastilla, la caída del muro de Berlín, a muralla china y las pirámides de Egipto, el Cabo de Buena Esperanza y el Estrecho de Magallanes, Gibraltar, Suez y Panamá, el Ganges, el nilo y el

Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *A invenção das tradições*, Río de Janeiro, Editora Paz e Terra, 1984; Arno J. Mayer, *La persistencia del antiguo régimen*, Madrid, Alianza, 1984; Paul Ricoeur (editor), *As culturas e o tempo*, Petrópolis, Editora Vozes, 1975.

¹⁹ Jorge Luis Borges, *Historia de la eternidad*, Madrid, Alianza. 1971, p. 24, Richard O'Brien. "La fin de la géographie?", Marie-Francoise Durtand, Jacques Lévy y Denis Retaille (comps.), *Le monde: Espaces et systèmes*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques & Dalloz, 1992, pp. 169-173. Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona Planeta, 1992, Perry Anderson, *O fim da história (De Hegel a Fukuyama)*, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 1992.

Amazonas, los Andes y el Himalaya, la revolución industrial, la revolución francesa y la revolución soviética, la reforma, la contrarreforma y el Renacimiento, la batalla de Maratón y la bomba de Hiroshima, Jerusalén, Roma y La Meca, el Viejo Mundo, el Nuevo Mundo, Asia y África, Oriente y Occidente, el Cielo, el Infierno y el Paraíso, la Atlántida y el Olimpo. En lugar de la eternidad de la humanidad, de la misma forma que en lugar del hecho la metáfora. Donde no alcanza la reflexión, puede llegar la imaginación.

Cada tiempo inventa su tiempo. El tiempo es una creación social, un producto de la actividad humana, una invención cultural. Está claro que son varias, múltiples, congruentes y contradictorias las formas sociales del tiempo. Tanto es así que puede ser cósmico, geológico, productivo, histórico, biográfico, mítico, épico, dramático, subjetivo, cronológico, mecánico, electrónico. Pero todos son creaciones sociales, invenciones culturales. Incluso los altamente determinados por la naturaleza: cósmico, telúrico, geológico o productivo, pueden ser reelaborados por la actividad humana, por la trama de las relaciones sociales, y alcanzan procesos y estructuras de dominación y apropiación. Todos están presentes en la vida social de los individuos y las colectividades, naciones y nacionalidades, sociedades y comunidades. Es verdad que son diversos por el ritmo y la actitud, la fuerza y la localización, la irrelevancia y la repercusión. Significan de manera diferente, coexisten, convergen, repercuten y se niegan. Hay situaciones en que unos dan la impresión de recubrir o suprimir a los otros, pero después los otros reaparecen, se revelan. “En una época en que otros medios triunfan, dotados de una velocidad espantosa y de un radio de acción sumamente extenso, arriesgando reducir toda comunicación a una costra uniforme y homogénea, la función de la literatura es la comunicación entre lo que es diverso por el hecho de ser diverso, no embotando, sino antes bien exaltando la diferencia, según la vocación propia de la lengua escrita. [...] En la literatura, el tiempo es una riqueza de la que se puede disponer con prodigalidad e indiferencia: no se trata de llegar primero a un límite preestablecido; al contrario, la economía del tiempo es algo bueno, porque cuando más tiempo economizamos, más tiempo podremos perder.”²⁰

A pesar de las diversidades y de los desencuentros de las formas sociales del tiempo, de las multiplicidades de los tiempos, todos están relacionados con la vida social, las actividades de los individuos y colectividades, con los movimientos de la historia. Todos se construyen y manifiestan en el ámbito de la fábrica de la sociedad, del trabajo social. Se presentan como condición y producto de la vida social, lo que aglutina a la comunidad y la sociedad, la tribu y la nación, la sociedad nacional y la sociedad global. Sabiendo o no, pudiendo o no organizarlos, teniendo que administrarlos en condiciones adversas o sometiéndose a sus determinaciones, la realidad es que las diversas y múltiples formas del tiempo se producen como condición y resultado del trabajo social, de l modo en que opera la fábrica de la sociedad global.

Pero cabe reconocer que aquellos que detentan los medios de mando y comando, o de dominación y apropiación, muchas veces también pueden instituir el ritmo de las actividades, la duración del trabajo, lo conmensurabilidad de lo efímero. En este contexto se desarrolla el predominio del principio de cantidad, en detrimento del principio de

²⁰ Italo Calvino, *Seis propuestas para o próximo milenio*, São Paulo, Companhia das Letras, 1990, pp. 58 y 59; cita del cap. 2: “Rapidez”.

calidad. “El hecho de que sólo sirva de medida de valor la cantidad de trabajo independientemente de la calidad, indica a su vez que el trabajo simple es el eje de la industria. Supone que los diferentes trabajos han sido nivelados por la subordinación del hombre a la máquina o por la división extrema del trabajo; supone que los hombres desaparecen ante el trabajo; que el péndulo del reloj ha pasado a ser la medida exacta de la actividad relativa de dos obreros como lo es de la velocidad de dos locomotoras. Por eso, no hay que decir que una hora trabajo de un hombre vale tanto como una hora de otro hombre, sino más bien que un hombre en una hora vale tanto como otro hombre en una hora. El tiempo lo es todo, el hombre ya no es nada; es, a lo sumo, la osamenta del tiempo. Ya no se trata de la calidad. La cantidad lo decide todo: hora por hora, jornada por jornada.”²¹

La misma racionalización que articula progresivamente las más diversas esferas de la vida social, acentúa y generaliza la enajenación de unos y otros, también en el ámbito universal. Lo que ya era un dilema evidente en el siglo XX y promete profundizarse en el próximo. La marcha de la racionalización camina a la par con la enajenación, y se determinarán una y otra recíprocamente.

El predominio de la razón instrumental, técnica o pragmática se generaliza por todos los sectores de la vida social. De manera creciente, las conquistas de la ciencia son traducidas en técnicas de producción y control social, conforme con el desempeño de las fuerzas sociales, según las estructuras de dominación y apropiación prevalecientes. En este contexto, los desarrollos de la ciencia, traducidos en técnicas, profundizan y generalizan las más diversas modalidades de enajenación: de la pauperización a la mutilación. “Hoy en día, todo parece llevar en su seno su propia contradicción. Vemos que las máquinas, dotadas de la propiedad increíble de reducir y volver más fructífero el trabajo humano, provocan la miseria y el agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza recién descubiertas se convierten, por arte de un extraño maleficio, en fuentes de privaciones. Los triunfos del arte parecen adquiridos al precio de cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor; pero al mismo tiempo, el hombre se transforma en esclavo de otros hombres o de su propia infamia. Hasta la pura luz de la ciencia parece sólo poder brillar sobre el fondo tenebroso de la ignorancia. Todos nuestros inventos y progresos parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales, en tanto reducen la vida humana hasta el nivel de una fuerza material bruta.”²²

El mismo proceso que carga consigo la racionalización y la enajenación promueve el predominio el principio de cantidad en detrimento del principio de calidad, y realiza la creciente inversión de las relaciones entre los individuos y los productos de sus actividades; ello trae consigo la subordinación del creador a la criatura. La creciente disciplina y el progresivo ritmo de las organizaciones, empresas y mercados se difunde por todos los rincones de la vida social, e impregna modos de ser, actuar, sentir, pensar e imaginar. “Desde que el ascetismo comenzó a remodelar el mundo y a desarrollarse en él, los bienes

²¹ Karl Marx, *Miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de Proudhon*, México, Siglo XXI, 10ª ed., 1987, p. 21.

²² Karl MARX, “Discurso pronunciado na festa de aniversário do People’s Paper”, el día 14 de abril de 1856, según Kart Marx y F. Engels, *Textos*, 3 vols., São Paulo, Edições Sociais, 1977, vol. 3, pp. 298-299.

materiales fueron asumiendo una creciente y, finalmente, una inexorable fuerza sobre los hombres, como nunca antes en la historia. Hoy en día –o definitivamente, quién sabe- su espíritu religioso se libró de la prisión. El capitalismo vencedor, apoyado en una base mecánica, no carece ya de abrigo. [...] Nadie sabe aún a quien tocará en el futuro vivir en esa prisión, o si, al final de ese tremendo desarrollo, no surgirán profetas enteramente nuevos, o un vigoroso renacimiento de viejos pensamientos e ideas, o aun sin ninguno de ambos, surja la eventualidad de una petrificación mecanizada caracterizada por esta convulsiva especie de autojustificación.”²³

La racionalización que prioriza tiempo, ritmo, velocidad y productividad produce la subordinación del individuo a la máquina, al sistema, a las estructuras de dominación y apropiación prevalecientes, lo que promueve su enajenación. Más de una vez, el creador es llevado a subordinarse a la criatura. “Ya no se pregunta por qué ni de qué manera se llegó a aparatos precisamente regulados que miden el tiempo en días, horas y segundos, y al correspondiente modelo de autodisciplina individual implícito en el saber qué hora es. Comprender las relaciones entre las estructuras de la sociedad, que posee un imprescindible e inevitable red de determinaciones temporales, y la estructura de una personalidad, que tiene una finísima sensibilidad y disciplina del tiempo, no constituye para los miembros de tal sociedad ningún problema grave. Experimentan, en toda su crudeza, la presión del tiempo horario de cada día; y en mayor grado –conforme va creciendo- la presión de los años del calendario. Y esto, convertido en segunda naturaleza, parece un destino que todos deben asumir.”²⁴

En este contexto se producen, instituyen, desarrollan, transforman o declinan las más diversas formas sociales del tiempo: biográfico, genealógico, histórico, mítico, dramático, cronológico, mecánico, eléctrico, electrónico. Corresponden a distintas formas de organización social de la vida y el trabajo, distintos niveles de organización técnica del proceso productivo, diversas estructuras de apropiación y dominación. En este sentido, algunos signos son emblemáticos. A lo largo de los tiempos, el significado de *time is money* es instituido, modificado, dinamizado, generalizado, priorizado o universalizado. Incluso puede pensionar, desorganizar o romper formas de sociabilidad, modos de ser. Es siempre inestable, o hasta precaria, la racionalidad instituida por las reglas del mercado, por la dinámica del capital, aun cuando sea articulada por la sofisticación sistemática electrónica telemática. “Tanto el tiempo como el espacio son definidos por intermedio de la organización de prácticas sociales fundamentales para la producción de mercancías. Pero la fuerza dinámica de la acumulación (y superacumulación) del capital, aliada a las condiciones de la lucha social, vuelve las relaciones inestables. En consecuencia, nadie sabe bien cuáles pueden ser ‘el tiempo y el lugar cierto para todo? Parte de la inseguridad que asuela al capitalismo como formación social viene de esa inestabilidad de los principios espaciales y temporales en torno de los cuales la vida social podría ser organizada (cuando no ritualizada como es habitual en las sociedades tradicionales). Durante fases de intercambio máximo, las bases espaciales y temporales de reproducción del orden social están sujetas a la disrupción más severa.”²⁵

²³ Max Weber, *A ética protestante e o espírito do capitalismo*, São Paulo, Pioneira Editora, 1967, p. 131.

²⁴ Norbert Elias, *Sobre el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 16.

²⁵ David Harvey, *A condição pós-moderna*, cit., p. 218.

En el ámbito de la sociedad global se manifiestan otras posibilidades de realización e imaginación de los ritmos y ciclos de la vida social. Se alteran las regularidades y recurrencias de la historia, así como sus condiciones de fracturas y rupturas. La larga duración puede revelarse en toda su amplitud, de la misma manera que el instante puede adquirir su universalidad. Cuando se globaliza el mundo, cuando la máquina del mundo pasa a funcionar en su globalidad, la marcha de las cosas, gentes e ideas, provincias y naciones, culturas y civilizaciones, adquiere otras realidades, diferentes posibilidades. Se puede pensar todo de nuevo: la larga y la corta duración, el instante y lo fugaz, el ciclo y la era, la regularidad y la recurrencia, la continuidad y la ruptura, la diversidad y la contradicción, el pasado y el presente, lo próximo y lo remoto, la racionalización y la enajenación, el individuo y la humanidad.

BLOQUE III

ZEMELAMN, Hugo et. al. (2000). “La historia se hace desde la cotidianidad”: En: El fin del capitalismo global, el nuevo proyecto histórico. México, Editorial Océano, pp. 153-165.

Hablar desde la Historia

Si ustedes repasan la literatura de los economistas, de los sociólogos, de los antropólogos, etcétera, podrán darse cuenta de que hay una gran laguna en las ciencias sociales. Una laguna que no ha podido llenar esta disciplina a pesar de sus desarrollos metodológicos teóricos. Y esa gran laguna es la Historia. ¿En qué sentido? No en el sentido de que no se hable de la Historia. Si se habla de ella. De hecho hay muchos escritos sobre los procesos históricos. Lo difícil es hablar *desde* la Historia.

¿Qué significa lo que estoy diciendo? Hablar desde la Historia significa pensar y construir el conocimiento, no desde teorías, no desde libros, no desde autores (que a veces no se sabe ni siquiera lo que significan y a veces ni siquiera saben por qué los leen) sino vincularse con esos autores, vincularse con esas teorías, a partir de la necesidad de leerlos. Y la necesidad de leerlos da el sentido que tiene leerlos, y el sentido que tiene leerlos no lo da la teoría, lo da el momento histórico. Pero para eso hay que saber en qué momento histórico vivimos. Porque si no somos capaces de hacerlo, cualquier teoría se aplica. Y al aplicar de cualquier modo las teorías, la única función que cumplen en definitiva es impedirnos ver la realidad. Ésta es una lección de la tradición y un desafío del momento actual.

La vieja y la nueva globalización

La globalización es un fenómeno que se nos impone y que no podemos ignorar. Por “globalización” entendemos tantas cosas distintas, pero a la vez muy semejantes. Por “globalización” se entiende un proceso de transnacionalización del capital. Esto es lo más claro porque ha sido lo más teorizado. La transnacionalización del capital fue la gran preocupación de muchos economistas durante cien años. Es un fenómeno que comenzó a

estudiarse desde fines del siglo XIX y durante todo el siglo XX. Hay escritos sobre la globalización –desde un punto de vista de la transnacionalización del capital- ya en los primeros diez años del siglo que acaba de concluir. No es, pues un fenómeno tan nuevo.

Tenemos que preguntarnos, por lo tanto, ¿qué es lo viejo y qué es lo nuevo de la globalización? Lo viejo es simplemente la concreción a escala de una vieja tendencia que ya se había estudiado y que aquí conviene recordar: la concentración del capital. Es decir, cualquiera que sea la escuela política o ideológica que se tenga, no se puede negar que hay una concentración del capital. Una concentración y centralización del capital y un predominio del capital financiero sobre cualquier otra forma de él: comercial o industrial; proceso que ha sido fuertemente estimulado por la revolución tecnológica actual.

Hay que recordar que este aspecto de la globalización fue teorizado y anticipado casi cien años atrás. Sin embargo, hoy en día eso no se reconoce porque se tiende a ver a la globalización como un fenómeno reciente que ha cambiado las reglas del funcionamiento del sistema económico, como si esas reglas no hubieran sido predichas y, de alguna manera, descritas por gente muy lucida hace muchos años. Entonces podríamos preguntarnos: ¿por qué hoy, cuando se habla de la globalización, de la globalización del capital financiero y de la globalización en términos comerciales, no se señala que uno de los primeros que habló del fenómeno fue Marx? ¿Por qué no se dice que él anticipó y describió las leyes con las que hoy en día se busca explicar la globalización? Es una pregunta que tenemos que hacernos.

Pero la globalización no sólo es un fenómeno económico: es también otras cosas. ¿Cómo cuáles? Por una parte, es la expresión de una revolución tecnológica indudable que se ha ido acelerando. Una revolución científico-técnica en los procesos de producción y también en otras esferas de la vida, como es la esfera de las comunicaciones; es indudable que en los últimos decenios se vive una importante revolución tecnológica en los medios de información. Por lo tanto, agreguemos otra dimensión a la globalización económica, que es la que ocurre en el mundo de las comunicaciones, con todo lo que ello implica en cuanto a cercanía e instantaneidad de la comunicación. Ello ha permitido que cada individuo se sienta ciudadano del mundo sin abandonar su aldea. Pero también ha permitido hacer creer a la gente que es participe siendo profundamente pasiva y marginal; ha permitido crear sistemas políticos altamente excluyentes –con el argumento de que está bien no participar-; ha permitido que la gente desde la sala de su casa crea estar participando en el mundo y en sus decisiones por el mero hecho de ver la televisión. Dicho fenómeno ha provocado, en suma, que lo público se transforme en privado, porque aquí estamos no solamente en presencia de la privatización de las empresas, también de la privatización de lo público, donde el viejo concepto de vida pública en el espacio público, que ha sido un concepto central en la discusión, por ejemplo, de los sistemas políticos democráticos, termina siendo expropiado por grupos privados.

Y una de las formas en que se manifiesta esta expropiación de lo público es en la transferencia de lo público a la esfera familiar y escuchar cosas como: “no se moleste usted, quédese usted en su casa, está participando con el mero hecho de informarse”. Ya nadie se pregunta ¿qué información se recibe?, ¿qué sesgo tiene esa información?, ¿qué mensajes ideológicos contiene? De esta forma, el ciudadano consciente, rebelde e inquieto termina

transformado en un ente pasivo que ni siquiera es capaz de aprovechar los espacios de la democracia. Todo esto también es globalización.

Pero la globalización es algo más. Es manipulación apoyada en un discurso ideológico orientado claramente a legitimar un sistema económico centrado en el capital financiero, que requiere escalas gigantescas de reproducción. El capital es de tal complejidad y densidad, que necesita mercados inconmensurables para reproducirse; ya no de diez millones, ni siquiera de cien millones de personas. Requiere del mundo entero. Un capital que necesita el mundo para sobrevivir, y que para obtener su tasa de ganancia habrá de suprimir las diferencias entre países. Y por lo tanto, más allá de las preocupaciones actuales en términos de imponer parámetros económicos que e permitan programas sus utilidades a largo plazo en igualdad de condiciones en cualquier país –que es la razón de ser de los llamados “macroequilibrios económicos” y el énfasis en las llamadas políticas financieras actuales-, el gran capital requiere que los países sean un solo país homogéneo, donde vloga lo mismo invertir en Brasil, en Francia o en cualquier nación africana o asiática.

Esa es la gran tendencia de nuestros días: la homogeneización. Primero económica. Pero para que sea homogeneización económica, que permita que esa reproducción gigantesca del capital se consolide, requiere que se legitime. Y la legitimación de ese gran capital, de este sistema que hoy en día se nos impone como consecuencia de leyes económicas de largo curso, necesita también cambios culturales. Necesita que la gente piense igual, que tenga las mismas ambiciones, que consuma lo mismo. Y la solución a esta homogeneización cultural es un proyecto, sin duda el más complejo de todos, pero que está a punto de ocurrir. El primer paso de dicho proceso es lo que hoy en día podríamos llamar “uniformidad de las pautas de consumo”. Donde todos consuman lo mismo, quieran lo mismo, vean la misma propaganda, escuchen el mismo discurso televisivo y tenga como referencia al mismo ídolo de la televisión, el mismo automóvil, el mismo refrigerador y el mismo banco. Todos ofreciendo el Paraíso en la tierra.

El sujeto mínimo

Detrás de lo anterior se oculta no sólo una lógica mercadotécnica. Hay algo más profundo y, me atrevería a decir, más perverso. Porque lo que pretende esta homogeneización cultural es que los individuos como tales comiencen, por una parte, a exaltarse como individualidades soberanas –yo soy importante, no los otros; yo soy el importante, no las organizaciones; yo soy el importante, no la solidaridad-; pero, por la otra, inmediatamente se manifiesta una especie de reducción de ese ciudadano redentor. Esa reducción consiste en decir: “Señor, ya ha logrado usted ser ciudadano. Pregúntese ahora, ¿para qué sirve ser ciudadano? Lo que se busca es una minimización del ser humano. Disminuir su capacidad para construir su destino, para ver las diferencias y para construir su realidad: un ser humano mínimo, un sujeto mínimo, un individuo que apetezca lo mismo, que no demande demasiado, en una palabra, que no ejerza presiones, que vive feliz en el equilibrio. Y ese equilibrio, si ustedes analizan América Latina, es la pobreza y la marginalidad.

El máximo logro de un sistema de esta naturaleza es que la gente que lo glorifica sea la más pobre. Aplau de el hecho de ser marginal: “estoy bien como estoy, no puedo ser otra cosa”. Eso es hegemonía, y eso es lo que estamos enfrentando el día de hoy. Pasa porque el

individuo no se transforma nunca en sujeto. Es solamente un espectador de los procesos que ocurren en su contexto y se conforma, en el mejor de los casos, con procesarlos. No es, en ningún caso, un constructor, un hombre capaz de reconocer las diferencias, de reconocer opciones de vida y de sociedad: ese es el sujeto mínimo. El sujeto que se bloquea con el discurso dominante, esta tercera acepción de la globalización, de la hegemonía del capital, de la empresa transnacional.

Todos sabemos lo que esto significa en la práctica: significa entender al mundo como un conjunto pequeño y definido de empresas que controlan el mundo. Empresas que son unas cuantas, que son bien conocidas por los economistas y que no son un misterio. Empresas que están sometidas a las leyes de la concentración y centralización del capital, vale decir, que cada vez serían menos; por lo tanto, en algún momento podríamos llegar a la conclusión de que el mundo se identifica con una sola empresa. Todo lo anterior podría ser también una consecuencia de la globalización.

Muchos futuros, muchos pasados

En este contexto es donde hay que plantearnos –por lo menos en el plano de las ciencias sociales- algunas preguntas elementales. ¿Qué estamos haciendo en el contexto de la globalización? ¿la estamos describiendo? Y si así es, ¿lo estamos haciendo bien? Aquí, por ejemplo, hay un desafío que se refiere a la capacidad de pensar la realidad. Es fácil describir la sociedad contemporánea desde las exigencias de su lógica dominante. Es fácil que un sociólogo o un economista describa la sociedad moderna desde el punto de vista, por ejemplo, de la tecnología, y comience a hacer grandes descubrimientos desde las tecnologías de punta. La cuestión, sin embargo, es más compleja, la pregunta es tan elemental como la siguiente: ¿Qué significan “tecnologías de punta”? ¿Significa progreso? ¿Significa algo más que progreso? ¿Qué es el progreso desde el punto de vista de las tecnologías de punta? ¿Hay una sola versión de progreso o muchas versiones? Esto es lo mismo que si ustedes se plantean: ¿hay un solo futuro para el hombre?, ¿hay un solo futuro para la humanidad?, ¿hay una sola sociedad del futuro?, ¿la que hoy en día impone, por ejemplo, el discurso neoliberal o hay muchos futuros? Así como la Historia nos ha enseñado que todo pueblo tiene muchos pasados –el problema es que sólo se toma conciencia de algunos y otros se olvidan- también tiene muchos futuros. En este sentido el desafío de una ciencia social en la actualidad (una ciencia social que quiera realmente contribuir con su conocimiento al mejor entendimiento del momento actual), requiere hacerse esa pregunta. La pregunta de los muchos futuros o de los únicos futuros. Porque esto, no nos asuste, es algo que cíclicamente ha pasado en el transcurso de la humanidad. Cada cierto tiempo el hombre se satura de discursos que se presentan ante ellos como los últimos y los únicos discursos para el futuro.

Hoy en día estamos viviendo una situación de ese orden. Pero así como se sabe de que el hombre enfrentaba estos desafíos en el pasado, aprendamos de esa memoria y de esas experiencias, para decir como enfrentamos hoy los retos de este contexto por medio de una pregunta tan elemental como la que les estoy formulando a ustedes. No creo engañarme al sostener o creer que muchos de ustedes se sienten atrapados por un discurso, porque no ven alternativas.

Deténganse un momento a pensar en lo que significa: “no tengo alternativa”. Puede significar muchas cosas. el primer significado se adscribe al discurso dominante: “creo que el neoliberalismo o la transnacionalización es lo mejor para la humanidad, es una opción”. Pero podría haber muchos que digan, no veo alternativa y estoy en desacuerdo con lo que ocurre: ¿qué hago? Eso es un desafío que pone en el centro de la discusión ciertas exigencias que se plantean los filósofos, pero que no son exclusivas de ellos, sino que son propias de cada uno de ustedes.

Hoy en día, la pregunta que me estoy planteando ante ustedes es, en verdad, una invitación. Se puede entender el actual contexto histórico como una invitación para que ustedes piensen por su cuenta, inventen su destino, construyan su realidad. Ese desafío no es novedoso; se ha dado muchas veces a lo largo de la historia. Hoy es un desafío importante porque de otro modo significa, como se ha dicho ya y se sabe, y la historia es muy rica en esos casos, que se va a escribir sólo una historia posible de las muchas historias posibles. Y América Latina en concreto enfrenta un dilema de esa naturaleza.

La imaginación del hombre puede más que las descripciones basadas en las tecnologías de punta. Esto es algo que las ciencias sociales tienen que aprender. En esta tarea nos puede ayudar la literatura y el arte de América Latina los cuales son más audaces que todas las ciencias sociales juntas y que nos están revelando más cosas sobre los desafíos del futuro que las disciplinas académicas. En este sentido, las ciencias sociales tienden a ser, cada vez más, una ciencia de epitafios: lo que fue y no puede seguir siendo. Tenemos que construir un conocimiento de lo que puede seguir siendo, para lo cual hay que entender lo que hoy en día se nos dice sobre la realidad y sobre el futuro posible.

No estamos planteando optar por un acto de fe: esta realidad es la única posible. Y un acto de fe en el contexto de nuestra discusión es un doblegamiento ideológico. Un doblegamiento ideológico que, en la medida en que no se tiene conciencia de que es tal –es terrible decirlo, pero hay que hacerlo- es la creación de lo subalterno. Y es distinto adscribirse a una opción conscientemente decidida –cualquiera que ésta sea- al ser un subalterno que cree en el discurso que se impone como único posible. Eso es un desafío que tiene que saber proyectarse desde las exigencias de valores a una construcción de conocimiento, que nos permita enriquecer nuestro saber sobre la realidad sociohistórica. Enriquecerla para poder ver más a futuro, como se ha dicho.

Si nosotros hubiéramos vivido en la época de la Inquisición, en los años de la Contrarreforma, también habríamos estado prisioneros de aquella noción que dice que sólo hay un futuro para la humanidad. Esa era la versión que tenía el cristianismo. Y no habría surgido el pensamiento crítico de la época, no habría surgido la filosofía crítica de ese tipo de dogma. La humanidad es prolija en tales desafíos.

Levantarse como sujetos

Hemos aludido a la globalización vinculando este fenómeno con el sujeto que somos cada uno de nosotros –porque aquí no estamos hablando de un sujeto abstracto, sino de individuos en concreto. Ello ha sido con el fin de que ustedes se afirmen como sujetos. Y afirmarse como sujeto significa ser heredero de las grandes luchas de la sociedad.

Entenderla no necesariamente como una historia sujeta o sometida a leyes y a legalidades que trabajan por nosotros, sino, por el contrario, asumir la Historia como un desafío constante, diario y permanente. Eso no es fácil.

¿Qué significa lo que estoy diciendo? Significa tomar en serio lo que nos está pasando. Podemos estar de acuerdo o en desacuerdo, pero lo que no podemos hacer es dejar de discutir, porque se trata de uno de los retos más importantes de los últimos siglos: la supervivencia de la humanidad, que hoy en día está seriamente en cuestión. Estamos llegando a un punto sin retorno, a un punto de irreversibilidad. Tenemos que tener conciencia de ello.

En este contexto la globalización nos está invitando a ser sujetos capaces de interpretar el devenir histórico de una manera más compleja, con más variantes, con más opciones. Y esto es un reto que se hace todavía más grave, pero que nos permite ver ciertos problemas con mayor claridad. Si yo pienso en América Latina tengo que reconocer que hay distintas historias de América Latina. Está la de quienes la vivieron, la entendieron, la interpretaron a la luz de una cierta concepción de la Historia, que era una concepción sujeta a leyes, que funcionaban en bien o en beneficio del hombre y de la humanidad como emancipatorias. Las leyes de la Historia trabajan hacia una sociedad mejor que le dio sentido a las ciencias sociales de América Latina durante los últimos treinta años. Eso ya no existe más. La generación de ustedes tiene que estudiar el pasado sin la garantía de que exista una lógica interna que trabaje por ustedes como lo fue para quienes vivieron, por ejemplo, en los años cincuenta, los sesenta y en parte los setenta. Porque ya no tenemos esa garantía. La historia se nos ha mostrado en el último tercio del siglo XX mucho más caprichosa, mucho más arbitraria. No nos garantiza un destino o una finalidad emancipatoria.

Construir la Historia

En América Latina hemos visto fuertes retrocesos políticos, económicos y también culturales. Todo lo cual coloca de nuevo en el centro de la discusión al sujeto, a un sujeto que tiene que construir la Historia. Pero esto no significa ser héroe: significa asumirse como sujeto capaz de enfrentar las realidades de sus propias circunstancias en la realidad cotidiana. Implica no ser un subalterno.

Y ese desafío se ha convertido hoy en día en un reto todavía mucho más acuciante. La falta de leyes coloca al hombre como el centro mismo de la Historia, como el centro mismo de lo que va a ser el devenir de la humanidad en el futuro. Y eso es lo que el discurso dominante niega, porque el discurso actual de la globalización o de la mundialización como algunos la denominan, quiere suprimir al sujeto; no quiere ver más sujetos, quiere reemplazarlos por ciertas lógicas que se autorregulan y que hacen cada vez menos necesaria la presencia de un individuo activo y creador.

Pero la no-presencia del sujeto al interior de los sistemas sociales complejos, significaría, entre otras cosas, que no habría prácticamente ninguna diferencia entre las hormigas y las abejas con respecto de los seres humanos.

Y la diferencia que hay entre las abejas, las hormigas, y los seres humanos es que estos últimos tienen la capacidad de considerar opciones para construir su realidad.

El discurso de la globalización quiere eso: una población disciplinada, productiva, que no presione, que no demande, que se adapte a un mundo consumista que la empobrece culturalmente. Esto es un punto importante. Yo los invito a que piensen en esto, para que lleguen a una u otra conclusión. Aquí nosotros no estamos haciendo aseveraciones, no estamos dando sermones, estamos simplemente advirtiendo un cuadro complejo que tenemos que discutir y después saber qué hacer con él.

Estos son algunos desafíos que nos plantea hoy en día el concepto de sujeto desde la perspectiva de la globalización: rescatarse como sujeto desde lo cotidiano y desde los microespacios; y eso es precisamente lo que no se desea. Porque el microespacio y el microtiempo del hombre están cada vez más dominados y cada vez más moldeados por lógicas que son de enajenación y de negación –en última instancia- del sujeto, como es, por ejemplo, no el consumo sino el consumismo como una forma y estilo de vida, que anula al individuo y anula la cultura. Por eso la importancia de entender fenómenos como los que acabo de plantear: las consecuencias que se derivan de la concentración económica en el plano cultural, como es este esfuerzo de homogeneización. Uno de los síntomas más claros de lo que les estoy diciendo es la creciente falta de identidad de las personas. Eso se nota muy claro entre los jóvenes; que se encubra y se soslaye, es otro problema; pero está allí, y esto es expresión de fenómenos como los que muy rápidamente he comentado.

Qué podemos hacer, si nada de lo podría tener sentido que hagamos lo veremos en el corto tiempo; es decir, a lo mejor no veré el mejoramiento de la sociedad que anhelo. Ése sí es un argumento, pero de la conformidad. Porque podríamos poner dos ejemplos, uno muy antiguo y uno muy reciente. Todos ustedes conocen la vida y la obra de Giordano Bruno. Si este filósofo se hubiera preguntado qué sentido tiene rebelarse en contra del papa y el dogma de la iglesia católica, entonces no habría hecho nada. Sin embargo, su lucha fue el punto de partida de una serie de procesos de cambios históricos muy importantes. Es decir, la Historia no puede plantearse a partir de la lógica que me garantice que lo que yo inicie ahora, tenga necesariamente un resultado que yo mismo pueda ver. Eso es una manera un tanto doméstica de entender las cosas. La Historia es cotidianidad, pero no es economía doméstica. No es algo que yo pueda calcular solamente en cuanto al sentido posible que tenga en los límites de lo que sería mi propia vida personal. Eso es un punto que hay que saber procesar.

Voy a poner otro ejemplo. ¿Por qué Pinochet fue detenido en 1998 y no en 1973? Es una pregunta importante. Porque desde 1973 hubo gente que insistió en el hecho de que hubo un señor que había violado los derechos humanos, y que después de veinticinco años esta misma gente creó una opinión pública, que se tradujo en una medida como la de detener a Pinochet. Porque si no hubiera existido esa gente –si se hubiera dicho: “ya todo pasó, olvidémoslo y miremos sólo al futuro”- nadie habría detenido a este militar. Lo mismo que las abuelas y las de la Plaza de Mayo. Fue gente que hizo un trabajo de todos los días, un trabajo microsociedad, que nunca se olvidó de escoger ciertas opciones: como lo es mantener en alto la defensa de ciertos valores, en este caso, el respeto a los derechos humanos.

Si no hubiera sido por ese trabajo cotidiano, desconocido, anónimo –y a veces muy hostilizado- de tanta gente, en España no se habría pedido la extradición de Pinochet, ni se hubiera abierto la posibilidad de un juicio en Argentina tras su regreso. Eso hay que valorarlo, porque la Historia se conforma de esa manera. Es decir, está hecha desde la cotidianidad.

SARTORI, Giovanni (2002). “Competencia y Auditel”; “Nos ahogamos en la ignorancia”; “Del video-niño a la deconstrucción del yo”; “Más sobre visibilidad y abstracción”; “Lo virtual es un vacío”. En: La sociedad teledirigida, México, Ed. Taurus, pp. 171-178; 179-183; 191-193; 195-198.

SARTORI, Giovanni. “Homovidens”. La sociedad teledirigida. Ed. Taurus. México, D. F. 2002, pp. 171-198

4. COMPETENCIA Y AUDITEL

Todos o casi todos se lamentan de que la televisión generalista empeora. Pero el remedio no es (*vid. supra*, págs. 144-146) la privatización. Y el “empeorador” es seguramente Auditel. Porque Auditel proporciona una indiferenciada recogida de datos de los índices de audiencia de los programas televisivos. Y si la medida de cualquier programa sólo es su audiencia indiferenciada, entonces está claro que el imperativo de todo programa sólo es el de “hacer masa”, aumentar el número de individuos de la audiencia.

El que defiende a Auditel usa el argumento: *competition is competition*, la competencia es la competencia. Pero lo usa de forma desatinada. Porque no hay ninguna analogía entre la competición entre televisiones –que es una competición distorsionada- y la genuina competición de mercado. La competición de mercado se funda en tres elementos: a) el coste-precio, b) la calidad del producto, c) la relación precio-calidad. Y la interacción entre estos elementos se traduce en beneficio del consumidor. De hecho, la competencia hace que a igualdad de producto el precio sea el menor posible. De la llamada competencia televisiva no sale en cambio ningún beneficio para el oyente-consumidor. En este pseudo-mercado el oyente es prácticamente impotente.

¿Por qué impotente? Evidentemente porque en el denominado mercado televisivo no se pone el precio, o más exactamente, no hay un consumidor que elija y pague los productos relacionando su calidad con su precio. En televisión los productos por los cuales se establece un verdadero precio e mercado no son los programas: son los espacios publicitarios. O lo que es lo mismo, los programas televisivos sirven a la televisión para formar paquetes de espectadores que a su vez son los potenciales clientes que se venden a las empresas. Así pues, los verdaderos consumidores “pagadores” –los que por tanto tienen realmente el poder de elección y contratación- del mercado televisivo no son los espectadores, sino las empresas que compran su atención con su publicidad. De lo cual resulta, repito, que nos encontramos aquí entre procesos competitivos perversos, que de

ninguna forma ofrecen ventaja alguna al consumidor³. Y que por añadidura nivelan y bajan la calidad de la oferta.

Carlo Freccero, que fue director de Rai Due supuesto *enfant prodige* de la profesión televisiva, declara que “la televisión no se mide por su calidad, porque la calidades siempre una resta” (1999, p. 121). Lo que es como decir que en televisión la calidad hace perder (dinero y de todo). Si y no. Pues esta “ley Freccero” vive y muere con Auditel. Mientras las cuentas se hacen con Auditel, Freccero tiene razón, pero sin Auditel su ley se desmorona. El problema de Auditel –ya lo he apuntado- es que su medición es indiferenciada, o en todo caso mal diferenciada⁴. En cambio los públicos que ven la televisión son muy diferentes: ricos y pobres, cultos e incultos, jóvenes y ancianos, etcétera. Lo cual implica que también las mediciones tendrían que hacerse sobre un grupo estratificado de población en el que estuviesen bien separadas e identificadas las diferentes bandas e audiencia.

¿Por qué no? El obstáculo es la costumbre. Los señores de la televisión ya se han acostumbrado a Auditel y tocarlo se ha convertido en un sacrilegio. Pero tocarlo es un deber. Adviértase esto: no es que sin Auditel el índice de audiencia disminuiría (incluso podría aumentar). Y es falso que sin Auditel la máquina de distribución de los ingresos publicitarios se atascaría. Sin Auditel sólo sucedería lo siguiente: la cuantía de las entradas publicitarias se distribuiría de forma distinta y seguramente más racional. Es verdad que no está nada claro que los acomodados sean menos burdos, en sus audiencias, que los pobres. Pero lo que es seguro es que los primeros pueden gastar, mientras que los segundos no. Y esta consideración nos permite ya afirmar que no tiene justificación publicitaria la persecución del último vagabundo. Preciado esto, es evidente que para llegar al grupo estratificado que nos hace falta hay que combinar la variable de la renta con la variable del nivel de instrucción. Y con esto queda claro cómo una audiencia relativamente baja, pero formada por un público que puede gastar, resulta más interesante que una audiencia muy alta de muertos de hambre.

Por tanto, el resultado el sondeo Auditel es una televisión que masifica, en la cual la cantidad aplasta a la calidad. Pero existe también la calidad que aplasta a la cantidad. Hace falta darle una oportunidad. Y para ello nos debemos liberar de la tiranía de Auditel.

E incluso puede que sea verdad, como precisa el presidente de Auditel Giulio Malgara, que «la “perversión” de Auditel no reside en la investigación [...] Reside en el uso impropio de

³ La cuestión es distinta obviamente, en el caso de la televisión de pago vía cable o vía éter con decodificador. Aquí el consumidor paga por el producto que recibe y puede elegir entre productos de consumo. En este caso, por tanto, el espectador recobra su papel de *dominus* de un mercado competitivo. El problema es que por lo general las televisiones de pago son televisiones dedicadas a un tipo de temática y ya no atienden al poco rentable mercado de la temática política.

⁴ El problema empieza por el grupo sobre el que se hace el sondeo. Por lo poco que se sabe acerca de ello (por un documental televisivo de Milena Gabanelli de marzo de 1998) las 5.000 familias que forman el conjunto de sondeo de Auditel están compuestas por personas que se pasan todo el día viendo la televisión, señalan cuál es el programa que están viendo (cuando no se duermen, aburren o hacen cualquier otra cosa) y al final de año reciben un “regalito”, ¿Cómo es posible que estas familias completamente anómalas (sólo una de cada diez familias acepta), a las que se paga conregalitos, constituyan una muestra fiable? Es verdaderamente sorprendente que cinco billones de inversiones publicitarias dependen de un mecanismo de muestro incontrolado y tan poco creíble.

ciertos titulares de portada propensos a reducir todo a un banal combate de gana/pierde»⁵ Pero si todo el problema estuviese aquí, entonces el remedio que me permito aconsejar a Malgara sería muy simple: proporcionar *solamente* datos diferenciados (por lo menos por nivel de renta, nivel de formación y clases de edad). En este caso su lectura cotidiana perdería interés para el gran público (resultaría demasiado complicada), y así el «combate gana/pierde» perdería se *appeal*. Añádase a esto que los datos diferenciados permitirían a cada uno de los presentadores de los distintos programas hacer gala de una victoria propia: sí, yo tengo menos audiencia pero, por ejemplo, tengo más jóvenes, más mujeres, más élites. Por el contrario, mientras Auditel siga proporcionando datos indiferenciados no tendrá el derecho de quejarse de que se haga de ellos un uso impropio o perverso. El combate por una indiscriminada audiencia máxima es un combate desencadenado precisamente por las medidas Auditel.

Hasta aquí la argumentación general y en general. Ahora hace falta delimitarla y afinarla sobre la información y formación del ciudadano, y lo haré refiriéndome a los noticiarios políticos. El destino de la televisión de esparcimiento, de la televisión que entretiene, no me interesa especialmente. Mi problema es la televisión que hace, o deshace, la opinión pública. Y nos podemos permitir entrar en este problema poniéndonos en el lugar del que dirige un telediario. Para él, me pregunto yo, ¿cuál es la diferencia entre, pongamos, una noticia sobre la integración europea y la noticia de un asesinato? En principio ninguna, en el sentido de que para él ambos son puros y simples relatos, noticias de crónica que hay que presentar como tales. El hecho de que la primera sea un *sigue* que hace falta explicar (en este caso el material filmado es irrelevante), mientras que la segunda es sólo una «acción abominable» que se debe contar, es una diferencia que al periodista lo único que hace es molestarle. La noticia Europa tendría que ir comentada (y esto ya es en sí un incordio); además Europa no proporciona imágenes espectaculares y, por tanto –para un público de entretenimiento, de *infotainment*-, es simplemente aburrida. En cambio el asesinato, con toda su parafernalia de cadáver en exhibición, no requiere esfuerzos mentales para ser captado y es, precisamente, una noticia espectacular. El resultado es que Europa se convierte en una mini-noticia que se puede relegar a cualquier rincón y a la que se dedican treinta segundos, mientras que los asesinatos (y similares) abren los telediarios y obtienen dos minutos.

Admitimos ahora que nuestro director de telediario se dé cuenta de que haciendo esto no sólo viola toda regla de correcta información (transforma el micro en macro y lo irrelevante en importante), sino que también contribuye a destruir una opinión pública sobre cosas públicas. Y admitamos que se dé cuenta de la enormidad de ciertas omisiones: por ejemplo haber ignorado la conferencia de Montevideo sobre la contaminación atmosférica y los problemas globales de la ecología, bonitamente sustituidos en su informativo, que sé yo, por un desfile de moda. Admitamos, pues, que esta persona se sienta infeliz con el producto que confecciona. Incluso si es así, ¿qué puede hacer? Mientras esté tiranizado por Auditel –ya lo sabemos-, poco.

⁵ *Corriere della Sera* del 29 de enero de 1998. Malgara responde a un artículo mío del día anterior titulado «Rivellatevi all' Auditel» (Rebelaos contra Auditel).

¿Pero por qué también él tiene que ser medido? Las mediciones cotidianas de audiencia sirven para la publicidad. Pero a los telediaros de la televisión pública no les está permitido –justamente- la interrupción publicitaria. ¿Y entonces por qué contar o contarse? Se responde: porque también en los informativos la televisión pública está en competencia con la privada y tiene que demostrar que es mejor, que le gana en audiencia. Pero si lo tiene que demostrar al precio de hacerse incluso peor –en términos de demagogia competitiva- que las televisoras privadas, entonces el juego es sólo una suma de resultado negativo para todos. Y para resolver verdaderamente la cuestión bastaría con prohibir también a la televisión comercial la emisión de informativos con publicidad. La queja sería de esta forma la televisión privada se quedaría en números rojos, o con más números rojos que nunca. Pero la televisión comercial no está obligada, y no debe ser obligada, a realizar telediaros. Si los considera un coste improductivo, que los elimine. Total, es un servicio que está asegurado por el servicio público. Yo además no creo que un Berlusconi o un Murdoch renunciarían a su influencia política por algunos miles de millones (para ellos una nada) Y en cualquier caso la cuestión es que sin el «combate Auditel» (que se extingue prácticamente por sí sólo allí donde no hay publicidad que comprar o vender) todos, telediaros públicos y privados, serían libres de hacer las cosas mejor.

Hoy por hoy Auditel –así como sus equivalentes en otros países- obliga a los productores de información a penalizar a los grupos de audiencia que desearían un informativo decoroso, y a favorecer en cambio a una audiencia a la que interesa solamente la crónica negra, la crónica rosa, deportiva, musical, dulzona, llorona, en fin, sólo la crónica emotiva o de entretenimiento. La alternativa sensata es ofrecer, en cambio, informativos separados: uno de información seria, otro de información frívola. Pongamos, media hora uno, media hora el otro. Para coger este camino basta llegar a entender que no importa que el segundo informativo tenga, pongamos por caso, cinco veces más audiencia que el primero. Porque el informativo frívolo se condena por sí solo a la propia irrelevancia, mientras que el informativo serio es relevante, diría yo, casi por definición, porque se dirige al público que es relevante para la cosa pública.

5.- NOS AHOGAMOS EN LA IGNORANCIA

Ya hace mucho tiempo que la teoría de la democracia emprendió una carrera hacia delante. Avanza hoy avanza mañana; la divergencia entre la «democracia avanzada» invocada y preanunciada sobre el papel y «día a día» de las democracias reales en las cuales vivimos se han convertido ya en una divergencia astronómica. Llegados a este punto la democracia que se nos presenta y promete se llama «ciberdemocracia» o, menos críticamente, democracia electrónica, es decir, un autogobierno de los ciudadanos realizado vía ordenador, lo cual abre las puertas a su ejercicio directo del poder, un ejercicio de poder que a su vez se traduce en su prácticamente infinita libertad. Pero la realidad –como ya he subrayado anteriormente- es que el ciudadano capacitado para ser tal está en vías de extinción, y el demo-poder se está convirtiendo en demo-impotencia. Porque un pueblo soberano que no sabe nada de política ¿es soberano? ¿Que puede nacer de la nada? Como mucho, *ex nihilo nihil fit*. O de otra manera de la nada nace el caos.

En este libro no había hecho hincapié en la abismal y creciente ignorancia de los pueblos de nuestra época. La he dado por conocida, limitándome a afirmar que la base de información y conocimientos del demos es de una pobreza cada vez más alarmante

(*vid supra*, pag.127). Pero como los demo-ditirámicos hacen como si nada y evaden el problema, estará bien que yo insista en ello.

El profesor Hirsch publico en 1987 un libro titulado *Cultural Literacy* en el que se proponía, entre otras cosas, un test de treinta y ocho preguntas pensadas para averiguar los niveles de *literacy* de cultura elemental. No lo transcribo aquí porque el test esta hecho para un publico americano ¿ Pero porque Nuestro Ministerio de Educación no prepara uno análogo para nuestras escuelas ? Antes de prometer desk computers ¿ porque nuestro ministros de Educación no investigan el nivel del desastre?

En Estados Unidos un cuarto de los estudiantes preuniversitarios (entre los dieciséis y los dieciocho años) creen que Roosevelt fue presidente durante la guerra de Vietnam, dos tercios no saben colocar cronológicamente su terrible guerra civil y la mitad no saben quien fue Stalin. En Italia no vamos mejor. Hace poco cayo entre las manos una investigación promovida por el profesor Stefano Privato de la Universidad de Urbino. A quinientos veintisiete estudiantes de cuatro universidades italianas matriculados en cursos de Historia Contemporánea se les atribuyo un cuestionario realizado para averiguar que saben los chicos de dieciocho años sobre la historia del siglo XX. El resultado es que la mayoría de los alumnos a los que se repartió el cuestionario no sabe que es el New Deal o el plan Marshall, se equivocan en tropel sobre la guerra fría y sobre la Republica Social, creen que Badoglio fue un jefe partisano, ignoran en que fecha nacio la Republica en la que viven; saben en cambio perfectamente quienes son Maria Callas y Bob Dylan (reconocidos por mas de 95 por ciento de los que contestaron; y todavía nos preguntamos quien hace la cultura juvenil). Todavía mas interesante es la falta de pudor de los encuestados. En lugar de admitir que no saben, se lanzan sin vergüenza ni complejos a dar respuestas a tontas y a locas. Por ejemplo, hay quien cree que el Plan Marshall es un <<plan para exportar opio a Francia>>. Si entran ganas de reír pero mas ganas entran de llorar. En 1997, durante mas de seis meses, televisión, radio y periódicos hablaron cotidiana y abundantemente, en Italia, sobre los trabajos de la Comisión Bicameral y por tanto sobre reformas institucionales verdaderamente cruciales para el futuro del país. Y sin embargo, Mannheim muestra (Corriere della Sera del 10 de noviembre de 1997) que la mitad de los italianos ni siquiera saben que ha existido. Solo el 28 por ciento indica con exactitud que los trabajos de la comisión Bicameral acabaron el junio; solo un 2 por ciento (que ha desuncido posteriormente el 1.4 por ciento) declara conocer bien los proyectos de reforma que estaban discutiendo; mientras que una tercera parte del grupo encuestado salio del paso diciendo que la Bicameral sabia poco (los cual en encuestas de este tipo quiere decir que no sabe casi nada).

Tampoco vamos mejor con Europa. También según Mannheiner, en ningún país europeo el porcentaje de los que dicen saber mucho del tema es superior al 5 por ciento. ¿ Pueblo soberano? Venga ya, intentemos ser mas serios. estos datos son escalofrantes. Si los problemas europeos y de Europa fuesen decididos por la democracia electrónica, el 5 por ciento de las personas competentes seria fulminantemente aplastada por una avalancha (el 95 por ciento) de ignorancia.

También es evidente el efecto negativo del tele-ver en la cultura escrita, en la cultura basada en la palabra. En 1998 casi el 65 por ciento de los italianos declararon que nunca leen un libro, mientras que un 62 por ciento admite que nunca lee nada, ni siquiera periódicos deportivos o revistas de cualquier tipo. El ultimo censo estadounidense de 1986 no era menos desalentador ; resultaba que 70 millones de americanos adultos eran analfabetas. E investigaciones mas recientes muestran que 106 millones de americanos no

saben leer, en el sentido de que leen mal. Y los datos subdivididos por clases de edad son todavía mas preocupantes. En Italia (en 1998) solo el 18 por ciento de los jóvenes entre los quince y los veinticuatro años compraba un cotidiano. Por tanto, mas del 80 por ciento de los jóvenes sabe de política – si quiere- solamente en términos de video-política lo que es como decir que, en términos de entender; no sabe nada del tema

Pasando al terreno de lo frívolo –pero es un frívolo que dice mucho- ¿alguien se acuerda de que en los buenos tiempos de *Lascia o Radoppia?* (¿ se planta o dobla?) de Mike Bongiorno los concursantes del programa estaban formidablemente preparados (en los sistemas elegidos por ellos)? Hoy día ese tipo de programa ya no seria posible por falta de materia prima. Actualmente los concursantes que se ponen a prueba en adivinanzas confían en la buena suerte y piden la <<ayudadita>>. Y , como escribe Aldo Grasso (Corriere della Sera del 24 de enero de 1999) <<no saben quien es Leopardi [...] quien es figaro[...] quien es Mahoma, quien es Gagarin. No saben nada de nada son de una ignorancia abismal>>. Y sin embargo comenta Grasso, <<estos concursantes>>[...]seguramente han sido a las escuela superiores, poseen teléfono móvil, demuestra su familiaridad con los llamados Vip del video. >>. Precisamente, el universo de su <<familiaridad>> es solamente lo visto-en-videos estos concursantes son perfectos ejemplares de video-niños.

¿Basta con esto? Ya que estoy puesto voy a picotear, para acabar bien en una desordenada pila de recortes americanos que he ido acumulando a lo largo de los años ¿ la carta magna? Ochenta y cinco de cada cien estudiantes se preguntan turbados que es. ¿Los nazis? Uno de cada tres no sabe ¿ Cuando nacio cristo? Cuatro estudiantes de cada diez ni siquiera caen en que la respuesta esta dada por el calendario que usan (y por tanto demuestran que no saben que ellos cuentan y distribuyen los años <<antes de cristo>> y <<después de cristo>>. Y un conjunto de quinientos estudiantes contesta sobre los nombres propios que se citan a continuación equivocándose en los porcentajes que se indican al lado; Dickens (86 por ciento), Marx (49 por ciento) Einstein (54 por ciento), Gandhi (60 por ciento) Mousoline (50 por ciento) Van Gohg (54 por ciento) Eisen Hower (55 por ciento). El político que mas se salva es Churchill (con solo 24 por ciento de respuestas equivocadas). Pero el triunfador absoluto es Bade Ruth, obviamente un famosísimo jugador de Baseball; el 97 por ciento sabia perfectamente quien era.

Tomadas de forma aislada, ninguna de estas lagunas es importante. Pero el conjunto revela un vacío cultural y de informacion que deja horrorizado, ¿los <<directistas >> (vid.supra,pags 129-132) que nos proponen al ciudadano autogobernarte saben de que están hablando?

6.- DEL VIDEO DEL NIÑO A LA DECONSTRUCCION DEL YO

Desde distintas partes se me dice que mi radiografía del video-niño que es exagerada, que cargo las tintas, vamos a discutirlo. Empezando por su lenguaje. Por mi tesis es –recuerdo- que el video-niño es tal porque en gran medida ha perdido la capacidad de usar el lenguaje abstracto del *homo sapiens*, y todavía mas la del *homo cogitans*, para recaer en la imprecisión y en el <<primitivismo cognitivo>> de la conversación ordinaria, del lenguaje común (cfr. Sartori , Págs. 13-15 y 20-22).

Así pues, déjame oír como sabes hablar y te diré quien eres. A este respecto Raffaele Simón (1998, p.183) indica que tenemos que escuchar el lenguaje de los jóvenes para sacar de él lo que revela sobre su <<cultura mental>>. Y lo que se obtiene es que el

<<juego cultural>> de la últimas generaciones de jóvenes ya no siguen las reglas del juego de antes (que no es sino el juego de siempre, de veinticinco siglos.

Nosotros hemos crecido –escribe Simón– en la convicción de que convenía ser articulados estructurados, que el lenguaje tenía que ser rico, preciso, sagaz; que [...] distinguir era mejor que confundir[...] En fin hemos crecido en la convicción de que una de las funciones principales del lenguaje es la de ayudarnos a ser articulados y precisos demasiada ... Hoy en día en cambio desde el universo de la precisión estamos regresando a hacia el de la aproximación; el lenguaje de las últimas quintas de jóvenes (en este caso sin demasiada diferencia de clase) es genérico, incapaz de precisar [...] Todo esto hecho de esto, aquello, tal, hacer, es decir, de intercalaciones que no capturan sino que aluden. Rechaza la construcción precisa, la focalización rigurosa; deja todo indefinido en un insípido caldo de insignificandos (que además es probablemente el caldo cultural de New Age) Y el problema es que estos vicios[...] no se pasan con la juventud, si no que se quedan pegados para siempre.

Cito por extenso porque no lo sabría decir mejor . el video-niño se expresa en un lenguaje agua chirle y vive (he escrito en este libro) en una melaza mental. Y si esta diferencia de <<cultura mental >> pasa desapercibida a gran parte de los padres, es por que los padres de 1999 son a la vez video-niños que se ven reflejados en sus hijos

Esta última reflexión me lleva a los padres y a su no hacer o hacer mal. Si el video-niño no crece, si nunca se convierte en un verdadero adulto, no es solo porque esta marcado de por vida por un video-ver originario. Una causa concomitante de esta falta de crecimiento, y por ende de la falta de desarrollo de una personalidad autónoma, es que los padres ya no representan una estructura de autoridad.

En una investigación dirigida por Alfredo Carlo Moro, promovida por la Presidencia del Consejo y publicada en 1997 (su título es Un volto o una maschera, un rostro o una máscara), se lee que para los cinco millones de niños italianos de entre cero y diez años las vías para la <<construcción de identidad >> están en peligro. Están en peligro porque sus padres son incapaces de decir que no, tratan a sus niños como iguales, y de esta forma crían pequeños tiranos de hojaldre que cuando se hacen grandes no son capaces de soportar el choque con la realidad. Noto, por los demás, la siguiente cosa extraña; al condenar a los padres la investigación en cuestión absuelve la televisión. Después de haber constatado que la televisión absorbe gran parte del tiempo libre doméstico, el informe declara que << no se trata de demonizarla>>, porque también es verdad que abre al niño << a imágenes, experiencias y emociones bastante superiores a las que los niños viven en su ambiente>>.

El que esta superexitazo prematura sea beneficiosa esta por ver. Pero me quedo de piedra a leer que el peligro representado por la televisión y el ordenador es que los niños se transformen en pequeños monstruos <<con la cabeza de Einstein y el cuerpo de un pollito>>. ¿Con la cabeza de Einstein? Si acaso la de Bill Gates. Y a decir verdad, lo mas probable es que en ese cuerpo de pollito se injerte una vez una cabeza de pollito. Sea como sea, la cuestión sigue siendo que también los padres del <<siempre si>> (que incluye el si al tele-ver durante horas y horas) contribuyen a crear a ese niño Mimado que se convierte en adulto invertebrado,

Sigamos adelante. En este libro insisto en que el video-niño esta marcado de por vida por una predisposición al juego. Una tesis esta que veo también muy confirmada por los experimentos sobre el denominado <<hipertexto>>. En la cultura del libro el desarrollo del discurso es lineal, lo cual significa que el libro enseña consecutiva, coherencia de argumentación, o por lo menos construcción consecutiva de los argumentos. El hipertexto en cambio es un texto interactivo que acompaña el texto escrito con sonidos, colores,

figuras, gráficos, animaciones. Y su característica central es que ya no tiene *consecutio*; el usuario lo puede recorrer en el orden que prefiera, es decir sin orden (y la elección es mas fácil). Por ahora todavía estamos, en cuestión de hipertexto, en una fase experimental sobre la cual nos informa Anna Oliverio Ferraris (1988, Págs.62-65). Los experimentos a los que alude han sido llevados a cabo en escuelas de enseñanza primaria, y el resultado que se ha obtenido es que los niños <<aun siendo activos y estando satisfechos de interactuar con el ordenador, ignoraron gran parte de los textos escritos. mientras que afrontaron las <<pruebas de verificación>> como si fuesen juegos... como media los niños <<jugaron>> 96 minutos de los 300 que tenían a su disposición ... Esto significa que en su navegación los niños perdieron gran parte de los contenidos del programa>>.

Oliverio Ferraris es, quede esto claro, partidaria del hipertexto (hasta el punto de proponer transformar el niño-lector en niño-autor). Sin embargo reconoce que en el experimento <<los niños fueron absorbidos casi completamente por la navegación>>, que la <<presencia del material filmado y de las pruebas de verificación consideradas “juegos”, constituyo la gran atracción>>, y concluye con esta advertencia; <<Existe el riesgo de que el usuario no experto se pierda en la masa de informaciones disponibles, que de vueltas en el vacío >>; de la misma forma que existe >>el riesgo, que no hay que infravalorar, de obtener un aprendizaje fragmentario carente de coordenadas generales y sin trabajo de síntesis>>. Hablando de riesgo uno no se equivoca nunca. Pero yo soy incauto, y para mi ese riesgo es una certeza. Y la primera convicción que extraigo de lo referido mas arriba es que el hipertexto va a solidificar la <<cultura del entretenimiento>> que caracteriza a todo el video-ver. El video-niño <<autor>> (excuzes du peu) de hipertextos no leerá nunca ningún texto (entiendase ningún libro), y después de un útil recorrido escolástico que no le dejara ni un rasguño, seguirá viviendo jugando con Internet y las cibernavagaciones.

Hasta aquí he dicho lo que pienso, ¿ pero qué piensan los demás? ¿Cuál es el <<futurible>> al que me contrapongo es decir, al de los multimedialistas? Por simetría de análisis cito a un autor –Roberto Maragliano- que como yo empieza por el lenguaje. Maragliano (1998, Págs. 48-52) explica los lenguajes multimendiales como una combinación de tres componentes: << el componente analítico y objetivamente de la prensa, el componente inmersito y sensualizante de lo audiovisual, el componente interactivo y operativizante de video juego>> Maragliano asegura: ningún componente es predominante. ¿pero como lo sabe? Al decir que los tres componente se combinan sugiere que su relación da como resultado una suma positiva.- ¿pero por qué no podría tratarse, en cambio de una suma negativa? Quizá lo teme o lo sospecha, visto que subraya la ruptura, el hecho de que << ya no es la escritura (la racionalidad escritural) por si sola la que gobierna el territorio de la metacognicion>>, por que a su lado erigen otras perspectivas <<como la de una metacognicion de tipo inmersito y reticular[...] o la de una metacognicion de tipo pragmático en cuyo contexto la posibilidad de manipular [...] permite huir de las insidias de una representación exclusivamente verbal o escritural de los datos de la experiencia.

Así pues << los medios piensan dentro de nosotros y nos orientan a actuar[...] en los modos de la reticularidad, del conexionismo y del construccionismo>>. Antes >>la función del saber era la de asegurar la estabilidad del edificio cultural del individuo. Ahora es la de hacer que el individuo sea sensible a toda forma de transformación>>. Por tanto concluye Maragliano, ya no es posible << configurar el saber como un texto o “cosa”. Este se presenta cada vez menos como una estructura “dada” de elementos fijos y cada vez mas como un espacio de ene dimensiones, un conglomerado fluido>>.

¿Magnifico? No, para mi es escalofriante. Porque el animal muntimedial descrito mas arriba ya esta descrito e inscrito, tal para cual, en los tratados sobre la esquizofrenia; en un ser disociado cuyo yo se caracteriza por mecanismos de asociación arbitrarios, por un pensamiento hecho lábil por la ausencia de dirección, y por el recurso a símbolos de tipo onírico <<sin sentido>> y por un yo que esta igualmente caracterizado, en la esfera de los sentimientos, por reacciones emotivas carentes de una relación inteligible con los estímulos que las generan.

El video-niño de hoy, da la primera oleada, se limita a desplegar un cerebro lógica y racionalmente atrofiado; el multimendializado de mañana, de la segunda oleada, será también, entonces, un yo desintegrado, un yo <<reconstruido>> que ira a poblar las clínicas psiquiatritas. Según Negroponte, en la era digital <<yo soy yo>>. En mi opinión. En cambio sucederá exactamente todo lo contrario. Mi previsión es que le mundo multimendial estará poblado por un yo virtual deshecho de personalidades múltiples y por tanto por el perfecto y acabado <<yo neurítico>>.

7.- MAS SOBRE VISIBILIDAS Y ABSTRACCION

Una de la objeciones que mas a menudo me han hecho se refiere a la relación entre lo visible e inteligible. El objetor me dice: no es verdad que el ver no genera entender; es en cambio verdad que el ver también es entender y –conocer. Una vez pregunte ¿por ejemplo? Por ejemplo –he aquí la respuesta- viajando yo entiendo mejor al mundo. Cierto. La respuesta demuestra que tengo que volver a precisar.

Obviamente, el mundo visible hay que entenderlo (conocerlo), viéndolo. El mar, las nubes, se describen mal: hay que mirarlos. La belleza de la naturaleza debe ser vista. Una descripción verbal del Taj Mahal de Machu Picchu, del gran cañón, de la cúpula de la catedral de Florencia no puede en modo alguno sustituir a la imagen. Por tanto quien no ha visto el mundo no lo conoce. Pero si es completamente evidente que para conocer la realidad visible que hay que verla, es igualmente evidente que el ver no ve los invisibles del mundo inteligible, del mundo de las cosas que no son percibidas sino concebidas(que son conceptos).

Concedo pues, que la nociones de entender y conocer son aplacibles también al mundo percibido por los sentidos. Pero lo son en sentidos<<débiles>>. Es cierto que ver el mar es conocer el mar; pero no es conocer su estructura química, por que la estructura química del agua en general, y también del agua del mar, esta establecida por la formula H_2O ; y el conocimiento, llamesmolo <<fuerte>> -porque nos permite controlar y transformar las cosas-, no se obtiene de ver el agua (ni siquiera con el microscopio), Generalizando la cuestión es que ni siquiera la naturaleza puede ser conocida a fondo, y hasta el fondo mirándola., la física no es un saber empírico que denota cosas que se ven; es un conocimiento <<meta-empírico>> que atraviesa el mundofenomenico, el mundo de las cosas que aparecen, para llegar a valores numéricos, a formulas matemáticas. Lo cual nos lleva a la conclusión de que la física –así como, en la misma medida , la química- es un cocimiento completamente fundado en la capacidad de abstracción de un animal con raciocinio. Y los que es verdad para el conocimiento del mundo natural es igualmente verdadero par el conocimiento del hábitat artificial (en la naturaleza no hay) creado por el hombre por si mismo, es decir; para su ciudad.

La realidad de nuestro ordenamientos sociales, económicos y políticos es una realidad completamente construida por la mente <<inteligente>> del *homo sapiens*, y por

tanto una realidad que se basa en que se entiendan los problemas que plantea. (nótese lo siguiente; la naturaleza no tiene problemas; el problema de <<entender problemas>> es solo humano). Problemas que también plantea obviamente a los individuos, pero que plantea de forma mucho mas aguada y profunda a nivel de la ciudad. Entonces y para concluir ¿ cuales son estos problemas?

Por poner algunos ejemplos, a palabras como desocupación, inteligencia y felicidad. Todas estas, decía, son palabras abstractas y, por tanto conceptos, (concepciones) que no tienen ningún correlativo visible adecuado. En el video estos conceptos no se ven porque es imposible traducirlos a imágenes.

Sorprende, es mas, deja pasmado, como en la <<cultura del video>> (digámoslo así) esta casi total decapitación del *mundus intelligibilis*, pasa prácticamente desapercibida. ¿ es que no hay cosas que entender? Si. Seguro que las hay. ¿ Y estas cosas que hay que entender son adecuadamente explicadas y explicables en imágenes?

No. Seguro que no, y entonces, como es posible no darse cuenta o tomarse a la ligera este *hiperproblema* (si existe el hipertexto, también es licito que exista el hiperproblema : sí y como la ciudad del hombre puede basarse en un <<conocer por imágenes>> que no la explica y que no la hace entender.

Es cierto que una imagen puede valer mas que mil palabras. Pero también es verdad que un millón de imágenes nos dan un solo concepto. Resumo en tres puntos primero : ver no es conocer. Segundo: el conocer puede ser ayudado por el ver. Tercero: esto no quita para el conocer por conceptos (el conocer en sentido fuerte) se despliegue por entero mas allá de lo visible. Lo siento por el tele-ver; pero es así.

8.- LO VIRTUAL ES UN VACIO

La revolución multimundial es, en su premisa tecnológica, la revolución digital. Y el elemento distintivo del *goig digital*, del <<ser digitales>> de Negroponte (*vis supra* pags,61-63) es que modifica radicalmente nuestro <<situarnos en el mundo>>. Hasta ahora el hombre ha afrontado y reflejado el mundo real ahora es proyectado en la creación de mundos virtuales. La tierra prometida del negropontismo, promocionada por sus proliferantes gurus y hechiceros , es así, pues, un mundo –como diría Luis Rossetto- de <<digigeneracionales>> dedicados a la cibernavegacion en lo virtual y mi pregunta es: ¿esta tierra prometida es un tierra firme, o es mas bien una tierra poco estable que se apoya en el vacío?

Para responder me remito una vez mas al niño y especialmente a la pedagogía del hipertexto. Como ya sabemos (*vid. Supra* pags.185-190), en la pedagogía del hipertexto el niño se convierte en <<autor-creador>> que se mete como quiere en un texto poliformo, en el punto que quiere y haciendo lo que quiere. Y la implicación de este acercamiento es –leo- la de romper la <<lógica lineal>> que hasta ahora nos ha <<esclavizado >>, y romper por tanto el principio mismo de la *consecutio*, del discurso ordenado que pone en orden las cosas una tras de otra.

¿ en pro de que?. Por lo que se nos cuenta, en pro de una infinita libertad de creatividad . ¿ verdaderamente?. Entiendo que el hipertexto pueda excitar el deseo de novedad que tanto nos excita, la pregunta que queda es: ¿ cuales serán los reflejos de esta superación del pensar lógico en nuestra convivencia en ciudades construidas (y sobre esto no cabe ninguna duda) por un pensamiento y una lógica que ahora son tirados a la cuneta ?

es decir ¿ podemos verdaderamente vivir y convivir como animales sociales y políticos sin entender el antes y después, la causa y el efecto?.

En lógica *consecutio* significa capacidad de construir un discurso coherente que va de las premisas a las consecuencias. Y en la esfera practica la *consecutio* postula que los medios precedan a los fines y que el instrumento vaya antes que el producto. Dicho esto ¿ que tiene de exaltarte perder la capacidad de *consecutio*?. La respuesta es –ya lo sabemos- que una lógica circular << sin centro>> es infinitamente liberatoria. Si seguramente lo es para nuestra libertad <<interior>> de neurosis y esquizofrenia. Pero seguramente no lo es para nuestra libertad <<externa>> de ciudadanos, que por añadidura es la libertad que funda nuestra convivencia político-social.

Partamos ahora de la teoría a la que actualmente se denomina <<lineal>> de la libertad política, que además es la teoría –lógico practica- que concretamente la ha producido. En esta teoría se distingue entre *liberación* de (libertad defensiva) y *libertad* de (libertad positiva poder hacer) y se mantiene que la liberación de (por ejemplo del poder del estado) es una condición necesaria de la libertad de, y que por tanto la tiene que preceder, así pues, entre *liberación de* y *libertad* de existe una relación de precedencia procedural. Pero todo este discurso, el discurso que construye una teoría y hace posible en la practica nuestra libertad, se disuelve en la lógica circular del hipertexto. Para el niño que iremos criando no estar nada claro por que hay que poner antes la garmasa que el ladrillo, por que las casas se empiezan por abajo y no por arriba, o porque el padre debe preceder al hijo. Una vez abolida la lógica lineal, todo se hace virtualmente reversible. Lo que es como decir que la realidad se hace onírica y que en mundo se puebla de sonámbulos.

Así pues los aprendices del brujo del negropontismo nos están embarcando en un nuevo mundo en el que ya no existirá el orden concebido e impuesto por el *homo cogitans*, sino que solo existirá una multicplidad de animales interactivos que juegan entre ellos por azar. Según se parece, a estos aprendices de brujo ni siquiera se les ocurre pensar cual será el destino de una ciudad dejada en manos de la inconsecuencialidad de animales <<post-pensante>> incapaces de *consecutio*. Pero los que todavía son pensantes tienen que denunciar la irresponsabilidad e inconciencia de las cada vez mayores legiones de vendedores de humo que olvidan que la ciudad en la que vivimos y viviremos no es <<naturaleza>> (una cosa dada que esta ahí para siempre), sino que es de cabo a rabo un producto artificial constituido por el *homo sapiens*. ¿se pondrá mantener sin su apoyo?. No seguramente no. Y si hacemos caso a los falsos profetas que nos están bombardeando con sus multi-mensajes llegaremos rápidamente a un mundo virtual que se pone patas arriba en una <<catástrofe real>>.

La nuestra es una época extraordinaria -no ordinaria- por dos cosas. Primero porque como estaba diciendo, es una época de hechiceros y charlatanes. El pensamiento ilustrado les había hecho perder mucho crédito y así durante mas de dos siglos la cultura occidental los había marginado. Ahora han revivido y están triunfando. Triunfan también por que nosotros vamos siempre acelerados y corriendo hacia adelante. Y esta es la segunda característica –la que verdaderamente no tiene precedentes- de nuestra época. En este mundo ya todo en neo traes, post. El <<novismo>> (acuñación mía) y el *beyondism*, el ir mas allá (acuñación de Daniel Bell), vuelven locos. Hoy día, si no <<superas>> si no adelantas o saltas la valla, no existes. Arriesgándome a no existir, yo prefiero resistir.

BOBBIO, NORBETO (1997) “ EL CONFLICTO TERMONUCLEAR Y LAS JUSTIFICACIONES TRADICIONALES DE LA GUERRA”; “ HAY FUTURO PARA LA PAZ” EN : EL TERCERO AUSENTE MADRID EDITORIAL CATEDRA PP.31-41; 253-262

El conflicto termonuclear y las justificaciones tradicionales de la guerra

Es ya un convencimiento general que el paso de la guerra tradicional a la guerra termonuclear representa una transformación no solo cuantitativa, sino también cualitativa de la propia guerra. Este convencimiento se fundamenta en la conciencia de que la capacidad destructiva de las armas termonucleares que existen y podrían ser utilizadas es tan grande que su empleo indiscriminado supondría la completa desaparición de la vida humana sobre la tierra, o mas drásticamente si aceptamos la condición de que Bicho tenía de la historia como mundo de naciones creadas por el hombre. *El fin de la historia*

Entre los diversos argumentos –de naturaleza política, económica social e histórica- que podrían aducirse para sustentar ese convencimiento, en este ensayo me propongo ilustrar uno que pertenece al dominio de la historia de las ideas o, mas adecuadamente, de la filosofía de la historia . lo formulo del siguiente modo; frente a la guerra termonuclear, algunas de las mas celebres justificaciones de la guerra que han propuesto a lo largo de la historia teólogos, filósofos, moralistas y juristas resultan insostenible y pierde todo su poder de convicción, en otras palabras, las teorías elegidas para justificar la guerra tradicional no sirven ya para hacer lo propio con la guerra futura. Puesto que tales teorías se encuentran, por lo general, vinculadas a un sistema filosófico de la historia, cabe afirmar que solo el hecho de concebir la posibilidad de una guerra termonuclear capaz de destruir la vida humana sobre la tierra induce al abandono, por insatisfactorios e impotentes, de algunos sistemas tradicionales de la filosofía de la historia pero no es mi intención ocuparme en las paginas que siguen de este problema, que dejo de buen grado a los filósofos

Ni siquiera afirmo que la guerra radicalmente aniquiladora no pueda encontrar alguna clase de justificación ; al final de este libro explicare que existen teorías justificadoras de la guerra antigua capaces de superar la prueba de la guerra nueva y sus efectos. Me limitare a demostrar que el análisis de la guerra futura y sus consecuencias anula gran parte de las teologías y filosofías de la guerra que se han defendido hasta ahora la cual me parece una prueba, no menos indigna que otras de los cambios que han sufrido el propio significado de la guerra a raíz de la transformación de los conflictos tradicionales en conflictos termonucleares.

Examino especialmente cuatro teorías

- 1.- la guerra justa
- 2.- la guerra como mal menor
- 3.- la guerra como mal necesario
- 4.- la guerra como bien

LA GUERRA JUSTA

Una de las justificaciones mas celebres de la guerra es aquella que se basa en la distinción entre guerras justas e injustas, aceptada durante siglos por los teóricos del

derecho internacional. El procedimiento lógico que ha empleado esta teoría es la distinción entre dos clases de conflictos puesto que no todas las guerras son iguales no todas serán igualmente condenables; hay guerras injustas y por tanto condenables; y guerras justas y por tanto aceptables. Son justas y consecuentemente lícitas, las guerras que se hacen en legítima defensa; injustas y en consecuencia ilícitas, las guerras de agresión (o de conquista). El criterio de la distinción viene impuesto por el derecho natural cuya norma fundamental prescribe la conservación de la vida, y cuya norma derivada autoriza a los hombres a hacer todo lo que esta en su mano por conservar la existencia, sin excluir el empleo de la fuerza para responder a la fuerza (*vim vi repellere licet*). Y puesto que allí donde se introducen normas, se establecen ciertos criterios cualificadores de los hechos como, lícitos o ilícitos de la norma que autoriza el empleo de la fuerza para responder a la fuerza resulta la posibilidad de calificar normativamente la fuerza ora como ilícita ora según se emplee para violar derecho o para restaurarlo

Consideremos ahora no ya la guerra tradicional sino la nuclear y preguntémosnos ¿Tiene sentido aplicar a esta clase de guerra la distinción entre guerras justas e injustas? ¿Existe la posibilidad de distinguir un guerra atómica justa de un guerra atómica injusta?. A este respecto cabría establecer dos hipótesis

- 1.-El empleo de armas atómicas para responder a un ataque con armas tradicionales. En este caso dada la desproporción entre ambas clases de armas, nos encontramos manifiestamente frente a una situación que ningún jurista dudaría en calificar de exceso de legítima defensa, y por tanto defensa ilícita
- 2.- el empleo de armas atómicas para responder a un ataque con el mismo tipo de armas

Los expertos dicen que en este caso el que se defiende es decir, aquel que ataque en segundo lugar, ya ha perdido. Bertrand Russell refiere a la hipótesis un experto americano (Richard Fryklund), según el cual en caso de un ataque ruso sin aviso previo contra Estado Unidos morirían 150 millones de personas en América y 40 en Rusia y esta última tendría asegurada la victoria. De tal modo pierde todo su significado el concepto mismo de defensa. La guerra atómica anula la distinción entre guerras justas e injustas, porque hace imposible uno de los dos términos; la guerra en legítima defensa. La guerra atómica no admite más que un tipo de guerra: la del primer atacante

LA GUERRA COMO MAL MENOR

La teoría de la guerra como mal menor puede formularse del siguiente modo: en cuanto mal, la guerra se contrapone a un bien; este bien no es otro que la paz ¿ pero es realmente la paz el bien supremo? Si se responde como no parece difícil, que la paz no es siempre el bien supremo, si no un bien entre otros bienes como la libertad, el honor de la nación, la religión, el bienestar. etc. y que como tal no constituye un fin absoluto, sino un fin que compite, según el heterogéneo entramado de circunstancias objetivas y aspiraciones subjetivas, con otros fines, se establece la premisa para sostener que la guerra, en cuanto contraria a la paz no es un mal absoluto sino solo un mal cuya gravedad se evaluara en cada momento en comparación con la gravedad de los males están en liza. No podemos excluir quien con semejante evaluación, en que determinados de caos, puede preferirse o incluso desearse la guerra; por ejemplo cuando se crea que sirve para evitar, a través de la pérdida del bien considerado menor en aquella circunstancia (la paz), un mal que en esa

circunstancia se considera mayor (por ejemplo la perdida de la libertad). En rigor, solo el sistema de Hobbes, entre los sistemas éticos del pensamiento moderno, se basa en la primacía del valor de la paz sobre los restantes valores y, por eso mismo en la consideración de la guerra como mal absoluto por el contrario la ideología mas común (y también la mas cómoda) sobre la guerra a lo largo de la historia ha sido aquella que contraponiendo el bien de la paz al de la libertad o el honor, proclama “ Antes la muerte que la esclavitud”, <<Antes la muerte que la deshonra>>.

Situemos ahora frente a la guerra termonuclear ¿ podemos considerarla un mal menor? Seria posible, a condición de que conseguiríamos atribuirle el carácter de un fin mas entre otros fines. ¿ no es ella misma, desde la perspectiva de posible aniquilamiento de la especie human, un fin ultimo; es mas, el fin por excelencia? La elección entre varios fines presupone una alternativa, pero, ¿ es una alternativa la guerra nuclear? Y de ser así, ¿Frente a que otra posibilidad existencial? Respecto a las guerras de otras épocas puede que sea un razonable hablar de una alternativa entre paz y libertad, paz y justicia o paz y honor. Pero frente a la guerra futura, ¿Qué alternativa queda por proponer?¿ la libertad o el suicidio universal? Y Quien se beneficiaria de esa libertad? Si cupiera aun alguna alternativa, no sería la tradicional entre guerra o libertad o entre guerra u honor nacional, sino, según el análisis radical de Gunter Anders, entre ser o no ser, de acuerdo con la máxima suprema del nihilismo; << Antes que el ser, la nada.>>

LA GUERRA COMO UN MAL NECESARIO

Llamo teoría de la guerra como mal necesario a aquella según la cual la guerra es, en efecto, un mal (desde esta perspectiva no se discute ya si el mal es menor o mayor, ni se establece una jerarquía de valores) pero un mal del que nace un bien, en tan estricta interdependencia que no existiría ese bien de no haberse dado aquel mal. Semejante teoría de la guerra forma parte de aquellas concepciones del progreso histórico que describen este ultimo como el producto de un movimiento dialéctico de afirmación y negación y, mas generalmente de toda filosofía de la historia que conciba en conflicto y el antagonismo, incluso el conflicto armado, incluso el antagonismo que degenera en guerra, como un elemento indispensable del progreso humano. ¿Cuáles son las ventajas que la guerra proporciona a la humanidad? Las opiniones son muy variadas? Unas veces es una nueva fuente de energía vital; otras, un acicate para el ingenio, otras aun, estimulo para la virtud. Desde Kant, el pensamiento decimonónico ha reproducido en millares de ejemplos, con algunas variantes, esta formula de la filosofía de la guerra ¿ quien quisiera recoger un florilegio de apologías de la guerra como espuela del progreso, no tendría otro problema que el de la elección. Por decirlo con las palabras típicas de un epígono como Renan; <<El día en que la humanidad se convirtiera en un gran imperio romano completamente pacificado y sin enemigos externos, la moralidad y la inteligencia correrían el mayor de los peligros>>. (1)

Basta haber visto una fotografía cualquiera de la ciudad de Hiroshima tras el estallido de la primera bomba atómica para rechazar con horror la idea de que el progreso humano deba pasar necesariamente por ahí. Si pensamos además de una nueva guerra serian cien mil veces mas destructiva, la idea del vinculo entre guerra y progreso no puede ser otra cosa que la expresión de un delirio macabro. El progreso de la humanidad presupone la existencia del hombre sobre la tierra; pero la guerra futura hace posible su

total autoaniquilación. ¿Para quién sería, entonces el progreso? Toda teoría del progreso tiende a captar en los acontecimientos, en toda serie de acontecimientos, un momento de la historia. No logro ver como podría considerarse un momento esa forma de guerra que lleva en sí la perpetua amenaza de ser una conclusión

(1) E. R. Renan, *la réforme morale et intellectuelle*, Paris, 1872 Pág.3 Toma esta y las dos citas siguientes de G. Bouthoul, *le guerre*, Millan, Longanesi, 1961.

LA GUERRA COMO BIEN

También ha habido quien no se ha contentado con ver en la guerra un mal del que nace un bien, sino que la exaltado como un bien en sí misma, un valor positivo, el valor por excelencia, y la ha llamado divina. Aunque nos cueste un cierto esfuerzo, mencionaríamos algunas de esas lucidas aberraciones. El campeón de la idolatría de la sangre y de la guerra fue, como es bien sabido, el teócrata De Maestre: «La guerra es divina en sí misma, por que es una ley del mundo[...] La guerra es divina en la gloria misteriosa que la circunda y en la atracción no menos inexplicable que nos empuja hacia ella (2), pero no le falta la compañía del demócrata Proudhon; «¡ viva la guerra! por ella el hombre, nada más salir del fango que le sirve de matriz, se yergue en toda su majestad y su valor[...] (3) Y. ¿ que decir del decadentismo decimonónico aliado con el irracionalismo y el misticismo en filosofía, y con el nacionalismo, en política? Encontraríamos es esa literatura ejemplos abundantísimos pero, ¿merece la pena enlodarse más? Baste con este lúgubre himno del necrófilo papini, en vísperas de la Primera guerra mundial; «el porvenir como los antiguos dioses de los bosques, necesita sangre en su camino. Tiene la necesidad de víctimas humanas, de carnicerías[...] La sangre es el vino de los pueblos fuertes[...] Necesitamos cadáveres para empedrar las calles de todos los triunfos».(4)

Tanta la demencia no precisa de más confutación. Bastaría con una pregunta, a la que toda respuesta resulta superflua: ¿ quien frente a la pesadilla de una guerra termonuclear, podría entregarse hoy a semejantes desvaríos? Aunque nos causen horror, Papini pronuncio realmente estas palabras. ¿ Habría hoy alguien en el mundo que tuviera el valor de repetir las? La única excusa para todos estos cantores de la violencia es que no tuvieron la fantasía suficiente para imaginar una violencia hasta tal punto monstruosa que pudiera cambiar radicalmente nuestra actitud frente a la guerra, que no es ya el miedo a la muerte (por lo que resulta inútil intentar demostrar, como hizo Papini, que la vida no es sagrada), sino la vergüenza de sobrevivir, Lo que, por otra parte, esta ya escrito en el Eclesiastés «...vi. las opresiones que se hacen debajo del sol, y las lagrimas de los oprimidos[...] Y proclame más dichosos a los muertos[...] que a los vivos y más dichosos aun a los que nunca vivieron y no vivieron lo malo que debajo del sol se hace» (IV; 1-3)

(2) J. D. De Maistre. *Les soirees de saint-petersbourg*. Bruselas, 1938 vol. II pag. 25 (trad. Esp. *Las veladas de de San Petersburgo*, Madrid, Esapasa-Calpe).

(3) P. J. Proudhon. *La guerre et la paix*, I. page. 38

(4) G. Papini, «La vita non é sacra» (1913) reproducido en *La Cultura italiana del 900 attraverso le riviste* IV, Turin Einaudi. 1961. Pág.. 207

LA GUERRA COMO ACONTECIMIENTO NATURAL O PROVIDENCIAL

No excluiré al comienzo que existieran teorías justificadoras de la guerra capaces de superar la prueba de la guerra futura. Pero ello se debe a un carácter común peculiar que las

distingue de las cuatro anteriores hasta el punto de que mi argumentación para demostrar la imposibilidad de aplicarlas a la guerra futura no solo no resulta invalidado, sino que se reafirma y se refuerza, las agrupo en dos grandes clases ; las que consideran la guerra un acontecimiento providencial (especialmente como castigo divino) y las que la juzgan un acontecimiento propio de la evolución natural (por ejemplo, todas las teorías darwinistas sobre la guerra como medio de selección o supervivencia de los mejor adaptados).

En cuanto a la primera clase, parece claro que si las guerras son la expresión de un proyecto divino, no hay razones para excluir que en ese diseño de la providencia se encuentre también la destrucción del genero humano. Del principio y el fin de la humanidad, mal que les pese a todas las cosmogonías y filosofías que ha generado la historia, no sabemos hasta ahora mas que lo que imputamos, fidedigna o hipotéticamente, a un ser supremo y para un ser supremo que actúa libremente, sin pedirnos parecer, la continuación o el fin de la especie humana son acontecimientos igualmente posibles. En cuanto a las teorías biológicas, si la guerra es un hecho natural inherente a la propia estructura y finalidad de la naturaleza nada podría objetarse a una teoría que considerara la guerra atómica un acontecimiento capaz de inscribirse en esa estructura, y la destrucción de la humanidad un hecho atribuible a esa finalidad. Obsérvese que las cauro teorías que hemos examinado en los párrafos anteriores son el resultado de una evaluación moral de la guerra; por el contrario en las teorías biológicas la guerra no se evalúa, sencillamente se constata; la guerra es un hecho, tanto la tradicional como la termonuclear. Y cómo hecho puede someterse a un mero juicio de la realidad de necesidad o de posibilidad; no hay duda de que la guerra termonuclear es, por lo menos, un acontecimiento posible (aunque hasta ahora no haya sido real y no existan pruebas suficientes para afirmar que es necesario). No importa ahora que las teorías evolucionistas, inspiradas por un optimismo superficial, leyeran en el futuro de la humanidad la desaparición gradual de la guerras y no su agravamiento , no hablo aquí de esas teorías tal y como se defendieron en realidad, sino de las consecuencias que cabe deducir de sus premisas.

La común a estas dos teorías la teológica y la biológica, es que extraen las guerras del terreno de los acontecimientos directos o controlados por el hombre la primera las interpreta como un *acto divino*, y la segunda como un *hecho natural*, pero ambas intentan explicarlas al margen de cualquier fin deseable para el hombre. Por el contrario, las cuatro teorías precedentes intentan justificar la guerra como un *hecho humano* que se cumple conforme a fines deseables, ya sean estos la conservación de la vida la defensa de valores supremos como la libertad, el honor o el bienestar, el progreso histórico, el desarrollo de la ciencia o el aumento de la virtud. Brevemente, las primeras tratan de justificar la guerra como acontecimiento posible (o necesario), y por tanto posible con mayor razón); las segundas intenta hacerlo como acontecimiento deseable. Esta diferencia explica bastante bien, a mi parecer, por que las primeras no se ven menoscabadas desde la perspectiva de la guerra termonuclear mientras que las segundas quedan invalidados por completo. La guerra termonuclear no permite proponer todos los fines deseables que justificaría moralmente una guerra normal. De ahí que estas teorías necesiten mudar radicalmente de sus criterios de evaluación mediante una <<inversión de valores>> (por ejemplo) afirmando que el no ser es preferible al ser) y con ello, se suprima a si mismas o repudien la guerra futura por ser tan distinta a la tradicional que se vuelve injustificable,

CONCLUSION

Los que están convencidos de que no hay que hacer guerra y, coherentemente se niegan a llevar armas, reciben el nombre de objetores de conciencia. En otros términos, los objetores de conciencia son aquellos que no están dispuestos a aceptar ninguna de las justificaciones propuestas en el primer grupo, por tanto, rechazan las definiciones de la guerra como bien, como mal necesario o como mal menor y la consideración de que ciertas guerras son buenas (teoría de las guerras justas), y sostienen que la guerra es incondicionalmente un mal absoluto.

Si reflexionamos sobre lo dicho hasta aquí, es decir, sobre el echo de que ante la guerra termonuclear no podemos defender ciertas teorías tradicionales para justificar la guerra estamos obligados a reconocer que se trata de un mal absoluto debemos admitir –y esta es la conclusión a la que quería llegar- que ante la perspectiva de una nueva guerra, al menos en potencia *todos somos objetores*. De forma mas sencilla y directa: la objeción de conciencia significa el rechazo a llevar armas. Cuando en el concepto de arma se incluye hoy una bomba que, como es sabido, tiene por si sola un poder explosivo superior a todas las que cayeron sobre Alemania en la ultima guerra, es licito preguntarse si llevar armas no se ha convertido ya en un problema de conciencia para todos.

El camino es abrupto y no tenemos la seguridad de que pueda conducirlo a la meta. Pero sabemos que, por retomar el pensamiento de pascal ninguna otra vía nos salvara de correr despreocupados hacia el principio.

¿HAY FUTURO PARA LA PAZ?

UNA PREGUNTA DIFICIL

La pregunta : <<¿ Hay futuro para la paz ? >> es difícil ; no obstante deberemos responder antes a ciertas preguntas parciales, afortunadamente mas fáciles.

Ante todo ¿Qué entiendo yo por paz? Entiendo un estado de ausencia de guerra en tanto que <<enfrentamiento violento continuado y duradero entre grupos organizados>>. Una definición de esta clase comprende tanto la guerras internacionales o exteriores como las internas o civiles, así como la guerrilla, que es interna y externa al mismo tiempo, esta precisión es indispensable porque existen movimientos por la paz como el que promueve Johan Galtung, para los que la paz no solo implica la ausencia de guerra, sino también algo mas: la no violencia. Por el contrario, la guerra, desde el punto de vista de la doctrina filosófica y del sentido común, es una sola de las formas –aunque la mas radical- con que se manifiesta la violencia en el mundo la eliminación de la guerra entendida en sentido restrictivo no implica en absoluto la eliminación de la violencia ene. Mundo , sino sencillamente su limitación, o mejor aun, la eliminación del empleo de la violencia continuada entre grupos organizados.

En segundo lugar, la pregunta sobre el futuro de la paz se formula de modo que nos permite suponer que la paz se tiene por un bien y la guerra por un mal; en otras palabras, que la eliminación de la guerra es un hecho deseable. Debo admitir que la paz Es un bien, aun a sabiendas de que la identificación de la paz, con el bien y de la guerra con el mal ha sido durante siglos un problema que ha ocupado a filósofos, teólogos y juristas. Baste pensar en la distinción entre guerras justas y guerras injustas de la que se desprende lógicamente que si una guerra es justa la paz alternativa no lo seria. De modo que damos

aquí por sentado que la paz es un bien, sobre todo porque con el aumento vertiginoso de la potencia de las armas la distinción entre guerras justas e injustas, guerras ofensivas y guerras defensivas se hace cada vez mas labil.

En tercer lugar, la pregunta parece sobrentender que en paz cuyo futuro quiere conocerse es la paz universal, es decir, la de todos con todos, que es exactamente lo contrario de la famosa guerra de todos contra todos *bellum omnium contra omnes* del estado de naturaleza hobbesiano. Es una pregunta que se sitúa en la misma línea de los proyectos de paz perpetua que aparecieron en el siglo XVIII, entre ellos el mas celebre el de Kant. No obstante, convendría recordar por lo menos dos diferencias. Por paz universal se entendia entonces la paz entre las potencias europeas, por tanto entre un numero muy limitado de estados, mientras que hoy no se puede comprender sino como la eliminación de las relaciones de guerra entre todos los estados del mundo, lo que, como habréis comprendido, complica endemoniadamente el problema. En segundo lugar, durante el siglo XVIII vacuo aquella concepción optimista de la historia que habría de desarrollarse en el XIX y que sobrevivió al menos hasta la Primera Guerra Mundial, a medida que la humanidad se encaminaba inexorablemente hacia una sociedad libre, justa y pacifica. A la famosa pregunta de si el genero humano se halla en constante progreso hacia lo mejor. Kant respondía afirmativamente. Y de igual modo respondieron en el siglo pasado Hegel y Marx Comte y Spencer marxistas, positivistas, idealistas y materialistas. Se trata de un problema que yo mismo he abordado varias veces llamado <<pasiva>> a esta forma de pacifismo porque se creía que la paz llegaría sola, por la fuerza de los hechos. Hoy, sin embargo, si queremos la paz nos encontramos frente a la necesidad de construirla.

Finalmente, la pregunta <<¿Hay un futuro para la paz?>> puede estimular tanto una profecía como una previsión. La diferencia esta en que la profecía es categórica, y la previsión, hipotética. El profeta declara <<Yo os aseguro que esto ocurrirá (o no ocurrirá).>> el previsor afirma: << si ocurre esto o lo otro, entonces se producirá (o no se producirá)>>. No pretendo decir que las provisiones hayan conocido mas éxitos que la profecías. En realidad muchas supuestas provisiones son solo profecías equivocadas. Como la famosa caída del capitalismo según la previsión, supuestamente científica, de Marx. Sin embargo son muchas las profecías que han sabido acertar, entre ellas la famosa de Tocqueville sobre la dominación del mundo por dos naciones, Estados Unidos y Rusia

NECESIDAD E IMPOSIBILIDAD DE LA PAZ

Una vez establecidas estas premisas, podría reformular la pregunta que he de responder del siguiente modo <<¿Es deseable la eliminación de la guerra como forma de resolver los conflictos entre todos los estados de la tierra?>> Formulo el problema en forma de paradoja para obligaros a reflexionar sobre la gravedad y la dificultad del problema del siguiente modo: la paz es hoy necesaria e imposible al mismo tiempo. No hay necesidad de ser versados en la lógica de las modalidades para comprender que los dos términos son antitéticos. Lo que es necesario, debe ser posible, y lo que es posible no puede ser posible. Dicho de otra manera: la necesidad implica la posibilidad y la posibilidad excluye la imposibilidad. Brevemente, los acontecimientos no pueden ser necesarios e imposibles al mismo tiempo, pero pueden ser innecesarios e imposibles si se admite un *tertium quid*, la contingencia.

Plantear el problema de la paz universal de forma paradójica sirve únicamente para mostrar el dramatismo existencial, no solo histórico, del problema. Lo que es lógicamente

contradictorio, no lo es, ni tiene por que serlo, también existencial históricamente. El plano lógico existencial o histórico de distintos, no puede superponerse. Pero y también es en un largo discurso que deberíamos desarrollar en otro lugar. Me limito a una cita autorizada que confirma la paradoja he leído en un reciente discurso que Gorbachov que el 95% del armamento nuclear podría ser eliminado de Estado Unidos a la Unión Soviética sin alterar en lo mas mínimo el equilibrio de sus fuerzas. Entre paréntesis, llamo vuestra atención sobre el significado de que no hayamos dado cuenta después de cuarenta años de que el 95% de armamento que ha costado miles de millones, que haya llegado a ser perfectamente inútil. Se trata de un argumento definitivo contra la estrategia de la disuasión nuclear generadora como dice Gorbachov, de una <<lógica delirante >> <<lógico>> y <<delirante>> son términos habitualmente antitéticos; lo que es lógico no es delirante, y lo que es delirante no es lógico. Se trata, por otra parte, de una expresión que se utiliza sin que nos perturbe en absoluto la contradicción que lleva implícita. Prueba evidente de lo que acabo de decir sobre la diferencia de los planos entre lógica que rige en el mundo de las ideas y de las proposiciones, y la vida, que por paratrasear una celebre de Pascal <<se burla de la lógica.

He dicho ya que la paz es necesaria, y no es necesario emplear muchas palabras en ello. Hoy, el aumento de la potencia destructora de las armas es tal que una guerra librada con ellas tendrá consecuencias mortales no solo para quien las empleara, sino para toda la humanidad. Inútil recurrir a datos que hemos oído mil veces y que llenan libros sobre el argumento que, a su vez podrían completar una biblioteca entera.

He dicho que la paz es imposible, ¿Por qué los es? Esto requiere un explicación mas extensa. Digo que la paz es imposible porque, al menos hasta ahora mismo, faltan todas huellas condiciones que podría posibilitarla. Hablo de <<condiciones>> porque quien prefiera la bata de laboratorio al manto sacerdotal del profeta solo puede responder a la pregunta mediante una hipótesis.

Comienzo por una condición puramente negativa; la paz solo es posible entre dos sujetos que no se consideren respectivamente enemigos. Enemigo es aquel al que se aplica el principio *mors tu avita mea* . Enemigo es aquel con el cual no se puede resolver el conflicto mas que con la victoria. Mientras existe la relación amigo-enemigo la paz es solo un tregua Atenas o Esparta, Roma o Cartago (cuando la Roma venza, no deberá quedar de Cartago piedra sobre piedra) por hablar de nuestra época; Israel o Palestina, Irán o Irak.

Hoy, en el actual estado de las relaciones entre las dos grandes potencias de las que depende la paz universal. ¿ podemos decir que no son de enemigo a enemigo? ¿ No se presentan todavía sus respectivos sistemas políticos y económicos como recíprocamente incompatibles? En un congreso por la paz en el que participaban delegados de distintos países, yo mismo, con mis podios oídos, he oído decir a un representante autorizado de Estados Unidos que la máxima mas inteligente de la estrategia americana es todavía - estábamos en Roma donde la cita latina podía parecer particularmente oportuna- <<si vis pacem pani bellum>> Inútil decir que esta máxima expresa cumplidamente la relación entre los dos sujetos que se consideran recíprocamente enemigos, y entre los cuales no exciten relación pacífica alguna que no fundamente en el temor.

¿EXISTEN LAS CONDICIONES?

las condiciones positivas requerían un discurso mas amplio. Para mi son esencialmente tres. Me limitare a apuntarlas brevemente. La primera es un pacto de no agresión que consiste en un compromiso mutuo por parte de los contrayentes –individuos, grupos o

naciones- para excluir el recurso a la violencia en sus relaciones reciprocas. Semejante compromiso en la antitesis perfecta de las relaciones entre individuos en estado de naturaleza según la hipótesis hobbesiana, en la que no hay norma alguna que excluya el uso de la violencia para solucionar los conflictos.

La segunda condición es un pacto de nivel mas alto que ya no consiste en no hacer (<< de ahora en adelante no volveremos a agredirnos>>) sino en hacer; un pacto por el que los propios contrayentes se ponen de acuerdo para establecer normas generales son las que solucionar pacíficamente los futuros conflictos. Una construcción democrática es precisamente un conjunto de normas por las cuales los conflictos sociales se resuelven con medios pacíficos, que pueden ser acordados por las partes lo que permite llegar a un compromiso (en cuyo caso, la decisión se toma por unanimidad) o, cuando la humanidad no es posible porque los contrayentes son muchos, conforme al principio de la mayoría. Defino la democracia, de la forma mas sencilla y comúnmente aceptada, como aquel conjunto de normas que permite resolver los conflictos de intereses y de principios entre varios sujetos sin necesidad de recurrir al empleo de la fuerza.

La tercera condición surge de considerar que los dos pactos, el de no agresión y el que permite transformar el estado polémico (de conflictividad violenta) en este agónico de (conflictividad no violenta) pueden ser violados, y por tanto la prohibición de recurrir a la fuerza reciproca, si ha de valer, valdrá también la en el caso de que uno u otro de los pactos anterior, o ambos, sean violados. Esto significa que la prohibición de recurrir a la fuerza debe valer no solo para solucionar los conflictos primarios, sino también el conflicto secundario que puede surgir del incumplimiento de las normas determinadas para la solución de los conflictos primarios. Esta ultima condición requiere un poder común, el que según hobbes y los contractualistas permite pasar del estado de naturaleza al estado civil. Un poder común por encima de las partes requiere la presencia de un Tercero, presupone, pues, el paso de una situación de tercero excluido a otra del tercero incluido.

La figuras del Tercero son varias; la primera es la del mediador, que se limita a poner en contacto a las partes en conflicto sin intervenir en la solución; la segunda es la del arbitro que no solo pone en contacto a las partes si no da la razón a una y otra dado que las partes han comenzado por declararse dispuestas a acatar las decisiones que tome; la tercera es la del juez , autorizado a intervenir para resolver el conflicto, y por tanto *super partes* por pleno derecho finalmente, la cuarta es la del soberano en el sentido clásico de la palabra, que no solo tiene el poder de juzgar sino también el de obligar por la fuerza a acatar la decisión (*el jus Gladis*). El hecho decisivo para la superación del estado de naturaleza es el pacto inicial de no agresión, según el cual las partes renuncian al empleo de la fuerza, pero la finalidad ultima del pacto solo se alcanza cuando la prohibición de recurrir a la fuerza reciproca esta garantizada por la constitución de un poder superior.

Comparando estas condiciones con la situación actual del sistema internacional, podemos constatar que con la creación de las Naciones Unidas se han realizado ciertamente los dos primeros pactos. *La carta de las Naciones Unidas* ha sido el resultado de la conciencia, encarnada por las grandes potencias vencedoras de que se necesitaba un pacto de no agresión que comprendiera potencial y duraderamente todos los estados de la tierra , ha diferencia de lo que había ocurrido antes cuando las alianzas habían sido siempre parciales, con exclusión de algunos estados y no duradera, aunque a veces se llamaran <<grandes>> o <<santas>>. En segundo lugar, los principios que inspiran la *carta* son los del segundo, pacto, que habría debido permitir, también en el futuro <<lograr con medios pacíficos y de conformidad con los principios de l justicia y del derecho internacional la

composición y la solución de las controversias que podrían llevar a una violación de la paz>>.

Por el contrario, en cuanto a la tercera condición que parecía netamente indicada en el mismo artículo con estas palabras «adoptar eficaces medidas selectivas para prevenir las amenazas a la paz y para reprimir los actos de agresión y otras violaciones de la paz», *la carta de las Naciones Unidas* dio un enorme paso adelante respecto a los pactos precedentes incluido el *pacto de la sociedad de la Naciones* (no es casualidad que las trece colonias de la América del Norte emplearan también la palabra «unidas») con los artículos 42 y 43 que atribuyen al Consejo de Seguridad del poder «emprender todas las acciones necesarias para mantener y restablecer la paz», incluso mediante el compromiso de los miembros de poner a disposición del propio consejo de fuerzas armadas suficientes para lograrlo. Quede bien claro que no se trataba aun de establecer un poder común, pero ya se expresaba la nueva conciencia de la vía obligada para alcanzarlo. Sin embargo estos artículos se han aplicado cada vez menos, y los expertos se preguntan «¿Han caído ya en desuso?»

LA AMBIGÜEDAD DE LA HISTORIA

Frente a la ausencia o la insuficiencia de la tercera condición ha reaparecido el antiguo sistema de equilibrio, vale decir el sistema en el que la paz queda garantizada exclusivamente por el temor recíproco. Las relaciones entre las dos grandes potencias se desarrollan en la actualidad en un sistema de equilibrio más o menos como lo hicieron durante los siglos las potencias europeas. Sin en otra época la relación entre los sujetos reales del sistema internacional se llamaba equilibrio de las potencias, hoy se denomina equilibrio del terror, donde solo ha cambiado, para aumentar, la potencia de las armas, pero no la razón del equilibrio que es siempre el temor recíproco, característico, según la hipótesis hobbesiana del estado de naturaleza.

Con esta consecuencia : lo que hoy caracteriza el orden internacional es que el sistema tradicional del equilibrio ha sobrevivido, o continúa sobreviviendo, junto al nuevo sistema, o por encima de él, que ha producido la exigencia de las Naciones Unidas cuya meta era precisamente escribir la palabra «fin» en el sistema de equilibrio. El choque entre los dos sistemas paralelos e incompatibles entre sí puede esclarecerse mediante la distinción bien conocida por los juristas entre legitimidad y efectividad. El nuevo, es decir, el sistema de las Naciones Unidas es legítimo gracias al consenso tácito o expreso de la mayor parte de los miembros de la comunidad internacional, pero tiene una eficacia muy escasa. El antiguo, es decir, el sistema de equilibrio continúa siendo eficaz aunque perdido toda legitimidad, respecto a la letra y al espíritu del estatuto de la Naciones Unidas.

Concluyo: es imposible prever cuál de los dos sistemas está destinado a predominar. En este punto, la previsión se transforma en profecía si se quiere responder afirmativamente a la pregunta que se me ha planteado. He dicho que la previsión se funda exclusivamente en el vínculo entre una condición, o una serie de condiciones y de sus consecuencias. He demostrado cuáles de estas condiciones pueden considerarse realizadas y cuáles no. En todo caso la experiencia histórica enseña que mientras prevalezca el sistema de equilibrio, la paz será, como ha sido siempre, una tregua entre guerras, pero, de un lado la experiencia histórica no es constrictiva o necesaria, de otro, no se excluye que el proceso de democratización del sistema internacional venza el desafío. La historia humana es ambigua y ofrece repuestas distintas según quien la interpreta.

ESTEFANIA, Joaquín (2002) “¿ Hemos entrado en una especie de <economía del miedo>”; “Hablemos ahora del peligro de un <autoritarismo democrático...>”; en: Hij@ ¿ Que es la Globalización? México, Editorial Siglo XXI-UNAM, pp.177-178; 179-204.

¿Hemos entrado en una especie de <<Economía del miedo>>?

Supongo que nos referimos a los países desarrollados y, en parte, a los países emergentes. O, menos, a los ciudadanos satisfechos de todo el mundo, por que los otros, los subdesarrollados, los olvidados, los excluidos, de todo tipo de protección social (el 80% de la población mundial) ya Vivian antes de estas recesiones y de estos conflictos bélicos en una *economía del miedo*. Pero si, nosotros estamos de repente en una *economía del miedo*, en la seguramente gastaremos menos y saldremos menos de la casa. Los expertos temen una ola de proteccionismo que reduzca los bienes de la globalización y aumente sus efectos mas negativos. Una marcha atrás. Hay un peligro igual de grave que en una globalización financiera desequilibrada y generadora de gigantescas desigualdades: la vuelta al pasado. Debemos estar preocupados porque un replanteamiento del modo de vida conlleve menos comercio, menos inversión o menores desplazamientos de las personas, elementos asustadizos ante el repliegue de la política o de la economía es muy posible que si esta situación se prolonga, el trafico transfronterizo entre personas disminuya, el transporte de bienes será mas costoso y, por tanto, menos dinámico; y los intentos por controlar el lavado de dinero afectaran a los flujos de capital

Hablemos ahora del peligro de <<autoritarismo democrático.>>

Los atentados terroristas han cambiado las prioridades, la agenda política de los gobernantes y de los ciudadanos. Y por tanto, también han de transformar la de los movimientos antiglobalización. Otra vez en la historia de pone en marcha esa dialéctica tan peligrosa entre la libertad y la seguridad, en la que se arriesga el equilibrio entre uno y otro concepto, lo cual pone en cuestión el propio sistema democrático. La psicosis del temor en Estado Unidos, y luego en el resto de las sociedades europeas, ante un enemigo tan indefinido y difuso como el terrorismo global, ha sido tan grande que el riesgo consiste en que la balanza se incline hacia un supuesta hiperseguridad al precio de una infralibertad.

Como no hacer analogías y acordarnos de la etapa de macartismo. Como no pensar en todo los heterodoxos y críticos del sistema, y no solo en los terroristas , concepto al mismo tiempo tan concreto y tan ambiguo, según Bruce Hoffman, autor del libro *A mano armada* sobre el terrorismo internacional, en EE UU hay tres definiciones legales sobre el terrorismo, según el código Penal, se trata de la <<violencia premeditada y políticamente motivada contra objetivos no combatientes, cometidos por grupos internacionales o actores clandestinos, habitualmente pensados para influir en un publico>>. EL FBI afirma que es el <<uso ilegítimo de la fuerza o la violencia contra personas o propiedades para intimidar y coaccionar a un Gobierno, a una población civil o cualquier seguimiento de esta, para la consecución de objetivos políticos y sociales>>. La definición del departamento de Defensa es muy parecida: <<Uso ilegítimo o amenaza de la fuerza o violencia contra individuos o

propiedades para coaccionar o intimidar a los gobiernos y a las sociedades, a menudo para obtener objetivos políticos, religioso o ideológicos.

En el caso europeo, hasta antes de 11 de Septiembre del 2001, el terrorismo solo estaba tipificado como delito concreto en seis de los 15 miembros de la Unión Europea (España, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Alemania, e Italia), y aun así no son muy coincidentes. En Gran Bretaña, uno de los países mas castigados por el terrorismo, este es <<el uso o amenaza de uso de acciones violentas contra personas o propiedades con el propósito de apoyar a una causa política, religiosa o ideológica>>; el embajador británico ante la ONU, Jeremy Greenst, decía inmediatamente después de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono: <<lo que parece, huele y mata como el terrorismo, es terrorismo>> . en el Código Penal Español, el país europeo mas afligido por la plaga terrorista, se explica que los delitos terroristas son los que se cometen perteneciendo, actuando o colaborando con bandas armadas, organizaciones o grupos cuya finalidad sea la de subvertir el orden constitucional o alterar gravemente la paz publica>>. Después de un debate en el parlamento Europeo, los consejos de ministros de Justicia e Interior de la UE concesuraron, en diciembre del 2001, una definición de terrorismo: el delito de terrorismo, según los Quince, es aquel que pretende <<intimidar gravemente a una población u obligar indebidamente a los poderes públicos o a una organización internacional a hacer o abstenerse de hacer algo, o a desestabilizar gravemente o destruir las estructuras fundamentales políticas, constitucionales, económicas o sociales de un país o una organización internacional>>. Actos terroristas son los atentados contra la vida o la integridad física de las personas y el secuestro así como los que pretenden <<causar destrucciones masivas en una instalación gubernamental, o publica, en un sistema de transporte, en una infraestructura ... en un lugar publico o en una propiedad privada, susceptible de poner en peligro vidas humanas o producir perdidas económicas considerables>> Un grupo terrorista es definido como <<la asociación estructurada de mas de dos personas que actúa de forma concertada para cometer delitos terroristas>>

Cuando se leen editoriales como el citado del *Wall street journal*, u opiniones como la ya reproducida de Jean Francois Revel, de diente el escalofrió de pensar que alguien pueda dar algunos pasos mas allá y generalizar tanto que situé entre los sospechosos a algunas minorías criticas con el sistema, a cualquier conciencia critica que , por ejemplo, insinué un contexto histórico para la atrocidades recientes que, según los nuevos justos, equivalga a justificarlos: quien este con nosotros no lo hace; quien lo hace esta contra nosotros. Ya ha ocurrido en otro momentos de la historia. ¿Qué fue, si no, el macartismo? ¿No pueden ser esos sospechosos los partidarios de una globalización alternativa, como ya han sugerido algunos medios de comunicación de extrema derecha?.

El debate político, acosado por una necesidad urgente –combatir el terrorismo global, en este caso-, deja poco espacio a la reflexión intelectual que, por su naturaleza. Debe ser sosegada. Y en el capitulo del terrorismo no solo esta el grupo de Bin Laden y su organización AL Qaeda, cuya acción ha sido un crimen contra la Humanidad, sino Ruanda, Chechenia, Palestina y, por supuesto, también ETA y el país Vasco. Deben recordarse y citarse todos los terrorismos.

También en esta coyuntura la libertades publicas deben ser defendidas, y protegerse los derechos de las minorías. En el clima de miedo actual, la opinión publica americana (los dos grandes partidos están de acuerdo en sobreprimas la seguridad sobre la libertad) coincide en limitar las libertades publicas en nombre de la seguridad nacional. Según un sondeo publicado en *The Washington post* un día después de los atentados, dos de cada tres

personas estaban dispuestas a abdicar de algunas de sus libertades en la lucha contra el terrorismo; la mayor parte de los americanos se mostraban partidarios de limitar la libertad de expresión de los medios de comunicación. Una libertad de expresión que llega incluso hasta el derecho de ensalzar la violencia, pero también la protección de la vida privada contra las instrucciones de estado (también para los sospechosos) y el derecho a una justicia justa, valga la redundancia, y equitativa. Del clima generado en EE UU da idea la crónica enviada por el corresponsal de *El País*, Enric Gonzalez, el 2 de diciembre de 2001 – es decir pasadas las convulsiones mas sentimentales de los atentados- y titulada <<Los norteamericanos nos apoyan a las restricciones impuestas por Bush por la lucha antiterrorista. La Casa Blanca se ha hecho intocable ante un Congreso empequeñecido y sin disidencias>>. Escribe Gonzalez <<La marea del 11 de septiembre lo arrasa todo. Los estadounidenses parecen haber entregado un cheque en blanco a George W. Bush para que haga la guerra al terrorismo como sea y donde sea, y el presidente y su Gobierno hacen un uso intensivo de ese respaldo, sin condiciones. El fiscal general, John Ashcroft, que deberá comparecer dentro de unos días ante el Congreso para explicar medidas tan discutibles como la creación de tribunales militares o las detenciones indiscriminadas de extranjeros, ha desafiado a los parlamentarios críticos: “ son voces minoritarias y negativas, ahogadas por el clamor del publico” . Hace menos de un año George W. Bush era un presidente elegido por los pelos, con menos votos que su adversario y sin un mandato claro, John Ashcroft era un político acabado, derrotado por un cadáver (su rival en las elecciones al senado por Misuri murió en plena campaña y su viuda, una ama de casa gano el escaño) y denostado por su historial racista y ultraconservador. Hoy Bush es el presidente con mas poder y popularidad desde Franklin Delano Roosevelt y Ashcroft se permite mofarse de un Congreso empequeñecido ante una Casa Blanca de tamaño imperial. Ashcroft convenció al senado para que aprobara su paquete de medidas antiterroristas, con el argumento de que le permitirían detener “ de forma inmediata” a “varios terroristas peligrosos” . El senado acepto endurecer pensar y ampliar los poderes policiales. Rechazo, sin embargo, las detenciones ilimitadas que reclamaba el fiscal general. Por el momento, que se sepa Ashcroft no ha detenido a ningún “ terrorista peligroso”. Pero ha echado mano de las normas administrativas sobre inmigración para burlar al senado y mantener en prisión indefinida a cientos de ciudadanos extranjeros [...] Miembros del Comité Judicial del Congreso le reclamaron que hiciera públicos al menos, los nombres de los detenidos. Ashcroft se negó, con el argumento de que eso “perjudicaría la investigación”. La frustración parlamentaria con Ashcroft es inmensa, pero muy pocos senadores y representantes se atreven a expresarla de forma abierta. Todos los sondeos demuestran que la opinión publica esta con Bush y con Ashcroft. Uno de cada cuatro estadounidenses incluso considera que no se actúa con dureza suficiente y que son necesarias mas restricciones de los derechos civiles. La población negra, que antes del 11 de septiembre se indignaba ante el hecho de que su raza bastara para suscitar las sospechas policiales, apoya aun mas que la población blanca (75% contra 64%) que se interroga sistemáticamente a los ciudadanos de origen árabe. “Los afroamericanos parecen decir que todo esta bien si los perseguidos no son ellos”, admite Earl Ofari Hutchinson, presidente de la Alianza Nacional para la Acción Positiva. “ el 11 de septiembre lo ha cambiado todo”, agrega y “el peligro es inmenso: cuando todo esto haya pasado, ¿ como daremos marcha atrás para que la discriminación racial vuelva hacer vista como algo perverso ?. no hay dique contra la marea. El jefe de policía de Pórtland (Oregon), Mark Kroeker, se convirtió en un héroe para los defensores de los derechos civiles cuando se negó a practicar los interrogatorios a los

emigrantes musulmanes ordenados por Ashcroft, por considerarlos discriminatorios. Pero el Ayuntamiento de Portland ha recibido millares de protestas por la decisión de Kroeker. “Consideramos que Oregon se ha convertido en un refugio de terroristas”, decía un mensaje. “Me da vergüenza ser de Oregon” decía otro. “Portland esta adquiriendo mala fama en todo el país”, admitió un portavoz municipal. Las detenciones masivas de extranjeros reciben el aplauso del publico, y Ashcroft presume de ellas: “ Estamos sacando de nuestras calles a presuntos terroristas que violan la ley”, declaro [...]. Las “Violaciones de la ley” son normalmente, muy menores. Un turista español, A. F. N. de 45 años, ha pasado ya mas de un mes en prisión por que su visado esta caducado. En otros casos un hubo infracción alguna. Osama el Fat, un egipcio de 30 años, mecánico de aviación fue detenido en Misuri por que un compañero de trabajo lo denunció al FBI como “ un musulmán extranjero con acceso al aeropuerto”. Tras dos meses en la cárcel, su abogada acepto, como mal menor, que le deportaran a Egipto; la alternativa era seguir en prisión, sin otra acusación que la de ser quien era y estar donde estaba>>.

Muy didáctico. La pregunta consiste en saber si en cuestión de libertades el planeta va a ser el mismo que antes del 11 de septiembre o como se ha dicho el intelectual reaccionario Paul Jonson, se ha terminado la sociedad permisiva; es necesario saber si el poder va a sentirse obligado a pasar por encima de los derechos ciudadanos, a todos los niveles, mientras la opinión publica, bajo el fragor de la indignación de los miles de victimas de los aviones suicidas, aplaudirá con las dos manos y premiara electoralmente a los mas duros .

En EE UU algunos medios de comunicación y las asociaciones preocupadas por los derechos civiles han recordado coyunturas históricas, como el gran miedo a los *rojos* de los años 1919-1920 –los posteriores a la revolución bolchevique en la Unión Soviética- cuando J. Edgar Hoover hacia sus armas cerca del secretario de justicia A. Michel Palmer; Hoover se encargo de las deportaciones masivas de numerosos <<revolucionarios subversivos>> y, en recompensa, pronto llego a la dirección del FBI. La guerra contra el terrorismo podría retrotraernos a la época en que un joven senador de Wisconsin, un tal Joe McCarthy fue imprudentemente llevado a las nubes de la popularidad por la mayoría de la población y una parte no desdeñable de la prensa. Incluso una publicación tan poco sospechosa de apasionamiento como el *webster's america Biographies*, subraya que <<sus ataques difamatorios contra personas no eran solamente inocentes sino también sin defensa han dado lugar al termino *macartismo*>>

¿Cómo definir el justo medio entre libertad y seguridad, sin crear, además, dos campos nuevamente irreconocibles entre los libertarios y autoritarios? otra publicación poco sospechosa de la critica al sistema del capitalismo americano, la británica *The economist*, decía en una editorial post-ataentados que las leyes de excepción son aceptables en los países libres con dos cauciones centrales: que su duración sea limitada y que sean sometidas a la tutela parlamentaria y no frutos del ejecutivo; que los atentados son <<ataques contra la libertad>>, pero también a <<expensas de la libertad>>. Y que limitar la libertad es cavar el trabajo de los terroristas.

Intelectuales cercanos a la globalización alternativa se remueven inquietos ante el futuro de la misma. No les parece imposible la hipótesis de una moderna versión del macartismo que tome como un objetivo a <<los antiglobalización>>. Unos se preguntan hasta que punto el modelo de globalización vigente (la globalización neoliberal), con las enormes fracturas y desequilibrios que ha generado, junto con la fecha de compromiso de la comunidad internacional en la prevención y resolución de conflictos –el control del trafico

de armas, la lucha contra la pobreza y la exclusión ...-, no ha favorecido en el caldo de cultivo en el que creen los integrísimos violentos. El artículo citado, John Le Carre explicaba: «¿Nadie se acuerda ya de la protesta contra lo que se consideraba colonialismo económico de G-8 (los siete países mas ricos del mundo mas Rusia)? ¿O entra el saqueo del Tercer Mundo por las incontrolables multinacionales? Praga, Seattle y Génova nos mostraron turbadoras escenas de cabezas rotas, vidrios rotos, violencia callejera y brutalidad policial. Blair estaba profundamente impresionado. Pero el debate siguió siendo valido hasta que se ahogo en la ola de patriotismo, hábilmente explotado por EE UU. Mencione hoy Kioto y se arriesgara a ser tildado de antiamericano...». Insinuar un contexto histórico para las atrocidades recientes lo decíamos antes, equivale a justificarlas. ¿No suena mucho antes McCarthy todo eso? Enemigos de la Humanidad son también la pobreza, el hambre, la tiranía, las drogas, las guerras incontroladas, la intolerancia racial y religiosa...

Esta posición esta cercana a la de aquellos que sin justificar las acciones terroristas, dicen «ser norteamericanos pero...». Según ellos, EE UU debe preguntarse porque tanto odio contra ellos, hacer un examen y una critica del poder estadounidense; el motivo de tan salvaje atentado seria la propia política de EE UU, que construye su bienestar sobre la estabilización del reto del mundo, ignorando los interés de otros pueblos, profundizando el abismo entre ricos y pobres, el propio Bin Laden y otros como ele fueron creados como armas para luchar contra los soviéticos en el final de la guerra fría; el que siempre vientos recoge tempestades. Un intelectual europeo describía así su punto de vista: «Estados Unidos descubre ahora la realidad de las masacres de inocentes que sufren los palestinos, kurdos, indonesios, panameños, yugoslavos, iraquíes, y tantas otras poblaciones civiles golpeadas por la violencia ciega. No se guardaron tres minutos de silencio cuando se descubrió el genocidio de Ruanda. ¿Quién es el culpable?» Hasta el propio presidente del Banco Mundial ,James Wolfenshon, que escribe sobre el reto de acabar con el terrorismo y la pobreza afirma que «la pobreza en si misma no conduce inmediata y directamente al conflicto y mucho menos al terrorismo [...]. Y sin embargo sabemos que la exclusión puede engendrar un conflicto violento». Una meticulosa investigación. Prosigue el banquero, nos dice que las guerras civiles son a menudo consecuencia no tanto de la diversidad étnica (el habitual chivo expiatorio) como una mezcla de factores, de los cuales la pobreza es un ingrediente básico. Y los países en conflicto devienen en refugios seguros para los terroristas

Y sin embargo, el terrorismo como bien sabemos los españoles, tiene referencias autónomas. El recorte de libertades es uno de los daños colaterales mas graves de este conflicto. Aceptar la limitación de libertades para combatir el terrorismo global es algo muy peligroso por la propia vocación del poder. Los valores democráticos deben mantener el equilibrio y no destruir aquellos que son fundamentales para luchar contra el terrorismo. Si acabamos con esos valores habrán ganado los terroristas, que se presentan como los máximos enemigos de una globalización alternativa porque amenazan las décadas del progreso mundial, económico político y social a pesar de la limitaciones que hemos denunciado. Para los fundamentalistas islámicos, la autentica globalización representa una intolerable secularización de la sociedad; la globalización depende de la apertura de fronteras y comunicaciones, algo que pone en riesgo un mundo amenazado por el terrorismo.

La primera política que ha caído en esta batalla ha sido la de «puertas abiertas». Son notorias la limitaciones a la emigración en la globalización realmente existente, pero a

partir de ahora habrá mas y por motivos mas estratégicos que económicos. Estado Unidos, país de emigrantes, ha anunciado draconianas restricciones migratorias para protegerse de ese enemigo desconocido, el terrorista, que puede llegar disfrazado de hombre de negocios, turista o estudiante. En el 2000 se contabilizaron 540 millones de centradas a EE UU. El plan es asignar a todos los extranjeros un código de barras conectado a un ordenador central desde el que se puedan seguir sus movimientos; al llegar a las aduanas se procesaran las huellas digitales, pasando la palma de la mano por una pantalla. Otra propuesta amplia ese tipo de control biométrico para analizarse, por ejemplo, los rasgos faciales, enviándolos a una base central de datos donde se comparan con los terroristas sospechosos y otras categorías excluidas de la lista de bienvenidos. Antes de expedir un visado. Bush ha pedido a los consulados americanos que hagan una radiografía al solicitante: pasado delictivo, afiliaciones sospechosas (¿ que son afiliaciones sospechosas?), discernir sus intenciones. ¿Se acuerdan de las palabras de Stefan Zweig del inicio de la conversación ¿ «Hemos estado educando a los individuos que luego vuelven a Irak para desarrollar el programa de armas nucleares. De hecho, hemos educado a personas que dirigen la Yihad Islámica», declara en la prensa un alto cargo de la Administración de EE UU. De todos estos potenciales perdedores, ninguno va a serlo tanto como los mexicanos, ya que, solo días antes de los atentados. Bus había prometido al presidente de México, Vicente Fox, regularizar la situación de unos tres millones de ilegales, instalados en territorio estadounidense.

El autor del libro *Terrorismo, política y derecho*, el catedrático de Derecho Constitucional Diego López Garrido, ha sistematizado mejor que nadie este peligro de limitación de las libertades en un texto titulado *la libertad en tiempos de cólera* Recuerda que ha velocidad record, en medio de una atmósfera de pánico de ha dado el si a leyes que permitirán al FBI controlar todas las comunicaciones por Internet o por teléfono de sospechosos de vinculación con el terrorismo y de cualquier persona con la que aquellos pudieran hablar o conectar. *El pinchazo* lo podrá decidir en ciertos casos un fiscal federal, sin autorización judicial, en 48 horas. La policía podrá detener a extranjeros residentes sin necesidad de formular cargos contra ellos durante siete días (o el secretario de justicia John Ashcroft, quería una detención indefinida y registrar domicilios sin identificación previa). Los jueces condenaran como terroristas a quienes acojan a una persona si bebieran haber deducido («razonables bases para creer») que era alguien relacionado con el terrorismo, actividad que partir de ahora podría imputarse a alguien quizás por su hostilidad explícita el sistema político. «esto, después de que Congreso haya suavizado sustancialmente las pretensiones del Gobierno norteamericano, constituye la expansión mas fuerte de la autoridad ejecutiva federal desde la guerra fría. Sin duda, confronta con la IV enmienda de la vieja Constitución de EE UU».

Con ser estas medidas excepcionales tan significativas, no lo son las que mas. Amparándose en la situación de «emergencia extraordinaria» y, por tanto, en un dictamen del Tribunal Supremo de 1946, el presidente Bush puede dar una «orden ejecutiva». (sin pasar por la justicia) por la que EE UU juzgara a cualquier extranjero sospechosos de terrorismo, por un tribunal militar, en territorio nacional, lo que incluye, por ejemplo, una embajada, un buque, o un avión. Se trata de un anuncio de cortes marciales itinerantes, con carácter secreto, sin las garantías procesales del sistema judicial americano. Se cree que se aplicara, sobre todo, en Afganistán o Pakistán. Los juicios militares ordenado por Bush serán a puerta cerrada, con jurados militares que pueden imponer la pena de muerte, sin normas procesales fijas, con abogados defensores no necesariamente elegidos por los

acusados y con un nivel flexible de pruebas de culpabilidad que decidirá en exclusiva el secretario de Defensa, Donal Runsfel. El presidente determinara quienes y donde se juzga. El vicepresidente Dick Cheney justifica a si estas medidas de excepción: <<Alguien que viene a EE UU ilegalmente, alguien que realiza una operación terrorista matando a miles de americanos inocentes, hombres, niños y mujeres, no es un combatiente legal y no merece ser tratado como un prisionero de guerra[...]. No merece las mismas garantías que un ciudadano americano Un tribunal militar garantiza que esos individuos reciban el tipo de trato que merecen>>.

No es esa la opinión de los defensores de los derechos civiles, que se plantean el cheque en blanco dado a Bush para combatir el terrorismo y la constitucionalidad de tales juicios a sospechosos seleccionados por el presidente en una guerra que el Congreso no ha declarado formalmente. Laura Murphy, dirigente de la Union Nacional de Libertades Civiles, explica que <<pruebas que serian inadmisibles en un tribunal, lo serán en estos juicios y nadie se enterara. Esto va contra la democracia que queremos preservar. La condena en Nueva York a los terroristas del atentado a las Torres Gemelas [se refiere a los responsables del atentado de 1993] demuestran que nuestro sistema funciona>>. En un tribunal estadounidense se necesitaría la unanimidad del jurado para una sentencia de ejecución, mientras que en las Cortes militares solo harán falta dos tercios. Y el acusado no tendrá derecho de apelación. Los extranjeros acusados de terrorismo y sus cómplices serán juzgados en secreto por tribunales militares que se desplazaran a lugares como Afganistán u otros cuando lo consideren necesario, para acelerar los procesos y las sentencias, incluidas las ejecuciones. Será el propio Bush, invocando esa <<emergencia extraordinaria>>, quien determine por escrito que acusado debe ser juzgado militarmente, cuando existan razones para creer que pertenece a Al Qaeda, que ha participado en actos de terrorismo internacional o que ha albergado a sabiendas a terroristas. Los enjuiciados no tendrán los derechos constitucionales que tienen los ciudadanos americanos en los procesos civiles o penales, tales como la apelación de la sentencia aunque si tendrán derecho a un abogado. El secretario de Defensa se encargara de nombrar los paneles, dictar las normas de procedimiento y el nivel de pruebas requerido.

Este tipo de juicios restringe mucho mas los derechos que una corte militar convencional; en ambos casos se impide la divulgación de fuentes y los métodos utilizados por los servicios de inteligencia a celebrase a puerta cerrada; a demás, la carga de la prueba es menor para la acusación al admitir evidencias secretas. Pero los paneles marciales autorizados ahora por Bush anulan el derecho del acusado a no ser declarado culpable <<mas allá de una duda razonable>>

En definitiva, se autorizan las cortes marciales itinerantes para extranjeros; la llamada <<ley patriótica>> permite el Gobierno detener a sospechosos por tiempo casi indefinido, deportarlos vigilar las comunicaciones a través de Internet y realizar registros domiciliarios sin necesidad de autorización judicial; tampoco se necesita la intervención del juez para pinchar las conversaciones entre un recluso y su abogado, bastara con la autorización del secretario de Justicia cuando exista <<una sospecha razonable para creer que un detenido pueda usar las comunicaciones con sus abogados para facilitar actos de terrorismo>>. No son buenas noticias. Con ello se facilita uno de los objetivos del terrorismo: socavar los cimientos de la democracia.

El único precedente que existe en el ultimo siglo fue durante la II Guerra Mundial; el presidente Roosevelt autorizo un juicio militar contra ocho saboteadores nazis que entraron con bombas en la costa de EE UU. Siete generales los juzgaron en secreto durante

18 días en el Departamento de Justicia. Los acusados se declararon inocentes y criticaron a Hitler, pero el 8 de agosto de 1942, seis fueron electrocutados en Washington.

Pero no solamente los defensores de los derechos civiles están preocupados. Un columnista tan conservados del *New York Times* como William Safire ha escrito varios artículos dando la señal de alarma ante la limitación tan importantes de derechos civiles que ha puesto en marcha George Bush. Según Safire, se ha activado un poder dictatorial para encarcelar o ejecutar extranjeros, mediante el cual el presidente sustituye el sistema de derecho de EE UU por improvisados tribunales militares compuestos por grupos de funcionarios que se sentaran a juzgar a *no ciudadanos* sobre los que el presidente solo tiene que alegar «tener motivos para creer» que son miembros de organizaciones terroristas. Estos tribunales pueden ocultar pruebas solo con alegar motivos de seguridad nacional, inventarse sus propias reglas, declarar culpables al acusado, incluso cuando un tercio de los funcionarios discrepe; y por último, ejecutar al extranjero sin posibilidad de revisión de la sentencia por un tribunal civil. Concluye Safire que a partir de ahora ya no hay una rama judicial y un jurado independiente que se interponga entre el Gobierno y el acusado; en lugar de esos controles y equilibrios importantísimos para el sistema legal de EE UU, los *no ciudadanos* tiene que hacer un frente a un Ejecutivo que ahora es instructor, juez, jurado, carcelero y ejecutor.

La obsesión por limitar derechos esenciales para dar más medios a la policía con los que combatir al terrorismo no es exclusiva de EE UU, sino que ha llegado a Europa. Veamos lo previsto por los cuatro grandes: Reino Unido, Alemania, Francia e Italia. Blair como máximo aliado de EE UU es quien más ciegamente ha seguido las tendencias excepcionales de Bush: los extranjeros sospechosos podrían ser deportados o internados indefinidamente; también los solicitantes de asilo que no tendrán derecho siquiera a pedirlo –sin posibilidad de apelación judicial– si se piensa que pueden constituir una «amenaza a la seguridad nacional»; y el mismo trato recibirán las personas no implicadas en actividades terroristas, pero con una relación indirecta, lo que las convertiría en reos de *conspiracy* (termino muy abstracto). Las medidas son tan fuertes que el Reino Unido habrá de suspender el artículo 5 de la Convención Europea de los Derechos Humanos que acaba de incorporar a su fuero interno; este artículo garantiza el derecho a la libertad y estipula que nadie puede ser detenido sin ser juzgado. Con la nueva legislación antiterrorista, las autoridades británicas podrán ordenar la detención indefinida de cualquier extranjero que se encuentre en su territorio y sea sospechoso de pertenecer a una organización terrorista, sin necesidad de ponerlo a disposición judicial; a si mismo podrán arrestar a aquellos presuntos terroristas que hagan escala en el Reino Unido camino de otro lugar sin tener que informar de ello a ningún juez podrán encarcelar hasta seis meses a aquellos que estén presuntamente relacionados con grupos armados y que se resistan a ser deportados a un tercer país, sin verse obligados a notificar su arresto a los responsables judiciales. Podrán, en definitiva, revocar el derecho al *habeas corpus* por el cual «las autoridades están obligadas a poner a los detenidos a disposición judicial». Se trata de un retorno a la durísima legislación antiterrorista que se aplicó en los años setenta en Irlanda del Norte. Y todo ello a pesar de que el Ira ha anunciado la entrega de sus armas.

Alemania, aunque no ha llegado tan lejos, ha entrado también en la vía de limitar garantías tradicionales, particularmente en los que hasta ahora ha sido un derecho sacrosanto, como la protección de la intimidad de los datos personales, en el futuro, la policía, las administraciones y la universidades podrán cruzar datos de millones de personas («persecución reticular») en aras de una especie de sospecha universal; además se ha

congelado la política de apertura a las nacionalizaciones. Francia ha propuesto reformas legales que va en una línea similar sobre las comunicación e Internet, pero en un sentido mas moderado y garantista, lo que no ha dejado de alarmar a las organizaciones de derechos civiles, que temen, sobre todo, los poderes de control sobre las personas que se van a otorgar a los agentes de seguridad privada.

En Italia , las garantías judiciales del Estado de Derecho han saltado por los aires; el Gobierno de derechas de Silvio Berlusconi ha decidido darse manos libres para alargar lo tiempos de investigación y para interceptar conversaciones telefónicas y vía Internet, con fines preventivos o meramente informativos, sin autorización judicial; se amplía el tiempo de detención policial y el ejercito vigila, los servicios públicos estratégicos. En ese momento, en Italia estaba a punto de entrar en rigor una nueva ley de emigración en la que se hace imposible la entrada legal de emigrantes para la búsqueda de empleo; así mismo, establecerá el <<delito de clandestinidad>>, con pena de hasta cuatro años de cárcel y expulsara inmediatamente a todo aquel que no tenga contrato laboral en vigor, no dará contratos de trabajo cuando haya un solo italiano en paro en el sector y ampliara el tiempo de internamiento de los extranjeros susceptibles de ser expulsados.

La constitución prohíbe en España prolongar los periodos de detención policial de terroristas durante mas de cinco días ni introducir como deseaba Washington, mecanismos generales que permitan ejercer un mayor control sobre el comercio electrónico, ya que la intimidad personal en el uso de la informática es protegida por el mismo articulo constitucional que ampara al servicio postal . por otra parte, el parlamento español ya se había pronunciado contra la posibilidad de extraditar a un sospechoso a un país donde pueda ser condenado a la pena de muerte, como ocurre en muchos estados norteamericanos. Es decir se mantuvo la idea de que hay derechos fundamentales de los ciudadanos, sean, españoles , inmigrantes legales, o ilegales, o simples visitantes, que han de permanecer inalterados, porque constituyen, precisamente, aquello por los que merece la pena de luchar contra el terrorismo . y ello pensé a que el ambiente publico no era tan intenso en la defensa de las libertades como en 1978, cuando se aprobó la Constitución, recién salidos del franquísimo mas negro.

López Garrido advierte que de estas nuevas legislaciones podrían conducir a abusos policiales tan escalofriantes como los sufridos en el Reino Unido por los *cuatro de Guildford* o los *seis de Birmingham*, o por las victimas españolas del *caso Almería* . y se inquieta cuando oye que, de nuevo, la CIA necesita tener <<licencia para matar>>

La lógica del miedo es aquella que pone en jaque nuestros valores porque podemos llegar a actuar contra ellos para frenar el terror. Podemos llegar a tener tanto miedo que utilicemos instrumentos que no sean aceptables.

Bonfil Batalla, Guillermo (1997). “ El problema de la cultura nacional”; en: MEXICO PROFUNDO. México, Editorial Grijalbo, pp. 101-111.

I EL PROBLEMA DE LA CULTURA NACIONAL

En las paginas anteriores se han ofrecido los argumentos que llevan a la conclusión de que la sociedad mexicana se compone de un abigarrado conjunto de pueblos de grupos sociales que poseen y practican, cada uno de ellos, una cultura especifica y diferente de las demás. El grado de divergencia cultural varia , según los casos que se decida comparar, desde

matices locales que no alteran la pertinencia a una misma cultura básica, hasta el contraste entre formas de vida radicalmente diferentes, orientadas por proyectos históricos esencialmente distintos. La argumentación también se ha encaminado a mostrar que la diversidad cultural de Mexicano puede entenderse en términos de desniveles culturales, es decir, que no se trata de expresiones de una misma cultura que difieren entre si debido a la posición que ocupa cada grupo o segmento social dentro del conjunto, lo que determina un acceso mayor o mas restringido a lo bienes y practicas de una cultura común. Este fenómeno, las diferencias culturales debidas a la estratificación social, esta sin duda presente en la dinámica cultural del país. Pero de ninguna manera es el factor que permita explicar la diversidad cultural de nuestra sociedad. Mucho mas allá de las diferencias coyunturales, lo que esta en el fondo explica la inexistencia de una cultura mexicana única es la presencia de dos civilizaciones que, ni se han fusionado para dar lugar a un proyecto civilizatorio nuevo, ni han coexistido en armonía fecundándose recíprocamente.

Por lo contrario entre las culturas de estirpes mesoamericana y de las sucesivas variedades de la civilización occidental que han adquirido hegemonía entre los grupos dominantes de la sociedad mexicana, no ha habido ninguna convergencia sino oposición. La razón es simple y es una sola: los grupos sociales que han detentado el poder (político, económico, ideológico) desde la invasión europea hasta el día de hoy, afiliados por herencia o por circunstancia a la civilización occidental, han sostenido siempre proyectos históricos en los que no hay cabida para la civilización mesoamericana. La posición dominante de estos grupos, originada en el orden testamentario de la sociedad colonial se ha expresado en una ideología que solo concibe el futuro (el desarrollo, el progreso, el avance la revolución misma) dentro del cauce de la civilización occidental. La diversidad cultural y de manera específica, la presencia múltiple de la civilización mesoamericana ha sido entendida siempre, necesariamente dentro de ese esquema, como un obstáculo que impide caminar por el único sendero cierto hacia la única meta valida. La mentalidad heredada del colonizador no permite ver o inventar cualquier otro camino: la civilización mesoamericana, no se da por muerta, o debe morir cuanto antes, porque su condición, según la mirada del colonizador, es de indiscutible inferioridad y no admite futuro propio.

La presencia de dos civilizaciones distintas implica la existencia de proyectos históricos diferentes. No se trata simplemente de propuestas alternativas dentro del marco de una civilización común, propuestas que podrían alterar en muchos ordenes la realidad actual pero que no cuestiona los objetivos últimos ni los valores profundos que todos comparten en tanto partícipes del mismo proyecto civilizatorio. Se trata, en cambio, de proyectos diferentes que descansan en formas distintas de concebir el mundo en la naturaleza la sociedad y el hombre que postulan diferentes jerarquías de valores; que no tienen las misma aspiraciones ni entienden de la misma manera lo que significa la realización plena del ser humano; son proyectos que expresan dos sentidos de trascendencia que son únicos, y por lo tanto, diferentes. Por todo ello, los proyectos de unificación cultural nunca han propuesto la unidad a partir de la creación de una nueva civilización que sea síntesis de las anteriores, sino a partir de la eliminación de una de las existentes (la mesoamericana, por supuesto) y la generalización de la otra.

La empresa colonizadora se empeño en destruir la civilización mesoamericana sin mas limite que el que imponía sus propio intereses. Allí donde fue necesario, se liquidaron pueblos enteros. Donde, por el contrario, se requirió la fuerza de trabajo de los indios, se les mantuvo social y culturalmente segregados y se crearon, indirecta y contradictoriamente, las condiciones mínimas para la continuidad de la civilización mesoamericana pese al

brutal descenso de la población durante las primeras décadas de la invasión, una de las catástrofes demográficas más violentas y terribles en la historia de la humanidad. Por su naturaleza intrínseca, el régimen colonial no podía plantarse un proyecto de fusión cultural que amalgamara las vertientes civilisatorias de Mesoamérica y Occidente. La ideología que pretendía justificar la colonización como una cruzada de redención, revela precisamente la convicción de que el único camino hacia la salvación era el trazado por la civilización occidental. La occidentalización del indio, sin embargo resultaba contradictoria con la terca y el primordial necesidad de mantener una clara distinción entre los colonizados (los indios) y los colonizadores europeos, porque si los indios hubiesen dejado de serlo por incorporarse plenamente a la civilización occidental, habría dejado de existir la justificación ideológica de la dominación colonial. La segregación y la diferencia son consustanciales a toda sociedad colonial. La unificación, en cambio, bien sea por la asimilación del colonizado a la cultura dominante, o bien como proyecto improbable de fusión de civilizaciones, niega de raíz el orden colonial.

El surgimiento y la consolidación de México como un Estado independiente, en el transcurso turbulento del siglo XIX, no produjo ningún proyecto diferente, nada que se aparte de la intención última de llevar al país por los senderos de Occidente. Las luchas entre conservadores y liberales expresan solo concepciones distintas de cómo alcanzar esa meta, pero en ningún momento la cuestionan. Al definir la nueva nación mexicana se la concibe culturalmente homogénea, porque en el espíritu (europeo) de la época domina la convicción de que un Estado es la expresión de un pueblo que tiene la misma cultura y la misma lengua, como producto de una historia común de ahí que la intención de todos los bandos que disputaba el poder, haya sido la de consolidar la nación, entendiendo por esto la incorporación paulatina de las grandes mayorías del modelo cultural que había sido adoptado como proyecto nacional. ¿Cuál era ese modelo en torno al cual debería unificarse la nación mexicana? Era un modelo netamente occidental. Y no podía ser de otra manera puesto que los grupos dirigentes, los que se abrogaban el derecho de definir los derroteros de la nación naciente, era la minoría que heredaba las orientaciones de la civilización occidental trasplantada a estas tierras por los antiguos colonizadores. Libertad, sí; mayor justicia, igualdad de derechos, sí; pero todo encaminado a la transformación de la sociedad mexicana en una nación “moderna” según los moldes de la civilización occidental. La inmensa mayoría de los mexicanos vivía fuera de ese molde porque vivía una civilización diferente. Consolidar la nación significó, entonces, plantear la eliminación de la cultura real de casi todos, para implantar la eliminación de la cultura real de casi todos, para implantar otra de la que participaban solo unos cuantos. Y ese modelo a imponer no era en ningún sentido una etapa superior, un escalón necesario y natural al que antes hubieran podido acceder las culturas de las grandes mayorías de no haberlo impedido la injusticia y las restricciones del régimen colonial; no, era un modelo diferente, era otra civilización.

En los términos en que se aborda aquí el problema de la cultura nacional, los caminos que se recorren a partir del triunfo de la Revolución tampoco significan un cambio de rumbo. El desarrollismo y la modernización siguen la línea de la sustitución cultural dentro de un modelo occidental cuyo ejemplo prístino está ahora más cercano: en los Estados Unidos. Ya se adelantaron en el capítulo anterior algunas consideraciones sobre la formulación ideológica oficial en torno a la cultura nacional que se afirma como una cultura mestiza; volveré sobre ese punto más adelante. Aunque los caminos emprendidos se cierran abruptamente o llevan al borde del precipicio, los empeños de las capas dirigentes siguen comprometidos en alcanzar metas que corresponden a los paradigmas de la

civilización occidental. Ente el desastre, se admite cuestionar las estrategias y criticar los procedimientos, pero nunca imaginar siquiera que puede haber alternativas el proyecto global.

El único proyecto que en algún momento tuvo la posibilidad de convertirse en proyecto nacional alternativo –dejando aparte, por el momento, la resistencia permanente y las luchas incesantes de lo pueblos indios- fue el que postulo el movimiento encabezado por Emiliano Zapata. La defensa de los pueblos, su orientación agraria, su no renuncia a las formas reales de la vida forjadas a través de los siglos, le otorgan al movimiento zapatista un lugar especial, diferente dentro de las corrientes que conformaron la Revolución mexicana. Hubo otros grupos, sin duda, que actuaron en el mismo sentido profundo; pero ninguno alcanzo la trascendencia y al repercusión nacional que tuvo en su momento la revolución suriana. Sin embargo, mas que a Porfirio Díaz la Revolución derroto a Emiliano Zapata. Sin restar importancia a los contenidos agraristas de la Constitución de 1917 y sin negar los meritos de los mejores momentos de la Revolución hecha gobierno, como el periodo cardenista, es necesario reconocer que la esencia misma del proyecto zapatista fue eliminada y que solo se incorporaron en el programa triunfante de la Revolución aquellas demandas que parecían ser compatibles con las metas que finalmente definieron el carácter de la Revolución vencedora. Y digo los que parecían ser compatibles, por que al correr de los años y cada día mas, se han dado retrocesos en la política agrarista formulada inicialmente lo que muestra sin lugar a dudas que el proyecto adoptado es mas incompatible con los postulados zapatitas de lo que se creyó en su primer momento. Y eso que solo se aceptaron demandas aisladas, pero nunca el programa de fondo que les daba sentido y hondura.

Es inevitable una primera conclusión. Los grupos dirigentes del país, los que toman o imponen las decisiones mas importantes que afectan al conjunto de la sociedad mexicana nunca han admitido que el avance pueda consistir en la liberación y el estimulo de las capacidades culturales que realmente existen en la mayoría de la población. Nunca se han planteado que el desarrollo signifique precisamente crear las condiciones para que crezcan y fructifiquen con plenitud las diversas culturas indias, regionales y populares que han hecho posible la sobrevivencia de la inmensa mayoría de los mexicanos. Una mentalidad colonizada, sustentada en una orden de dominación que los beneficia, ha impedido a esos grupos diferentes considerar cualquier alternativa cultural que se aparte del esquema accidentalizado que asumen rígidamente por incapacidad, por conveniencia, por sumisión, o en el mejor de los casos, por simple ceguera ante la realidad propia

Lo que se ha propuesto como cultura nacional en los diversos momentos de la historia mexicana puede entenderse como una inspiración permanente por dejar de ser lo que somos. Ha sido siempre un proyecto cultural que niega la realidad histórica de la formación social mexicana y, por lo tanto, no admite la posibilidad de construir el futuro a partir de esa realidad. Es un proyecto sustitutivo, en todos los casos; el futuro esta en otra parte, en cualquier parte, menos aquí mismo, en esa realidad concreta. Por lo tanto la tarea de construir una cultura nacional consiste en imponer un modelo ajeno, distante, que por si mismo elimine la diversidad cultural y logre la unidad a partir de la supresión de lo existente. Según esta manera de entender las cosas, la mayoría de los mexicanos solo tiene futuro a condición de que dejen de ser ellos mismos. Ese cambio de concibe como un corte definitivo, dejar de ser para ser otro; nunca como una actualización que provendría de una transformación interna, de una liberación de culturas que han estado sujetas a las presiones múltiples de la dominación colonial durante cinco siglos. La historia constitucional de

México es uno de los ejemplos que ilustra de manera abrumadora ese planteamiento esquizofrénico, porque ha conducido en todos los casos a la construcción jurídica de un estado ficticio, de cuyas normas y practicas queja excluida la mayoría de la población. ¿Dónde si no, esta la razón de contradicciones tan evidentes como que el individualismo y el igualitarismo en que se empeñaron los liberales del siglo pasado hayan conducido, sin solución de continuidad, a la consolidación de los sistemas de servidumbre en las haciendas porfirizas? ¿ Como se explica una legislación anticlerial convertida en letra muerta, en ficción pura, para dar paso a un acuerdo tácito con la iglesia que resulta ser la negación misma del espíritu de las leyes? ¿Cómo entender, si no es a condición de admitir la gran fricción dominante, un sistema de elecciones democráticas que descansa en el reconocimiento de los partidos políticos como único vehículo legítimo de la participación electoral ciudadana, en un país en que la absoluta mayoría de la población no limita en ningún partido ni ejerce el derecho al voto? Se buscaría en vano un solo ejemplo que mostrarse la intención de conocer y reconocer los sistemas reales que se emplean en los diversos grupo de la sociedad mexicana para obtener y legitimar la autoridad, con el fin de estructurar un sistema nacional en el que esas formas locales tuviesen cabida y, al mismo tiempo encontrasen los estímulos y las posibilidades para su progresiva actualización, no hay tal; el país se requiere moderno ya, por virtud de la ley y si la realidad marcha por otros caminos es una realidad equivocada e ilegal

Esta ficción esquizofrenica, manifiesta en todos los ordenes de la vida y la cultura del país, acarrea consecuencias cuya gravedad parece no inquietar a los propulsores del México imaginario. En primer termino, la ficción produce la marginación de las mayorías, esta si una marginación real y no imaginaria. Los participantes del México “que debe ser” han sido siempre una minoría. Los demás, todos los demás, quedan excluidos por decreto y su participación en los procesos teóricamente democráticos queda reducida en el mejor de los casos, a un mero formulismo externo, ajeno a su vida real, ficticio en la ultima instancia. Las normas que se pretende que rijan la vida del país en todos los ordenes están concebidas con base en una matriz cultural de la que solo participa una minoría de mexicanos, a partir de ese núcleo dirigente y en función de sus intereses y tendencias, variables a lo largo del tiempo aunque siempre dentro del cauce de la civilización occidental, se impulsan esfuerzos en diversas direcciones para integrar a otros sectores de la sociedad a las conductas que el modelo presupone. Para ser ciudadano mexicano en el sentido pleno del termino, no basta haber nacido en este suelo y no haber renunciado a la nacionalidad de nacimiento: para los muchos es condición adicional (no expresada en la ilusión ajena jurídica) aprender una cultura ajena a la que enmarca y da sentido a su vida concreta, cotidiana, porque su cultura propia resulta ilegítima en el contexto del México imaginario. No es, entonces, una marginación que se exprese únicamente en una mayor acceso a bienes y servicios, sino que es una marginación total, una exclusión de la forma propia de vivir. Gran parte de los mexicanos queda así sometida s una condición en la cual, o permanece al margen de la vida nacional , vinculada únicamente por las relaciones mínimas inevitables entre su mundo real y el otro que se presenta como ajeno y externo: o vive una situación doble, también esquizofrenica, cambiando de mundo y de cultura según las circunstancias y las necesidades; o se ve obligada finalmente, a renunciar a su ser de origen para intentar ser aceptada plenamente en el México imaginario de la minoría.

La noción de democracia, establecida hace dos siglos como una de las aspiraciones vertebrales de la civilización occidental, se convierte, al ser trasplantada mecánicamente como postulado del México imaginario en una serie de mecanismos de exclusión que

transforma al pueblo real en no-pueblo. Una curiosa democracia que no reconoce la existencia del pueblo y se plantea, en cambio, la tarea de crear al pueblo para después, seguramente, ponerse a su servicio. Una sorprendente democracia de la minoría, un proyecto de nación que parte de considerar ajenos a los grupos mayoritarios del país. Un proyecto, en fin, que vuelve ilegítimos el hacer y el pensar de los más de los mexicanos: el pueblo termina siendo el obstáculo para la democracia`

Una segunda consecuencia es también inevitable. Al hacer tabla rasa de la realidad, se renuncia a poner en juego la mayor parte del capital cultural de la sociedad mexicana. Se genera una imposibilidad absoluta para reconocer, valorar y estimular el desarrollo del extenso y variado patrimonio cultural que la historia ha puesto en manos de los mexicanos. Sigue presente la vieja ceguera colonial, la noción de que aquí no hay nada con lo que se pueda construir un futuro. Si hay que hacer al pueblo para que sustituya al no-pueblo, lo consecuente es hacer también una cultura que sustituya a las no-culturas existentes. Los elementos que deberán conformar ese nuevo acervo cultural no está aquí: son artículos de importancia (ideas, conocimientos, aspiraciones, tecnología; el quehacer y el saber hacerlo). Otra vez la ímproba tarea, no de transformar la realidad, sino de sustituirla.

Todas las capacidades acumuladas y pulidas a lo largo de los siglos, es decir, todo el patrimonio cultural del México profundo, pasa sin más, a la categoría de lo inútil. Pareciera como si generación tras generación, siglo tras siglo los de aquí solamente hubieran recorrido un camino equivocado que ya llegó a su fin. Aquella historia, según las pautas del México imaginario, no fue realmente una historia; ni siquiera parte de la historia. Fue, por lo visto, una aberración, un sinsentido. El saldo que arroja (las culturas vivas que norman y hacen posible la existencia de millones de mexicanos) queda en números rojos; no solo es útil y ajeno al proyecto de cultura nacional, sino que resulta ser un lastre que debe removerse para emprender el camino correcto a partir de cero, desde la inocencia total, sin memoria. La propuesta no es ni siquiera el despilfarro sino la renuncia suicida a lo que se tiene

El perverso esquema del desarrollo imaginario, por ejemplo, intenta reducir la actividad útil de los individuos a una sola dimensión mecánica; la fuerza de trabajo, aplicable indistintamente a cualquier tarea. Todas las capacidades que encuentran espacio y condiciones para desarrollarse simultáneamente en el contexto comunitario de la vida indígena y campesina, quedan excluidas y sin aprovechamiento en un modelo cultural de relaciones de trabajo que no contempla entre sus metas la realización plena de las potenciales individuales y colectivas. Los ejemplos pueden multiplicarse y hallarse en todos los aspectos de la vida nacional: y empeño permanente de ignorar las capacidades creadas por el México profundo y una absoluta indiferencia ante el reto y la promesa que significaría la elaboración de un proyecto que buscara el desarrollo de esas capacidades y no su castración.

La pregunta es inevitable: ¿ como llegamos a donde estábamos? Resulta claro que la esquizofrenia en que debate la cultura nacional es la expresión actual de un largo proceso histórico cuyo origen se encuentra en la instauración del régimen colonial, hace casi 500 años. A partir de ese momento puso en marcha un sistema de control cultural mediante el cual se fueron limitando las capacidades de decisión de los pueblos colonizados y se le fue arrebatando el control sobre muchos de sus elementos culturales, aquellos que en cada momento histórico resultaban de interés para la sociedad dominante. Conviene subrayar que el sistema de control cultural abarca todas las dimensiones de la vida social y se refiere a la posibilidad de decidir, en cualquier circunstancia, sobre la forma de poner en juego los

elementos culturales que son indispensables para cualquier acción. El estudio del proceso histórico que ha dado por resultado el actual sistema de control cultural no puede limitarse, en consecuencia, aun solo aspecto de la actividad social, como seria, por ejemplo la enajenación de bienes y productos nacionales o el empleo la fuerza del trabajo de los pueblos colonizados en beneficio, primero, de los colonizadores y, posteriormente, de sus epígonos nacionales. Tales mecanismos de explotación económica han jugado, sin duda, un papel de primera importancia en la historia de la dominación; pero el sistema de control cultural que los ha hecho posible, es un aparato mucho mas complejo, diversificado y total, cuya comprensión exige introducir otros criterios de análisis, mas allá de los puramente económicos.

El hecho de que el sistema de control cultural sea un fenómeno total, no implica que todas las decisiones queden concentradas en un solo grupo o clase de la sociedad. Ahí. Ciertamente tenderán a ubicarse las decisiones que el sector dominante de la sociedad considere fundamentales, las que de alguna manera expresan su razón de ser y su proyecto. Pero los grupos subalternos conservan también capacidades de decisión en los ámbitos de su cultura propia. Estos reductos se modifican, se amplían o se estrechan, según se transformen las condiciones y las fuerzas que conforman el sistema de control cultural en su conjunto. Desde esta perspectiva, la dinámica histórica puede entenderse como una lucha incesante de los grupos sometidos por conservar y ampliar los ámbitos de su cultura propia (aquellos en los que tiene capacidad de decisión sobre los elementos culturales requeridos para la actividad social), frente a los intentos de la sociedad dominante por ampliar y consolidar su propio espectro de control cultural, en función de sus intereses y necesidades. Este proceso se presenta con mayor nitidez en las sociedades plurales de origen colonial, como la mexicana, porque existen culturas diferentes que distinguen a los pueblos subalternos de la sociedad dominante; en tal situación, la lucha por los espacios propios dentro del sistema global de control cultural expresa, simultáneamente, el enfrentamiento de culturas y proyectos culturales diferentes y la lucha por una mayor participación en las decisiones dentro del sistema de control cultural en su conjunto.

Sobre estas líneas apuntadas aquí en forma esquemática para ubicar inicialmente al lector en la perspectiva teórica que subyace en los siguientes capítulos, se intentara presentar una visión general de los momentos centrales y los mecanismos mas importantes que han ido configurando y transformando el sistema de control cultural en México durante el ultimo medio milenio. no se trata como ya se anoto al principio de esta segunda parte, de hacer una síntesis histórica, tarea por demás desorbitada en el contexto de esta obra, sino de apuntar hacia una manera de reflexionar sobre nuestra historia que ponga en el centro de la atención el problema de la realidad cultural de México, entienda como el resultado de las historias concretas de diversos pueblos, ligadas entre si pero, al mismo tiempo, obedientes a determinantes propias y particulares de cada uno de ellos. Mas que ofrecer resultados, las paginas siguientes proponen una tarea a futuro que aspiraría a ser colectiva y cada vez mas amplia: analizar con una mentalidad abierta como llegamos a donde estamos, para fundamentar, sobre esa base, cual es el mejor camino para salir de donde estamos. Mas allá de los problemas coyunturales, por agobiantes y dramáticos que sean, se propone una reflexión en términos de civilización que nos permita superar la esquizofrenia a que ha dado lugar el desencuentro entre el México profundo y el México imaginario

TOURAINÉ, Alain “EL RETORNO DEL CAPITALISMO”; “ Las cuatro formas de salida”; “¿NUEVOS MOVIMIENTO SOCIALES?”; en: cómo salir del liberalismo. México, Editorial Paidós, pp. 17-31; 33-52; 53-80

Capítulo I

EL RETORNO DEL CAPITALISMO

si queremos comprender las luchas políticas y las dificultades económicas que afrontamos, tanto como el actual debate ideológico, hemos de ser capaces de definir la situación histórica en la cual se están desarrollando.

Unos hablan solo de economía. Si su punto de vista resulta el adecuado, la política no tendría el menor sentido y se haría urgente devolver el poder a manos del director de la Banca central. Otros no llaman algo más la atención, con su insistencia en un rápido desarrollo de esa sociedad de la información que se enseñorea del mundo entero y que transforma en conjunto de nuestras actividades. Estos no dejan de tener razón cuando constatan que acabamos de salir de la sociedad industrial y que se hace necesario, en efecto, denominar sociedad de la información a lo que hace treinta años llamábamos sociedad postindustrial. En esta nueva sociedad los actores sociales, las posturas frente a la realidad y las relaciones sociales se están transformando si es que ya no se han transformado profundamente. Nos costó tanto darnos cuenta, en el siglo pasado, de que habíamos entrado en la sociedad industrial y de que ya no vivíamos en la Francia de Balzac que, hoy día, nos encontramos más preparados para no llegar tarde al nacimiento de una nueva sociedad. Bastante bien sabemos que los conflictos de intereses entre patrones y asalariados industriales, por importantes que sean, ya no se sitúan en el centro de la vida social y política, y que las palabras <<comunismo>> y <<socialismo>> ya no tienen sentido o han adquirido otro diferente al que a comienzos de siglo tenía. El análisis sociológico o histórico del mundo en el que ahora vivimos nos fuera a reconocer que hemos pasado de un modo de producción, de relaciones sociales y de representaciones de nosotros mismos a otros más distintos, y no tan solo de la sociedad industrial a la disolución de toda sociedad en este mercado que nos es presentado a manera de Dios o de diablo. Pero no se trata de definir actualmente tales términos –por pertinentes que sean– la situación en la que vivimos.

Las acciones colectivas de la que me ocupe, hace más de veinte años aquellos por entonces nuevos movimientos sociales como el mismo movimiento de mayo del 68, comportaban nuevos actores y nuevas ideas que anunciaban la sociedad que se nos echaba encima. En el momento actual esos movimientos se encuentran debilitados, caso de que todavía existían, y lo que ahora agita la escena social y política no es tanto la utilización que se haga del conocimiento o de la investigación, la atención médica o los *media*, como el paro las crecientes desigualdades la exclusión y, algo más alejado de la vida cotidiana, la tan extendida conciencia de nuestra impotencia en lo relativo a las fuerzas económicas más poderosas que los propios estados. No nos inquieta en especial eso que algunos han llamado el fin del Estado nacional. No se trata, pues, tanto del cambio de la sociedad en que vivimos como del cambio en los modelos de modernización. La diferencia de registro es fácil hablar de explicar de sociedad industrial o de sociedad de información supone hablar de determinado tipo de sociedad; por el contrario, cuando decimos que pasamos de una dirigida, administrada por el Estado, a una economía de mercado advertimos cierto cambio

en la manera de modernización. De inmediato añadido, a riesgo de querer parecer original que el capitalismo y el socialismo son formas de modernización antes que tipos de sociedad. La primera se define por gestionar el cambio a partir del mercado, y la segunda por el papel predominante que concede al Estado. Se podría destacar que el Estado que dirige los cambios históricos puede ser nacional o extranjero por lo mismo que los mercados pueden ser locales, nacionales o internacionales, Por lo tanto, en una primera aproximación de podría decir *que hemos pasado de una forma de socialismo a una forma de capitalismo, que el mercado ha reemplazado al Estado como la principal fuerza reguladora de nuestra sociedad* Son numerosos los observadores que han definido esta transformación solo como una liberación de la economía, hasta entonces prisionera de la burocracia y de los políticos . Este juicio no resulta sin embargo defendible. ¿Por qué se hablaría de las treinta gloriosas para designar un periodo de marcado dominio del Estado sobre la economía y la sociedad si este dominio hubiera resultado siempre pernicioso? Los ilustres tecnócratas que dirigieron la reconstrucción y la modernización de la economía francesa, los Bloch-Laine, Gruson, Delouvrier, Masse y tantos otros, ¿no tuvieron una visión global de la sociedad francesa, o a caso atendieron menos la justicia social en provecho de la eficacia económica?.

Se trataba, claro esta de una visión global. La mayor parte de los países del mundo conocieron después de la guerra proyectos integrales de desarrollo nacional que reunían objetivos económicos sociales y nacionales este modo de desarrollo se ha extendido en realidad por todas partes: en Europa a la que había de volver a levantar de entre las ruinas causadas por la guerra; en América Latina, donde los economistas, atentos a los avances sociales tanto como el crecimiento de la economía buscaron apoyarse en Estados <<nacionales populares>> para lanzarse a un salto <<hacia adelante>>. En otros lugares de los países surgidos de la descolonización se propusieron como principal objetivo de la construcción de nuevas naciones; por ultimo, los países comunistas adoptaron versiones no democráticas de estos proyectos integrales de desarrollo nacional.

Este modo integral y global del desarrollo se ha ido agotando poco apoco, siendo sustituido, a partir de los años setenta, y por un modelo opuesto que concede prioridad al mercado. El desarrollo nacional dirigido por el Estado había generado a menudo una mala asignación de los recursos, muchas veces por culpa de la burocratización y de la corrupción; la competitividad de numerosos sectores se había ido debilitando. Al mismo tiempo, se atendía cada vez menos al objetivo de reducir las desigualdades sociales, como enseguida demostraron las criticas de la izquierda hacia el Estado del bienestar en Gran Bretaña, Alemania y Francia. Simbólicamente, las crisis petrolíferas supusieron el comienzo de una era nueva: el dinero salido de los países industriales hacia los países petroleros fue transferido a bancos americanos que buscaron prestatarios en todo el mundo, y en especial en América Latina. La economía se mundializaba. En ese mismo momento, Estado como Japón o Corea comenzaba a dar prioridad a la exportación, convirtiéndose a si en nuevas regiones industrializadas cuya competencia era temible para los viejos países industrializados. En los nuestro, en especial, se hizo sentir la necesidad de liberar la economía de las reglas y de los controles que ya no tenían la justificación de reducir la desigualdad y que había conducido a fracasos espectaculares sobre todo en Francia desde el Credit Lyonnais a Air France, o desde el GAN al GIAT, los fracasos de las empresas publicas se demostraron altamente costosos. De modo que, desde hace unos veinte años, la critica a la <<excepción francesa>>, a los fracasos económicos del sector público, a la pesada

burocracia, al reclutamiento ciclista de las categorías dirigentes y a otras numerosas causas, muy a menudo sólidamente fundadas, ha ocupado gran parte del debate nacional.

Pero estas críticas, por justas e indispensables que sean, se arriesgan a enmascarar lo esencial. La idea de una economía al margen de cualquier control social y político es absurda. La economía consiste en un sistema de medios que se han de poner al servicio de terminados fines políticos. Existe una inmensa distancia entre decir: «Es necesario liberar la economía de la ruinosa intervención del Estado y de los modos de gestión social ahora demostrados ineficaces», y decir «Es necesario que los mercados se regulen por sí mismos, sin la menor intervención exterior».

Esta segunda manera de pensar tiene un nombre: capitalismo, que no es otra cosa sino esta mundialización de la economía de la cual se habla mucho sin detenerse a caracterizarla. El capitalismo supone una economía de mercado en cuanto a que ésta rechaza cualquier control exterior, pues, por lo contrario, busca actuar sobre la sociedad en bloque en función de sus propios intereses. El capitalismo significa que la sociedad se ve dominada por la economía. De ahí el peligro que subyace a la actual destrucción del antiguo modo de gestión económica: ésta resulta al mismo tiempo indispensable y peligrosa, pues el reto actual es el de pasar de un tipo de control social de la economía a otro, sin perderse en la ilusoria imagen de una economía liberada de todo control social, imagen que conduce al incremento de las desigualdades y de cuantas formas de marginación y de exclusión sean posibles.

Estas afirmaciones resultan ser, a decir verdad, demasiado moderadas. Reflexionemos sobre las consecuencias del triunfo del capitalismo al final del siglo XIX y a comienzos del XX. Frente a la hegemonía de cierto capitalismo, de cada vez mayor carácter financiero, se constató que las naciones que estaban perdiendo el control de sus economías se lanzaban de cabeza hacia el nacionalismo, ya fuera ésta de cariz reaccionario o revolucionario, pero que en cualquier caso conducía al desmantelamiento del tejido industrial y a cuantas revoluciones precedieron o acompañaron a la Primera Guerra Mundial y a la instauración de regímenes totalitarios. La economía había querido dominar la sociedad y la política, pero de inmediato fue la política la que acabó por dominar la economía y la sociedad. En ambos casos, la vida social, el debate, la participación y, por tanto, la democracia, son las principales víctimas de tales circunstancias. Si hoy nos sometemos a los intereses del capitalismo financiero estaremos preparando un siglo XXI todavía más violenta y militarista de lo que haya podido ser el XX.

Este conjunto de observaciones puede ser quizás entendidas, pero sé que no lo tienen fácil en lo relativo a convencer. Pues nos encontramos sumergidos dentro de cierto discurso omnipresente, que proviene tanto de la izquierda como de la derecha, tanto de las organizaciones internacionales como de los trabajadores despedidos por sus empresas: puesto que vimos en una economía globalizada, conformada a la vez por las transformaciones técnicas, por las nuevas unidades transnacionales de producción, por las redes financieras, y en la cual intervienen nuevos países industrializados en los que a menudo se pagan salarios muy bajos, resulta absurdo hablar de la posibilidad de elegir entre distintas políticas; no tenemos ninguna otra elección salvo la de adaptarnos, mejor o peor, a las nuevas condiciones de la economía internacional. Y aunque es cierto que los Estados Unidos disponen de un verdadero margen de maniobra política, es así porque la globalización significa habitualmente americanización, y porque los Estados Unidos ocupan una posición hegemónica, tanto cultural como militarmente. ¿Es necesario repetir una vez más lo que escuchamos cada día? Lo que se acaba de indicar basta para explicar

nuestro sentimiento de impotencia y, por consiguiente, el eco que encuentran los discursos que denuncian esta evolución: condena de los tratos de Maastricht y de Ámsterdam, reivindicación de la defensa y de la reconstrucción del Estado nacional.

¿Y si todo esto fuera una falacia? ¿Y si todo esto no fuera más que una pompa de jabón ideológica que se rompe tan pronto como se recurre al análisis?

En primer lugar, como ya he indicado anteriormente, resulta necesario distinguir entre la sociedad de la información y la economía mundializada. La difusión de la información en tiempo real es un acontecimiento importante, pero, ¿puede explicarse la situación de la economía en los años 1900 y la supremacía de Gran Bretaña a causa del telégrafo o incluso por el desarrollo de la industria eléctrica? Rober Reich y Manuel Castells aportan una imagen más fehaciente cuando muestran que las empresas se convierten en mediadoras entre el mundo del mercado y el mundo de la tecnología. He aquí, de un solo golpe, que cae por tierra la mitad de la construcción ideológica que estoy criticando. Lo que otorga a los Estados Unidos su supremacía actual es en buena parte el haber sido capaces de inventar y desarrollar unas nuevas tecnologías que Alemania o Francia tardarían algún tiempo en dominar, y el haber sabido modificar las formas de organización y de autoridad que acompañaron a estas nuevas tecnologías. Los países europeos permanecieron atados al viejo modelo industrial para el cual lo *big is beautiful*. Como se ve, todo esto, que resulta esencial y que caracteriza a uno de los campos principales donde se juegan las bazas de nuestro devenir, no tiene gran cosa que ver con la globalización.

Es cierto que se están consolidando las empresas transnacionales, cada vez más organizadas por medio de redes; es cierto también que el comercio internacional aumenta más rápidamente que la producción mundial. Pero, ¿no era esto cierto hacer ya veinte o treinta años, en una época en la que aún no se había oído apenas ese catastrófico discurso sobre la globalización? Reconozcamos simplemente, pues, como han indicado todos los sociólogos desde que lo hiciera Durkheim, y por lo tanto desde hace cien años, que la densidad de los cambios aumenta con la modernidad, siendo ésta una de sus mayores características, incluso si la aceleración de este fenómeno modifica constantemente la vida social, y en particular la economía internacional. Se ha visto cómo algunos países salían de la miseria en pocos decenios, cómo cientos de millones de nuevos productores y consumidores convertían en obsoleta la vieja distinción entre mundo desarrollado y Tercer Mundo, puesto que una parte importante de éste «emerge», mientras que una notable fracción del primero está sumergido.

Pero ocupémonos del tema del desarrollo de las redes financieras, que resulta tan extraordinario que el comercio internacional de bienes y servicios no representan más que una ínfima parte de la circulación de capitales. Es verdad que éstos pueden cambiar de manos tras ser contabilizados muchas veces al día, y esto, por otra parte, hace todavía más patente el dominio de lo que Rudolf Hilferding, hacia 1910, llamaba capitalismo financiero. Un fenómeno que no está exclusivamente ligado a los cambios tecnológicos y a la internacionalización de los mercados. Acabamos de vivir en Francia un momento de escasez de consumo y a menudo, también, de políticas económicas incoherentes o contradictorias. Durante este período, la parte del capital en el producto nacional ha aumentado en relación con la del trabajo, y la inversión productiva ha progresado menos que las inversiones financieras, a veces muy volátiles, que la opinión pública mundial imagina como si se desplazaran en forma de tornados que acarrearán ruina y pobreza. ¿De dónde procede la idea de que este superdesarrollo del capitalismo financiero resulta

inevitable? Podría pensarse que el retorno de un determinado crecimiento en Europa traerá aparejado mayor inversión productiva, al mismo tiempo que los capitales basculantes serán frenados por reglamentaciones y que se estabilizarán, en particular en los países industrializados que apelan al desarrollo tecnológico y, esperamos, también a la renovación del espíritu de empresa.

Es necesario señalar como la principal causa de la amenaza que pesa sobre nosotros no tanto la mundialización de la economía o la emergencia de nuevos países industrializados, sino la libertad de movimientos del capital en el mundo. La mejor prueba de ello es que el país que ha tomado medidas contra esta libertad, como por ejemplo Chile, que sin embargo sigue una gestión liberal de la economía, o China, que dispone de un sistema económico muy diferente, están protegidos contra una crisis que ha golpeado no obstante a México o Indonesia, entre otros países. La libertad comercial de los bienes y el movimiento incontrolado de capitales son dos realidades muy diferentes. El economista en jefe de la Banca Mundial, Joseph Stiglitz, y el economista Paul Krugman, de MIT, son convencidos partidarios de la economía liberal; sin embargo, se muestran a favor del control, por parte de los Estados nacionales, de los movimientos de capital. Dejemos por lo tanto de poner bajo sospecha todos los aspectos de la economía, desde las nuevas tecnologías a la nueva división internacional del trabajo, e indiquemos de dónde proviene el verdadero peligro: del movimiento incontrolado de capitales que puede destruir de repente diversas economías en virtud de cálculos puramente financieros y efectuados a corto plazo. La responsabilidad de las catástrofes resulta estar así compartidas por los capitales internacionales y por los Estados que no saben (o no quieren) defender sus economías, o que se ven arrastrados por los desequilibrios de sus propios sistemas financieros.

La explosión de la burbuja financiera de Japón durante los años noventa, los desastrosos efectos del superendeudamiento de los grandes grupos económicos de Corea, al mismo tiempo que la debilidad política del gobierno indonesio, han demostrado drásticamente que la economía, las finanzas y la política no conformaban un bloque unido, y que era posible combinarlas de varias maneras que irían de las más ruinosas a las más convenientes. La corrupción, la ausencia de políticas de redistribución de las ganancias y la irresponsabilidad económica de numerosos grupos financieros son algunos de los factores que influyeron en la crisis.

Lo que amenaza con destruir la economía y el poder político en Rusia debería bastar para librarnos de una vez por todas de la idea de que la globalización de la economía y la mundialización de los circuitos financieros son fenómenos tan poderosos que escapan a cualquier tipo de intervención política ¿Cómo no ver que esta crisis es política en primera instancia? Mientras los antiguos países comunistas de Europa Central construían sus economías de mercado, pese a restablecer en el poder en momentos determinados a los viejos comunistas, Rusia no conducía a buen puerto sus intentos de reconversión, desde el momento en que en 1991, Boris Yeltsin finiquitaba por completo el sistema comunista. Una administración pública ineficaz, puesto que el Estado es incapaz de percibir impuestos, y la ausencia de programas de acción claros; tales carencias han llevado a Rusia a una forma de economía primitiva, basada en la exportación de materias primas y en la colocación en el extranjero de buena parte de sus capitales. La crisis rusa dispara sus efectos sobre el capitalismo mundial, pero no se puede decir que la penetración del capitalismo haya sido la razón que, por sí misma, ha desencadenado la crisis. La principal responsabilidad incumbe evidentemente a unos poderes públicos que no han sabido instaurar las condiciones precisas para el desarrollo y el equilibrio. Resulta indispensable poner de manifiesto los peligros

extremos originados por los movimientos de capitales que buscan su propio provecho financiero antes que la inversión productiva, y reconocer a la vez que esto no es más que un efecto de la crisis, que la responsabilidad de los gobiernos resulta a este respecto más que considerable.

Por último, ¿es necesario subrayar que otro aspecto importante de la mundialización, la hegemonía norteamericana, tan marcada desde el año 1989, depende por completo de la globalización de la economía, puesto que ésta es consecuencia lógica de la victoria de los Estados Unidos en la «guerra fría» que le enfrentaba al imperio soviético? Nada nos asegura que los Estados Unidos hubieran podido imponer por mucho más tiempo a sus aliados una nueva guerra del golfo. Sólo su debilidad política y diplomática impidió a Europa jugar un papel internacional de primer rango.

Renunciemos pues a poner en el mismo saco la mundialización y el liberalismo. Acusemos al capitalismo financiero y seamos conscientes, como ha recordado en especial Élie Cohen, de que la capacidad de intervención del Estado en la mayor parte de los sectores de la vida nacional sigue siendo grande y que la lógica económica no es implacable.

La entrada en vigor de los tratados de Maastricht y de Ámsterdam podría incluso conferir una importancia creciente a las políticas de desarrollo tecnológico y a las políticas sociales de los países europeos. Nuestros Estados ya no podrán volver a actuar sobre los tradicionales instrumentos presupuestarios, monetarios, y más adelante tampoco de los fiscales, de sus políticas. Ya no volveremos a escuchar en el ámbito político esas declaraciones repetidas hasta la saciedad sobre la importancia del equilibrio presupuestario y sobre el fracaso fuerte y la lira débil. Volveremos a estar obligados, lo que es una buena noticia, a hablar de producción, de reparto del trabajo colectivo, de prevención de riesgos mayores, de mejora de la enseñanza y de la atención médica, de los modos de reforzar la protección social y de lograr el reparto de jubilaciones decentes, de la necesaria reorganización de las ciudades y de la gestión de una sociedad de carácter cada vez más multicultural.

¿Qué queda de la idea de globalización después de estas muestras de sentido común? Nada. Decididamente, no se trata más que de un espantajo ideológico. Agitándolo, sólo se busca convencernos de que, sobre las ruinas de los proyectos integrales de desarrollo nacional de posguerra, se ha instalado un nuevo conjunto global, es decir, al mismo tiempo económico, social e internacional. Se querría hacernos creer en el paso de una sociedad estatalizada a una sociedad liberal en la sustitución de una economía planificada por otra de mercado. Espero haber convencido al lector de que en realidad se trata de lo contrario de lo que esta ideología afirma. *En realidad hemos pasado de los modelos nacionales integrales a una situación internacional en la que las diferentes dimensiones de la vida económica, social y cultural se han dispersado, se han separado las unas de las otras.*

Pero, ¿de dónde proviene entonces el éxito del «pensamiento único»? Por una parte, seguramente de los medios económicos y financieros dominantes: algunos números de libros, de calidad muy desigual, han sido los eficaces voceros de la aparente superioridad de la política económica liberal. Pero no se sabría decir por qué semejante propaganda ha tenido semejante éxito mientras aumentan los índices del paro y el descontento.

De hecho la extrema izquierda, más que la derecha, es la que ha extendido la idea de globalización. De este modo intentaría justificar, en nombre de la imposibilidad de configurar nuevos medios de control social de la economía, el mantenimiento de las formas

tradicionales de economía dirigida. La apertura mundial de la economía y la defensa de los intereses sociales heredados han hecho así buenas migas, puesto que ambas coinciden en la marginación e incluso, en ocasiones, la exclusión de las clases más desprotegidas. La debilidad de la acción sindical y, en Francia sobre todo, su casi completa identificación con la defensa de los estatus del sector público, finalmente ha dejado campo libre a las fuerzas económicas y financieras que desean convencernos de que nada es más contrario al ejercicio de su libertad que el mantenimiento de los avances logrados, cuyos efectos económicos negativos los pagan a un precio muy caro las clase más débiles. Dicho de otro modo, no es tanto la situación económica como la situación social la que ha consolidado la difusión masiva de una ideología capitalista que conviene al conservadurismo social de la derecha y de la izquierda tanto como a los *golden boys* de las finanzas.

Todo esto, dicho sea debería moverse a actuar en favor de cierta transformación de las relaciones sociales. El sindicalismo francés comenzó a desplomarse, efectivamente, hace unos veinte años y las centrales sindicales han perdido entre uno y dos tercios de sus efectivos. Inversamente, a pesar de cierto debilitamiento, el sindicalismo ha conservado su fuerza en Alemania, en Suecia y en Italia, lo que ha permitido a este último país seguir con éxito políticamente de liberación y de equilibrio económico sostenido por el principal partido de izquierda y por las grandes centrales sindicales. Ejemplo destacable, casi tanto como el caso danés, holandés y portugués, que dice mucho acerca de la posibilidad de combinar apertura económica y protección social, cosas que la opinión pública francesa continúa considerando incompatibles, lo que ha llevado a nuestro país a navegar entre Escila y Caribdis, generando el descontento y el miedo.

En cierto sentido, resulta legítimo hablar de mundialización de la economía. Pero no se puede, no obstante, afirmar que se esté poniendo en práctica un nuevo modelo integral. Se trataría exactamente, según nos parece, de lo contrario: de la progresiva separación del sistema económico (y sobre todo de la economía financiera) de un conjunto social en el cual debería estar integrado, y de unas reacciones sociales, culturales y políticas que cada vez se hacen más identitarias, es decir, fundadas sobre la afirmación de ciertos intereses que ya no son económicos, sino que se alimentan de su propia conciencia colectiva (ya sea ésta étnica, nacional o religiosa). El mundo no tiende a unificarse, sino más bien a fragmentarse. En este sentido, Huntington tiene razón frente a Fukuyama, pero los libros del primero no gozan de tanto predicamento como los del segundo. La idea de un modelo social aceptado (aunque no respetado) por todos, que combine economía de mercado, democracia representativa y tolerancia cultural, es manifiestamente falso, mientras triunfan en numerosos lugares del mundo los integristas de todos los pelajes. Estados Unidos es el país más tocado por las «políticas identitarias» que destruyen el concepto de ciudadanía, por tanto la capacidad de acción política, y esto tanto más cuando los partidos se encuentran cada vez más influidos por los *lobbies* financieros.

Ante semejante peligro de fractura social se yuxtaponen dos discursos: el de la mundialización económica y el de la identidad cultural. Y esto es causa y consecuencia del desmantelamiento de los sistemas de intervención pública y de los debates propiamente políticos tanto como de la desorientación de las ciencias sociales. Ante el vacío político abierto entre la economía internacional y de la defensa de unas identidades cada vez más particulares, resulta imposible la consolidación de algunos movimientos sociales capaces de transformar la política de un país. Esto explica el recurso de las revueltas callejeras y, en ciertos lugares, a la violencia. Aquellos que hacen de la necesidad virtud, que acentúan el carácter antinstitucional, puramente crítico, de la acción colectiva, contribuyen a cerrar el

círculo vicioso por el cual las situaciones objetivas y las reacciones subjetivas, personales y colectivas se refuerzan mutuamente, lo que contribuye a hacer imposible o debilitar la acción política, es decir, la capacidad de la cual dispone un país para actuar desde dentro de sí mismo con el fin de reducir esta peligrosa disociación entre la economía y las diversas culturas.

Este análisis crítico de la idea de globalización desemboca en dos conclusiones. La primera es de tipo histórico. No hay razones para creer hoy día en la formación de una sociedad mundial que no existía ya en 1013, en vísperas de la primera Guerra Mundial. La idea de globalización, como la mayor parte de los compuestos ideológicos, aparece ante la escena pública en el momento en que comienza a perder su utilidad real para el análisis; en particular, en el momento en que en muchos países, como Francia, se habla de nuevo en términos de producción, de intervención pública y también de igualdad y de protección social.

La segunda nos concierne más directamente. Si la idea de globalización, que se quiere el mito fundacional de la sociedad capitalista mundial, no es más que una construcción ideológica, recuperaremos, en el caso de que la hagamos estallar, la conciencia de nuestras posibilidades de actuación, de nuestras responsabilidades y de la pertinencia de nuestros debates de opinión y de nuestras decisiones políticas.

La irracionalidad del movimiento de capitales no puede ser combatida más que por medio de intervenciones voluntariosas y políticas. El desarrollo tecnológico, el aumento del consumo, la lucha contra la fracturación social y en favor de un desarrollo sostenible deben ser nuestros principales objetivos. Nuestra primera tarea ha de ser la de identificar las fuerzas que pueden actuar positivamente y no confundir la crítica activa del capitalismo financiero y de la irresponsabilidad gubernamental con la denuncia global de la economía moderna, tan falsa como lo que ataca, y que preconiza el retorno a soluciones del pasado. Estas cosas deberían liberarnos de los irracionalismos de toda laya.

Poco importa saber si tales populismos buscan deslumbrar a la opinión pública, y en particular a las clases más desfavorecidas, o si ellos mismos se deslumbran y se invisten de la sagrada misión de convertirse en profetas de la desgracia en un mundo en el que el mal se extiende por todas partes, de forma, según dicen, inevitable. Se hace preciso en cualquier caso poner término a semejantes ilusiones, a esos errores y a esas denuncias. Se hace necesario, para ir en dirección por completo opuesta, devolver la prioridad al análisis de los hechos y sobre todo a los debates de opinión y a las propuestas de actuación, pues nuestro margen de libertad es sin duda amplio. Casi se podría decir que no cesa de aumentar a medida que el crecimiento, como consigna la admirable expresión «crecimientos sostenibles» (*sustainable growth*), depende de factores cada vez más indirectos, puesto que no se trata solamente, con tal de alcanzar la modernización, de acumular trabajo y capital, o de disponer solamente de carreras, de escuelas, de administración pública y de ordenadores, sino que también resulta imprescindible asegurar la supervivencia de unos frágiles sistemas sociales, cuyas fronteras han de permanecer abiertas, establecidos en un ambiente cambiante y poco previsible. Ciertamente, debemos dejar de lado las ruinas y las ilusiones configuradas a imagen del desarrollo voluntarista de posguerra; pero debemos, aún más, recuperar el sentido de posibilidad de la acción y las exigencias sociales y morales sin las cuales no habrá esperanza de resistir la formidable presión de un sistema capitalista que se extiende al conjunto del planeta.

En este contexto adquiere toda la significación la pregunta que da título a este libro: ¿cómo escapar del liberalismo?

Por desgracia, algunos países, y en especial Francia, han de resolver al mismo tiempo dos problemas diferentes. Deben, efectivamente, escapar del liberalismo, aunque se dé el caso de que no tengan puesto en él más que un pie (¿no resulta ridículo oír hablar de liberalismo radical en un país en el que el Estado administra más de la mitad de los recursos de la nación, sea directamente, a través de los sistemas de protección social, o, incluso, interviniendo en la economía?). Los países que todavía no han dejado atrás el viejo sistema de control social de la economía, y que dudan en crear uno nuevo, se encuentran en la situación más delicada. Sobre ellos pesa la amenaza de hundirse en el capitalismo salvaje, incluso si se produce el caso de que vean cómo se desarrollan dentro de su seno cierta oposición radical que rechaza de pleno la modernización ofrecida por el capitalismo, oposición que confunde la comprensible revancha de los excluidos del sistema de la perpetuación de los corporativismos y de los intereses heredados. Los populismos de cualquier signo, entre los cuales destaca como más significativo y peligroso el del Frente Nacional (si bien algunos otros tienen origen también en el apoyo de la extrema izquierda), enmascaran y hacen insolubles las actuales dificultades, pese incluso a que la sociedad francesa se comporta, tal y como demuestran sus actos, de manera más creativa que sus pseudoteóricos, viéndose capaz de conciliar la eficacia económica y esas nuevas reivindicaciones susceptibles de reconducirnos hacia una nueva forma de entender la sociedad.

Por el hecho de que todavía vivimos, desde el punto de vista de la práctica y sobre todo del espíritu, bajo el síndrome de aquel viejo Estado reconstructor de posguerra (pese a que estamos comprometidos ya de manera irreversible con un nuevo ambiente internacional y con otro espacio cultural]), nos encontramos en una posición de equilibrio inestable. Seguramente nuestras prácticas económicas y la oposición pública se han transformado lo suficiente como para insuflar cierto dinamismo satisfactorio en la sociedad francesa. Pero la ausencia, durante largo tiempo, de alguna acción política que combinara la búsqueda de beneficios económicos con determinados objetivos sociales, ha dejado intactas todas las formas de adhesión al pasado y todas las variantes de populismo, como si sólo tuviéramos que elegir entre un capitalismo apatrida e impersonal y cierto jacobinismo en cierta contradicción con las prácticas y la vida cotidiana.

Si no dispusiéramos de ningún otro porvenir salvo de la caída en el capitalismo salvaje, yo elegiría unirme a los viejos republicanos o a los populistas de izquierda. Pero tan sólo el descaro intelectual más extremo puede hacernos creer que hemos de enfrentarnos a semejante elección. El final del siglo XIX, en pleno empuje capitalista, vio la aparición de una legislación social, y por extensión de una democracia industrial, de la cual las sociodemocracias de comienzos del XX fueron sus herederas. Durante esa época la vida intelectual no se redujo nunca al mero y obstinado rechazo de la civilización industrial. ¿Por qué algo similar no podría pasar también en la actualidad? La respuesta surge al punto: porque los poderes políticos nacionales no pueden hacer más que dar muestras de impotencia y porque las instituciones europeas sólo son eficaces cuando se ponen al servicio de la libre circulación de capitales y de la integración de un espacio económico tan vasto como el de Norteamérica. Ahora bien, vuelvo a repetir, tal visión no posee el menor fundamento. Entre la economía internacional y nuestras vidas personales continúa interponiéndose cierto espacio político que en modo alguno se encuentra vacío, incluso si, como es el caso, parece lento y difícil pasar de los arreglos de los problemas de la sociedad industrial a los de la sociedad de la información, de los problemas de la economía administrada a los de la economía de mercado.

Las elecciones determinantes que hemos de hacer, competitividad económica o protección social, construcción europea o identidad nacional, nos dejan sumergidos en la desesperanza y en la confusión, pues no queremos renunciar a ninguno de esos objetivos que, según se nos dice, son incompatibles. Liberémonos de tales discursos catastrofistas, de estas dicotomías artificiales.

¿Quién podría creer que el producto de nuestras actividades sólo se destina al comercio internacional, por parte, y a la Seguridad Social, por la otra? La mala gestión de las empresas públicas, el fracaso escolar, la segregación urbana, el reclutamiento inadecuado de las élites políticas, las trabas administrativas a la innovación; semejantes aspectos, ¿deben ser protegidos al precio que sea? La innovación tecnológica, la ampliación del mercado interior, los tipos impositivos y de la cotización social, ¿tienen verdaderamente tan poca importancia para la competitividad de la economía francesa? ¿Cómo si estas cosas sólo pudieran ser gestionadas y dirigidas desde el exterior, desde esos dichos mercados internacionales! Por lo mismo, ¿hace falta recordar una vez más que las dos terceras partes por lo menos de nuestro comercio exterior se realizan en el interior de la Unión europea y en proporciones todavía más elevadas, por consiguiente, en ese conjunto compuesto por la Europa Occidental y los Estados Unidos?

Que por gusto a la polémica se le achaquen todos los males habidos y por haber a la burocracia francesa, o que otros discursos, igualmente extremistas, expliquen nuestras miserias recurriendo al aperturismo de los mercados internacionales, quizá satisfaga a quines de continuo tropiezan con disparates administrativos o que se han visto abocados al paro por culpa de la desterritorialización de sus empresas. Pero estas reacciones perfectamente comprensibles se convierten en absurdas cuando con ellas se pretende explicarlo todo. Incluso pueden convertirse en escandalosas para una inteligencia media: ¿con qué derecho se condena por ejemplo a todas las empresas multinacionales, cuyas políticas han desempeñado papeles de relevancia en la aparición de nuevos países industrializados (gracias a lo cual, por otra parte, nuestro comercio exterior sigue siendo excedentario)? ¿Verdaderamente cabe defender la Seguridad Social sin defender al mismo tiempo, una vez vistos los mediocres resultados que son de dominio público, la necesidad de adoptar ciertas reformas en pequeños hospitales que apenas muestran actividad suficiente como para adquirir los medios y competitividad adecuados?

No se trata tanto, como se habrá comprendido, de hundirse en el centrismo como de rechazar elegir entre un «absoluto mercado» o un «absoluto Estado».

¡Dejemos de dar miedo a la opinión pública para que así no haga nada! No son pocos los riesgos, pero tampoco faltan posibilidades de elección. Mientras intentamos desembarazarnos al mismo tiempo del pensamiento único y del contrapensamiento único, distingamos igualmente entre las buenas y las malas maneras de salir de la actual transición liberal, de este recorrido doloroso y necesario que va de un tipo de control social de la economía a otro nuevo, de un espacio político a otro distinto.

Capítulo 2

LAS CUATRO FORMAS DE SALIDA

No vale la pena insistir más sobre ello, Aunque podemos felicitarnos de que las fuerzas del mercado han contribuido a hacer volar por los aires cualquier proteccionismo económico y social de carácter pernicioso, no se debería sin embargo reducir la sociedad al mercado y permitir la desaparición de algún control político y social de la economía. De nada sirve apelar a esa confusa idea de globalización si se enmascaran los perjuicios del capitalismo salvaje, cada vez más de tipo financiero y amenazador para el crecimiento económico, los intentos de autocorregirse de numerosos países y el resurgimiento de ciertas aspiraciones largo tiempo ahogadas por la ausencia de esperanza.

Esta postura no es la meta a que aspiro llegar: se trata por el contrario de mi punto de salida, pues ya se sabe que el debate político e intelectual de hoy día no pasa por efectuar la condena del liberalismo. El más que liberal Tony Blair no piensa, en modo alguno, que el mercado pueda resolver todos los problemas de la sociedad, como tampoco lo piensa el centrista brasileño Fernando Henrique Cardoso o el gobierno chino. El triunfo del capitalismo resulta tan costoso y tan insostenible que en todas partes se busca puertas de salida al actual momento de «transición liberal». Pero existen remedios que son aún peores que la enfermedad; otros se demuestran inoperantes. Se trata de encontrar la mejor salida.

HACIA ATRÁS

La primera reacción a los cambios cada vez más veloces del mundo contemporáneo —que por otro lado tienen tantos aspectos positivos— consiste en atrincherarse en la identidad, en la historia, en la lengua. Es una reacción en donde lo verdadero y lo falso, lo útil lo peligroso se encuentran tan íntimamente mezclados que se hace imposible tanto su aceptación como su rechazo. Nadie tiene derecho a pedirle a los franceses que disuelvan su conciencia o su organización nacional en virtud de cierta hipotética social mundial. Pero esta defensa de la nación sólo puede considerarse positiva si, en lugar de exaltar determinada sociedad, se apela a una gestión democrática y nacional de la economía y de los cambios sociales. En efecto, la tendencia actual hacia la dualidad en nuestras sociedades, lo que las hace progresivamente más similares a las sociedades latinoamericanas, ha de ser contenidas; y es que la defensa de una identidad nacional saludable y de la acción del Estado nacional es parte integrante de eso que se suele llamar el desarrollo.

Todavía haría falta construir otro nuevo sistema de control de la economía, que no debería parecerse prácticamente en nada a éste que amenaza ruina desde hace veinte años, y dejar atrás la oposición retórica entre «absoluto mercado» o «absoluto Estado». En primer lugar sería preciso renunciar a conservar tal cual los residuos degradados de la economía dirigida. La defensa de las clases más desfavorecidas no ha de pasar por aprobar la huelga de los pilotos de Air France, con lo discutible que resulta que éstos integren tal categoría. En cuanto a los sindicatos de funcionarios, mayoritarios en Francia, se mezcal en éstos la defensa de intereses legítimos con cierto lenguaje revolucionario y el mantenimiento de unos privilegios que contribuyen a acrecentar la división de la sociedad entre quienes gozan de protección y todos los demás.

Lo que intento combatir aquí no es tanto la resistencia a los cambios o las discordancias entre un discurso incendiario y algunas prácticas puramente defensivas; es esa apelación al Estado para subordinar los problemas económicos, sociales y culturales a cierta lógica propiamente estatal, y al mismo tiempo nacional y burocrática. Este recurso no es nuevo, y explica en gran parte el retraso francés en el capítulo de modernización económica, social y cultural.

A fines del siglo XIX, Francia se ocupó bastante poco de la cuestión social, es decir, de la explotación de los obreros, mientras andaba preocupada por el reforzamiento del Estado republicano frente al poder de la Iglesia. Una acción justificable por otro lado, de hecho, y que permitiría poner fin al clericalismo y a la escandalosa condena de Dreyfus, aunque hizo olvidar la necesidad de organizar un poderoso movimiento obrero. Anticlerical y colonialista, la izquierda olvidó la preocupación por los aspectos sociales. De este modo, Francia experimentó un gran retraso con respecto a Gran Bretaña y a Alemania en materia de sindicalización de legislación social. Hasta 1936 y 1945 no se votaron en Francia un conjunto de leyes sociales, a iniciativa del Estado más que por la presión de las fuerzas sociales. Las guerras mundiales reforzarían esta tendencia, y la cogestión gaullista y comunista de la Francia de la Liberación desembocó en el punto más álgido de oposición entre el Estado, considerado como agente de lo universal y de la ciudadanía, y la sociedad civil, reducida a la defensa de algunos intereses particulares. Este discurso se hace patente cada vez que el sector público se reafirma como el lugar de la libertad, y explica que su función principal consiste en proteger a los ciudadanos de las desigualdades y del excesivo provecho. Por espacio de largo tiempo, tal vez hasta el episodio de Vilvorde, Renault ha aparecido como una empresa de distinta naturaleza a la de Peugeot, y la distribución del gas se ha beneficiado de una consideración más alta que, por ejemplo, la producción de pan.

Lo que se ha de cuestionar es la idea, tan extendida en Francia, de que los asuntos políticos son más importantes que los asuntos sociales. La concepción republicana afirma que la sociedad se debe ver subordinada con respecto al mundo de la política, por lo mismo que la sociología ha de estar subordinada a la filosofía. Y no obstante, esta idea ha ido cargándose progresivamente de consecuencias negativas. Tan cierto es que ninguna sociedad puede ser libre ni democrática sin recurrir al recurso superior, previamente establecido, de la igualdad, como es el de la igualdad ante ley, como que tal principio se arriesga siempre a permanecer en desconexión con la realidad social.

Francia es el país que ha promulgado con más celeridad los derechos políticos, pero no ha sido capaz de aplicarlos con sabiduría en situaciones sociales concretas. ¿a santo de qué, debieron pensar los obreros de los Ateliers nationaux, hemos de ser considerados ciudadanos si tenemos que trabajar en condiciones inhumanas o si nos privan de empleo? Eso fue lo que desembocó en la gran crisis social de la industrialización capitalista, en las jornadas de junio de 1848. Fueron seguidas, después, por la Comuna de París y por la represión, aplaudida por numerosos republicanos, que ahogaría la revuelta. El mejor observador de los sucesos franceses de 1848 y 1871, Karl Marx, criticó con razón el «espejismo político» de los franceses, que condujo por ejemplo a la joven Comuna de París a expulsar de su seno a los representantes de la Internacional.

Este modo de pensar adquiere formas diversas y se manifiesta en casi todos los sectores de opinión. Se trata, en primer lugar, de situar todas las responsabilidades, los conflictos y las soluciones en la esfera del Estado. Nada resulta más común que la crítica a los tecnócratas, acompaña hasta el punto de apelar al... mismo Estado, para que se oponga a las fuerzas del mercado. Se viene escuchando habitualmente, y en especial desde el año

1995, cómo se critica a la burguesía de Estado en nombre de la pequeña burguesía de Estado, para retomar la expresión de Pierre Bourdieu, como si esta última no perteneciera también al Estado o no deseara implantar sus propias categorías dentro de la realidad social, tal y como se advierte en la enseñanza y en las administraciones que disponen de alguna influencia sobre la esfera económica.

Si nos limitamos a la recurrencia exclusiva del Estado, nos exponemos a ciertas contradicciones: ¿es el Estado anticapitalista o tecnocrático, y por lo tanto estatista? En períodos de paro y de precariedad la intervención destacada del Estado, ¿está encaminada siempre a ayudar eficazmente a los más débiles o, por el contrario, favorece a los miembros del aparato de Estado, a todos los niveles? Y si no resulta contradictorio, tal como pienso, el querer mantener la Seguridad Social y el reforzar al mismo tiempo el sector productivo, ¿la persecución de estos dos objetivos no supondrá una clara rebaja del número de intervenciones de Estado destinadas no a mejorar la eficacia económica, sino la justicia social?

Aquellos que sólo hacer referencia a Estado, ya sea para atacarlo o para defenderlo, son los últimos representantes de una forma de gobierno de posguerra en la que, en casi todos los países, por entonces en ruinas o de reciente formación, el papel jugado por el Estado se suponía necesariamente fundamental. Entre los críticos más radicales al Estado y sus defensores más arrogantes existe gran similitud de puntos de vista y una misma incapacidad para comprender que el papel del Estado, agente esencial a la vez de la modernización y de las formas, ha sido reemplazado desde hace bastante tiempo (con éxito en numerosos países) por la pareja, al mismo tiempo conflictiva y dinámica, formada por una economía concurrencial y determinados movimientos sociales que buscan librarse del patronazgo del poder público, a la vez que se enfrentan con quienes se conforman con cierta lógica propiamente capitalista. Apelar de continuo al Estado debilita considerablemente los sectores económicos y dificulta de forma todavía más espectacular la aparición de nuevos agentes sociales. Se puede comprender a los ferroviarios cuando defienden sus privilegiados derechos; pero no deja de resultar peligroso tomarlos como representantes de todos los excluidos.

Los conflictos sociales de posguerra expresaban su preocupación por cómo se iban a repartir los beneficios del crecimiento. En los actuales se reconocen dos objetivos primordiales: la resistencia a la polarización de la sociedad, por una parte, y por otra la reivindicación de los derechos culturales en esta nuestra sociedad, no sólo progresivamente más multicultural, sino en la cual los derechos personales adquieren cada vez mayor relevancia en relación con la búsqueda de la distribución equitativa de los recursos.

El espíritu republicano se resistió durante largo tiempo a las demandas de derechos culturales, a tomar en cuenta a las minorías y cuanto supone diferencia, es decir, que no prestó debida atención a lo que sería la aplicación de los derechos humanos en el campo de la cultural. Por contra, se ha hecho el panegírico de la Francia una e invisible, muy a menudo con el único fin de aniquilar por completo cualquier rasgo de identidad particular. Al menos, hoy día cabe constatar que semejante rigor comienza a atenuarse y a abrirse por medio de prácticas mucho más respetuosas con la diversidad. Anteriormente, valga como ejemplo, a la escuela de la República se la denominaba la escuela del pueblo, aunque durante bastantes años la enseñanza pública mantuvo dos ramas distintas, la primaria-profesional y la secundaria-superior, para servirnos de las expresiones de Baudelot y Establet. Por otra parte, ministros considerados muy republicanos han adoptado medidas

represivas en contra de los extranjeros. De hecho, esta reacción republicana no es de derechas ni de izquierdas, sino que se trata, simplemente de un paso atrás.

El concepto de igualdad sólo dispone de fuerza si se enfrenta con firmeza a las desigualdades, lo que la pone al mismo nivel que la idea de equidad. Durante décadas, la izquierda republicana ha alabado la tarea igualitaria de la escuela pública, pese a que en Francia algunos sociólogos, de Naville a Girod, de Bourdieu a Boudon, de Baudelot y Establet a Prost y Dubet, demostraron que ésta mantenía las desigualdades en lugar de atenuarlas, y, más recientemente, que además aumentaba tales desigualdades, por lo que era erróneo descargar de responsabilidad a la escuela, como si solamente fuera mera transmisora de ciertas desigualdades de nacimiento. Estas observaciones han llevado a admitir la necesidad de una política «niveladora», eso que llamamos «discriminación positiva» y que los norteamericanos denominan «acción afirmadora», si bien sería más sencillo designarla con el término de «equidad». Los desprestigiadores del pensamiento único acusan a esta palabra de traicionar el espíritu de la República. ¿Será necesario, por lo mismo, señalar con el dedo el pensamiento de John Rawls, en cuya base se encuentra una noción de equidad que, por extensión, está vinculada con la tradición socialdemócrata? ¿acaso supone una aberración el fijar por debajo de la media la edad de jubilación de los mineros, puesto que, como otros tipos de asalariados que ejercen tareas físicas o mentales muy duras, su esperanza de vida es inferior a la de otros trabajadores? Las medidas niveladoras puestas en práctica han sido inspiradas por la noción de equidad, cuando apelar de manera general a la igualdad no reduce en nada las desigualdades reales. Es fácil afirmar que los extranjeros que llegan a Francia deben ser acogidos si su vida está amenazada en su país de origen y que han de acceder con facilidad, e incluso automáticamente —por lo menos los niños nacidos en suelos francés— a la nacionalidad, pero este noble discurso, que proclama que Francia es el país de la libertad y que la identifica con toda una serie de valores universales, ha desembocado en la asimilación impuesta, o dicho de otro modo, en la renuncia a cualquier rango de identidad particular, como si integración y defensa de la identidad fueran dos lógicas enfrentadas. Para decirlo claramente, Francia se permite rechazar cada vez con mayor rudeza a los extranjeros que se encuentran en su suelo por el motivo de que la mayor parte de los franceses creen que, si no tienen ambos pies dentro, es necesario dejarlos fuera. Y, sin embargo, somos demasiado conscientes de que las sociedades, a diferencia de las puertas, deben estar al mismo tiempo abiertas y cerradas.

La realidad francesa se ha desarrollado por fortuna al margen de tales declaraciones de principios, aunque éstas la han preparado mal para entender el conjunto de reivindicaciones actuales más relevante, a saber, la de ser a la vez igual y diferente, un derecho que las mujeres han sido las primeras en exigir, pese a las dificultades en obtenerlo. Apelar a la República una e indivisible, en una situación en la que, por el contrario, sería preciso combinar diversidad y unidad, en la que ya no es posible esconder la propia identidad dentro del ámbito privado, puesto que ha invadido la vida pública, nos suena actualmente como una especie de retórica antimoderna caracterizada por la obsesión por el pasado.

Francia es el único país europeo que se percibe a sí mismo en crisis desde hace veinte años. No sin alguna razón, ya que hace cuanto está en su mano para protegerse de cualquier idea novedosa, de las nuevas estrategias económicas, de las soluciones pertinentes requeridas por las nuevas necesidades educativas. Eso no significa de ningún modo que debamos entregarnos al liberalismo, sino que resulta absurdo el mantenimiento

de cualquier aspecto que parezca guardar la menor relación con la llamada «excepción francesa»

El espíritu republicano se manifiesta también de otra manera, menos extremista, pero que contribuye igualmente al agravamiento de la crisis social. Este espíritu se obstina, en efecto, en mantenerse alejado de los conflictos más serios y en situarse a parecida distancia de la pretendida eclosión del liberalismo, más verbal que real por otra parte, y de las muy radicales acciones críticas en relación con esa política. Se identifica en especial con un centrismo preocupado sólo por el restablecimiento del orden y de la seguridad y en hacer respetar la ley, tanto por los más poderosos como por los más débiles. Esto encuentra evidente traducción en medidas más concretas y más represivas contra los segundos más que contra los primeros. El espíritu republicano renueva así una larga tradición de indiferencia o de desconfianza en lo relativo a la lucha en favor de los derechos sociales y culturales, una tradición que ha llevado siempre a los movimientos reivindicativos a la adopción de lenguajes revolucionarios e incluso a situarse en la órbita de partidos de signo revolucionario fuesen grandes o pequeños.

En la actualidad, se advierte claramente que el debate a favor o en contra del pensamiento único aburre a la opinión pública. Este cansancio puede traer como consecuencia el deseo muy positivo de que se adopten medidas sociales concretas, quizás parciales, pero de efectos patentes; pero puede conllevar igualmente el olvido de los problemas sociales más serios y a conceder prioridad a la defensa de la ciudadanía y a la lucha contra la diferencia.

Son muchos los que surgieron que, aunque se conceda prioridad al restablecimiento del orden público, de la autoridad y de la seguridad, estos objetivos no tienen ninguna connotación represiva o reaccionaria. Pero, ¿cómo no percibir aquí el retorno de aquella vieja concepción que hablaba de ciertas clases sociales peligrosas por las cuales la clase media —por entonces se decía la burguesía—, se sentía intimidada? Y puesto que en el siglo pasado la formación del movimiento obrero restó virulencia al tema de las clases peligrosas, y que la acción del proletariado redujo la violencia del subproletariado, ¿no haría falta hoy día adoptar la misma línea de acción? En razón de la ausencia de nuevos movimientos sociales, de su aparición y reconocimiento, de la ausencia también de reformas serias, los discursos sobre la crisis de la autoridad, la entrega a un ocio fútil, el rechazo de la disciplina colectiva y el culto a la diversidad conservar un fuerte regusto de orden moral del que sus autores pueden ser o concientes. Esto quizás conduzca a cierto espíritu represivo o al desprecio de las positivas reivindicaciones que surgen, mezcladas con conductas propias de momentos de crisis, en las categorías más castigadas por la pobreza, la discriminación y la desorganización social.

Las llamadas de atención de tantos intelectuales, de políticos y de sindicalistas en favor de los valores fundamentales de la República resultarían más convincentes si aceptaran, en el campo de la educación, la constatación de que la educación atraviesa una grave crisis. Ciertamente, ellos mismos no ignoran que la escuela, hoy en mayor grado que ayer, no contribuye a reducir la desigualdad, y que en un mundo incierto el apoyo de la familia resulta más decisivo para los alumnos que su voluntaria entrega a las exigencias del conocimiento. Y sin embargo...

Cuando Philippe Meirieu, en una memoria sobre los liceos y en respuesta a sus detractores, recuerda que es imposible efectuar distinciones entre el aprendizaje y los conocimientos —si de lo que se trata es de evaluar la escuela, el papel de la enseñanza y la toma en consideración de las condiciones sociales e individuales en las que se mueve el

alumno— se expresa con tal rigor que no se entiende cómo se podrían contestar sus análisis. Cuando se denuncian ciertas prácticas dejatorias, ¿quién podría renunciar a condenar junto a él esas dos formas de comunicación que hoy son una espontaneidad mal entendida y el atrincheramiento del enseñante tras un estatuto de sabio que le impele a instruir antes que a educar?

La exasperación e incluso la indignación, que suscita las reflexiones y propuestas sobre la escuela no toma en cuenta que el valor universal de saber no se impone por sí mismo y que éste, en todo caso, solamente ha logrado tener virtudes liberadoras directas cuando la sociedad se encontraba en estado de fragmentación y dominada por poderes y jerarquías heredadas de antaño. En nuestra sociedad, en la cual el placer por un lado y el éxito profesional por otro, juegan papeles tan significativos, la referencia a la importancia del saber se debilita si no pone esas motivaciones al mismo nivel que las obligaciones que lleva aparejadas todo aprendizaje, lo que se resume en el esfuerzo. Los «húsares negros» llevaron a cabo su misión, como era la de hacer añicos las fuerzas locales y clericales de control social y la de vincular la confianza en la ciencia con la construcción de la nación republicana. Pero estos objetivos, que tan nobles nos siguen pareciendo hoy día, no podrían ser alcanzados si no se sitúa la comunicación pedagógica, y por tanto al alumno, en el centro de la práctica educativa.

Yo mismo participé no hace demasiado tiempo en cierta asamblea de enseñantes, alumnos, representantes de padres de alumnos y sindicalistas que, en la academia de Orléans-Tours, discutió los resultados de la gran consulta propuesta por Philippe Meirieu y por los miembros de su comisión. Sólo se pusieron reparos a dos de los asuntos sobre los que habían girado las respuestas de los alumnos: éstos pedían mayor autonomía personal y una comunicación más fluida con el profesorado. ¿Cómo es posible afirmar que estas demandas se oponen al acceso al saber y a la disciplina que éste exige?

De hecho, quienes se escandalizan porque se ponga al niño en el centro del sistema escolar expresan cierta inquietud real, la del desbordamiento —o incluso el derrumbamiento— del viejo sistema escolar y de la imagen que éste ha adoptado frente a las transformaciones culturales y las crisis sociales que ahora experimentamos, razón por la cual se prefiere a veces aferrarse a la imagen idílica de un modelo gravemente amenazado por el miedo de la descomposición (descomposición que, efectivamente, puede ocasionar el desarrollo de la espontaneidad, por un lado, y del comunitarismo, por el otro).

Pero, ¿cuál es la razón de semejante pesimismo? No hace falta recurrir al catastrofismo y a la creencia en nuestra impotencia frente a las fuerzas del mercado o del Estado burocrático. Por lo contrario, es necesario afirmar que en materia educativa, como antaño, lo esencial es considerar a los individuos y a los grupos como posibles actores sociales, y no solamente como víctimas manipuladas o sin recursos. A partir de tal convicción será posible poner en acción algunas reformas gracias a las cuales se podrán reducir verdaderamente las desigualdades, eliminando la marginación y acrecentando la capacidad de iniciativa de cada uno. Tres objetivos que no hay por qué ver en la lucha entre sí.

HACIA ABAJO

Puesto que la globalización es la ideología de las fuerzas dominantes, de todos los que sueñan con sistemas de comunicación cada vez más efectivos, aniquiladores a su paso de cualquier forma de subjetividad, de la protección social, de la memoria colectiva y de los proyectos individuales, la salvación llegará de los dominados y a su amparo.

La idea de que sólo los esclavos, y no los amos, se encuentran en situación de comprender esa misma relación y de transformarla es tan cierta hoy como lo era en tiempos de Hegel. Es necesaria, en efecto, la formación de nuevos movimientos sociales susceptibles de desencadenar las formas políticas. Todavía hace falta que los dominados tengan alguna cosa que defender y, al mismo tiempo, que hablen en nombre del conjunto de la sociedad, que sean y se perciban a sí mismos como los defensores de la igualdad, del derecho al trabajo, a la diferencia o a la seguridad. Pues aquellos que sólo se pueden caracterizar por eso de lo que son privados no han sido nunca a lo largo de la historia los protagonistas de su propia liberación. Todo lo más, su revuelta hizo surgir las contradicciones del sistema dominante, pero fueron las nuevas élites políticas e intelectuales las que sirvieron de la fuerza de agitación y de la miseria de los dominados para instaurar un nuevo poder definido, solamente por tales élites, como más racional, más nacional o más conforme con la voluntad divina. De este modo, los poderes nacidos de la toma violenta del poder en nombre de un pueblo dominado, explotado o alienado se fueron convirtiendo en totalitarios. El Estado que conquistaron condenó al silencio a ese pueblo y a esa sociedad en nombre de los cuales hablaba, y pronto se declaró la guerra interior y exterior contra quienes serían designados como enemigos del pueblo, solamente porque rechazaban su poder absoluto sobre el pueblo real.

Cada vez que el infortunio de los dominados, de los explotados o de los marginados aparece en la escena de la historia, ésta duda entre la formación de un movimiento social o la irrupción de ideologías y de fuerzas políticas que devuelvan a los dominados a su miserable situación inicial. ¿Qué es lo que distingue ambos procesos? En el primero, los dominados defienden intereses positivos, que el conjunto de la sociedad percibe como tales y que reconoce como legítimos. No fueron los proletarios, los albañiles de obra o las mujeres de los talleres textiles quienes levantaron el movimiento obrero y acabaron por imponer su idea de los derechos sociales; fueron, por el contrario, quienes tenían un empleo que defender contra la sumisión a las normas de producción impuestas por la lógica del beneficio. Del mismo modo, tal como ha puesto de manifiesto Frantz Fanon, no serían los colonizados más alejados de la metrópoli, los más fuertemente anclados en su cultura, los que iniciarían los movimientos de liberación nacional, sino quienes habían recibido instrucción, en general en el mismo país colonizador, y que eran ahora concientes de sus derechos.

En la actualidad, el peligro de que los dominados no puedan constituir nuevos movimientos sociales es agudo, puesto que se caracterizan por verse excluidos, por la carencia de empleo de papeles que debieran permitirles desarrollar existencias normales dentro del país. Por tal razón, nuestro principal problema es y será durante largo tiempo el siguiente: ¿cómo pasar de la marginación a la protesta, del aislamiento a la defensa de los derechos por todos reconocidos, de la revuelta ocasional a una acción política constante?

Este cambio profundo, el de la aparición de los nuevos movimientos sociales, sucede ante nuestros ojos, y a ellos consagraremos el tercer capítulo del libro. Pero antes de

llegar a las acciones de carácter liberador, será necesario salvar una serie de obstáculos. Y en especial escapar de quienes dirigen la vista hacia el pasado, de quienes quieren defender al precio que se los intereses y valores de la pequeña burguesía de Estado en un universo en el que la mundialización de la economía, al igual que el aumento de la marginación y de la pobreza, y el auge de los nacionalismos, amenazan lo que ellos llaman la República.

Es el movimiento de señalar el segundo peligro que amenaza con destruir los movimientos en período de formación, y por lo tanto la misma democracia: el populismo. Éste ha vehiculado siempre, en los países y en las épocas más diversas de la historia, el rechazo de todas las instituciones y los sistemas de representación, pero también de cualquier intento de libre pensamiento, y todo en nombre de la esencia del pueblo. Populista resulta así la apelación como por ensalmo de las fuerzas populares a las que, sin embargo, se trata de reducir al silencio mediante la puesta en funcionamiento de un sistema de dominación absoluta. El pueblo necesita de guías, individuales o colectivos, que le liberen de quienes le utilizan en su propio beneficio y que han de permitirle recuperar su identidad y la conciencia de su fortaleza; tal es el credo de los populistas.

El populismo no es de derechas ni de izquierda, puesto que se sitúa fuera de las categorías de representación política. Aunque se hace muy ostensible en el espacio que se abre más allá de la derecha, se puede percibir también en ese otro que hay más allá de la izquierda. Se le suele encontrar, pues, tanto a la izquierda de la izquierda como a la derecha de la derecha. En Francia actual, el Frente Nacional propone la forma más organizada de populismo. Este partido se constituye a partir de grupos fascistas, de cristianos tradicionalistas y de *poujadistas*, aunque se nutre igualmente, por un lado, de la desesperanza e inquietudes de las clases populares de la sociedad industrial y, por otro, la de crisis de la derecha parlamentaria, que se ha desestructurado y vuelto a ordenar a partir de una especie de pared maestra, como en cierto nacionalsocialismo heredado del gaullismo, mientras ponía en marcha al mismo tiempo una política económica liberal. El Frente Nacional pretende dar voz al rechazo, a la marginación y al exclusión, antes que poner en pie algún programa de gestión de esas transformaciones que hoy experimentan todas las sociedades.

Por el lado de la extrema izquierda, ésa que lucha contra la izquierda plural tanto como contra la mundialización, han surgido otras formas de populismo, que consisten en la denuncia de los dominadores pero sin favorecer la acción autónoma de los dominados; además, desconfían de las instituciones representativas y consideran necesario el recurso a la violencia. Atacan alevosamente a los intelectuales convencidos de la importancia de los nuevos movimientos sociales, tal y como antaño hacían los comunistas que perdían el tiempo luchando contra los socialistas, tildados de «social-traidores», cuando lo obligado hubiera sido aliarse con ellos para frenar el auge de los fascismos durante los años veinte y treinta.

La capacidad de acción de los dominados se ve debilitada cuando se definen solamente por esa identidad de la que son privados. Eso conduce a la proliferación de minipopulismos, a los que no hay que confundir con las actuaciones que, pro el contrario se dan como principal misión el incrementar la capacidad de intervención de las clases dominadas o marginadas. Estas políticas de denuncia y de rechazo han cortado a menudo el paso a la formación de nuevas fuerzas. Recordemos un ejemplo que luego volverá a aparecer. Mientras que Aides logró hacer de los homosexuales aquejados de sida los protagonistas de excepción en lo que a transformación de hábitos y gestión de su enfermedad se refiere, Act Up se concentró en la denuncia y alcanzó una mayor resonancia.

Intentemos, sin embargo, no sacar conclusiones apresuradas. Decir que Aides es una organización moderada y que Act Up puede considerarse radical no tiene el menor sentido, pues ambas siguen caminos distintos, la segunda rechazando por completo lo institucional y la primera intentando agitar la conciencia pública y transformar al mismo tiempo las leyes y los hábitos sociales. Pese a que la voz de Act Up se ha escuchado más, la tarea de Aides es la que ha obtenido mayores resultados, ya que la opinión pública, en pleno momento de auge de la enfermedad, cesó de fustigar a los «maricones» y reconoció el derecho de los homosexuales a vivir libremente.

¿Cómo no pensar, a partir de este caso relativamente limitado aun que ejemplar, en el Mayo del 68, el cual se acaba de conmemorar, con un consenso inquietante, por su aportación liberadora? Han sido necesarios, en efecto, treinta años para que el movimiento antiautoritario simbolizado por la figura de Daniel Cohn-Bendit sea reconocido como el principal protagonista de Mayo del 68, a pesar de que en aquel momento y durante una larga década fuera la revolución proletaria de trotskistas y maoístas lo que parecía la esencia de aquel movimiento estudiantil y popular. Un contrasentido histórico que se explica por la gran resonancia de las ideologías revolucionarias en este país que, como he dicho antes, de la impresión de estar siempre más interesado por el Estado que por la sociedad, por la acción política que por el sindicalismo, por la llamada a la unidad que por el reconocimiento de las diferencias.

Hoy, los grupúsculos vuelven a estar de actualidad, y algunos veteranos de 1968 regresan a la superficie. Destaquemos no obstante que el más conocido de ellos, Alain Krivine, está dando prueba de clarividencia y prudencia. Acción directa, rechazo de cualquier forma de representación, política mediáticas, denuncia de los intelectuales; estas facetas del populismo se manifiestan también en la actualidad y amenazan con dificultar la formación de unos movimientos sociales, importantes desde un punto de vista tanto material como político, basados en la defensa universalista de ciertos derechos que habrán de ser reconocidos por todos.

El movimiento de los «sin papeles» merece que le dediquemos nuestra atención porque ha sabido poner al servicio de quines son perseguidos por la policía, y que se les ha llegado a perseguir incluso en el interior de una iglesia, el apoyo de gran número de ciudadanos que han comprendido que por medio de sus acciones, minoritarias por definición, estos marginados defienden los derechos fundamentales de todos nosotros. Y si las movilizaciones alcanzaron su punto álgido en el momento de pedir la retirada del proyecto de formas del artículo 1º de la ley Debré, ello se debió al hecho de que los franceses que disponían de papeles se sintieron amenazados a su vez por los ataques efectuados contra quienes, al estar privado de los mismos, no disponían de los menores derechos, como son el aspirar a un empleo o a disfrutar de la protección que garantiza la Seguridad Social.

Abramos un paréntesis a propósito de lo dicho. Creo indispensable hablar de exclusión y de lucha contra la exclusión pese a la pertinencia de algunas críticas, como la que Robert Castel ha lanzado en relación con cierto empleo de la palabra «exclusión». Yo mismo la utilizo, pero sin olvidar que se refiere al acto de excluir, mientras que la marginalidad no designa más que determinada situación. Hablar de exclusión implica nombrar, o por lo menos buscar, un adversario, pues se precisa de la acción para evitar la exclusión. De este modo la palabra se utiliza con propiedad, pues está cargada de espíritu contestatario y de ira, como también lo está la palabra «injusticia». Exigir justicia supone acusar a quienes han causado daño a una víctima, la cual, por el sólo empleo de esta

palabra, se transforma ya en actor reconocible. Oponerse a la exclusión implica también reclamar cierta concepción de ciudadanía, el derecho a participar de la vida política, económica o cultural. Esta palabra encuentra, por tanto, su lugar en una manera tan natural en la perspectiva que yo mismo defiendo aquí que su utilización me parece indispensable.

La fuerza de estos movimientos de base, apoyados en una serie de iniciativas democráticas, entre las cuales cabría citar las peticiones efectuadas por cineastas, artistas e intelectuales, ha podido hacer pasar desapercibida momentáneamente la profunda oposición que se establece entre esa ideología populista que apuesta por el rechazo radical y la defensa de unos derechos universales. Vemos ahora aparecer algunos escritos, y se oyen también discursos, impregnados de un populismo puro y duro, cargados de denuncia si bien vacíos del menor análisis. Resulta más sencillo, en efecto, atacar a los intelectuales a los periodistas que analizar la situación económica. En este sentido, el libro de Viviane Forrester *L'Horreur économique* ha llegado a amplias audiencias gracias a sus ataques al funcionamiento de la economía mundial y a la denuncia de situaciones ciertamente injustificables, pero no aporta ningún análisis ni realiza el menor tipo de propuesta.

Lo que de algún modo limita los estragos que podría causar este populismo, tanto hoy como a principios de los años setenta, es la capacidad de reacción de la izquierda política. De la misma manera que el llamado Programa Común nos sirvió para escapar del terrorismo, que fue, por cierto, una forma radical de populismo que sacudiera a Alemania y en especial a Italia, la formación de la izquierda plural ha impedido hasta el presente que lleguen a estructurarse, a partir de movimientos sociales actualmente en formación, ciertos movimientos políticos de extrema izquierda, propiamente populistas.

La amenaza populista es mayor en el movimiento de los «sin techo» y en el que conforman los parados que en el de los «sin papeles», ya que se basa en la apelación a la conciencia moral. ¿Se puede resolver la crisis de falta de vivienda por medio de la ocupación de inmuebles deshabitados? Resulta evidente que no, y nadie, por otra parte, ha pretendido semejante cosa. Pero hay quienes participan de la idea de que la denuncia, efectuada de manera espectacular, bastará para solucionar el problema. La movilización contra el paro atraviesa ahora una situación todavía más complicada, puesto que la falta de empleo es producto al mismo tiempo tanto de los cambios acaecidos en la economía mundial como de la inadecuación de las políticas francesas de gestión, educación y explotación de los recursos. Por eso, siguiendo la estela de las iniciativas adoptadas por Maurice Pagat, las iniciativas de Assedic han buscado alcanzar un fuerte impacto; claro que, paralelamente, acciones espectaculares concretas, como la ocupación de la École normale supérieure, de enorme contenido populista, no se han visto acompañadas de ninguna solución práctica.

La tentación populista se encuentra ausente, por lo menos, del movimiento formado pro los profesores de Seine-Saint-Denis, que ha contado con el sólido apoyo de los padres de alumnos y del movimiento de liceistas. Partiendo de una reivindicación a favor de la igualdad, como es que el Estado paga menos por alumno en los departamentos pobres que en los más ricos (cosa que es cierta), este movimiento, defendido por cuatro comunistas tan destacados como el señor Braouezec, alcalde de Saint-Denis, ha desembocado en la necesidad de cierta discriminación positiva para dar más a los que tienen menos; se trata de una búsqueda de la izquierda que se encuentra en la antípoda del populismo. Los alumnos de los liceos, en el otoño de 1998, protestaron también contra cierta desorganización que en especial castiga a los más desprotegidos.

¿Habrá que concluir de manera optimista afirmando que el populismo (el de extrema izquierda tanto como el de ultraderecha) se haya consolidado menos de lo que pudiera creerse y que sus diferentes variantes no impedirán formarse nuevos movimientos sociales y que se renueve la vida política? Yo así lo creo.

El principal peligro proviene, evidentemente, de la ultraderecha, aunque bien cabe esperar que el Frente Nacional encuentre su límite en la propia impotencia política, haciéndose antipático a muchos de sus propios militantes. En lo relativo a la extrema izquierda el pronóstico es más difícil de realizar, hasta tal punto las categorías que promueven resultan frágiles y dispersas. La tentación populista, que encuentra explicación a causa de la extrema desorganización de la acción política que padecemos desde hace un cuarto de siglo, sólo se debilitará si la izquierda política, tanto en Francia como en el exterior, logra evidenciar que la apertura económica mundial no nos reduce a la inacción política y que la mundialización únicamente implica el crecimiento de la exclusión si no somos capaces de oponerle nuestra voluntad política.

En el momento en que se está produciendo la creación de la moneda única, operación titánica que trastoca los modos tradicionales de acción del estado, la idea de una hipotética impotencia con respecto a la actuación política atrae naturalmente algunos personajes, tanto a los que creen posible la vuelta al voluntarismo de De Gaulle y del comunismo como a quines no perciben más soluciones que rechazar los cambios en curso, la denuncia de aquellos que los dirigen y el desprecio de los intelectuales que no se resignan a la desesperanza y a la autoflagelación. El tumulto populista da la bienvenida, a su particular manera, a este cambio de época caracterizado por la liquidación de unas intervenciones públicas convertidas en inoperantes, cuando no en francamente negativas, y por la formación de nuevos actores sociales y nuevas estrategias políticas que tienen por finalidad garantizar la integración social, la modernización económica y el respeto de los derechos culturales de las minorías.

HACIA ARRIBA

El nuevo salto tecnológico emprendido por nuestra sociedad sólo puede considerarse de forma positiva. Y aunque resulta legítimo evaluar los riesgos del mal uso de la ciencia, y en particular de la biología nada justifica la pérdida de confianza en la investigación científica. Podemos efectuar un número importante de críticas a la televisión, pero a nadie se le ocurriría, pienso yo, reservar a los sabios, sean éstos religiosos o laicos, el monopolio de la información. Somos conscientes de que la escuela incrementa antes que disminuye las desigualdades, pero, ¿quién osaría oponerse al aumento general del nivel de escolarización?

Tal confianza en el futuro y a conciencia de que es preciso renunciar a los modelos heredados del pasado no contaban con demasiada aceptación hace todavía pocos años, por lo que aún era necesario insistir en ese sentido. Pero actualmente se ha invertido la situación, convirtiéndose en una prioridad la crítica a cierta adhesión descerebrada a la modernidad, una modernidad que olvida tomar en consideración las formas de poder y de conflicto que están en activo en nuestra sociedad. Así, aunque sigue siendo indispensable romper con el pasado, se hace necesario igualmente rechazar el pensamiento de que las innovaciones técnicas y la aceleración de los cambios económicos mundiales generarán por sí mismos nuevas formas de democracia, en esta ocasión a escala mundial, puesto que el concepto de nación queda desbordado, como se repite hasta la saciedad, por la misma

naturaleza de las redes multinacionales y de los cambios económicos (que son en esencia transnacionales).

La idea de construcción de un modelo social europeo cabe ponerla en el haber de Jacques Delors. Desgraciadamente, es bastante sabio que esta declaración de intenciones pasó al olvido después de su partida y que, desde entonces, los debates acerca de la construcción de Europa han girado casi exclusivamente sobre temas de carácter monetario y financiero. Es cierto que el gobierno francés ha insistido para que se constituya un verdadero gobierno europeo y que recientemente se ha opuesto, cabe decir que con no poca razón, a que el gobernador de la Banca Central europea sea designado por los presidentes de los bancos centrales nacionales. Pero, ¿cómo no ver que los mayores esfuerzos para la construcción europea se están dedicando a la libre circulación de capitales, que la coordinación de los sindicatos a escala europea no ha tenido grandes efectos y que el Parlamento europeo se encuentra bien lejos de jugar el mismo papel de privilegio a escala de la Unión que los Parlamentos nacionales en sus países? Como el republicanismo y el populismo, el mundialismo es una de las principales enfermedades infantiles de la nueva sociedad en la que acabamos de entrar. Y, ciertamente, el mundialismo resulta incluso más peligroso que las otras dos en lo que se refiere a la renovación de la democracia, puesto que está claramente al servicio de las fuerzas económicas (y sobre todo financieras) dominantes.

La democracia no alumbrará mañana, como por ensalmo, una todavía hipotética sociedad mundial. Pro el contrario, permanecerá vinculada a las instituciones nacionales y se consolidará a escala local gracias a las sociedades, establecidas habitualmente con tal de alcanzar objetivos locales. El renacimiento de la vida pública, al cual estamos asistiendo, traerá aparejado, si no sucumbe antes a la tentación populista, el incremento de los factores indirectos de desarrollo, en especial si la reanudación del desarrollo permite a los gobernantes consagrar los recursos más importantes a la mejora de la protección social y a las nuevas iniciativas en favor de la modernización de hospitales y de escuelas.

Pretender escapar de las actuales dificultades por arriba, o pasar por encima de ellas, se revela mera ilusión. No cabe esperar de la tecnología o de las fuerzas económicas que resuelvan por sí solas los problemas sociales. De hecho, incluso los convertirán en insolubles si la opinión pública acaba por pensar en el progreso económico únicamente precisa de liberar y e flexibilidad para mejorar las condiciones de vida de la población.

No insisto más aquí sobre la ilusión modernizadora porque actualmente ha perdido mucho vigor. Por otra parte, no se había extendido nunca más que por círculos muy limitados, puesto que la opinión pública estaba demasiado preocupada por la crisis como para dejarse embaucar por semejante sociología-ficción. De repente, hoy da la sensación de que nos atrae demasiado la idea de condenar globalmente la modernización. Pero esta crítica no habría de efectuar sin acompañarla al mismo tiempo de la denuncia a cierta creencia muy extendida, como es que las transformaciones técnicas y económicas han de traer aparejadas naturalmente la abundancia, la libertad y la felicidad.

HACIA LO POSIBLE

La unificación monetaria de gran parte de Europa no resolverá los problemas económicos y sociales de los países que en ella participan, pero ayudará a poner fina debates periclitados; cerrará las puertas del pasado y nos obligará a pensar y a organizarnos

para el futuro. No debe hacernos soñar en radiantes porvenires, sino más bien en la reconstrucción de nuestra existencia política y social.

Los tres peligros que nos amenazan —el republicanismo, el populismo y la mundialización— son por fortuna tan diferentes entre sí que no se pueden asociar con la intención de proponer a los franceses una política general. Aunque, ocasionalmente, los republicanistas y los populistas se unieran, contra el tratado de Maastricht por ejemplo, ambos tendrían de continuo en mente que no hay acuerdo lo suficientemente sólido que pueda aproximar a quienes piensan que el liberalismo económico resolverá todos los problemas sociales y a los que quieren subordinar, al precio que sea, la economía a un Estado concebido a manera de déspota ilustrado o, lo que viene a ser lo mismo, a manera de monarquía republicana. Pero si nos situamos en el punto de vista de los movimientos sociales actualmente en formación, parece claro que estas tres tentaciones tienen en común el interés por paralizar y desviar de sus objetivos a los actores sociales.

Debemos salir, y estamos ya a punto de hacerlo, de un momento de transición liberal. Pero esta salida no se producirá si nos dirigimos hacia atrás, ni hacia abajo, ni hacia arriba; no puede producirse más que si caminamos hacia adelante, hacia la reconstrucción de nuestra capacidad de acción política, lo que pasa, primeramente, por la formación de nuevos movimientos sociales.

Francia acaba de escapar a la catástrofe. Lo que nos ha conducido al borde del abismo no ha sido la situación de la economía, la crisis de la Seguridad social o de las pensiones de los jubilados. Desde hace unos veinte años, se ha convencido a los franceses de que nuestra política de Seguridad social y el sistema económico mundial se habían convertido en aspectos incompatibles. Unos pensaban así porque veían en la globalización una forma de gestión económica que inevitablemente tendía a reducir el empleo, la Seguridad Social y el nivel de los salarios, y otros porque sólo contemplaban las tensiones propias del mercado como único medio para acabar con el corporativismo, la burocracia y los déficit presupuestarios.

Mientras ha predominado la idea de que había una contradicción insalvable entre los costes económicos y los objetivos sociales, Francia ha avanzado dando tumbos camino hacia la catástrofe. El estancamiento y el desempleo, la debilidad de los programas de gobierno; todo ello condujo de manera acelerada, entre 1991 y 1995 y luego en 1997, a una degradación de nuestra capacidad de actuación. A partir de la gran crisis de 1995 y hasta el repentino fracaso de la derecha en 1997, dio la impresión de que el país iba a la deriva, y el pesimismo se fue incrementando a medida que la creación de una monea única parecía inevitable.

Pero este período ya ha pasado. No porque hayan sido adoptadas finalmente ninguna serie de medidas eficaces, sino porque la coyuntura económica internacional ha mejorado (puesto que Francia no ha acusado gravemente las crisis originadas en Asia y en Rusia, incrementándose a la vez el consumo y las inversiones interiores), y porque al fin algún gobierno se ha atrevido a señalar que progreso social y realismo económico no sólo no eran incompatibles sino que podían, y hasta debían, ir de la mano; el hecho es de Francia ha dado un salto gracias al cual ha alcanzado el pelotón de los países europeos que, desde hace ya algunos años, estaban demostrando con cierto éxito que tal combinación resultaba posible.

Y es que ya desde su primer año de gobierno, los esfuerzos de Lionel Jospin, Martine Aubry y dominique Strauss-Kahn, con su voluntad de salir del punto muerto, nos parecieron convincentes. Al final de este período, aupado por sus éxitos y popularidad, el

Primer ministro se manifestó de manera más clara, formulando abiertamente su intención de combinar los objetivos sociales y los medios económicos, de participar plenamente en el sistema económico mundial aunque rechazando el mismo tiempo la destrucción del sistema de protección social que, con sus votos, pretendían los liberales. Se puede, se debe criticar al gobierno cuando da muestra de debilidad, pero no es justo ignorar que ha vuelto a abrir un espacio político pleno de posibilidades.

Y sin embargo, este nuevo espacio requiere como condición que la amplia mayoría de la opinión pública reconozca que el futuro sigue estando abierto, que no nos vemos arrastrados a una caída inevitable y que aún podemos participar con eficacia en la formación de nuevos acores sociales. El actual gobierno, salvándonos *in extremis* de las contradicciones y de las convulsiones que antes nos paralizaban, ya ha contribuido en gran medida a dotar de sentido los análisis planteados en términos de actores y conflictos sociales. Sería aún más conveniente que ese mismo gobierno, pese a hacer cortado de nuevo gordiano que nos sofocaba, dieta pruebas de dejar de lado sus reservas, e incluso cierta hostilidad, en relación con los movimientos sociales actualmente en formación.

Esta hostilidad debería cesar ahora por completo y las reivindicaciones en favor de los derechos ciudadanos ser escuchadas. Pero las resistencias de la acción del gobierno deben ayudar a recordarnos también que este tipo de movimientos han de actuar por sí mismos, sin servir de «base» a ningún partido político, sea éste el que sea.

Capítulo 3

¿NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

CONTRASENTIDOS

No es posible, tres años después de la gran huelga en diciembre de 1995, dirigir los instrumentos del análisis a ningún movimiento social, antiguo o nuevo, sin reflexionar previamente sobre esta movilización. No solamente en razón de su importancia, sino porque supuso el punto de partida de cierta construcción ideológica que se desarrollaría con inusitada rapidez, teniendo en cuenta que partía de cero. Esto es algo más sorprendente y lamentable si se advierte que en ese mismo momento estaban tomando cuerpo un serie de movimientos sociales reales que, a decir verdad, se encontraban en proceso de formación desde hacía bastante tiempo. El contrasentido que señalo es doble: una percepción errónea sobre la verdadera naturaleza del movimiento huelguista de 1995 y cierta incapacidad a la hora de advertir la novedad de unos movimientos sociales en proceso de formación.

Quienes veían en el apoyo masivo de la opinión pública a la huelga de diciembre de 1995 cierto signo de renovación de la lucha de clases, o incluso del espíritu de lucha sindical, tomaban sus deseos por realidades. Aunque es cierto que la opinión pública, angustiada e irritada por el nivel de desempleo y por la precariedad apoyó por esa época todas las huelgas, y éstas aún con mayor firmeza que cualquier otra, con el fin de manifestar su descontento, y el verdadero sentido de la huelga de diciembre de 1995 viene dado por el agotamiento y la descomposición de eso que Guy Groux ha llamado el bloque social, es decir, de la gestión por parte del Estado de la dinámica social, y en particular a cuanto se refiere al mundo del trabajo. Se trata de un modelo típicamente francés que ha

tenido como consecuencia la excepcional debilidad de nuestros sindicatos, puesto que señala al Estado como el principal garante de un progreso social que debe incrementarse (y que en efecto se ha incrementado), sin tomar en verdadera consideración la situación económica ni la capacidad de negociación de los asalariados. Tal modelo, que siempre ha hecho triunfar a las fuerzas políticas, y sobre todo al Estado, sobre las fuerzas sociales o económicas, está agotado desde hace tiempo. De hecho, ahora el Estado no es el principal dinamizador de la economía. Ya en 1981 era un espejismo pensar que las nacionalizaciones en bloque pudieran favorecer la modernización económica, pero en los años noventa, mientras las empresas francesas progresan en los mercados internacionales, resulta evidente que la acción económica del Estado ha de consistir primordialmente en administrar (cada vez peor) sus propios sectores de acción.

Paralelamente, en el plano social las tareas del Estado, después de haber apostado por una política dinámica de empleo y de creer en el papel igualitario de la educación, se reducen desde hace bastante tiempo a la protección de los sectores bajo su control, a imponer al conjunto de la nación la mayor parte de los costos de jubilación del sector público y de las subvenciones de las empresas de ese sector, y a permitir, al igual que el sector privado, la penetración del trabajo temporal e interino. Un Estado como éste no concede a la educación más que un papel secundario en la formación y la reconversión de los asalariados, y consolida los mecanismos conservadores que sirven para el reclutamiento de las élites políticas.

Por esta razón Francia se encuentra privada casi por completo de sindicatos y gobernada por un Estado debilitado. Desde este punto de vista, la huelga de 1995 no significó el nuevo momento de desarrollo del sindicalismo, como en seguida quedó demostrado, sino que en todo caso esa huelga sancionó el fracaso de un sistema de gestión de la economía y de las relaciones laborales que desde hacía mucho tiempo se demostraba ineficaz e incluso perjudicial. Sobre todo, resquebrajó la creencia de que la apertura económica y la integración social son dos ideas absolutamente contradictorias.

Esta interpretación no cuestiona ni por un instante las motivaciones de todos aquellos que, mayoritariamente, apoyaron con firmeza la huelga, ni por supuesto la voluntad del Estado por acabar con el deterioro de la situación social (ni tampoco el punto de vista moral de la opinión pública). Pero se opone a esa otra interpretación de quienes en ese momento pretendieron incrementar la responsabilidad del Estado en tanto que gestor de la economía y de la sociedad, lo que no se podía hacer sin poner en peligro la actuación de los actores económicos y sociales.

Por otra parte, sostengo que, entre 1995 y 1998, ha quedado cada vez más claro que los conflictos más significativos se han desplazado del terreno de los derechos sociales al de los derechos relacionados con los factores culturales. Sobre estos dos asuntos versará el siguiente capítulo.

DE LAS LUCHAS CLÁSICAS A LAS NUEVAS LUCHAS

Cuando se habla de movimientos sociales sin más precisiones, se suele sugerir que las luchas sociales demuestran tener cierto rasgo común y que éste encuentra fundamento en el rechazo de cierta política liberal cuyas consecuencias son bien conocidas: subordinación de la vida social a la lógica aplastante de esa globalización que asedia a los trabajadores, aumento del paro, una Seguridad social amenazada y el debilitamiento de la

capacidad de acción del Estado. ¿Quién, desde luego, no defendería la Seguridad social o el mantenimiento de los salarios? ¿Quién no se opone al paro y a la precariedad laboral? Pero tales declaraciones de principios no sólo no suponen por sí mismas ninguna solución al problema, sino que ignoran el número de movilizaciones populares que, sin ser indiferentes a estos objetivos, presentan otra naturaleza: *algunas de tales movilizaciones pretenden que sean reconocidos los derechos culturales.*

No trataremos aquí de algunos movimientos que se podrían denominar como clásicos, que serían aquellos que concentran sus esfuerzos en la defensa de las condiciones laborales y salariales. En los últimos años, el movimiento de los camioneros ha sido el más relevante de entre éstos, y ha contado con el apoyo de la población, a pesar de los inconvenientes que le ha causado, puesto que el número de horas de trabajo pasadas en las carreteras parece escandaloso en el país en el cual el tiempo semanal oficial es de treinta y nueve horas, aunque pronto se verán reducidas a treinta y cinco. En resumen, que el hecho de que este movimiento se pueda encuadrar dentro del tipo clásico no reduce en nada su importancia.

Otros muchos movimientos se han puesto en marcha dentro de las empresas y de los servicios públicos, sin relación alguna con la lógica liberal: han entrado en actividad dentro de la RATP y de EDF. En el caso de la SNCF, las causas han sido el sistema de jubilación de los ferroviarios y la forma de financiamiento de la Seguridad social. El movimiento de internos y de directores de clínica estaba todavía menos dirigido contra determinada política liberal, puesto que se proponía la mejora no tanto de las condiciones laborales de los médicos en los hospitales (bastante lamentable, por cierto) como sus niveles de remuneración por la Seguridad Social en el sector privado. Nada que comentar, por otro lado, sobre la naturaleza de los movimientos surgidos en Air France. El movimiento de parados resulta ser, por último, casi el único que tiene relación con la situación económica, y ya volveré sobre él, pero su importancia y resonancia se ha ido reduciendo en parte.

Por el contrario, lo que resulta sorprendente desde comienzos de los años ochenta es que los movimientos que han impactado con mayor fuerza a la opinión pública por su contenido, y no sólo por su contexto, han sido habitualmente los movimientos formados en defensa de los derechos relacionados con la cultura. Por eso comenzaré por recordar los movimientos de los *beurs* y de los militantes antirracistas, y después los de los homosexuales, vinculados con la lucha contra el sida. Entre los movimientos de los «sin», destaca evidentemente por su importancia, y con mucho, el de los «sin-papeles», y a él volveremos más tarde.

¿Qué significa esta evolución? Significa claramente que los problemas laborales y salariales han perdido relevancia, pero que la formación de nuevos actores, y por consiguiente el renacimiento de la vida pública, pasa a menudo por la reivindicación de una serie de derechos culturales, y que ese género de luchas, más que los movimientos directamente opuestos a la lógica liberal, es el que merece el nombre de «movimientos sociales», si bien es cierto que no existe movimiento social alguno en el cual la reivindicación que contiene no se acompañe de un rechazo.

¿Pueden construirse acciones colectivas, o mejor aún, movimientos sociales sobre la base de la privación, de la dependencia o, sencillamente, sobre la miseria? Hay quien responde que es evidente que sí, y añaden: ¿sobre qué otra cosa podrían fundarse? ¿No fue acaso la explotación laboral el origen del movimiento obrero, la dominación colonial la que hizo surgir los movimientos de liberación nacional o el imperio de lo masculino el que suscitó el movimiento feminista?

Tales posturas, que se prodigan al abrigo de la evidencia, sin embargo no resisten el menor análisis. Para que se originen esos movimientos no basta con que se opongan a determinada forma de dominación; es necesario, por contra, que reivindiquen también determinados atributos positivos. Los sindicalistas han defendido el trabajo y el empleo en contra de la explotación capitalista; cierta conciencia de identidad nacional o cultural ha animado a los movimientos anticolonialistas; la afirmación de una personalidad propia impulsó a las mujeres en su lucha contra la dependencia masculina. Hace falta, por consiguiente, que la lucha no esté dirigida solamente contra el orden imperante, sino que actúe en nombre de valores considerados esenciales por el conjunto de la sociedad. En nombre del progreso y de la sociedad industrial el mundo obrero se opuso a los patrones; en nombre de la autodeterminación, y por tanto de la libertad, fue combatida la dominación colonial. En nombre de la liberación del cuerpo y de la sexualidad el movimiento feminista causó impacto en toda la sociedad. Pero más allá de estas posiciones sobre la naturaleza de los movimientos sociales, se hace preciso preguntarse por sus mecanismos de formación y por las «enfermedades infantiles» que les son propias, y al mismo tiempo por cuáles son los obstáculos que se oponen a su maduración.

El recurso a la violencia y una dependencia extrema en lo referente a sus apoyos exteriores son los dos principales peligros que amenazan la formación de los nuevos movimientos sociales. No resulta sencillo proteger a estos movimientos en período de formación de los grupos exteriores que buscan utilizarlos en su propio beneficio o de la violencia que los puede destruir desde su interior. Estas debilidades y enfermedades están presente en todos los movimientos de los «sin»: «sin-techo», «sin trabajo», «sin papeles». Pero aún más fundamental resulta intentar reconocer, a la inversa, en ciertas actuaciones que parecen fundadas sobre la simple privación de una cualidad, la presencia de algunas reivindicaciones positivas, y por lo tanto de conflictos importantes que les sitúen en el corazón de la sociedad y de la cultura, cosa que no ha de ser óbice para denunciar las posibles desviaciones, y en especial cualquier manipulación política o ideológica como éstas de las que suelen ser víctimas estos movimientos, todavía poco autónomos.

En las movilizaciones contemporáneas lo más notable y característico proviene de su voluntad de ruptura, de rechazo y de denuncia. Estos movimientos de repulsa están dirigidos contra la injusticia, contra lo intolerable. Pero a partir de ese rechazo de un orden por naturaleza excluyente se ven obligados a elegir entre dos caminos distintos: el primero es el que conduce a la formación de actores sociales autónomos, si es que, como grupos en general minoritarios que son, logran asociar sus reivindicaciones particulares con la defensa de ciertos principios reconocidos por la sociedad y más concretamente con determinados derechos; el otro puede llevarse a depender de fuerzas políticas o ideológicas que no confían en la posible formación de actores autónomos y que se arrojan ellas mismas la función de vanguardias cuya tarea consiste en dotar de sentido, y en ocasiones incluso de organización, a simples «fuerzas» o «masas» incapaces de acceder por sí mismas a su propia conciencia. En las acciones colectivas que se han desarrollado en el curso de los últimos años se pueden distinguir tres componentes: las primeras revueltas, el recurso a un principio general de legitimidad y, en dirección opuesta, la instrumentalización de la acción colectiva por parte de esas vanguardias poderosas y experimentadas.

Es fácil arrojar luz sobre el primer y último de estos componentes. El primero es el más diáfano: todas sus acciones van acompañadas de actos de trasgresión y del rechazo de la regla general (se ocupan edificios vacíos y despachos administrativos, se convocan manifestaciones en la calle). El último, la dependencia, se caracteriza por la debilidad de

sus actuaciones; tanto hoy como ayer, los grupos con una ideología, ya sea de intelectuales o religiosos, se atribuyen la misión de definir su sentido. Pero resulta más compleja y también más importante intentar explicar eso que, a partir de ciertas acciones, autoriza al analista a hablar de movimientos sociales, ya que su novedad y originalidad suele ser grande.

Los movimientos de las sociedades industriales, y el movimiento obrero en primer lugar, solían hablar como representantes de la historia, el progreso, de la sociedad comunista; en otras palabras, de un porvenir deseable e incluso necesario. Pero el siglo XX se ha visto demasiado dominado por regimenes totalitarios que anunciaban una sociedad perfecta y un hombre nuevo para que, ahora, se pueda continuar creyendo en tales utopías de tan catastróficas consecuencias. Por el contrario, contamos con una viva conciencia de la fragilidad que rodea a nuestras sociedades, amenazadas tanto por su propio desorden como por la destrucción de su entorno. Estamos en oposición con la proliferación de ciertas técnicas y con el liberalismo desenfrenado, pero, al mismo tiempo, con la obsesión identitaria de algunos comunitarios que se quieren imponer en nombre de la resistencia a la dictadura del mercado. *La defensa de los derechos culturales y sociales de los individuos y de las minorías es, actualmente, el objetivo primordial de los movimientos sociales que se oponen tanto al imperio del mercado como a la dominación de los movimientos de inspiración comunitarista.* Estos movimientos ya no hablan en representación de la sociedad perfecta, ni miran tampoco hacia el provenir; más bien luchan por la defensa del derecho de todos a una existencia libre y «humana». Tal es la forma que adquiere hoy día el principio general sobre el que descansan todos los movimientos sociales: el derecho a la igualdad cultural.

De las diversas acciones colectivas que hemos tenido ocasión de conocer durante los últimos años, y más allá de los momentos iniciales que conforman una movilización vamos a intentar analizar ahora dos aspectos]: por un lado, la influencia ideológica que los deforma y los sofoca, y por otra esa nueva reivindicación de los derechos de individuos y de ciertos grupos despreciados por el (des) orden dominante, castigados por la desigualdad y la exclusión. No es difícil darse cuenta de la debilidad que amenaza a tales acciones; aunque, por contra, se hace necesario comprender las innovaciones sociales y políticas que portan en su interior, por limitadas y escasas que parezcan o, como a menudo sucede, estén dirigidas pro grupos ajenos o exteriores a ellas.

LOS BEURS

A partir del momento en que los inmigrantes, llegados sobre todo del Magreb, dejaron de ser considerados trabajadores y en el que Francia comienza, en 1974, a limitar la inmigración y a cerrar sus fronteras, estos inmigrados (y en especial los de segunda generación, los hijos nacidos en Francia) conocieron un proceso de integración bastante rápido, aunque chocaron no obstante con el rechazo de importantes segmentos de la población, que rebasaba ciertamente el número de simpatizantes con que contaba el Frente Nacional. Teniendo en cuenta esta situación, se podía prever la formación de algún tipo de movimiento social que ligara la defensa de la identidad cultural, étnica o religiosa de la minoría conformada por los inmigrantes con la lucha contra la xenofobia y el racismo, llevada a cabo en nombre de los derechos (culturales) del ser humano.

Tal movimiento se formó en efecto, aunque se descompuso con bastante rapidez para dejar paso a otras movilizaciones más puntuales, al mismo tiempo políticas y mediáticas, contra el Frente Nacional. Repasemos los principales acontecimientos.

Mientras las asociaciones de inmigrantes desfilaban por París en favor de la causa kurda o kabila, en nombre de cierto republicanismo cada vez más restrictivo se organizaba la lucha contra el Frente Nacional que, por su parte, se aprovecha del miedo y del rechazo expresado hacia los extranjeros (rechazo suscitado por el aumento del paro y por la desestructuración social de los suburbios del extrarradio). Esta evolución se produjo de manera tan rápida y compleja que el recuerdo de la marcha de los *beurs* de 1983 desapareció casi por completo, y los espíritus más liberales se consolaron observando que, una vez más, la sociedad francesa parecía ser capaz de absorber nuevas olas de inmigrantes tras medio siglo de agitaciones. Sin embargo, ya se veía progresar la reislamización de los jóvenes de origen árabe o africano.

Se pueden comprender las razones políticas por las cuales el miedo al terrorismo islámico y la denuncia del Frente Nacional pasaron a ocupar el centro de interés. Pero lo que ha quedado en el camino es un posible actor social y cultural en formación, apeado de la ruta hacia su consolidación, y una Francia que, por miedo al multiculturalismo, se ha permitido obliterar el reconocimiento de los derechos culturales de los inmigrantes de otras minorías. Nuestro país había sido el primero en Europa en proclamar los Derechos del Hombre, pese a reconocer los derechos sociales de los trabajadores con retraso; pero ha sido muy lento en reconocer los derechos culturales, a pesar de las actuaciones positivas que, en ese sentido, desarrollan algunos defensores declarados de la laicidad, como la Liga de enseñanza.

CONTRA EL SIDA

El balance se muestra más positivo en este ámbito, porque las acciones se vincularon desde el principio al reconocimiento público de los homosexuales en tanto que agentes sociales y políticos. Un éxito tanto más notable por cuanto, como ha puesto de manifiesto Frédéric Martel, los representantes de los homosexuales, desde el FHAR o periódicos de tipo *Gay Pied* hasta los comerciantes ligados al mundo *gay*, recusaron durante mucho tiempo la idea de movilizaciones con carácter propiamente homosexual contra el sida, y ello a causa del miedo, muy republicano por otra parte, a señalarse a sí mismo como «colectivo problemático». No fue, finalmente, hasta el momento en que se reconoció la necesidad de alguna política de prevención que exigiera la participación activa de los grupos sociales más concernidos —homosexuales, drogadictos, receptores habituales de sangre— cuando hizo aparición cierta corriente de conciencia de colectivo, y ello gracias en especial a Aides, asociación creada por Daniel Defert. Sus actividades, orientadas hacia la consecución de objetivos concretos, se revelarían eficaces: prevención, pero sobre todo ayuda a los enfermos, y lucha contra la discriminación y contra las reticencias por parte del mismo cuerpo médico. Únicamente las limitaciones que la propia organización se impuso le impidieron convertirse en instrumento de la afirmación homosexual, un objetivo en relación al cual se expresó siempre con reservas.

Esta afirmación homosexual se operará a la vez bajo los efectos de las estrategias más agresivas de Act Up, especialmente difundidas por los medios de comunicación, y a través de espectaculares acciones y manifestaciones de carácter más festivo y comercial.

Las actividades de Act Up, tanto en Francia como en los Estados Unidos, es un claro ejemplo de vanguardismo, cuyo espíritu de provocación encontraría amplio apoyo, si bien éste contribuyó algo menos que la actuación más instrumentalizada de Aides a forjar cierta conciencia de actores colectivos. Por otra parte, los homosexuales obtendrían finalmente su reconocimiento en tanto que *gays* por el hecho de que el conjunto de la ciudadanía se sintió acongojada al ver morir a tantos jóvenes, y también a causa del debilitamiento general de las tradiciones normales morales. El *Gay Pride* fue durante algunos años el principal órgano de expresión de esta conciencia homosexual que ahora se reivindicaba, antes de decidirse en una serie de organizaciones con carácter más comercial.

El resultado final parece positivo. Los homosexuales han logrado ciertos derechos —aunque continúan luchando para obtener otros— y han adquirido cierta conciencia cultural como colectivo. Pero existen diversos elementos de ese movimiento que permanecen aislados entre sí: Aides actúa con firmeza para alcanzar esa necesaria conciencia de sí mismos; Act Up., sobre todo, combate a sus adversarios, aunque sus acciones menos organizadas (pero muy apoyadas desde el exterior, en particular por el Partido Socialista) han logrado cierto reconocimiento de los derechos culturales de los homosexuales. Se trata de un éxito a medias que puede juzgarse como satisfactorio, puesto que los *gays* y las lesbianas buscaran reconocimientos más que la transformación del conjunto de la sociedad.

Nos aproximamos sin embargo al momento en que, con el nacimiento del PACS — que concede cierto reconocimiento a las parejas homosexuales, en particular en materia de herencia— se produce un debate que pone sobre el tapete la discusión sobre algunas actitudes fundamentales (¿hay que reconocer a las parejas homosexuales el derecho a adoptar niños?), como antes se hiciera con temas como la contracepción y la interrupción del embarazo. Recuerdo estos anteriores debates porque tienen en común con éste que, la mayoría de quienes defendían el derecho al aborto, por ejemplo, estaban convencidos de que en principio era necesario hacer lo posible para evitarlo. Pero en el caso de los y las homosexuales la discusión se planteaba en términos más profundos: ¿no supone esta alteración del fundamento de nuestra concepción sobre la personalidad el ir contra la pareja compuesta por el padre y la madre, separar por completo al niño de la presencia complementaria de un padre o de una madre? Y no a causa de ningún suceso irremediable, sino por mera elección deliberada.

Habría que partir aquí de otro principio, de ése que afirma la necesidad de la dualidad hombre/mujer en el plano de las instituciones políticas, es decir, en el espacio de expresión de la soberanía popular. Según esta concepción, no existe manifestación del género humano más general que la dualidad formada por el hombre y la mujer. Tal posición impone la distinción de los hombres y de las mujeres en tanto que seres sexuados, iguales en lo relativo a los derechos humanos pero diferentes por naturaleza. En razón de ser iguales en cuanto a disfrute de derechos, y al mismo tiempo diferentes, hombres y mujeres disponen del derecho a decidir la construcción de sus papeles sexuales, y en especial sus relaciones de parentesco, admitiéndose que la complementariedad del padre y de la madre se debe seguir considerando como una de las condiciones esenciales de la formación de la personalidad. Las concepciones minoritarias de la familia pueden acabar generando situaciones desviadas, si bien quizás también refuercen el parentesco, la presencia activa de parientes alrededor del niño.

Lo que es cierto es que el niño de un apareja de homosexuales se arriesga a tropezar con determinadas actitudes de rechazo. Pero esto sería más bien un argumento a favor del reconocimiento del matrimonio homosexual: este matrimonio significará un golpe contra la

perjudicial discriminación del niño. Pero se puede objetar a tal proposición que los homosexuales que viven vinculados por uniones de hecho, reguladas por el PACS, estarían en la misma situación que gran número de parejas heterosexuales, ya que si algo se le puede reprochar al PACS es que resulta demasiado semejante a un concubinato, ahora reconocido legalmente. El caso de los homosexuales debe, pues, tener carácter distinto, pues de lo que se trata es de respetar la igualdad de sus derechos; por eso el matrimonio homosexual ha de ser reconocido del mismo modo que el de los heterosexuales.

La importancia de esta polémica, que Francia se plantea con cierta distancia, proviene del hecho de mostrar que, en el campo político, las cuestiones relativas a la cultura y a la personalidad ocupan lugares de privilegio, como confirman, en alguna medida, los movimientos de defensa de los «sin».

LOS « SIN »

Cuando cierto número de «sin-papeles», de entre los cuales algunos se encontraban en huelga de hambre, son brutalmente perseguidos y agredidos en el interior de una iglesia en la que habían buscado refugio, cuando las ocupaciones espectaculares de locales vacíos llaman la atención de los medios de comunicación y el público sobre el elevado número de gentes «sin hogar», o cuando los parados ocupan los locales de la ANPE o de ASSEDIC, se hace evidente que se asiste a una serie de luchas de gran relevancia. Gracias a los medios de comunicación, estas luchas han movilizado a gran parte de la opinión pública. Mas, ¿estos movimientos son la vanguardia de nuevos actores sociales o, por el contrario, simbolizan el signo de la actual crisis social?

La idea que defenderemos aquí es que un verdadero movimiento social se encuentra actualmente en vías de formación, aunque se encuentra de continuo amenazado por ciertas ideologías periclitadas o por el radicalismo que suele conllevar el ímpetu contestatario.

Ningún acontecimiento posee una significación unívoca, como se aprende en las escuelas. Basta en principio con recordar los comentarios efectuados diez o veinte años después de Mayo del 68, tan diferentes de los que solemos escuchar hoy día, para percatarse de cuán absurdo resulta pensar que los acontecimientos hablan por sí mismos. Pero si el análisis histórico o sociológico no se reduce más que a la mera descripción de los sucesos y a hacer surgir *el* sentido general de los mismos, esto no supone ninguna razón para renunciar a buscar la significación principal, la más clarificadora, o el sentido que se trasluce en una nueva acción colectiva.

Generalmente, en este tipo de movimientos se pueden advertir dos sentidos principales. Según dicen algunos, la globalización triunfa como antes había triunfado el capitalismo financiero de comienzos de siglo, y frente a la fuerza desplegada por este capitalismo de protesta radical y la acción revolucionaria se oponen a la destrucción de la capacidad de la sociedad para actuar por sí misma, es decir, a la destrucción de la democracia, que comienza con la liquidación de los derechos sociales tan difícilmente alcanzados a lo largo de este siglo. Participa de esta misma sensibilidad la idea de que solamente el Estado y una política voluntarista son susceptibles de contener la oleada liberal.

Otros analistas afirman en primer lugar que existen posibilidades de frenar el triunfo del mercado, y que las acciones políticas no son del todo inútiles; en segundo lugar, que no es la acción del Estado, sino el despertar de los movimientos sociales, lo que puede

conducir a la transformación de ciertas situaciones que, nos parece, no admiten el menor cambio.

Por un lado, pues, tenemos una postura que crece en la globalización, en su carácter inevitable, y que lucha desesperadamente en su contra apelando al Estado republicano; por el otro, existe otra opción, la de quienes no creen en la completa interdependencia de las diferentes transformaciones de la economía y de la sociedad, y que piensa, por consiguiente, que todavía existe terreno para la acción política, aunque a condición de que nuestras sociedades escapen a la vez tanto de la ilusión neoliberal como del conservadurismo estatista que parece su eco.

En el primer capítulo de este libro, en el que se ha criticado la ideología de la globalización, ya he dado a entender que personalmente me sitúo entre quienes defienden la segunda opción.

Existen diferencias, nada difíciles de advertir, entre los pesimistas que invitan a la sublevación desesperada sirviéndose de la cólera y de la miseria, y aquellos otros a los que se llama reformadores, porque se niegan a afirmar que «no es posible hacer nada» y buscan, por el contrario, poner de relieve que aún hay espacios para la actuación, para la reforma y para la construcción de nuevas formas de orden social y político de la economía.

La posibilidad de aparición de movimientos sociales parece en general remota a quienes describen la situación de manera puramente negativa, al igual que hacer los «sin» (hogar, trabajo o papeles). Sin embargo ahí, en especial entre los «sin-papeles», es donde se ha creado lo que da sensación de ser lo más similar a un movimiento social; pero también es ahí donde el control del movimiento por parte de ciertas vanguardias ideológicas o políticas pesa como una amenaza constante.

LOS «SIN HOGAR»

La crisis de vivienda, como la de empleo, tiene su origen en causas tan generales que parece no poder ser combatida más que por acciones políticas y sindicales de gran envergadura. Ahora bien, estas acciones no acaban de tomar forma. Por lo mismo que en 1954 el abad Pierre intervino directamente, al sentirse concernido, en el problema de vivienda por medio de una serie de acciones impactantes transmitidas por la televisión. Derecho de vivienda fue creado en 1990 tomando como referencia directa aquel invierno de 1954. Este grupo organizó una serie de ocupaciones de inmuebles o de lugares públicos, ganándose las simpatías de una parte de la ciudadanía, y se fue haciendo progresivamente más mediática gracias a la participación de diversas personalidades y de artistas en sus iniciativas. En el centro de actuación colocó la afirmación del derecho a una vivienda reconocido por la ley Besson, votada durante el gobierno Rocard. Pero entre la presión a la autoridad y la movilización de los militantes, la síntesis fue y sigue siendo difícil, y tras el éxito que conllevó la ocupación del inmueble en la *rue* du Dragón, seguido por la transformación del vecino *cours* Désir en espacio de solidaridad, de creación y de intercambio de conocimientos, la disociación de esos dos elementos se fue agravando. La escisión de *Droits devant!* (DD!), algunos de cuyos militantes crearon DAL, es reflejo de esta situación.

Las presiones de las realidades económicas y las intervenciones políticas y administrativas resulta tan formidable que este movimiento, a despecho de su gran popularidad en determinados momentos, no ha sido llamado a ejercer una gran influencia real sobre las políticas de vivienda ni a la formación de nuevos actores sociales. Todo lo

más representa la base de partida de distintos movimientos de «sin», es decir, de protesta contra la miseria y la exclusión, asuntos que por algún tiempo han interesado a la opinión pública pero que nunca demuestran ser carburante suficiente para alimentar ningún movimiento. Tales acciones han revelado sobre todo las dificultades existentes si de lo que se trata es de traspasar el horizonte de las operaciones mediáticas y descubrir nuevos campos para la acción colectiva. Sea como sea, la reivindicación del derecho a vivienda, incluso su formulación ha pecado de demasiado general, muestra en qué dirección puede llegar a constituirse un nuevo actor social.

LOS MOVIMIENTOS DE PARADOS

Las acciones organizadas de parados no son ninguna novedad. En Francia, en el período de entreguerras, la CGTU, de inspiración comunista, contaba con numerosos afiliados (aproximadamente un 10%), y una gran marcha de parados, que fue de Lille a París, pudo reunir a 60.000 participantes en el momento álgido de la crisis económica de los años treinta. Y más recientemente, Maurice Pagat ha intentado crear un sindicato de parados.

Tales precedentes nos ayudan a situar el tema central: el de las relaciones entre la acción de los parados y el sindicalismo. Encerrado en sí mismos, el movimiento de los parados oscila entre las actuaciones de urgencia, en unas ocasiones violentas y en otras de carácter humanitario, y el debate planteado en términos demasiado generales sobre la reducción de horas de trabajo y el modo en que éste habría de ser repartido.

La principal organización, AC! (Agir ensemble contre le chômage!; «Acción conjunta contra el paro!»), ha estado desde sus comienzos vinculada a la acción sindical, pese a dar muestras de gran autonomía en relación con su principal compañera, la CGT, que también ha adoptado importantes iniciativas. Del mismo modo C. Villiers, que pasara de la CFDT a Sud-PTT. Christophe Aguiton, delegado de la LCR y activo en el mismo sindicato, han buscado constantemente combinar acciones independientes, en particular las marchas en Francia (durante 1994) y más tarde en Europa, con iniciativas diseñadas en común con las organizaciones sindicales, en especial en Bouches-du-Rhone. Pero en AC! Surgieron pronto fuertes divergencias con unos sindicatos que por encima de todo querían defender el empleo, en concreto cuando la organización pretendió hablar en representación de los jóvenes parados cuyo futuro estaba en entredicho y que expresaban sus dudas sobre la actual sociedad de trabajo.

Esto condujo al movimiento a cambiar radicalmente de discurso, en especial durante la campaña electoral de 1995, y a emprender por su cuenta las reivindicaciones de todas las clases de excluidos: «sin hogar», «sin papeles»etc. Estas iniciativas prolongaban, utilizando medios más radicales, el tema más genérico en la lucha contra la fractura social y en favor de nuevas maneras de comprender la ciudadanía, tema que había encontrado suficiente eco en la población. Ésta había acogido en principio favorablemente el movimiento de ocupaciones del ASSEDIC y de los despachos de ANPE a finales de 1997. Pero el gobierno volvió a tomar n seguida cartas en el asunto, obligando a evacuar los locales ocupados y al mismo tiempo preparando una ley en contra de la exclusión. ¿De qué manera un movimiento que reunía a varios miles de militantes y de parados cuyas situaciones, actitudes y objetivos eran tan diversos, se podía sostener sin desmembrarse?

Este movimiento cuenta con dos aspectos diferentes. En primer lugar, ha contribuido a dotar de nuevos contenidos la acción reivindicativa, poniendo en lugar bien visible la noción de derechos, pero sobre todo ha intentado transformar a las víctimas en actores de la vida social, demostrando que los parados, como antes de ellos los *beurs*, eran capaces de organizar una acción, de hacer oír su voz, incluso en el caso de que sus palabras fueran difícilmente comprendidas por los trabajadores sindicados. Ningún movimiento, se ha encontrado en una situación más difícil que éste para hacer surgir un nuevo actor colectivo, lo que dice mucho en favor de su importancia, pero lo que explica también la fragilidad que le ha conducido a emprender acciones de carácter puramente mediático, como la ocupación de la Escuela Normal superior a iniciativa de algunos alumnos, acciones que han proporcionado al movimiento una imagen negativa. Pero estas desviaciones, que han contribuido a reforzar la posición del gobierno cuando éste hizo evacuar los locales ocupados, no deberían hacernos olvidar que este movimiento ha propuesto innovaciones en el ámbito de la formación de nuevos actores sociales y que su actuación se puede volver a reemprender.

EL MOVIMIENTO DE LOS «SIN PAPELES»

Mientras los «sin techo» y los sin «trabajo» han agotado sus fuerzas con protestas en contra de situaciones que no admiten fácilmente cambios, puesto que cuestionan a la misma organización de la sociedad económica, el movimiento de los sin «papeles», que podrían haber sido más marginal, se ha transformado por sí mismo en movimiento social. Ha sabido constituirse como actor autónomo; su adversario, el gobierno, se ha declarado como tal; por último, ha encontrado una resonancia considerable, en ciertos momentos incluso mayoritaria, en la opinión pública, porque aquí la defensa de los derechos de unos pocos se ha asociado a la defensa de los derechos de todos, en especial cuando el artículo 1º del proyecto de ley Debré fue contemplado por mucha gente como un atentado a las libertades personales.

Esta fuerza y esta autonomía del movimiento explican que en ningún momento haya estado dominado por intervenciones dirigidas desde el exterior. El grupo de mediadores se ha contentado con la posibilidad de intentar hacer posibles determinadas regulaciones que hasta entonces habían sido rechazadas o muy limitadas, y en ningún instante ha pretendido dirigir el movimiento o imponerle determinado sentido. Éste se ha constituido como agente autónomo, en parte porque se ha apoyado sobre una organización colectiva más antigua, la de los *Maliens* al comienzo o la de los *Chinos de Wenzbou* en fases posteriores. Finalmente, han sido los senegaleses, Ababacar Diop y Madjiguene Sissé, los principales dirigentes y figuras emblemáticas, y entre ellos se ha entablado el debate interno más relevante del movimiento.

Este movimiento, desde la ocupación de la iglesia de Saint-Ambroise, seguida de la detención de Ariane Mnouchkine en el teatro de la Cartoucherie, y sobre todo después de la

expulsión violenta de los huelguistas de hambre de la iglesia de Saint-Bernard, ha movilizado en su favor una fuerte solidaridad, que por otra parte se ha visto alimentada por cierto sentido político más dinámico: el miedo al Frente Nacional y el rechazo activo de sus tesis racista. En realidad, se trató de una serie de acciones independientes en defensa de los derechos de los «sin papeles» a vivir en Francia con absoluta normalidad lo que se vio luego transformado en un vasto movimiento que, de repente, ocupó un lugar altamente significativo en la vida política, en especial al poco de la manifestación en Estrasburgo contra el congreso del Frente Nacional.

Este movimiento no ha sido «recuperado». Si bien se ha visto apoyado por grupos de extrema izquierda, por asociaciones humanitarias o por determinadas personalidades, no ha perdido en control de sus actos y no se ha agotado en una serie de operaciones espectaculares o en gestos puramente mediáticos. Su intención no es la transformación de la sociedad; su único objetivo consiste en la regularización de la situación legal de los «sin-papeles». Este mismo nombre, que ha reemplazado al de clandestinos, nos indica a las claras que su voluntad de integración social no tiene nada de revolucionaria. Pero ha suscitado un gesto reflejo de miedo en el gobierno y en un segmento de la opinión pública que temen la presión migratoria originada por la situación económica mundial. Más concretamente, el encuentro del movimiento de los «sin-papeles» y de levantamiento ciudadano contra la ley Debré ha otorgado carta de naturaleza a ciertos actores que podrían haber quedado en posiciones tan marginadas como los «sin-hogar». Sería por entonces cuando fueron llamados a jugar un papel en la nueva reestructuración del espacio social e incluso en el fracaso de la derecha durante las elecciones legislativas de 1997.

Ciertamente, las imágenes difundidas por los medios de comunicación favorecieron la extensión del movimiento. Pero sería injusto pretender que las acciones emprendidas por los «sin-papeles» se hayan visto orientadas principalmente por los *media*. La actividad autónoma de los interesados y la invocación a los principios fundamentales de la República han sido desde siempre los resortes principales de la acción colectiva.

Se objetará que, como en el caso de los *beurs*, una acción en principio limitada se ha transformado en acción política tras recibir el apoyo masivo de gente para quien la lucha contre el Frente Nacional, e incluso la defensa de sus propios derechos personales, era más importante que la mera solidaridad con los «sin-papeles». Tal objeción no es de recibo, puesto que si el movimiento de los «sin-papeles» se ha transmutado en lucha contra de las leyes Pasqua y el proyecto de ley Debré (que, necesario es recordarlo, manifestaba la influencia del Frente Nacional sobre la derecha en el poder), y si el movimiento ha tenido influencias políticas impensables en otros similares hasta la fecha, es porque su verdadera razón de ser ha seguido siendo la defensa de ciertos derechos muy precisos y la búsqueda de soluciones concretas.

Todas las huelgas de hambre que han caracterizado su actuación confirman que el compromiso personal ocupa en él un lugar esencial. Cualquier movimiento social suscita el sacrificio y la acción ejemplar; pero aquí están puestos al servicio de los derechos de los individuos, y por lo tanto han tenido una orientación moral más que política. Y la política, que estuvo durante tanto tiempo ligada a la economía, se ha visto transformada a causa de la introducción de las exigencias morales en la esfera pública

Cuando las acciones se establecen sobre la base de la privación (de trabajo, de vivienda, de papeles, etc.) y no sobre el reconocimiento de alguna función o de alguna calificación, la creación e actores sociales y la denuncia política e ideológica de un orden injusto amenazan siempre con ir por su lado. Estos dos componentes habían caminado

unidos en los movimientos sociales de la época industrial por efecto de un principio universalista de referencia, el progreso por el concurso de la razón. Pero, puesto que ha dejado de existir semejante principio «objetivo», portador dentro de sí de toda una filosofía de la historia, se afirma la recurrencia al concepto de derecho: los Derechos del Hombre tal como fueron definidos en 1789, pero también, y de manera más concreta, el derecho al trabajo, a una vivienda y a la seguridad. Actualmente haría falta añadir los derechos culturales, amenazados por el espíritu jacobino cuando éste rechaza la diversidad y pretende la imposición de su norma.

Ahora bien, justamente la referencia a los derechos de los individuos, a los derechos de las minorías tanto como a los de la mayoría, es lo que confiere a estos nuevos movimientos sociales una importancia tan grande, ya que aportan la contestación al orden dominante, y más todavía, la liberación de las víctimas que alcanzan, por lo menos en alguna medida, a transformarse en actores de los cambios sociales. A la inversa, existe un peligro real, e incluso creciente, de ver que esta acción «afirmativa» la desbordan y manipulan ideologías que tienen como único contenido la denuncia del orden establecido sin creer posible la formación de nuevos actores.

Hoy esta subordinación de la protesta social a la acción política e ideológica no dispone del mismo efecto dinámico que tenía cuando los partidos comunistas apoyaban las luchas obreras y anticolonialistas, si bien utilizándolas para la construcción de su propio proyecto político totalitario. En todo caso, nos recuerda el caso de las guerrillas latinoamericanas de los últimos treinta años. Éstas, en efecto, no mantenían más que relaciones indirectas con las poblaciones rurales en nombre de las cuales tomaban las armas, sin olvidar que sus bases provenían de los jóvenes de las clases medias urbanas radicalizadas que se consideraban a sí mismas la vanguardia de la liberación de los pueblos; eso ha conducido a trágicas situaciones sin salida. Ha sido necesario el hundimiento de los sistemas soviético y cubano para que en América Latina se originen movimientos indígenas de distinto signo, como los de Rigoberta Menchú en Guatemala o de los zapatistas del subcomandante Marcos en México, o también el de los kataristas bolivianos y el de los indios de Ecuador. Todos estos movimientos han renunciado a las políticas de ruptura y se basan en la afirmación de alguna identidad cultural, adoptando al mismo tiempo líneas políticas activamente democráticas.

Francia se ha sentido siempre atraída por los extremismos políticos, en detrimento de la formación de nuevos actores sociales. Se trata de una tendencia característica que no tiene fecha de hoy y que no se circunscribe al Hexágono, puesto que ya fue el trasunto de la oposición entre los bolcheviques y sus adversarios mencheviques que dominaron los sindicatos en Rusia hasta el año 1913. Durante la década de los setenta los movimientos que por entonces yo denominé «nuevos movimientos sociales» se agotaron precisamente porque se presentaban como de inspiración leninista. Se trataba de vino nuevo en odres viejos, que pronto se convertiría en vinagre. Ahora no debería suceder lo mismo: el *espíritu* de Mayo del 68 (y no su vocabulario político) renace con mayores energías, desembarazado ya del viejo vocabulario y de las formas de pensar arcaicas, en particular en las acciones de los «sin-papeles» tanto como en la de Aides, que me parecen las más cargadas de contestación creadora y liberadora.

La reivindicación de ciertos derechos, según cada uno los entiende, viene a ser un signo democrático que se opone a la voluntad de «tomar el poder» o de romper completamente con las instituciones. El colectivo de Sain-Bernard y quienes lo han ayudado ponen dique al peligroso proyecto de ley Debré mediante la apelación al derecho

de los individuos a vivir conforme a sus deseos, a sus necesidades y a su cultura. Ahí nunca hubo intención de hacerse con el poder o iniciar la revolución.

También es mérito de estos movimientos haber reducido la distancia que separa a quienes se llaman republicanos de los que se sienten antes que nada demócratas. Pues el reconocimiento de los derechos culturales presupone el apoyo de unas instituciones capaces de combinar la unidad de la nación con la diversidad de los intereses, de los valores y de las herencias. En Francia como en todo el mundo occidental e incluso más allá se ve retroceder al mismo tiempo la confianza en los mercados y en las políticas comunitaristas. Se habla una vez más de nación, de ciudadanía de derechos sociales y culturales. Estos términos no se oponen entre sí, sino que son complementarios. La ciudadanía ya no puede volver a consistir en la fusión de todas las identidades en una sola conciencia nacional unificadora, para lo cual se recurre a la represión cuando se cree oportuno; más bien se ha de fundamentar en el incremento de la diversidad, del debate y de la representación política en el interior de una colectividad que se propone como principal objetivo la consolidación de los derechos de cada uno antes que su subordinación a la unidad y a intereses nacionales omnipresentes e intolerantes.

Pero estos movimientos demuestran por contraste la degradación del sector asociativo, cuyas llamadas a la solidaridad y a la igualdad, aun que basados en sentimientos sinceros y generosos, son cada vez más aprovechadas por un aparato de Estado que busca en primer lugar aligerar sus cargas confiando parte de sus tareas a personas voluntaristas. El movimiento asociativo se convierte entonces en la extensión de una administración, sobre todo local, más preocupada por el clientelismo político y las acciones espectaculares que por la transformación de las víctimas en actores sociales.

LOS MOVIMIENTOS CULTURALES

No habrá ningún movimiento social con la suficiente entidad en el conjunto de la sociedad y en la política hasta que la defensa de las víctimas esté claramente vinculada con las nuevas orientaciones culturales y sociales. Una confluencia de intereses semejante está a punto de producirse, y constituye la mayor respuesta a la dominación capitalista. Vale la pena estudiarla con atención.

La modernidad occidental se consiguió gracias a la concentración de medios de actuación en manos de cierta élite que se definía a sí misma como racional, y a que ésta afirmó su papel dirigente en contra del resto de fuerzas supuestamente irracionales. Una vez alcanzada, proporcionó a Occidente la supremacía durante el siglo, aunque al precio de la escisión de la sociedad, de su polarización en todos los aspectos: empresarios autoproclamados racionales contra trabajadores considerados como rutinarios o perezosos; colonizadores portadores de la Ilustración contra embrutecidos «salvajes» que rechazaban las ventajas del progreso; adultos que saben contenerse contra niños que ceden a sus instintos; hombres racionales contra mujeres juzgadas irracionales, traducándose este último fenómeno en el dominio de lo público masculino sobre lo privado femenino.

Ahora bien, desde hace ya mucho tiempo, y en la actualidad más todavía que antaño, se asiste a la superación de estas polarizaciones, de estas oposiciones establecidas entre dominadores y dominados. Ya he hablado antes de recomposición del mundo. El movimiento obrero supone la primera manifestación: el desarrollo económico no se redujo a la mera racionalización autoritaria y a la acumulación de los recursos; ha exigido

igualmente la participación de cada vez un mayor número de individuos en la producción, consumo y gestión de la sociedad moderna. Al poco se vio a los movimientos de liberación de las colonias rechazadas un poder que no sólo se apoyaba en la fuerza, sino también en la arrogante confianza de unos colonizadores embutidos en su papel modernizador.

Durante la segunda mitad del siglo XX dos grandes formas de recomposición del mundo se han añadido a las anteriores. La primera es el pensamiento y la acción ecologista, que han sustituido el poder que el hombre ejerce sobre la naturaleza por la responsabilidad de éste en relación con un medio ambiente natural y cultural amenazado y explotado por las intervenciones tecnológicas y económicas de la sociedad, una sociedad subida al carro de la modernización económica. Que este ecologismo haya tomado en ocasiones peligrosas formas antihumanistas, tal como ha señalado Luc Ferry, no debe hacer cuestionar el vuelco profundo de perspectivas que ha operado.

Más importante todavía es el movimiento feminista, puesto que la pareja complementaria hombre/mujer ha dominado siempre, y bajo formas diversas, nuestra cultura. Al principio, las mujeres exigían igualdad de derechos, el fin de la discriminación y el derecho a disponer libremente su cuerpo. En gran parte estas exigencias fueron obtenidas, en nuestro país, por medio de la promulgación de ciertas leyes, aunque pese a ello, no desaparecieron de hecho todas las desigualdades, como demasiado pronto se había querido anunciar. En especial a causa de las resistencias del antiguo modelo jerárquico, pero también porque en el tema de la igualdad se descubre un sesgo peligroso: propone a las mujeres se iguales que los hombres, el poder acceder al género de vida, de poder y de autoridad que disfrutaban los hombres. Y parte de los fracasos de este igualitarismo provienen de que muchas mujeres han buscado otros géneros de vida, diferentes a los que ostentan los hombres más comprometidos con la carrera por la competitividad y el poder; en pocas palabras, han intentado dar un contenido a la identidad femenina. Pero esta búsqueda ha ido a parar a un callejón sin salida, como todos los movimientos basados en lo identitario, y a veces ha tomado la forma de cierta automarginación que las lesbianas norteamericanas más radicales, las del movimiento Queer, han sabido denunciar oportunamente. Esto ha desembocado, más recientemente, en un movimiento mucho más significativo, que ataca los mismos principios de nuestra cultura polarizada, establecida sobre la desigualdad.

El movimiento por la paridad, cuyo apoyo por la opinión pública se puede considerar todo un éxito y que probablemente conducirá en Francia a reformas de carácter constitucional, va dirigido hacia una política de cuotas que busca restablecer la equidad dentro de una situación de desigualdad. Éste afirma que el hombre para el que fueron constituidos los Derechos del hombre sólo existe bajo la forma dual hombre/mujer y que, por lo tanto, el pretendido universalismo de los derechos —que se ha de defender a cualquier precio— es inseparable del reconocimiento de las diferencias entre los hombres y las mujeres. Ellas quieren ser al mismo tiempo iguales y diferentes. De este modo el modelo de la modernización occidental se encuentra cuestionado en su componente más esencial, como es la creación de la identidad y la producción de cultura. No se pueden analizar las transformaciones de nuestra sociedad sin introducir la dualidad de las experiencias propias de lo masculino y de lo femenino. Francia ha tardado mucho tiempo en darse cuenta.

Es necesario añadir que se ha abierto un nuevo frente en la lucha por la recomposición del mundo. Hoy se habla de los derechos de los niños y, más allá de los casos de abuso de menores, se oye expresar el deseo, tanto en la escuela como en el seno de

la familia, de reforzar la autonomía de los niños y de la capacidad de disfrute propia de su experiencia vital.

Las distancias son todavía importantes entre estos grandes movimientos culturales y las acciones de defensa de las clases sociales más directamente castigadas por la organización económica y social. Sin embargo, y como es sabido, los movimientos sociales han de presuponer, para estar contruidos sólidamente, que la defensa de las víctimas y la transformación de la cultura son asuntos que se toca. En este punto la escena política se puede animar de nuevo, mientras que todavía ayer la mayor parte de la sociedad se apartaba de la agitación confusa que percibía en estos movimientos y que tanto la defraudaba.

Uno de los principales obstáculos para la formación de estos grupos es la intervención de quienes no creen en la existente posible de actores sociales capaces de definir objetivos positivos. Éstos, ya se sabe, no ven en ellos más que a víctimas que sufren un destino inevitable y que dan testimonio de su sufrimiento de las injusticias del orden social. Esta ideología retrasa la formación de nuevos movimientos sociales, y eso cuando no les dota ella misma de cierto discurso que, piensa, no son capaces de elaborar por sí mismos. Por esta razón requiere ser combatida.

La tarea de reconducir los movimientos de rechazo hacia movimientos de afirmación parece compleja. Se trata, para los excluidos —*beurs* víctimas de la discriminación, «sin techo», «sin trabajo», «sin papeles», enfermos de sida y minusválidos, entre otros— del intento de afirmar sus derechos personales, al mismo tiempo que de combatir los aparatos que dirigen y utilizan en su propio provecho la sociedad de la información y cierta flexibilidad (es decir, cierta precariedad) que nos es presentada como condición indispensable de la competitividad (y por lo tanto del crecimiento).

Lo que comparten estos dos tipos de movimientos es que ambos defienden colectivamente los derechos personales: el derecho al trabajo y a una cierta continuidad laboral tanto como los derechos culturales. Decir que tales referencias a los derechos individuales niegan cualquier posibilidad para la acción colectiva resulta sorprendente en nuestro país, cuyo texto más importante, de entre los inspirados por la Revolución francesa, fue la Declaración de los Derechos del hombre, en la cual se apela no solamente a la soberanía del pueblo sino, aún más, a la defensa de los derechos personales. Precisamente, lo que no es ninguna novedad es la referencia a la libertad de opinión, de reunión o de organización; más bien la originalidad proviene de la invocación del derecho a una identidad individual, si por ésta se entiende la unidad, de continuo construida y transformada, que engloba a toada experiencia concreta de la vida individual. Que esta defensa en clave «ética» aparezca en numerosas acciones colectivas supone la evidencia de que éste es el sentido que encierran muchos de los movimientos que se desarrollan frente a nosotros. Pero tales acciones colectivas no son posibles más que al abrigo de la protección institucional. Se trata, por tanto, de una acción política y no de un individualismo abstracto, autista en lo relativo a las relaciones sociales y en concreto a las relaciones de poder.

De ahí la importancia del movimiento de los *beurs* durante los años ochenta y el de los «sin-papeles» durante los noventa. Son ellos los que tienen más fácil el paso de una acción de defensa a otra de afirmación de derechos, de protesta contra las injusticias a un compromiso que podría definirse con el término de orgullo (del mismo modo que se ha hablado de una conciencia orgullosa en el movimiento obrero) en lo que se refiere a los atributos personales y colectivos, ya sean éstos profesionales, lingüísticos, morales o religiosos. Por su parte, el movimiento de los homosexuales no lucha exclusivamente contra la discriminación: representa también cierta concepción *gay* del lugar de la

sexualidad dentro de la sociedad y de la existencia humana. Por último, y pese a que el movimiento puramente defensivo de las feministas ha declinado después de sus victorias legislativas y pese a que la búsqueda de un modo de ser estrictamente femenino sólo ha conducido a la marginación, la acción de las mujeres, incluso cuando ha tomado cuerpo en movimiento de opinión más que en movimientos políticos organizados, se significa como un actor fundamental en la tarea de «recomposición del mundo». Tras el movimiento obrero de los movimientos de liberación nacional, y del mismo modo que éstos, dicho movimiento lucha por la superación de las oposiciones jerarquizadas entre el polo racional masculino, burgués y occidental, y el otro polo irracional femenino, popular e «indígena».

Si la aproximación entre los movimientos de rechazo y los movimientos de afirmación no acabara de producirse, los primeros se agotarían con rapidez por culpa de las divisiones internas y de la facilidad con la que los poderes públicos pueden manipularlos. En conclusión, ¿cómo es posible no ver que a través de estas acciones, a menudo limitadas a breves espacios de tiempo y en su capacidad de movilización, se está operando la formación de nuevos actores sociales? Nadie nos puede asegurar que estos grupos acaben por federarse o que se unan para conformar el equivalente a lo que se dio en llamar el movimiento obrero. Y es que lo que ellos atacan son los problemas ligados a la modernidad capitalista y a la cultura masificada; son las formas principales de poder lo que se cuestiona. Tal vez el gobierno considere que estas acciones tienen carácter minoritario, pero lo más importante no es que sean reconocidas por el Estado y por las fuerzas dominantes de la sociedad, puesto que su labor es imponerse a éstas y transformar en profundidad la organización de la sociedad y la representación que de ella nos hacemos.

El reciente movimiento de los liceistas (octubre de 1998), los escolares de secundaria, muestra bien a las claras la transformación de nuestras ideas tradicionales acerca de la escuela y la educación. No ha sido ésta la primera vez: en muchas otras ocasiones los alumnos de los liceos han nutrido con su presencia inquieta las manifestaciones de estudiantes. Pero en este caso el tono es nuevo; quizá porque la reorganización del movimiento es tan frágil que los discursos que están de acuerdo con las estrategias sindicales clásicas no han tapado inmediatamente la voz de estos alumnos (y alumnas). Ahora bien, también lo que dicen resulta novedoso. Lo que cuestionan, más allá de sus condiciones materiales de trabajo, de seguro mejorables, es su lugar dentro de los liceos. Éstos siguen manteniendo una cultura y una autoridad propiamente colegial, aceptables para quienes creen que la escuela supone el paso previo de un futuro previsible, pero que van contra los individuos que disponen de un porvenir menos asegurado y de aquellos cuya personalidad casa mal con sistemas que exigen la conformidad con las normas antes que la propuesta de nuevas ideas o el mantenimiento de puntos de vista originales. Estos estudiantes desean ser actores sociales no solamente dentro del mundo de la enseñanza que se les inculca, sino también en los cambios que por aquí y por allá asoman, desde el campo de las leyes hasta el de las instituciones. Y dado que tales reivindicaciones no se pueden considerar estrictamente políticas, muchos observadores las han juzgado moderadas en exceso. Se oponen a ellas quienes querrían cambiar la sociedad a su antojo y participar más directamente en esos cambios. Eso implica cierta contradicción, puesto que no se trata de que los alumnos impongan su imagen de la sociedad, sino de que surja la nueva representación que ellos se hacen tanto de sí mismos como de su ambiente social. La información de sus proyectos personales independientes, sus relaciones con los amigos de orígenes bien diversos, la exigencia de una comunidad más directa con los enseñantes, su acercamiento de terminados principios morales —la

dignidad del otro y su libertad— conducen al análisis clásico de la escuela como unidad administrativa y económica. Su proyecto se puede llamar propiamente democrático, ya que ha sido elaborado por los propios interesados, cuyos discursos están a salvo de cualquier influencia externa y manifiestan una profunda experiencia que hasta entonces permanecía cubierta por ciertos discursos, ya fueran éstos mediáticos o de cualquier otro tipo, que alertan sobre una juventud encerrada en su narcisismo y satisfecha con su particular cultura. Muchos de estos estudiantes han sabido combinar el respeto a su propia diferencia con el acercamiento a la lengua francesa, instrumento indispensable de comunicación y de integración.

La espontaneidad y la debilidad de la organización de este movimiento lo han llevado con demasiada rapidez a efectuar una serie de reivindicaciones cuantitativas que enmascaran su sentido. Pero éste ya había alcanzado su principal objetivo. La opinión pública, si hemos de juzgar por el apoyo que le ha demostrado, ha dado a entender que ya estaba comprometida con la revisión en profundidad de las condiciones establecidas para la enseñanza, que no debe estar centrada solamente en el valor del conocimiento, al cual los profesores han de lograr que accedan los alumnos, o en las mismas normas de la sociedad escolar. La enseñanza se debe poner al servicio de la libertad creadora de los estudiantes y tomar en consideración su situación y su personalidad concreta, a falta de esto la búsqueda de cierto igualitarismo pretencioso sólo conseguirá reforzar las desigualdades dentro de la escuela.

Pocas veces habían sido planteadas, después de 1968 —y era en contextos bien distintos—, demandas basadas en proyectos individuales antes que en críticas objetivas de la sociedad. Se trata, desde luego, de un movimiento social, puesto que hunde sus cimientos en la afirmación positiva de sí mismo y en lucha contra el sistema escolar y contra sus rigideces, en nombre de una cultura de la originalidad y de la innovación.

Hace quince años ya esperábamos y anunciábamos el «retorno de los actores sociales». En estas manifestaciones de estudiantes, incluso cuando se ven alteradas por las provocaciones de los alborotadores, los actores hacen oír sus voces, unas voces en las que se mezclan los proyectos de futuro y las críticas, en lugar de limitar su acción a la manera defensa corporativista o al rechazo global, de carácter ideológico y destructor más que anunciador de cualquier actuación real.

COMENTARIO

Frente a los comentarios de quienes exigen la identificación acrítica con las luchas sociales (o al menos con las que ellos mismos han decidido apoyar) se escuchan opiniones opuestas. ¿Por qué, dicen éstos, habría que concederles tanto crédito a una serie de movimientos que destacan, algunos, por su debilidad y por ser dirigidos por militantes políticos más que por categorías sociales, y otros, por el hecho de haber puesto en marcha movilizaciones, más liberales que contestatarias, a favor de una serie de derechos garantizados por la República? Los verdaderos problemas sociales, ¿no se encuentran acaso en otro ámbito, en el desorden antes que en la contestación? Por una parte, en la corrupción y en la especulación, y por otra, en la convivencia incívica; así pues, ¿los problemas no provendrán más bien de la enorme debilidad que aqueja a los códigos sociales y al espíritu cívico?

Pero, ¿por qué mezclar realidades tan diversas, por qué considerar sobre todo la existencia de la sociedad desde el punto de vista del orden, por legítimo que éste sea, y no desde el punto de vista de la justicia o de los derechos que adquieren forma en las luchas, incluso cuando no demuestran tener toda la solidez que cabría esperar? Existe de hecho cierta complementariedad entre dos tipos de intervenciones públicas que parecen ser igualmente necesarias. Resulta obligado contener estos actos contestatarios cuando no desembocan en ningún movimiento social y tan sólo son la expresión de un rechazo; pero al mismo tiempo, haría falta reprimir igualmente las conductas de los grupos más poderosos, capaces de acarrear consecuencias todavía más graves, cuando éstos contravienen la ley.

Haría falta, ciertamente, prestar gran atención a las medidas de saneamiento de la vida pública, pero al mismo tiempo es preciso conceder una atención equivalente a la positiva transformación de las conductas autodestructivas de las víctimas en capacidad de acción colectiva ilusionante. La consecución de esos dos objetivos, ambos de tan múltiples implicaciones, se intentó en el pasado y se debe intentar de nuevo en el presente. Para algunos, el peligro principal es que el orden legal llegue a estar amenazado; a otros, en cambio, les preocupa ante todo los riesgos que se ciernen sobre el espacio de lo social; los hay por último, y entre ellos me cuento, que afirman la necesidad de que se consoliden nuevos actores y nuevos movimientos sociales. Pero no hay ninguna razón que justifique la oposición de estas tres maneras de enfrentarse a una crisis que demuestra tener múltiples ramificaciones; a condición, claro está, de no dejarse arrastrar hacia una política del miedo, del rechazo generalizado y del desinterés, política que no parece atraer solamente a los electores del Frente Nacional.

PARIS Pombo, Ma. Dolores (1990). “El final del desarrollo y las limitadas posibilidades de modernización en América Latina”; en Crisis e identidades colectivas en América Latina. México, Editorial Plaza y Valdes, pp. 2-16

CAPITULO I

EL FINAL DEL DESARROLLO Y LAS LIMITADAS POSIBILIDADES DE MODERNIZACIÓN EN AMERICA LATINA

1. Globalidad estructural y espacial de la modernidad

Al iniciar el siglo pasado, el término de modernidad contenía un matiz cultural subversivo, un tinte de vanguardia artística y de liberación de trabas tradicionales a la creatividad en el mundo occidental. Al finalizar el siglo xx, la modernidad se ha despojado de su envoltura subversiva y se ha transformado en un modelo dominante de evolución social y técnica de la humanidad. Hoy “la modernidad” no evoca una corriente ni una aspiración liberadora; es un concepto que se ha tragado poco a poco todos los ámbitos y los espacios de la vida social hasta transformarse en un modelo hegemónico de vida cotidiana, en un imaginario colectivo, y sobre todo en un modelo mundial de evolución económica. De tal forma que Chesneaux se refiere a la “modernidad-mundo” (Jean Chesneaux, junio de

1988): desde el punto de vista “económico” y “cultural” hemos llegado a la construcción de una globalidad estructural y espacial.

Globalidad estructural: la producción sólo puede ser entendida a nivel mundial. La fábrica se ha dispersado en una variedad de etapas productivas que se realizan en microtalleres o en talleres de mayor extensión repartidos por el mundo; de tal forma que en muchos sectores de la industria el proceso productivo ha adquirido dimensiones mundiales. La emigración de la mano de obra barata hacia el centro del capitalismo es así reemplazada por el traslado de las plantas a los países del tercer mundo, lo cual permite a las transnacionales realizar enormes ahorros en salarios, disminución de cargas impositivas, dispersión de riesgos... Fundamentalmente, los países del tercer mundo funcionan como proveedores de una mano de obra extremadamente barata y cuyos salarios pueden todavía comprimirse a medida que la competencia tecnológica hace más necesario el abaratamiento de los costos.

Los beneficios de los países “maquiladores” a nivel de posibilidades de desarrollo autónomo son prácticamente nulos: son importados patentes, maquinaria, técnicos, técnicas de producción y hasta servicios empresariales. Lo único que queda en el país son los míseros salarios de una mano de obra que, sin embargo, sigue siendo privilegiada por tener un empleo fijo en el sector formal de la industria.

Globalidad estructural significa así dispersión de la fábrica en unidades fabriles repartidas por el mundo y dimensión mundial de la compañía industrial. La era de la modernidad es la del gigantismo tecnológico, la de los imperios planetarios al estilo de la IBM que controla mundialmente más del 60% de la producción en su rama.

A partir de los años setenta se ha acelerado el proceso de monopolización realizado a través del mundo por las multinacionales. Estas han llegado a controlar (a través del proceso de subcontratación, contratación, extensión y multiplicación de filiales por el mundo) cerca de las tres cuartas partes de la producción industrial mundial. Algunos sectores están casi totalmente controlados por las transnacionales, como son la industria electrónica (controlada por diez firmas en el mundo), la petroquímica (controlada por quince compañías) o la producción de papel (controlada por nueve transnacionales). André Gorz y Michel Bosquet hablan de una verdadera oligarquía mundial:

La constituyen unos cuantos centenares de compañías; sus directores provienen de las mismas escuelas, del mismo medio social, comparten las mismas ideas y persiguen los mismos fines por los mismos medios. (André Gorz y Michel Bosquet, 1978; p. 131.).

Las ventajas del traslado de plantas hacia el tercer mundo son numerosas: las exigencias legales de seguridad en cuanto a emisión de contaminantes son mucho menos estrictas en los países periféricos; la casa matriz vende a las filiales, a precios estratosféricos, maquinaria obsoleta, servicios empresariales y patentes, e impone además la utilización de componentes suministrados por la propia casa matriz a precios de monopolio. Por otro lado, reingresan al país de origen el grueso de las ganancias realizadas en los países donde se invirtió.

En la última década gran parte de los países latinoamericanos, en sus llamadas “políticas de modernización”, han abierto sus puertas de par en par y recibido a las

transnacionales con los brazos abiertos. En México, se les ha concedido el permiso de operar con capital total o mayoritariamente extranjero.

El gobierno del presidente mexicano Miguel De la Madrid disminuyó además, o suprimió totalmente, tasas arancelarias y permisos de importación, de tal forma que las subsidiarias de las empresas transnacionales han podido importar sin costos adicionales sus materiales componentes.

La mundialización de la economía es también la generalización de una nueva dependencia mutua: la de acreedores y deudores. Unos y otros amarrados por los compromisos financieros contraídos durante la década pasada, se ven obligados hoy a programar sus políticas económicas en función de una dependencia mucho más fuerte aún que la que teorizaron los dependentistas en la década pasada (y es sorprendente, por cierto, que el tema de la dependencia se ya tan poco mencionado por las ciencias sociales latinoamericanas cuando los lazos de dependencia no han hecho sin estrecharse en los últimos años).

Entre el deterioro de los términos de intercambio y el pago por servicio de la deuda de los países periféricos, es un verdadero saqueo el que están realizando hoy os países más ricos en el tercer mundo, saqueo que ha llevado a la multiplicación de la pobreza y del hambre en los últimos años, además del desmantelamiento de las soberanías nacionales.

Globalidad espacial: el objetivo de las nuevas tecnologías es aniquilar las distancias y las relaciones espaciales. En el medio de las comunicaciones la modernidad es la instantaneidad, la imagen transmitida por satélite simultáneamente a todos los rincones del mundo, la información que llega por computadora a todas las terminales... La moda es lo inmediatamente obsoleto, y es también el consumo masivo, que borra las distancias culturales, que se realiza al mismo tiempo en todas las ciudades del mundo.

La modernidad significa hoy, ante todo, un modelo cultural hegemónico en que dominan los valores de espontaneidad, instantaneidad, compatibilidad, y criterios de prestigio imitados de los valores americanos (un modelo transmitido cotidianamente por todos los “media”, cuya expresión más clara son las telenovelas norteamericanas transmitidas en todo el mundo al estilo de “Dallas” o “Dinastía”).

2. Imposición del modelo de desarrollo, polarización y transferencia de recursos

Así, parece que hemos llegado a un punto universal de convergencia cultural y económica, un punto en que la producción al igual que el consumo, la cultura de masas y la ciencia parecen haber borrado las fronteras. No estaríamos lejos entonces de la utopía de la Ilustración, ni de las ideas de Durkheim sobre el paso general, en las sociedades, de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica y de la heterogeneidad a la homogeneidad. Los científicos sociales, para explicarse la realidad, han abandonado en nuestros días el término “orgánico” para emplear “cibernético”, o aun “sistémico”. El modelo de unicidad ideal ya no nos lo proporciona la imperfecta biología sino la teoría de sistemas y la cibernética; pero la utopía es bastante similar a la de los ilustrados: el modelo de desarrollo cultural y económico al cual el mundo entero deberá llegar sigue siendo la sociedad occidental europea y norteamericana.

Por supuesto lo que vivimos en los países latinoamericanos no se parece en nada a una transición de la tradición a la modernidad, de la sociedad rural a la industrial o de un modelo arcaico hacia la “perfección” de la modernidad. Se trata simplemente de la

imposición de un modelo de desarrollo por una combinación de dominación política de obligación económica y de incitación cultural. La modernización en América Latina ha cobrado un significado muy distinto al que tuvo en el Centro. Los procesos de modernización no ha llevado sino a la consolidación de los lazos de dependencia bajo nuevas formas de control. La creatividad o la innovación tecnológica han sido aplastadas por la competitividad; y los individuos han encontrado muy escasas vías de integración a la sociedad llamada “moderna”, poquísima capacidad de absorción del sector “formal” de la economía, proliferación de la pobreza que impide el acceso al consumo para la mayoría, poca capacidad de integración y movilización de las instituciones . . . La modernidad permanece a menudo como un espejismo, un mundo que parece siempre al alcance de la mano, ya! que sin embargo nunca puede accederse.

La modernización es una vía continua la polarización de la sociedad: el mundo de la modernidad tiende a dividirse en prosperidad y miseria, prestigio social y frustración, en una sociedad construida sobre la abundancia y el consumismo y otra sobre la escasez.

En América Latina volvemos a encontrar la misma tendencia a la polarización: enclaves de modernidad, con sus técnicos formados en el extranjero, sus pautas de consumo estandarizadas sobre el modelo de productos creados en el mundo desarrollado (la videocasetera, la computadora, la antena parabólica y el viaje a Disneylandia), sus criterios de prestigio. . . frente a un tercer mundo de la miseria y de la frustración. Volvemos a descubrir el gigantismo tecnológico propio de la modernidad en la presa inmensa de Itaipu en el Paraguay, en el complejo industrial de Camazari en Brasil, o en una megalópolis incontrolable como la Ciudad de México, incapaz de limitar su propio crecimiento y transformada en una verdadera bomba de tiempo. Y frente a ese gigantismo tan “integrado” al camino del desarrollo, encontramos la enorme cantidad de individuos que sobreviven de la basura de la ciudad, de los desechos industriales, y que consumen algunas migajas de la modernidad campesinos que todavía no han llegado a engrosar las ciudades perdidas, que trabajan con niveles de productividad apenas suficientes para mantener en vida a sus familias.

Se ha vuelto una moda teórica hablar (de la sociedad postindustrial, sociedad postmoderna., o aun sociedad de la abundancia, del hedonismo (Lipovetsky) o del narcisismos. Pero sin duda, como lo señala Francois Partant (1982), esa sociedad postindustrial, robotizada e informatizada, es hoy al mundo lo que el señor Rockefeller es a los Estados Unidos. En América Latina, la transferencia de tecnología que ha permitido la robotización de algunas ramas de la industria (generalmente a manos de la inversión extranjera) o la incipiente informatización de algunos sectores de la administración han significado la exclusión de nuevos contingentes de trabajadores empujados hacia el mercado (de trabajo informal y generalmente hacia condiciones de vida infrahumanas. El único factor de ventaja que tenían estos países a nivel de productividad era una mano de obra barata y abundante. Con la robotización de la industria y la informatización de la administración, ese factor se ha vuelto totalmente inútil desde el punto de vista competitivo. En forma semejante, en el campo, las famosas revoluciones verdes han provocado la degradación de la economía de los pueblos y el éxodo rural, contribuyendo a la formación de las enormes ciudades perdidas.

El famoso mundo postindustrial no sólo constituye un mundo totalmente utópico para la mayoría de la población: reposa además sobre la gigantesca transferencia de recursos del tercer mundo hacia el primero. Los países industrializados absorben casi la totalidad de las materias primas producidas en el tercer mundo y consumen una parte importantísima de su producción animal y vegetal. De esta forma, el desarrollo de unos resulta del desequilibrio socioeconómico a escala mundial. Mencionemos sólo algunos datos que nos da Chesneaux en este sentido:

El ingreso por habitante de los países más pobres ha caído, entre 1982, de 1/23 a 1/39 del de los países industrializados. Sobre 70 millones de toneladas de pescado que se consumen anualmente en el mundo, el tercer mundo no consume más que 14 millones, mientras que 25 millones se transforman en alimento para el ganado de Occidente. (Chesneaux, 1983; p. 199).

Aporé Gorz menciona también que Estados Unidos y Europa utilizan, para su propio consumo, el 20% de las tierras agrícolas del mundo, además de las propias; y si todos quisiéramos vivir como los norteamericanos, tendríamos que cuadruplicar la producción agrícola mundial. (André Gorz y Michel Bosquet, 1978.)

Esta situación ha sido agravada por el nuevo colonialismo: a raíz del endeudamiento de los países en desarrollo, los países industrializados parecen tener entre las manos todas las posibilidades de imponer las pautas de desarrollo al mundo.

A través de las “sugerencias del Fondo Monetario Internacional” sobre las políticas de ajuste por llevar en los países deudores, a través de la fijación de las tasas de interés, o de la fijación de precios de materias primas, las vías del desarrollo parecen converger todas hacia los intereses del primer mundo. Y la riqueza de éste se monta cada vez más sobre la escasez y el deterioro de las condiciones de vida del tercer mundo.

Así, en los últimos años, el desequilibrio y la interdependencia a escala mundial no han hecho sino acentuarse; la situación de las poblaciones del tercer mundo ha empeorado continuamente, y las posibilidades de acceder a esa modernidad tan codiciada son cada vez más escasas. La famosa utopía de una América Latina postindustrial y de un mundo de consumo masivo, se aleja continuamente por la vía emprendida de la “modernización”:

En el marco del sistema sociopolítico y económico mundial, tal y como lo vivimos hoy en día, el desarrollo técnico-económico del tercer mundo es imposible. Es material y financieramente imposible. Y todo lo que se lleve a cabo para promover ese desarrollo desemboca en resultados socialmente inaceptables. Finalmente, si fuera posible (es decir si el tercer mundo produjera y consumiera en las mismas cantidades que los países llamados desarrollados) provocaría la destrucción casi inmediata de la biósfera, y por lo tanto de la especie humana. (François, Partant, 1982; p. 3).

3. Las “nuevas modernizaciones” y los “nuevos políticos”

Paradójicamente, en América Latina se mantiene, en la política y en la ideología dominante, la esperanza en la modernización, asociada a la idea de “progreso” (y a su utopía propiamente moderna). Los políticos siguen sin dudar de que la vía del desarrollo es la que ha marcado el Occidente industrializado, al que alcanzaremos algún día a través de reconversiones, inversiones extranjeras, modernizaciones administrativas, transferencias de tecnología, etcétera.

Pero “modernización”, para los gobiernos Latinoamérica nos, parece significar hoy alineamiento total con las políticas promovidas desde el “centro” para el tercer mundo y con las políticas económicas “sugeridas” por FMI y por el Banco Mundial; integración técnica bajo el dudoso camino de las ventajas comparativas (son las ventajas, en realidad, de los países latinoamericanos?, ¿una mano de obra con salarios extremadamente comprimidos?, ¿riquísimos recursos naturales totalmente saqueados por las consecutivas revoluciones tecnológicas de Occidente?).

El Estado latinoamericano se ha transformado en un promotor cultural, político y económico de la nueva modernidad occidental. Es un estado que ha abandonado definitivamente los discursos populistas y las pretensiones de bienestar social, identificándose plenamente con las capas sociales privilegiadas de la región y con los intereses de los poderosos grupos económicos transnacionales; un Estado de tecnócratas, formados generalmente en Europa o en Estados Unidos, o a veces directamente asesorado por técnicos extranjeros (el ejemplo más claro fue la asesoría prestada por algunos miembros de la llamada “Escuela de Chicago” a la dictadura chilena). Así, en apariencia, el poder político en América Latina ya no se detiene, se administra según las pautas de la técnica económica moderna: los gobernantes se presentan como gerentes del Estado, quienes, lejos de tomar decisiones con fines políticos, tornan el camino que la razón científica les dicta. Han adquirido el lenguaje del técnico y abandonado el del político; están seguros de no constituir más que un eslabón lógico de la razón formal.

Pero esos nuevos políticos (¿o acaso ha sido realmente destronada la política?) son los nuevos representantes de la modernísima ideología del progreso y del desarrollo basado en el alineamiento con el Occidente industrializado. Desarrollo que se transforma en un crecimiento a toda costa, por encima de las limitaciones físicas, de las necesidades sociales o de los valores culturales locales. La ideología dominante sigue totalmente envuelta en el mito del progreso. Y este “progreso” al parecer, confunde la historia del Occidente industrializado con la del mundo en general.

El progreso no es sino el espejismo de la técnica, de la robótica y de la informática proyectado por la hiperdesarrollada (¡!) sociedad posindustrial o postmoderna. Un espejismo que al igual que cualquier otro mito, niega todo tipo de cuestionamiento.

4. Estancamiento y decrecimiento. Agotamiento de los recursos

Los discursos modernizadores convergen todos en la ilusión de un crecimiento continuo, inacabable, como si los recursos terrenalmente disponibles pudieran, mediante una extraña magia, estirarse y multiplicarse al infinito. Sin embargo la ilusión se ha topado ya desde hace años con el muro del estancamiento. Francois Partant (1982) señala que, desde hace al menos diez años, el crecimiento se ha detenido a nivel mundial. Esto ha repercutido en las

economías de la mayoría de los países en un aumento del desempleo, que se hace más rápido aún por el hecho de que la evolución de la técnica no se ha detenido (ni por lo tanto la informatización).

América Latina ha vivido, en la última década, un decrecimiento considerable de su producto global bruto; pero más considerables ha sido el decrecimiento del producto por habitante y la polarización de los ingresos. El decrecimiento y el estancamiento han tendido a interpretarse como crisis. Y todos los gobiernos hablan ya de la próxima recuperación de la economía. Pero ante la multiplicidad de callejones sin salida a los que nos ha conducido el desarrollo, tenemos suficientes elementos para dejar hoy a un lado el optimismo: el pronto agotamiento de muchos recursos naturales y el deterioro del planeta nos permite afirmar que no nos encontramos sólo ante una crisis más del sistema capitalista; lo que estamos viviendo hoy es un proceso de descomposición global del sistema que afecta por igual a todas las sociedad.

No podemos seguir pensando que los recursos son incabables cuando sabemos a ciencia cierta que en una generación la humanidad habrá agotado al menos las reservas de aluminio y de petróleo, y probablemente también las de uranio (Gortz; Bosquet, 1978). Pero también al ritmo actual de degradación ambiental, gran parte de las tierras, de los mares y de los ríos que hemos estado experimentando en estos años se habrán tornado estériles, y urbes como la Ciudad de México serán totalmente inhabitables.

A modo de ejemplo, el científico Jacques Cousteau nos señaló ya, en 1964, que la mitad de la vida marina filmada en 1954 era inexistente en aquel año. Otro ejemplo más sobre la capacidad destructiva de la modernidad: las trasnacionales papeleras y los productores de muebles están arrasando hoy, bajo el visto bueno de los tecnócratas brasileños, la selva amazónica, que genera la cuarta parte del oxígeno contenido en el aire de nuestro planeta.

Los costos del crecimiento parecen superar día con día sus beneficios (que por lo demás sólo han disfrutado unos pocos). El mito del progreso, que permitió construir todas las utopías modernas – desde la ilustración hasta la sociedad programada – ha llevado al deterioro progresivo del planeta: agotamiento de los recursos renovables, desaparición de especies condenadas, empobrecimiento genético y vulnerabilidad de las nuevas especies estandarizadas, además del continuo aumento de tierras y aguas totalmente estériles a casa de los métodos de exploración que imponen altos rendimientos y de las fuentes de contaminación.

Pero el camino del desarrollo nos ha puesto además al borde de una serie de catástrofes, como las posibilidades de Apocalipsis nuclear o de algún desastre ecológico a nivel planetario como la inminente perforación de la capa de ozono.

El desarrollo, ese conjunto de factores dinámicos de orden económico, técnico, social, político y cultural, cuya interrelación brinda al sistema su coherencia, no corresponde en absoluto a lo que habíamos pensado que era: la finalidad misma de la evolución humana. Limitado en el espacio, lo está también, necesariamente, en el tiempo. No habrá sido más que la aventura de una pequeña fracción de la humanidad con objetivos realmente estrechos, perseguidos por medios generalmente condenables. (Partant, 1982).

¿Cómo pueden entonces seguir sosteniendo, los gobiernos latinoamericanos, la ideología del crecimiento a toda costa y de la modernización como solución a todos los males?.

Parecemos todos inmersos en la ideología de la sociedad tecnológica; una ideología que perneea tanto nuestras utopías literarias televisivas como el conjunto de los mensajes producidos a diario por la industria cultural. Pensar en una alternativa real de evolución que deje de lado la palabra mágica de “modernización” parece imposible, absurdo, o incluso irreal. Presentar dudas serias sobre las virtuales de las naves espaciales y de la conquista del espacio o sobre las perspectivas de progreso que nos brinda la NASA es asimismo salirse de los datos básicos de la razón.

De esta forma, los gobiernos que llegan al poder en América Latina, con sus programas modernizadores, parecen presentar la única opción racional posible: la del progreso basado en el desarrollo de la técnica; opción que no es en realidad sino el sometimiento total de las economías latinoamericanas a los imperativos de desarrollo de Estados Unidos, de Japón o de Europa Occidental.

TOURAINÉ. Alain. “Los movimientos sociales”; en: Podremos salir juntos. Buenos Aires, Fondo de la Cultura Económica, pp. 99-131.

III. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

EI. CONFLICTO CENTRAL

EN TANTO QUE la mayor parte de las ideologías políticas afirman que sólo la acción política puede atribuir alcance general a unas reivindicaciones siempre particulares, la idea de movimiento social procura demostrar la existencia, en el núcleo de cada tipo societal, de un conflicto central. Antaño, éste opuso a la nación y el príncipe, luego a los trabajadores y los patronos. ¿Existe en la actualidad un conflicto semejante?

Muchos dan una respuesta negativa a esta pregunta, y se vuelcan al estudio de reivindicaciones particulares y crisis políticas. Yo defiendo la idea contraria: sí, en nuestra sociedad posindustrial, programada, informacional o de cualquier otro nombre que quiera dársele, existe un conflicto central, y más precisamente un actor central que lucha por una apuesta de importancia central. El título de este libro indica la naturaleza de la apuesta: ¿podremos vivir juntos o, al contrario, nos dejaremos encerrar en nuestras diferencias y reducir al rango de consumidores pasivos de la cultura de masas producida por una economía globalizada? En otros términos, ¿seremos Sujetos o nos desgarraremos, Corili) tiende a sucederle al conjunto de la vida social, entre el universo de la instrumentalidad y el de la identidad? El conflicto central de nuestra sociedad es, según mi análisis, el que libra un Sujeto en lucha, por un lado, contra el triunfo del mercado y las técnicas y, por el otro, contra unos poderes comunitarios autoritarios. Ese conflicto cultural me parece tan central hoy en día como lo fue con el conflicto económico de la sociedad industrial y el conflicto político que dominó los primeros siglos de nuestra modernidad.

Antes de explicitar y discutir esta afirmación, se impone una palabra de advertencia. Si se denomina movimiento social a cualquier tipo de acción colectiva, no es necesario y ni siquiera posible elaborar una teoría a respecto. Del mismo modo que la medicina no puede hacer una teoría de las erupciones o la fiebre como tipo general de enfermedad, dado que estos síntomas son producidos por patologías muy diversas. Quienes creen dar pruebas de su capacidad de análisis al llamar movimiento social a cualquier trastorno de la organización social hablan para no decir nada. La noción de movimiento social sólo es útil si permite poner en evidencia la existencia de un tipo muy específico de acción colectiva, aquel por el cual una categoría social, siempre particular, pone en cuestión una forma de dominación social, a la vez particular y general, e invoca contra ella valores, orientaciones generales de la sociedad que comparte con su adversario para privarlo de tal modo de legitimidad. Es posible invertir la fórmula y reconocer también la existencia de movimientos producidos por categorías dirigentes y orientados contra categorías populares consideradas como obstáculos a la integración social o el progreso económico. Pero en los dos casos el movimiento social es mucho más que un grupo de interés o un instrumento de presión política; pone en cuestión el modo de utilización social de recursos y modelos culturales. Para evitar toda confusión entre ese tipo de acción colectiva y los demás, a los cuales muchos dan con demasiada ligereza el nombre de movimiento social, hablaré aquí de “movimientos societales” para indicar claramente que cuestionan orientaciones generales de la sociedad.

¿Corresponde esta definición a unas realidades contemporáneas? ¿Existen movimientos societales en sociedades como las nuestras?

Cuando leemos que nuestra sociedad sufre cambios constantes o que la economía está separada de la vida social y los actores sociales se repliegan en su vida privada o una comunidad, parece que descartamos la idea misma de un conflicto y por ende de un movimiento social centrales. ¿No exige esa idea una sociedad en la cual la economía esté fuertemente asociada a unas relaciones sociales y formas de poder político? ¿No designa unos conflictos estructurales, cuando hoy hablamos más bien de desigualdades de oportunidades frente al cambio, y hasta de exclusión? ¿Y esta última palabra no se opone a la de explotación, como la de globalización a la de clase dirigente? En una palabra, ¿la idea de movimiento social no está asociada a la de sociedad de producción y de clases, incluso de órdenes o estados —en el sentido en que se hablaba de Tercer Estado—, siendo así que tenemos conciencia de vivir hoy en un mercado mundializado más que en una sociedad industrial o preindustrial?

Estas objeciones se nos ocurren con tanta naturalidad que en primer lugar hay que preguntarse sobre la manera en que conflictos y movimientos sociales pueden encontrar cabida en la representación que damos de nuestra sociedad, que parece dominada por la yuxtaposición de la economía y las culturas y por la ausencia de esas mediaciones políticas y sistemas sociales en el centro de los cuales se producían justamente los movimientos sociales. Quienes identifican a éstos con una lucha de clases asociada a la conciencia nacional y el optimismo histórico, tal como la conoció y construyó la ideología revolucionaria de la época industrial, corren el riesgo de no encontrar aquí, aplicada a la sociedad actual, su concepción de los movimientos sociales, que respondió, en efecto, a una situación histórica bien diferente. En este capítulo, esto nos llevará a pasar constantemente de un análisis de los actores y los conflictos actuales a una reflexión más general sobre la naturaleza de los movimientos sociales.

Lo que justifica que hable aquí de movimientos sociales es que mi análisis parte de la disociación del universo económico y el universo cultural, ruptura que entraña la degradación tanto de uno como del otro y amenaza la unidad de la personalidad individual. Así trastornado, el actor procura salvaguardar o reconstruir su capacidad de acción, la unidad de su experiencia. El conflicto, por lo tanto, está presente por doquier en este análisis. El Sujeto sólo se constituye por su lucha, por un lado contra la lógica de los mercados, por el otro contra la del poder comunitario.

Pero esta rápida evocación muestra también las diferencias principales que oponen esta concepción a las que se vincularon a los movimientos sociales de los períodos anteriores. La primera —la más visible— es que los pares de oposiciones antiguos (el rey- la nación, la burguesía-el pueblo, los capitalistas-los trabajadores) son reemplazados aquí por la imagen de un Sujeto que libra una doble lucha, porque el hecho central es la disociación de lo económico y lo cultural. Esta diferencia encubre otra, más importante. El actor popular fue concebido en el pasado como portador de una lógica positiva, situado en el movimiento de la historia, porque era comunidad, trabajo, energía o pueblo contra unos actores dominantes que defendían intereses particulares, privilegios o rentas. La victoria de este actor popular debía significar la reconciliación de la sociedad consigo misma, la superación de las contradicciones, el triunfo de la igualdad, la fraternidad y la justicia. Cuanto mayor era la infelicidad de los dominados, más necesaria era la violencia revolucionaria para hacer triunfar la unidad del pueblo. Tal fue el mensaje de todas las revoluciones de la Convención en Francia a la Revolución Mexicana —cuya ideología y esperanzas pintó Diego Rivera en sus grandes frescos del Ministerio de Educación nacional—, la Revolución Cubana y la Revolución Cultural china.

Esta concepción revolucionaria de los movimientos sociales atribuye al pueblo un papel bien determinado. Si se espera de él que se levante contra una dominación y explotación intolerables, es la dote intelectual y política la única que sabrá interpretar el sentido de la Historia, someter las prácticas sociales a la razón, hacer realidad el progreso. Cuanto más subdesarrollada sea la sociedad —dicho de otra manera, cuanto más débiles sean las fuerzas endógenas de modernización—, más dictatorial será el poder de esas cutes dirigentes que hablan en nombre de un pueblo dividido y más se pondrá ese poder al servicio de intereses particulares, los de un partido, una clase, una etnia, un jefe supremo. Así, el movimiento social siempre se subordinará a una acción y una conciencia llegadas de afuera. El mismo movimiento obrero se subordinó la mayor parte de las veces a la dirección de un partido político.

Al menos, esos movimientos sociales llevaron en sí mismos una voluntad de superar las contradicciones entre el amo y el esclavo mediante la creación de un Sujeto colectivo, religioso, comunitario, político o de clase. Un movimiento social jamás se redujo a la defensa de los intereses de los dominados; siempre quiso abolir una relación de dominación, hacer triunfar un principio de igualdad, crear una nueva sociedad que rompiera con las formas antiguas de producción, gestión y jerarquía. Ahora bien, esta concepción, que más de una vez iluminó la Historia con su rayo, se corrompió y degradó. Por un lado, en la sociedad en desarrollo, la distancia entre el levantamiento popular y el ejercicio del poder no dejó de aumentar, lo que redujo el movimiento popular al papel de

promotor de las nuevas elites. La situación revolucionaria de la Rusia zarista condujo así al golpe de los bolcheviques, preparado por la descomposición del viejo orden, el levantamiento de una parte del ejército y la marina y derrocamiento del régimen en febrero, pero el partido victorioso impuso enseguida su dictadura y disolvió la Duma antes de eliminar la oposición obrera.

Por otro lado, sobre todo en los países industriales, se desarrollaron conflictos parciales, sin aspiraciones revolucionarias, y grupos de interés, que no podrían considerarse como movimientos sociales porque no llevan en su seno una imagen del Sujeto liberado. Ahora bien, una visión puramente conflictual de la sociedad se transforma necesariamente en una concepción ultraliberal que la reduce a un mercado, y a los actores sociales a competidores.

Es así como vemos por doquier la fragmentación de la acción colectiva y el desarrollo de lo que Ulrich Beck llama la “subpolítica”. Pero en este conjunto heteróclito de reivindicaciones, protestas y acciones de obstrucción, pueden distinguirse tres categorías muy diferentes de iniciativas. La primera se refiere a la defensa de intereses creados; se dirige a veces contra los tecnócratas o los financistas, y a veces contra la llegada legítima o inevitable de advenedizos o nuevas formas de actividad económica. Es posible interpretar de diferentes maneras esas reivindicaciones, según el juicio que se emita con respecto a lo que combaten, pero en sí mismas no constituyen nada más que acciones defensivas y son incapaces de dotar a su lucha de una significación general. La segunda es más conscientemente política, en el sentido de que se trata de restablecer o incrementar una capacidad de decisión política frente a unas “fuerzas” que se presentan y a menudo se perciben como naturales y hasta racionales, lo que ocurre, por ejemplo, con la famosa mundialización económica que en general se evita analizar, para que conserve mejor su facultad de suscitar espanto. La última categoría lleva en sí el llamamiento al Sujeto, a la vez como libertad y como cultura, llamamiento que encontramos tanto en los movimientos de mujeres como en los que se preocupan por las minorías, por ejemplo.

Los movimientos sociales encarnaron en el pasado un proyecto de reconstrucción radical de la sociedad y una figura del Sujeto. El primero dominó con frecuencia a la segunda. Los marxistas lo llamaron totalidad, fin de la prehistoria de la humanidad o comunismo. Las primeras explosiones revolucionarias del mundo moderno quisieron crear una sociedad de iguales y puros, liberados a la vez de la miseria y de la dominación de los amos. Estos movimientos, a menudo milenaristas o mesiánicos como los movimientos revolucionarios europeos de los siglos XVII y XVIII de los levelers ingleses a la Convención de la Montaña francesa, procuraron instaurar un poder popular absoluto, igualitario, y la destrucción de los privilegios. Pero en la actualidad ningún movimiento social puede ya estar sometido a una utopía tan fuerte; es preciso que la acción colectiva se ponga directamente al servicio de una nueva figura del Sujeto. En sociedades completamente contenidas y constantemente transformadas por su historicidad, el Sujeto ya no puede investirse y por lo tanto alienarse en un orden, una comunidad, un poder político. Se debe apuntar a él directamente, en su lucha contra los poderes que dominan el universo de la instrumentalidad y el de la identidad, y ya no como principio fundador de un nuevo orden que signifique la abolición de la Historia por llegar a su fin o remontarse a sus comienzos.

Inversión de perspectiva que desorienta a todos aquellos que aún tratan de poner un movimiento popular al servicio de la construcción de un partido político y sobre todo de un poder neocomunitarista. En lo sucesivo, en los países más industrializados no puede haber ya otro movimiento social que las acciones colectivas directamente encaminadas hacia la afirmación y la defensa de los derechos del Sujeto, su libertad y su igualdad. En ese sentido, puede decirse que los movimientos sociales se convirtieron en movimientos morales, en tanto que, en el pasado, habían sido religiosos, políticos o económicos.

Los movimientos sociales actuales no están al servicio de ningún modelo de sociedad perfecta y por lo tanto de ningún partido político, mientras que en el momento de las grandes revoluciones fundadoras de la modernidad política estaban subordinados y eran casi marginales con respecto a la acción política, como lo demostró François Furet contra Albert Mathiez y Georges Lefebvre a propósito de la Revolución Francesa.

La debilidad y el fracaso de lo que a mediados de los años setenta llamé los nuevos movimientos sociales provinieron de que, portadores de nuevos proyectos sociales y culturales, querían someterse a la autoridad de una ideología y una estrategia políticas. Y la debilidad de éstas, sobre todo representadas en Francia por minorías activas de inspiración marxista, no les impidió sofocar la originalidad de esos nuevos movimientos sociales, que se fragmentaron rápida mente entre un ala radical que defendía la prioridad de la acción política y un ala más preocupada por la innovación social y cultural, pero que se agotó en el reformismo o se degradó en un comunitarismo estrecho.

Quienes quieren hacer revivir la antigua prioridad de la acción política hablan con justa razón de defensa republicana más que de movimientos sociales, y de nación n que de diversidad cultural!. Sus concepciones siempre concluyeron por someter los movimientos sociales a un poder y una ideología política. Al afirmar el vínculo estrecho, total, que une a Sujeto y movimiento social, yo procuro, al contrario, comprender los conflictos que atraviesan una sociedad, la nuestra, que no cree más en la trascendencia política que en la trascendencia religiosa, conflictos que, por lo tanto, no pueden ya ser limitados por la religión del progreso o de la nación. Se ha- dicho que no podría haber hoy en día otros movimientos sociales que los que defienden al Sujeto personal contra el poder de los mercados y el de los integristas comunitarios y nacionalistas. Pero esta afirmación debe corregirse en c acto, pues amenaza encerrarnos en la concepción épica de un movimiento “consciente y organizado”, de una cruzada en pos de determinados valores o una reforma moral, cuando en realidad el Sujeto no es ni una conciencia, ni un actor concreto, ni un personaje.

Si él Sujeto es un trabajo de doble desprendimiento, una lucha jamás triunfante, el movimiento societal, por su parte, tampoco puede ser más que Un es fuerza por unir la lucha contra unos enemigos siempre amenazantes y la defensa de los derechos sociales y culturales. Esfuerzo que nunca alcanza su meta por completo, de modo que el movimiento siempre es fragmentario y está lleno de contradicciones. Lejos de ser un personaje profético, un movimiento societal es un conjunto cambiante de debates, tensiones y desgarramientos internos; está tironeado entre la expresión de la base y los proyectos políticos de los dirigentes. Y son oradores y escritores al margen del movimiento —que, si tratan de colocarse en su centro, son rápidamente rechazados— quienes proclaman el sentido de la acción colectiva y se refieren a lo que hace de él un movimiento. Como lo

hicieron Byron, Petófi, Victor H y hasta Lawrence y Mal raux, si seguimos a Jean-François Lyotard.

Conciencia de sí, recreación estética, estrategia política y solidaridad de base se mezclan, se completan y se combaten en torno del movimiento societal sin que ninguno de sus componentes formule un mensaje doctrinario y político. Es así como la autonomía creciente de los movimientos sociales genera su debilidad política y la fragilidad de su organización.

SUJETO Y MOVIMIENTO SOCIAL

Hay que ingresar ahora en el análisis interno de los movimientos sociales. Ya dije que combinan un conflicto propiamente social con un proyecto cultural, que siempre se define por referencia a un Sujeto. Éste apareció en una forma religiosa, política, de clase o de nación; aquí sostengo constantemente la idea de que en sociedades como las nuestras el Sujeto sólo puede aparecer “tal como en sí mismo, por fin”, como Sujeto personal. Pero en todas las sociedades, el Sujeto se revela por la presencia de valores morales que se oponen al orden social. El movimiento societal defiende un modo de uso social de valores morales en oposición al que sostiene y trata de imponer su adversario social. Referencias morales y conciencia de un conflicto con un adversario social: ésas son las dos caras, inseparables una de la otra, de un movimiento societal. Esta referencia moral no puede confundirse con el discurso de las reivindicaciones, porque éste procura modificar la relación entre costos y beneficios, mientras que el discurso moral del movimiento societal habla de libertad, de proyecto de vida, de respeto por los derechos fundamentales, factores que no pueden reducirse a ganancias materiales o políticas.

Como estamos acostumbrados a representarnos los movimientos sociales como movilizaciones al servicio de una gran causa, tenemos que insistir ahora en este objetivo de subjetivación, ya que ésta supone que siempre se mantenga una cierta distancia con respecto a los objetivos sociales y políticos de la acción colectiva. Si nos encerramos en una ética de la responsabilidad, de jamos libre un espacio ilimitado, no controlado, a la guerra de los dioses, para adoptar el vocabulario de Max Weber, que fue uno de los primeros en exponer los riesgos contenidos en una racionalidad convertida en puramente instrumental, en la medida en que ésta libera la invocación irracional, no negociable, no argumentable, de unas convicciones y sus fundamentos metasociales. La idea de Sujeto, como la de movimiento social que está asociada a ella, procura, al contrario, restablecer un vínculo entre el mundo de los medios y el de los fines, entre la racionalidad instrumental y las creencias, entre el mercado y la comunidad. Si el mundo de los fines está separado del de los medios, como los derechos del hombre de las prácticas políticas, la idea de Sujeto queda protegida pero también encerrada en un mundo de principios, casi siempre aplastado por el del poder, como lo fueron la idea de los derechos del hombre por la interpretación jacobina de la soberanía popular y el movimiento obrero revolucionario por las dictaduras posrevolucionarias. Cuanto más concreta se hace la invocación del Sujeto —vale decir, cuanto más atrapa do está éste en su situación social, su herencia cultural y la historia de su personalidad—, más desciende del imperio de los principios hacia el espacio público, el debate político y la acción colectiva. Pero ciertamente no cuando se identifica al Sujeto con

un grupo de interés, una clase u una nación, lo que no puede llevar más que a nuevas formas e poder comunitario absoluto, sino, al contrario, cuando se combinan, como lo hace la idea moderna de democracia, la protección de las libertades personales y la participación en las decisiones colectivas.

Quienes participan en un movimiento social quieren poner fin a lo intolerable interviniendo en una acción colectiva, pero mantienen también una distancia nunca abolida entre la convicción y la acción, una reserva inagotable de protesta y esperanza; la acción de un movimiento social siempre es inconclusa. Es este doble movimiento de compromiso y descompromiso, de lucha contra las amenazas exteriores y llamamiento: la unidad del individuo como actor, lo que define una acción colectiva librada en nombre del Sujeto.

Todo movimiento societal tiene dos vertientes: una es utópica, la otra ideológica. En su vertiente utópica, el actor se identifica con los? del Sujeto; en su vertiente ideológica, se concentra en su lucha contra un adversario social. El tema de la lucha de clases corresponde a la vertiente ideológica; pone el acento sobre el conflicto social más que sobre la comunidad de apuestas. Por otro lado, los movimientos estudiantiles de 1964 en Estados Unidos y de 1968 en Francia y otros lugares estuvieron tan intensamente cargados de utopía que definieron con mucha vaguedad a su adversario, lo que permitió que algunos grupos ideológicos los interpretaran en términos de nuevo “frente” de la lucha de la clase obrera; fue así como se precipitaron en una violencia a la que se atribuía la capacidad de despertar a las masas alienadas. Ahora bien, si un movimiento societal es siempre más o menos asimétrico, no podría existir en ausencia de Uno de los dos elementos.

En sociedades como las nuestras, los adversarios se relacionan en presencia con la i individual. Es ésta la que define el campo de su conflicto. Vemos así cómo se oponen dos concepciones del individualismo. Una defiende la multiplicidad de las elecciones que el consumo y las comunicaciones proponen a la g mayoría de los individuos, y considera que el mercado es liberador cuando destruye el poder regulador de un Estado, una creencia, una jerarquía social establecida. La otra opone a esta concepción la de un Sujeto colectivo, depositario de una herencia cultural. De un lado se habla de libre elección, del otro de identidad y experiencia de vida. Las dos concepciones tienen en común la defensa del individuo, pero se oponen una a otra. Oposición que puede transformarlas en movimientos societales, pues lo que distingue más claramente a éstos de una reivindicación o una conducta de crisis política es que definen con precisión a su adversario. Así como una crisis política es testigo del enfrentamiento de grupos sociales con instituciones, leyes, sistemas e decisión, y una reivindicación se centra sobre el actor mismo, sus necesidades y su utilidad social, el movimiento societal vive de un diálogo conflictivo. El movimiento obrero se opuso a la acción de los capitalistas, los movimientos anticoloniales a los colonizadores, los movimientos feministas a la dominación masculina, los movimientos estudiantiles a un sistema de educación.

El vínculo estrecho que une al movimiento social y el Sujeto invita a partir de la sociedad civil, noción que sin embargo maneja con mayor facilidad la filosofía política que la sociología contemporánea. Hay que ser consciente, además, de que con esta expresión se designó durante tres décadas un conjunto de actores sociales y políticos que combatían a la vez la dominación capitalista y el Estado autoritario, de acuerdo con modalidades muy

diversas a las que Jean Cohen y Andrew Arato pasaron revista con mucha precisión. Pero la idea de sociedad civil es indispensable, ya que designa el vínculo de las acciones colectivas emprendidas en pro de la liberación de los actores sociales y contra el funcionamiento de la economía dominada por la ganancia y la voluntad política de dominación. Contra esos dos sistemas de poder, todas las figuras del Sujeto procuran crear un espacio autónomo e intermedio. Tema que hallamos en todos los teóricos contemporáneos de la sociedad civil, en particular en Claus Offe, y que debe completarse con la idea de que los actores de aquélla tienen por objetivo central su propia autonomía. Frente a las monarquías absolutas, fueron los actores económicos, los burgueses quienes defendieron la sociedad civil. En una sociedad dominada por la economía mercado, son los movimientos de defensa de los derechos culturales los que mejor la representan; en las sociedades totalitarias, es un movimiento social total, como lo fue Solidaridad en Polonia, porque ese movimiento opone a un poder total la liberación de un actor a la vez nacional, democrático y obrero. Si hoy hay que hablar de sociedad civil, es para afirmar que el Sujeto habla en lo sucesivo por sí mismo; ya no puede hacerlo de otra manera porque está cercado a la vez por el universo económico del mercado y las técnicas y por unas ideologías comunitaristas en carnadas por estados o partidos políticos.

Habida cuenta de que manifiesta reivindicaciones más morales y culturales que económicas, esta sociedad civil no puede sino actuar en conexión con fuerzas políticas, pero éstas, por su lado, no pueden confundirse con partidos o Coaliciones que manejan la política nacional. Así, a medio camino entre los programas políticos y las situaciones sociales, se construye un conjunto de mediaciones a la vez sociales y políticas. El ejemplo de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) en los países subdesarrollados es el más claro: movimientos de opinión e incluso sociales, también son elementos del sistema político; a veces se les reprocha pertenecer demasiado directamente a éste. Esta conexión de demandas o protestas sociales y de fuerzas de influencia política se opera mucho más en el nivel local que en el profesional, lo que da a la vida política y social local una independencia creciente con respecto al plano nacional. Cohen y Arato tienen razón, por lo tanto, al introducir en su definición de la sociedad civil la “participación de los ciudadanos en la vida pública” (p. 19). Pero la sociedad civil se descompone cuando las demandas sociales se subordinan al programa político. No sólo no es contradictorio decir que en la sociedad civil demandas sociales e influencias políticas se asocian y que los nuevos movimientos sociales están más directamente orientados que los del pasado hacia la defensa del Sujeto, sino que las dos afirmaciones son incluso complementarias. A la inversa, fueron los movimientos sociales más fuertes del pasado, instalados en su ideología nacional o de clase, los que más se subordinaron a unos agentes políticos. La “debilidad” de los nuevos movimientos sociales y de la sociedad civil no es más que a contrapartida de su independencia. Los existentes en los años setenta se agotaron rápidamente porque se mantuvieron como movimientos prepolíticos o parapolíticos. Al contrario, el movimiento de las mujeres, que no se convirtió en una fuerza política, penetró cada vez más profundamente en las conductas personales, las relaciones familiares y las concepciones del derecho y la educación.

MOVIMIENTO SOCIAL Y REBELIÓN

Lo que constituye un movimiento societal es verdaderamente la asociación de un llamamiento moral y un conflicto directamente social, es decir, que opone un actor socialmente definido a otro, pero la herencia de los dos últimos siglos, que forma lo que Eric Hohshawm llamó la era de las revoluciones, enmascaró en parte esta naturaleza general de los movimientos societales en la manera en que el actor social dominado invocó, contra sus amos, principios metasociales: la libertad, la nación, el progreso, lo que lo condujo a rechazar por completo al adversario, considerado como un obstáculo a la realización de esos principios o de las leyes de la historia. Tal fue la definición de la acción revolucionaria. Durante mucho tiempo experimentamos una mezcla de movimientos societales y rupturas revolucionarias, de la misma manera que antes, a lo largo de un período muy extenso, habíamos sido testigos de la unión de los movimientos societales para la defensa de una comunidad o una fe. Por otra parte, ésta es la razón por la cual la expresión “movimientos sociales” sólo se adoptó recientemente, a iniciativa de los sociólogos; se prefería hablar del movimiento social, englobando en esta noción protesta social y acción política. El mismo movimiento obrero, que fue el movimiento societal centra de la sociedad industrial, se confundió demasiado frecuentemente con la idea socialista, alimentada por una creencia en el progreso y la razón que, reformista o revolucionaria, era una fuerza política más que un actor social. Aún nos resulta un tanto dificultoso deshacernos de las ideologías historicistas que durante tanto tiempo dieron amplitud a unas luchas sociales que, sin ellas, habrían sido limitadas. Con seguridad, no se trata de que yo quite de la definición del movimiento societal la referencia a (os valores, sino de que se conozca que esos valores ya no pueden encontrar su fundamento en unas leyes históricas o naturales, como así tampoco en un mensaje religioso revela do, y que se convirtieron por fin en la afirmación directa de los derechos del Sujeto.

Es por eso que los movimientos societales son muy diferentes de las rebeliones contra el sufrimiento, la miseria, la esclavitud. En tanto que los primeros se orientan hacia objetivos positivos, las rebeliones se definen por lo que rechazan y no por un objetivo social, cultura o político; se centran a la vez en el sufrimiento de una población y en el rechazo de un orden de las cosas definido en términos globales y en gran parte fuera de alcance. Así fueron las rebeliones de los siervos aplastados por los señores feudales, las de los prisioneros reducidos a la esclavitud, la de los pueblos destruidos por una dominación extranjera o de las víctimas de regímenes totalitarios. La rebelión se fragmenta necesariamente, asume significaciones opuestas, aunque siempre extremas. Además, quienes están oprimidos no pueden liberarse mediante su propia fuerza: no fueron los deportados quienes destruyeron los campos ni los esclavos los que derribaron la esclavitud. Sólo la libertad política, y en primer lugar la apertura de los intercambios económicos y el reemplazo de la dominación personal por el poder del dinero, pudieron transformar a las víctimas en trabajadores a la vez libres y explotados, e incluso en ciudadanos. En su grado extremo, la miseria hace casi imposible la liberación. Cuando el sistema de dominación se desquicia, surgen rebeliones, pero son episódicas o bien manipuladas por los demagogos que, a partir de ellas y muy pronto contra ellas, construyen su poder despótico. Y cuando la crisis del antiguo sistema social es general, un golpe de fuerza revolucionario, dado en nombre del pueblo agobiado, pero no por él ni por sus organizaciones, instala en el poder a una élite dirigente posrevolucionaria. Por fin, cuando la movilización es más directa y más

masiva, la misma rebelión popular puede convertirse en autoritaria y desatar su rigor contra el extranjero o las minorías. En ninguno de estos casos se constituye una acción de liberación que esté al mismo tiempo al servicio de la libertad.

La oposición entre estas dos formas de acción y pensamiento, la rebelión y el movimiento societal, es profunda, aun cuando el historiador las conjugue. Una cree en la lógica implacable de la dominación, en las contradicciones del sistema, en las rebeliones sociales y la necesidad de una acción propiamente política para darles un sentido; la otra, la que define los movimientos sociales, afirma la existencia de actores capaces de derribar una dominación social para hacer triunfar, contra su adversario, las orientaciones culturales que éste, como ellos mismos, reivindica. Esos movimientos unen la conciencia y la acción, el conflicto y la utopía: afirman su propia prioridad sobre la acción política. Francia, país de Estado más que de sociedad, de política más que de acción social, de revoluciones más que de democracia, constantemente dio preferencia, hasta el día de hoy, a la concepción más política del cambio social, la que asocia el sufrimiento y la rebelión populares a una acción propiamente política que margina los esfuerzos de organización autónoma de los movimientos sociales y no deja más que un lugar reducido al sindicalismo de acción directa o a los primitivos de la revuelta, como los denomina Eric Hobsbawm, quien cree –también él– que sólo el partido político puede superar primitivismo. Los intelectuales orgánicos de los partidos revolucionarios, además, no escatiman sus ataques contra los que llaman confusamente pequeños burgueses, humanistas, liberales o social traidores, que creen en la existencia posible de movimientos sociales transformadores del mismo campo político.

Es cierto, si bien todo movimiento social se manifiesta por un proyecto y quiere obtener resultados, siempre se mantiene, en el corazón de las negociaciones que conduce, como un núcleo de impugnación permanente. Y si yo elijo el movimiento societal más que la rebelión, es por que al reconocer al primero no niego la existencia de las conductas de rechazo, en tanto que quienes atribuyen una importancia central a esas conductas niegan y persisten en la crítica radical de la idea de Sujeto, crítica que dominó el pensamiento de los años setenta y se asociaba a la imagen de una sociedad completamente sometida a la lógica del poder y la reproducción de las desigualdades. Pensamiento cuyo vigor fue grande, pero que no advirtió que la coyuntura histórica se transformaba y que la mundialización de la economía debilitaba los controles ejercidos por el Estado que vigila y castiga. Es especialmente peligroso profetizar la inmovilidad del orden social y creer que los dominados no tiene otra salida que la rebelión sin esperanza o la huida a la clandestinidad cuando se vive en países que fueron transformados por la democracia industrial, el Estado-providencia, el consumo masivo y el neocorporativismo. En efecto, en ellos es imposible no ver en las luchas sociales más que la rebelión sin fin de los condenados de la tierra que, de hecho, disponen de una capacidad de presión e influencia importante. Es igualmente falso no ver la presencia de movimientos sociales en las luchas de defensa identitaria o comunitaria. Es cierto, esas luchas pueden transformarse en manifestaciones de populismo intolerante, obsesionadas por la búsqueda de la pureza o la

homogeneidad, pero también pueden exhibir aspiraciones democráticas, como se vio en Sudáfrica y como se ve en el movimiento zapatista de Chiapas, en México, u otras zonas indígenas de América Latina. Y la irrupción de las castas inferiores o los descastados en la acción política en la India no puede condenarse enteramente si se quiere evitar correr el riesgo de justificar las campañas nacionalistas que promueven los intereses de las castas superiores. No toda lucha social lleva en sí un movimiento societal, pero siempre hay que buscar en ellas la presencia de éste, es decir, de un proyecto cultural asociado a un conflicto social.

LA DEFENSA DE LA IDENTIDAD Y LOS MOVIMIENTOS CULTURALES

El desarrollo de la sociedad industrial obligó a reconocer la existencia de actores de clase, y por lo tanto a pasar de la concepción de las luchas populares como agentes indirectos de la modernización al enfoque propiamente sociológico de los movimientos sociales cuyos principios generales acabo de recordar. No sin toparse, sin embargo, con la resistencia de los ideólogos y los políticos que querían hacer del movimiento obrero un simple instrumento de ampliación de la democracia política. Fue en el momento en que se impuso la definición del movimiento obrero como lucha colectiva en pos de la gestión social de la industrialización cuando se formó la idea de un movimiento social a la vez modernista y particularista, liberador y defensivo.

Lo que también fue cierto, de los movimientos anticolonistas y antiimperialistas y de los movimientos femeninos. Unos y otros defendieron una experiencia particular al mismo tiempo que recurrían a los principios universalistas de libertad e igualdad. Se ensanchó así la distancia entre las fuerzas políticas progresistas, republicanas y hasta socialistas, que se incriben cada vez más en el campo de una modernidad definida en términos universalistas, y unos movimientos sociales que apelan cada vez más al reconocimiento de un actor histórico concreto, de sus derechos, sus intereses, su cultura. Los nuevos movimientos sociales se oponen a los de la sociedad industrial, como una "política de la vida" se opone a la "política de liberación", dice Anthony Giddens (1991, p. 215). Mientras que esta última se define sobre todo por los obstáculos o las contradicciones que quiere superar, la primera tiene por meta principal incrementar la capacidad de acción y la libre elección. Quiere cambiar la vida más aún que transformar la sociedad.

Lo que opone nuestro fin de siglo a sus inicios, que fueron testigos del ascenso del movimiento obrero, es que entonces el progresismo (intelectual y político) y la acción obrera parecían vinculados, confusión que de la última debía ser la víctima. Esa aparente complementariedad del actor social y el agente político estalló en pedazos, al mismo tiempo que el marxismo-leninismo que fue la principal mediación ideológica de esa alianza, muerto en las convulsiones de la Revolución Cultural china y con la transformación de la guerrilla cubana en dictadura. Fue en Mayo del 68 cuando se proclamó la independencia del movimiento social, y cuando también se advirtieron claramente los riesgos que entraña esa independencia (agotamiento contracultural o sectarización). Por fin conquistada,

esa independencia da a los movimientos sociales toda su importancia en el momento en que los políticos y los intelectuales orgánicos se lamentan hipócritamente por su desaparición.

Así, pues, hay que definir la acción política y la acción social en términos diferentes. Norberto Bobbio (1994) definió la izquierda por la defensa de la igualdad y la derecha por su rechazo. Pero yo definí en términos diferentes los movimientos sociales, que siempre invocaron un principio metasocial, ya fuera religioso, político, social o cultural, aunque siempre basado en un fundamento moral, una concepción de los seres humanos que imponía límites a todas las formas de poder.

Los movimientos sociales “de abajo”, a los que no hay que llamar populares (dado que la idea de pueblo no es más que un disfraz del Estado), son igualmente defensores de la diversidad social y cultural y por lo tanto también de la equidad, que supone el pluralismo y la diferencia, en tanto que la exhortación a la igualdad alimenta a menudo una política de homogeneización y rechazo de las diferencias en nombre del carácter universal de la ley.

Pero si un movimiento societal se caracteriza por el hecho de que una categoría de actores entra en conflicto con su adversario por la gestión de los principales medios de acción de la sociedad sobre sí misma, los movimientos que vimos desarrollarse desde los años sesenta no pueden, con unas pocas excepciones, ser considerados como tales; son más bien *movimientos culturales*. Entiendo con ello acciones colectivas tendientes a defender o transformar una figura del Sujeto. Estos movimientos están atravesados por conflictos sociales, entre los defensores de lo que puede llamarse la liberalización cultural y aquellos o aquellas que afirman los derechos específicos de un actor cultural, pero se centran en la afirmación de derechos culturales más que en el conflicto con un adversario que pueda seguir definiéndose de manera vaga. En cambio, la defensa del actor y la referencia a una apuesta cultural están aquí estrechamente ligadas, aún más directamente que en los movimientos sociales. Los movimientos culturales más importantes de la historia fueron los religiosos; en nuestro mundo, que se originó en la sociedad industrial, los más importantes son los de las mujeres y la ecología política, pero lo que se denomina la defensa de las minorías (étnicas, nacionales, morales, religiosas) se eleva con frecuencia al nivel de los movimientos culturales.

Estos movimientos movilizan unas categorías definidas no socialmente; cosa que confirma la desocialización que caracteriza nuestra época de desmodernización. Las categorías que se movilizan en acciones colectivas se definen cada vez menos por una actividad, y cada vez más por un origen o una pertenencia. Nuestras sociedades eran verticales; se vuelven horizontales. La diversidad reemplaza a la jerarquía, tanto para bien como para mal, porque a la demanda de igualdad puede responder la segregación: iguales, sí, pero separados.

Las mujeres que luchan por su liberación quiere abolir la discriminación y la desigualdad social de las que son víctimas, pero hablan en cuanto mujeres. De la

misma manera, los movimientos de liberación nacional, que siempre mantienen una relación bastante viva con el pasado, a menudo entran en conflicto con los movimientos de clase, que temen que la reivindicación nacional se ponga al servicio de la burguesía nacional, pronta, por su parte, a pactar con el antiguo soberano. A la organización social, y en particular a sus dirigentes, estos movimientos oponen la fuerza de resistencia y afirmación de una experiencia que no se reduce a estatus y roles sociales. Lo cual los coloca en una situación con frecuencia contradictoria, en la que se agotan. La ecología política, de tal modo, puede evolucionar hacia un naturalismo antihumanista, aun en sus formas más elevadas, como lo testimonia el llamamiento de Hans Jonas a un principio de responsabilidad. K. –O. Apel habla aquí con razón de un utopismo de la responsabilidad “que sobrecarga desesperadamente al individuo al cual ésta incumbe. (...) de allí resulta la conciencia de una *impotencia* comprensible pero peligrosa frente a los nuevos problemas que plantea la *responsabilidad colectiva con respecto a las consecuencias generadas por las actividades colectivas*” (subrayado por el autor) (p.19).

Del mismo modo, las feministas que definen toda su acción en términos políticos, por la lucha que es conveniente librar contra un sistema de dominación, se debilitan así mismas cuando se niegan a reflexionar sobre las diferentes formas de personalidad, expresión, vida afectiva y acción de las mujeres.

Esa superación de lo social amenaza conducir al neocomunitarismo, al triunfo de las pertenencias sobre las libertades y las herencias sobre las elecciones. Y esto sólo se evitará si reconocemos que las nuevas apuestas y los nuevos actores son figuras del Sujeto, que es a la vez racional y se define por unas identificaciones culturales. Es por eso que el tema de la diversidad pasó a ser tan central en la definición y la defensa de la democracia. Durante mucho tiempo, la identidad social se definió por la correspondencia entre la posición ocupada en un sistema social y un conjunto de conductas. Ahora bien, es esta correspondencia, mediante la cual a menudo se autodefinió la sociología, la que desaparece. A partir de lo que llamé la desmodernización, esta desaparición no conduce a la de los actores y movimientos sociales, sino a su transformación profunda: ya no se definen en relación con la sociedad sino con el Sujeto. En tanto que durante dos siglos las ideas dominantes procuraron convencernos de que éramos seres sociales, y a veces hasta agentes económicos racionales, descubrimos hoy que lo que se denominaba sociedad se desinstitucionaliza y se ve desbordada o atravesada por redes (*networks*) y mercados, y paralelamente el actor descubre su individualidad, la historia de su personalidad a través de sus pulsiones, sus relaciones parentales y sus mecanismos de identificación. Entre ese universo globalizado y esta experiencia privada, la definición social de las situaciones y las acciones se vacía de contenido, los antiguos movimientos sociales se degradan en grupos de interés o corporativismo, y se habla con razón del fin de las ideologías que conducían a los actores sociales al combate político.

La reconstrucción de lo que puede llamarse la identidad personal (*self identity*) no se efectúa mediante la identificación con un orden global, económico, natural o

religioso, sino por el reconocimiento de la disociación de los electos que antaño formaban una experiencia integrada. Los nuevos movimientos culturales dan la espalda a toda identificación con una categoría social; apelan al Sujeto mismo, a su dignidad o a su autoestima como fuerza de combinación de roles instrumentales y una individualidad. Lo que supone el reconocimiento de la especificidad psicológica y cultural de cada uno y de su capacidad de creación, fundada sobre la razón o sobre una afirmación aún más directa de la creatividad. La identidad no se constituye mediante la identificación con un orden del mundo, un grupo social o una tradición cultural, y ni siquiera con la individualidad misma. Se forma, al contrario, por desidentificación, por un llamado a sí mismo del que en otra parte dije que la noción freudiana de narcisismo secundario podía ser una de las expresiones.

Estos movimientos culturales contemporáneos pueden estudiarse dentro de las mismas categorías que todos los demás, y en especial los religiosos. Éstos conocieron una doble orientación: por un lado, fundaron la libertad del Sujeto sobre un principio metasocial; por el otro, absorbieron al sujeto en la lógica natural de un orden superior. De allí las luchas dentro de los universos religiosos, y más concretamente de las iglesias, entre aquellos que, por una tendencia mística o escatológica, apelan a la vez a la claridad y quienes quieren difundir o imponer costumbres y ritos que manifiestan el imperio de lo sagrado sobre la vida social e individual. Oposición muy visible en el mundo católico entre quienes invocan la figura de Cristo y aquellos cuya piedad se apoya sobre todo en la Virgen y los santos, agentes de moralización religiosa. Otro tanto sucede –y a veces más dramáticamente aún– en las iglesias reformadas que, en ocasiones simultáneamente, recurrieron a la fe y fundaron una teocracia, como Calvino, o sostuvieron el poder de los príncipes, en el caso de los luteranos. Y probablemente es en el Islam donde la oposición de las dos caras de la religión, la identificación del mensaje religioso y el orden social por un lado, y el sufismo místico por el otro, alcanzó su forma más extrema.

También la idea nacional tiene dos caras. Por una parte, la idea de ciudadanía, fundada sobre la soberanía popular, cuya expresión más admirable la dio la revolución de 1789, y que entusiasmó a los pensadores alemanes, de Kant a Fichte y el joven Hegel; por la otra, la del Estado-nación que sacraliza el Estado en nombre de la nación y alimentó regímenes autoritarios y guerras internacionales. Esta dualidad y estos conflictos internos vuelven a encontrarse en los dos principales movimientos culturales de nuestras sociedades industrializadas. El movimiento de las mujeres hace que descubramos que la mujer es un Sujeto y por lo tanto que éste es sexuado y ya no se le puede llamar Hombre porque es, separadamente y en igualdad de condiciones, hombre o mujer; pero, en nombre de su lucha contra la dominación masculina, también procura borrar el “género”, es decir, los roles sociales identificados con un sexo, en nombre de una sociedad en la que reine una igualdad que elimine las diferencias culturales para dar a cada uno sólo en proporción a su talento y más concretamente su utilidad social. Concepción liberal y utilitarista que se opone a la primera y a su reivindicación de identidad.

La oposición de las orientaciones es aún más extrema en el caso de la ecología, como lo destacó Luc Ferry. La deep ecology llega al punto de fundar una religión antihumanista de la naturaleza que puede atrincherarse en ciertas ideologías autoritarias o adaptarse a una globalización capitalista que trata de eliminar los controles políticos y sociales de la economía, en tanto que la defensa de la diversidad cultural al mismo tiempo que de las especies animales y vegetales en peligro de extinción (y más general la exhortación a la responsabilidad de las sociedades que deben hacer que el desarrollo sea digno de vivirse) descansa sobre una concepción ampliada e inquieta de la libertad humana y el derecho a la vida y la libre expresión cultural.

Estos conflictos internos, que caracterizan a los movimientos culturales, son también conflictos sociales en la medida en que todas las manifestaciones de sacralización del orden social, ya se inicien en nombre de un dios, de la razón, de la historia o de la naturaleza, tienden a ser ideológicamente recuperadas por la elite dirigente, mientras que el recurso a una figura, exteriorizada o no, de Sujeto se asocia a una impugnación social y a menudo llega a alimentar mesianismos y los movimientos, a la vez sociales y religiosos, a los que Henri Desroche consagró lo esencial de su reflexión. Las luchas políticas y sociales libradas por un movimiento cultural parecen ser a veces, inclusive, la principal realidad de ese movimiento. Es el caso (al menos aparente) de los movimientos organizados de mujeres que la mayoría de las veces se corrompieron o debilitaron después de haber obtenido la abolición –o, al contrario, la adopción- de ciertas leyes, y que se reformaron cuando creyeron ver amenazadas esas modificaciones por una reacción social y jurídica. Como ocurre en Estados Unidos. Pero esta interpretación falsea gravemente la realidad. Los movimientos culturales son movimientos de afirmación aún más que de impugnación. Llevan en sí mismos un trabajo de subjetivación, y son movimientos de liberación, aun cuando estén animados por una imagen pesimista de la humanidad, como sucede con frecuencia en los movimientos de forma religiosa.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS HISTÓRICOS

Pero es cierto que esos nuevos movimientos societales y culturales en raras ocasiones asumieron una forma organizada. Hoy en día son menos visibles que los que yo llamo *movimientos históricos*, que se oponen a los dueños de un orden social estable sino a las elites que dirigen el cambio. El mundo, en efecto, vive un shock liberal, mucho más masivo que la revolución industrial que conmovió a una parte de Europa en el siglo XIX. En todo el mundo se descomponen, explotan o son destruidos los diversos modos de control político y social de la economía. No se trata del paso de la sociedad industrial a la sociedad posindustrial, sino de la transformación de sociedades movilizadas por estados voluntaristas en sociedades reguladas por el mercado internacional. Lo más visible no es la formación de un nuevo modo de producción sino el triunfo, al menos provisorio, de un nuevo modo de desarrollo; el mercado destruye los antiguos sistemas de control social de la economía o los obliga a transformarse profundamente. Una

conmoción de este tipo no exige la formación de movimientos sociales sino, más bien, de movimientos históricos, que opongan el pueblo a las elites, quienes sufren los cambios a quienes los dirigen.

Debe distinguirse tres situaciones. Allí donde triunfa el nuevo modelo liberal, los movimientos históricos contestatarios quedan reducidos a la marginalidad, lo que aumenta su radicalismo pero disminuye su influencia. Cuando nuevas fuerzas de control social del cambio autorizan una cierta intervención del Estado, son posibles negociaciones y compromisos entre el pasado y el futuro. La tercera situación está definida por resistencias muy fuertes al nuevo modelo liberal y al mantenimiento del Estado movilizador, gestor y redistribuidor: la crisis abierta con los sectores centrales de la economía, entonces, es inevitable. Dentro del mundo occidental, Estados Unidos, Gran Bretaña, pero también –durante los años que siguieron a la caída del muro de Berlín– Rusia, Polonia y Hungría siguieron el primer modelo. Alemania, Suecia, pero también en parte de Italia y la República Checa son buenos ejemplos de la segunda situación, de la que igualmente es muestra Brasil, en tanto Chile y la Argentina habían escogido el primer esquema. Francia es un ejemplo del tercer tipo: su vida social y política estuvo dominada, al menos a partir de 1986, por conflictos crónicos cuyos actores principales fueron los empleados de los servicios públicos. El gran conflicto de noviembre y diciembre de 1995, más allá de las reivindicaciones corporativas y la crisis política que puso de manifiesto, fue un movimiento histórico animado por el desafío de los asalariados a las elites que les imponen una política laboral destructora de las garantías, los estatus y los sistemas de protección social conquistados durante el período precedente. En buena parte, por lo tanto, ese movimiento es en su significación central un movimiento histórico, aunque sus actores más organizados se hayan orientado constantemente hacia una acción más defensiva y reivindicativa, exasperada por los métodos autoritarios del gobierno francés, los mismos que, con un resultado comparable, había empleado el gobierno de Berlusconi en Italia. Lo cual recuerda que una acción política tiene las más de las veces varias significaciones al mismo tiempo.

Los movimientos históricos ponen en cuestión a una elite más que a una clase dirigente, y apelan al pueblo contra el Estado, lo que les da gran fuerza de movilización pero los priva también de la pureza de los movimientos societales, que expresan claramente su propia naturaleza, la de sus adversarios y la de las apuestas por el control de los cuales estalló el conflicto. Así, pues, un movimiento histórico es más inestable que un movimiento societal en la medida en que tiende con frecuencia a convertirse en un instrumento en manos de una contraelite política o, a la inversa, en un medio de defensa de ciertos intereses creados. Pero como respuesta a la globalización de la economía comienzan a formarse movimientos históricos independientes. Las grandes campañas ecológicas no sólo cuestionan la política de un país o una empresa, sino un modo general de desarrollo. En los países pobres, muchas ONG salen del marco propiamente humanitario de su misión y denuncian las formas autoritarias o corruptas de poder político y la organización de la economía mundial, responsable de la miseria que ellas deben aliviar. Han formado muchos dirigentes sociales y políticos

contestatarios y ocupan ya un lugar comparable al que habían conquistado el sindicalismo europeo o el estadounidense durante la industrialización de sus países.

LA DIFÍCIL FORMACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIETALES

Con frecuencia, los movimientos culturales y los movimientos históricos combaten entre sí. Los segundos refuerzan el Estado, apelan a la tradición, imponen la homogeneidad; los primeros desbordan por arriba el nivel nacional o comunitario, a través de los llamamientos de la ecología política o los movimientos humanitarios, y por abajo cuando reclaman la protección de las minorías, el reconocimiento de los derechos de las mujeres y más general la defensa de los derechos personales. Oposición más radical que la que dividía al movimiento obrero entre los militantes políticos y quienes querían ser en primer lugar sindicalistas, convencidos, como lo estaban, de que la emancipación del proletariado sería obra de los trabajadores mismos.

Pero lo que hoy hay que reconocer es, sobre todo, que movimientos culturales y movimientos históricos están más presentes que los movimientos sociales. No advertimos la existencia de un movimiento definido a la vez por el adversario al que combate y los valores de la sociedad de la información, a la que yo también llamo programada, a los que se refiera y de los que se proclame defensor. Es así como la hostilidad a la economía globalizada, fuera del alcance de toda coacción social y política, está acompañada por una captación directa, más moral que social, del Sujeto, porque es imposible identificar un adversario. El mismo poder económico parece situarse en la circulación de las mercancías y las informaciones más que en las relaciones sociales de producción. Pero esta conclusión negativa no podría ser satisfactoria. Se basa en la afirmación de que la sociedad ya no sería más que un flujo de cambios permanentes, de modo que ya no habría orden social y por lo tanto tampoco centro de poder ni, como consecuencia directa, movimiento social posible: afirmación que muchos sienten la tentación de aceptar y que coincide con las opiniones de los analistas más liberales. Pero si bien es cierto que vivimos un período dominado por un mundo de desarrollo más que por un modo de producción (al que también puede denominarse sistema de acción histórica), nada autoriza a afirmar que ese modo de desarrollo es tan poderoso como para erradicar por sí mismo todo lo que no sea cambio y estrategia de los mercados, todo lo que sea estructural.

Los movimientos sociales existen o pueden existir en los lugares en que la lógica de las técnicas y los mercados entran en conflicto con la del Sujeto. Esas situaciones son frecuentes y se las vive intensamente en nuestras sociedades. Las técnicas médicas y la organización hospitalaria pueden atentar contra la libertad y la dignidad del Sujeto. El educando se resiste a programas de enseñanza que no aseguran la transmisión del saber; buscar únicamente el éxito comercial. En cada una de estas situaciones se identifica la configuración de un movimiento social, y en especial la definición de un adversario. Pero aun aun si estamos atentos al desarrollo acelerado de las nuevas tecnologías, lo que moviliza

nuestra atención y nuestras reacciones es más bien la apertura de la economía y los efectos de las políticas liberales sobre el empleo, la protección social y los salarios. De la misma manera, en el siglo XIX hablamos durante mucho tiempo de acumulación capitalista, proletarización y represión política, antes de aprender, a partir de la segunda mitad del siglo y sobre todo a comienzos del XX, a percibir los problemas del trabajo en la empresa en vías de racionalización. Es por eso que en los inicios de la sociedad industrial, los problemas políticos fueron, como vuelven a serlo hoy en día, más visibles que los propiamente sociales, esto es, los que cuestionan las relaciones y formas de producción.

En la otra cara del planeta, la de los países o las categorías dependientes o excluidas, vemos igualmente que los movimientos sociales son dominados y hasta destruidos por las políticas neocomunitarias que sacrifican todas las libertades a la movilización general contra un enemigo exterior. Sin embargo, aquí es tan indispensable como en las zonas centrales de la economía mundial percibir la existencia de movimientos de liberación que, aunque fundados sobre una identidad cultural, libran una lucha económica y social y quieren obtener derechos. Las mujeres que pelean por su libertad en Argelia o las que encabezan la mayor parte de las acciones colectivas que se organizan en las poblaciones, * favelas o ranchitos* latinoamericanos, son verdaderamente actores sociales y culturales cuyo accionar apunta a constituir un espacio democrático. Del mismo modo hay que interpretar la acción victoriosa del ANC sudafricano bajo la dirección de Nelson Mandela.

Las acciones colectivas más visibles se forman en primer lugar en oposición a las fuerzas económicas y políticas que procuran imponer la ideología de la globalización, por lo tanto la desaparición de los actores sociales y las culturas en los flujos de la producción, el consumo y la comunicación de masas que se extienden hasta los límites del mundo. Pero no todas las formas de resistencia a la globalización anuncian un movimiento social. Muchas se contentan con defender los intereses creados, legítimos o no; otras se encierran en un comunitarismo agresivo y autoritario. Por su parte, los nuevos movimientos históricos luchan con el objeto de que los Sujetos tengan el derecho de combinar su identidad cultural con una participación más intensa en la vida profesional, económica y política del mundo.

¿Existe una lógica que nos indique que un movimiento cultural desembocará en un movimiento histórico que, a su vez, anunciará un movimiento societal?. En efecto, uno siente la tentación de advertir, en los años sesenta y setenta, el predominio de movimientos culturales, pese a la agitación ideológica heredada de los movimientos sociales del período anterior, y de comprobar que, desde el inicio de la gran transición liberal en la cual se arrojaron todos los países tras la huella de Estados Unidos y Gran Bretaña, lo que se forma son, sobre todo, movimientos históricos, movimientos de defensa contra la globalización en los que se mezclan todas las fuerzas de resistencia al nuevo modo de desarrollo económico.

Esta secuencia, sin embargo, no es manifiesta en todas partes; corresponde más bien al proceso de los movimientos sociales en los países centrales, mientras que en las economías periféricas o los regímenes autoritarios la separación de las tres categorías de movimiento (sociales, históricos y culturales) es mucho más débil y a menudo inexistente, en especial cuando las transformaciones asumen la forma de brutales crisis de mutación. Aceptemos, no obstante, al menos para los países industrializados, la hipótesis de la sucesión de fases, cada una de ellas dominada por un tipo de movimiento, y concluyamos por lo tanto que, en las próximas décadas, asistiremos a la formación y el fortalecimiento de movimientos sociales que habíamos visto aparecer al final del período de la gran industrialización de posguerra, pero que enseguida fueron englobados por movimientos culturales y sobre todo, en la década actual, por los movimientos históricos que combaten el modo liberal de desarrollo. Los nuevos movimientos sociales, que no pudieron desarrollarse y menos aún influir en la acción política durante los años setenta y ochenta, deberían retornar. La crisis de la escuela y la impotencia de la medicina para tratar algunas enfermedades graves, como el cáncer y el sida, ponen ya en el escenario público los debates sobre las relaciones entre la escuela y la juventud o el tratamiento de la enfermedad y los cuidados del enfermo, *cure* y *care*, como dicen los ingleses.

La debilidad relativa, y en especial la escasa organización de estos nuevos movimientos sociales no deben ocultar el hecho de que constituyan un llamamiento al Sujeto más directo y más vigoroso que todos los movimientos anteriores. En los ámbitos más centrales de la sociedad posindustrial (la salud, la educación, la información), somos testigos de la formación de protesta, debates, propuestas que se dan por objetivo la defensa del Sujeto contra una lógica tecnocrática y mercantil. Más aún, vemos a la opinión pública reflexionar sobre la cuestión del multiculturalismo y anhelar el reconocimiento de la diversidad de las culturas en nuestra sociedad. De tal modo, se mezclan problemas culturales, sociales y políticos, y nos vemos enfrentados al problema central que también define el campo de este libro: ¿cómo combinar la diversidad de las culturas con la idea del Sujeto, que es individualista y universalista? Sólo podemos hacerlo criticando y combatiendo los poderes neocomunitarios que surgen en especial en el mundo musulmán, como durante mucho tiempo combatimos en Francia y otros países europeos la idea de civilización y sociedad cristianas, a la vez que afirmábamos el papel esencial del cristianismo en la formación del Sujeto y la afirmación de su libertad. Paralelamente, en los países occidentales, tenemos que luchar contra la identificación de nuestras sociedades, nuestras historias, nuestras instituciones particulares con valores universales, en especial los coloniales.

No se puede combatir el poder comunitario, lo mismo que el de las técnicas o la mercancía, más que en nombre de la defensa del Sujeto. Este Principio de acción ya no remite a una teoría de la historia o la sociedad, sino únicamente a una concepción de libertad humana. Es por eso que temas morales y temas sociales se asocian hoy con más fuerza que en el pasado. La intensidad de su asociación proviene del hecho de que el Sujeto sólo se constituye por la combinación de la

acción instrumental y la afirmación identitaria, combinación que no se efectúa más que en el calor del doble combate contra los poderes financieros y comunitarios.

Esta integración total de una apuesta moral (y ya no únicamente social o histórica) y un doble combate social y político está tan centrada en el Sujeto personal que no puede ser ejecutada en la cima de la sociedad por los partidos y los gobiernos, sino que lo es en la base, lo más cerca posible de la experiencia personal. El movimiento obrero ya se había atribuido una organización más “débil” que la de los partidos que conquistaron los derechos cívicos para todos. Había reemplazado al elegido por el delegado, e incrementado el control de la base sobre sus representantes. Esta evolución prosigue en nuestra sociedad posindustrial, donde las asociaciones ocupan el lugar que fue otrora de los sindicatos y, más atrás aún, de los partidos. La vida pública se hace cada vez menos formal; las acciones son también mas discontinuas y difusas. Lo que da una importancia creciente a los medios de comunicación, con respecto a los cuales los intelectuales se contentan tantas veces con condenas apresuradas. Las corrientes de opinión, formadas, amplificadas y también deformadas por los medios, a menudo plantean hoy problemas más fundamentales que los partidos o los sindicatos, y éstos lo saben tan bien que se ubican voluntariamente en situación de retirada y ya no procuran dirigir sino únicamente sostener movimientos que tienen motivaciones no sólo económicas sino también morales.

La formación de nuevos movimientos societales, y sobre todo el reconocimiento de su naturaleza e importancia por parte de los intelectuales y políticos, chocan en todo el mundo con grandes resistencias. En todas partes dirigentes e ideólogos están al acecho de lo que subsiste de acción revolucionaria. Pero ésta, desde hace tiempo, no es ya obra de los movimientos populares que se habían constituido para derribar una dominación social, como aún sucedía en el caso del movimiento campesino boliviano antes y durante la revolución de 1952 o cuando los sandinistas atacaban el poder de Somoza. Son los gobernantes, los jefes militares o los profetas aislados de la revolución mundial quienes en lo sucesivo hablan de revolución, unos para movilizar y tener bajo control sus regimientos, los otros por espíritu de sacrificio y con la esperanza de que su aventura tenga un efecto de arrastre. Los pueblos, las clases populares, las naciones o las minorías sometidas no hablan ya el lenguaje de la revolución. Vemos, sobre todo en América Latina, en Bolivia con los kataristas, en Guatemala con Rigoberto Menchú, en Chiapas con los zapatistas, que los movimientos sociales e incluso étnicos se redefinen como actores de la democratización. Pero no hay nada que hacer: persiste la nostalgia de las epopeyas históricas, que alimenta la fidelidad de los antiguos combatientes. Las generaciones llegadas después de las conquistas socialdemócratas o de las revoluciones tercermundistas se resisten, por su parte, a reconocer los espacios en que se forman los nuevos movimientos societales, debido a que los militantes se convirtieron en miembros del aparato o ideólogos o, más simplemente, porque es difícil reconocer que la historia está hecha más de discontinuidad que de continuidad y que no pueden crearse nuevos movimientos sociales sin una ruptura con aquellos cuyo papel histórico ha terminado.

Como quiera que sea, hay que rechazar la idea, demasiado difundida en estos momentos, de que el mundo se ve conmovido por revoluciones económicas y tecnológicas que sólo dejan lugar a reacciones privadas de defensa individual o comunitaria, incluidas las globalmente antimodernistas, o en todo caso a un ecumenismo confuso, que mezcla modernidad y tradición, racionalidad y afectividad, en nombre de una visión integral de nuestra experiencia vivida. No somos arrastrados por una oleada imposible de dominar y en la cual sólo podríamos tratar de sobrevivir por medio de hábiles maniobras. Existen puntos fijos, tanto en el análisis como en la acción. Y es eso lo que expresan las acciones colectivas que llevan en sí elementos de movimiento societal. Todo opone la conciencia al movimiento, la paz a la guerra, la libertad a la instrumentalización. Y el análisis debe responder a esas demandas, dando un lugar central a la producción del Sujeto y mostrando que ese objetivo está en el corazón de los movimientos sociales (ya sean culturales, históricos o societales), que no podrían verse reducidos a intentos de proteger los antiguos intereses y modos de vida.

Cuando el cambio se acelera y se derrumban las viejas mediaciones sociales y políticas, en un principio muchos procuran reconstruirlas, e incluso buscar en un pasado más lejano defensas contra un futuro amenazante. Como no dominamos los cambios, los juzgamos a la vez detestables e inevitables, y oscilamos entre una confianza y una desconfianza igualmente ilimitadas. Ya es hora de salir de ese estado de conmoción: nuestras reacciones sociales y políticas no anuncian el renacimiento del análisis. Ya nos parecen inaceptables los discursos liberales extremos que reducen la sociedad a un conjunto de mercados y las decisiones personales y colectivas a unas elecciones racionales. Por doquier se procura salir de la gran transición liberal a la que fueron arrastrados todos los países del mundo, y que ninguno de ellos rechazó. La dualización de las sociedades nos inquieta; la crisis de las instituciones y las fuerzas políticas nos parece peligrosa; la ausencia de proyectos personales y colectivos nos sugiere el anuncio de una decadencia cuyos desastrosos efectos pronto serían irreversibles. Empero, así como reconstrucciones sociales y políticas, necesitamos nuevos análisis que pongan de manifiesto dónde se encuentra el poder y dónde pueden nacer nuevos movimientos sociales (culturales, históricos o societales), cuáles son las apuestas y los actores de la vida pública.

En un primer momento coloqué la idea de Sujeto en el centro del análisis; muestro ahora que, lejos de ubicarse al margen de las realidades sociales y la acción colectiva, esa idea define el principio de acción de nuevos movimientos sociales. En la segunda parte de este libro abordaremos la tercera etapa de esta reconstrucción, la definición de la sociedad multicultural cuya necesidad está inscrita en la definición misma del Sujeto y en el análisis de los nuevos movimientos sociales. Pero, antes de proseguir nuestra marcha adelante, debemos considerar con mayor atención las amenazas que pesan tanto sobre el Sujeto como sobre los nuevos movimientos sociales.

LOS ANTIMOVIMIENTOS SOCIALES

Los movimientos societales, como los movimientos históricos y culturales, pueden darse vuelta y convertirse en antimovimientos sociales. Es lo que sucede cuando un actor social se identifica completamente con una apuesta cultural, por ejemplo el progreso, y rechaza entonces a su adversario como enemigo, traidor o simplemente obstáculo que hay que eliminar. Se quiebra entonces lo que define un movimiento societal, es decir, el conflicto de actores por la gestión social de una apuesta cultural, conflicto que nunca se reduce del todo a los intereses de uno u otro, y el accionar que cuestionaba las grandes orientaciones de la sociedad se degrada en secta o movilización autoritaria.

El mundo contemporáneo está invadido por antimovimientos sociales, en particular cuando la defensa de la identidad se separa del control de la producción, se vuelca sobre sí misma y se convierte en afirmación de una diferencia cultural o histórica. Así como en la sociedad industrial el movimiento obrero se asoció a una ideología progresista e industrialista, en la actualidad numerosos movimientos afirman ser antimodernos y defienden valores comunitarios o nacionales contra las transformaciones económicas y sus consecuencias sociales. Del multicomunitarismo radical a la americana a las sectas de todos los pelajes, y hasta los integrismos político-religiosos, vemos surgir en todas partes acciones de defensa contra la dominación del universo instrumental, pero que se forman en nombre de una tradición comunitaria y no para defender la libertad del Sujeto. A veces, esos movimientos comunitarios se repliegan en la defensa de una autonomía amenazada; otras, al contrario, se lanzan a la violencia para combatir a las fuerzas que los amenazan o se oponen a su independencia. Los antimovimientos sociales siempre están dominados por un poder político, ya se trate del gurú de una secta o la vanguardia política que moviliza recursos culturales en su lucha por el poder. Lo que los opone absolutamente a los movimientos societales es que se identifican con un ser histórico concreto, un grupo, una etnia, una comunidad religiosa o de otro tipo, y jamás recurren a la noción de Sujeto y al universalismo que ésta lleva en sí.

La novedad amenazante es que los antimovimientos sociales ya no son únicamente las deformaciones, las inversiones, como dice Michel Wieviorka, de movimientos sociales; aparecen antes que éstos y con tanta fuerza que son los movimientos sociales los que tienen dificultades para formarse y combatirlos. Lo que define la desmodernización es la consecuencia directa de la disociación de la economía y las culturas. En tanto se forman las redes de la era que algunos llaman "noolítica", es decir informacional, las colectividades, amputadas de las relaciones sociales destruidas por las nuevas técnicas, se repliegan en su identidad y con frecuencia se someten a poderes autoritarios, según un proceso de clausura que caracteriza precisamente a los antimovimientos sociales.

Durante mucho tiempo tuvimos la convicción de que las fuerzas del progreso siempre se imponían a las de la conservación o la reacción, y redujimos a éstas al papel negativo de obstáculos a la modernización técnica o económica. La

situación se ha invertido. En todas partes se fortalece la afirmación y la defensa de identidades culturales, políticas o nacionales, porque el progreso técnico ya no entraña o no supone tan directamente como en el pasado unas transformaciones sociales y culturales. Cuanto más abstracto es el progreso, más crea un mundo virtual, y el mudo real refluye más intensamente hacia las identidades y las comunidades, no tradicionales sino reinterpretadas y transformadas en fuerzas de resistencia a las tecnologías y la nueva organización económica.

Esta situación es tan manifiesta que incluso es posible preguntarse por qué hablo aquí de antimovimientos sociales y no únicamente de defensas identitarias. Lo hago por que ya no se trata de defender unas tradiciones, como lo hacen los movimientos, los regímenes o las sectas fundamentalistas. Por otra parte es lamentable que esta palabra, tomada de la historia del protestanismo, emplee para designar a las fuerzas políticas neocomunitarias que no son en modo alguno tradicionalistas sino que se caracterizan por la lucha contra el imperialismo tecnológico y económico y que, en vez de defender la libertad del Sujeto, se encierran en la reconstrucción de una identidad. Esos integristas tienen un contenido tanto político como religioso. La política de purificación étnica al servicio de la creación de una Gran Serbia no podría a la expresión del nacionalismo serbio tradicionalmente opuesto al nacionalismo croata o bosnio musulmán. Y es contra este integrismo nacionalista que se formó internacionalmente un movimiento de opinión, demasiado débil para convertirse en una fuerza política, pero que combatió los horrores de la purificación étnica en nombre de la libertad cultural de cada individuo y de la democracia real. Aquí, como en otros casos, el antimovimiento surgió en primer lugar y ocupa el poder; y es contra él que se forma el movimiento social, del que podría decirse que aparece en principio como una resistencia al antimovimiento social y no como el defensor directo de una expresión social y política de la libertad.

Muchos explicaron la fuerza de esos nacionalismos por la resistencia de culturas seculares amenazadas o aplastadas por un Estado o un imperio a los que juzgaban extranjeros y hostiles. Pero Ernest Gellner tiene razón cuando afirma que esas tradiciones nacionales son la interpretación, en términos modernos, de realidades étnicas muy diferentes. No es la hostilidad secular de los croatas, los serbios o los croatas islamizados de Bosnia a los que llaman musulmanes lo que explica la violencia de los enfrentamientos en la ex Yugoslavia. En Bosnia, fue la decisión de Milosevic de oponerse a toda tentativa de construcción democrática, y por lo tanto de reconocimiento de la pluralidad étnica, lo que desencadenó desde arriba, a partir de una voluntad política reforzada por una movilización ideológica, una acción de conquista. Ésta suscitó una revigorización del nacionalismo croata e incluso fortaleció el nacionalismo musulmán en Bosnia en detrimento de la concepción multicultural y multiétnica de la que Sarajevo se convirtió en el doloroso símbolo. El enfrentamiento de los nacionalismos no es la causa sino la consecuencia de la crisis yugoslava.

De la misma manera, en Argelia, fue el fracaso del gobierno del Frente de Liberación Nacional (FNL), tanto en el plano político como en el económico, el que

condujo a los militares mismos a lanzar una política de islamización y en especial a hacer que se adoptara un nuevo código de la familia. El integrista islámico se nutrió del fracaso político de los nacionalistas y la frustración de la población, y sobre todo de la juventud urbana desarraigada y encolerizada contra la sociedad de producción y consumo occidental tan cercana a ellos y sin embargo tan inaccesible. Fue la imposibilidad de construir conflictos políticos y sociales la que llevó a la transformación de protestas en antimovimientos culturales violentos. Asistimos menos a un retorno de la religión que a un fracaso político y social de la modernización, que engendra la crisis o la imposibilidad de la democracia y la movilización de una identidad comunitaria, cultural y religiosa contra obstáculos definidos como exteriores. Cuando los conflictos internos son imposibles, se proclama la lucha a muerte contra el extranjero.

Estos antimovimientos sociales aparecen también en los países democráticos. En estos casos apelan a la tradición nacional amenazada por la invasión de poblaciones o costumbres extranjeras. En Europa occidental y Estados Unidos, la xenofobia, el rechazo de los inmigrantes y la defensa de la "preferencia nacional", aun cuando no parezcan en condiciones de destruir las instituciones democráticas, toman la forma de una obsesión identitaria que rechaza la modernidad, a la que percibe como apátrida o dominada por el extranjero, ideología cercana a la que a fines del siglo XIX dio origen a los nacionalismos antisemitas.

Su novedad radica en que responde a los nuevos movimientos culturales que ya no apelan a la naturaleza o la energía sino a la afirmación directa de una cultura o un grupo social definido por una identidad cultural más que profesional o económica. Tal es la nueva figura del racismo, que es también un antimovimiento social. No sólo no se atribuye ya fundamentos biológicos sino culturales (las costumbres y creencias inasimilables del otro); además, está menos asociado al tema de la inferioridad que al de la diferencia, al de las relaciones de producción o la dominación colonial que al del choque de las culturas. A tal extremo, que el desprecio colonial por el árabe, que había alimentado el apoyo de muchos *piets-noirs* al racismo antiárabe del Frente Nacional en Francia, es cada vez menos importante para entender el crecimiento de los votos por Le Pen, cuyo tema más popular es la preferencia nacional y el rechazo del extranjero más que el deseo de dominarlo o la afirmación de su inferioridad natural. El otro, el árabe en particular, también es rechazado porque es una figura fuerte, una afirmación cultural de la que uno mismo ya no es capaz. Los extranjeros nos invaden, dice el racista, pero lo que se expande en la casa pobre y entregada al abandono no son sólo las ratas o el moho, es también un grupo comunitario, una presencia étnica, una afirmación religiosa, rasgos todos fuertes y a los que se experimenta como agresivos. Hay en el racismo de la actualidad tanta envidia como temor, y también vergüenza de uno mismo, debilitado e impotente. El racista contemporáneo hace del Otro un anti-Sujeto para expresar su desdicha y su vergüenza por no ser ya, él mismo, un Sujeto.

Michel Wieviorka tiene razón al destacar que la xenofobia observable es tan diferente del racismo de fines del siglo XIX y principios del XX que debería dársele

otro nombre. Pero cabe pensar que es más importante subrayar la analogía de los mecanismos de rechazo que la diferencia de su contenido, porque las referencias naturalistas estaban tan difundidas en la sociedad del siglo XIX como el discurso sobre las diferencias culturales lo está a fines del siglo XX, de modo que el rechazo del otro, que no es ni la aceptación marginal del extranjero ni la hostilidad para con el enemigo, sino la exclusión de aquel a quien se construye como la negación del principal modelo cultural de la sociedad, es el mismo en el racismo propiamente dicho y en la xenofobia cultural. El racismo de la diferencia cultural desempeña el mismo papel en nuestra cultura que el racismo de la inferioridad natural en la cultura de la sociedad industrial. Además, el racista se representa al adversario tanto más como una comunidad, es decir una colectividad a la vez social, cultural y política, por el hecho de vivir él mismo en una sociedad en que esas distintas dimensiones se diferencian más intensamente, lo que explica que el colonizado sea objeto de un racismo limitado porque el racista sigue utilizando a aquel a quien rechaza, mientras que el racismo contemporáneo busca una ruptura completa y la expulsión del otro.

Probablemente, también sea la gravedad de la crisis del Estado nacional, en una Francia que la experimenta más dramáticamente que los otros países europeos, lo que puede explicar la fuerza de un partido racista de extrema derecha en esa nación. En efecto, todos aquellos que dan prioridad a los objetivos políticos y nacionales por encima de la acción social colectiva se colocan también al lado de los antimovimientos sociales. En Francia y otras partes, el bonapartismo no fue un despotismo sino un antimovimiento social que empleaba el lenguaje de la revolución y la ciudadanía, y al ismo jacobino, al que tantas veces se analizó como un movimiento social, fue la expresión más general de la "ilusión política" que Marx reprochaba con justa razón a los franceses y que impidió constantemente la formación de un poderoso movimiento obrero y una democracia social.

Hay que elaborar una crítica intelectual radical de las ideologías y acciones revolucionarias que siempre condujeron a regímenes de esencia totalitaria, desde el Terror hasta el leninismo e incluso, en una forma opuesta, el fascismo, que son los principales antimovimientos sociales de nuestro siglo. La idea principal es que no se puede separar la formación de actores sociales, y por lo tanto de movimientos sociales, de las mediaciones políticas que constituyen el elemento central e indispensable de la democracia. Sujeto, movimientos sociales, democracia: estos tres temas son inseparables uno del otro lo mismo que, del lado opuesto, lo son necesidad histórica, acción revolucionaria y totalitarismo, que conducen al infierno de la violencia y no al paraíso creador y liberador de los movimientos sociales.

Los movimientos sociales, cualquiera sea su especie, contienen en sí mismos una aspiración democrática. Procuran dar la palabra a quienes no la tienen, hacerlos partícipes en la formación de las decisiones políticas y económicas, mientras que las acciones revolucionarias siempre sueñan con purificación social, política, étnica o cultural, sociedad unificada y transparente, la creación de un

hombre nuevo y la eliminación de todo lo que es contrario a una unanimidad que muy pronto no tiene otra razón de ser que plebiscitar un poder totalitario. Así como no es una simple campaña de reformas, un movimiento societal tampoco es una lucha a muerte.

La presencia de un movimiento societal no está ligada ni a una situación revolucionaria cuya gravedad objetiva pondrían de manifiesto el economista o el politólogo, ni a la fuerza de un discurso ideológico o una dirección política, sino a la capacidad de un actor de elaborar una praxis, es decir, de comprometerse en un conflicto societal y erigirse, al mismo tiempo, en defensor de valores sociales que no pueden reducirse a los intereses del actor mismo y que tampoco podrían, en consecuencia, conducir al aniquilamiento del adversario. El actor que define a su adversario en términos no sociales, como el mal absoluto, cree tal vez fortalecer su movimiento al demostrar su carácter radical, pero de hecho se ve arrastrado al peligroso camino de los movimientos sociales.

Los intelectuales que, después del final del levantamiento de Mayo del 68, intentaron imponer un discurso obrerista de lucha de clases a un movimiento de la juventud estudiantil que era ante todo un movimiento cultural cuyos efectos sobre la vida política se hacían sentir en casi todos los ámbitos de la práctica social, impusieron al mundo intelectual y universitario un radicalismo izquierdista pos e hiperleninista, que sofocó la vida intelectual y, en algunos países, condujo más dramáticamente a los años de plomo, durante los cuales la violencia ideológica a la francesa fue recubierta por la violencia política a la italiana y, de manera más limitada, a la alemana o la americana. En Francia, en ocasión de la huelga de 1995, la presencia de los intelectuales izquierdistas fue todavía notoria, pero más restringida: a tal punto el movimiento carecía de pulsiones revolucionarias y se leía como una mezcla de defensa de intereses creados, crisis política y movimiento histórico virtual.

Reducir los movimientos sociales a las formas más ideológicas de la acción significa caricaturizarlos, pues con frecuencia éstas son las más alejadas de las prácticas y, cuando no lo son, se debe a que el movimiento se transformó en un antimovimiento de orientación autoritaria o totalitaria. Todas las formas absolutas de movilización ideológica, la identificación de un actor social con un Dios, la Razón, la Historia o la Nación, provocan la destrucción de los movimientos sociales, ya que las ideologías que se creen las más radicales sustituyen la pluralidad por el uno, el conflicto por la homogeneidad, la impugnación por la participación rápidamente reducida a la manipulación. Los dirigentes y los intelectuales revolucionarios, populistas o integristas, son agentes activos de destrucción de los movimientos sociales.

¿Cómo no habría de ocupar este tema nuestro pensamiento en este fin de siglo en que se multiplican los movimientos neocomunitarios, entre los cuales los más poderosos son los que convocan a la creación de una sociedad teocrática? Pero es irrisorio oponer a esos antimovimientos a la vez sociales, culturales e históricos, la imagen de una sociedad regida por reglas puramente individualistas

y universalistas. Irrisorio dado que toda la historia de los derechos del hombre es la del paso necesario, a veces exitoso, a veces dramáticamente fallido, de una defensa del ser humano al margen de toda situación social concreta, de toda relación desigual de poder y propiedad, a la defensa de quienes sufren una dominación social, política o cultural concreta. Paso que se malogra cuando el grupo dominado, en lugar de construir una democracia social, política y cultural, construye una fortaleza o una fuerza de combate para destruir un orden social considerado completamente malo e impone un poder político absoluto, que ya no deja sitio alguno a las reivindicaciones sociales, la impugnación intelectual y el debate político. El movimiento obrero condujo, por un lado, a la democracia industrial y la socialdemocracia, y por el otro al bolchevismo y el maoísmo. Hoy en día, del mismo modo, frente a la globalización de la economía, notamos la formación simultánea de una democracia cultural que reconoce los derechos de las minorías y, en una dirección inversa, antimovimientos que engendran sectas en los países democráticos y nuevos movimientos totalitarios de bases, ya nacionalistas, étnicos o religiosos.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN SITUACIÓN NO DEMOCRÁTICA

Al lector se le ocurre una objeción. Este análisis, que da cuenta de lo que sucede en los países desarrollados, vale decir, en aquellos donde la modernización es endógena, ¿no es poco apto allí donde la democracia no existe, por que un Estado, nacional o extranjero, o una oligarquía ávida de negociados y poder absoluto más que de racionalidad económica, imponen su poder arbitrario y suman la exclusión a la explotación?

¿No son imposibles los movimientos sociales cuando el modo de desarrollo dominante es voluntarista o, al contrario, está dirigido por capitalistas extranjeros? En el primer caso, ¿los movimientos sociales no se degradan y hasta se convierten en agentes autoritarios de control social del pueblo reducido a la condición de masa movilizable y, en el segundo caso, no se fragmentan en una multiplicidad de grupos de presión cuyas reivindicaciones contribuyen a agravar las desigualdades sociales? ¿Pueden existir movimientos sociales en situaciones no democráticas? La idea del Sujeto aporta una respuesta a esta pregunta. Como aquél sólo se afirma al luchar a la vez contra el mercado y contra la comunidad, se manifiesta, como forma de oposición y liberación, tanto en el mundo del mercado como en el universo comunitario. Los movimientos sociales, como el Sujeto mismo, también se manifiestan dentro de modos de desarrollo e incluso de formas de poder social que son incompatibles con sus condiciones de existencia.

El caso históricamente más importante es el de los movimientos sociales formados en sociedades autoritarias dominadas por un poder despótico, una oligarquía nacional o un colonizador extranjero. En esas condiciones, están obligados a combinar la defensa de los dominados y las reivindicaciones democráticas con una acción propiamente revolucionaria, de destrucción de un poder que a su vez recurre a métodos autoritarios o dictatoriales en el orden económico o político. Lo que no los diferencia de los movimientos formados en los países democráticos, en

la medida en que el movimiento obrero, por ejemplo, siempre implicó una parte de violencia que respondía a la violencia patronal o gubernamental. La estrategia de un movimiento social y sus dirigentes consiste en unir esta acción de ruptura con una acción democrática, combinar la lógica de la lucha contra los poderes con la de la defensa de las libertades. A menudo, La tentativa fracasa: el sindicalismo, por ejemplo, se convierte entonces en un instrumento sin autonomía al servicio de un nuevo poder político y, en otros casos, se reduce a la defensa de categorías relativamente privilegiadas. Pero esos fracasos, por más numerosos y graves que sean, no deben impedir reconocer la presencia de un movimiento (societal, histórico o cultural) en una acción que puede llevar a soluciones no democráticas. Es cierto que el movimiento nacional argelino condujo a la instalación duradera en el poder de una dictadura militar que terminó por disparar sobre el pueblo en las calles de Argel para reprimir las protestas; esto no impide que aquél haya sido un movimiento anticolonial de liberación nacional. Los horrores del Terror, por su parte, no condenan en modo alguno las jornadas de mayo y junio de 1789, fundadoras de la democracia en Francia. No existe movimiento social puramente democrático ni crisis revolucionaria sin contenido democrático, y la opinión internacional tuvo razón al sostener a los movimientos iraní y afgano de liberación, aun cuando en Afganistán, todavía más que en Irán, se haya formado un movimiento antidemocrático y destructor de la idea misma de movimiento social.

La misma conclusión vale para los movimientos sociales que se transformaron en grupos de presión de las fuerzas corporativas que definen los intereses de una categoría social dentro del aparato del Estado. El carácter restringido de sus objetivos estratégicos no impide que en su interior pueda manifestarse un movimiento societal que lo supere. Muchas veces se dio el caso de movimientos que, originados en una reivindicación limitada, pusieron en cuestión los fundamentos del orden social.

El sociólogo debe buscar la presencia de movimientos sociales detrás de las ideologías extremas que lo ocultan. En Argelia y otros países, especialmente Egipto, existen grupos políticos que utilizan el Islam para llegar al poder y construir una sociedad a la iraní, fundamentalmente antimoderna, al mismo tiempo que emplean, para sobrevivir, las técnicas de la modernidad. Pero pese a ello no puede olvidarse que los movimientos islámicos expresan también los sentimientos de una población desarraigada, en particular de los jóvenes sin empleo. Dicho de otra manera, que se encuentran elementos de movimientos históricos en una acción política que, por otra parte, tiene claramente como objetivo fundar un régimen autoritario. Quienes oponen las virtudes del laicismo a los peligros de una política que moviliza las creencias religiosas tienen razón en lo que afirman, pero se equivocan al negarse a ver que muchos de los movimientos sociales extraen su fuerza de la cultura y la sociedad que defienden porque las juzgan mortalmente amenazadas. Ya no podemos seguir considerando el levantamiento de la Vendée como un simple movimiento contrarrevolucionario.

De la misma manera, la huelga de los servicios públicos franceses de diciembre de 1995 no podría reducirse a la defensa de intereses o privilegios corporativos.

También expresó el rechazo popular de una política económica que subordina toda la vida social a la reducción de los déficit fiscales, impuesta como la condición de una moneda única a la que se atribuye la capacidad de aportar por sí misma prosperidad y empleo para todos.

CONCLUSIÓN

El tema de los movimientos sociales desafía a la vez el pensamiento liberal y el llamamiento a la revolución, pues ni uno ni otro creen en la capacidad de los actores sociales de producir su historia a través de sus orientaciones culturales y sus conflictos sociales.

La idea del movimiento social, por su parte, asocia la apelación al Sujeto a la lucha contra un adversario social. De la misma manera que la invocación de la libertad animó el levantamiento del Tercer Estado contra el rey los privilegios y que la invocación de la justicia social se encarnó en la lucha obrera contra la explotación en el trabajo, ¿no vemos hoy al Sujeto combatir a la vez contra la exclusión y la privación de identidad? ¿Y no es la idea de movimiento social la que mejor nos revela que la globalización no es únicamente una extensión e integración crecientes de los intercambios mundiales o una división internacional del trabajo, sino un sistema de poder que excluye en la misma medida que incluye, que destruye culturas a la vez que crea nuevos consumos y que, por lo tanto, como en la época de Marx, es preciso rastrear las relaciones sociales de dominación detrás de la mercancía?

Es cierto, los movimientos sociales chocan en cada centuria con grandes obstáculos, los que crea la miseria, pero también la búsqueda de soluciones individuales o la esperanza de ascenso en el sistema, pero esos obstáculos no son hoy más insalvables que ayer. En realidad, no existe ninguna situación que sea enteramente favorable a los movimientos sociales y la sociedad industrial no lo es más que otra. Lo que cambia es la naturaleza de las conductas que se mezclan en los movimientos sociales y procuran colocarlos bajo su dependencia. La apelación al pueblo, a la nación o a una iglesia transformó muchas veces a los movimientos populares en antimovimientos sociales; la idea revolucionaria convirtió algunos movimientos sociales en regímenes totalitarios. En la actualidad, es la obsesión por la identidad la que arremete contra los movimientos sociales, transforma a su adversario en extranjero y reemplaza el ideal de liberación por la búsqueda fanática de la homogeneidad y la pureza.

La insistencia con que trato de colocar la idea de Sujeto en el centro del análisis apunta a liberar al movimiento societal, sea cual fuere, de los instrumentos políticos y los aparatos ideológicos que lo enmascaran e impiden ver que todo movimiento de ese tipo es una invocación de la libertad del Sujeto. No en el vacío social de la libertad política sino, al contrario, en relaciones sociales de denominación, propiedad y poder, de modo que un movimiento societal es a la vez lucha contra un poder y combate por una visión de la sociedad.

Estas ideas se enfrentan a la objeción de que nuestras sociedades se han vuelto tan complejas y cambiantes que no pueden experimentar más que una multiplicidad de tensiones y conflictos particulares, una mezcla a los cambios, presiones diversas y afirmaciones identitarias. Como si las sociedades protomodernas hubieran ser sublevadas por movimientos masivos, que habrían asociado creencias populares, predicación ideológica y movilización militar. Pero esta imagen pronto revela su debilidad y sus contradicciones. Puesto que la fuerza de las movilizaciones colectivas en esas sociedades siempre estuvo asociada a la debilidad de un movimiento societal que dependía de la acción de sus amos religiosos y políticos. A lo largo de la modernización es posible ver, al contrario, el crecimiento de la independencia y la afirmación del papel de los movimientos sociales, por lo tanto de actores propiamente sociales. El movimiento obrero fue ya un movimiento societal capaz de gobernar la acción de partidos políticos, aun cuando a menudo éstos se convirtieron en dueños de las fuerzas sociales de las que debían ser instrumentos. Lo que caracteriza nuestro período pos y antitotalitario es la importancia de los esfuerzos hechos para liberar a los movimientos sociales, culturales y hasta históricos, del control que procuran ejercer sobre ellos las elites del poder. Lo que no conduce a la disgregación y limitación de las acciones colectivas sino más a bien a su despolitización y desmilitarización, a su orientación cada vez más directa hacia la afirmación y la defensa de derechos fundamentales, cívicos, sociales y culturales.

Si los movimientos sociales no hicieran su camino en nuestras sociedades, ello significaría que éstas están en plena decadencia, que ya no pueden, por lo tanto, conocer más que antimovimientos sociales, como sucedió tantas veces en la Europa del siglo XX, y que hay que buscar en otra parte sociedades capaces de inventar su porvenir a través de sus conflictos sociales. Visión demasiado pesimista: si en ocasiones las sociedades occidentales parecen impotentes para engendrar nuevos movimientos sociales, es por que en ellas el antiguo orden ya está en descomposición, mientras que aún no tomó forma el campo de los problemas en plena ebullición.

La importancia de los movimientos sociales obedece a su lugar en la vida social. No sólo están en el centro o en la cumbre de la sociedad: su presencia o ausencia determina casi todas las formas de acción social. Puesto que lo que mejor los define es el vínculo que establecen entre unas orientaciones culturales y un conflicto social que en sí mismo entraña aspectos reivindicativos y políticos a la vez que sociales. Si el movimiento societal no se forma, todos estos elementos se separan unos de otros y, al hacerlo, se transforman y degradan. Por un lado, las orientaciones culturales, al disociarse de los conflictos sociales y políticos, se “moralizan” y convierten en un principio de pertenencia o exclusión, mecanismos de control cultural o normas de conformidad social. Por el otro, los conflictos políticos, separados de los movimientos sociales, se reducen a la lucha por el poder y favorecen la disociación del Estado y la sociedad, que se vuelve cada vez más patológica bajo el efecto de la producción, el consumo y las comunicaciones de masas. Por último las reivindicaciones abandonadas a sí mismas tienden a fortalecer las desigualdades, porque las categorías más poderosas, más

influyentes, las que tienen más intereses creados que defender, son las que poseen mayor capacidad de presión reivindicativa. Contemplamos así la yuxtaposición de grupos de presión limitados, movimientos de rechazo de categorías definidas como correspondientes a las minorías, los desviados o los extranjeros sociales y culturales, y un populismo comunitario que apela a un pueblo indeterminado contra los dirigentes o intelectuales. Cada uno de estos aspectos de la vida social o política parece, en un principio, susceptible de estudiarse en sí mismo, pero esto se comprueba imposible, en la medida en que ninguna acción colectiva es pura defensa racional de intereses o afirmación de valores comunitarios; todas llevan en sí la huella de un movimiento social ausente o descompuesto. Ese movimiento no siempre existe, pero hay que plantear la hipótesis de su existencia para comprender las conductas colectivas que alejan de él y las que ya lo anuncian o lo animan.

Una hipótesis semejante nos resulta tanto más necesaria por el hecho de que vivimos en una sociedad fragmentada, privada de conciencia de sí, en la que las apuestas y los actores del cambio histórico son oscuros y los discursos y las ideologías van detrás de las prácticas o, al contrario, les dan un radicalismo artificial. Nuestras sociedades corren el riesgo de verse privadas de sentido porque están denominadas por la disociación y la conciencia, de los actos y los discursos. En otras épocas, sufrimos un exceso de movimientos sociales convertidos en instrumentos de un gobierno o una ideología oficial. En la actualidad, al contrario, el centro de la sociedad está vacío, tapizado de los restos de los antiguos combates y los antiguos discursos, transformados en mercancías de ocasión compradas por los mercaderes de poder o ideologías o los coleccionistas. Es por eso, que la idea de movimiento social debe ser definida, al menos porque interpreta el vacío aparente actual y da un sentido al conjunto de las conductas contradictorias originadas en la desaparición o la descomposición de los antiguos movimientos sociales.

PARIS Pombo, Ma. Dolores (1990). “Nuevos movimientos sociales: identidades restringidas”; Crisis e identidades colectivas en América Latina. México, Editorial Plaza y Valdes, pp.89-116.

CAPITULO VI

NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES: IDENTIDADES RESTRINGIDAS

1. Falta de canales de participación política

Los estados latinoamericanos, se han retirado poco a poco de las tareas redistributivas, de integración y de movilización de la sociedad, tareas que asumieron los estados populistas en su afán de modernizar sus naciones desde la base, a partir de la incorporación de crecientes grupos sociales al mercado de trabajo formal y a la participación política institucional.

El fin del populismo trae consigo el vaciamiento del sistema político (el centro neurálgico de gravitación de la sociedad latinoamericana); este vaciamiento ensancha distancias entre Estado y Sociedad ---- : el Estado se achica y se retrae en su neoliberalismo al mismo tiempo que la sociedad recrea identidades más restringidas, defensivas ante la crisis. (Sergio Zermeño, 1987, p.86).

Ante la retirada del Estado populista, amplios grupos sociales encuentran más y mayores dificultades para desempeñarse en espacios de participación política y para incorporarse a una estructura institucional, ya sea laboral, partidaria o estatal. La crisis económica y política genera continuamente áreas de profunda conflictividad sin que los sectores sociales descontentos encuentren una expresión política específica en el sistema.

De esta forma, el conflicto estructural y organizado se reduce a un área muy limitada (a los espacios cada vez más reducidos de la política estatal) mientras la gran mayoría de los grupos sociales tienen que expresar sus demandas por canales “marginales” al sistema político.

Frente a la creciente polarización de la sociedad y al crecimiento sin precedentes de un polo de extrema pobreza, subempleo, marginalidad política, etc., los estados neoliberales han carecido de respuestas. De hecho, la presencia de la política estatal en la comunidad (ya sea barrial o campesina) se ha limitado cada vez más al asistencialismo o a la movilización electoral. El núcleo estatal además ha tendido a actuar en forma autoritaria y represiva frente a los movimientos sociales, o tratando de ignorarlos políticamente como expresiones “ilegales” de sectores minoritarios: represión policial y militar de paros y de huelgas, falta de respuesta a plantones y huelgas de hambre...

Desde luego, la expresión máxima del autoritarismo estatal unido al neoliberalismo fue la de los gobiernos dictatoriales del Cono Sur. Pero gobiernos llamados “democráticos” de América Latina, como el de Colombia o el de Venezuela no han dudado en utilizar las fuerzas militares para sofocar a los movimientos sociales. Asimismo en México las huelgas han tenido cada vez más a convertirse en “paros” calificados de “ilegales” por las autoridades del trabajo (como el paro de maestros en abril-mayo de 1989) o a terminar en la quiebra forzada de las empresas (huelga de Aeroméxico, paro de los trabajadores del transporte urbano estatalizado –Ruta 100; huelga de los trabajadores de Cananea). A partir del gobierno de De la Madrid, se ha vuelto un fenómeno cotidiano los plantones “eternos” en el Zócalo de las capitales o frente a las Secretarías del Gobierno, y las huelgas de hambre que acaban en el hospital. La conformación de un estado cada vez más autoritario lleva a que una demanda importante de los movimientos sociales sea la “ampliación de la ciudadanía”: los grupos excluidos luchan por penetrar en el sistema, presionan para que se realice una apertura institucional que les permita obtener respuesta a sus necesidades. Sin embargo, al tratar de abrir el orden institucional, el movimiento resulta muchas veces subversivo, pues cuestiona los fundamentos mismos del nuevo Estado tecnocrático.

2. Características generales de los nuevos movimientos sociales

La falta de canales de participación lleva, en algunos países de América Latina, a una violencia crónica en la sociedad o a fuertes estallidos en los momentos de mayor conflicto. Pero esa falta de estructura institucional ha llevado también a formas expresivas y de participación política nuevas, que se manifiestan, por un lado, en el retraimiento y la resistencia comunitarias: cooperativas, comunidades religiosas, organizaciones barriales, comités de abastecimiento...; por el otro lado, se han conformado grupos reducidos y poco orgánicos pero que mantienen una presión constante sobre el sistema institucional por el reconocimiento de los valores que defienden: ecologistas, grupos de defensa de los derechos humanos, feministas o comités de mujeres, organizaciones juveniles.

Todos estos movimientos son los que varios sociólogos latinoamericanos han caracterizado como “nuevos movimientos sociales”. (E. Jelin; F. Calderón; T. Dos Santos; T. Evers; Harmult Kärnen; S. Maiwaring y E. Viola...)

Nuevos, desde luego, no significa que algunos de ellos no tuvieran una existencia previa: algunas organizaciones barriales, por ejemplo, tienen una presencia importante en el escenario sociopolítico latinoamericano desde los años cincuenta, es decir desde la acelerada urbanización de los países de ingreso medio en América Latina. Como lo señalan Scout Maiwaring y Eduardo Viola (1985), la calificación de “nuevos” se debe a que todas esas formas de participación, en los ochenta, responden a un patrón relativamente nuevo de valores (preocupaciones afectivas, relaciones expresivas, orientación grupal y organización horizontal...). Sin embargo, en la práctica no podemos dividir radicalmente un “nuevo movimiento social” de uno “antiguo”, pues esas denominaciones corresponden a tipos ideales diseñados por las ciencias sociales con fines propiamente analíticos.

Los nuevos movimientos sociales pueden ser clasificados en dos tipos principales:

- Los movimientos simbólicos, que suelen agrupar a un número reducido de individuos pero tienen una profunda influencia ideológica a nivel de toda la sociedad (en dirección a un cambio en la cultura política). Estos movimientos no pueden calificarse de instrumentales: no tienen demandas concretas (o éstas no son la principal dimensión del movimiento) sino que afirman ciertos valores innegociables (como la vida misma). En esta categoría consideramos a los grupos feministas, ecologistas, en defensa de los derechos humanos, organizaciones juveniles y de homosexuales (estos últimos con una influencia muy limitada todavía en América Latina).
- Los movimientos comunitarios pueden ser mucho más masivos, y agruparse en coordinadoras o uniones. Sus prácticas son también más instrumentales, con demandas que muchas veces giran en torno a problemas muy concretos (agua, abastecimiento, escuela transporte...). Su orientación principal es la recreación de una identidad comunitaria basada en lazos de solidaridad y cooperación. En esta categoría, tomaríamos en

consideración a las organizaciones barriales, las comunidades eclesiales de base, las bandas de jóvenes (en algunas ocasiones), las organizaciones cooperativistas y también el nuevo sindicalismo y gremialismo de base.

Con características más expresivas o más comunitarias, los nuevos movimientos sociales representan todos una forma de participación particular, que podemos caracterizar en rasgos generales. A pesar de sus objetivos tan disímiles, se ajustan a un sistema de valores bastante similar.

- a) En primer lugar, la práctica política de estos movimientos se caracteriza por una *falta de integración sistémica*: por lo general los partidos son rechazados, y la política misma es expresada, al menos por la base de los movimientos, como una actividad negativa, que responde a bajos intereses de algunos grupos de individuos. Muchos movimientos (como el de las Madres de la Plaza de Mayo, las Comunidades Eclesiales de Base, algunas cooperativas y organizaciones de jóvenes...) mantienen un “apoliticismo” declarado y tratan de evitar en todo momento cualquier adscripción ideológica.

Esto va unido a una *falta de organicidad* en el movimiento, una reivindicación de la espontaneidad y del compromiso individual más que de las tareas asignadas por comisiones o líderes electos. La inorganicidad y la asistematicidad de la práctica provocan en ocasiones una ambigüedad de las demandas, y casi siempre, sentidos contradictorios y multifacéticos de la acción.

- b) Otra característica común de los nuevos movimientos sociales es el *rechazo del autoritarismo y de las jerarquías*: todos ponen un fuerte énfasis en las prácticas democráticas y participativas, en las decisiones tomadas por consenso y con altos niveles de participación interna. Los líderes del movimiento tratan de presentarse como coordinadores, o aun como animadores (Maiwaring y Viola, 1985), cuya tarea no es la toma de decisiones sino levantar y movilizar a las bases. Hay un rechazo abierto del elitismo, de las relaciones jerárquicas, que suelen ir asociadas por lo general a una organicidad estricta. Se fomentan en cambio las relaciones de solidaridad y todo tipo de vínculos horizontales (afectivos, familiares, comunitarios...). El rechazo del autoritarismo puede ser el fundamento mismo del movimiento, como en el caso de las organizaciones de defensa de los derechos humanos, de las organizaciones juveniles y feministas.

Sin embargo resulta difícil evitar, en muchas ocasiones, la recreación de la relación líderes-masas: En grupos con bajo nivel de organicidad, que carecen casi de estructura permanente, la comunidad del movimiento reposa a menudo sobre la figura de un líder, pierda fuerza o se diluya el movimiento.

- c) Los nuevos movimientos sociales reivindican las relaciones de *expresión personal* y dan gran importancia a los vínculos afectivos. El nivel de participación de cada individuo depende principalmente del grado de

“compromiso personal”. La defensa de valores y principios suele ponerse por encima del carácter instrumental del movimiento. De esta forma, las demandas por interés ceden el lugar a exigencias de derechos, por su puesto innegociables.

En términos weberianos, los miembros de esos movimientos responden en su práctica a una ética de la convicción⁴. Los medios de la acción tiene que ajustarse por lo tanto a una convicción moral, más que a un cálculo formal-instrumental. Importa más la solidaridad y la cooperación ejercidas cotidianamente, la democracia en el “hoy” y el “ahora”, recreada en las prácticas comunitarias diarias, que la democracia, el socialismo, el comunismo o cualquier otra utopía diseñada para el futuro y para toda la sociedad.

La dimensión personal del nuevo movimiento social lo transforma en una práctica fundamentalmente expresiva. Se abandonan así conscientemente algunos rasgos formales de la política (el clásico activo militante de los partidos y de los sindicatos que ponían por encima de su persona la “causa” del movimiento.

- d) Pero no sólo existe una reivindicación de la dimensión “personal” de la política, sino también de la *dimensión política de lo personal*. Lo familiar, lo habitual, las relaciones interpersonales son transferidas al escenario de la discusión pública. En el conocido lema de las feministas chilenas “Democracia en el país y en la casa”, lo doméstico pasa a ser un asunto de discusión pública nacional. Pero a su vez las Madres de la Plaza de Mayo ponen en la esfera pública su rol de madres; transforman en una denuncia política de alcances no sólo nacionales sino internacionales lo que aparentemente era sólo una “queja de madres”. En este sentido es claro el paso de lo privado (del papel doméstico de la mujer) a la política.

Lo cierto es que una acción colectiva nacida de la división sexual del trabajo (velar por los hijos) estas mujeres violaron esa misma división: salieron del ámbito doméstico y se enfrentaron a los gobernantes de facto en el lugar que simboliza el poder político. (E. Jelin, 1985, p. 47).

Al reivindicar su papel de madres y al denunciar la desaparición de sus hijos frente a la sede misma del gobierno militar, las Madres de la plaza de Mayo estaban cuestionando también la imagen tradicional de la mujer sumisa y recluida en el hogar ante las penas y la represión.

Tareas que han sido propias exclusivamente del ámbito doméstico, como la compra de alimentos y la preparación de los mismos, se vuelve también, ante la crisis de lo cotidiano, un problema que se resuelve comunitariamente: cooperativas de compra, comedores públicos, comités del “vaso de leche” (Perú), etcétera.

En este ámbito, también, la mujer se ve obligada a salir del hogar y a moverse en el espacio de lo público ante la incapacidad del núcleo familiar para autoabastecerse y reproducirse; se ve llevada a establecer lazos de

solidaridad, a cooperar con las demás mujeres, a negociar con las instituciones precios preferentes o formas de subsidio, etcétera.

Al afirmar la dimensión política de lo personal, los nuevos movimientos asignan a la mujer un papel que va mucho más allá de lo doméstico. Sin embargo, con la excepción de los movimientos feministas, los nuevos movimientos sociales no cuestionan, sino que refuerzan el papel de la mujer en el hogar y la división sexual del trabajo así como la estructura familiar.

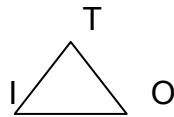
Ligada a la salida de la mujer (y de la madre) a la escena pública, aparece con gran énfasis en todos los movimientos, y principalmente en el de los derechos humanos, la exigencia del “derecho a la vida”.

- e) Los nuevos movimientos sociales representan también la *búsqueda de una identidad colectiva* ante la destrucción, la desintegración, o sencillamente la inexistencia de canales institucionales de “incorporación” del individuo a la sociedad. Elizabeth Jelin comenta que la emergencia de los nuevos “sujetos sociales colectivos” a la escena pública “está ligada a la construcción de una identidad colectiva. Y estas identidades –quiénes somos nosotros, quiénes los otros, cómo nos relacionamos con ellos, en qué espacio, cuáles son los tiempos y la duración histórica de estas presencias- implican básicamente procesos de carácter cultural.” (E. Jelin, 1987, p. 29). Para los movimientos simbólicos, esa identidad se expresa como apropiación de un campo cultural: resignificación de roles sociales (feministas), afirmación enfática de valores (derechos humanos), reivindicación de una “forma de vida” (ecologistas), denuncia del autoritarismo en todas las áreas de la vida social (movimientos estudiantiles, rock, bandas de jóvenes). En términos de Melucci, “el objetivo del movimiento social no es solamente la igualdad de derechos, sino más bien el *derecho a ser diferentes*.” (Citado en E. Jelin, 1985.) Para los movimientos comunitarios, la búsqueda de la identidad es la afirmación del “nosotros” como grupo primario, como comunidad, como identidad “restringida” [Zermeño]. El movimiento social no depende de una conciencia de clase, de etnia, ni mucho menos de un sentimiento nacionalista; expresa la conciencia clara de defender una identidad comunitaria amenazada. La falta de incorporación institucional parece ser compensada por la reintegración de la comunidad. Así, los movimientos sociales comunitarios son el contraejemplo más claro de lo que algunos postmodernistas europeo y norteamericanos han llamado la “hipersecularización” y el “hiperindividualismo” de la sociedad postmoderna (F. Lyotard; D. Bell, J. Lipovetsky). En América Latina, la retirada de las utopías no se traduce en ningún caso en individualismo a ultranza, consumista e hipersecularizado, sino en la reintegración del grupo primario con base en valores tradicionales, y muchas veces con base en principios religiosos (particularmente en el caso de las comunidades eclesiales de base).
- f) Retomemos por fin un término que utiliza Touraine para calificar a todos estos movimientos: él habla de antimovimientos sociales (Touraine, 1978,

1984,1987). Por supuesto, la caracterización de Touraine responde a su estricta definición de lo que es un “movimiento social” como lucha característica de la sociedad industrial (definido con base en la observación de los movimientos sociales europeos):

El movimiento social es la conducta colectiva organizada de un actor de clase que lucha contra su adversario por la dirección social de la historicidad en una colectividad concreta. (Touraine, 1978).

Es decir los movimientos son conductas socialmente conflictivas, cuya conflictividad está determinada por la situación de *clase* del actor (dominante o dependiente) y son también conductas culturalmente orientadas. El movimiento social, en la teoría de Touraine, es la combinación de un principio de *identidad*, de un principio de oposición (clara localización de un adversario que no puede ser el Estado, sino otro grupo social) y de un principio de totalidad (apropiación o defensa de un campo cultural).



Ahora bien, el movimiento social responde siempre, en la teoría de Touraine, a un principio desarrollista: la apropiación de un campo cultural tiene el objeto de imponer una nueva visión de totalidad sobre el adversario, visión más abarcadora y superior. El campo cultural se sitúa siempre en la sociedad industrial, y se mantienen los valores de desarrollo, evolución, historia...

El anti-movimiento social, en cambio, es más propio de la sociedad posindustrial: el objetivo ya no es la apropiación de un campo cultural, sino una clara oposición a la industrialización autoritaria y brutal y al desarrollo a toda costa, con un llamado defensivo a la comunidad.

En este sentido puede ser útil la recuperación del término tourainiano de “anti-movimiento” asociado a los nuevos movimientos sociales. Hasta hace una década, parecía haber consenso en la política, tanto entre izquierdistas, populistas, “desarrollistas” como militares, en el carácter supuestamente benéfico del progreso material y en la necesidad de desarrollar y modernizar América Latina. Desde luego, el desacuerdo residía en las vías que debían seguirse para tal modernización, en las formas de reparto de las riquezas y en todos los aspectos de la organización política y social. Pero los valores mismos del desarrollo eran incuestionables. En términos de Touraine, la historicidad, los modelos culturales de inversión, conocimiento y moralidad, eran compartidos por todos los actores.

Los nuevos movimientos sociales cuestionan las raíces mismas de la sociedad industrial. Por primera vez en la historia, hay un desencanto general de desarrollismo, no se espera nada de la modernización (por ninguna vía). Es más, a diferencia de los movimientos hiperpolitizados de las décadas anteriores (estudiantiles, obreros, revolucionarios,...) parece haber una renuncia clara a un

proyecto histórico de transformación global de la sociedad; es decir, hay una carencia de “Totalidad” en el movimiento (T): Y particularmente en el caso de los movimientos comunitarios, no parece siquiera haber una claridad con respecto al adversario; faltaría por lo tanto también el principio de oposición (O).

3. Movimientos simbólicos

A pesar de la carencia de un principio de totalidad y de la falta de definición clasista, los movimientos que aquí llamamos “simbólicos” son a menudo una denuncia radical del *poder*. Son un cuestionamiento profundo de los valores tecnocráticos y autoritarios que tiende a monopolizar la política estatal en los países de América Latina (y también en los centrales) y una denuncia, en general de todos los valores de la “nueva modernización”, desde el neoliberalismo a ultranza hasta el culto a la automatización e informatización, desde el autoritarismo y la centralización del poder político, hasta la burocratización y jerarquización de la administración pública.

Los movimientos simbólicos, como todos los nuevos movimientos sociales, tienen una escasa o nula integración al sistema político, y una organicidad muy débil. Sin embargo, a pesar muchas veces del muy reducido número de sus integrantes, ejercen una profunda influencia sobre la conciencia colectiva; de hecho, podemos afirmar que han contribuido a la formación de una nueva cultura política en América Latina.

Así, las organizaciones en defensa de los derechos humanos, en el Cono Sur, han tenido tal influencia sobre la vida política de los países que la temática ha tenido que ser recuperada y reivindicada por todos los partidos políticos y ha sido retomada en general por toda la sociedad. En Argentina, “las organizaciones de derechos humanos se convirtieron en la memoria y conciencia no negociable del clamor por el derecho a la vida, que el Estado intentaba destruir.” (S. Maiwaring y E. Viola, 1985, p.51) Las organizaciones de derechos humanos tuvieron además, en ese país, un papel fundamental en el proceso de democratización, pues constituyeron la presión más constante y la denuncia más radical del régimen militar. De hecho, según los autores que acabamos de citar, antes de la Guerra de las Malvinas, las organizaciones de derechos humanos constituían los únicos movimientos sociales de importancia en Argentina. (Aunque consideramos necesario tomar en consideración también a los movimientos juveniles, particularmente al rock nacional.)

Las luchas antitecnocráticas (antinucleares y ecologistas de todo tipo) son a su vez una denuncia de la gestión totalitaria. Acerca de estos movimientos, Touraine señala:

El adversario, aquí, está claramente señalado: son los grandes aparatos técnico-económicos, que imponen por su poder mismo una política energética que ningún argumento científico, tecnológico o económico obliga a reconocer como superior a otras políticas. (Touraine, 1978, p. 104).

Contra la gestión tecnocrática de la sociedad y de la economía, los movimientos ecologistas oponen la capacidad de autogerencia de los grupos sociales. Indican la posibilidad de buscar formas alternativas de vida, que renuncien al saqueo indiscriminado de recursos naturales, al desarrollo a toda costa, a los valores consumistas. En América Latina, esto significa desenmascarar la “modernización” tan esperada en décadas anteriores y tan pregonada todavía por los gobiernos; revelar el carácter fundamentalmente negativo, destructivo y desigual del desarrollo industrial.

Los movimientos feministas, a pesar de ser muy minoritarios y dispersos en múltiples grupos de distintas tendencias, han ejercido también una fuerte influencia a nivel social. Como lo vimos anteriormente, en todos los movimientos sociales las mujeres han reafirmado su capacidad de actuar en público y su capacidad de liderazgo. Han afirmado también el carácter político de la cotidianeidad y la dimensión política de lo personal.

Las feministas han cuestionado además el rol de la mujer en el hogar, la doble jornada de trabajo que pesa sobre muchas mujeres y el poder patriarcal que se ejerce en todos los ámbitos de la vida social. A través de su lucha cotidiana y casi molecular, representan un intento de transformación de las relaciones cotidianas, y por lo tanto un intento de ruptura cultural. Como lo señala Rafael de la Cruz (1987), la escasa y frágil organización de las feministas latinoamericanas no guarda ninguna relación con la extraordinaria influencia *ideológica* que ejercen en todas las esferas de la sociedad.

Finalmente, las organizaciones juveniles (rock, movimientos estudiantiles, organizaciones de jóvenes cristianos) representan una crítica al autoritarismo, un cuestionamiento de la educación y de sus formas represivas de integración de los individuos, y la necesidad de un cambio radical en el mundo que han llegado a construir las generaciones anteriores. Expulsados a la calle por la escuela, por la industria e incluso por la familia, los jóvenes han dejado de creer en los valores del mundo industrial y en la utopía que ha guiado los proyectos de modernización.

4. Movimientos juveniles

Desde luego no puede hablarse de un solo movimiento juvenil: las conductas de las organizaciones y grupos de jóvenes son extremadamente variadas y van, como lo veremos en el próximo capítulo, desde la desintegración, delincuencia y violencia hasta grupos de acción comunitaria, grupos religiosos, organizaciones estudiantiles, movimientos de rock o juventudes políticas. El único elemento común a todas esas conductas es la juventud mismo como elemento identificador fundamental de los actores.

Guillermo Campero por ejemplo (1987), se dedica a estudiar organizaciones juveniles de pobladores y las divide en cuatro tipos distintos: colonias urbanas, constituidas por grupos de jóvenes ligados a las comunidades cristianas, que

desarrollan actividades recreativas y culturales para niños y adolescentes, grupos Juveniles de Derechos Humanos, centros culturales y comunidades cristianas juveniles. En este estudio, Guillermo Campero se interesa por los movimientos juveniles *organizados* más que por las conductas anómicas (a diferencia de la obra de Eduardo Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, 1984). Se trata de movimientos juveniles hasta cierto punto comunitarios, que se acercan bastante a la caracterización que anteriormente hicimos de los nuevos movimientos que llamamos “simbólicos”. A diferencia de las organizaciones de pobladores de adultos, el factor de “sobrevivencia económica” no es un percutor clave de la organización; esto puede parecer sorprendente si tomamos en consideración que los jóvenes se ven todavía mucho más afectados por el desempleo, el subempleo, la frustración escolar, etc. La orientación reivindicativa de esas organizaciones es muy débil. Predomina una dimensión de denuncia social, una lógica contestataria del sistema y del régimen político militar. Al igual que en los demás movimientos sociales que hemos mencionado, la participación de los jóvenes en las organizaciones depende mucho más de la noción de “compromiso personal” que de la estructura organizacional. La unión y la continuidad de la acción se ven aseguradas por un conjunto de valores:

La afinidad ideológica, la consecuencia entre principios y actos (la autenticidad), el sentimiento de causa, se aprecian como cuestiones definitorias y selectivas. (Guillermo Campero, 1984, p. 111).

Otro factor subjetivo importante de adhesión a los grupos juveniles es la necesidad de recreación, el deseo de encontrar un ámbito de diversión colectiva.

Como lo señala también Manuel Antonio Carretón (1988) los grupos juveniles son un elemento muy fácil de movilizar y que con mucha frecuencia tiende a realizarse. Para el joven excluido de todos los mecanismos clásicos de socialización y personificación, cobran una importancia fundamental los momentos históricos, los actos de enfrentamiento y liberación.

La protesta parece tener un sentido de liberación de tensiones y se vive, en palabras de varios entrevistados, “como un hecho o un día extraordinario” más allá de los objetivos de presión social. (G. Campero, 1984, p. 129).

Entre muchos jóvenes, el recital de rock cumple esa misma función de catarsis, se transforma en un ámbito privilegiado de expresión, de comunicación, y en la conciencia de un poder colectivo. En Argentina, el rock nacional puede ser considerado como una práctica continua de contestación y de denuncia durante el régimen dictatorial, y como una práctica de creación de identidades colectivas juveniles. Denuncia que se hace más candente durante la Guerra de las Malvinas, cuando el gobierno militar trata (en gran medida con éxito entre los sectores políticos) de encauzar el descontento en una aventura militar-chovinista.

El movimiento del rock nacional, no habiendo apoyado al gobierno en su aventura bélica, y representando, como principal movimiento juvenil, a los verdaderos

perjudicados por la guerra: los cientos de jóvenes muertos o mutilados, sí asumió la crítica frontal al gobierno militar. (Pablo Vila, 1986).

Junto con las organizaciones en defensa de los Derechos Humanos, el rock nacional argentino fue, durante años, el único movimiento social que repudió radicalmente al régimen militar y al autoritarismo de la sociedad argentina. Comparte también, con aquellas organizaciones, su carácter fundamentalista, la defensa a ultranza de ideas y valores. De ahí el miedo a “transar” (Pablo Vila, 1986), a dejarse “copar” por el sistema. De ahí también el temor a ser calificado de “político”. La política es vivida como el mundo corrupto de los adultos.

En los movimientos estudiantiles de nuestra década en América Latina, parece también haber dado marcha atrás la tradición iluminista, la tendencia a la hiperideologización; empiezan a surgir nuevos movimientos, más preocupados por demandas propiamente universitarias, y reivindicaciones para el corto plazo mucho más concretas:

“En este movimiento se van imponiendo las demandas sociales específicas (costo de las matrículas, status de las carreras, disminución de presupuestos, incertidumbre de las salidas profesionales, políticas de bienestar, etcétera) por sobre los grandes proyectos de transformación propios de la Reforma Universitaria, con excepción de la autonomía y la libertad de cátedra”. (G. Campero; 1987).

En México, a partir de septiembre de 1986, surge el movimiento liderado por el Consejo Estudiantil Universitario, (CEU) en protesta por un plan de reformas claramente elitistas impulsadas en la Universidad Nacional Autónoma de México por el Rector Jorge Carpizo (reglamentos sobre pagos, exámenes e inscripciones tendientes a una selección más estricta de los “mejores” alumnos...).

Sergio Zermeño divide el movimiento del CEU en dos fases (Zermeño; mayo de 1988): en la primera, predominan las acciones que mantienen la participación de las bases; esta fase abarca los seis primeros meses del movimiento; en la segunda, las acciones del CEU se vuelven cada vez más “copulares”, hasta que tiende a dominar lo que Sergio Zermeño llama la “buropolítica”, o negociación en la cúpula, integrada a los mecanismos de la política institucional.

En general, por algunos factores que lo asimilan a los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, el movimiento estudiantil del CEU presenta características novedosas en las luchas sociales en México: en primer lugar, aparece como un movimiento claramente universitario, enmarcado en la disputa por la orientación de la Universidad. Sus objetivos no son en ningún momento los fines utópicos de liberación social y de democracia a nivel nacional que animaron a los estudiantes mexicanos en el movimiento del 68. Sus prácticas no tienen tampoco en ningún momento a enfrentar directamente al Estado como “enemigo principal”. No existe ningún llamado al “proletariado” (como lo hubo en los años sesenta). Sin embargo existe una crítica radical al discurso modernizador del

gobierno y a los valores de eficiencia y excelencia en los que se apoya ese discurso.

Durante la primera fase del movimiento, se mezclan acciones reivindicativas (y diálogos públicos con las autoridades), protestas radicales en algunos planteles de educación media superior, y rituales o momentos expresivos como los festivales de rock. Los estudiantes más radicalizados, provenientes sobre todo de los bachilleratos, hacen de los centros de estudio su "habitat libertario" (Zermeño, 1988).

Se hace presente, como en los demás movimientos juveniles, el momento cumbre y explosivo de la protesta, el sentimiento heroico que consolida momentáneamente una identidad poco estructurada: en las manifestaciones, en los mítines, en las asambleas, en la toma de locales universitarios. En general, con un bajo nivel de organización pero una amplia participación de los grupos estudiantiles de extracción popular. Al igual que en otros movimientos juveniles, es la respuesta a la política cada vez más exclusiva y neoliberal del Estado, es la respuesta a la frustración laboral, educacional, familiar, o societal en general, de un grupo generacional.

5. Movimientos comunitarios urbanos

La desintegración de los aparatos redistributivos del Estado y el desmantelamiento de las formas de integración y de movilización populistas de los actores sociales ha llevado en muchos países de América Latina a la segmentación de la base social (de las identidades de clase, de género, de etnia...) y a la introducción, en todas las esferas de la sociedad, de los mecanismos de mercado, coartando la posibilidad de conformación de identidades amplias y duraderas. Los grupos sociales han tendido a retraerse a la comunidad como centro de acción y reivindicación. Los grupos comunitarios operan así como espacios de refugio o de defensa ante los efectos desintegradores de la exclusión económica y sociopolítica. Suplen, por otra parte, las crecientes dificultades de la familia nuclear por reproducirse brindando lo necesario material a sus miembros.

Estudiamos aquí particularmente las organizaciones comunitarias que han ido formándose, en nuestra década, en las ciudades de América Latina, por la sobrevivencia material, la defensa frente a la desocupación y el hambre, y también por una sobrevivencia "cultural" y moral frente a la crisis de modernización.

Las organizaciones de sobrevivencia en las distintas ciudades latinoamericanas son muchas y con objetivos bastante diversos: En Lima, aproximadamente 200 000 familias están integradas a prácticas de sobrevivencia: principalmente comedores populares, guarderías infantiles y comités del "vaso de leche". La campaña del "vaso de leche", subvencionada por el Estado, agrupa a más de 100 000 mujeres, organizadas por comités, que participan voluntariamente. Su objetivo es lograr que cada niño de los barrios populares de Lima tenga acceso al menos a un vaso de leche diariamente (Ballón, 1986).

En 1984 existían también, en la capital peruana, alrededor de 300 comedores y cocinas populares. Los más dinámicos agruparían a cerca de 10 000 mujeres trabajando para 60 000 comensales. (Tomar Samanez, 1986).

En Venezuela han cobrado mucha fuerza, a lo largo de esta década, las organizaciones cooperativistas. Estas han logrado incluso una amplia coordinación a nivel nacional: agrupadas en 14 centrales regionales, han conformado la Central Cooperativa Nacional (CECONAVE) que representa hoy la organización popular independiente más grande del país. La CECONAVE agrupa a 350 cooperativas que organizan aproximadamente a 200 000 familias. Sus objetivos básicos son el abaratamiento de los productos alimenticios, el fortalecimiento de la integración cooperativa (producción-distribución) y la generación de cambios en los hábitos alimenticios. Por otro lado, la CECONAVE impulsa proyectos de abastecimiento popular en las ciudades, permitiendo el acceso, en los barrios, a productos más baratos que los que pueden encontrarse en el mercado. (Gómez Calcaño, 1985).

En Brasil, las organizaciones comunitarias más extendidas son las comunidades eclesiales de base. Estas han ido cobrando fuerza desde la década pasada, tanto en el campo como en las grandes ciudades. A comienzos de la década de los ochenta, algunos estudios estimaron que existían 80 000 comunidades que implicaban a más de dos millones de personas en todo el país. (S. Maiwaring y E. Viola, 1985).

En Chile, la Iglesia Católica ha tenido también una profunda influencia en los movimientos comunitarios, no sólo a través de la formación de las CEB en todo el país, sino también como intermediario frente al estado, como asesor (a través de sus vicarías) y subvencionador de numerosas organizaciones de sobrevivencia.

En Santiago, las organizaciones comunitarias agruparían, según estimaciones de Guillermo Campero (1984), aproximadamente al 5-10% de los pobladores (habitantes más pobres de la ciudad). Muchas de esas comunidades constituyen organizaciones de sobrevivencia (talleres laborales, Comprando Juntos, Ollas Comunes, Comedores Populares, Bolsas de Cesantes): éstas suman cerca de 1400 e incorporan a más de 190 000 miembros. El 80% de los miembros de esas organizaciones son desempleados o adscritos al PEM (Programa de Empleo Mínimo) o al POJH (Programa de Ocupación de Jefes de Hogar), ambos programas de emergencia impulsados por el Estado a partir de 1982. (G. Campero, 1987).

En México, las organizaciones comunitarias se han formado a partir de dos demandas fundamentales: tenencia de la tierra y derecho a la vivienda popular. En las colonias populares de la Ciudad de México, las uniones de colonos empezaron a formarse, desde el principio de la década pasada, a partir de la toma de tierras y de las demandas de regularización de las mismas.

El movimiento urbano popular ha adquirido una coordinación nacional con la formación de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular

(CONAMUP), que agrupa a cerca de 40 organizaciones de 11 estados de la República.

Las organizaciones de colonos han centrado sus luchas en demandas sobre la tenencia de la tierra, vivienda y servicios. Sin embargo, en su interior, se han dado muchas formas de participación y organización comunitarias: cooperativas de producción y consumo, organización comunitaria de centros de abasto proporcionados por la CONASUPO (Consejo Nacional de Subsistencias Populares), talleres formativos para los jóvenes, comités de mujeres. (P. Moctezuma, Arau, Perló y Schteingart).

Las organizaciones comunitarias presentan una serie de características comunes. En primer lugar, intentan privilegiar en lo posible lazos no competitivos ni pactados, tratan de favorecer los valores de cooperación y solidaridad. Por otro lado, como lo vimos anteriormente, las prácticas de esos movimientos no suelen ajustarse a modelos estructurados. Predomina, al contrario, un funcionamiento informal, basado en el compromiso personal de los integrantes y en los flujos y reflujos del movimiento. En este sentido, las prácticas, que no se atienden a una estructura formal, suelen apoyarse y reforzar las redes de solidaridad familiar, de parentesco y de vecindario.

Existe también un rechazo a los partidos, y en la base del movimiento, una percepción negativa de la política en general. En realidad, la política sólo es aceptada cuando se vincula con demandas muy concretas: servicios, vivienda, abastecimiento...

Las reivindicaciones principales giran en torno al nivel de vida, al acceso a servicios, a la educación y a la cultura, y en menor medida, al ordenamiento de la ciudad y "democracia local". El espacio de donde surgen las demandas es también el lugar de creación de la identidad comunitaria: el territorio. De esta forma, la defensa de la tenencia de la tierra es la demanda que significa la posibilidad misma de conformación de la identidad barrial.

En la mayor parte de las organizaciones comunitarias (y a diferencia de los movimientos que hemos llamado "simbólicos") no hay idea clara de adversario. La relación con el estado es contradictoria; las organizaciones de sobrevivencia suelen poner una esperanza última en la ayuda estatal o en la solución a sus demandas otorgada por alguna institución. De hecho, la gran diversidad de instituciones con las que tienen que tratar los colonos hace que éstos tengan una visión muy fragmentada del Estado.

La inexistencia de un proyecto político a largo plazo torna frágil la continuidad del movimiento. En casi todas las organizaciones de sobrevivencia, existe un ir y venir continuo de los miembros; en los movimientos urbano populares, la participación raramente es constante, existen flujos y reflujos. Esto contribuye en gran parte a la creación de un cierto "populismo local": a fin de cuentas, el líder se vuelve la fuente de permanencia de la organización. A pesar del rechazo expreso al

autoritarismo y a las jerarquías, las decisiones y las orientaciones de la acción terminan por reposar sobre esa única base permanente: el líder comunitario. Sus opiniones se vuelven directivas.

Las prácticas de sobrevivencia asumen características fundamentalmente defensivas frente a la crisis, a diferencia de los movimientos “simbólicos” que enfrentan directamente los valores y orientaciones de la política dominante.

La fuerza de la familia y de los grupos primarios en general, limita la capacidad de acción colectiva directa y aumenta la capacidad de resistencia en una situación de ruptura o de amenazas contra la comunidad y el grupo primario. (A. Touraine, 1987, p. 89).

Debido a las características fundamentalmente defensivas de estas organizaciones, hay un cuestionamiento de muchos autores sobre las posibilidades reales de su impacto a nivel social, ya sea un cambio redistributivo en relación a las orientaciones de la política estatal, o en cambio de la cultura política.

Consideramos necesario, en este sentido, retomar una clasificación que hace Sergio Zermeño de las “identidades restringidas”: el autor las divide en dos tipos:

1. “Los que tienden a formar frentes, uniones, coordinadoras, centrales, alianzas y partidos cuyo objetivo es unificar esos movimientos, con el fin de concentrar un poder que los conduzca a influir en la política nacional”.
2. “Los movimientos, dirigencias y corrientes que rechazan las estructuras verticales y la política y sólo eventualmente participan en centrales, alianzas, frente o coordinadoras por considerarlos jerárquicos, corruptibles...” (Sergio Zermeño, 1987, p. 58).

En el caso de los primeros movimientos, no cabe duda sobre su posibilidad de influencia y presión sobre la política estatal (su efecto sistémico). Así, en México, el Estado se ha visto obligado a tener en cuenta, en el diseño de sus políticas de vivienda, a organizaciones que han cobrado el peso y la coordinación de la Asamblea de Barrios, que agrupa a más de un centenar de organizaciones barriales, o a la CONAMUP.

A falta de coordinación real del movimiento, la Iglesia ha significado muchas veces (Perú, Chile, Brasil) un intercambio institucional importante entre las organizaciones “de base” y el estado. La Iglesia se constituye así en una “institucionalidad compensatoria” (G. Campero, 1987). Permite que el integrante de la organización sienta un vínculo social más allá de su propia vivencia comunitaria. En algunos casos (principalmente en Chile) la Iglesia aparece como un apoyo a los movimientos antiautoritarios y libertarios, como una presión constante contra el poder del gobierno.

Aun en los casos de una inexistencia total de coordinación y de un aislamiento real de las organizaciones de sobrevivencia, las prácticas comunitarias deben ser consideradas como fuerzas de transformación. No lo son, desde luego, en función de utopías sociales universales; pero a nivel local, microsocioal, las prácticas democráticas y solidarias pueden irse transformando en un cambio “molecular” de las sociedades latinoamericanas, en un cambio de la cultura política y de las prácticas colectivas de gestión social.

FLORES, Olea Víctor y Marina Flores, Abelardo. “México: globalización neoliberal y crisis. Perspectivas al futuro”; en: Crítica de la globalidad. México, Fondo de la Cultura Económica, pp. 506-577.

VII. MÉXICO: GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL Y CRISIS. PERSPECTIVAS AL FUTURO

PRELIMINAR

¿Cuál ha sido el proceso de la incorporación de México a la globalización neoliberal, y qué efectos ha tenido en aspectos decisivos de nuestra vida pública y privada? Tal es el análisis –y el debate- que se impone como final y, en cierta forma, como culminación de nuestro estudio sobre la globalización. Por lo demás, resulta esencial observar el comportamiento de nuestras hipótesis en el ámbito mexicano, aun cuando sea en términos generales.

El ingreso de México a la “modernidad” –que fue el vocablo utilizado como divisa del “gran viraje” de nuestra historia más reciente- modificó esencialmente la vida del país en varios aspectos. Desde luego cerró “formalmente” el ciclo principal de nuestra historia en el siglo XX: el de la Revolución de 1910 que, no obstante sus contrastadas peripecias y tal vez por ellas mismas –sus altas y bajas-, encarnó a lo largo de la centuria el “ser” histórico nacional. En lo político, pero también en la economía y en la sociedad, en la educación y en la cultura, la Revolución mexicana determinó irrevocablemente el destino del país a lo largo del siglo. El hecho es que el “gran cambio” –que se gesta con rasgos específicos en la década de los ochenta y se expresa abiertamente a finales de esa década y en los años noventa- contiene principios y direcciones radicalmente opuestos a los de la Revolución. En otra obra se califica tal viraje como una verdadera *contrarrevolución*.¹ Y toda contrarrevolución, como es sabido, significa una crisis profunda, que eventualmente contiene también la génesis de los elementos para trascenderla.

Resulta imposible discutir el presente mexicano sin contrastarlo con el inmediato pasado. Si no hubiera otra razón, por el hecho de que las dominantes estructuras de la política en México, y de una variedad de instituciones sociales y culturales – es decir, de generales modos de vida- , tienen su origen en el movimiento

¹ Víctor Flores Olea, *Entre la idea y la mirada: ¿qué democracia para México?*, Océano, México, 1996.

revolucionario. Toda explicación política, social y de las ideologías es también una explicación *histórica*. Más aún, las perspectivas del futuro –la cancelación y superación de la crisis- están vinculadas inevitablemente a la historia anterior y moduladas por las singularidades de la historia presente, de la naturaleza peculiar de la crisis a que nos enfrentamos.

La política no se agota en una explicación técnica, pero tampoco en una explicación moral. La política no es nunca el resultado –o la obra- de determinados “sujetos” o actores inventariables, sino de conjuntos sociales más amplios, sobre los cuales actúan las ideas o los cuales expresan las ideas que se gestan en los distintos rangos de la vida social, clases y grupos. Sin mencionar que tales derroteros –la dirección de las nuevas acciones sociales- se enlazan estrechamente a la situación internacional, que tiene sobre nosotros –sobre cualquier país- un peso innegable, más en el tiempo de la globalización y de la inserción intensiva de México al entorno internacional que hemos estudiado a lo largo del libro.

Ya en estas palabras iniciales deseamos consignar dos hechos básicos del “último” curso de la historia mexicana: por un lado, el empobrecimiento de las mayorías y una ostentosa concentración del capital y la riqueza en relativas pocas manos; por otro, el hecho de que se haya desarrollado una oposición política y una movilización social continua reclamando el avance y *aggiornamento* de la democracia mexicana. Ambas circunstancias, y la búsqueda política de soluciones a la crisis que vivimos (la construcción de *alternativas*), sellan el complicado momento de la política mexicana en la actualidad. Los publicistas, casi siempre elementales, del ingreso de México a la globalidad han proclamado reiteradamente que tal sería “el fin” de nuestra crisis. Hoy está probado, por el contrario, que nuestro ingreso a la globalidad neoliberal ha sido la *causa* de la crisis más profunda que ha vivido el país en muchos años, que debemos dejar atrás cuanto antes (a través de la profundización y extensión de la democracia en todos los ámbitos, incluyendo el económico) so pena de vivir aún tragedias más dolorosas en el futuro próximo.

No obstante los evidentes cambios en el país, para ciertos núcleos en que prevalece la nostalgia, la dura competencia política y la confrontación representan inadmisibles signos de inestabilidad e inseguridad. Para ellos, una ilusoria y retórica “unidad nacional” –equivalente a un rígido mantenimiento del *statu quo*- debería garantizar perpetuamente el progreso de México. Por el contrario, los más lúcidos piensan que los avances democráticos son condición indispensable para asegurar a largo plazo no únicamente estabilidad, sino el efectivo *desarrollo* mexicano, con mayor igualdad. Naturalmente los avances democráticos implican confrontación y consisten, esencialmente, en reorientar los recursos hacia fines sociales y humanos, evitando que únicamente sirvan para enriquecer a los pocos. El real dilema de México hoy es el de hacer posible la democrática participación ciudadana en el desarrollo global del país, que no puede estar sometido exclusivamente a las decisiones de la *élite* política y financiera.

Aquí se plantea una de las cuestiones más interesantes vinculadas al desarrollo económico. Los partidarios del inmovilismo sostienen, por supuesto, que primero es necesario acumular para luego distribuir. Históricamente se ha demostrado que jamás llega el tiempo del reparto y de la justicia social. Otra variante, en la tradición de las clases dominantes, sostiene que el crecimiento de los países ha de abandonarse en manos de “expertos”, que infaliblemente conocerían las “condiciones” en que puede darse el avance. También la historia ha evidenciado que tales “técnicos” resultan esencialmente administradores de los intereses establecidos. Por el contrario, nosotros sostenemos que el *efectivo* desarrollo no puede estar sometido a los intereses de unos cuantos privilegiados, sino que su posibilidad efectiva radica en la participación democrática y en la vigilancia ciudadana. Participación y vigilancia –ampliación y profundización de la democracia- que no se refiere únicamente a la orientación general del crecimiento económico, sino que está vinculada a la dinámica y contenido mismos del desarrollo, a sus innovaciones, a sus posibilidades intrínsecas de expansión. Y desde luego a su orientación *igualitaria*, a sus posibilidades “estructurales” de cumplir con la justicia social.

En perspectiva histórica México resulta un impresionante ejemplo de fracaso económico cuando la conducción del desarrollo se ha dejado exclusivamente en las “conocedoras” manos de los agentes gubernamentales. En realidad, la “dislocación” histórica profunda tiene lugar en México a partir de los años cuarenta, en que se concibe eminentemente el desarrollo como una industrialización de la que se excluye a las masas campesinas y a los marginales de la ciudad. Por un lado, el país vive una acumulación acelerada; por otro, las contradicciones sociales se agudizan. Cada vez es más evidente el conflicto entre las clases, al mismo tiempo que se desvanece el ímpetu igualitario de la Revolución mexicana, hasta prácticamente desaparecer. Es verdad, se alcanza un crecimiento de 6 % anual promedio de durante tres décadas, lo cual es una hazaña ciertamente nada despreciable; sin embargo, el crecimiento favoreció de manera señalada a grupos relativamente concentrados que formarían las filas de la nueva oligarquía mexicana. Al mismo tiempo se transformaba el poder político del cual se excluía paulatinamente a las clases populares. No obstante –tampoco debe olvidarse-, se mantuvieron ciertas conquistas institucionales de la Revolución mexicana y, desde luego, el hecho de la liquidación de un ejército de casta y de la clase de los terratenientes, por medio de la reforma agraria, que desterraron en México o hicieron muy remota la posibilidad de que se produjeran golpes de Estado como ocurrió en un buen número de países latinoamericanos. El hecho es que una y otra vez, desde los “científicos” del porfirismo hasta la tecnocracia actual, cuando el desarrollo mexicano se ha depositado exclusivamente en las iniciativas y decisiones de grupos concentrados, el fracaso y las crisis no se han hecho esperar.

El desarrollo concentrado en México fortaleció decididamente la centralización del poder político y un presidencialismo *hipertrofiado*. El *déficit* de la democracia se reflejó, en primer término, en la marcada dependencia de los poderes Legislativo y Judicial respecto al Ejecutivo. Tal carencia de “pesos y contrapesos” entre los

poderes trajo consigo, entre otros efectos, además de una corrupción y despilfarro que hubieran podido evitarse, lamentables decisiones que contribuyeron a agudizar crisis cíclicas que han hundido al país en la desesperanza. La ausencia de una crítica institucional –y la concentración de poderes- está estrechamente vinculada a decisiones inapelables y catastróficas de los grupos de mayor influencia, cada vez más aislados y cerrados. Por fortuna, actualmente – iniciándose así una nueva época en la historia mexicana- la Cámara de Diputados, con mayoría de la oposición, tiende a tornarse en vigilante más activo y con poder político bastante para señalar límites, al menos potencialmente, al tradicional poder omnímodo de un Ejecutivo que se ha comportado como cabeza incontestable de una suerte de monarquía sexenal, acotada en el tiempo y en el espacio, es verdad, pero no con menos facultades. En esta contención y límites del poder presidencial se encuentran algunas de las posibilidades – que aún deberán desarrollarse- del avance democrático de México.

Hemos sostenido que los dirigentes de los Estados nacionales han *interiorizado* las exigencias de la globalización del capital. En otras palabras, no se trata en general de una simple “imposición” venida de fuera y aplicada forzosamente, sino que el modelo es asumido e impulsado entusiastamente por las élites políticas y económicas dominantes. No se trata de una agresión imperial irresistible, como ocurrió en otras épocas con las conquistas de corte colonial e imperialista, sino de una coincidencia básica de la “visión del mundo” de las *élites* internacionales. México “brilló” particularmente en la expresión de ese entusiasmo. En el sexenio de Carlos Salinas de Gortari los gladiadores a favor de la “modernización” mexicana llevaron al extremo la propagación de esa ideología, y ajustaron escrupulosamente sus conductas a la misma forma: reformas constitucionales limitando las facultades del Estado, sobre todo en materia económica: privatizaciones, “desregulaciones” (que originaron el desmantelamiento del poderoso sector público mexicano) y, al mismo tiempo, impulsando fuertemente la libre circulación del capital financiero y especulativo. La *bête noir* por liquidar esa el Estado como impulsor de la Revolución. La categoría de mercado conquistó el horizonte intelectual de las *élites* políticas y económicas, reduciéndose al mínimo el “Estado benefactor” (que en términos peyorativos, y en su versión extrema, recibió entre nosotros el nombre de “Estado populista”).

Tales *élites* se convirtieron típicamente en “correas de transmisión” de las exigencias de la economía internacional. Adheridos fervientemente a la nueva ideología, se encargaron de establecer las políticas de inversiones, monetarias y de ajuste “apropiadas” a la incorporación de nuestro país a la globalidad naturalmente de carácter neoliberal. Entre otras consecuencias, adquirieron mayor jerarquía política las secretarías de Estado encargadas de las finanzas y el comercio (el “gabinete económico”) y menor rango las encargadas de la política y el bienestar social (educación, salud, alimentos, vivienda, más allá de un asistencialismo con fines electorales). Las reformas económicas que se efectuaron en la época tuvieron como supuesto el control prácticamente total que el Ejecutivo, directamente el poder presidencial, ejercía sobre el poder Legislativo, que contaba

con la mayoría automática del PRI sometido inapelablemente a las instrucciones de su jefe “nato”.

En El caso de México, se confirma estrictamente la tesis de Poulantzas² según la cual los dirigentes de los Estados de la “reconversión” globalizadora y neoliberal se hallan objetivamente vinculados a los intereses de los consorcios nacionales e internacionales, subordinado al interés general del Estado (nacional) a los intereses económicos dominantes a escala mundial. En el caso mexicano se sancionaría también irreprochablemente la tesis de que el Estado liberal ha sido el vehículo privilegiado de la globalización y el neoliberalismo, con una característica: en tanto el país se “modernizaba” económicamente, las estructuras políticas no únicamente permanecían “cerradas” y sin una mínima ventilación democrática, sino que probablemente llegó a sus extremos –en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari- el poder exclusivo y vertical en manos del presidente de la República. Muchos señalaron en la época que la contradicción entre renovación económica y parálisis del sistema político, que no permitía “contaminación” democrática alguna, se convertía larvadamente en el detonador más importante de la nueva crisis mexicana en lo político, lo social, lo cultural, y aun en el mismo terreno de la economía. Como otras veces en la historia de México, y de otras partes del mundo, la rigidez vertical de los poderes es la más poderosa levadura para desencadenar la exigencia social y política de las transformaciones, y el más fuerte detonador de la crisis.

Debe decirse, sin embargo, que ya en estos años se han puesto en marcha las transformaciones democráticas en México. El tiempo no se hizo esperar: las profundas crisis económicas que ha experimentado con puntual repetición sexenal la sociedad mexicana –el imprescindible ciclo de la política en esta país- han impulsado enérgicamente y por diferentes vías la necesidad de la democracia y su práctica. En esta dirección se ha iniciado un camino promisorio, nada desdeñable, sobre todo si lo comparamos con el inmediato pasado de intolerancias, rigideces políticas y férreos verticalismos autoritarios. Pero echemos un rápido vistazo a lo anterior.

EL DESARROLLISMO MEXICANO. POLÍTICA Y ECONOMÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

La reforma y la Revolución fueron momentos cruciales de la construcción del Estado mexicano. El primero procuró unir a una nación a la que ahogaba la anarquía y en que la dispersión de los poderes locales hacía muy difícil el fortalecimiento de un poder propiamente nacional. La revolución mexicana se enfrentó también, una vez terminado el periodo de lucha armada, a la necesidad de crear instituciones sólidas que hicieran viables los objetivos estratégicos del movimiento. El desarrollo económico, gracias a la liberación de la fuerza de trabajo, y la satisfacción de las reivindicaciones sociales que habían estado en el origen de la Revolución misma y que formaban parte esencial de su programa.

² Nikos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, New Left, Londres, 1974.

Resultaba igualmente indispensable la consolidación de un Estado nacional organizado para la doble empresa del desarrollo y de la edificación de un espacio independiente que permitiera a los mexicanos afirmar soberanía y escapar a los dictados, con frecuencia humillantes, que venían del exterior.

Ambos movimientos –Reforma y Revolución- tuvieron una característica común: en su origen fueron profundamente populares y construyeron un Estado vinculado a las aspiraciones sociales de su tiempo. No fueron en ningún caso arreglos o negociaciones en la cúpula, sino expresión de reclamos e insurrecciones sociales que dejaron impresa su huella en las instituciones y leyes que originaron, en un caso la Constitución de 1857, en el otro la de 1917, que todavía sigue en pie a pesar de las incontables modificaciones que ha sufrido en estos ochenta años de vigencia. El Estado aparecía verdaderamente como una *función* de la sociedad y no como algo aislado o separado de la misma. Otra característica de ambos movimientos fue su carácter *laico*, que preparó adecuadamente la *secularización* necesaria a todo desarrollo industrial, a toda *modernización* cabal.

Como se sabe, después de casi veinte años de enfrentamientos, disputas, exterminio de caudillos locales y regionales, de fuerzas militares en diáspora y de intereses fraccionados y opuestos entre sí, los jefes revolucionarios en 1929 (encabezados por el general Plutarco Elías Calles) decidieron unificar, centralizar e institucionalizar las fuerzas hasta ese momento disgregadoras de la Revolución y construir un nuevo partido político capaz de agrupar a todas las fracciones revolucionarias en la lucha unas con otras. Las ideas centrales de esta iniciativa, que dieron origen al partido del Estado mexicano, en sucesivos cambios de nombre (Partido Nacional Revolucionario, 1929, Partido de la Revolución Mexicana, 1938, Partido Revolucionario Institucional, 1946), fueron formuladas en una histórica carta que envió Plutarco Elías Calles al presidente Portes Gil.³

Al crearse el Partido Nacional Revolucionario se construía uno de los pilares fundamentales del nuevo Estado mexicano. El otro pilar, que se creaba

³ En esa carta, Calles escribió:

“Después de muchas reflexiones sobre la grave situación que se ha creado como causa de la inesperada muerte del general Obregón, he meditado sobre la necesidad de crear un organismo de carácter político, en el cual se fusionen todos los elementos revolucionarios que sinceramente deseen el cumplimiento de un programa y el ejercicio de la democracia. Durante más de quince años, nos hemos debatido, los revolucionarios, en luchas estériles por encontrar la fórmula para resolver los problemas electorales. Todo ha sido inútil. Hemos visto que las ambiciones incontenidas de muchos han arrastrado al país a luchas armadas que nos desprestigian y que nos convencen de que hemos errado el camino. Yo creo que la organización de un partido de carácter nacional servirá para construir un frente revolucionario ante el cual se estrellen los intentos de la reacción. Se lograría a la vez encauzar las ambiciones de nuestros políticos disciplinándolos al programa que de antemano se aprobara. Con tal organismo, se evitarán los desórdenes que se provocan en cada elección y poco a poco, con el ejercicio democrático que se vaya realizando, nuestras instituciones irán fortaleciéndose hasta llegar a la implantación de la democracia”.

Semanas después, ante el Congreso, Calles anunciaba que había llegado la hora de abandonar el “régimen de caudillos” y de entrar a un “régimen institucional” que permitiera el establecimiento de “reales partidos nacionales orgánicos”. Sobre el tema, véase Arnaldo Córdova, *La formación del poder en México*, Era, México, 1972; y *La revolución en crisis: la aventura del maximato*, Cal y Arena, 1995.

simultáneamente y como efecto necesario –y aun como condición- de la existencia del partido, fue el presidencialismo, quedando también establecido en la práctica. Presidencialismo y partido, sobre la base de los principios y normas contenidos en la Constitución de 1917, formarían el triángulo de sostén estructural del Estado en las siguientes décadas; una historia que, en varios sentidos, se prolonga hasta las postrimerías del siglo. Si bien una historia que, sobre todo en los últimos sexenios, se ha alejado tajantemente de los objetivos sociales proclamados por los jefes de la revolución armada y por los fundadores del estado mexicano, y que claramente se ha tornado en su contrario. La creación de un “frente revolucionario ante el cual se estrellen los intentos de la creación” está en el cesto del olvido; hoy, las estructuras del poder sirven en general a la reacción y abandonaron desde hace tiempo la inspiración revolucionaria del origen.

El principal sustento ideológico del presidencialismo y del partido de gobierno, en sus diferentes encarnaciones, ha sido la Constitución de 1917. La Carta Constitucional ha sufrido importantes cambios en este tiempo, y un estudio de sus reformas nos mostraría un interesante mapa de las interpretaciones que ha sufrido a través de los años, casi siempre a los ritmos sexenales del cambio presidencial. Es claro que las últimas modificaciones importantes a la Constitución, en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, acreditan plenamente el viraje contrarrevolucionario de los últimos años.

La Constitución aprobada en Querétaro reunió los puntos de vista e ideologías de un conjunto de tendencias del movimiento revolucionario, de ninguna manera homogéneas o carentes de contradicciones. Por el contrario, las tendencias radicales reflejadas en la Constitución han convivido con otras que, desde el principio, sólo veían en la Revolución la posibilidad de un desarrollo del capitalismo “modernizante” industrial, comercial y financiero. En ese marco contradictorio, y eventualmente beligerante, habrían de desarrollarse las luchas y principales contradicciones políticas y sociales de la historia de México en lo que va del siglo. Las nociones sociales y radicales, a pesar de todo, habrían logrado sobrevivir y parecían intocables, hasta que prácticamente fueron liquidadas en las décadas de los ochenta y noventa.

En la Constitución de 1917 se consagra el sistema de las garantías individuales heredado de la Constitución de 1857, pero además las que se refieren a los derechos sociales, esencialmente de los pequeños propietarios del campo, ejidos y comunidades (la Reforma Agraria, en el artículo 27) y a los derechos de los trabajadores, en el artículo 123. A estos derechos habría que sumar las normas que modificaron esencialmente el proyecto individualista que prevaleció en el siglo XIX y que concebían ahora el desarrollo como una acción que no podía quedar exclusivamente en manos de los particulares, afirmando que ese desarrollo y su reparto equitativo era responsabilidad fundamental del estado, de la colectividad organizada políticamente.

En el artículo 27 de la Constitución de 1917 abrió una enorme brecha en la noción puramente liberal del Estado al colocar el *interés público* por encima de la propiedad privada, entendido como beneficio ilimitado y sin responsabilidades

hacia la sociedad. El beneficio social, definido por el propio estado, exigía que se impusieran a la propiedad privada las *modalidades* que dictara el *interés público*; se permitía entonces la expropiación y, de paso, al considerar los recursos de la nación como originariamente pertenecientes a la colectividad, se estimulaba y aun se exigía una adecuada acción del Estado en la economía a fin de inducir un desarrollo en beneficio del mayor número. Aquí se encuentra el fundamento de la *economía mixta* y de la *rectoría económica* del Estado, que habrían de ser rasgos centrales del desarrollo mexicano durante la mayor parte del siglo. La idea era perfecta en su sencillez: en un país como el nuestro, cuya clase empresarial no había alcanzado expansión suficiente, no podría lograrse el desarrollo sin la acción económica del Estado. Y mucho menos un desarrollo que aspirara a ser mínimamente igualitario e independiente, que no tuviera como exclusivo fin el enriquecimiento de la clase empresarial que surgía y se consolidaba, sino que sirviera para mejorar las condiciones de vida de las clases necesitadas. En realidad, estas normas de la Constitución abrieron brecha, en más de un aspecto, a las instituciones que más tarde fueron conocidas como del Estado benefactor, y de la actividad del Estado como impulsor del desarrollo económico. Desde 1917 se adelantan en México algunos aspectos del núcleo de las ideas keynesianas, formuladas para otras realidades.

El *laissez faire* se subordina a un objetivo más general: un desarrollo que favoreciera a los diferentes sectores que componían el cuerpo social. El Estado dejaba de ser un “contrato entre propietarios” para acercarse a un *pacto social* que comprendía a todos los grupos de la sociedad. El estado se proponía ser políticamente *incluyente* y no *excluyente*: aspiraba a encarnar a la nación en su conjunto. Por supuesto, tales disposiciones constitucionales no fueron inventadas en ningún gabinete aislado sino que resultaron del movimiento social y popular iniciado en 1910, y cuya sustancia medular fue definida por la participación en la lucha de campesinos y obreros. El Estado reconocía la división entre clases y la necesidad del desarrollo económico con base en el mercado y en la propiedad privada, pero se reservaba el derecho de intervenir a favor de las clases más débiles para “equilibrar los factores de la producción”, y de participar en el movimiento buscando la mayor armonía posible en el desarrollo económico y social. Una de las aportaciones históricas de mayor envergadura de la Constitución de 1917 es el hecho de que se consignan en ella, expresamente, los *derechos sociales*, como complemento necesario de los *derechos individuales* recogidos en las constituciones anteriores, típicamente liberales. Durante mucho tiempo esta fue la contribución y la enseñanza histórica más alta de la Carta Magna vigente, y no fue ajena a la estabilidad del país durante décadas.

La otra idea que se afirma en el constituyente de 1917 fue la necesidad de constituir un Ejecutivo fuerte, de tal modo que los objetivos revolucionarios pudieran alcanzarse sin las trabas que imponen las reglas de la democracia “clásica”, que tienden a subordinar las iniciativas de las cabezas de gobierno a la constelación de los intereses económicos y políticos. Así, la organización “popular” del Estado mexicano y el desarrollo “igualitario” del país resultaban prioritarios respecto a la “pureza” democrática de los modelos. Esta visión, en que coincidían

las diversas facciones y corrientes revolucionarias, quedó consignada en la carta constituyente. En el tiempo de las confrontaciones revolucionarias y del caudillismo, la idea de un liderazgo fuerte se impulsó como natural. El Estado surgido de la revolución armada, en que los caudillos desempeñaron un papel fundamental, no podía ser dirigido por las impersonales reglas de las instituciones y el derecho. El jefe del Ejecutivo era el primero *Inter pares* y no podía renunciar a las facultades y privilegios políticos que le confería su liderazgo revolucionario. La personalidad del jefe del Estado era primordial. Así, el conjunto de orientaciones, nuevas institucionales y formas de gobernar y de hacer política que abrió la Constitución de 1917 todavía debió esperar algún tiempo para lograr sus perfiles acabados.

Se ha dicho que el Estado mexicano de la Revolución no fue únicamente creador de *instituciones* sino de las mismas organizaciones sociales. Los caudillos y el ejecutivo fuerte requerían de una base social y política y no solamente militar: comenzaron así a perfilarse las primeras organizaciones campesinas y obreras vinculadas al poder presidencial. En México, gracias al levantamiento armado de la Revolución, se consagraron constitucionalmente reivindicaciones populares inclusive antes de que estas clases cobraran la forma de fuertes movimientos organizados. La CROM, las primeras organizaciones campesinas y las asociaciones de comerciantes e industriales aparecieron y se consolidaron a lo largo de la década de los veinte. Asimismo, se estableció orgánicamente la hacienda pública y se avanzó en la recaudación *nacional* de los impuestos. En 1927 se fundó el Banco de México como banca central. Igualmente prosiguieron las obras de infraestructura en las que fue abundante el porfiriato, y que no sólo se suspendieron durante los años de la lucha armada sino que en considerable medida fueron destruidas. La educación y las corrientes culturales cobraron vida notable y original con José Vasconcelos. Poco a poco, y dentro de un estilo peculiar en que se combinaba la fuerza militar de los caudillos con la organización del nuevo Estado, comenzó a afianzarse el carácter *institucional* de la vida pública mexicana. Con base en el impulso revolucionario, el poder público se organizaba a sí mismo y a las distintas instancias de la sociedad.

Por supuesto, el nuevo Estado concebía el desarrollo del país como objetivo absolutamente estratégico de su función, pero no de manera aislada sino en alianza con la empresa privada y, según los tiempos, en necesario acuerdo con el capital extranjero. Como era de esperarse, el gobierno de Estados Unidos presionó fuertemente para que, durante la lucha armada revolucionaria, se respetaran los intereses y propiedades de los nacionales de ese país, que se hicieron cuantiosos a lo largo de las tres décadas del gobierno de Porfirio Díaz. Además –no podía faltar la intervención-, promovió el golpe de Estado de Victoriano Huerta y las invasiones “preventivas” de Veracruz y de varias zonas de la frontera norte. México (con la Doctrina Carranza) defendió el principio de su derecho soberano a decidir sin interferencias los asuntos internos del país. Pero la historia de México tampoco en este punto fue inalterable: en los años veinte (Tratados de Bucareli), y como efecto de las amenazas y presiones recibidas del exterior, hubo de aceptar la “no retroactividad” de las normas constitucionales y

demás leyes revolucionarias que ponían en peligro, a juicio del gobierno estadounidense, la propiedad e intereses de los extranjeros en México, especialmente los vinculados a las cuantiosas inversiones para la explotación del petróleo mexicano.

Algunas de estas cuestiones habrían de volver fuertemente, y a veces dramáticamente, al tapete de las discusiones en nuestra relación con Estados Unidos, sobre todo con motivo de la expropiación petrolera de Lázaro Cárdenas en 1938, en respuesta a la rebeldía de las compañías petroleras que se negaron a acatar u laudo de la Suprema Corte de Justicia, restituyendo en su trabajo a un conjunto de obreros y empleados mexicanos injustamente despedidos. Ante ese enfrentamiento al orden jurídico, el presidente Cárdenas dictó una ley expropiando, a favor de la nación, todos los bienes y derechos de las compañías prácticamente conjuradas. Acto histórico en un tiempo de imposiciones imperiales en que se desbarataban naciones y soberanías por el interés de las corporaciones que avasallaban gobiernos y los imponían y quitaban a voluntad. Decisión de Cárdenas que significó una verdadera segunda declaración de independencia como algunos lo llamaron a este excepcional hecho político de afirmación nacional. Tal hecho, por supuesto, trascendió las fronteras y tuvo un alto significado internacional, inspirando varias de las nacionalizaciones que después llevaron a cabo países aún colonizados o bajo el dominio de la intromisión extranjera.

Podemos situar en 1929 la génesis formalizada del actual sistema político mexicano que, con todos los cambios que aun habría de sufrir, ha permanecido esencialmente hasta la última década del siglo. Un sistema que tiene su apoyo en el partido de gobierno, tal como lo concibió Calles y en la figura y función del presidente de la República. Al partido correspondía la responsabilidad de aglutinar a las fuerzas dispersas de los grupos revolucionarios, y resolver sus diferencias *dentro* de la organización. El presidente habría de ser el *árbitro* supremo e incontestable que resolvía las diferencias y eventualmente las controversias, y cuya voz y juicio sería la “guía” primera y última, también indiscutible, de la dirección que asumía el partido. Esta doble estructura –presidencialismo con inmensos poderes de *jure* y *de facto* y partido de gobierno- habría de ser el alfa y el omega del sistema político mexicano durante décadas. La guía ideológica de ambas estructuras resumía, por supuesto, en los principios constitucionales, como faro orientador de la conducta y de la orientación programática del presidente y del partido. De esta construcción tremendamente pragmática, y al mismo tiempo original y arraigado en una profunda experiencia histórica, habría de surgir la estabilidad esencial del sistema político mexicano, y muchos de sus rasgos peculiares.

Debe decirse igualmente que el partido del gobierno en México, en sus distintas versiones desde 1929, nunca pretendió erigirse en organización *pragmática*, en el sentido de proponerse como un partido con ideología rígida y precisa, sino más bien se ostentó como una síntesis de corrientes variadas, a veces veladas y otras abiertas. Por supuesto, la matriz “direccional” del conjunto estaba en las manos y

en la voluntad del presidente en turno, que a sido el “oráculo” de la interpretación del programa revolucionario en cada etapa sexenal. La coalición de intereses se ajustaba a la voluntad presidencial, impidiéndose la lucha abierta entre fracciones y corrientes, las diferencias y los enfrentamientos violentos; en términos generales, el pragmatismo privó sobre la ideología y la oportunidad sobre las visiones del mediano y largo plazo.

Un sistema político de tal naturaleza, con sus necesidades organizativas y de gobierno, evolucionó inevitablemente más hacia una estructura de tipo burocrático que propiamente política. *Hacer* política consistía no tanto en encabezar corrientes propositivas y polémicas sino, al final de cuentas, en acercarse eficientemente al presidente de la República, del cual dependían designaciones, promociones, preferencias, premios y castigos. Con el paso del tiempo, los jefes políticos y caudillos en que pensó Calles se desvanecieron para dar lugar a un constelación subordinada de satélites en torno a la figura presidencial, que cubría por entero el firmamento político mexicano. El propio partido de gobierno se fue constituyendo cada vez más no en una corriente de opinión entre otras sino sobre todo en agencia electoral que “cubría” ese aspecto del ritual de la política mexicana, consistente en validar en las urnas los nombramientos previamente hechos por las distintas instancias del partido oficial y del Poder Ejecutivo, con la invariable aprobación última del presidente de la República.

La Presidencia de la República —y el sistema político en su totalidad—cobró gradualmente un carácter más institucional, ya que el remplazo de los dirigentes, desde Lázaro Cárdenas que ocupó la presidencia en 1934, se dio de manera esencialmente no violenta y de acuerdo con las normas y costumbres del sistema político (hasta el asesinato de Luis Donaldo Colosio, que marca en más de un sentido el fin de un ciclo histórico en México). Por supuesto, debe decirse que en varias elecciones presidenciales la dosis de violencia fue considerable: por ejemplo, en las elecciones de Manuel Ávila Camacho (1940) y de Adolfo Ruiz Cortines (1952), y mayúsculo el debate electoral en 1988 (que dio inicio al sexenio de Carlos Salinas de Gortari). En otro orden de ideas puede afirmarse que la Presidencia de la República nunca tuvo un carácter estrictamente *institucional*, ya que sus poderes efectivos le permitían escapar a las reglas mínimas de responsabilidad y vigilancia que supone todo orden institucional realmente digno de ese nombre. Una de las características esenciales de la Presidencia de La Republica en México se refiere a la ausencia de mecanismos o instancias objetivas de vigilancia política o jurídica ante las cuales debería responder el jefe del Ejecutivo. En la Constitución están considerados mecanismos de juicio político aplicables al presidente de la Republica; en la práctica, ha sido nula la posibilidad política de hacer efectivo un juicio de esa naturaleza, que sería competencia del Poder Legislativo.

Precisamente la subordinación total del Poder Legislativo – con un PRI mayoritario-al Ejecutivo (lo mismo ocurre, tal vez más limitadamente, con el Poder Judicial), ha sido una de las características del sistema político EN México, y uno de sus rezagos

más graves en materia democrática. Por supuesto, la supremacía del presidente de la República sobre el conjunto del sistema político le otorgaba el privilegio de "designar" prácticamente a la totalidad de los candidatos del partido de gobierno a los puestos de elección popular: diputados senadores, gobernadores y – prerrogativa máxima- al siguiente presidente de la República. Esta facultad ha sido una de las fuentes mayores del poder presidencial, ya que la decisión sobre el sucesor le ha permitido mantener un alto grado de cohesión y disciplina entre los políticos de mayor alcurnia en cada sexenio. Por tales razones el presidente de la República ha encarnado la corona y el peldaño más alto de la pirámide del sistema político mexicano.

La supremacía de este poder piramidal explica la sumisión al presidente que han tenido no sólo los miembros del gabinete, ya que el primer mandatario cuenta con la facultad constitucional de remover a voluntad a los secretarios de Estado, sino la sumisión de los gobernadores, senadores y diputados, que en definitiva le son enteramente deudores de sus puestos electorales. Por supuesto, esta relación de sometimiento abarca a todos los altos funcionarios del PRI. El conjunto explica que tanto el partido del gobierno como en las cámaras de senadores y diputados se hayan convertido en una mera "correa de transmisión" de la voluntad presidencial, con muy pocas posibilidades de disidencia y mucho menos de opinión contraria.

El partido, por su parte, se convirtió en una organización cuyo papel primordial se refería más a la "operación" de controles políticos o al manejo administrativo del aparato – y a la preparación de las "ceremonias" electorales- que a la formulación de *políticas programas* en el sentido propio del término.

La transformación del partido se dio de una coalición de tendencias y corrientes revolucionarias, como quería Calles, a una pirámide de burócratas cuya virtud política máxima consistía en la disciplina en el arte del ascenso político. En cuanto a sus militantes, aquellos de los primeros años estaban más cerca de la revolución armada, y en su conducta y actitudes contaban ,más las tendencias e ideales programáticos de la misma; posteriormente el partido se convirtió en una de las posibles "pistas" del ascenso político en la arena para escalar en el propio partido y la administración, y todavía posteriormente en un mero un instrumento para ejecutar, desde el gobierno, el "rito" electoral. Ni siquiera en el partido fue ya el mejor terreno al ascenso político: éste se cumplía mejor en las esferas de la rama administrativa, en ámbitos más cercanos a la pirámide encabezada por el Ejecutivo.

No puede negarse, sin embargo, que todavía después de décadas del dominio del partido del gobierno, los presidentes procuraban – unos con más fortuna que otros – equilibrar las tendencias al interior del partido y del gobierno, dando entrada, en "cuotas" relativamente proporcionales según las épocas, a diferentes tendencias del espectro político, ciertamente dentro del amplio frente constituido por las organizaciones, agrupaciones o personalidades representativas del centro, izquierda o derecha al interior del partido de gobierno. La casi inexistencia e un

sistema de competencia entre partidos políticos nacionales se compensaba relativamente por un debate limitado, pero no por eso menos real, que eventualmente se libraba al interior del gobierno, arbitrado en última instancia como hemos dicho, por el presidente de la República. Esta "modalidad" del sistema político mexicano se eliminó prácticamente con el ascenso de la *tecnocracia* al poder, que no dio ya más lugar a gobiernos de composición múltiples sino homogéneos y aparentemente alejados de las ideologías políticas. El partido y el gobierno no se concibieron más como una *coalición* de tendencias representativas del espectro nacional sino como equipo al límite "de amigos", que impedían la entrada no se diga a personas con distinta ideología o corriente de opinión, sino a aquellas ajenas al círculo de las más allegados. Esta tendencia que se fue perfilando culminó en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari en que, por debajo de la autoridad centrada, se ponían las bases de la crisis final del sistema. Por supuesto, la crisis de la economía y de la política sumadas plantearon con gran fuerza la necesidad de las transformaciones democráticas a que aludimos antes. Con el tiempo las tendencias apuntadas del sistema político mexicano se llevaron hasta sus últimas consecuencias, inclusive hasta el absurdo. Lo que se inició como un presidencialismo fuerte con el fin de *arbitrar* las diferencias entre los grupos y tendencias, y para impulsar el proceso del desarrollo, se convirtió en un grupo de poder compacto y planamente centralizado, que paulatinamente olvidó los compromisos y tendencias de la Revolución. Y sólo eso; el grupo cercano al presidente y el propio presidente olvidaron tales compromisos y violentaron los contenidos y formas que se habían aplicado y que le daban consistencia y relativa legitimidad a los regímenes de la Revolución, dentro de los aparatos y organismos oficiales, pero también frente a la sociedad. Por eso hemos dicho que se trata en un tiempo de verdadera *contrarrevolución*.

El aparato del poder se distanció y separó de la sociedad; aquel ya no satisfacía las exigencias de ésta. Paradójicamente, el presidencialismo mexicano, no obstante que desmesuraba su fuerza y su carácter impositivo, y precisamente por eso, se debilitaba y llegaba a sus limitantes históricos. Los organismos del poder fueron "instrumentalizados" por la Presidencia de la República a un nivel inimaginable antes (PRI, gobernadores, funcionarios integrantes del poder Ejecutivo, cámara de diputados y senadores), muchas veces sin la mínima consideración. La disciplina de un aparato de poder esencialmente "entre iguales" se convirtió, por la soberbia presidencial y por una suerte de prepotencia que no conocía límites, en un rígido aparato burocrático de poder vertical y desconsiderado, de desnuda fuerza. Y además, según evidencias en distintas época, en un aparato desvergonzadamente corrupto. Por debajo de la ostentación de poder de que se hacía gala, se ensanchaban las cuarteaduras del edificio: el éxito aparente estaba fechado, había encontrado sus limitantes, la finalidad y el desmoronamiento estaban a la vista.

La sociedad civil y el proceso de secularización en México

En la base de tales líneas dominantes del desarrollo político y económico de México, como es fácil adivinarlo, encontramos ciertos rasgos dominantes en el desarrollo social y en el carácter de la sociedad que se transformo en la época posrevolucionaria, y que terminaron por imponerse en este país.

Se ha repetido, por ejemplo que en México la sociedad no creó al Estado sino más bien el Estado fue el factor decisivo de la formación de la sociedad civil. La afirmación se refiere a una sociedad altamente conmocionada y escindida en la etapa armada de la Revolución, que salía de ésta sin cohesión ni instituciones propiamente dichas, sin organización adecuadas para cumplir los objetivos del programa revolucionario. El Estado mismo hubo de ser construido desde los cimientos.

Presidencialismo y partido oficial aseguraron, como dijimos, las sólidas bases del nuevo Estado de la Revolución. Desde ahí, desde la peculiar organización política del México nuevo, se produjo el impulso para edificar, consolidar e integrar a las principales organizaciones sociales, inclusive de clase: sindicatos, asociaciones empresariales, profesionales, y aquellas instituciones que le darían penetración y solidez al propio Estado.

Constituida la estructura básica del Estado, triunfo la ideología de un desarrollismo que habría de poner especial atención en el crecimiento económico y en la organización de las instituciones jurídicas, políticas, sociales y culturales necesarias a la expansión de la economía. Comienza así el proceso de la industrialización de México y la "reconversión" de la sociedad, de una situación marcadamente rural a una de carácter predominante urbano. La industrialización y la urbanización abrían un vasto procesó de *secularización* que modifíco los valores y los comportamientos de la sociedad mexicana.

Anotamos ya que en ese proceso de *desarrollista* el Estado mexicano fue palanca fundamental del crecimiento económico al invertir en infraestructura, comunicaciones, sistemas de riego y electrificación; generaliza además el sistema hacendario y organiza el sistema aduanal, y –hecho fundamental para el desarrollo- organiza y expande durante varias décadas un sistema educativo bastante excepcional por su extensión y calidad. Se hace posible así el crecimiento de una incipiente burguesía que crece origina a su vez una importancia clase media que habría de ser la columna vertebral de la sociedad civil en México. El crecimiento industrial y urbano, los procesos incluyentes de la educación y la expansión de los medios de comunicación estimularon fuertemente el proceso de secularización que transformó a la sociedad mexicana del siglo XX. La población de México cambió en lo cuantitativo y en lo cualitativo. Su relación igualmente de raíz, al mismo tiempo que tales instancias públicas cambiaban de rumbo y naturaleza. Así, probablemente el fenómeno más significativo de la vida mexicana en lo que va del siglo consiste en se procesó de *secularización* que alteró irrevocablemente nuestra historia. De una sociedad patrimonialista y relativamente cerrada, en que

prevalecía una relación paternalista con el Estado y la autoridad, transitamos a otra más abierta e informada que exige, cada vez con más energía y decisión, una relación ciudadana entre iguales, es decir; una relación democrática. A lo largo del siglo, México ha experimentado el inevitable proceso de modernización que define a las sociedades que se industrializan y urbanizan, que expanden sus sistemas educativos y que reciben el impacto de los medios de comunicación de masas.

Pero la racionalización de la vida social, en términos de Max Weber, conduce al debilitamiento de las comunidades locales y eventualmente a la centralización política, de tal suerte que coexiste, a veces en grave conflicto, los valores regionales y los valores falsamente universales del centro y de homogenización publicitaria de los poderes económicos y políticos. Se origina así, también entre nosotros, la "masificación" de la sociedad, que es otro de los rasgos sobresalientes de la sociedad moderna y de su cultura. Se configuran de ese modo varias contradicciones fundamentales de la sociedad mexicana de hoy: al lado del pluralismo y la diversificación se acentúan la centralización con frecuencia autoritaria del poder; junto a la variedad de los contenidos educativos y profesionales, la uniformidad (y el conformismo), que origina la propaganda sobre todo de los medios masivos de comunicación (salvo ciertas excepciones en algunos medios). Al lado de los impulsos políticos participativos las estructuras antidemocráticas del poder:

Pero la historia moderna, según vimos, no sólo implica valores, opiniones y formas de vida que tienden a uniformarse como efectos de los aparatos de publicidad, sino que también tienen su contrapartida. La dominación central y la "masificación" originan, bajo ciertas condiciones, la afirmación de los valores y las tradiciones locales e individuales. Ese es uno de los grandes conflictos de la política y de la cultura contemporánea, por un lado los aparatos de dominación buscan integrar al hombre y a la sociedad en un solo sistema –homogeneizar y regimentar a la sociedad-, mientras por el otro surge la reacción, a veces inclusive violenta, de grupos o individuos que afirman su personalidad, sus derechos, su originalidad. Tales procesos parecen robustecerse en el tiempo de la globalización y de la supremacía del capital financiero. Adelante veremos la manera como en México se expresa este conflicto social, político e ideológico, que incluye el fenómeno del EZLN, con un pensamiento profundamente "subversivo" respecto a las uniformidades impuestas desde arriba por el poder.

Industrialización y auge de la economía mexicana

En este punto vale la pena revisar, con mayor cercanía, algunas de las tendencias su aspectos decisivos del desarrollo económico de México después del periodo revolucionario. Así se hace patente una vez más la simultaneidad de los fenómenos políticos, económicos y sociales más relevantes en un país como el nuestro.

En esta dirección sería necesario decir quien, históricamente, las tendencias económicas de las potencias capitalistas, al moldear el carácter de las relaciones

económicas internacionales, han sido determinantes en el desarrollo del resto de los países integrantes del sistema económico mundial. Y, además, que los trastornos experimentados por el mercado mundial a partir del estallido de la Gran Depresión y de la segunda Guerra Mundial, en particular la contracción del comercio internacional, constituyen un elemento explicativo fundamental del “despegue” industrial de países como México, pero también como Brasil o Argentina. Durante la Gran Depresión los países latinoamericanos vieron desplomarse el volumen de sus exportaciones y el valor de las mismas por causa de la contracción de la demanda por parte de los países.⁴ La consecuente disminución en su capacidad de importancia fue reforzada por la propia contracción en la oferta de los países centrales y por ello deterioro de los términos del intercambio con dichos países. Esta situación generó una efectiva protección para la producción doméstica que incentivó su expansión en aquellos países que contaban ya con cierta infraestructura productiva, aunque fuera rudimentaria y poco diversificada. Con el estallido de la guerra mundial, la reactivación de la demanda internacional de productos primarios y el flujo de capitales hacia la región permitieron contar con recursos para financiar la inversión productiva y apoyar el proceso de industrialización.

En el caso de México, a partir de los años treinta la economía se desarrolló sobre las bases de una extensión de las relaciones capitalistas de producción sustentada en el creciente peso de la industria en el producto, el empleo y la inversión.⁵ Cabe destacar que no fue el libre accionar de los mercados, sino una decidida intervención estatal lo que permitió aprovechar las oportunidades abiertas por un contexto internacional potencialmente favorable al despliegue industrializador nacional.⁶ En las décadas de los años treinta y cuarenta se erigieron las bases institucionales de la industrialización específicamente capitalista en nuestro país: la Ley de Industrias Nuevas y Necesarias (1930); la Ley Federal del Trabajo (1931); la Ley de Industrias de Transformación (1941); Nacional Financiera (1934), que en 1940 inicia amplios programas de inversión; el encaje legal (1936), base de una política fiscal independiente de los impuestos a las exportaciones; etc.⁷ Además, en este periodo se lleva a cabo la “institucionalización” de la lucha de clases que se expresa, por un lado, en la conformación de los sindicatos nacionales de

⁴ Por ejemplo, la disminución del volumen de las exportaciones mexicanas se estima en por lo menos 50% entre 1929 y 1932. La disminución en el valor unitario de dichas exportaciones cayó también a la mitad. Ciro Velasco, “El desarrollo industrial de México en la década 1930-1940. las bases del proceso de industrialización”, en Rolando Cordera (comp.), Desarrollo y crisis de la economía mexicana, FCE, México, 1981 (Lectura 39).

⁵ Haber analiza, con ejemplos a nivel de empresa, el proceso de recuperación/industrialización en los años treinta. Stephen H. Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940, Alianza, México, 1992.

⁶ Wallace describió en una perspectiva histórica los instrumentos de protección implementados en el país desde los años treinta para impulsar la industrialización. Robert Bruce Wallace, “La política de protección en México”, en Wallace, Ten et al. La política de protección en el desarrollo económico de México, FCE, México, 1979.

⁷ Velasco, op. Cit., 1981, pp. 58-64.

industria y en la fundación de la CTM, y por otro, en el agrupamiento obligatorio de los grupos empresariales (con la Ley de Cámaras Industriales). La formación de un mercado interno con alcance realmente "nacional", condición necesaria para la hegemonía del capital, se ha fundado tradicionalmente en la eliminación de los vínculos extraeconómicos de los trabajadores agrícolas con sus medios de producción y de vida, en particular la tierra y, por lo tanto, en la progresiva disminución de la producción de autosubsistencia. La reforma agraria cardenista confrontó exitosamente a los latifundistas, cuya ineficiencia era un obstáculo a la expansión de la producción y que bloqueaban la circulación de tierras y, sobre todo, de trabajadores agrícolas. La reforma agraria, junto con una política agrícola que incrementó la inversión pública destinada al agro- en particular en irrigación-, lo mismo que el fomento de crédito al campo, impulsaron la expansión de la producción sobre la base del desarrollo, no sólo del sector ejidal sino de las explotaciones privadas capitalistas.⁸ De forma paralelas, como resultado de la paulatina monetización de las relaciones económicas en el campo y de la expulsión de población excedentaria de dicho sector, se fue conformando el moderno proletariado industrial urbano. Éste, aunque vio disminuir sus salarios reales unitarios durante los años treinta y hasta el final de la segunda Guerra Mundial, fue constituyendo, por su creciente importancia numérica, la base para la expansión de la demanda afecta y, por consiguiente, de la producción mercantil capitalista como forma económica dominante.

Al finalizar la segunda Guerra Mundial, y en coincidencia con la marcha de la economía mundial, México entró en un período de rápido crecimiento, con un aumento sostenido del empleo asalariado, de los salarios reales y de los niveles de consumo, así con una relativa disminución de los niveles de exploración. La primera fase del auge de la posguerra, que se desarrolló hasta finales de la década de los cincuenta, fue de carácter extensivo.⁹ La dinámica de la inversión estuvo asociada, sobre todo, al subimiento de nuevos sectores productivos impulsados por la expansión de la demanda efectiva, mientras que la tecnificación de los procesos productivos tuvo un papel relativamente secundario. La industrialización se orientó a la producción de bienes de consumo básico, algunos que sustituían importaciones,¹⁰ pero que en su mayor parte satisfacían las nuevas necesidades de una creciente población asalariada, tanto urbana como rural, que abandonaba el consumo de autosubsistencia por el consumo mercantil. En esta fase el país se articulaba al mercado mundial exportando bienes primarios –principalmente agrícolas y minerales- que premitían financiar las crecientes importaciones de bienes de capital. El Estado desempeñó un papel prepotente en

⁸ Michel Gutelman, *Capitalismo y reforma agraria en México*, Era, México, 1974, pp. 101-111

⁹ Miguel Ángel Rivera, *Crisis y reorganización del capitalismo mexicano. 1960-1985*, Era, México, 1986, pp. 21-27.

¹⁰ Para una corriente de economistas, encabezada por René Villareal, justamente la sustitución de importaciones es lo específico de la industrialización por lo menos hasta finales de los años sesenta. René Villareal, *El desequilibrio externo en la industrialización de México* (1929-1975), FCE, México, 1976.

todo este periodo como impulsor del "desarrollo" económico capitalista, garantizando la estabilidad social interna (por consenso, cuando era posible, o a través de la represión, cuando fue necesario) y proporcionando un marco profesionalista respecto a la competencia del exterior a poscapitalistas que operaban en el mercado nacional (no necesariamente de origen nacional).

A finales de la década de los cincuenta el agotamiento relativo de las "fronteras" no capitalista (en el sector agrícola), de las posibilidades de industrialización liviana y de sustitución "fácil" de importaciones determinaron que la inversión se orientara cada vez más hacia la maquinización de los procesos productivos existentes como forma predominante de competencia. Esta segunda fase de auge de acumulación de la posguerra tuvo entonces un carácter más bien de tipo intensivo.¹¹ El mercado interno se expandió a partir de la reducción de los costos de producción, la cual fue posible crecientemente a la producción de bienes de consumo durables e incluso de medios de producción. En esta etapa se profundizó la dependencia con respecto a la importancia de bienes de capital y de tecnología. Para llevar a cabo la inversión productiva, lo mismo que del ingreso de capitales externos para financiar el creciente déficit externo. El estancamiento de la productividad agrícola en la segunda mitad de la década de los sesenta afectó negativamente el dinamismo de los ingresos por exportaciones y la capacidad interna de financiamiento de las importaciones, lo que agravó el déficit comercial y llevó a un crecimiento constante del endeudamiento externo.

Este periodo constituye la época dorada del Estado del Bienestar "a la mexicana". Las remuneraciones reales al trabajo, tanto directas como indirectas, se incrementaron en toda la economía entre 1947 y 1976, hasta alcanzar su participación históricamente más alta en el ingreso nacional.¹² Además, disminuyeron las brechas salariales de todo tipo: entre industrias, oficios, obreros calificados y no calificados.¹³ Este proceso de homogenización salarial, que tendió a disminuir de manera efectiva las desigualdades sociales, también implicó una paulatina disociación de las remuneraciones con respecto al rendimiento productivo de los trabajadores, lo que finalmente actuó contra la rentabilidad capitalista.¹⁴

En esta fase se profundizó el proteccionismo, eje de la política industrial, a través de la generalización de los controles cuantitativos (que llegan a cubrir 75% de las importaciones) y del aumento en el nivel de los aranceles.

¹¹ Rivera, op. cit., 1986, pp. 41-47.

¹² Para el caso de los salarios reales en la industria manufacturera véase Jeffrey Bortz y Edur Velasco, "El ciclo del salario en México, 1940-1986", en Jesús Lechuga (Cord), *El dilema de la economía mexicana*, Cultura Popular/UAM, México, 1987.

¹³ Véanse los estudios sobre diferencias salariales de Carlos Márquez, "Nivel del salario y dispersión de la estructura salarial. 1939-1977", *Economía Mexicana*, núm. 3, CIDE, México, 1981; y Rosa Albina Garavito, "Homogenización salarial, retos y respuestas sindicales", *Análisis Económico*, núm. 10, UAM-A, México, enero-junio de 1987.

¹⁴ Jaime González y Abelardo Mariña Flores, "Reestructuración de salarios en la industria manufacturera: 1982-1991", *Economía: teoría y práctica*, Nueva época, núm. 4, UAM, México, 1995, pp. 5-57.

Crisis recurrentes y fin del "milagro" desarrollista

El fin del auge de la posguerra, cuyas primeras expresiones afloran a finales de los años sesenta, tiene causas complejas: algunas generales, asociadas a la entrada de la economía mundial capitalista en una fase de lento crecimiento, y otra particulares, determinadas por las modalidades específicas del capitalismo mexicano, así como de sus articulaciones con la economía mundial.¹⁵ Un elemento central, desde la perspectiva de la acumulación de capital, lo constituye la disminución de la tasa de ganancia durante la década de los años sesenta.¹⁶ El debilitamiento de la rentabilidad del capital fue causado por la desaceleración de crecimiento de la productividad social, que se rezagó con respecto al crecimiento de los salarios reales, por el aumento en los requerimientos de capital fijo por trabajador y, finalmente, por el peso creciente del trabajo improductivo dentro de la economía y por el monto creciente de las transferencias netas de recursos al exterior resultantes del crecimiento déficit en cuenta corriente.

Sin embargo, las interpretaciones económicas dominantes, que se centran en el papel de la demanda más que en el de las condiciones de la acumulación ponían en aquellos años a la inequitativa distribución del ingreso y a la concentración oligopólica de capitales (e incluso a la concentración autoritaria del poder) como factores que autolimitaban la expansión de la economía mexicana.¹⁷ La puesta en práctica de políticas expansivas de inspiración keynesiana durante los sexenios de Echeverría y López Portillo tenía como objeto redinamizar la acumulación del capital a partir de la expansión de la demanda efectiva. Durante el gobierno de Echeverría se desarrolló un proceso redistributivo que llevó a las remuneraciones reales del trabajo y a la participación del trabajo en el ingreso nacional sus niveles históricos más altos. Sin embargo, paradójicamente, tales políticas no dejaron de contribuir a la agudización de la crisis. El aumento salarial en la primera mitad de la década de los sesenta no hizo más que deteriorar aún más las condiciones generales de rentabilidad del capital. En el contexto de una débil rentabilidad, la expansión de la demanda a través del déficit alimentó las presiones inflacionarias, lo mismo que el déficit externo. El desenlace fue la crisis devaluatoria de 1976, que constituye el final del desarrollo estabilizador y que fue la primera de una serie

¹⁵ Víctor M. Soria Murillo, "Caracterización de la crisis de 1976 y 1982 en México", *Economía: teoría y práctica*, núm. 1, UAM, México, invierno de 1983, p. 42.

¹⁶ Diversos estudios empíricos, aun con metodologías y cobertura un tanto distintas, coinciden en identificar esta tendencia a la disminución en la rentabilidad del Capital en el transcurso de los años sesenta: Lenin Rojas, *La ganancia en crisis*, Juan Pablos, México, 1980; Miguel À. Rivera y Pedro Gómez Sánchez, "México, acumulación de capital y crisis en la década del setenta", *Teoría y política*, núm. 2, México, octubre-diciembre de 1980; Miguel Ángel Rivera, *Crisis y reorganización...*, op. Cit., 1986, pp. 177-179; Abelardo Mariña Flores y Fred Moseley, "The Rate of Profit in The postwar Mexicana Economy, 1950-1993", *Political Economy and Contemporary Capitalism: Radical Perspectives on Economic Theory and Policy*, ME Sharpe (en prensa)

¹⁷ Rivera y Rojas desarrollan una crítica integral de esta corriente, que identifican como del "nacionalismo reformista". Miguel Ángel Rivera Ríos y José Antonio Rojas, "El debate de la izquierda en torno a la modernización", *Brecha/2*, México, invierno de 1987.

recurrente de crisis cíclicas cada vez más profundas, marcando además., tajantemente, el inicio del control cada vez más directo de la política económica interna por parte de los organismos financieros internacionales.

En el gobierno de López Portillo , si bien los salarios reales y la participación del trabajo en el ingreso disminuyeron , la otra expansión del gasto y déficit públicos constituyeron un eficaz mecanismo dinamizador para los sectores productivos. El contexto internacional favorable a México – por el aumento de los precios del petróleo, la abundancia de fondos presentables y las tasas de interés negativas en términos reales-permitió fortalecer temporalmente la rentabilidad del capital y fomentar la inversión. El gobierno tuvo la posibilidad de “incumplir” los acuerdos signados con el MI y de sustraerse a las presiones para adherirse al GATT. Sin embargo, l incremento exponencial de los lujos hacia l exterior resultante del déficit comercial y del aumento sin precedentes de la deuda externa terminó por anotar la capacidad de pagos externos de la economía mexicana. El viraje de la coyuntura internacional en 1981 y 1982, por la caída de los precios del petróleo y por la escasez crediticia internacional y la elevación d de las tasas de intereses que provocó la política comentaría restrictiva que instrumentó el gobierno de Estados Unidos, fue el detonado de la debacle económica mexicana de 1982.

HEGEMONÍA DE LA CONTRARREFORMA NEOLIBERAL

La contrarreforma neoliberal, respuesta general del capital mundial al estancamiento crónico de la rentabilidad, ha tenido como pilares la desregulación, la privatización la liberalización comercial y financiera. Las modalidades concretas de las políticas de reestructuración que se han adoptado en los distintos países han sido función de diferentes actores: de las particularidades de las configuraciones económicas, sociales y políticas en cada país, de las articulaciones de las economías nacionales al mercado mundial, de la corrección de fuerzas entre clases, fracciones de clase y grupos de interés. En América Latina, después de las severas limitaciones que había mostrando la adopción de las políticas reformistas keynesianas a finales de los setenta y de oros programas de ajuste heterodoxos “criollos” de distinto tipo a principios de los ochenta, y con la agudización de la crisis de la deuda externa, el Banco Mundial y el FMI encontraron condiciones cada vez más favorables para impulsar, con el decidido aval de los grupos gobernantes locales, las contrarreformas neoliberales. La hegemonía América Latina de las inversiones más duras de la ortodoxia de la teoría económica neoclásica se deben en gran medida al predominio político de grupos de interés que han utilizado las contrarreformas para sus propios fines.¹⁸ Por ello, inclusive opciones

¹⁸ Paradòlogicamente, dichas teorías se oponen a la intervención estatal n la economía en virtud de su incapacidad de controlar el dominio e influencia de dichos grupos de interés. Como señala Rivera: “El estado es visto como una institución incapacitada para garantizar el bienestar publico, virtud de que está dominado o influido por individuos o grupos [...]cuyo móvil fundamental es la prosecución de su propio interés marial”. Miguel Ángel Rivera Ríos, México, modernización capitalista y crisis. Antecedentes y consecuencias de la devaluación de diciembre, UNAM, México, 1997.

moderadamente "heterodoxas" contempladas en el seno del propio Banco Mundial, que cuestionan la pasividad y matizan la eficiencia del mercado como asignador de recursos, prácticamente no han sido aplicadas en América Latina. Así, una perversa mezcla entre las necesidades objetivas de transformación estructural del capital, por un lado, y los intereses particulares e inmediatas de los encargados de gestionar dichas transformaciones, incluyendo a la clase, por el otro, amplificó extraordinariamente los efectos negativos de la contrarreforma neoliberal en esta región.

En México, la irrupción estrepitosa de la crisis en 1982, que tuvo como detonante la imposibilidad de hacer frente al servicio de la deuda externa, eliminó los márgenes de autonomía que el auge petrolero había dado a la política económica interna. El gobierno de México suscribió entonces acuerdos con el Fondo Monetario Internacional y con el Banco Mundial comprometiéndose a ejercer una rigurosa disciplina fiscal, lo que implicó una drástica reducción del gasto público (particularmente el gasto social) y a controlar las presiones inflacionarias por medio de restricciones crediticias y control salarial. Asimismo, se comprometió a efectuar ajustes estructurales tendientes a liberalizar la economía: entre otros, la eliminación de subsidios, la privatización de las empresas públicas, la apertura comercial, la reforma impositiva, la eliminación de las barreras a las inversiones extranjeras y la introducción de salarios "competitivos".

Las presiones para incorporar a México a las estrategias de internacionalización de las grandes corporaciones capitalistas, que ciertamente vinieron del exterior, encontraron campo fértil en el interior del país tras dos sexenios de una limitada y hasta fallida estrategia económica sustentada en la expansión de la demanda efectiva y en la reivindicación (ciertamente pendular en algunos momentos) de la inversión estatal como elemento estabilizador de la economía. La incapacidad del reformismo, denominado despectivamente por sus detractores como "populista", en la reconstitución de las condiciones de largo plazo de rentabilidad interna del capital, abrió paso a los grupos que pugnan por la instrumentación en México de una reestructuración neoliberal radical. La gravedad de la crisis del endeudamiento externo, alimentada por los desequilibrios macroeconómicos que provocó la modalidad "populista", permitió la injerencia directiva de los acreedores internacionales privados e institucionales en el "diseño" de políticas internas que garantizaran sus intereses y, por consiguiente, de una modalidad de reestructuración acorde con las tendencias globalizadoras. La magnitud de los desequilibrios macroeconómicos, al generar una profunda recesión junto con una elevada inflación, agravó los efectos sociales negativos de la crisis haciendo posible que los costos de la misma recayera mayoritariamente en la población trabajadora a través del creciente desempleo y de la pérdida del poder adquisitivo.

La desregulación, aunque abarca todos los ámbitos de actividad económica, ha encontrado en los mercados laborales y financieros el eje de la reconstitución de las condiciones de valorización de los capitales individuales, en el primer caso reduciendo los costos laborales, y en el segundo incorporando a nuestro país – en calidad de mercado financiero emergente – a los circuitos internacionales de

valorización del capital. La desregulación se ha sustentado en una amplia reforma del Estado que ha implicado la reorientación radical de las prioridades y objetivos de las políticas, así como la privatización y liquidación de las empresas estatales y paraestatales. Por un lado, ha habido una reasignación de los recursos fiscales en contra de la población que depende de su trabajo para subsistir a favor de los que recién todo tipo de ingresos de capital. Por otro, se han abierto al capital privado nacional y extranjero opciones de inversión en sectores antes reservados al Estado. La apertura externa de la economía, en lo que concierne a los flujos financieros, comerciales y de capital productivo, ha generado un cambio de drástico en las articulaciones de la economía mexicana con el mercado mundial.

El avance conjunto de estos procesos, iniciados en la década de los ochenta y seguidos en los noventa, modificó radicalmente las estructuras económicas y las relaciones entre las clases y grupos sociales, la forma de inserción de la economía en el mercado mundial capitalista y las estructuras de poder: Durante los primeros años de los ochenta, la reestructuración de las relaciones laborales avanzó, en lo cuantitativo, la drástica disminución de las remuneraciones reales como resultado de una férrea política de topes salariales e un contexto de elevada inflación, en lo cualitativo, en el desmantelamiento de los contratos colectivos y en el debilitamiento y ataque a los reductos del sindicalismo independiente. En el gobierno de Salinas se profundizó esta reestructuración, particularmente en lo que respecta a la modificación de las normas que rigen las remuneraciones. En los hechos su determinación se ha vinculado crecientemente al rendimiento del trabajo (productividad, intensidad y calidad) y a la disciplina laboral y cada vez menos a las necesidades de los trabajadores y sus familias. Los acuerdos de productividad impuestos de manera generalizada en el mundo laboral son la expresión más clara de esta reestructuración. La implantación de esta nueva norma salarial implicó a la postre la consolidación de tendencias diferenciadoras entre los distintos contingentes de trabajadores y por consiguiente, en una creciente dolarización social.¹⁹ Por cierto, como hemos señalado, estas tendencias parecen obedecer a una estrategia mundial deliberada de fragmentación de los distintos segmentos de la clase trabajadora.

La creciente flexibilidad lograda en las condiciones del consumo productivo y de la reproducción de la fuerza de trabajo ha tenido como resultado una efectiva disminución de los costos para el capital. La precarización de las condiciones de vida de la vasta mayoría de la población que depende de su trabajo ha sido explicada y aun justificada como un sacrificio necesario para lograr una mayor competitividad en los mercados internacionales en estos tiempos de globalización. Si bien es cierto que en todo el mundo ha habido un deterioro en las condiciones de trabajo y en los niveles de vida de los trabajadores, como consecuencia de la exacerbada competencia originada por el lento crecimiento de la economía capitalista, fundar

¹⁹ En la industria manufacturera ello se ha expresado a través del incremento continuo en los niveles de dispersión salarial intersectorial a partir de 1983. Jaime González y Abelardo Mariña Flores, op.cit. y Abelardo Mariña Flores, "Los efectos de la política salarial en el actual sexenio frente a los dos sexenios anteriores: el caso de la industria manufacturera mexicana", en Alicia Solís, Enrique García Márquez y Max Ortega (coord.), México, trabajadoras, trabajadores y sindicatos, UAM-I, México, 1999.

la competitividad internacional de las actividades domésticas en los niveles salariales tan bajos prevalecientes e nuestro país sólo demuestra la ineficacia y el exceso de valoración de los empresarios que operan localmente. Además, los impactos negativos de la flexibilización laboral no sólo se refiere a la elevación de los niveles de exploración y el deterioro de las condiciones de vida de la población trabajadora, sino al estancamiento del mercado interno y a la pérdida de incentivos para la innovación tecnológica.

Privatización y reforma del Estado

Una de las decisiones iniciales de gobierno al inicio de los años ochenta fue la revertir la estatización del sistema bancario llevada a cabo por el gobierno anterior. Ese proceso, que culminaría con la reprivatización bancaria durante el gobierno de Salinas, comenzó con la devolución al sector privado de los paquetes accionarios que los bancos tenían en propiedad. A partir de 1982 tiende a romperse con la práctica anterior en que el saneamiento y la reestructuración (modernización) de las empresas en problemas implica necesariamente su control por parte del Estado en términos tanto de propiedad como administrativos. Desde entonces el Estado renunció a su capacidad de administración, por la supuesta ineficiencia estructural del mismo que tanto pregonan los teóricos neoliberales, en favor de los empresarios. En adelante, los apoyos estatales a las empresas privadas se canalizan prioritariamente a través de los mercados, cuyos mecanismos garantizan supuestamente mayor eficiencia, al tiempo que minimizarían el control social de dichos apoyos.

La política privatizadora del Estado mexicano se fue ampliando y adquiere dimensiones de alto perfil especialmente con la privatización de Telmex y del sistema bancario durante el gobierno de Salinas de Gortari; asimismo, con el inicio de desestatización de sectores que, por su carácter "estratégico", antes estaban considerados como no privatizables: la industria petroquímica; las carreras, los ferrocarriles y los puertos; servicios públicos como agua, gas y electricidad; los fondos de pensiones; los servicios de salud y educación.

Un aspecto central de la contrarreforma neoliberal ha sido el paulatino abandono por parte del Estado de actividades que en la época de auge de la producción y, por consiguiente, de la demanda de trabajadores eran indispensables para garantizar la reproducción de la fuerza laboral explotable por el capital: comercialización de granos básicos, salud, educación y vivienda, entre otras. En un contexto de estancamiento crónico de la actividad productiva, el exceso de oferta laboral ha hecho prescindible para el capital gran parte de dichas actividades.

Las justificaciones sobre la pertinencia de "adelgazar" al Estado para ampliar el ámbito de acción de los agentes privados, que según la doctrina neoliberal son necesariamente más eficientes, es falaz por varias razones. Primeramente, porque si bien es cierto que el retiro del Estado de la actividad económica ha expandido los campos de la inversión privada, ello no necesariamente ha resultado en un manejo económico más eficiente en términos de rentabilidad de las empresas, o

de calidad de los bienes y servicios ofrecidos a los consumidores. El rotundo fracaso de la privatización de las aerolíneas, las carreteras y la bancas son claro ejemplo de ello. En segundo lugar, porque en los hechos el Estado realmente no se ha "adelgazado", sino que ha redistribuido sus prioridades y sus gasto. Los recursos fiscales, ciertamente incrementados para revertir los déficit gubernamentales y hacer frente a la deuda interna y externa, se utiliza cada vez menos para el sostenimiento de las condiciones generales de valorización del capital social y cada vez más para el subsidio directo de grupos empresariales particulares asociados con los administradores gubernamentales de dichos recursos , como los banqueros.

Liberalización financiera

En México, el desarrollo de la liberalización financiera ha seguido las pautas internacionales de la globalización las últimas dos décadas: privatización y bursatilización de los flujos entre países, vinculación directa entre prestamistas y prestatarios, liberalización de tasas de interés, apertura a inversionistas extranjeros, apertura en áreas anteriormente restringidas al Estado.²⁰ los supuestos beneficios de tal liberalización para México serían los de atraer grandes montos de capitales externos que harían posible el financiamiento de la inversión requerida para el desarrollo del país a pesar de las limitaciones del ahorro interno. Sin embargo, en México, la liberalización financiera fue subordinada al combate antiinflacionario y al sostenimiento del tipo de cambio, para ello las tasas de interés de referencia han sido mantenidas en niveles muy elevados en comparación con otros países, con lo que se liberalización se tradujo sobre todo en un exagerado aumento en los diferenciales entre las tasas pasivas (las que paga el sistema bancario) y las tasas activas (las que cobra), es decir, de los márgenes de intermediación del sistema bancario.

Por otra parte, la apertura al capital extranjero se aceleró por loa necesidad de financiar el creciente déficit externo estructural. Se permitió la entrada indiscriminada de capitales externos canalizados prioritariamente a la valorización financiera y especulativa, a través de la compra –venta de títulos de deuda interna y acciones, que debido a su alto rendimiento desincentivaron la inversión productiva. Este esquema de articulación a los mercados internacionales de capital resultó ser altamente desestabilizador.

Por un lado, las divisas captadas hicieron posible loa permanente expansión del déficit externo, al que financiaban, posponiendo los necesarios ajustes estructurales para aminorarlo. Por otro lado, el carácter mayoritariamente especulativo de los capitales captados, cuyo interés por mantenerse en el país obedece a criterios de rentabilidad de corto plazo, fue incrementando la voluntad de los "equilibrios" macroeconómicos.

²⁰ En México, desde 1988 se modifico radicalmente el marco existente; se liberaron las tasas, se eliminó el encaje legal, desaparecieron los cajones de crédito obligatorio (crédito de asignación directa) se instauró el coeficiente de liquidez (sustituto del encaje legal). (Rivera, México, modernización ..., op. cit., '997, pp.81-87.)

Finalmente, en nuestro país la liberación financiera fue orientada por los intereses de los poderosos grupos financieros en ascenso que lograron imponer un estatuto proteccionista en el marco de las negociaciones del TLCAN, que impidieron la "desnacionalización" del sistema bancario durante el gobierno de Salinas y que han vetado cualquier posibilidad de gravar los intereses o ganancias obtenidas en el mercado de valores.

El saldo de la liberalización de las actividades financieras en México ha sido ampliamente negativo. Lejos de promover el desarrollo de largo plazo de la economía del país, se convirtió en el instrumento por excelencia de enriquecimiento y concentración de riquezas por parte de un grupo muy reducido. El "nuevo" sistema bancario-financiero no promovió, como se pretendía, una intermediación más efectiva entre el ahorro interno y externo y la inversión productiva. E; proyecto de consolidar al mercado de valores como mecanismos general para el financiamiento de las empresas de todo tamaño fracasó. El crack de la Bolsa mexicana en 1987 terminó con las esperanzas de que la reestructuración capitalista en México tuviera un carácter modernizador integral, pues los pequeños y medianos empresarios –mucho de los cuales tenían invertidas su tesorías en los mercados accionarios- sufrieron un despojo masivo de recursos a manos de los nuevos grupos financieros conformados alrededor de las casas de bolsa. Ello determino que perdieran el capital tonel cual podrían haber modernizado su planta productiva y, por consiguiente, se acabó con la posibilidad de desarrollar una reestructuración productiva integradora, que ampliara las oportunidades de empleo y el crecimiento del poder adquisitivo de los trabajadores que distribuyera más equitativamente el ingreso, que expandiera el mercado interno como plataforma para desarrollar la competitividad y potenciar la capacidad exportadora, que sentara las bases de un desarrollo económico menos azaroso e inestable.

La reprivatización de la banca, que concluyó en 1992, favoreció principalmente a los propietarios de las casas de bolsa, que contaban con los recursos suficientes que les habían dado el *boom* de la bolsa de valores que culminó en 1987. Los neobarqueros, en su objetivo de recuperar rápidamente sus inversiones más que promover la captación de recursos y ampliara extensivamente su base de operación, desarrollaron una agresiva política de crédito aprovechando los amplios márgenes de intermediación existentes. Además, el crédito se canalizó en montos sustanciales al consumo (incluyendo bienes inmuebles), mientras que el crédito empresarial se concentró en unas grandes empresas, muchas veces a través de operaciones que resultaron fraudulentas.²¹

²¹ La banca comercial asignó una parte de los fondos financieros- el 28%, a diciembre de 1993- al crédito al consumo y, aunque el crédito empresarial creció, éste se concentró en unas cuantas grandes empresas, muchas de ellas transnacionales y de servicios, marginando a las pequeñas y medianas empresas del acceso al crédito. Arturo Guillen R., "El sistema financiero y la recuperación de la economía mexicana", Comercio Exterior México, diciembre de 1994.

*Apertura comercial y "modernización" productiva:
el tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN-AFTA)*

En una primera etapa, la liberación del comercio exterior se llevó a cabo a través de la eliminación unilateral por parte de México de los controles cuantitativos al comercio exterior y con una progresiva disminución de los aranceles. el hecho de que el gobierno mexicano haya liberalizado su comercio unilateralmente el restó capacidad de negociación durante el progreso de adhesión al GATT que culminó en 1985. durante el gobierno de Salinas la policía comercial avanzó con mayores grados de liberalización, con el decidido apoyo de su gobierno a la transformación del GATT en Organización Mundial de Comercio- acuerdo de la Ronda Uruguay- y, finalmente, con la firma del Tratado de Libre Comercio (TLCAN) con los Estados Unidos y Canadá.

El carácter abrupto e indiscriminado de la apertura comercial resultó en un generalizando desmembramiento de la estructura productiva por la desaparición de ramas industriales completas (juguetes, electrodomésticos, bienes de capital, etc.) y de los estrados más vulnerables dentro de cada rama (pequeña y mediana empresa), muchos de ellos proveedores de insumos intermedios. La disminución de los niveles de integración del sistema, que de por sí estaba poco cohesionado, implicó una progresiva *desustitución* de importaciones que han tenido efectos ampliamente negativos sobre la balanza comercial y el empleo.

El radicalismo de la apertura comercial se debió, en primer término, a que el objetivo de aumentar la eficacia económica de la planta productiva en un mediano y largo plazo se subordinó a la utilización de la apertura como mecanismo de combate a la inflación- al permitir importaciones baratas- y para golpear a grupos económicos específicos que, por diversas razones, se oponían a las contrarreformas. En segundo lugar, a las presiones de los consorcios transnacionales y de las potencias capitalistas, especialmente Estados Unidos, que en la actual globalizada han redefinido radicalmente los patrones de la división internacional del trabajo. Finalmente, a la identificación creciente, en muchas ocasiones simbiótica, del grupo gobernante en nuestro país con los intereses económicos y políticos de las transnacionales y/o de los segmentos transnacionalizados del capital nacional.

La política de modernización productiva que complementaría a la apertura comercial, graduando sus avances y permitiendo el fortalecimiento de los segmentos menos fuertes de las cadenas productivas,²² no avanzó por varias razones. Durante buena parte de la década de los ochenta, en el gobierno de De la Madrid, el tipo de cambio, en vez de utilizarse como mecanismos para regular el cambio estructural (fomentando exportaciones e inhibiendo importaciones), fue utilizado – con su anclaje- como mecanismo de combate a la inflación, aunque con efectos desestabilizadores de mediano plazo recurrentes. Por otro lado, se fracasó

²² Véase Poder Ejecutivo Federal, "Programa Nacional de Fomento Industrial y Comercio Exterior m(Pronafica) 1984-1988", El mercado de valores, supl. Al núm. 39, 24 de septiembre de 1984.

en el impulsos de programas sectoriales específicos en gran medida por la negativa empresarial a que se condicionaran los subsidios a criterios de eficiencia y, en parte, por la demora de SECOFI en reglamentar la inversión extranjera directa y la transferencia de tecnología.²³

Al inicio del sexenio d Salinas la policía industrial fue definitivamente desmantelada. Las excepciones fueron impuestas por los consorcios transnacionales, como el automotriz,. La pequeña y mediana empresa fueron dejadas prácticamente a su suerte por la transformación de la banca de fomento (Nafinsa) en una de "segundo piso", es decir, más gestora de recursos que financiadora de los mismos (además de los enormes quebrantos financieros que sufrió por manejos corruptos), en el campo la contrarreforma neoliberal se fundamentó en la liquidación del sistema de precios de garantía y de comercializaron estatal de la producción través de Conasupo, en la liberalizaron del régimen de tenencia de la tierra ya mencionada, a través d la contrarreforma agraria que se plasmó en las modificaciones al artículo 27 constitucional y, a manera de compensación, en el impulso de programas asistenciales clientelares como Solidaridad y Procampo. Aunque el inicio de la apertura comercial del sector se difirió hasta 1989, su aceleración a parir de 1993 en un contexto de desplome de los precios internacionales del creciente "coyotismo__" propiciado por la desregulación resultó en una grave crisis productiva en el sector .²⁴

La negociación del TLCAN con Canadá y Estados Unidos y supuesta en macha en 1994 tienen una profunda significación en todos los terrenos: económico, político, cultural, ecológico, y jurídico, entre otros.²⁵ en la práctica constituye la culminación del proyecto neoliberal mexicano. Exalta y protege al sector privado como "sujeto privilegiado, mientras que trata a las instituciones públicas como elementos "anómalos" que, por consiguiente, requieren de rigurosos controles. El TLCAN establece medidas antimonopolio que excluyen la instrumentación por pare de las empresas públicas de políticas de compra-venta inconscientes con la maximación de ganancias, obligándolas a actuar a las consideraciones comerciales vigentes en los mercados,.

El TLCAN no sólo atañe al moheció de bienes y servicios, sino que abre la economía mexicana a las inversiones foráneas, establece condiciones sobre educación, desarrollo científico y tecnológico y propiedad intelectual; define mecanismos e instancias jurisdiccionales supranacionales. Por todo lo anterior, el TLCAN afecta de manera directa la capacidad de determinación y utilización de la política económica como instrumento para el desarrollo nacional y para fines redistribuidos.

²³ Rivera, op. Cit., 997, p. 72.

²⁴ Rivera , op. Cit., 1997, pp. 74-77

²⁵ Maria Elena Cardero (comp.), Qué ganamos y qué perdimos con el TLC, Siglo XXI/ UNAM, México, 1996, p.9

Por sus contenidos, el TLCAN demuestra diáfano el grado de articulación y sumisión de los grupos dominantes en nuestro país – tanto empresarios como funcionarios- con respecto a los intereses estratégicos de las corporaciones del gobierno de Estados Unidos y su consiguiente divorcio con respecto a los intereses de la población del país. Sitúa de lleno a México dentro del escenario de las actuales tendencias de internacionalización del capital con un papel muy preciso: el de socio subordinado del bloque regional que encabeza Estados Unidos como parte de su estrategia competitiva mundial. Por ello, el rasgo general esencial del TLCAN es su carácter asimétrico. No sólo porque no considera las disparidades entre los países contratantes, sino porque más bien tiende a dar un trato preferente a los socios más fuertes dentro del acuerdo. Mientras Estados Unidos y Canadá cuentan con diversos instrumentos comerciales, de protección y fomento sectorial, en México las políticas sectoriales prácticamente han sido eliminadas, tanto por presiones de los organismos internacionales como por decisión de las últimas administraciones.

En el caso del sector industrial, México renunció a instrumentar programas sectoriales de fomento al desempeño productivo. En contraste, de legislación antidumping en sectores de propiedad intelectual (aquellos que producen conocimiento y tecnología) los de mayor dinamismo en la actualidad y en los que tienen una amplia ventaja competitiva. El TLCAN tiende a profundizar la integración productiva en sectores estratégicos como el energético (petróleo y electricidad) y el petroquímico en que México pone a disposición de Estados Unidos y Canadá sus recursos naturales no renovables. En el caso de la agricultura, a pesar de su importancia relativa en nuestro país, los negociadores mexicanos otorgaron fuertes concesiones a cambio de escasos beneficios. El compromiso de abrir el sector contando con políticas sectoriales muy limitadas, frente a dos potencias agrícolas con políticas permanentes de apoyo, ha ocasionado una grave crisis productiva y social, además de un fuerte déficit comercial agroalimentario. Con excepción de las telecomunicaciones, aerotransporte de pasajeros y transportación marítima, el TLCAN apunta hacia una plena liberalización del sector de servicios. Una excepción temporal fue la aceptación de un esquema proteccionista hasta el año 2000 en el caso de los servicios financieros.

En cuanto a los diferentes desniveles científicos y tecnológicos existentes entre los países, México no logró mecanismos de temporalidad y trato diferenciado para compensar eventualmente, al menos de manera parcial, dichos desniveles. Ello condena al sistema científico y tecnológico mexicano, y en general al sistema educativo, a renunciar a un desarrollo autónomo pleno y tiende a transformarlo en un apéndice de segundo nivel de los sistemas de Estados Unidos y Canadá.

Un aspecto central del TLCAN es que liberaliza la entrada y el establecimiento de inversión extranjera, tanto productiva como de cartera, y la protege alguno de desempeño. En contraste, limita de manera estricta los flujos de trabajadores entre países, en particular los de personal no capacitado y semicapitado. Los

segmentos de los mercados laborales que aceptar ir integrando, y siempre según las reglas vigentes en Estados Unidos, son los de hombres de negocios y algunos profesionistas.

En general, el marco legal de la "liberalización" de la economía mexicana fue impuesto por Estados Unidos, que desechó la propuesta inicial de México y Canadá de un sistema general e integrado de leyes de competencia similar al desarrollo e la Unión Europea. En contraste, el TLCAN tiene como sustento la legislación contra prácticas desleales, esto es, la aplicación de medidas antidumping que constituyen un mecanismo eminentemente neoproteccionista. Este no se fundamenta en reglas generales, sino más bien en mecanismos específicos para dirimir controversias, como los paneles binacionales, cuyos resultados dependen en gran medida de la correlación de fuerzas global- y no sólo en el tema de controversia- entre los negociadores. Asimismo, permite la paliación extraterritorial de las leyes antimonopolio de Estados Unidos.

Dijimos que la firma del Tratado De Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá constituyó una de las más altas de la estrategia económica en el sexenio de Salinas de Gortari, que se convirtió liberalmente en obsesiva y en la cual invirtió gran parte de su capital político. Sin duda, nuestro ingreso a una de las más importantes asociaciones mundiales de libre comercio, y nuestra adhesión posterior a la OCDE, que reúne a los 25 países con mayor desarrollo industrial, fueron "coronas" indiscutibles en la perspectiva política y económica que asumió el sexenio de Salinas, con indudable coherencia.

Tales "éxitos", por supuesto, implicaban un "nuevo trato" con otras regiones y países del mundo. Voltar al norte significó en primer término cerrar los ojos y hacer oídos sordos al sur, olvidando nuestra región natural caribeña, centro y Sudamérica. México, para esos países, por razones de oportunismo,. Se desligaba de su ámbito se adhería a otras reglas del juego y a otros intereses. En función de los nuevos imperativos, México abandonaba o adelgazaba extraordinariamente sus vínculos con las asociaciones de países del Tercer Mundo (Grupo de los 77 y Movimientos de Países No Alineados), esparciéndose la ridícula simplificación publicitaria de que México ingresaba ya al *Primer Mundo* (por el simple hecho de una firma o de una proclamación de discurso ceremonial). Por supuesto, tal *visión* del país no se limitaba a un viraje de la economía, y a la modificación sustancial de nuestras relaciones con el exterior y con Estados Unidos. Ese conjunto implicaba una nueva visión política, cultural, educativa y social.

La firma del TLCAN es probablemente el principal de los acuerdos que se derivaron de esa voluntad por fundar el desarrollo e la apertura externa; sin embargo, en el lapso de su vigencia, que se inició el 1 de enero de 1994, se ha revelado ya abiertamente como un convenio internacional elaborado al vapor, sin la suficiente consulta a los productores mexicanos, con el resultado de que frecuentemente

están en desventaja respecto a los productores estadounidenses, y en que no se cuidaron aspectos esenciales de la soberanía mexicana de manera suficiente. El criterio político de firmar el acuerdo con la máxima celebridad, más como una "gloria" sexenal que como instrumento favorable a México en el largo plazo, debilitó enormemente su eventual resultado. Por cierto, su impacto político se vio ensombrecido por la rebelión en Chiapas, el mismo días de entrada en vigor. Así, la acción del EZLN y el conjunto de hechos dramáticos que han ocupado la historia mexicana desde entonces, eclipsaron el éxito salinista de la firma del Tratado. Hoy mismo, ante multitud de aspectos dudosos respecto a sus bondades, la discusión sobre el TLCAN, tanto en México como en Estados Unidos, ha pasado probablemente a un segundo plano de la agenda de la discusión política entre ambos países,. En uno y otro lado ha dejado de considerarse factor excepcional de la relación, sobre todo cuanto en México la urgencia económica fue absorbida por la drástica crisis de diciembre de 1994 e inicios de 1995, con sus consecuencias.

El hecho es que siempre queda abierta la posibilidad de una revisión a fondo de las condiciones de nuestra pertenencia al TLCAN, partiendo de un análisis objetivo de las implicaciones que ha tenido para nosotros; un análisis que considere antes que nada el interés nacional, más allá de intereses particulares. Se trataría, en definitiva, de estudiar las condiciones para una eventual renegociación del TLCAN, o para pronunciar las reservas pertinentes sobre algunos desastrosos aspectos del mismo relacionados con la soberanía nacional.

Muchos son los temas que ameritarían una revisión a fondo. Las organizaciones industriales, del comercio y los servicios, aspa como las instituciones culturales, deberían tomar la iniciativa de señalar carencias o desventajas en cada uno de sus campos. Tal ejercicio de "retroalimentación" – de partidos políticos, organizaciones de interés y, desde luego, la discusión en las Camas- sería fundamental para efectuar las revisiones que sea indispensables.

Aquí es necesario hacer referencia concreta a su asunto de importancia primordial para la soberanía de México. Bernardo Sepúlveda demuestra, con argumentos irrefutables, que el Tratado de Libre Comercio le otorga a los inversionistas extranjeros en México facultades "de excepción" que lo sitúan en una condición privilegiada respecto a los inversionistas mexicanos .²⁶ En efecto, el capítulo XI del TLCAN, denominado "Inversión" establece las condiciones en que inversionistas extranjeros podría recurrir a un arbitraje internacional para someter sus diferencias con el Estado receptor (en nuestro caso México) . A propósito de ese capítulo, Sepúlveda nos recuerda que en la tradición jurídica mexicana nuestro país se ha apuesto sistemáticamente a recurrir a instancias internacionales para resolver diferencias con terceros Estados, y particularmente para resolver problemas con ciudadanos privados de otros países.

Tal rechazo tienen en México hondas raíces históricas, políticas y jurídicas, vinculadas con la formación de un Estado independiente y soberano. Deja abierta la posibilidad de que un inversionista extranjero entable una demanda en contra

²⁶ Revista Este País, noviembre de 1996, en el ensayo "El TLC y la jurisdicción mexicana".

del Estado mexicano ante un "tribunal de arbitraje internacional", antes de agotar los recursos internos que otorga la legislación mexicana; significa primero poner en situación desventajosa a los inversionista nacionales respecto a los extranjeros, ya que éstos tendrían la posibilidad de recurrir a un "tribunal de excepción" en tanto que los nacionales carecerían de facultades para ello. Esa posibilidad abierta por el TLCAN hace nugatoria la legislación mexicana. Habría que recordar al respecto que el artículo 27 constitucional autoriza a los extranjeros a tener propiedades y a realizar inversiones en México "siempre que convengan ante la Secretaría de Relaciones Exteriores en considerarse como nacionales respecto a dichos bienes y en no innovar, por lo mismo, la protección de su gobierno por lo que se refiere a aquéllos". La cláusula Calvo, como se conoce esa disposición, llene por fin básico salvaguardar la jurisdicción nacional y la aplicación del derecho mexicano, que es seguramente la marca más alta de la soberanía. Recordamos todavía que la nacionalización del petróleo por Lázaro Cárdenas en 1938 se produjo por la negativa de las empresas petroleras extranjeras a acatar un laudo laboral dictado por la Suprema Corte de Justicia de la nación. Es decir, además de sus implicaciones de rescate económico, esa decisión defendió la integridad de la legislación mexicana y su aplicación territorial, y por tanto la soberanía del país.

Es posible que los economistas no hayan percibido que precisamente la integridad de la legislación es el signo externo así inmediato e irrefutable de lo ejercicio de la soberanía del Estado. en cambio, según el estudio mencionado, en el TLCAN y en los acuerdos comerciales con España y Suiza se han echado por la borda principios básicos de la soberanía nacional y de nuestra Carta Magna. He aquí un caso concreto de abandono y renuncia, de capitulación de México y de negación de nuestros principios fundamentales de derecho y de política exterior.

En una renegación del TLCAN, México podrá efectuar una reserva y una declaración interpretativa respecto al alcance del capítulo XI, en que se precisa a que no cabe le recursos a la jurisdicción de un arbitraje internacional sino, en su caso y siempre que haya denegación de justicia, una vez que hayan agotado los recursos y procedimientos de la jurisdicción nacional. Esta posibilidad, por cierto, no resulta extravagante ya que México hizo una reserva análoga en 1974, ni más ni menos que al interpretar la competencia de la CORTE internacional De Justicia.

Por supuesto, en tiempos previos a la firma del TLCAN se discutió abundantemente en nuestro país sobre sus ventajas y desventajas. En un proceso de revisión del mismo sería imprescindible que se evalué seriamente nuestra pertenencia al mismo o, en todo caso, las modalidades que deben corregirse y establecerse, resultando fundamental que esa evaluación no simplemente se lleve a cabo por instancias gubernamentales, tan olvidadizas y parcas cuando se trata de defender el interés la soberanía de la nación. Sería necesario así que se abra un debate más amplio – con la presencia de todos los interesados- a propósito de las bondades o efectos nocivos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

Consolidación del nuevo grupo hegemónico

La contrarreforma neoliberal, enmarcada por los procesos de desregulación, privatización y liberación, ha propiciado la construcción en poco tiempo de grandes fortunas, la recomposición de los grupos financieros del país y, en consecuencia, de los grupos de poder económico y político dominantes. Las bases económicas de esta recomposición han sido, por un lado, las actividades productivas ligadas a la expansión de las exportaciones y, por otro, las actividades especulativas que han florecido en el marco de la desregulación financiera.

El auge exportador está directamente asociado al proceso de apertura de la economía hacia los mercados internacionales y, en este sentido, está determinado por la actual ola globalizadora mundial. Por lo abrupto de la apertura comercial, quienes pudieron adaptarse a las nuevas condiciones fueron, en primer lugar, las empresas que ya exportaban exitosamente parte de su producción y que han sido favorecidas por la devaluación constante del peso; las grandes empresas que se reestructuraron gracias a apoyos gubernamentales de distinto tipo (estímulos fiscales, subsidios cambiarios), las empresas transnacionales que orientaron sus actividades domésticas, también con apoyo gubernamental, y que fueron ampliando su participación en la economía nacional asociadas muchas veces con empresas propiedad de nacionales; las maquiladoras, que ocupan un papel privilegiado dentro de los nuevos patrones de división internacional del trabajo. Los perdedores en el proceso han sido los capitales que dependen fundamentalmente de la dinámica del mercado interno, las pequeñas y medianas empresas que no fueron apoyadas por los programas gubernamentales y que no fueron incorporadas en las estrategias de reestructuración de las transnacionales (por ejemplo, la industria de autopartes).

Es importante destacar que la desregulación y liberalización del comercio y la inversión extranjera directa no eliminaron el proteccionismo.

Éste ha subsistido, ciertamente en menor grado y bajo formas menos evidentes (los impuestos al comercio exterior son menos "agresivos" que los permisos previos o las cuotas; los bajos salarios en el país son negativos para las empresas que cubren la demanda doméstica, mientras que son altamente positivos para las exploradoras), pero sus beneficios ahora son las empresas y sectores articulados a los mercados internacionales –segmento altamente transnacionalizado– en detrimento de los ligados a la dinámica del mercado interno.

El auge de las actividades de especulación financiera (de miles de millones de dólares) se desarrolló a partir de la expansión del mercado de valores y de su conversión en una verdadera banca paralela que no podía estar reglamentada exhaustivamente por el marco legislativo vigente. A la existencia de vacíos regulatorios en lo referente a las operaciones de las cosas de bolsa se sumó la violación sistemática de las reglas existentes (como el manejo de información privilegiada) y la falta de voluntad de reglamentar situaciones nuevas (entrada de capitales extranjeros, entre otras). Entre el *crack* de la bolsa de valores en 1987 y la constitución del Fobaproa con fondos públicos para salvar al sistema bancario recién privatizado hay una clara continuidad que expresa el poder de los grupos

financieros emergentes. La especulación cambiaria, que aunque limita en volumen fue facta detonante de las devaluaciones de 1976 y 1982, adquirió una importancia desmentida debido a la expansión de los flujos por motivos comerciales, financieros y especulativos resultantes de la creciente articulación de la economía mexicana a la economía mundial.

La desregulación liberalización financiera tampoco eliminaron la protección a los grupos financieros. Como en el caso de la liberalización comercial, lo que hubo fue un cambio en los beneficios de dicha protección. La impunidad con que han actuado los grandes representantes de las finanzas,. Utilizando información privilegiada y realizando operaciones ilegales,²⁷ confirma la libertad con que se ha dejado operar a los empresarios en contra de los derechos sindicales y contractuales de los trabajadores. Esta liberta de acción absoluta para el capital en contra de los intereses del resto de la sociedad es la marca distintiva de *modus operandi* de los nuevos grupos hegemónicos en el país.

La transición de una modalidad de acumulación sostenida en el proteccionismo y centrada en el mercado interno a otra modalidad neoliberal orientada hacia los mercados internacionales no ha sido sencilla, por su carácter socialmente excluyente. El avance de la nueva modalidad se ha sustentado en la pauperización de extensas capas de la sociedad mexicana, que no sólo han tenido que aguantar "amargas medicinas" durante ya más de 15 años, sino que han visto cerradas perspectivas de progreso para ellos y sus hijos. No sólo ha caído el poder adquisitivo, sino que se ha estancado la creación de empleos y contraído el gasto social. Entre 1982 y 1988 las inversiones de salud declinaron de 4.7 a 2.7% del PIB, por lo que inclusive el Banco Mundial reconoció en 1990 que el gobierno mexicano puede estar gastando en salud menos de lo debido. Los gastos educativos en el país declinaron entre 1982 y 1990 en alrededor del 21% (pasando de 5.5 a 2.5 % del PIB). Así, mientras México gastaba en educación alrededor de 45 dólares al año por personas, Estados Unidos gastaba 1 400 dólares. En 1982 el salario promedio de los maestros ascendía a 3.5 veces el salario mínimo; en 1990 era de únicamente 1.5 veces.²⁸ durante la década de los noventa estas tendencias se han acentuado; por lo demás, en los últimos veinte años las luchas de los sindicatos obreros, las movilizaciones magisteriales, campesinas y de pobladores urbanos y el resurgimiento del movimiento estudiantil han sido expresión de la oposición militante de numerosos grupos sociales a los embates de las políticas neoliberales en los distintos ámbitos de la economía y la sociedad.

El avance de la modalidad neoliberal de internacionalización perturbó la totalidad de los equilibrios de poder existentes en el país. No sólo ha suscitado la oposición de contingentes populares, sino que ha generado reacciones contrarias por parte de sectores empresariales y de grupos dentro del propio gobierno que se niegan a

²⁷ Si bien Legorreta cayó en prisión por actividades fraudulentas guante el *crack* se 1987, hoy es cabeza del grupo.

²⁸ Carlos Heredia y Mary Purcell, "Structural adjustment and the Polarizations of Mexican Society", en Jerry Mander y Edward Goldsmith (eds.). *The Case Against the Global Economy* Sierra Club Books, San Francisco, 1996, pp. 273 y ss.

renunciar a los postulados nacionalistas demandadas de la Revolución mexicana, o bien se sienten afectados en sus intereses particulares por las nuevas políticas.

El desorden económico., político y social a finales de la década de los ochenta fue resultado de las conjunción de varios factores: la voracidad con que se dejó actuar (no desinteresadamente) a ciertos grupos monopólicos emergentes; las relaciones de los grupos afectados en sus intereses vitales, tanto del sector empresarial como de grupos sindicales (como el "quinismo" en el sindicato petrolero) ligados a la modalidad d acumulación anterior; el creciente descontento social que encontró un cauce inédito en el país con la alianza entre la izquierda histórica del país y la disidencia del partido oficial. Sin embargo, no hay una que la crisis político-electoral de 1988 se profundizó y no encontró cauce positivo por la falta de maduración de una alternativa real de poder, en segundo lugar, por la propia reacción de la "familia revolucionaria" que, ante el evidente peligro que enfrentaba, cerró filas metiendo en cintura a los indisciplinados internos (incluso por la fuerza, como a Joaquín Fernández Galicia, "La Quinta") y aceptando a final de cuentas la hegemonía de la nueva alianza entre la tecnocracia y el capital monopólico financiero, finalmente, por el apoyo indudable que el capital transnacional otorgo al régimen mexicano con la renegociación de la deuda externa (Plan Brady).²⁹

Al iniciarse la administración Salinas, la nueva alianza hegemónica demostró su capacidad "ordenadora" mediante la puesta en operación del Pacto de Solidaridad Económica. El sector empresarial aceptó una relativa disciplina de precios, condición indispensable para frenar la inflación y la caída en el poder adquisitivo de los trabajadores, así como la irreversibilidad de la apertura comercial. El gobierno se comprometió a profundizar el programa privatizador para incluir a la banca, alo sistema telefónico, carreteras, puertos, aeropuertos y petroquímica, asimismo postergó la reforma tributaria iniciada en 1987³⁰ y suspendió la discusión sobre la posibilidad de gravar las ganancias intereses obtenidos en el mercado de valores.

Este esquema de negociación consolidó la alianza entre los grupos monopólicos emergentes y la tecnocracia por medio de sólidos lazos económicos. Ejemplos de ello fue el proceso de privatización de Telmex y de la banca, cuyo precio global de venta fue de alrededor de 18 mil millones de dólares. Los compradores fueron en su mayoría los beneficios del crack de 1987, del que obtuvieron los recursos necesarios para participar en la subasta. Pero además el gobierno les vendió a crédito a costa de incrementar la deuda pública a través de la emisión masiva de Cetes, Tesobonos y otros instrumentos. En 1990, con los ingresos de las ventas de las empresas públicas se creó un Fondo de Contingencia para enfrentar

²⁹ Rivera, op. Cit., 1997, pp. 51-54

³⁰ Se difirió la eliminación del sistema de créditos fiscales (Ceprofis) que beneficiaba a las grandes empresas. Carlos Valero Flores y Nicolás Mandujano Ramos, "El sistema tributario mexicano y la reforma fiscal, 1988-1996", Comercio Exterior, Vol. 48, núm. 6, México Junio de 1998, p. 474.

adversidades y pagar deuda interna y externa. Sin embargo, en 1993 se decidió utilizar la totalidad del fondo (18 mil millones de dólares) sólo para pagar la deuda pública interna. ¿Con quiénes estaba el gobierno? ¿A quiénes les pagó, con grandes rendimientos, dicha deuda? Los principales poseedores de títulos de deuda pública eran, por supuesto los mismos que habían comprado a crédito las empresas recién privatizada. Un negocio redondo para ellos, pues con los intereses que obtuvieron por "prestarle" dinero al gobierno pagaron parte importante del costo de las empresas y bancos que compraron. En cambio, para el país fue un mal negocio, pues el ingreso por la venta de paraestatales desapareció de las arcas públicas, reduciéndose los márgenes de maniobra para enfrentarse emergencias económicas.

Paralelamente, la administración salinista desarrolló una política de gasto social selectivo (parasol) cuyo objetivo era paliar la miseria de los grupos más pauperizados con el objetivo de ganar lealtades políticas y electorales. En el plano sindical se impulsó un sindicalismo neocorporativo, como alternativa al viejo sindicalismo oficial, que ha establecido relaciones de colaboración "responsable" con los patrones sin necesidad de la mediación estatal (Telmex, Fesebes, UNT).

El fracaso de la modernización neoliberal

Para comprender integralmente al neoliberalismo se debe diferenciar sus aspectos prácticos de sus aspectos ideológicos. Evaluar las políticas neoliberales en términos de su adhesión a los principios "teóricos" de sus expositores que en realidad son más bien de carácter ideológico, conduce a un callejón sin salida. Discursivamente la doctrina neoliberal plantea una intervención estatal mínima para lograr, en un contexto de libertad absoluta, el máximo de bienestar de los individuos que conforman la sociedad. Se acepta que estos son los medios y objetivos reales de la cruzada neoliberal, entonces puede argumentarse que los saldos negativos en términos de bienestar y de estabilidad de las políticas hegemónicas en los últimos lustros no se deben a su carecer neoliberal. Se puede aumentar que sus efectos negativos resultan de no haber eliminado totalmente los obstáculos al libre funcionamiento de los mercados, o bien a que los saldos positivos de la liberalización de los mercados y del retroceso del intervencionismo estatal han sido contrarrestados por la persistencia de estructuras políticas antidemocráticas.³¹

Lo que debe ser claro es que las políticas neoliberales fueron impulsadas como reacción a la disminución de la rentabilidad general del capital, reacción que en el contexto de debilitamiento de las opciones de valorización productiva fue hegemonizada por la lógica de los capitales financieros y especulativos. EL objetivo

³¹ Es lo que plantea Rivera (op. Cit., 1997, 139): "La vulnerabilidad del proyecto de modernización salinista [...] no radica en la implantación de reformas de libre mercado que en todo caso fueron inconclusas y con frecuencia inconscientes, sino primeramente en la naturaleza popular de la relación entre el núcleo promotor de la reforma, la tecnocracia y el principal destinatario (y beneficiario) de la misma, el gran capital monopólico-financiero".

estratégico de las políticas neoliberales, no ha sido, de ninguna manera, la reducción del intervencionismo estatal por sí mismas, sino el reforzamiento de la rentabilidad del capital. Ello ha pasado, efectivamente, por el desmantelamiento de aquellos aspectos, mecanismos e instituciones estatales que regulaban la exportación del trabajo, el desarrollo nacional y las relaciones internacionales frente a la valoración del capital. En contra partida, ha implicado el fortalecimiento de toda aquella práctica de intervención estatal enfocada a elevar la rentabilidad, intensificar y controlar al trabajo, facilitar los flujos internacionales de capital y fortalecer los mecanismos de transferencia de valor de las clases trabajadoras al capital y de las regiones y países más atrasados a las potencias capitalistas. Por esta razón, las políticas (y los políticos) neoliberales son por naturaleza, pragmáticas, disminuyendo la intervención estatal en ciertos campos de la economía (educativa, seguridad social), pero fortaleciéndola en todo aquello que estimule la rentabilidad o que ayude a controlar el desconvenido que genera.

Cuando el Banco Mundial critica aspectos de la instrumentación de las políticas neoliberales que él mismo predica e impone, lo hace no por consideraciones "humanitarias", sino porque, llevadas al extremo por sus operadores locales, dichas políticas ponen en riesgo la propia reducción del capital. Por ello se "aceptan" ciertas políticas intervencionista específicas tendientes a apoyar a los sistemas financieros del riesgo del gobierno ante ataques especulativos (lo que no implica de tener la especulación), de garantizar la calidad de los recursos humanos que requiere el capital (lo que no implica masificar la educación), de regular la competencia atenuando sus aspectos más destructivos (lo que no implica poner trabas a la concentración y centralización del capital), de preservar ciertas reservas ecológicas (sin importar el exterminio de sus pobladores), de mitigar los aspectos más negativos de la misma (para impedir alzamientos sociales). Lo que no es permitido son políticas intervencionistas *globales* que cuestionen la libertad de los consorcios monopólicos hegemónicos. Por ejemplo, en el caso del llamado liberalismo social salinista, por más avanzada que pudiera ser la Ley de Competencia Económica, sus objetivos no fueron nunca los de promover la "libre competencia" en abstracto, sino más bien regular los conflictos que se suscitarán en un nuevo contexto caracterizado por la creciente concentración y centralización del capital y por su mayor articulación a la economía mundial. Es por ello, y no por falta de voluntad, que la Comisión Federal de Competencia o pudo oponerse a la cartelización de los bancos mexicanos, que actualmente es una de las tendencias estructurales de la competencia a nivel internacional.³²

Por todo lo anterior, la vía "neoliberal" de reestructuración ha sido incapaz de eliminar los desequilibrios estructurales básicos que la economía mexicana ha mostrado de manera clara por lo menos desde mediados de los años setenta. Muchos de los negativos e insuficiencias de la planta productiva doméstica

³² No puede olvidarse que, en el caso de Estados Unidos, la ley antimonopolios ha sido usada preferentemente en contra, no de los consorcios empresariales, sino de los sindicatos.

asociada al proteccionismo aislacionista -estructuras monopólicas insuficientes progreso tecnológico, déficit externo crónico, lento crecimiento y escasa inversión productiva, inequitativa distribución del ingreso, concentración sectorial y territorial del producto y el empleo- fueron reproducidos, de manera ampliada, por el proceso de reestructuración. La persistencia de una fuerte dependencia del crecimiento del producto con respecto a las importaciones determina que cualquier reactivación genera tarde o temprano un fuerte déficit comercial y, por lo tanto, presiones devaluatorias. De hecho, la consolidación como rasgo estructural de la economía mexicana del circuito vicioso devaluación –inflación- devaluación es uno de los “aportes” principales de la política económica neoliberal instrumentado por los tres últimos gobiernos. Además, el efecto negativo de las devaluaciones cíclicas sobre el valor del capital fijo y de los bienes intermedios, importados en proporción importante, han determinado que el incremento de las tasas de explotación del trabajo no se haya reflejado en la recuperación de la rentabilidad del capital social. En suma, la política de reestructuración neoliberal, si bien ha sido exitosa en términos del enriquecimiento desmedido de sus impulsores ha sido incapaz de reconstruir las condiciones generales de valorización y, por consiguiente, de acumulación del capital en México.

La azarosa marcha de la economía

La “recuperación” económica durante el gobierno de Salinas fue muy limitada (menos de 4% de crecimiento anual) y de ninguna manera permitió compensar la disminución del ingreso por persona resultante del estancamiento del producto durante el gobierno anterior. Además, dicha “recuperación” fue muy diferenciada. Mientras los momentos productivos más ligados a los mercados internacionales se expandieron arrastrados por las exportaciones (500 empresas altamente exportadas son responsables de 80% de las exportaciones), los segmentos productivos dependientes del deprimido mercado interno escasamente crecieron.

Los niveles globales de inversión productiva se mantuvieron bajos (durante el “auge” salinista nunca se recuperó el nivel anual máximo alcanzado en 1981), concentrándose también en las actividades de exportación que fueron las que avanzaron en la modernización de la planta productiva. La desviación del ahorro interno y externo hacia inversiones no productivas a varios factores. En primer lugar, al menos hasta 1988, muchas empresas pudieron reducir sus costos de producción sin necesidad de invertir en la innovación tecnológica de la planta productiva gracias a la caída en las remuneraciones y a la flexibilización de las relaciones laborales resultantes de la mutilación generalizada de los contratos colectivos de trabajo. La expansión y renovación de la planta productiva fue inhibida aún más por la contracción del mercado interno por los consiguientes bajos niveles de utilización de la capacidad instalada. En segundo lugar, el desproporcionado poder alcanzado por los nuevos grupos financieros receptores de un decidido apoyo por partes de los organismos financieros internacionales y

del proteccionismo gubernamental, indujo la subordinación de la reestructuración productiva al servicio de la deuda interna y externa, lo mismo que a la consolidación de dichos grupos. La alta rentabilidad e las inversiones productivas en acciones, deuda pública y diversas ha estado asociadas a la falta de regulación del funcionamiento del mercado de valores, a la ausencia de cualquier control de cambios, a una política fiscal que exime a la ganancia especulativa a una política monetaria restrictiva basada en altas tasas de interés. En este contexto, la realización de inversiones productivas exige muy altas tasas de rentabilidad que son difíciles de conseguir por los altos costos del financiamiento y por los mayores niveles de competencia por la apertura hacia el exterior. El empleo creció aún menos, en términos globales, que la producción debido al aumento en los rendimientos del trabajo por incrementos en la productividad e intensidad. Por su parte, las remuneraciones reales, si bien en promedio mostraron una ligera recuperación durante el gobierno de Salinas, tuvieron un comportamiento muy diferenciado, aumentando sobre todo en los sectores exportadores.³³

La nueva crisis económica

Aunque puede ser verdad que la rebelión en Chiapas 1994 incrementó los niveles de incertidumbre en el país, de ninguna manera fue la causa de la crisis que estalló a finales de dicho año. La nueva crisis cíclica hizo evidente que es justamente el carácter neoliberal del proceso de reestructuración y apertura la causa directa de la gran vulnerabilidad que exhibe la economía mexicana ante los vaivenes de la economía mundial.

Los vacíos regulatorios propios de las estrategias neoliberales en cuanto a los flujos de capital, reforzado por las carencias institucionales específicas de su aplicación en nuestro país, que han otorgado impunidad prácticamente total a aquellos que violan las limitadas regulaciones existentes, han originado una configuración económica estructuralmente muy inestable.³⁴

En todo caso, resulta claro, en el último año del sexenio salinista, la tremenda fragilidad de la "recuperación" económica que se había proclamado.³⁵ Al cumplirse una década de reestructuración neoliberal, la reaparición de fuertes déficit en la balanza comercial y en la balanza de cuenta corriente, simplemente por una leve dinamización de la actividad económica, hacían prever una nueva crisis de deuda externa y, por consiguiente, del tipo de cambio. Si la nueva crisis no estalló antes

³³ Un análisis de la creciente diferenciación salarial entre las industrias manufactureras se realiza en Mariña, op. Cif., 1999.

³⁴ Esta idea contrasta con lo expuesto por Rivera (op.- cit., 1997, p. 12) quien señala que "el avance objetivo logrado por México [...] desde 1982 lo protege hasta cierto punto de los cambios erráticos que [...] solían acompañar a los *shocks* traumáticos en los países de América Latina.

³⁵ En contra del desmesurado optimismo existente en círculos gubernamentales y académicos con respecto al éxito de la reestructuración salinista, la alta posibilidad de una nueva crisis fue prevista, entre otros, en Abelardo Mariña Flores ("México: una década de reestructuración", El Día Latinoamericano, México, 6 de abril de 1992, p. 20) y Vladimiro Brailowsky ("Economía mexicana, viejos y nuevos desequilibrios", Nexos, núm. 175, México, julio de 1992).

fue por una coyuntura internacional favorable caracterizada por el auge cíclico de los mercados de valores emergentes, que entre 1989 y 1994 cuadruplicaron su recepción de flujos de inversión privada, principalmente accionaría.

En el contexto interno de liberalización de la inversión extranjera y de apertura ilimitada de la Bolsa de Valores a los extranjeros, México se volvió un importante receptor de flujos de inversión altamente volátiles, algunos provenientes de los fondos de pensiones de Estados Unidos, otros fueron de carácter francamente especulativos y contribuyeron a compensar de manera momentánea el creciente déficit externo. Otro rubro que contribuyó a equilibrar crecientemente el déficit externo fue la entrada de divisas catalogadas como "errores y omisiones", y de la que hay amplias sospechas de estar relacionadas con actividades ilegales como el narcotráfico (aunque el gobierno estuvo que fundamentalmente se deben al aumento en las remesas de los trabajadores emigrantes).

Mientras tanto, los tecnócratas en el gobierno se apresuran a proporcionar explicaciones a veces ingeniosas, pero a la postre profundamente equivocadas. A pesar de la amplia evidencia empírica existente,³⁶ se negaba la sobrevaluación del peso diciendo que, a pesar de los diferenciales de inflación con respecto a los de Estados Unidos, los costos salariales internos seguían siendo más bajos.³⁷ Se alegaba además que el déficit comercial era un desajuste temporal asociado al proceso de reconversión de la planta industrial y se señalaba que el déficit en cuenta corriente no era resultado de desequilibrios internos, sino causado por el ingreso de capitales externos; por lo tanto, se afirma que en vez de ser signo preocupante demostraba más bien la confianza que inspiraba a los inversionistas extranjeros una economía esencialmente sana como la mexicana. En gran medida tales "equivocaciones" resultaban interesadas. La observación cambiaria beneficiada principalmente a los importadores, tanto fabricantes internos como distribuidores de productos extranjeros. Además, por los bajos niveles de integración nacional de las exportaciones, los exportadores, si bien perdían competitividad por vía cambiaria, en los hechos eran subsidiados a través de las importaciones subvaluadas y por supuesto, de los bajos salarios. En cambio, los productores poco articulados con los mercados internacionales se veían afectados por la avalancha de las importaciones baratas, muchas de ellas vendidas en el país a precio *dumping*.

Por otro lado, es verdad que la sobre evaluación cambiaria fue uno de los puntuales del combate antiinflacionario posibilitando un frente temporal a la caída de las remuneraciones reales promedio del trabajo. En algunos segmentos obrero – básicamente los ubicados en sectores exportadores-, en el caso de los empleados no productivos y en los sectores de clase media hubo un incremento

³⁶ Morales señala cómo la sobrevaluación del peso era evidente por lo menos desde 1991. Raúl Morales, "México: valuación de la moneda y sostenibilidad del tip de cambio", Comercio Exterior, México, abrió de 1996, p. 300.

³⁷ Aumento es cierto

neto en el poder de compra. Estos resultados fueron la base para el apuntamiento político del gobierno salinista y explican, en gran medida, el triunfo electoral del PRI en 1994, a pesar del grave deterioro político que había ya exportado, En 1992 se había presentado un "minitrack" de la Bolsa de Valores que fue enfrentando con aumentos en las tasas de interés para frenar la salida de capitales, lo cual tuvo un impacto francamente negativo sobre el crecimiento del producto y sobre la cartera de deudores de los bancos. El fin del auge internacional de los mercados de valores emergentes, en 1993, y el desarrollo de una grave crisis política al interior del grupo gobernante a comienzos de 1994, convirtieron en insostenible el déficit en cuenta corriente, que en 1993 llegó a casi 30 000 millones de dólares. El asesinato de Colosio generó un pánico cambiario que frenó, relativamente con la elevación de las tasas de interés y la colocación masiva de Tesobonos (hasta sumar 30 000 millones de dólares) que, de hecho, incrementó desmedidamente la deuda externa pública de corto plan. Al mismo tiempo, el gobierno se comprometió "discretamente" con los fondos mutuales de Estados Unidos a sostener el tipo de cambio.

Una vez que Zedillo ocupó la presidencia, los barones del dinero (empresarios y políticos) decidieron que ya no era imprescindible sostener la paridad del peso respecto al solar. Utilizando información privilegiada sobre la disminución de las reservas (entre marzo y diciembre salieron del país 19 000 millones), se cubrieron en términos cambiarios frente a las presiones devaluatorias, con lo que profundizaron dichas presiones y provocaron, finalmente, una devaluación en cascada. Por su parte, los traicionados inversionistas extranjeros sacaron sus capitales y se negaron a renovar sus tenencias de Tesobonos.³⁸

¿Realmente fueron "errores" lo de diciembre de 1994? ¿O más bien fueron festejos navideños adelantados para unos cuantos especuladores? el hecho indudable es que extraordinario déficit en cuenta corriente y la enorme deuda en Tesobonos hicieron impostergable la devaluación que hecho por tierra, como castillo de naipes, la endeble construcción. La sombra de un país insolvente se levantó como un fantasma que pulverizó sus frágiles reservas, fue enorme la sangría en dólares y, en vez de un ligero deslizamiento, el peso se desplomó, por supuesto, con el temor del sistema financiero internacional de que no fueran pagaderos los documentos de próximo vencimiento.

A continuación se transcriben algunos párrafos relativos a los momentos culminantes de la crisis mexicana de 1994-1995, como aparecen en el libro de los periodistas alemanes Hans- Meter Martín y Harold Schumann.³⁹

El pánico se extendió entre los grandes bancos neoyorquinos de Wall Street y los fondos de inversión vinculados a ellos[...] Habían invertido más de 50 mil millones

³⁸ Es importante señalar que la devaluación no fue provocada por la fuga de capitales, sino a la inversa, la devaluación expuso temporalmente al capital de inversión de portafolio más comprometido con la reforma económica" (Rivera, op, cit., 1997, p.99).

³⁹

de dólares en empréstitos del Estado mexicano, acciones y obligaciones [...] México fama de haberse convertido en un Estado sólido desde el punto de vista político-financiero, que había cumplido con todas las instrucciones del FMI para el saneamiento del Estado y la economía [...] Pero ahora una masiva pérdida de valor amenaza el patrimonio de los inversores extranjeros [...] En sólo tres días el peso perdió no un 15% sino un 30% de su contravalor en dólares [...] (En Washington se reunió de urgencia un gabinete de crisis [...] uno de los proyectos del Presidente Clinton amenazaba con fracasar: la estabilización económica del vecino país del sur [...] Así que se puso en marcha una acción de salvamento que el Washington Post bautizó como la operación "Peso Shield" (Escudo del peso).

Después de tres semanas de negociaciones [...] el problema pareció inicialmente resuelto [...] El presidente Zedillo prometió el inmediato saneamiento de las finanzas públicas y el gobierno del Presidente Clinton anunció que su gobierno apoyaría a México con garantías creditas por 40 mil millones de dólares [...] Nadie debía temer que el Estado mexicano dejara de pagar a sus acreedores extranjeros [...] pero la situación incluso empeoró [...] De repente los inversores se desprendían de acciones y empréstitos de todos los países situados en el umbral del desarrollo [...] en los *llamados emerging markets*...

A la cuarta semana de crisis inclusive la cotización dólar emprendió un rumbo de descenso [...] Alan Greenspan ... lanzó la advertencia: "La fuga mundial de capitales amenaza la tendencia global hacia la economía de mercados y la democracia [...] " A partir del 30 de enero (de 1995) estuvieron en comunicación permanente León Pnetta y Michel Camdessus. En una carrera sin precedentes éste recibió la autorización de "actuar con independencia en caso de emergencia [...]" El FMI prestó 17 mil setecientos millones de dólares y el Presidente Clinton, en una acción administrativa sin autorización del Congreso, tomó la decisión de apoyar a México con 50 mil millones de dólares [...] México pagaría todas sus deudas [...] Ese ha sido el mayor programa internacional de ayuda crediticia otorgado desde 1951, superando sólo por los pagos hechos en el marco del Plan Marshall [...] El director del FMI, Michel Camdessus, no ahorro supurativos para justificar la acción. El caso de México, explicó el director del FMI, "era la primera gran crisis de nuestro nuevo mundo de mercados globalizados [...]" Simplemente había tenido que actuar, de otro modo "se habría producido una verdadera catástrofe mundial [...]"

Numerosos observadores y críticos no convencidos del *boom* mexicano, sin embargo, concluyeron simplemente que se trataba de una "salvación para especuladores y que no entendían por qué razón ello contribuyente norteamericano tenía que garantizar las cuantiosas ganancias de los inversionistas que había comprado bonos mexicanos (con elevados rendimientos) inclusive a posteriori. William Buitre, profesor de economía de la Universidad de Cambridge, dijo que todo aquello había sido simplemente un "regalo de los contribuyentes a los ricos".

Los periodistas alemanes concluyen:

El contrato de México fue ambas cosas: quizás la más asada defensa para evitar una catástrofe sin precedentes en la historia de la economía y una desvergonzada rapiña contra la caja fiscal de los países pagadores a favor de una minoría pudiente [...] Naturalmente que el crédito multimillonario sirvió a los especuladores- respondió el director del FMI a sus críticos-, confesando también abiertamente que "el mundo está en manos de esos tipos.

El hecho dramático abrió la gran interrogación: ¿quién había sido el verdadero culpable de la crisis quien se desencadenó? En todo caso, la "distribución" de las responsabilidades fue uno de los motivos agudos de la ruptura entre Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, cuando funcionarios de éste sugirieron que no se había procedido oportunamente a la necesaria devaluación, y aquél respondió con violencia que la catástrofe, más bien, se debía a los "errores de diciembre".

No se trata, por supuesto, de emitir un discutible juicio salomónico, pero el hecho es que la responsabilidad parece compartirse; por un lado, la política anterior condujo a la angustiada situación económica, mientras que el presidente Salinas eludió una de las "reglas de oro" no escritas del sistema político: que el presidente saliente asuma las decisiones difíciles para "liberar" al nuevo mandatario de las medidas impopulares. Por su lado, no hay duda que el presidente Zedillo se abstuvo de tomar las decisiones necesarias al principio de su mandato y, sobre todo, multitud de inicios conforman que los recién colegados responsables de la economía actuaron con una lamentable torpeza e ingenuidad (?) que propició la desbandada, una desbandada que se inició por el grupo relativamente restringido de los mexicanos "más ricos", que aprovecharon información privilegiada- difundida con torpeza por los encargados del manejo de la economía- y que nuevamente mostraron que para ellos existe sus intereses y no la idea de una nación para el conjunto.

Es importante destacar que la crisis mexicana de 1994-1995 fue la primera gran crisis de la globalización financiera neoliberal y, por consiguiente, antecedente de las crisis asiáticas de 1997-1998, de Rusia y de Brasil en 1998-1999. por el monto de las posiciones extranjeras involucradas, y por lo incierto del panorama político interno, el gobierno de Clinton apoyó de lleno al gobierno mexicano, como hemos visto. Enfrentando fuertes reticencias en el Congreso estadounidense, finalmente se acordó un rescate de 50 000 millones de dólares, fundamentalmente para apoyar el pago a los tenedores nacionales y extranjeros de Tesobonos. A cambio, se redujeron aún más los márgenes de autonomía en la toma de decisiones internas.

La crisis cambiaria, asociada a los incontrolados flujos internacionales de capital, tuvo graves efectos dentro del país. Se tradujo en una grave crisis financiera, en la quiebra del sistema bancario mexicano y en una fuerte recesión productiva y de empleo. La actual crisis del sistema financiero mexicano tienen como antecedentes la reprivatización del sistema bancario, la salvaje desregulación del sector, la sobre expansión crediticia que se desarrolló entre 1988 y 1994 (el crédito al sector

privado aumentó de 14 a 55% del PIB) y la sobre exposición del sistema a los flujos internacionales de capital. Con el gran aumento de las tasas de interés durante 1995, que fue una de las respuestas al pánico cambiario, sumada a la recesión, la cartera vencida, que ya constituía un fuerte problema, se disparó de 15 a 44% de los préstamos colocado en una situación de quiebra técnica a la mayor parte de los bancos recién privatizados. En vez de dejar quebrar a los bancos insolventes a los depositantes y fortalecer la capitalización de los bancos más solventes, se decidió rescatar a los neobanqueros a pesar de evidentes signos de corrupción e ineficiencia. Los programas de "apoyo" a los pequeños deudores (hipotecarios y pequeños empresarios), a pesar de su alto costo fiscal, beneficiaron principalmente a los bancos sin resolver el problema de fondo. Los mecanismos de apoyo a la banca (inicialmente de carácter privado, aunque con apoyo gubernamental), el Procapte (para recapitalización) y el Fobaproa (para comparar cartera vencida) perdieron su especificidad y, ante la falta de supervisión y evidente conflictos de intereses, se convirtieron en un mecanismo de subsidio injustificado a los banqueros y en cobertura de numerosos y cuantiosos fraudes. La crisis productiva y del empleo durante 1994 y 1995 ha sido indudablemente la más grave en México desde los años de la Gran Depresión. El PIB cayó en casi 6% en 1995, la inflación se disparó lo mismo que el desempleo abierto. Únicamente durante 1996 se registro una pérdida de más de 800 000 puestos de trabajo.⁴⁰

Devaluación y auge explorador

La devaluación incrementó la competitividad de los productos mexicanos, y con ello ha fomentado las exportaciones principalmente a los Estados Unidos, pero también a Europa y Asia. Por su parte, la profunda recesión interna llevó a reasignar producción del deprimido mercado interno hacia el exterior. Así, el auge explorador que ha vivido México a partir de 1996, pregonado como resultado de una inserción más eficiente en la globalización económica mundial, lejos de reflejar la buena salud de nuestra economía podría decirse que demuestra precisamente lo contrario. Las exportaciones siguen basadas en ventajas comparativas tradicionales (recursos naturales, bajos salarios, etc.) más que en el desarrollo de un núcleo tecnológico endógenamente integrada y dinámico.

Según dijimos, únicamente alrededor de 500 empresas grandes, la mayor parte de ellas transnacionales o nacionales con socios extranjeros, son responsables de 80% de las exportaciones. La pequeña y mediana empresa, sumamente vulneradas en todo el proceso, prácticamente no ha participado del auge explorador, ni directa ni indirectamente como proveedora de los grandes exploradores. Este resultado de la ruptura de las décadas productivas explica la persistencia de coeficientes de importaciones muy altos así como del crónico déficit en la balanza comercial que,

⁴⁰ M. Tonatiuh Águila Medina, Abelardo Mariña Flores y Edur Velasco Arregui, "El fracaso del mito del mercado", El Cotidiano, n.º 74, UAM-A, México, enero-febrero de 1996, pp. 121-122

aun con la tímida recuperación de 1997, volvió a reaparecer generando nuevamente presiones devaluatorias.

En general, puede decirse que un resultado básico de poco más de tres lustros de reestructuración neoliberal ha sido la de la dualización extremada la economía mexicana en diversos planos. Un segmento de la planta productiva, altamente transnacionalizado, ha logrado insertarse eficientemente a los circuitos comerciales internacionales. En dicho segmento el empleo se ha incrementado, al tiempo que las remuneraciones reales se han recuperado concientemente en los últimos años. Sin embargo, por sus altos niveles relativos de tecnificación tienen realmente una capacidad de generación directa de empleo muy reducida. Al haber apoyado su estrategia de exportaciones en la desnacionalización de sus proveedores y de sus fuentes de financiamiento, contribuyó fuertemente a la fractura del aparato productivo. Ello explica por un lado su menor vulnerabilidad a las crisis cíclicas internas (ya que se relaciona prioritariamente con agentes económicos externos), y por el otro, sus reducidos efectos dinamizadores sobre la producción y el empleo del resto de la economía.

Debe decirse que el desmedido poder que adquirieron los grupos monopolísticos de capital financiero en el país les ha permitido, con la anuencia y asesoría de los tecnócratas en turno en el poder, hacer recaer los costos de las crisis cíclicas sobre las grandes mayorías de la población del país, mientras que grupos reducidos lucran con las mismas. Es decir, las crisis recurrentes que afectan gravemente a la mayoría de la población, lejos de perjudicar negativamente a esos grupos les ha permitido afianzar su poderío económico y político. La persistencia de un sistema tributario totalmente regresivo, cuyo sustento son los contribuyentes cautivos (trabajadores y consumidores), la exención absoluta de impuestos a las ganancias especulativas (por enajenación de acciones), son nuestra clara no sólo de la voracidad de estos grupos, sino de su poder.

Es importante señalar que la modalidad de acumulación vigente, si bien está claramente sesgada en favor de las esferas y actividades de valorización no productivas, no necesariamente implica enfrentamientos concentrados, tienen estructuradas muy diversificadas que les permiten diluir riesgos entre distintos tipos de actividades. Por esta razón se dificulta enormemente el reemplazo de dicho sesgo por uno "más favorable a la producción, la exportación, la innovación, la calificación laboral y el establecimiento de formas de salario participativo"⁴¹ El grupo hegemónico en el poder, lejos de estar pensado en reformas a su proyecto, está buscando su profundización. La insistencia en reformar la legislación laboral, que en los hechos ya han avanzado desde hace varios años, y se propone profundizarlos. Las propuestas de reforma laboral de los partidos políticos (PAN, PRD), si bien contienen algunos elementos positivos aislados, no han tomado en cuenta que el asunto es prioritario en la agenda del capital, no en la de los trabajadores. Muestra clara de ello es el rechazo a cualquier reforma laboral y la reivindicación del cumplimiento de las leyes aún vigentes por parte de los pocos

⁴¹ Como propone Rivera, (op. Cit. 1997, p.,141).

sindicatos que raramente han discutido este tema.⁴² Además, al aceptar pragmáticamente la legalización de los programas de productividad, se terminan avalando uno de los puntales de la estrategia neoliberal de reestructuración y que constituye la base objetiva de la precarización y pauperización de los trabajadores: la conversión del salario de medio para la reproducción de la fuerza de trabajo (que es de interés vital para los trabajadores), en una mera retribución a la eficiencia productiva del trabajador (que es de interés vital para el capital). En dirección similar apunta la propuesta gubernamental de constituir una "política económica de Estado". dicha iniciativa tiene como objetivo, justamente, institucionalizar el modelo existente y garantizar los espacios que han ocupado los nuevos grupos monopólicos ante la eventualidad realista de una alternancia en el poder político del país.

LA IMPUGNACIÓN AL AUTORITARISMO: SE INICIA EL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN

Hemos ya sugerido que la contrarrevolución neoliberal se llevó a cabo con los instrumentos políticos con que contaba un poder crecientemente centralizado y autoritario. Es decir, no se trató de una transformación histórica conmensurada socialmente, sino de una iniciativa tomada desde lo alto de la pirámide política que se transmitió hacia abajo sin apelación. Para quienes han detentado el poder y para las clases y grupos sociales favorecidos por tal imposición, el horizonte parecía claro y sin nubes que empañara su visión de un futuro favorable a sus intereses. No obstante, el movimiento democrático de México ha suscitado una movilización permanente e iniciado la transformación del poder tradicional concentrado y excluyente, e impugnado el autoritarismo y el modelo económico neoliberal. La "nueva" sociedad civil del país, activa y plena de iniciativas, ha promovido la lucha por la democratización de México, y se ha opuesto a la centralización autoritaria de los poderes y rechazado los desequilibrios económicos que han empobrecido a amplios sectores del país.

Es verdad que en la historia a amplios cambios como cortes o fracturas tajantes, en que lo nuevo se separa de un golpe de lo viejo. Las formas de vida y sus significados se diluyen de manera gradual y los nuevos estilos hacen lentamente su aparición, ensanchándose y afirmándose pausadamente la nueva situación. Las formaciones sociales anteriores se desvanecen y aparecen gradualmente las nuevas, presentándose entonces etapas o periodos históricos en que "coexisten" valores y formas de vida diferentes, en que lo viejo se niega a abandonar el escenario y lo nuevo se esfuerza por desplazar y ocupar el lugar de las formas que ya se retiran. Visto en una perspectiva histórica amplia, el cambio de la tradición patrimonial y comunitaria hacia la modernidad en México, como en otros lugares del mundo, abarca amplios periodos.

⁴² Foro: Los trabajadores ante la LEY Federal del Trabajo, UOM/CIPO/SME/ANAD, México, 1998.

Este proceso, como hemos sugerido condensando el análisis, abarca en nuestro país desde la reforma hasta nuestros días, incluyendo la aceleración extraordinaria del proceso de transformaciones que desencadenó la Revolución mexicana.

Es conocida la relación: a una sociedad *patrimonialista* corresponde una estructura de poder también patrimonialista e inclusive paternalista.

La concentración del poder en el ejecutivo mexicano, y más aún, la forma del ejercicio del poder, en la que el presidente de la República ha representado el peldaño más alto de la pirámide política, con prerrogativas y facultades decisorias excepcionales, encarnando el centro de imputación de todo el sistema político y su "último" fiel de la balanza, tendría "típicamente" la forma de un poder correspondiente a la sociedad *tradicional*.

En realidad, en la historia reciente de México, en cuanto a la estructura de su sistema político, nos encontramos con un profundo *anacronismo*.

En México se ha ido agudizando la contradicción entre un Estado "cerrado" y "vertical", piramidal y disciplinado no a las leyes sino a la persona del presidente, y una sociedad que se ha diversificado y ha avanzado en el pluralismo, una sociedad más informadora y mejor educada que, ya desde hace años. Exige que el poder se abra y democrático, que deje atrás su estructura y su estilo paternalista y atienda, con los procedimientos políticos adecuados (democráticos). Las nuevas exigencias sociales, una sociedad que ya no sólo demandan al aparato de poder que se transforme y modernice, sino que comienza a lograrlo ya en las urnas, y que ha sido capaz de realizar una importante transformación en la Cámara de Diputados, arrancándole al PRI la mayoría automática e impidiendo una nueva mayoría configurada por los partidos de oposición, esencialmente el Partido de la Revolución Democrática (PRD), el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido del trabajo (PT). La oposición ha ganado en los últimos años la gobernatura de varios Estados y, de manera sobresaliente, el PRD la del Distrito Federal en 1997. el conjunto es un claro testimonio de la crisis por la que atraviesa el poder autoritario y centralizado en México.

El hecho es que, a lo largo de esa coexistencia conflictiva entre lo viejo y lo nuevo, entre lo tradicional y lo moderno, se ha afirmado cada vez con mayor fuerza la exigencia de la democratización del país. Podrían mencionarse variedad de acontecimientos políticos y sociales significativos que prepararon y ejecutaron la voluntad social de participación y democracia, y de radical oposición y rechazo a las estructuras anteriores del poder. En las elecciones de 1988 esa necesidad "estalló" espectacularmente por primera vez en década, con el ascenso en flecha de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas. Antes, el movimiento estudiantil de 1968, que se extendió más allá de las demandas circunstanciales del sector, exigió con toda energía que el Estado abandonara sus procedimientos cerrados y autoritarios y fuera sensible a los problemas de la sociedad, lo cual suponía necesariamente la transformación del poder. El poder, en aquellas trágicas jornadas, desafortunadamente prefirió ahogar por la fuerza un movimiento que

reclamaba simplemente democracia, demanda expresada de manera masiva por cientos de miles de estudiantes y otros importantes sectores de la población (por supuesto, el movimiento de 1968 fue más complejo que lo indicado anteriormente, entre otros rasgos habría que resalta su carácter *antiautoritario y antisistémico* general).

En tiempos más próximos, con motivo de los terremotos en ciudad de México en 1985, la expresión de una solidaridad espontánea que desbordo los marcos del poder establecido, subrayó también de manera impresionante que la sociedad anterior- y el poder anterior- habían sido trascendidos por un nuevo espíritu social y por una nueva sociedad capaz de participar activamente en la solución de sus problemas, 1968, 1985, 1988 y 1997: cuatro momentos de masiva oposición al paternalismo de los poderes establecidos. Por supuesto, debe mencionarse a Chiapas y el movimiento armado de los pueblos indígenas de esa región que apareció el 1 de enero de 1994, así como el conjunto de los acontecimientos políticos, sociales y económicos que se han acumulado en los últimos años en México, incluida la catástrofe económica de fines de 1994. este conjunto de hechos, que representa la mayor densidad política del país en décadas, han significado la permanente movilización de la sociedad mexicana y, directa e indirectamente, han impulsado poderosamente la transmisión democrática mexicana.

La movilización de la sociedad mexicana

Habremos de repetirlo: probablemente el hecho más "original" de la transición democrática en curso en México es- y ha sido- el de una movilización social permanente que ha "obligado" a las autoridades a reconocer, aun cuando sea parcialmente, que hoy son diversos los puntos de referencia de la política en el país, los cuales deben atenderse obligatoriamente bajo el peligro de que se sucedan fracasos estrepitosos, y de que se agudice el sentimiento cívico de ilegitimidad del poder público. Nuevas reglas comienzan a configurarse en el horizonte de la democracia y de la actividad política mexicana.

La movilización a que aludimos se ha expreso por diversos caminos y con diferentes estilos: los trabajadores disidentes del "movimiento" obrero oficial que han logrado reapropiarse del primero de mayo como conmemoración clasista opuesta al neoliberalismo; la organización de los deudores al sistema bancario (El Barzòn), a quienes el aumento desmedido de los intereses ha arruinado desconsideradamente – sobre todo a los deudores individuales de hipotecas, préstamos para compra de automóviles o tarjetas de crédito, incluyendo a pequeños y medianos empresarios- ; todas aquellas agrupaciones que luchan a favor de los derechos humanos, de los derechos de las etnias y de los grupos indígenas, en favor de la igualdad de los sexos y de la conservación del medio ambiente, etc. El elemento común profundo de todas estas expresiones, en que se han anclado sus variadas protestas, ha sido la exigencia de una democracia nueva

en México y el rechazo a que se prolongue una situación en que no se escucha la voz de la sociedad sino exclusivamente la voluntad concentrada de los intereses y de los más altos jerarcas de la pirámide del poder.

Como elemento catalizador de la existencia democrática y de su avance en México, no puede desconocerse el papel fundamental que ha desempeñado el EZLN, y su convocatoria de movilización democrática dirigida a la sociedad civil. Probablemente este aspecto del significado contemporáneo del EZLN no ha sido valorado en toda su amplitud. El alzamiento de los grupos indígenas de Chiapas adheridos al Ejército Zapatista de Liberación Nacional no ha buscado la toma del poder o la ocupación de puestos en la maquinaria del Estado, sino más bien ha convocado y estimulado la movilización social y política de los mexicanos exigiendo democracia, respeto a los derechos humanos, respecto a la ley y a la personalidad (tradiciones, historia, cultura y costumbres) de los pueblos indígenas.

Tales objetivos del EZLN representan la tremenda novedad del zapatismo como movimiento social a finales del siglo y del milenio: un grupo, un sector de mexicanos aislados en remotos parajes de la selva mexicana del sureste reivindican sus derechos como sector (indígena), y al hacerlo reivindican los derechos de toda sociedad y de todos los hombres, negando imposición y dominio y rechazando la distorsión y falsificación de las vidas. Al afirmar sus derechos singulares afirma, por ese mismo hecho, derechos universales, sin importar situación o lugar geográfico en el país y, al límite, en el planeta la lucha local y sectorial – enseñanza del EZLN- cuando es auténtica se convierte en general y universal, tal es la trascendencia y la enseñanza histórica del zapatismo, que no ofrece a la sociedad “candidatos” o “representantes” en la batalla política por el sufragio, sino que repite y casi predica que la sociedad realice por sí misma sus metas, que sitúe en primera persona sus luchas y que evite ser víctima de los sistemas de dominación.

Tarea promotora y pedagogía fundamental del EZLN que no se ha limitado a México sino que también ha tenido, como se sabe, un abundante impacto internacional. Pero influencia la suya primero en México, como denuncia de las estructuras autoritarias, opresivas, excluyentes y antidemocrática que han prevalecido (en el caso de los pueblos indígenas durante cinco siglos), y como exigencia de democracia y justicia para hacer posible una sociedad cimentada sobre bases éticas, sobre una moralidad indispensable que habría sido olvidada y destruida por la “modernidad” dominadora e interesada de los años.

Insistimos: el “eco” galvanizado del EZLN no se ha restringido a México, sino que literalmente ha tenido una resonancia universal, una difusión y una apreciación extraordinaria en un número considerable de países. En este aspecto, la “denuncia” o “toma de conciencia” y la exhortación que ha alcanzado el EZLN es precisamente contraria a la “globalización neoliberal”. Conocemos bien el impacto y la difusión universales que ha logrado la fortaleza moral de los dirigentes del

EZLN, que han postulado algunas de las cuestiones de la actualidad. Por supuesto, su incidencia política y moral es hoy amplia en el mundo y resulta principal factor de que el EZLN haya logrado una protección de la opinión pública internacional, que ha impedido hasta el momento la violencia destrucción por las armas del grupo guerrillero.

En realidad, el caso del EZLN ilustra tremendamente una de las condiciones notables de la sociedad contemporánea: un grupo relativamente pequeño denuncia y combate los mecanismos de la explotación global, al tiempo que en buena medida "cataliza" los cambios democráticos en un importante país como México. Por supuesto su trascendencia "subversiva" y su importancia histórica para México y para la vida general de hoy no es reconocida ni de lejos por las autoridades gubernamentales, y en esa ignorancia reside uno de los motivos más prácticos de la incompreensión que ha impedido la solución de la cuestión chiapaneca.

Conociendo el significado global del EZLN resulta cómica la pretensión de que éste se convierta en una "fuerza política" en sentido tradicional (un partido político registrado, con sus eventuales jerarquías y representantes ante el Congreso de la Unión o los legislativos locales, etc.). Quienes conocen en su justo alcance las opiniones que se elaboran en torno a la conversión del EZLN en una fuerza política "tradicional".

Por lo demás, resulta claro que la rebelión en Chiapas en 1994 tiene como sustrato general los graves rezagos históricos existentes en el campo mexicano en lo económico, social y político. En lo inmediato, fue una reacción en contra del proyecto neoliberal; y en lo particular a la eliminación de cualquier perspectiva de progreso a partir de los cambios institucionales impuestos durante el sexenio de Salinas en materia de tenencia de la tierra y de la apertura comercial del sector agrícola. Resultó sin duda del hecho de que el neoliberalismo hace abstracción prácticamente total y elimina la perspectiva de los intereses populares, que debieran dar sentido a la gestión de cualquier Estado y, en particular, de que el neoliberalismo "social" salinista cayó en su propia trampa de creer que el pueblo es simplemente una masa inerte.

*Trazos jurídicos de la ideología neoliberal en su aplicación en México:
Crisis política y económica*

El hecho abrumador es que la visión del neoliberalismo se extendió a variados ámbitos de la vida institucional mexicana, y en primer término a la Constitución misma, que en los dos últimos años de la presidencia de Salinas de Gortari sufrió modificaciones en algunos aspectos sustantivos, incluyendo algunos que habían definido la visión nacional y popular de la Revolución mexicana. Uno de ellos fundamentalmente, se refiere a la marcha atrás en la separación del Estado y de la Iglesia, que contenga el avance *laico* más

importante del país desde el siglo XIX, con las leyes de Reforma. El otro cancela la visión popular y comunitaria de la reforma agraria mexicana, sustituyéndose por la pretensión de capitalizar el agro mexicano; por supuesto, no se hay avanzado extensivamente en esa dirección y hoy nos encontramos con el abandono del campo y de la producción agrícola en México, a niveles prácticamente desconocidos durante años, y que constituye una crisis de proporciones mayores dentro de la crisis general.

Debe reconocerse que no resulta políticamente sencillo remar contra la corriente de manera tan rápida y eficaz como se deseaba. Para lograrlo. Salinas de Gortari hubo de utilizar a fondo las estructuras políticas centralizadas y autoritarias del presidencialismo mexicano, hasta el punto de subordinación implacablemente institucional y de utilizarlas con el sentido pragmático más externo posible de imaginar. Dijimos antes que el PRI, por ejemplo, fue literalmente instrumentado para cumplir con el proyecto del Ejecutivo, pesando por alto el debilitamiento y aun la destrucción del delicado equilibrio político que se había construido a lo largo de tanto años. Por lo demás, la *táctica* del presidente con el PAN condujo a "concertaciones" que hirieron profundamente las estructuras organizativas y de militancia del PRI, y estimularon el resentimiento y el repudio de muchos miembros de ese partido hacia la presidencia de Salinas, que aun cuando no se expresaron en la época, germinaron y estallaron una vez que dejó la presidencia.

Pero, además, la presidencia de Carlos Salinas de Gortari instrumentalizó desconsideradamente al Poder Legislativo, imponiendo sus decisiones y utilizándolo como herramienta de su política, sigla mínima exploración de sus opiniones y sin suscitar el más mínimo debate. El entero gobierno- incluyendo los poderes Legislativo y Judicial- estaba en un puño y al servicio del reducidísimo grupo de funcionarios que tomaba las decisiones prácticamente a puerta cerrada. Podría decirse que el Estado (entendido como vinculación de consenso entre la política y la sociedad) fue *confiscado* por el grupo en el poder.

La contracción desde los poderes en México llegó de esa manera a su máxima expresión, despojada de las formas que de todos modos se preservaron con anteriores presidentes, que en general tenían el cuidado de explorar opiniones y, en su caso, de construir corrientes favorables a sus puntos de vista, dentro del PRI y del gobierno. Por eso se habló tanto de la "pérdida de las formas". Las secretarías de gobernación y de Relaciones Exteriores, que tradicionalmente habían sido carteras con un nivel de peso y respecto en la esfera de sus competencias, fueron convertidas apenas en "brazo burocrático" de las decisiones presidenciales. (O se suscitaron roces desgastantes entre esas secretarías de Estado y la Presidencia, perjudiciales para las instituciones). Pocas veces un poder ha llegado a los extremos de "solipsismo" y "autonomía" presidencial como en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari.

Liberalización en lo económico y concentración de poder (autoritario) en lo político: en definitiva una grave separación entre sociedad y política que suscitó las graves contradicciones de ese régimen que no sólo sellaron su significado histórico (y el destino de sus protagonistas), sino que fueron tremendamente destructivas del

sistema político mexicano en su conjunto. La desvinculación especializada (y pragmática) entre economía, política y sociedad; el afán de garantizar la continuidad de la política económica "más allá del sexenio"; la necesidad de encubrir los aspectos "borrosos" (corrupción) de una administración particularmente concentrada en sus poderes; la hostilidad larvada entre la clase política tradicional y los tecnócratas en el poder, la tremenda concentración de riqueza que se originó y la pobreza y marginación social en aumento (no contrarrestada por el programa Solidaridad, utilizado más bien con fines electorales); las complicaciones que suscitó la elección de 1988, la alianza electoral y política del régimen con el PAN y la hostilidad hacia el PRD como línea de gobierno: tal conjunto dio lugar necesariamente a una crisis del sistema no experimentado antes con esa profundidad.

Uno de los efectos más dramáticos del conjunto, en una acumulación de muchos años de problemas sin efectiva solución, fue por supuesto el ya mencionado levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional el 1 de enero de 1994, precisamente el día en que encontraba en vigor el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, y cuyos rasgos principales ya expusimos. Pero el régimen de Salinas de Gortari habría de vivir aún catástrofes mayores: el 23 de marzo fue asesinado en Tijuana el candidato del PRI Luis Donaldo Colosio, en condiciones aún no aclaradas respecto a la autoría intelectual del homicidio. Hablamos de autoría intelectual porque no sólo la opinión pública sino informes de la fiscalía que investiga el caso han difundido la hipótesis, más verosímil que la inicial del "asesinato solitario", de un complot evidente de índole política. Las sospechas, por supuesto, no ahorran a las autoridades de Los Pinos o a sus allegados cercanos, ya que Luis Donaldo Colosio habría a una situación de relativo alejamiento político y de tensión con el presidente Salinas, sobre todo después de un discurso que pronunció el 6 de marzo de 1994 en el aniversario de la fundación del Partido Revolucionario Institucional.

El hecho es que el conmovedor asesinato significó un golpe mortal para el sistema, que desde entonces oscila entre la legitimidad y la desconfianza, entre la insatisfacción y la ausencia de consenso. La *ruptura* de las reglas vigentes por más de sesenta años, hasta el punto del asesinato, destruía la norma de la negociación y el arbitraje de las diferencias al interior del aparato. La ambición de trascender el sexenio fracturaba la regla de oro de la *sucesión*, es decir, de la transferencia de todos los poderes y atributos presidenciales al nuevo mandatario, sin sombras ni menoscabos. El sistema perdía su razón de ser y la estabilidad del mismo sus puntos de apoyo y equilibrio. Se abría para México una nueva etapa política plena de incertidumbre e interrogantes, llena de riesgos e imponderables que resultaba imposible fijar con precisión.

A pesar de la crisis objetiva, el sistema tuvo un respiro innegable con motivo de las elecciones de agosto de 1994, en que el candidato sustituto del PRI Ernesto Zedillo alcanzó una clara mayoría sobre sus oponentes del Partido Acción

Nacional, Diego Fernández de Cevallos, y Cuauhtémoc Cárdenas, del partido de la Revolución Democrática.

El triunfo electoral del PRI y de su candidato Ernesto Zedillo equilibró provisionalmente al sistema que muy pronto habría de pasar por otras y decisivas conmociones. En primer término, por otro asesinato político: el de Francisco Ruiz Massieu, secretario general del PRI en el momento de su muerte y probable jefe de la mayoría de ese partido en la siguiente legislatura. Ese crimen, por las investigaciones posteriores, ha tenido el más grave efecto para el sistema político mexicano, porque todo indicaría que fue planeado por el hermano del presidente Salinas de Gortari que ya ha sido sentenciado en primera instancia por los tribunales competentes.

Lo anterior tuvo otro efecto devastador: la acusación y el encarcelamiento del hermano del presidente provocó la violenta ruptura entre el exmandatario y el presidente Ernesto Zedillo, en condiciones trágicas por un lado, y hasta cómicas, por otro, ya que a ese hecho siguió un conato de huelga de hambre de ex presidente Salinas y su virtual éxito de México. Sucesos extraordinarios en la vida política mexicana que han afectado al sistema y que lo han llevado a una situación de ruptura probable irreparable, irreversible.

La necesidad del cambio

Hemos dicho que la profundidad de la crisis – que, en esencia, ha consistido en la transferencia de los recursos de la sociedad a los acreedores nacionales e internacionales- ha hecho aflorar avasalladoramente la protesta de los diversos sectores, y plantea ya un curso de transformaciones políticas, sociales y económicas que, a la postre, será ineludible. A la crisis económica, que proletariza a las clases medias y hace cobres a los pobres, que desmantela el aparato productivo y ha sido cusa del cierre o de la quiebra de decenas de miles de micro, pequeñas y medianas empresas, y que aumenta en flecha la desocupación y las oportunidades de trabajo, es necesario sumar la presencia humillante de los asesinatos políticos, sin adecuada explicación, y el hecho de una corrupción (pública y privada) que llega probablemente a extremos desconocidos antes. Así, el sistema político mexicano desemboca en una frontera prácticamente terminal de incertidumbre, desconfianza, separación y, por tanto, de aislamiento respecto a la sociedad, surgiendo un problema gravísimo de *legitimidad* (que es diferente al problema de su *legalidad*), y que configura una situación de verdadera crisis desconocida por los regímenes de la Revolución.

Hoy se levanta social y políticamente una serie de demandas que significan ya un *cambio* profundo en las condiciones de la historia mexicana.

Por primera vez se expresa apolíticamente, a través de movilizaciones continuas y de distinto orden, la realidad de unja sociedad plural y diversificada – que es la condición de toda democracia-, a la que nos condujo esencialmente el largo

proceso de *secularización* que ha vivido México a partir de la Reforma y la Revolución, pasando por intensas etapas de urbanización e industrialización.

La honda crisis política y económica que vivimos nos conduce a un irrevocable proceso de transición a la democracia que, naturalmente, ha de ser construido y que no está exento de peligros- aun de la posibilidad de retrocesos temporales- en el camino. La exigencia primordial de la sociedad mexicana es hoy la democracia, entendida en el sentido más amplio posible: es decir, no sólo como un conjunto de medidas que aseguren procesos electorales impecables, sino como apego estricto a las leyes por parte de las autoridades – esto es, la plena vigencia del Estado de Derecho-; la eliminación, hasta donde sea posible, de la corrupción; el establecimiento de límites jurídicos y políticos a los poderes presidenciales acumulados, la descentralización y la desconcentración de los poderes públicos hacia un auténtico federalismo y, desde luego, una “recuperación”, en las nuevas circunstancias, de una idea del Estado y de la nación que no gire de manera exclusiva en torno a la idea del interés privado como eje prácticamente único de la acción pública.

En realidad, está último aspecto es uno de los asuntos de *ruptura* fundamentales que han condicionado la crisis del sistema en México. La *visión* del Estado y de la nación introducida por la ideología, por intereses del capital financiero y de la política económica neoliberal es *antihistórica y antisocial*, en el sentido de que es una visión que elimina de su horizonte a la sociedad y sus problemas, y sitúa en el primer plano – como único plano posible- la expansión del capital. En otros países de tradición democrática más fuerte, tal orientación seguramente deshumaniza y polariza a la sociedad, acrecentando los privilegios de los menos y extendiendo la pobreza inclusive a capas que anteriormente gozaban de oportunidades y recursos mayores. En países como el nuestro no sólo fragmenta y desintegra a la sociedad, sino que hace prácticamente imposible la vigencia de la democracia y subordina nuestros destinos de manera desoladora y vergonzosa, a los arreglos del capital, destruyendo dignidades, desbaratando autonomías, humillando a grupos de la población.

Los “técnicos” economistas que arribaron al poder en México en la década de los ochenta, mostraron como más altas credenciales sus estudios en famosas universidades estadounidenses. Dos limitaciones al menos distorsionaron su empeño: el raquítico conocimiento de la historia de México y la creencia de toda formación intelectual crítica, vale decir, la carencia de una verdadera formación intelectual. Es decir, asimilaron sin revisión las “verdaderas” transmitidas por una doctrina económica hecha a la medida de los países dominantes, plenamente funcional a sus intereses y que no ofrecía otra posible “alternativa” del mundo (de la

economía, la política, la sociedad) que aquella avalada por la teoría cortada a la medida de los intereses centrales.⁴³

Por supuesto que en su haber; como explicación parcial de la obsesión unidimensional que se rotuló en ellos, y que ellos introyectaron sin la mínima revisión crítica, debe registrarse el desmoronamiento del mundo del "socialismo realmente existente", que fue el desplome de una política, de un imperio y, en muchos aspectos, de una teoría.- todo ello hizo evidente en su verdad el florecimiento de los supuestos extremos del liberalismo actual, que endiosan el mercado y que pugnan por el adelgazamiento del Estado, ya que en él se descubre el origen de todo los males y problemas sociales.

Pero atención: en estado de pureza tal visión sólo es aplicable , en su dimensión exacta, a los países del Tercer Mundo, aquellos en vías de desarrollo, en el hogar de los poderosos se está muy lejos de practicar la *abstención* del Estado en la economía y su desaparición para permitir el *libre* juego del mercado. Subsidios, protecciones, *lobbies* interesados y monopolios abiertos y disfrazados están a la orden del día, por lo que no es difícil concluir que la demolición del Estado como condición de las ayudas y préstamos, las privatizaciones y los ahorros y ajustes a costa de las necesidades sociales, son en realidad políticas que abren ancho espacio a la penetración de los capitales del sistema financiero internacional, que debilitan nuestras residencias sociales y refuerzan la dependencia de países como el nuestro. Tal como hemos sostenido: la "interdependencia" y la "globalidad" de la economía contemporánea sólo significan la "interdependencia" y la "globalidad" definidas por el capital financiero, su campo abierto y franco en nuestras economías (en nuestra política y en nuestras sociedades).

La presión de fuera y las íntimas convicciones y adhesiones intelectuales de los nuevos dirigentes de la política y de la economía los han solevado, como ideal, y sobre todo como única posibilidad a sus ojos, a funcionarizar la economía y la política de México, vale decir, a funcionalizar el país entero a los intereses y objetivos de dominación de nuestros socios, sin percibir otras alternativas, sin ver que la filosofía y la política económica y social que aplican han recibido ya las más elaborados críticas intelectuales, y que se trabajan en abundancia, teóricamente, otras alternativas económicas y nuevas opciones de desarrollo que consideran otras variables y distintas perspectivas y visiones de la sociedad, no sólo en

⁴³ Recordemos la famosa Declaración, en 1924, de Richard Lansing, entonces secretario de Estado de Estados Unidos:

"México es un país extraordinariamente fácil de dominar porque con controlar a un solo hombre: el Presidente. Tenemos que abandonar la idea de poner en la Presidencia mexicana a un ciudadano americano, ya que esto llevará otra vez a la guerra. La solución necesita de más tiempo: debemos abrirles a los jóvenes mexicanos ambiciosos las puertas de nuestra universidades y hacer el esfuerzo de educarlos en el modo de vida americano, en nuestros valores y en el respeto al liderazgo de Estados Unidos. Con el tiempo eso jóvenes llegarán a ocupar cargos importantes y finalmente se adueñarán de la Presidencia, sin necesidad de que Estados Unidos gaste un centavo o dispare un tiro. Harán lo que queramos, lo harán mejor y más radicalmente que nosotros".

México, naturalmente, sino prácticamente en todas partes del mundo, incluyendo Estados Unidos.

Es imposible resistir la tentación de evocar una vez más la ácida y exacta observación de John K. Galbraith: " los economistas son muy parcos en ideas, y las pocas que tienen son casi siempre aquellos que aprendieron en el pizarrón de su época de estudiantes". Resulta casi inverosímil de la carencia de curiosidades intelectual y la estrechez de miras cuando escuchamos que "no existe otra vía posible" que la seguida por los *gurus* de teorías que florecieron hace mas de una década, y tratar con tal indiferencia los asuntos sociales y económicos, ajenos e insensibles a los fenómenos - dramas, esperanzas, necesidades- que ocurren en el mundo real de los hombres reales, en quienes aplican su estrecha voluntad desinformada y aletargada. Más aún cuando esa línea económica ha sido sometida continuamente a la prueba desastrosa de la realidad, y cuando su propia experiencia es refutada incansablemente no sólo por las catástrofe que provoca, sino que inclusive por aquellas que deberían mostrar su adhesión entusiasta a los esquemas: los propios inversionistas que muestran desconfianza e inseguridad extrema a la menor señal de un movimiento inesperado. Para nosotros se descompone permanentemente la situación, para volver a iniciar los primeros pasos, esas inacabables y fatigosas tareas, sin puerto de llegada, como la tela de Sísifo que siempre comienza a retejarse.

*La batalla por las alternativas:
México y la transmisión democrática*

La crisis asiática de 1997 puso en entre dicho la viabilidad, como alternativa de internacionalización, de modelos seguido por los tigres(y tigrillos) del Pacífico, que en los últimos años se habían elegido como el "ejemplo " progresistas a seguir.⁴⁴ A pesar de dichos países lograron desarrollar economías relativamente más sólidas que la de México por su mayor grado de diversificación e integración, por una dinámica de la productividad y la competitividad basada en un fuerte medida en la innovación tecnológica y en el cambio desarrollo de recursos humanos, su alta dependencia de los flujos internacionales de capital los hizo igualmente vulnerables a los vaivenes de la burbuja especulativa mundial. (En el capítulo tres se explica la persistencia de la burbuja especulativa a pesar de la recuperación de la rentabilidad del capital social en los principales países capitalistas) Por su parte, la reciente crisis rusa ha reiterado, por si hiciera falta, la inviabilidad económica (y no digamos ética) de los programas de impulso al mercado del Banco Mundial y del FMI y, por otro, los efectos negativos del capitalismo salvaje asociado a la imposición e instrumentación de las política económica neoliberales. Ante estos hechos, incluyendo la crisis de Brasil, es cada vez más clara la necesidad de regular los flujos financieros internacionales, deteniendo los movimientos especulativos e incentivando las inversiones productivas y generadoras de empleo.

⁴⁴ Tal es la posición, por ejemplo, de Rivera, op. cit., 1997, p. 150.

Ello, sin embargo, no es suficiente. Deben replantearse globalmente las estrategias de política económica de largo plazo, los mecanismos para llevarlas a cabo y las bases sociales y políticas mismas que les darían sustento. Tal adelanto resulta central en la discusión de las *alternativas* en México.

Cualquier opción real de desarrollo, y no meramente de crecimiento y acumulación, debe reunir ciertos rasgos que hagan posible objetivamente, en el tiempo procesos de desarrollo más equitativos, y que conviertan en prioridad de su gestión las necesidades sociales más urgentes. He aquí algunos puntos indispensables –*alternativos*–, al menos para el inicio de un desarrollo equilibrado en México y para el avance social y humano en nuestro país.

Sería indispensable, desde luego, una política industrial activa orientada a restablecer las cadenas productivas internas, a diversificar las relaciones comerciales con el exterior, a generar empleos y a redinamizar el mercado interno, con los efectos redistributivos que trae consigo. Para ello es necesaria una profunda reestructuración del sistema financiero, no sólo para que fomente el ahorro interno, sino para que lo canalice efectivamente hacia actividades de inversión productiva. Subrayando la prioridad que, en este aspecto, han de tener las medianas, las pequeñas y las microempresas. Reconociendo la insuficiencia del ahorro interno para subsanar inicialmente las carencias estructurales de capital en el país, debiera promoverse un marco regulatorio del capital extranjero que lo oriente hacia inversiones productivas de largo plazo.

Por supuesto, resulta estratégico rescatar y reimpulsar, inclusive con muy importantes inversiones públicas, el sistema educativo nacional –desde el básico hasta el de posgrado–, y no confiar en que será promovido, en la dimensión y dirección necesarias, por la iniciativa privada y por aquellos grupos que lo han conducido a la postración, cuyos criterios están confinados a las nociones de mera competencia mercantil, productivista y cuantitativista. En definitiva, tal perspectiva está vinculada a la de las corporaciones y a sus criterios de “eficiencia” (de evaluación académica puramente cuantitativa), que suponen además la renuncia de cualquier proyecto de desarrollo científico y tecnológico nacional autónomo, y el abandono de los criterios cualitativos que se vinculan necesariamente a los proyectos sociales de un país con grandes problemas a resolver.

En una política económica de tales características, debe ser primordial la cuestión de las desigualdades económicas y los desequilibrios actuales. Todos hemos de asumir la necesidad de elevar los niveles de vida y consumo de los más pobres, sin repetir necesariamente las políticas desequilibradas y los modelos de vida de los más ricos. Los países menos desarrollados como el nuestro, se enfrentan a un dilema crucial: o imitan el camino del desarrollo concentrado, con derroches y una alta destrucción de los recursos naturales, o intentan avanzar hacia un desarrollo justo y equilibrado, conservando los recursos de la naturaleza a favor de las generaciones futuras.

Son urgentes políticas de Estados y esfuerzos sociales que consagren el derecho de todos —individuos y familias— a condiciones de vida que satisfagan los requerimientos de alimento, comida, vestido, vivienda, cuidados médicos,

educación y, en general, de los servicios sociales básicos para el desarrollo de las capacidades físicas e intelectuales de hombres y mujeres. Resulta indispensable la importante expansión del gasto público para asegurar esos servicios y su acceso en igualdad de circunstancias a pobres y ricos, y a las poblaciones rurales y urbanas.

Debiera impulsarse —inclusive a través de una adecuada cooperación internacional— la construcción de más amplias infraestructuras de transportes, comunicaciones y energía eléctrica. En países como el nuestro son indispensables instituciones que proporcionen crédito barato para la adquisición de tecnologías productivas, así como materiales para la construcción de viviendas y el almacenamiento de alimentos. Debe proporcionarse el desarrollo de la propiedad y el trabajo comunitarios con el fin de promover la producción y la distribución locales. Tales medidas implican modificar los patrones de producción y consumo, utilizando nuevas tecnologías eficientes y menos contaminantes.

Es indispensable potenciar la participación democrática de la sociedad para que ésta tome las decisiones que afectan la vida de todos. Y establecer compromisos que garanticen los derechos políticos, económicos y sociales de los más pobres, y sus derechos a educación y salud, abastecimiento de agua y saneamiento, así como redes de seguridad social en casos de desastre.

Ha de lograrse la igualdad de género, como base para potenciar el papel social de la mujer y erradicar la pobreza. No hay desarrollo sin igualdad de género y sin las aportaciones organizativas de la mujer en cualquier estrategia de lucha contra la pobreza. ¿El objetivo? Un desarrollo acelerado y realmente compartido. Hoy sabemos que el crecimiento por sí mismo no beneficia automáticamente al conjunto de la población; son necesarias medidas para una distribución igualitaria del ingreso y las oportunidades, alentando políticas de desarrollo, que incrementen el empleo, la productividad y el salario de los más pobres. El crecimiento económico futuro ha de beneficiar esencialmente a los pobres y no a los ricos. El crecimiento concentrado y desigual es el principal obstáculo para el desarrollo económico, además de aumentar la pobreza y las desigualdades.

Nuestros países debieran lograr un mínimo de crecimiento de 4% anual, con ingresos equitativamente distribuidos, a fin de duplicara el ingreso en una generación y reducir la pobreza en una década. Una estrategia de erradicación de la pobreza significa, más que alcanzar ciertas metas cuantitativas de crecimiento, fijar claramente *políticas igualitarias*. Como objetivo prioritario debe plantearse la erradicación de la pobreza en el campo, ya que la población más pobre vive en las zonas rurales. Hoy sabemos bien que el incremento de la pobreza en todas partes, incluyendo en los países más desarrollados, es prueba irrefutable de que la igualdad económica y social no se produce nunca de manera automática, sino que ha de ser siempre el resultado de políticas que expresamente persigan tal fin.

También sabemos que la globalización neoliberal ha sido causa de catástrofes que afectan a un número creciente de habitantes del planeta, en todas partes del mundo y en México. Al estar montada sobre la concentración de la riqueza y la pobreza de las mayorías, sus engranajes son los del darwinismo social y la

exclusión. Su ideología publicitaria ha proclamado que es un sistema que ofrece “nuevas oportunidades”, pero ya conocemos el resultado de esas promesas: la globalización ha beneficiado a ciertos sectores, pero también ha originado abundantes perdedores entre los países y al interior de ellos.

Por eso volveremos a citar el Informe sobre el Desarrollo Humano (1997) de Naciones Unidas, que sostiene: “A medida que han aumentado el comercio y la inversión exterior, el mundo menos desarrollado contempla la diferencia en aumento entre ganadores y perdedores, mientras que los países industrializados han visto aumentar el propio desempleo a niveles desconocidos desde los años treinta, y la desigualdad de ingreso ha llegado a niveles que no se conocían desde el siglo pasado”. Y continúa: “Los mayores beneficios de la globalización han sido obtenidos por unos pocos afortunados. Se supone que una marea creciente de riqueza levanta a todos los barcos. Pero algunos tienen más capacidad para navegar que otros. Los yates y los transoceánicos suben en respuesta a las nuevas oportunidades, pero muchas balsas y lanchas de remo están haciendo agua, y muchas se hunden”. Resulta la imagen de un trasatlántico hundándose que únicamente tiene botes salvavidas para la primera clase y para uno que otro polizone marginal⁴⁵

⁴⁵ Ya en prensa este libro, llegó a nuestras manos el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD, de 1999, que lleva por título *Globalisation with Human Face*. Resultan impresionantes los paralelismos que encontramos en ese documento —que recomendamos vivamente— y el libro que el lector tiene en sus manos. El paralelismo se refiere no sólo a los diagnósticos y aspectos descriptivos de una globalización que hasta el presente no sólo no ha tenido “un rostro humano”, sino más bien el extremo opuesto de ese ideal. Los paralelismos se extienden también a las alternativas y opciones políticas y sociales para “trascender” esa situación, que resulta un horror demasiado generalizado en el mundo para la condición humana a finales del siglo xx y en los inicios del próximo milenio.

Es claro que, para hacer viable y realista un modelo basado en las grandes líneas anotadas, deberá fundarse en un ejercicio permanente de análisis, discusión y toma de decisiones democráticas por parte de las mayorías del país trabajadores de “cuello azul” y de “cuello blanco”, trabajadores de los servicios, profesionistas, académicos estudiantes, consumidores en general, cooperativistas, pequeños y medianos empresarios, etcétera. Sin excluir a los desempleados de la difícil sociedad actual.

Algunos sostienen que la “participación democrática” se dificulta por el carácter “técnico” de las decisiones a tomar; en realidad, existen abundantes experiencias históricas que muestran hasta que punto el “sentido común” y la “sabiduría” que se desprenden de discusiones abiertas sobre una gran variedad de temas de interés común, rebasan los criterios del supuesto “conocimiento técnico” y muestran, dentro de círculos muy amplios de trabajadores y ciudadanos “comunes”, una *racionalidad y sensatez* sorprendentes. Así, el impulso desde ahora a iniciativas de autoproducción autogestión y autoadministración en todos los niveles de la sociedad y de la actividad económica debiera ser un esfuerzo y una política constante.

En tal dirección, sería también importante desechar uno de los rasgos dominantes de la ideología neoliberal: que la acción estatal, por *principio* y por sí misma, genera en la economía ineficiencia y corrupción, y que la acción privada es

necesariamente eficiente y honesta. En México, los fracasados procesos de privatización de la banca, de las aerolíneas y de las carreteras tendrían a probar más bien lo contrario. Y subrayarían una vez más que, en tanto no haya un control "autogestionario" y democrático de la administración de las empresas, su eficiencia y transparencia, sean privadas, mixtas o públicas, no está garantizada.

Resulta entonces imprescindible la revaloración del papel de un Estado cabalmente democrático, en que se amplíe la participación popular en las decisiones en áreas estratégicas de carácter político, pero también económico y social. Por lo demás, en el campo internacional, en que la hegemonía del capital globalizado es apabullante, el impulso de multilateralismo, el fortalecimiento de los grupos de países con posiciones y problemas similares a los nuestros, y la consiguiente oposición a las negociaciones bilaterales con las grandes potencias como estrategia de negociaciones, de discusión y toma de decisiones, resulta indispensable para negociar y condicionar adecuadamente la inserción de nuestro país al mercado mundial; sin despreciar la necesidad de una importante *diversificación* de nuestra economía política exteriores. Es imprescindible efectuar tales esfuerzos para realizar algunas de las llamadas "oportunidades" que ofrece la globalización contemporánea. En tal aspecto, los esfuerzos "desde abajo" de las redes de organismos sociales, ciudadanos y no gubernamentales son esenciales para orientar las decisiones del Estado, en lo nacional e internacional, y para "empujar" a la construcción de un Nuevo Orden Internacional que tenga un carácter más equilibrado y genuinamente democrático.

Hemos visto a lo largo del libro que la *globalización actual es sobre todo una globalización de las carencias y no de la prosperidad*. Y hemos insistido en que la crisis de alcance planetario, que está en proceso de profundizarse, si examinamos los índices de pobreza y miseria, de "desarrollo humano", en que vive el 80% de la humanidad, afecta sobre todo a los países de la "periferia", mucho más que a los "centrales". La necesidad de "corregir" sustancialmente esa situación, que es absolutamente explosiva y éticamente inadmisibles, tiene naturalmente que ver con una radical modificación de la corrección de fuerzas políticas y de las relaciones sociales, comenzando al interior de los países. La devastación causada por la actual globalización abre nuevamente la discusión acerca de un proyecto de sociedad más justa y no "deificada". En esa modificación sustantiva de la correlación de fuerzas, es central" el momento de análisis teórico y crítico. Tal cosa, en el fondo, es la intención de este escrito que el lector ha debido recorrer:

El gran desafío de nuestro tiempo es el *corregir* la descomunal aberración que nos violenta. Edificar una economía y una política que persiga fines sociales y humanos, y que no esté sometida a las exigencias destructoras de la maximización de las ganancias y del rentismo especulativo. A los actuales modelos elitistas, alejados de las necesidades reales de la sociedad, es imprescindible oponer una política de reivindicaciones y correcciones profundas. Una política de carácter nacional y mundial que sea capaz de rescatar la globalización para ponerla al servicio de las reales necesidades de la comunidad de los hombres. Hacer posible, como sostiene Naciones Unidas, una *globalización con rostro humano*. Los avances

tecnológicos hoy debieran permitir, bajo otro modelo económico, satisfacer las más urgentes necesidades de los rublos, en países, regiones y continentes enteros. Para tal fin hay una condición preliminar: que el manejo de la economía no esté definida por la rígida "lógica" del capital de la maximización de las ganancias ni por la desmedida especulación.

Es así que el núcleo de todas las discusiones —no sólo en México sino en el mundo entero—, acerca de las *alternativas* para vencer la miseria, el desempleo, la concentración de la riqueza, la destrucción del medio ambiente, el poder del capital especulativo que se impone a los Estados y desbarata el destino de las sociedades —inclusive fomentando extraordinariamente la violencia, sobre todo urbana—, se refiere a la necesidad de trascender la globalización, que prevalece, esencialmente neoliberal, que es el "modo" que ha asumido en la actualidad el desarrollo del capitalismo.

Por eso hemos dicho que el objetivo democrático por excelencia hoy es el de hacer posible una mundialización *democrática*, apta para los fines del desarrollo integral de la sociedad, un desarrollo que sea incluyente y no excluyente, que proporcione oportunidades para todos y no únicamente para unos pocos privilegiados. *Tal es el fondo real de las luchas democráticas hoy en día.* La profundización de la democracia es en México —y en la inmensa mayoría de países— el *momento decisivo* de la reorientación del actual funcionamiento de la economía, de la política, de la sociedad en general y de la cultura. La profundización de la democracia ha de significar el cambio de las prioridades gubernamentales y su "reconversión" hacia una política de desarrollo igualitario y de combate serio y decidido a la pobreza, de búsqueda del bienestar social.

Por supuesto, la clase trabajadora en su acepción clásica tiene también la palabra —y la acción— en esta lucha por una democracia profunda. Pero no es la única clase ni grupo social: la globalización neoliberal ha tenido la "virtud" de afectar prácticamente a *toda* la escala social, de arriba abajo, de la izquierda a la derecha, y hoy es un conjunto amplísimo de grupos, sectores y clases sociales quienes exigen el cambio radical, quienes plantean con urgencia la necesidad de una "nueva sociedad" y de una nueva vida para los mexicanos.

Por eso hemos hablado de la exigencia de un nuevo *pacto social* de carácter democrático. Pacto democrático que no se refiere únicamente a las "reglas" de la competencia política, sino que apunta inequívocamente hacia una modificación sustantiva del "modelo económico" y de "civilización". Por tales razones, hoy mantiene una vigencia excepcional, desde luego en México, la idea de las *convergencias democráticas*, que se refieren a la coincidencia de todos aquellos sectores, clases individuos, partidos y grupos políticos que luchan por el avance de la democracia formal, pero también por una democracia real que vaya encontrando las fórmulas de una nueva economía que asuma los compromisos humanos y sociales de que ha sido despojada por la globalización neoliberal.

Se suscitara así una pujante reivindicación de derechos que negaría *objetivamente* las mecánicas destructoras del "capitalismo salvaje", que tendería a debilitar las estructuras del poder de los intereses económicos, del poder de las

más fuertes y de las "tecnocracias" a su servicio. Por lo demás, como hemos dichos, la "nueva" sociedad que se propone no es una *entidad* a la que "deba" llegarse. Mas bien es un proceso en marcha ya presente y seguramente siempre inacabado, y también perpetuamente corregido por la vía democrática; una vía permanente de avances, pruebas, aciertos que se consolidan y errores que se corrigen. Desde este ángulo, la democracia se entiende como una incesante dinámica de ampliación y participación ciudadana (y por necesidad de corrección). Estaríamos entonces ante a un perenne proceso *pedagógico* de enseñanza de la solidaridad como aceptación y reconocimiento del *nosotros* como dimensión real de la vida. Y esto supone el respeto a la autonomía, a la dignidad y a las libertades individuales. Es decir, se trata de una *solidaridad* no impuesta ni fundada en ningún irrevocable principio de autoridad o de doctrina (la jerarquía estatal o un partido político), sino de la realización del contenido ético de la vida en comunidad.

La transición democrática en México abarca un abanico de temas, tácticas, estrategias que no son excluyentes sino complementarias y seguramente convergentes. La batalla por la democracia camina sobre varios pies: el de las presiones populares y las movilizaciones, el de las negociaciones entre partidos y aun con el gobierno, de donde deberían resultar las propuestas que formalizarán los cambios; por supuesto deberá avanzar también sobre el pide los debates en las cámaras que aprueban las nuevas leyes y los necesarios cambios constitucionales.

Sería insensato privilegiar uno de estos caminos en demérito de los otros, porque el edificio de la democracia está construido por muchas piezas que deben encajar en su lugar apropiado, complementarse y apoyarse unas a otras. De hecho, así se logran los avances y se expresa la urgencia y necesidad ineludible que se ha extendido en México en los últimos años. Sin la presión social los partidos y el gobierno difícilmente se sentarían a una discusión formal, sin la discusión formal la presión popular correría el riesgo de disgregarse y al fin de cuentas desvanecerse como un fuego de artificio que no cristalizaría en leyes pertinentes: el avance sobre varios impulsos convergentes —en un proceso que tendrá altas y bajas— será el único que logre el propósito final de la plena transición democrática en México y de la profundización de la democracia.

Fundamental entonces es tener presente que la lucha por la democracia ocupa una variedad de horizontes, diversidad de caminos, tácticas y estrategias. Su edificio es un conjunto de piezas que se articulan, complementándose. La batalla por la democracia busca perfeccionar el elemento *técnico* de los procesos electorales, de suerte que se aseguren la transparencia, el equilibrio y la legalidad del sufragio, pero la democracia contiene otros elementos que no es posible olvidar, que son igualmente imprescindibles.

En el caso de México, se engloban en la reforma del Estado, al menos, el equilibrio de poderes, la plena autonomía de los poderes judicial y legislativo respecto al ejecutivo, los límites jurídicos al inmenso poder de *hecho y de derecho* del Presidente de la República, la vigilancia sobre el presupuesto y gastos del Ejecutivo, y la responsabilidad política, jurídica, de la Presidencia de la República

ante la representación legislativa nacional y ante el poder judicial. Sin esa combinación de vigilancia efectiva y sin la responsabilidad a varios niveles del Ejecutivo, difícilmente se avanzara en el camino de la democracia. El país que tiene eje a "un solo hombre" debe desaparecer a favor de un país en que la sociedad misma —*la voluntad general* que logra representación—, sea el punto de referencia y la imputación primordial de la vida política.

Supuesto de la democracia es además la descentralización y la desconcentración de poderes acumulados en el núcleo presidencia, casi siempre con desprecio, atropello y olvido de las regiones y localidades de un país tremendamente vasto y diverso. Con una nota aclaratoria: federalización efectiva de los poderes y no feudalización de los mismos, que gesta nuevos cacicazgos y bastiones de los poderes más retardatarios del país. Es decir, federalización *democrática*, federalización con ejercicio auténtico de la democracia de los Estados, en los municipios y en las comunidades indígenas, con respecto a sus tradiciones y formas organizativas locales y regionales.

Pero la democracia supone además, por supuesto, el pleno respeto y la plena vigencia del Estado de Derecho. Sin el estricto cumplimiento de la ley no hay democracia posible. La democracia como forma de gobierno que limita la arbitrariedad y la impunidad, y que reconoce en el pueblo la voluntad soberana de la cual emana, y a la cual regresan los poderes públicos, exige la rigurosa vigencia de la norma. En la *violación del derecho* no hay posible democracia.

Los principios de todo gobierno democrático son la *participación*, el *consenso*, *la aceptación*, *la credibilidad* y *el reconocimiento*. Sin tales atributos el poder se identifica con el uso de la fuerza, con la violación sistemática de las garantías individuales y sociales, con el atropello y la excepción que es precisamente la marca de los gobiernos dictatoriales. Y con un régimen de sujetos pasivos y no activos en la formación de las políticas. La participación hace posible que la definición de las políticas venga de "abajo" de la sociedad y no simplemente se imponga desde "arriba", desde lo alto de las jerarquías y las *élites* de poder: Sin la regla de la participación de la determinación de las políticas a seguir seguiría en manos de grupos de "técnicos" y "profesionales" cuya "visión del mundo" conoce bien ya el pueblo de México y respecto de la cual ha vivido ya su desastre. Sin la regla del *consenso* y *la consulta*, que supone las más amplias libertades ciudadanas y la participación, tampoco es posible un gobierno *democrático*. La democracia radica en la soberanía del pueblo que se expresa en decisiones políticas y en un sistema normativo que ha de ser invariablemente respetado y garantizado. Solo así se logran además credibilidad y reconocimiento, es decir, en definitiva *legitimidad*.

Pero todavía diremos que no basta: un sistema democrático ha de considerar siempre la *sustancia* de las decisiones gubernamentales y, en primer término, la atención a las demandas sociales, a las exigencias populares, y al desarrollo y a las oportunidades de la vida y de la calidad de la vida que debe tener el pueblo entero. Por eso la democracia no se reduce a un sistema de procedimientos electorales, no es nunca un mero sistema *técnico*. La transparencia y equidad de

las elecciones son indispensables para la vigencia de la democracia, pero no son suficientes. La democracia *tiene* adjetivos y sus adjetivos son precisamente el *contenido* de las decisiones del poder público.

¿Puede haber democracia ahí donde existen tales desigualdades sociales, tal concentración de la riqueza y desequilibrio en las oportunidades de vida, esta dependencia del exterior y esa sumisión al capital financiero, que en rigor encarna y define la "globalización" que vivimos? ¿Existe democracia allí donde se insiste lamentablemente en una política económica que nos somete a los mandatos del exterior, allí donde se privilegia el interés del capital acumulado y se desprecian las necesidades sociales? Todavía debemos preguntarnos: ¿Puede haber democracia allí donde aumenta dramáticamente la pobreza extrema, donde crece exponencialmente el número de los sin trabajo, donde se desbarata el tejido social y productivo e las medianas y pequeñas empresas?

Por eso la democracia en México implica necesariamente la revisión y la transformación de un modelo económico que nos ha empobrecido, pulverizado socialmente, y que ha sido el caldo de cultivo de una mayor corrupción e irresponsabilidad en la función pública, un modelo que elimina las políticas de beneficio popular y se olvida que la economía tiene un solo propósito: el bienestar de los hombres y las mujeres. Un modelo, además, que ha vulnerado gravemente una soberanía difícilmente conquistada, y sitúa al país merced de otras voluntades e intereses. Sin una reconversión, sin una transformación profunda de la economía actual, es imposible hablar de democracia, resulta inútil hablar de consensos, resulta una mistificación hablar de soberanía popular y de la nación.

La *transición democrática* en México, si las palabras tienen un significado *real*, no puede ser el resultado de un simple acomodo de superficie y "*cosmético*", sino la consecuencia de una nueva relación de grupos y clases capaces de *reorientar* la toma de decisiones y de componer de una manera diferente la vida mexicana: una reorientación que inevitablemente abarca lo económica, lo político y lo social.

Por eso decimos que la democracia en México exige inevitablemente un nuevo *pacto social*. La Revolución Mexicana transformó el país y de esa profunda transformación vivimos durante décadas. Pero *ese* pacto social cumplió ya su destino histórico y se marchitó. En unos casos se desvió y traicionó, en otros, sobre todo en los últimos años, sencillamente se destruyó y negó. De un *pacto social* construido sobre la alianza de las clases populares en sentido amplio, se llegó a un *pacto entre gerentes* en que se privilegia de manera prácticamente exclusiva a los propietarios y a los poderosos. Frente a este pacto de las élites ha de construirse otro pacto que no sólo haga posible la transparencia de los procesos electorales sino que abra las puertas a la efectiva democracia, al desarrollo, al bienestar; al futuro de los mexicanos.

Las cifras de la concentración de la riqueza y de los niveles de vida en México son escandalosos. El poder adquisitivo de los mexicanos hoy se ha deteriorado un 70% en relación a los niveles de 1980. Esto indica que en nuestra historia última hemos perdido cuando menos tres lustros de un desarrollo que debió ser

constante y no comprometido con el capital financiero internacional y con los más ricos de dentro.

Así la democracia plena no será posible sino en el escenario de una reconstitución de las fuerzas sociales que permitan otorgarle a la misma no sólo plena limpieza como procedimiento electoral sino como sistema de vida en que se reconstruya la *presencia y la participación* de las clases y grupos sociales menos favorecidos, de suerte que la democracia sea un sistema de vida y un sistema político que satisfaga sus necesidades, sus demandas, los abandonos y olvidos a que los ha sometido la supuesta "modernización" que hemos vivido. La sociedad ha sido negada por el "pacto" entre propietarios y gerentes que prevalece; el nuevo pacto ha de ser un verdadero *pacto social* en el sentido propio de las palabras, un pacto definido por la alianza del pueblo y a favor del pueblo.

GONZALEZ Casanova, Pablo. "¿A donde va México? I, II, III, IV en: La jornada (México) 27, 28, 29, 30 de junio de 2000.

MARTES 27 DE JUNIO DE 2000

Pablo González Casanova

¿A dónde va México?/I

(Pensar y hacer el futuro)

Plantear el problema del futuro no sólo implica observar cuáles han sido las tendencias recientes y extrapolarlas en formas lineales o cíclicas. Y ni siquiera basta prever puntos de ruptura y cambios de tendencias. Todo eso es muy importante pero no basta. Prever el futuro implica también construir el futuro.

Hay una especie como de juego entre el destino y la libertad. O para decirlo de otro modo: las luchas de un pueblo, sus organizaciones, su templanza, su firmeza en los objetivos y su flexibilidad táctica, su creatividad y destreza organizativa, o su capacidad de aprendizaje organizado y de acciones coordinadas, pueden permitirle alcanzar un futuro distinto en un mundo parecido. La fuerza organizada de los pueblos puede cambiar la historia de los pueblos.

El mundo y el país

En las dos últimas décadas del siglo XX, el mundo entero ha vivido bajo el dominio cada vez mayor de una política y una ideología a las que sus partidarios y promotores bautizaron con el nombre de neoliberalismo. Los estragos que esa política y esa ideología han causado entre los pobres y más pobres —y aun en las clases medias— son hoy reconocidos hasta por los ricos y más ricos, sus indudables beneficiarios. Pero aunque muchos de éstos reconozcan los estragos y hasta anuncien otros mayores, se las ingenian para seguir

aplicando *exactamente la misma política neoliberal* al tiempo que reniegan de su nombre o le cambian de nombre, o dicen que van a aplicar una política distinta y “humanitaria”, o un “neoliberalismo social” o una “tercera Vía”. En cualquier caso sostienen, sin la menor base científica, que los efectos adversos del neoliberalismo son provisionales y corresponden a medidas calculadas en que a la larga sí se van a resolver los problemas de las mayorías empobrecidas.

La filosofía del neoliberalismo consiste en decir: “la mejor forma de que administres tu casa es que me la des a mí; la mejor forma de que administres la República o la cosa pública es que la privatices; la mejor forma de que administres la nación es que se la entregues a las compañías trasnacionales y a los nativos asociados a las trasnacionales. Tan sencillo como eso, y como que nos tiene que seguir pagando por los siglos de los siglos los intereses crecientes de una deuda externa e interna cuyo ‘principal’ cada vez es mayor y cuyos intereses lógicamente son y serán cada vez mayores, por lo que también, lógicamente, tendrás que irnos entregando, cada vez más, proporciones crecientes del ingreso y el producto nacional, y por qué no, de las empresas y las riquezas nacionales, incluidos energéticos como la electricidad y el petróleo y territorios como Baja California y el Istmo. Es más como la proporción de lo que produzcas y transfieras a nuestros bancos y empresarios y a los bancos y empresarios asociados y subordinados a los nuestros, será una proporción creciente, los recursos públicos de que dispongas para educación, salud, alimentación vivienda serán cada vez menores y se te irá planteando un problema de africanización, o depauperación universal que es una ley natural como las leyes naturales que hacen que la Tierra se mueva alrededor del Sol. Y te lo decimos con bases científicas, aunque..., a decir verdad, allí sí tenemos un problema pues a veces invocamos a Newton para sostener el carácter necesario de las leyes, y a veces a Darwin para sostener el carácter necesario de la evolución de las especies y el triunfo de los más fuertes, mientras otras planteamos problemas de moral o de ética, de ‘humanitarismo’ y de ‘derechos’ que llamamos ‘humanos’, y que nos parecen muy respetables como sentimientos de las personas generosas y caritativas que los invocan, siempre que por ningún motivo sus beneficiarios los declaren verdaderos derechos de pueblos y ciudadanos, y siempre que se limiten a aplicarlos de manera altruista, generosa, paternal, o para justificar el carácter ‘humanitario’ de nuestras acciones militares en la ‘guerra de baja intensidad’ que tenemos organizada contra los pueblos rebeldes, insumisos o ‘inviabiles’, y para el control militar de las poblaciones civiles que viven en las áreas más depredadas, marginadas, discriminadas y en sus alrededores.”

Es necesario aclarar que el neoliberalismo incluye, en su rico pensamiento, un proyecto para la economía, otro para la política y otra para la sociedad, amén del cultural que hoy adquiere una dimensión especial con las tecnociencias. El proyecto neoliberal de la economía se resuelve con el reino del mercado al que controlan las trasnacionales y el “Grupo de los Siete”; el de la política con una democracia electoral de pocos en pocos y para pocos a la que se le prohíbe plantear alternativas de carácter económico, es decir a la que se le prohíbe, so pena de graves sanciones, desestabilizaciones e intervenciones naturales e inducidas, plantear una política económica alternativa. En cuanto a la sociedad, el proyecto neoliberal alienta a los llamados movimientos sociales, a condición de que no tengan un proyecto histórico alternativo ni un proyecto de poder que articule lo social, lo cultural, lo ético o moral, lo político y lo económico.

El proyecto neoliberal en materia social es muy sofisticado. Combina, con costos mínimos y resultados máximos, la cooptación y la represión tanto de individuos como de pequeñas colectividades. Esa cooptación y represión atienden y atacan “blancos” previamente seleccionados. Corresponden a una política que los expertos llaman “focalizada”. Como cooptación, esa política es mucho menos costosa que la socialdemócrata o la populista que las clases dominantes, la banca y los oligopolios se vieron obligados a soportar, y hasta a alentar, cuando eran muy fuertes los movimientos de liberación nacional, o los de los trabajadores en las socialdemocracias avanzadas, o los de los comunistas en el bloque que encabezaba la URSS y que después se enfrentó al de China. La autodestrucción y destrucción de todos esos movimientos por divisiones internas, represión corrupción manipulación y amafiamiento, le dio el triunfo histórico a los neoconservadores y al capitalismo corporativo, quienes desde los años 70 y sobre todo desde los 80 pasaron a la ofensiva. Desde entonces el proyecto neoliberal, con ése u otros nombres se propuso a contribuir a la desestructuración del Estado de bienestar, del Estado post colonial o neocolonial de carácter populista y del Estado comunista “realmente existente” que correspondía a una especie de socialdemocracia de los pobres y de populismo totalitario cuya ideología oficial era conocida como marxismo-leninismo. El proyecto neoliberal aprovechó las contradicciones de los enemigos del imperialismo y el capitalismo para desestructurarlos y para estructurar una mundialización (o globalización) en que los complejos de empresas transnacionales y los complejos financieros-militares, con sus sistemas de mediación y represión aumentaron su dominio y sus beneficios, a costa de los Estados-nación que perdieron su fuerza mediante procesos de endeudamiento, desregulación e integración dependiente, y a costa de los trabajadores que perdieron la suya a raíz de un proceso de exclusión, marginación y desempleo que combinó con la “flexibilización” o destrucción de los derechos laborales y sociales alcanzados en la etapa anterior, y de los que se habían beneficiado sobre todos los trabajadores organizados y los sectores medios. El neoliberalismo, como nueva política del capitalismo corporativo, diseñó una globalización funcional a sus intereses y cuyos efectos laterales no sólo aumentaron la pobreza y la extrema pobreza, sino la explotación de los trabajadores y la transferencia de excedente de los países periféricos a los centrales, y de los negocios no organizados a los negocios organizados. A principios del siglo XXI las fuerzas dominantes se propondrían globalizar más, desregular más flexibilizar más, mucho más de lo que habían globalizado, desregulado y flexibilizado al mundo hasta entonces, y con mayor profundidad y ventaja. El proyecto neoliberal, en marcha, no sólo abarca la llamada periferia del mundo, a la que nuestros publicistas y diplomáticos llaman por costumbre “en desarrollo”, sino a los países centrales a los que llaman “post industriales” o “muy avanzados”...

Tal es, más o menos, el discurso y el curso directo e indirecto del neoliberalismo, aunque el discurso varíe según los públicos que los escuchan y los voceros que los pronuncian; aunque éstos se expresen de una manera en Inglaterra y otra en México, de una manera de Harvard y de otra en Los Pinos. Así es el neoliberalismo. A su retórica tecnocientífica universal no sólo corresponden ideologías, mitos y mentiras nada desdeñables, sino técnicas muy efectivas y extraordinariamente novedosas en el conocimiento y manejo de los *sistemas complejos*, como ellos mismos los nombran. Bueno es por eso saber, lo más que se pueda, no sólo cómo son las nuevas ideologías sino también como son las nuevas

técnicas, pues de otro modo no se entiende ni el mundo en que se vive ni la forma de actuar en él. Al ineludible análisis crítico del sistema se tiene que añadir el conocimiento profundo de las técnicas y prácticas con que el sistema domina.

El arte de las mentiras tecnocientíficas conserva hoy muchos elementos clásicos. Se ha enriquecido también con otros que provienen de las nuevas técnicas de la publicidad, la propaganda y los mensajes subliminales persuasorios o intimidatorios. Opera en una sociedad relativamente nueva que conoce como “la sociedad del espectáculo” en que la imagen suele tener una especie de peso óptico superior a la realidad. Y para colmo se mueve en un mundo de engaños y autoengaños que viene de la identificación de las formas profanas con el mundo real cada vez más alejado de las mismas, y de los símiles o representaciones con aquellos a que se requieren asemejar o que pretenden representar. De la impresionante variedad del fenómeno baste señalar siete modos de mentir en los que es necesario poner atención a sabiendas de que hay muchos más.

Está el arte de mentir con la verdad: por ejemplo, a veces (y si uno busca bien) todo se publica en relación con los horrores del empobrecimiento. Está el arte de mentir sobre las causas: por ejemplo, la miseria de hoy se debe a los populistas de hace treinta años. Está el arte de mentir sobre los efectos. Por ejemplo: se dice que el ajuste estructural y las políticas de choque sirven para modernizar la economía. Está el arte de decir verdades a medias, por ejemplo: se ocultan los efectos secundarios o laterales del “adelgazamiento del Estado”, de la “desregulación” de la economía y de la “flexibilización del trabajo”. Está el arte de mentir con “la verdad del poderoso” considerada como la verdad por antonomasia, científica, racional, ética, y, por si eso no basta, apoyada con estímulos y premios a favor de los intelectuales y científicos que precisan, amplían o difunden los “conocimientos políticamente correctos”, y con sanciones y amenazas, entre mensajes dobles, a quienes precisan, amplían o diseminan los conocimientos prohibidos que son ninguneados como propios de intelectuales anticuados o de jóvenes ultraignorantes. Está el arte de mentir con los derechos de igualdad ante la ley en circunstancias en que “el país formal” cada vez tiene menos que ver con “el país real”. Y el dulce engaño de una democracia que no es el gobierno del pueblo para el pueblo y con el pueblo, y que no permite la elección de una política económica alternativa. En tan opresivo mundo de engaños y autoengaños la labor del pensamiento crítico tiene una importancia innegable. Pero no basta porque hay otra forma más de mentir, relaciona a los descubrimientos más recientes de las tecnociencias y que niega sus usos y efectos inequitativos y excluyentes en los textos sobre la equidad y la justicia social.

Las tecnociencias han optimizado las formas de conocer y actuar para alcanzar objetivos. Se aplican con gran rigor en unas cosas y se olvidan totalmente en otras. Ese hecho, de por sí, amerita una cuidadosa reflexión crítica sobre todo cuando se advierte cómo son usadas para maximizar el poder y las utilidades del sistema dominante, y también para desestructurar o destruir el poder y los recursos resistentes u opositores. La nueva mentira consiste en ofrecer empleo, alimentación, vivienda, educación y servicios de salud sin el menor razonamiento sobre las medidas que se requieren para alcanzar esos objetivos, sin mención alguna sobre las fuerzas en que se tendrá que apoyar una política que necesariamente va a afectar a las grandes compañías, potencias y grupos de poder y presión que dominan el mundo actual y el México actual. La crítica de las falsas ofertas de justicia

y equidad tiene que aclarar que esas falsas ofertas se hacen en una época en que las ciencias y técnicas del pensar y el hacer se han desarrollado muchísimo. Si es necesario denunciar sus ocultamientos también es indispensable conocer sus comportamientos.

El neoliberalismo y sus autores intelectuales no se quedan en el campo de las mentiras, de los mitos, las ideologías y la publicidad, que constituyen parte de una riquísima retórica a menudo perfeccionada con métodos experimentales. Gozan también de los beneficios de una auténtica revolución científica en el pensar y el hacer, que es parte de una nueva lógica y de una nueva historia de la humanidad. No es exageración. La tecnociencia ha desarrollado el conocimiento y la técnica de manejar conjuntos y subconjuntos de relaciones humanas, y los de imponer subsistemas funcionales a la dominación y la apropiación; sistemas llamados abiertos o disipativos que han cambiado de manera notable la organización del conocimiento y el conocimiento de las organizaciones que dominan el mundo. Las tecnociencias de los sistemas autorregulados han mostrado una eficiencia de tan largo alcance en el espacio y el tiempo que muchos de sus ideólogos consideran como un fenómeno eterno al sistema dominante. Pero aunque tal creencia sea vana, y ya esté disconfirmada empíricamente por los peligros de ecocidio que sin la menor duda amenazan a la humanidad y al planeta, es indudable que el poderío del gran capital y de las grandes potencias es enorme y que las técnicas de ese poderío entrañan novedades que la humanidad entera debe conocer.

La revolución tecnocientífica de nuestro tiempo plantea como uno de sus retos principales el inicio de una nueva “era del conocimiento” en que una de las más importantes luchas por la democracia es la que dé prioridad a la educación clásica y moderna, humanista y científica, política y técnica, de las mayorías de ciudadanos en cada polis, y de las mayorías de los pueblos, polis y etnias en cada Estado. Y es en ese mundo en el que tenemos que responder a la pregunta de ¿adónde va México?

Un mundo en que la educación y el conocimiento ocupan un lugar esencial para el triunfo, junto con la ética social, política y personal que replantee el interés general y el bien común, la democracia, la justicia y la paz, la soberanía, el socialismo y la equidad, y que lucha por ellos a sabiendas de que el futuro no está predeterminado y que sí es posible construir una alternativa.

**Este es un texto en que cada frase o proposición se basa en fuentes directas, oficiales o bancarias y de instituciones de investigación científica nacional e internacional; corresponde a series estadísticas, modelos matemáticos cuantitativos y cualitativos, análisis sistémicos, o análisis histórico-políticos. Las principales frases y proposiciones, en especial las que se prestan a dudas o interpretaciones distintas, han sido codificadas para ser programadas como hipertexto. El lector podrá consultar las referencias correspondientes. En un primer plano encontrará lo que hemos llamado “ventanas” dedicadas a precisar, ejemplificar o aclarar algunos problemas esenciales del actual debate; en un segundo plano podrá optar por la ruta de la profundización en otras “fuentes” o bibliografías, o por la ruta de la simplificación y la persuasión con palabras, cifras e imágenes variadas. El texto es también un intertexto, o texto entre muchos y está en proceso de elaboración para ediciones sucesivas y ampliadas, algunas interactivas.*

MIÉRCOLES 28 DE JUNIO DE 2000

*** Pablo González Casanova***

¿A dónde va México?/ II

(Las tendencias recientes)

Todas las experiencias del mundo moderno y posmoderno parecen indicar que la construcción de la alternativa comenzará por la construcción de una nueva democracia. El proceso de democratización en el mundo es un hecho que no podemos desconocer. Pero el carácter limitadísimo de la democracia realmente existente es cada vez más visible en varios terrenos. Conforme la crisis mundial y nacional se acentúa frente a los objetivos de una democracia electoral de por sí limitada, los ideólogos de las clases dominantes tienden a priorizar la gobernabilidad. Los electores tienden a abstenerse de emitir su voto. Los líderes de la sociedad civil tienden a aislarse de los líderes de la sociedad política. Los partidos tienden a sustituir los argumentos por injurias personales, y usan la publicidad comercial como medio principal de persuasión. Las organizaciones patronales y financieras exigen abiertamente que “sea quien sea” el partido que gane deberá aplicar la misma política neoliberal que ha enriquecido a los grupos de más altos ingresos y empobrecido a los sectores medios y a las clases bajas.

El comprensible malestar social provocado por la política neoliberal se manifiesta en formas pacíficas y violentas, individuales y colectivas, que corresponden a acciones de defensa de las poblaciones afectadas y amenazadas en su seguridad y en sus comunidades. De manera todavía incipiente las organizaciones de defensa colectiva se articulan como movimientos de protesta, de presión y de proyectos alternativos tanto en el sistema social como en el político. Muchos de esos movimientos no son sólo de resistencia; plantean una democracia con justicia social e individual, con “sufragio efectivo” y con respeto a la dignidad de los pobres; recogen y renuevan sus legados cívicos y de acción colectiva, y una cierta cultura democrática de “los de abajo” en materia de “consensos”, de “tolerancia”, de “dignidad”, de “vergüenza” y “valentía”. Su proyecto social y ciudadano entra en contradicción con el régimen y con el sistema dominante local, estatal, nacional y mundial. A menudo deriva en enfrentamientos violentos o amenazadores y otras incluso en acciones de resistencia armada. La resistencia mayor proviene de una conciencia moral de los de abajo que se organiza y estructura articulando varios estratos y espacios sociales, culturales y políticos.

La respuesta principal de las fuerzas dominantes combina el uso amenazador y represivo de los órganos de seguridad, policiales, militares y paramilitares, con algunas negociaciones para la cooptación y la claudicación de grupos utilizables y líderes disponibles. Las fuerzas dominantes actualizan sus teorías de las “democracias peligrosas”, de la “contrainsurgencia” y las “acciones cívicas”. Al mismo tiempo disponen acciones “preventivas” para la “gobernabilidad”. Esas acciones a menudo incluyen tácticas de

desestabilización y autodestrucción de las fuerzas populares, locales o nacionales. Quienes las usan parten del supuesto de que al aventurarse la crisis hay peligro de ingobernabilidad, y que el sistema debe prepararse, desde ahora, para desestructurar y, eventualmente, destruir a sus fuerzas opositoras.

La resistencia al neoliberalismo se mueve así en un campo política acotado. El proceso de democratización del sistema político es vigilado y atendido por las fuerzas dominantes con una lógica de seguridad. Está enmarcado en una estructura de poder financiero, económico, mediático, tecnológico y policiaco-militar, que impone una gran cautela a los políticos que aspiran a ganar las elecciones. Esa cautela lleva incluso a muchos opositores a asumir la lógica de que cualquier alternativa a la política económica neoliberal es imposible. Los más empeñados en contenerla y cambiarla necesitan proponerse una recomposición de fuerzas no sólo políticas sino sociales. La tarea no resulta fácil ni sus resultados previsibles. Tanto las fuerzas políticas o ciudadanas como las sociales o populares se redefinen y recomponen en formas discontinuas. La crisis y las medidas neoliberales reblandecen a veces sus posiciones y otras las endurecen; a veces las cansan de resistir y las subyugan, y otras las llevan a quitarse el miedo y a organizarse. Las conductas de ciudadanos y pueblos oscilan entre el conformismo, el cinismo, la desesperación anómica o el endurecimiento emocional, e incluso calculado. También se dan en ellos fenómenos personales, existenciales, que son sorprendentes y que los cristianos llaman “conversión”. Se trata de algo así como la esperanza. Pero ésta es espiritual y visceral y se halla íntimamente vinculada a la decisión de luchar y a lo que se conoce como “la opción por los pobre”

Allí no paran las metamorfosis de personas y gentes, ni con esos cambios basta para alcanzar algo que se parezca a los caminos de la victoria. Ya en la lucha, las poblaciones insumisas y sus heroicos líderes, como si el drama no fuese suficiente, se ven obligados a controlar en su propio seno las políticas autoritarias, paternalistas y populistas, los compadrazgos, las mafias y las clientelas que tanto criticaros en sus enemigos y que reaparecen entre sus compañeros y aliados. Muchos de ellos rehacen intimidaciones, sanciones físicas y psicológicas arbitrarias, manipulaciones de personas y de grupos, control vergonzante de asambleas, fraudes en votaciones internas y hasta corrupciones en el manejo del bien común. Es así como la crisis del sistema se suma la crisis de las propias alternativas al sistema, la autodestrucción de las alternativas. Si no se detiene a tiempo el autoritarismo, si los de abajo imitan o practican la violencia y las trampas de los de arriba, y empiezan a decir mentiras y le pierden respeto a su propia dignidad y a la dignidad de sus hermanos y compañeros, la autoderrota se vuelve una crisis dentro de la crisis. Para enfrentarla tienen que unirse firmemente los hombres y mujeres que “todavía tienen vergüenza”, como decía Zapata, y que hoy más que nunca viven a diario el múltiple reto de construir una sociedad del conocimiento y la organización, capaz de articular la moral pública a las fuerzas sociales y a sus redes, todo con disciplina y pluralismo...

La coyuntura de fin de siglo parece estar acumulando varias crisis que se acentúan. Algunas ya se han desatado en el sistema social y político; otras están por desatarse. Entre las crisis manifiestas en México, se encuentran las siguientes: 1. La de los pueblos indios cada vez más discriminados, empobrecidos, asediados despojados, explotados, excluidos, hambrientos y enfermos y cada vez más dignos y rebeldes 2. La de los estudiantes universitarios en lucha por la educación superior pública y gratuita y por que no les quiten

el futuro; 3. La del gran subsidio del pueblo a los banqueros que quebraron en formas fraudulentas y no fraudulentas y en cuyo salvamento, mediante tributo impuesto al pueblo, se comprometió y desprestigió la “clase política” gubernamental, a instancias de las elites económicas beneficiadas y de los propios organismos financieros nacionales e internacionales; 4. La de los asesinos de varias centenas de periodistas y de políticos; 5. La del campo mexicano, en especial de los productores de maíz y frijol, con grave pérdida de nuestra independencia alimentaria a favor de los productores estadounidenses, y con crecientes manifestaciones de desnutrición y amenazas de hambrunas; 6. La de los pequeños y medianos empresarios sin créditos o con créditos a plazos más cortos que la producción y con tasas de interés incosteables. 7. La de la violación de los derechos individuales y sociales con medidas macroeconómicas que afectan a las cuatro quintas partes de la población; 8. La del narcotráfico y el crimen organizado que se articulan en forma sistémica a la banca nacional y mundial y a los círculos gubernamentales de Estados Unidos y de México, con crímenes que hasta en las películas van más allá de las meras explicaciones personales y a los que se vincula el terrorismo de Estado denunciado y documentado por autores muy serios como Noam Chomsky; 9. La de las inflaciones y devaluaciones que favorecen a los especuladores y a un empresariado corporativo para el que el mercado interno no cuenta: los grandes ganadores; 10. La de salarios nominales congelados y de salarios reales disminuidos que permite a las transnacionales y sus asociados aprovechar las diferencias de salarios que son de uno a diez entre los trabajadores de México y los de Estados Unidos para “abatir costos” (aquí) y “maximizar utilidades” (allá y acá); 11. La de los servicios públicos de educación, salud, alimentación seguridad social, infraestructura, con subsidios y presupuestos cada vez más reducidos, mientras sumas crecientes de subsidios y concesiones se reorientan a las empresas privadas y, para el caso, a la educación privada, a la salud privada, a la alimentación privada, a la seguridad social privada, cuyos costos son inaccesibles para 85 o 90 por ciento de la población; 12. La de la retórica oficial y la pretendida bondad de la política neoliberal, que tanto enaltecen los voceros de la Secretaría de Hacienda y de los organismos internacionales, mientras millones de mexicanos comprueban su notoria falsedad en carne propia; 13. La de una política de altas inversiones y sueldos en fuerzas policiaco-militares y en armamento para una guerra interna llamada “de baja intensidad” que se libra con el pretexto de guerra al narcotráfico, y que afecta al conjunto de la población civil, en especial a la excluida y marginada, o a la que promueve protestas cívicas y exige políticas alternativas. Esa política pone en crisis al régimen institucional al imponer un marco policiaco-militar a cualquier movimiento o fuerza que limite el modelo neoliberal de dominación y acumulación.

Las crisis señaladas tienden a acentuarse. A ellas se añaden otras que en plazos relativamente cortos pueden colocar a México en una situación explosiva y en un camino acelerado de africanización, esto es, en un proceso de liquidación de sectores medios, con pérdida de empleos calificados y reducción de fuentes de trabajo profesional para médicos, ingenieros, dentistas, abogados, economistas, arquitectos, y con políticas genocidas, o de exterminio de pueblos, en especial de pueblos indígenas, a quienes desde ahora cada vez más se expulsa de sus tierras y caseríos, infestando sus campos de labranza, incendiando sus chozas, destruyendo sus enseres domésticos y sus aperos de labranza, y arriando a los sobrevivientes por brechas de fieras acosadas para que emigren a las montañas, donde se enferman y fallecen de hambre y de frío, de virus y bacterias.

Los miembros de las clases medias y empresariales sin empleo y sin empresas serán un tremendo factor de inestabilidad y de ingobernabilidad democrática neoliberal, aunque algunos se conformarán con su suerte y aprenderán a vivir sin la esperanza de un futuro mejor para sus hijos. En cuanto a los campesinos, indios y no indios, expulsados por el mercado y por los paramilitares y asesinos a sueldo de ganaderos, hacendados y compañías, en ocasiones podrán escaparse a las ciudades donde se integrarán a los nuevos barrios marginados, hacinados, malolientes, inseguros. Otros se irán a Estados Unidos y arriesgarán su vida y su libertad con tal de conseguir trabajo de *mojados*, un triste trabajo sin garantías y más bien con discriminaciones y amenazas de cárcel. Pero, extranjeros en su propia tierra, sentirán que viven en el país vecino una vida mejor que millones de mexicanos indios y no indios, a reserva de ser cazados, atropellados, deportados, o encarcelados por los rancheros y la *migra*.

Si, esa es la triste verdad, y lo es, una crisis aun mayor parece a todos previsible. Se puede desarrollar en dos etapas: la pérdida de propiedades públicas y nacionales que hoy todavía generan.

Si, ésta es la triste realidad, y lo es, una crisis aún mayor parece a todos previsible. Se puede desarrollar en dos etapas: la pérdida de propiedades públicas y nacionales que hoy todavía generan empleos y servicios para el conjunto del país, y la suspensión de pagos de los servicios y el principal de la deuda externa cuando los acreedores decidan suspender las políticas de “salvamento” y *blindaje* con que hasta ahora han permitido “pagar la deuda con más deudas”. Es obvio que la situación tiende de por sí a empeorar.

Cada vez se expresan de manera más abierta las presiones por la privatización y desnacionalización (escalonadas) de los recursos energéticos del país, en especial de la electricidad y el petróleo.

Tanto la privatización como la desnacionalización son formas simuladas de depredación y de expropiación. Las propiedades nacionales y públicas pasan a las empresas privadas que pagan sumas simbólicas, por debajo del valor de lo que “compran”, al tiempo que “sacan del mercado” a la propiedad pública y nacional para meterse al mismo, como propietarios privados, predominantemente trasnacionales. A la fecha ya se han privatizado y desnacionalizado la banca, los teléfonos, los ferrocarriles, las supercarreteras, los aeropuertos y numerosas empresas mineras, industriales, de distribución de artículos básicos y de servicios de primera necesidad. Al mismo tiempo, el gobierno ha perdido fuentes de ingreso que precisamente lo obligan a endeudamientos crecientes y a pagos acumulados de intereses. Estos absorben una parte cada vez mayor de los ingresos públicos, de por sí reducidos y que se han reducido todavía más con el Tratado de libre Comercio y las políticas de estímulo a los inversionistas extranjeros y nacionales.

La autonomía de la banca central respecto al gobierno de la República y su integración a la red encabezada por el Banco Mundial aumentó la tutoría de los organismos internacionales y las grandes potencias sobre los programas de inversión y gastos público en México, sobre las políticas de estímulo o falta de estímulo a las empresas medianas y pequeñas, sobre el empleo calificado y no calificado, así como sobre el subempleo, el desempleo y la llamada

economía informal con creciente presencia de marginados y excluidos, en especial jóvenes y viejos.

La autonomía de la banca central privó al Estado de la posibilidad de enfrentar la crisis con una política monetaria y de inversiones orientada al crecimiento del mercado interno. Las altas tasas de intereses y la baja tasa impositiva al capital y a los altos ingresos, como supuestos estímulos a la inversión derivaron, junto con el empequeñecimiento del mercado interno de artículos de consumo general, y la quiebra generalizada de pequeños y medianas empresas en estímulos al capital especulativo más que al productivo. El excedente, que antes generaban los servicios públicos gratuitos y la producción social subsidiada, pasó de ser un impuesto útil al sector público a ser fuente de utilidades para las empresas privadas. Los productos y servicios públicos transformados en mercancías “adelgazaron” el ámbito de los derechos sociales, limitaron la prestación de servicios y el aprovisionamiento de bienes a aquéllos y sólo a aquéllos que tienen la capacidad de comprar en un mercado cada vez más entregado a satisfacer la demanda de grupos de ingresos altos y medios y que para muchos bienes y servicios de primera necesidad deja fuera alas dos terceras, a las cuatro quintas, y a las nueve décimas partes de la población.

La amenazante desnacionalización de la electricidad y del petróleo —de por sí descapitalizados y desarticulados de la economía y el desarrollo científico y tecnológico de la nación—, de llevarse a cabo acentuaría fatalmente la crisis presupuestal del Estado y aumentaría todavía más la dependencia de las empresas y del gobierno respecto de las políticas del fondo Monetario Internacional, el banco Mundial y la Oficina del Tesoro de Estados Unidos. Es decir, colocaría a México en una crisis de pagos sometido a enérgicas exigencias globalizadas y neoimperialistas para la entrega de más riquezas, recursos y territorios.

En caso de no detenerse el proceso, la culminación de la privatización dejará a la República, al gobierno, y alas empresas particulares y sociales no integradas a los oligopolios, en situaciones insuperables de debilidad, con una sobrevivencia precaria, o camino de una desaparición de que ya han sido víctimas numerosos pequeños y medianos propietarios y a cuya suerte se sumarían mucho más. La importación del desempleo (*sic*) en materia de un trabajo calificado y profesional que dejaría de realizarse en México para llevarlo a Estados Unidos y otros países hegemónicos, y la exportación de los mejores trabajadores calificados y altamente calificados a Estados Unidos y demás países dominantes, se combinaría con mayor inseguridad del empleo de México.

En la vida cotidiana, en el futuro de los niños y los jóvenes, al igual que en otros países donde el proceso se ha adelantado, se viviría un clima de inestabilidad generalizada con resistencia civil y armada —al estilo centroamericano o sudamericano— en que las clases dominantes, o los intelectuales neoliberales y “los medios” dizque explicarían lo que ocurre y anunciarían el futuro, entre vanalidades, injurias y acusaciones personales contra quienes encabezan la resistencia, acusándolos de ignorantes o necios, de presentar a fuerzas oscuras, de ocultar intereses puramente personales. Los responsabilizarían de agudizar una crisis que podría resolverse si no fuera por su conducta de pseudolíderes pretenciosos, ignorantes e interesados, de agitadores profesionales y no profesionales, que enredan y manipulan a “los trabajadores responsables”, a los jóvenes ingenuos” y a “los pobrecitos

indios”. Y si los líderes de la resistencia contrataran con el apoyo popular, las elites tecnocráticas y sus fuerzas de choque no dejarían de calificar al pueblo de corresponsable como lo hicieron en el gobierno de Allende. En todo caso, y sin el menor empacho, sostendrían que sin la presencia de los populistas desplazados, de los fósiles o *dinos*, de los idealistas equivocados, de los “indecisos” y “cobardes”, todos “los buenos ciudadanos” y “el conjunto” del país, apoyarían “la mejor política posible, la del neoliberalismo” (que de paso se seguirá avergonzando de su nombre).

Las críticas de los soberanos de la globalización —encabezadas por el Grupo de los siete— se harían extensivas a los gobernantes nativos. Con los argumentos y términos acostumbrados para defender “el modelo neoliberal” afirmarían que los gobernantes locales a su servicio “no han aplicado bien el modelo por ineficacia y corrupción”. Por supuesto les seguirían prestando su apoyo mientras (y sólo mientras) les sirvan para seguir haciendo negocios y no necesiten sustituirlos con otros que los ayuden a controlar a los pueblos levantados mediante políticas populistas de derecha en que se dé un cambio para que no haya cambio, o mediante regímenes policiaco-militares con fachada democrática al estilo centroamericano, colombiano o peruano.

Las resistencias, en efecto, serían frenadas en combinaciones crecientes de cooptación y represión, y mediante el fomento generalizado de una cultura individualista y egoísta que internalizaría la filosofía del conformismo y el cinismo o del *rational choice*, en que “yo compito contra todos y todos compiten contra mí”, y “así es la vida y así seguirá siendo”. La persecución y decapitación de los movimientos de avanzada y sus líderes continuarían en nombre de la lucha contra el narcotráfico, y mediante agentes policiales disfrazados de *ultras* que fomenten acciones descabelladas para que las fuerzas paramilitares, los pistoleros a sueldo o los *porros* tengan la justificación necesaria de actuar, mientras se emplea a los policías, a las fuerzas de seguridad y los soldados en “operaciones abiertas”, que serían cada vez más frecuentes, “otros factores iguales”. La llamada “guerra de baja intensidad” mostraría su verdadero carácter de control militar del territorio y de la población al estilo chiapaneco, siempre a reserva de subir de intensidad cuando sea necesario.

Ese anuncio de futuro no tiene nada de “pesimista”. Hoy mismo, en los círculos académicos y policiacos de Washington abiertamente se publica lo que en México oficial quiere ocultar y ocultarse. En la vasta literatura sobre el peligro de una guerra civil en México destaca un famoso artículo de *Foreign Affairs* (enero-febrero de 1999) que se titula: *Saving America from the Comino Civil Wars* (“Salvando a Estados Unidos de las guerras civiles que vienen”). En ese artículo México aparece como uno de los países amenazados de guerra civil. Otro texto, no menos famoso, es el que pide cerrar el camino de la paz de los zapatistas. Publicado por la Rand Corporation bajo el título *The Zapatista Social Netwar in Mexico* (mayo de 1995), sus autores son el distinguido politólogo David Randfeldt de la Rand Corporation, y su colaborador John Arquilli de la Escuela Naval Superior (El texto se puede bajar del Web en la dirección: kedzi@rand.org). En él sus autores declaran que las redes de paz de la sociedad civil propuestas por el EZLN y el *sub Marcos* son *redes de guerra* inducen a la solución militar del problema de Chiapas como supuesta forma de impedir la guerra social en México. Aseguran —en forma impresionante— que las redes de la sociedad civil llevan a la guerra social. No advierten ni parecen dispuestos a considerar

que precisamente las redes de la sociedad civil han presionado y pueden presionar por un diálogo que reconozca y haga respetar los derechos sociales, culturales, políticos y económicos de los excluidos y marginados, y que así asegure la paz con justicia y dignidad. De antemano juzgan ingenua y sin base toda lógica que lleve a la paz. Y desde luego no se plantean la necesidad de contrariar la política neoliberal para alcanzar una paz con democracia y justicia.

Tal vez, al leer a esos y otros ideólogos del neoliberalismo se pensará que no hay alternativa posible de solución negociada. Puede ser. Pero no intentar la solución negociada con concesión de derechos a los pueblos —y en este caso a los pueblos indios— es la mejor forma de contribuir a una catástrofe que envolverá a México y a Estados Unidos. El *apartheid* mexicano tiene sus manifestaciones más graves en las zonas de refugio de los pueblos indios; pero afecta por lo menos a las cuatro quintas partes de la población de México, y hace ridículo y falso cualquier proyecto de democracia, paz y justicia que no plantee los derechos de los pueblos indios y una política que acabe con los remanentes del racismo y el colonialismo.

La democracia de pocos para pocos con pocos se seguirá llamando democracia y dirá luchar por el bienestar de todo México. Sus partidarios pretenderán que al aplicar la misma política económica que nos ha llevado al desastre nacional y social, sólo por un corto tiempo sacrificarán a los pobres y más pobres, a los menos ricos o menos acomodados y a los que “nomás la van pasando”, pero a todos les dirán que obran con la certeza de que si les va mal en el corto plazo, a la larga serán los más beneficiados: Y como apostilla al bello discurso, que ya no ofrece la gloria después de la muerte sino un futuro neoliberal en el provenir de los excluidos, los tecnócratas seguirán validando sus afirmaciones con una sabia y sonriente retórica de tecnócratas a favor de un supuesto “liberalismo social” al que según ellos sólo los “demagogos” y “conservadores” no aceptan por perversidad, frustración, tontería, o falta de conocimientos.

JUEVES 29 DE JUNIO DE 2000

Pablo González Casanova
¿Adónde va México?/III

(Las Alternativas Posibles)

Malo adelantar vísperas y que éstas se vuelvan vísperas de nada, pero peor todavía pensar que es imposible un futuro mejor o anunciar que os jóvenes no tienen futuro ni el país tiene futuro ni el mundo..., o que todo será igual que ahora o incluso peor. Eso es opción personal más que una reflexión atendible. Las bases científicas del optimismo se comprueban a lo largo de la historia humana, por lo menos, en un sentido. Hasta en los periodos más siniestros de pronto volvió a arrancar la lucha por un mundo mejor. Hoy, las ciencias sociales más avanzadas confirman con creces que la historia no es sólo una extrapolación de tendencias pasadas mediatas o inmediatas. Si se basa uno exclusivamente en las tendencias no se puede sacar ninguna conclusión sobre el futuro de la historia. El

optimismos se asocia en gran medida a las historia de la voluntad y de la creación. En la voluntad a aparece como iluminación o conversión o claridad y en la mente creadora como boceto que no tiene todas sus líneas precisadas desde el comienzo. El optimismo se materializa en el pensamiento organizado para conocer y actuar, en el pensamiento organizado para experimentar y corregir de acuerdo con los experimentados, y para readaptarse a las condiciones en función de valores y objetivos a fin de formar nuevas condiciones que permitan construir efectivamente caminos-mundos nuevos. A esa conclusión llegan los estudios más precisos sobre el determinismo y la libertad en la historia.

Por ejemplo, en el México de 1999 tenemos dos proyectos de alcance universal: uno, el de los Zapatista, y otro de los partidarios de la Revolución Democrática. Ambos proyectos recogen y recrean la historia universal y nacional. Se trata de proyectos radicales en el sentido martiano de la palabra. Son los más radicales porque uno y otro recogen las experiencias de lucha de los excluidos y oprimidos, y de quienes han organizado su conocimiento y acción para enfrentar a los regímenes de opresión y exclusión. Pueden ser los proyectos más radicales sino sólo van a las raíces políticas de una moral que iguale con la vida el pensamiento si no convencen a los sujetos sociales que se beneficiarían de una política más libre y más justa. En ese sentido son potencialmente los más radicales. También son los más radicales, porque al replantear los movimientos liberales, nacionalistas y socialistas del pasado van encontrando que los fracasos anteriores se deben a no haber organizado en la práctica un gobierno democrático y plural del pueblo, para una mayor equidad hacia el pueblo y con el poder participativo y sufragante del pueblo. De allí van concluyendo que para no fracasar necesitan organizar ese tipo de gobierno.

La redefinición del proyecto democrático tiene muchas contradicciones teóricas y prácticas. Quienes plantean más concretamente el proyecto, y lo hacen parte de su vida cotidiana y de sus formas de lucha son los indios de México, y los revolucionarios que surgieron de ellos o se unieron a ellos, o los que en el campo político dieron una creciente prioridad a la Revolución Democrática.

A la redefinición de los objetos y medio de lucha han contribuido también las fuerzas populares, patriotas y socialistas que advirtiendo los límites y contradicciones el populismo, del nacionalismo, de la socialdemocracia y del comunismo, desde la sociedad civil urbana y rural, laica y religiosa, acuerdan primordial importancia a una revolución democrática que no se ha hecho, que se intentó de manera descuidada e indecisa, que fue cooptada, traicionada, lo destruida en sus primeros pasos y que es necesario hacer bien.

En los dos grandes proyectos han tendido a prevalecer la idea de una revolución pacífica, y de la necesidad de hacer todo lo posible por lograr la paz con democracia y justicia. Ambos proyectos son muy ricos. Es imposible caracterizarlos en pocas palabras. Sin embargo pueden destacarse algunas de sus contribuciones.

El proyecto de los indios de México y en especial el de los zapatistas propone y procura una democracia plural, participativa y representativa, a la vez étnica y local, y también nacional y universal. Propone la construcción del poder y la ética en la sociedad civil, y de las autonomías en la sociedad civil y el Estado. Redefine las comunidades como

localidades, municipalidades y regiones internas e internacionales. Lucha contra la discriminación y la exclusión racial, económica y cultural, de género o inclinaciones sexuales y por la justicia social e individual. Defiende el disfrute de los pueblos a sus territorios y recursos naturales, y sus derechos a las tierras ejidales y comunales. El proyecto zapatista supera varios problemas que debilitaron e hicieron fracasar a proyectos anteriores. El pluralismo ideológico no sólo obedece a la tolerancia y la libertad de expresión como valores respetables sino como valores necesarios a fin de construir actores sociales que teniendo distintas creencias, filosofías e ideologías integren organizaciones y redes para acciones comunes victoriosas. El pensar en un protagonista plural al que se sume la clase obrera industrial sin reclamar para ella un puesto ontológico de vanguardia, no menosprecia el papel que los trabajadores manuales e intelectuales cumplen en las luchas de la revolución democrática; simplemente no les asigna un papel privilegiado al margen de la historia real. El combinar la democracia participativa con la democracia representativa y una y otra con las ideas de justicia, y el combinar las ideas de justicia individual, con las de justicia a las etnias, y con las de justicia social establece puentes entre luchas necesarias y posibles. Esas luchas incluyen a quienes piensan desde ahora en una democracia socialista, por elusivos que sean en el uso de ese término o concentrados que se hallen en el proyecto democrático, y a quienes defienden los derechos de los pueblos indios, la paz y las autonomías, dentro de un proyecto de democracia efectiva en las comunidades autónomas, locales, municipales o regionales, en las entidades federativas y en el país.

La construcción del poder y la ética en la sociedad civil va más allá de los planteamientos estatistas que predominaron en el corto siglo XX, supera a los anarquistas que no se plantearon a fondo los problemas de la resistencia y la rebelión y que quisieron construir repúblicas justas y libres sitiadas y al fin liquidadas por el Estado, y deja atrás a los eticistas que desprestigian a la moral con la moralina. En la práctica, el proyecto zapatista se plantea los necesarios vínculos de la moral y la lucha, en medio de una “guerra de baja intensidad” que combina el conflicto y el consenso, el enfrentamiento y la negociación-transa, la represión y la cooptación de individuos y colectividades como formas de eliminación moral y fiscal de líderes y pueblos cuando unos y otros defienden sus derechos y desean construir un mundo mejor.

El proyecto zapatista concede a la moral y al poder un papel principal para enfrentar sin miedo al enemigo y para dialogar con él sin hacer transas, es decir, sin hacer negociaciones y concesiones que beneficien a los líderes o clientelas cooptados contra los intereses de las colectividades. El proyecto también convoca a cohesionar a la comunidad y a los que al mandar obedecen los valores de la comunidad y de la humanidad. En todos sentidos se propone a forjar un mundo que se organice en torno a los derechos humanos individuales y colectivos para hacer de ellos una realidad generalizada. Concibe los derechos humanos individuales y colectivos como el atractor familiar y práctico de un sistema alternativo.

La novedad y riqueza del proyecto zapatista se advierte en el uso sistemático de la *combinación* allí donde el pensamiento maniqueo plantea *la disyuntiva*. *La combinación*, como forma predominante de un pensar concreto, combina lo universal y lo particular; así, por ejemplo en el idioma combina la necesidad de saber el castellano y el tzotzil u otra lengua vernácula o internacional; en la moral combina el respeto a lo humano, a lo nacional y a lo local; en el conocimiento, valora la civilización mundial y la cultura propia. *La*

combinación concreta se da también en el terreno político, en que lejos de oponer la democracia participativa a la representativa al estilo de la antigua izquierda y de Rousseau, hermana a una y otra; y en que postula la lucha por los derechos humanos individuales y personales y también enarbola la lucha por los derechos sociales, los comunitarios, nacionales y globales. La *combinación concreta* estructura un pluralismo ideológico, religioso, étnico que ven la comunidad, la sociedad, la nación, la humanidad, algo así como una unidad en la diversidad que debe y puede organizarse. Al mismo tiempo vincula las reformulaciones del Desarrollo, la Modernidad y la Post modernidad con formas de expresión locales y tradicionales de culto a la naturaleza y a las civilizaciones pasadas, prehispánicas e hispánicas —piénsese en *el Popol Vuh* y *El Quijote*—, y con un ecologismo actualizado, no sólo post moderno en la defensa de la naturaleza, sino moderno en la defensa de los bosques, las aguas y las tierras de las etnias frente a los caciques y las compañías depredadoras. Esboza así los planteamientos de una globalización alternativa a la del capitalismo salvaje y corporativo en la que lo primero a imponer es un gobierno cuyos dirigentes mandan por elección o consenso de los ciudadanos y las comunidades, y en que como mandatarios obedecen los mandatos de sus mandantes. El rico planteamiento no olvida las categorías históricas, sociales y antropológicas de la dominación y la apropiación; pero de todos los legados antiguos y recientes que la inteligencia revolucionaria y radical le deja forjar un proyecto seminal en que la libertad, la igualdad y la fraternidad añade *la dignidad* concebida como dignidad de la persona humana y como condición del pobre que se respeta a sí mismo y que merece respeto.

Proyecto de los descendientes de los mayas, el zapatista lo es también de los guerrilleros y luchadores latinoamericanos: con ambos crea una filosofía realmente nueva y un proyecto alternativo particularmente creado. Las contradicciones en que incurre por la necesaria política de seguridad, disciplina y cohesión en condiciones de cerco y guerra muestran altibajos en que siempre busca volver a una política hegemónica sin que se haga de la disciplina político-revolucionaria un dogma sin dudas o un paradigma sin empatías. Como filosofía revolucionaria, política y democrática, representa un extraordinario avance en el respeto a creencias e identidades distingas de la propia. Realmente es un proyecto de alcance mutal por su rico juego de respeto y empatías. Ni hace de occidente el centro del universo ni es ajeno al dulce encanto de occidente. Se opone a su dominación como a cualquier vasallaje mundial o local.

En cuando a los partidarios de la revolución democrática, entre los que destaca el partido de ese nombre, el PRD, desde la memoria e imaginación colectiva de las izquierdas, priorizan y profundizan en un fenómeno parcialmente descuidado por los teóricos e ideólogos de la democracia y el socialismo, en el que nos profundizaron nunca o al que no priorizaron nunca un movimiento, aunque de los liberales haya surgido aquellos del gobierno del pueblo, con el pueblo y para el pueblo; de los socialistas el concepto de la socialdemocracia, y de los comunistas el de dos supuestas etapas de la revolución mundial: una, la revolución democrática y, otra la revolución socialista. El caso es que hoy mismo se requiere mucha más elaboración teórica-práctica sobre la revolución democrática. Pero en el caso de México ya se han dado importantes contribuciones, entre las que destacan: 1º el plantear, en los conceptos y los derechos, el que los sistemas electorales, los equilibrios de poderes, las autonomías municipales, institucionales y empresariales, así como la soberanía nacional, estén vinculados a la democratización del Estado y a la

democratización de las organizaciones de la sociedad civil; 2º El proponer políticas de alianzas cuyo objetivo primordial sea el cambio de régimen político, dando a ese cambio una importancia que la izquierda tradicional no le reconocía y que quedaba inserto en una política “reformista” frente a la “revolucionaria” de los bloques históricos encabezados por la clase obrera. La nueva propuesta supone que un régimen de alternancia de partidos es particularmente valioso dentro de un proyecto de revolución democrática. La alternancia es fundamental frente a la perpetuación de un mismo grupo o partido en el poder, y el cambio de régimen político necesario frente a las estructuras autoritarias que impiden una creciente representación y participación del pueblo en las decisiones. Pero la alternancia es insuficiente si choca con la alternativa democrática que efectivamente permite un mayor poder del pueblo y una política de justicia social; y el cambio de régimen político es insuficiente si no se acopla con cambios en el sistema social que den creciente poder a la sociedad civil y a las mayorías que en ella actúan. En general la nueva propuesta parte del postulado de que la democracia político-electoral y partidaria es un valor, en sí mismo muy importante, que se articula a los valores relacionados con la justicia y la equidad; 3º en cuanto, a los problemas en que aparecen los intereses de las clases dominantes, se esboza el proyecto de resolverlos mediante lo que podríamos llamar un *modelo alternativo negociado*, que en lo económico y lo social resuelva problemas fundamentales de . 1. protección y fortalecimiento de la propiedad pública, nacional y social en las leyes, tratados y políticas correspondientes; renegociación del Tratado de Libre comercio para proteger la producción del maíz, el frijol y la libre migración de trabajadores, entre otros objetivos; así como medidas que detengan los procesos de privatización por etapas o de golpe, de la educación, la electricidad, el petróleo, la seguridad social, el patrimonio cultural de la nación y de los pueblos indios, la política monetaria y financiera, la política de defensa y seguridad nacional. 2. *Rearticulación* o integración de complejos y redes empresariales de crédito, conocimiento, tecnología producción y servicios para un mercado interno que incremente su capacidad de producir lo que consume y de distribuir en forma menos inequitativa lo que produce y los servicios que presta de alimentación, salud educación vivienda, seguridad social. 3. Reorientación hacia una política de desarrollo equitativo en los puntos más sensibles: el de los derechos de los pueblos indios, el de la autonomía de las organizaciones sindicales y de trabajadores, el de un subsidio elevado para la educación pública, para el pago de mejores salarios y de estímulos al magisterio, y para la educación gratuita desde la primaria hasta la superior; el de la lucha contra la inflación aumentando el empleo para la producción de los bienes y servicios que demandará una población menos desempleada y subempleada y con salarios que permitan, por lo menos, adquirir la canasta básica, y aumentar los niveles de la población en forma sostenida. Todo lo anterior implica la reconversión de la actual política de seguridad policiaco-militar en una política de seguridad basada en una sociedad menos inequitativa, desigual y excluyente en una democracia más representativa y participativa, así como en el control tanto moral como político, jurídico, policial y militar de la corrupción hasta hacer del ejercicio público un ejemplo de transparencia con periódicas auditorías internas y externas. 4. Estructuración de fuerzas ciudadanas y de la sociedad civil que apoyen el proyecto frente a las oposiciones que necesariamente presentarán las fuerzas neoliberales con sus redes de caciques políticos, compañías transnacionales y partidos, cuyas bases de poder se centran en las viejas y nuevas oligarquías el PRI y el PAN. 5. Los objetivos anteriores no sólo suponen una reorientación de la intervención del Estado para que asuma como propia la responsabilidad del desarrollo equitativo y sustentable, sino una creciente participación de la sociedad en la

toma de decisiones que permitan ese desarrollo. El proyecto propone, entre otras medidas, la realización de plebiscitos ciudadanos que lejos de plantear una lucha de clase contra clase —informe y metafísica— planteen una lucha ciudadana contra quienes pretendan preservar y aumentar sus privilegios a costa de la soberanía nacional, de la propiedad pública y de las políticas de subsidio y exención; se enfrentará también a la tolerancia consuetudinaria de la evasión fiscal, ese otro privilegio convertido en derecho de privatización de impuestos por los pudientes.

La importancia de la democracia político-electoral y de la democratización del Estado, del sistema político y de la sociedad civil parece ser hasta hoy la principal aportación en los planteamientos actuales de una revolución democrática, que con las nuevas prácticas político-morales de los ciudadanos requiere negociar la doble transición a un régimen democrático en la política con un modelo alternativo en la economía, objetivo que sólo en una lógica conservadora está de antemano condenado al fracaso, y que en la actual coyuntura histórica requiere una atención creciente de la inteligencia orgánica y la voluntad colectiva, organizada.

El PRD y numerosos líderes encabezados por Cárdenas apuntan su política a la posibilidad de una alternancia en que también haya alternativa. El triunfo electoral del PAN puede significar una alternancia al PRI; pero está lejos de presentar una alternativa al modelo neoliberal. La filosofía que en inglés corresponde a las siglas TINA (*There Is No Alternative*) en castellano corresponde a NAP (*Ninguna Alternativa Posible*). Ambas se refieren a un mundo sin modelo económico-social alternativo. Los tecnócratas y los neoliberales sostienen esa tesis mientras se limitan a proponer falsos objetivos sociales de participación y justicia con las mismas políticas económicas que han aumentado la injusticia y la exclusión. El bosquejo de un proyecto alternativo por el PRD y la izquierda democrática integrada en la llamada alianza por México recoge las mejores experiencias de la periferia y el centro del mundo en su lucha contra los estragos del neoliberalismo. Pero hay algo todavía más importante: coincide con un trabajo muy serio de precisión de un modelo económico social alternativo al neoliberal elaborado como “Agenda Ciudadana” en octubre de 1999 por numerosas organizaciones de la sociedad civil agrupadas como “Acción Ciudadana por la Democracia y por la Vida: el Poder es la Gente”. Ese trabajo constituye un extraordinario esfuerzo de elaboración teórico-práctica, desde abajo, de un modelo de desarrollo que con la justicia social asegure la democracia y con el poder de la gente organizada el apoyo para implantarlo. La revolución democrática en México aparece así tanto en la sociedad política como en la sociedad civil y no se limita a modelos abstractos ni a medidas generales que en la práctica rehuyan sus líderes y bases. Tal vez no sea esa la revolución democrática del porvenir; pro sí será una importante etapa que ponga a prueba lo posible en la historia y lo construya sobre una base heredada e innovadora en que el nacionalismo sea democrático, la intervención social del Estado democráticamente organizada y controlada, y la democracia participativa y representativa, respetuosa de la autonomía de las personas, de las comunidades y de las empresas de la sociedad civil.

A las grandes corrientes de zapatismo y la revolución democrática se añaden movimientos en que aparece puntualmente el proyecto alternativo profundo, como los movimientos de los electricista y trabajadores independientes, de los pobladores urbanos marginados, de los deudores de El Barzón y, más recientemente, de los estudiantes universitarios y el Consejo

General de Huelga de la UNAM. Todos ellos viven problemas angustiosos en que el legado teórico de las luchas nacionales y mundiales es importantísimo, pro también insuficiente para profundizar y precisar el proyecto de una democracia con paz y justicia y de una soberanía del pueblo ciudadano que defiende y decida en la República y la Nación, contribuyendo a un proceso alternativo de globalización en que la democracia universal tienda a prevalecer como democracia plural y no excluyente.

Entre los aciertos estratégicos de todos esos movimientos se encuentran ciertas formas de romper el conformismos y el cinismo impuesto por el proyecto neoliberal. También destaca la creciente atención a las contradicciones internas en proyectos creadores que tiendan a superarlas mediante estructuraciones democráticas y prácticas del “mandar obedeciendo”. En los zapatistas sobresale el acierto de haber aceptado el camino de la paz que le demandó insistentemente la sociedad civil y que en medio de todas sus contradicciones es el único que permitirá construir el mundo alternativo, acumular fuerzas y hacer posible lo imposible. Entre las contradicciones del zapatismo ameritan una reflexión profunda las que se dan entre las políticas de democracia y consenso, la necesaria disciplina de una lucha de resistencia contra el dominio policiaco-militar que busca someter a los pueblos insurgentes del estado de Chiapas y eventualmente al conjunto del territorio nacional. También exigen esclarecimiento (tanto narrativo como normativo) las contradicciones que surgen entre la política de alianza y la política hegemónica para la formación del bloque liberador. Destaca en el PRD la decisión de priorizar la lucha democrática en el interior del partido y de construir, con otros partidos, la transición democrática a un Estado que se base en el “Sufragio Efectivo”; que ponga en marcha un sistema electoral controlado por la ciudadanía, y un régimen en el que sea real el equilibrio de poderes, una federación con gobiernos estatales democráticamente elegidos y por eso soberanos; un sistema de autonomías municipales que se enriquezca con las autonomías y regiones indígenas en un Estado pluriétnico. El PRD y otros partidos de la izquierda asumen, además, como propio un proyecto que hasta hace muy poco se consideró como un proyecto de “democracia burguesa” o de “democracia formal”. El cambio es limitado y a menudo recuerda las limitaciones de los movimientos socialdemócratas y populistas. Una parte importante de la izquierda llega a dar más importancia a las luchas y asociaciones políticas y a descuidar, e incluso a olvidar, las luchas o las asociaciones de intereses y clases; no pocos de sus miembros vuelven a caer o se quedan en el clientelismo y el populismo y más que ocuparse de aumentar sus fuerzas con las del “bajo pueblo” y la sociedad civil de los excluidos dan prioridad a las luchas partidarias y electorales y a la “política de elites”... En todo caso, una y otra vez regresan las presiones y los movimientos contra el sectarismo, contra la corrupción, contra la manipulación de los lectores, contra el oportunismo politiquero, y por una cultura de democracia plural, participativa y representativa que se disemine y organice, y que logre constituir un nuevo tipo de bloque histórico con la sociedad civil y el pueblo trabajador.

En los electricistas destaca el convocar desde uno de los más antiguos y prestigiados sindicatos no sólo a la clase obrera sino a todos los ciudadanos y fuerzas nacionales para defender el patrimonio nacional, empezando por la industria eléctrica y el petróleo. Su lucha tiende a crecer y consolidarse en nuevas alianzas obrero-campesinas independientes y democráticas. Destaca en los pobladores urbanos la reformulación de las acciones colectivas del pueblo y de sus formas de cooperación en proyectos de defensa del

vecindario y también democráticos. Destaca en el movimiento de los deudores de el Barzón el enriquecimiento espiritual de los pequeños y medianos propietarios y de sus perspectivas. Muchos de ellos se identifican con las víctimas de la llamada “deuda social”, con los excluidos y explotados de la sociedad formal e informal y levantar su voz al lado de las fuerzas democráticas nacionales. Destaca en la “sociedad civil” su resistencia al golpeteo que sufre entre represiones y corrupciones, y la forma en que a sus caídas suceden recomposiciones y rearticulaciones, todo en medio de un proceso cuya memoria histórica es innegable, y que en el pasado inmediato recuerda las hazañas de las acciones colectivas del 81 (Nava), del 85, del 88, del 93, el 97 y el 99. Y las recuerda como experiencias para actuar mejor, más coordinada y eficazmente en el futuro.

Destaca en los estudiantes, la voluntad de luchar más allá de los intereses individuales por el derecho de una educación superior pública y gratuita de primera calidad y por una sociedad que dé *empleo público* a los médicos de los pobres, a los ingenieros y arquitectos de los espacios de la pobreza, y educación y trabajo público a los pobres y a los hijos de los pobres considerando que quienes tienen un más alto nivel educativo padecen menos desempleo, y que el actual nivel del empleo es muy inferior al que puede darse con otra política macroeconómica que entierre a la neoliberal y mida sus éxitos por la solución de problemas sociales y no sólo por la acumulación de riquezas y utilidades a favor del gran capital. En todo caso el movimiento estudiantil nos recuerda que un ciudadano educado es mejor como empleado o desempleado, que un ciudadano al que se le niega la educación con el pretexto de que “¿para qué se le va a dar educación si no va a tener empleo?”, o con el no menos falso de que la educación superior debe ser de pocos, para pocos, y con pocos, argumento *falso de toda falsedad*, sobre todo hoy en que los nuevos medios electrónicos combinados con los métodos clásicos de diálogo, seminario, y grupo de trabajo nos permiten dar una educación pública y social de excelencia no sólo a los descendientes de Sócrates y Netzahualcoyotl sino a los de sus esclavos todos en seguimiento de las lecciones de esos maestros y poetas y de sus sucesores idealistas y materialistas, positivistas y dialécticos, o incluso constructivistas y post modernistas. En las fallas del movimiento estudiantil del 99 cabe el no haber estructurado más sus organizaciones y redes en relación a un proyecto participativo de Universidad Alternativa, y el no haber sido consistente en su vocación democrática o el no haber podido controlar los desplantes autoritarios que han prevalecido en momentos críticos y que tanto lo debilitan. Destaca en el movimiento magisterial —que sucedió al estudiantil— una lucha que no se limita a la defensa de sus intereses gremiales seriamente afectados por la política neoliberal, sino que acomete la defensa de la educación nacional, de su carácter laico, público, gratuito y universal, y de su necesaria mejoría en el campo pedagógico.

En cualquier caso no podemos ignorar los muchos problemas de corto y largo plazo que se plantean en la construcción de la alternativa. Constituye un reto creador la universalización conceptual y efectiva del planteamiento zapatista a fin de que se convierta en un proyecto del pensar y el hacer de las redes virtuales de reflexión información y acción que puedan actuar en las distintas partes del país y de la tierra. Es también un reto creador en las prácticas morales e intelectuales, el control y la eliminación de la cultura priísta en materia de trampas electorales, y de la dogmática o sectaria que viene del oscuro sendero “revolucionario” con su aritmética contrarrevolucionaria que reaparece cuando menos se piensa. Algo semejando ocurre con la tendencia a pensar en alianzas sólo en términos

políticos, o en alianzas sólo entre organizaciones de la sociedad civil, sin plantear profundamente el juego sucesivo y simultáneo de las alianzas políticas y sociales, y la necesidad primigenia de construir las redes y organizaciones de la sociedad civil. Urge diseñar y realizar una educación política incluyente, que se proponga enseñar a pensar-actuar, y que se organice en forma práctica y efectiva como ya lo han hecho las iglesias de los curas que “optaron por los pobres”, o partidos y movimientos como el PT y los “Sin Tierra” de Brasil que han plasmado en realidad orgánica la “Pedagogía de los Oprimidos” y las “ciudades-escuela”. En fin, en una lucha concreta que una lo diverso y enfrente represiones y cooptaciones, hace falta impulsar la cultura del diálogo, y de la negociación sin transa, un diálogo que no sea mera racionalización de las políticas neoliberales, y una negociación que obedezca a las bases y planee rigurosamente las líneas de acción y concesión que precisan. A ese respecto la educación acerca de la firmeza en los principios y la flexibilidad en las tácticas, y acerca de lo que hoy es ser radical en las explicaciones y coherente en las políticas, reclaman una reflexión que actualice constantemente las experiencias imprevistas, y las que se confirman en los hechos para lograr negociaciones exitosas con concesiones concretas y con acuerdos que se cumplan.

Las respuestas posibles a la crisis serán de dos tipos principales, las de aquéllos que piensan seguir aplicando la misma política económica y social neoliberal con pequeñas variantes, y las de quienes, hasta sin querer, necesitan que se abandone la política neoliberal para resolver sus demandas vitales y soberanas. Entre los primeros, la dura realidad de lo que ocurre, las falsas propuestas de solución que avizoran —como la *tercera vía* o el “neoliberalismo social”—, y los intereses de las fuerzas en que piensan apoyar sus políticas los colocan en terrenos muy superficiales e incongruentes. Ellos mismos se dividen entre lo que prevén una crisis de gobernabilidad democrática y están decididos a enfrentarla por todos los medios —incluso los más sangrientos y autodestructivos— con tal de seguir beneficiándose de la depredación neoliberal y de las transferencias de excedente que genera, y los que en forma vaga e irresponsable no creen, o no quieren ni pensar en esos peligros, y por lo pronto siguen aplicando o proponiendo, con necia terquedad, las mismas políticas neoliberales que están llevando a México y al Mundo a la devastación.

Entre quienes advierten la necesidad de un cambio de política, que enfile a la solución de los problemas sociales, a la defensa de la nación y a la consolidación de una gobernabilidad constitucional sólo cabe incluir a quienes exploran un nuevo proyecto de *democracia con poder de la sociedad c.*

VIERNES 30 DE JUNIO DE 2000

Pablo González Casanova

¿Adónde va México?/ y IV

(El país en crisis y la bifurcación inminente)

No cabe duda que el futuro se va a decidir en una lucha cuyo final es incierto. En la coyuntura del año 2000 se da una acumulación de tendencias cuyo desenlace inminente e

implica a un punto de quiebre hacia un autoritarismo exacerbado o hacia una auténtica democratización. La crisis es múltiple y aparece de distintos modos: como crisis de autoridad y de poder, como crisis de políticas que llevaron al empobrecimiento económico-social y a la pérdida de autonomía y soberanía del Estado, y como presión para que se sigan aplicando esas mismas políticas privatizadoras y desnacionalizadoras a cualquier precio y por cualquier medio, incluidos los que sirvieron para derrocar a los regímenes constitucionales del ex Tercer Mundo en la década de los sesenta y principios de los setenta. No puede así descartarse el que en un plazo relativamente corto se pase de la desestabilización inducida por un propósito predominante de lucro financiero a una desestabilización que abiertamente busque imponer un “régimen de excepción”.

El desenlace se dará en condiciones distintas a las que prevalecían cuando las guerrillas y guerras revolucionarias sucedieron a la Revolución Cubana y a menudo coincidieron con la agudización de las presiones del bloque soviético y de los países árabes contra el dominio de Estados Unidos, Europa y Japón. La desestabilización deliberada y posible, más que parte de una estrategia contrainsurgente, será hoy parte de una política de globalización que reestructura al colonialismo en el mundo entero, incluso en las fronteras del imperio. Se daría para imponer, por la fuerza, la privatización y desnacionalización del país, y para detener el avance incontenible de las corrientes democráticas que plantean una política económica y social alternativa y un auténtico proyecto de democracia. La ruptura del orden constitucional se daría —incluso con la apariencia de respetar ese orden— ante la imposibilidad de controlar institucionalmente al Congreso, a los partidos y a los movimientos ciudadanos y sociales. Se daría igualmente para controlar a la nación empobrecida mediante un reposicionamiento a lo largo de su territorio de las fuerzas policiaco-militares que quedarían a la cabeza del poder efectivo del Estado y del control de la población. Por supuesto serviría también para asegurar los procesos de privatización y desnacionalización a costa de los territorios públicos, comunales, de las pequeñas propiedades que se hallan en posesión de los pueblos indios y no indios. El carácter autoritario y represivo del régimen se legitimaría con un sistema político electoral simulado. También buscaría legitimarse con la persecución creciente y selectiva de la delincuencia organizada y no organizada, y “criminalizaría” a todos los opositores cívicos y políticos que sea necesario.

La posibilidad de que en la bifurcación, México siga ese camino, no puede destacarse. Para crecientes círculos dominantes las protestas sociales y los movimientos de resistencia legal y de acciones directas exigen una política firme en defensa del orden establecido. Esa es la única alternativa en que creen elites y oligarquías: mediante una profecía autorrealizada cierran todos los caminos pacíficos y políticos a los movimientos populares, y claman por el orden que asegure sus privilegios.

El problema ya es grave. Los políticos más conservadores del gobierno y la oposición ven actos subversivos y delictuosos en cualquier movimiento de protesta urbana o rural, y acusan a sus líderes —estudiantes, profesores, obreros, indios— de ser los causantes de las movilizaciones de masas, sin aceptar que éstas manifiesten su inconformidad por la grave situación a que las ha llevado la política neoliberal, un argumento por cierto que ni siquiera atiende y al que descartan como explicación poco seria. Su lógica ultra conservadora los lleva a sostener que “la violencia legal” es la mejor forma de resolver los problemas

sociales. Por supuesto muchos no dejan de justificar y organizar “las operaciones encubiertas” como eufemísticamente llaman a los crímenes de Estado. El peor escenario imaginable es que la bifurcación tome el camino de la vieja y la nueva ultraderecha mexicana. No necesariamente va a ocurrir, aunque en lógica de probabilidades parece indispensable hacer todo lo que se pueda para alejar semejante peligro.

En la larga crisis ha sido notable la actitud pacífica del pueblo mexicano, su inquebrantable oposición a cualquier acto terrorista, su movilización multitudinaria a favor de las políticas de paz, su creciente conciencia de lo que ocurre en una historia imprevista, en que originalmente creyó luchar contra los males del populismo dejando hacer o incluso apoyando al neoliberalismo. Ahora gran parte de ese pueblo ve con claridad que la política neoliberal lo llevó a un régimen más democrático y más justo, sino a uno más inequitativo, excluyente y represivo con libertades sumamente limitadas que la ruptura del orden constitucional anularía en forma aun más violenta e injusta. Su lucha, pues, tiene que orientarse hacia la construcción de una fuerza de paz con democracia que desde la sociedad civil presione para que la sociedad política imponga una política alternativa.

Esa política tiene que distinguirse del populismo nacional de los años treinta, del populismo de derecha del Partido Acción Nacional que quiere encabezar la herencia conservadora de la historia de México y combinarla con las luchas populares y cívicas que viene del movimiento democrático-librador representado por Heberto Castillo, del movimiento cívico representado por el doctor Salvador Nava, del movimiento contra los desaparecidos políticos representado por Rosario Ibarra de Piedra. Como alternativa al neoliberalismo priísta y a sus recientes y vagas versiones de “neoliberalismo-social” el movimiento alternativo tiene que enarbolar un proyecto democrático de participación y representación popular, y de respeto al pluralismo religioso, ideológico y político, un proyecto de paz con democracia y con justicia social que construya las redes del desarrollo y del poder desde la sociedad civil y con la sociedad política.

La verdadera alternativa se dará entre las fuerzas que reconozcan la crisis terminal del neoliberalismo y construyan políticas y fuerzas democráticas en distintos niveles. Entre las medidas urgentes a concentrar y consolidar se encuentran el alto a la salida policiaco-militar de los problemas sociales, y el apoyo a las alianzas políticas de los partidos que se comprometan con los movimientos sociales para tomar medidas concretas. En el primer terreno se encuentra el apoyo a la desmilitarización y la paz en Chiapas y el apoyo a la “Alianza por Chiapas” en que postula como candidato a gobernador a Pablo Salazar con el apoyo del PRD y del PAN, así como de una amplia gama de fuerzas democráticas. En el segundo terreno se encuentra un programa mínimo de medidas concretas contra la privatización escalonada o definitiva de la electricidad, del petróleo, y por un proyecto de recuperación de nuestra soberanía para la toma de decisiones en el desarrollo económico-social: ese programa mínimo no sólo requerirá la renegociación del TLC y de la deuda externa, sino el impulso a empresas sociales y públicas de producción de artículos y de prestación de servicios de primera necesidad. Exigirá una reforma fiscal para un sistema tributario menos inequitativo y más moderno, que empiece por anular tributos como el Fobaproa-IPAB; el establecimiento de sistemas democráticos de auditorías autónomas y públicas para el control de la corrupción; la organización de un Estado democrático pluriétnico con reconocimiento de derechos de los pueblos indios y de la autonomía a los

gobiernos democráticos locales, municipales, regionales, estatales; la reestructuración del sector público con los *recursos* necesarios para hacer efectivo el derecho a la educación desde sus niveles elementales hasta los universitarios y superiores; la reestructuración de la salud pública, de la seguridad social, y del mercado interno para aumentar las fuentes de trabajo, profesional, calificado y no calificado *con fines sociales*. El nuevo proyecto, concertado y democrático, tendría que estructurar un nuevo equilibrio de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) que acabe con el presidencialismo sin disminuir la capacidad ejecutiva de la sociedad y el Estado. Su realización supone el acuerdo inmediato de un respeto claro tanto al proceso electoral como a sus resultados. Con dos de los tres grandes partidos que lo avalen, la gobernabilidad democrática quedaría fortalecida para las elecciones y el periodo poselectoral.

En el corto plazo la sucesión presidencial plantea la posibilidad de un verdadero voto útil que escape a la falsa alternativa neoliberal por la que se supone que el PAN cambiaría el curso histórico de México en un sentido contrario a la globalización avasalladora y al neoliberalismo del México-mercancía. *La alternancia sin alternativa nos llevaría a un voto inútil* para detener al neoliberalismo en sus versiones priístas y panistas. La alternancia en el sistema gubernamental es necesaria; pero no menos importante es un cambio de política económico-social que basado en el poyo ciudadano defienda una alternativa para la sobrevivencia nacional y para la solución acumulativa de problemas sociales, económicos, culturales y políticos que interesan al conjunto de la población.

Lograr el triunfo de las fuerzas que pugnen por esa política y que se apoyen en los ciudadanos y los pueblos, implica luchar contra el abstencionismo, por el sufragio efectivo y por la más amplia participación de la ciudadanía en el proceso electoral. El triunfo del PAN puede significar un cambio del régimen de partido de Estado a un régimen de partidos de Estado, y la continuidad del neoliberalismo. Para acercarse a la opción democrática de la bifurcación, las candidaturas de Cuauhtémoc Cardenas, de Andrés Manuel López Obrador y del PRD son, sin duda, las que presentan una mayor garantía de alcanzar las metas mínimas que aseguren la paz con democracia.

Considerarla alternancia sin alternativa como un paso mínimo y práctico es un engaño mayúsculo desde el punto de vista de una paz negociada y de una democracia gobernable.

A lo único a que nos llevaría es a enfrentamientos y conflictos de altísima peligrosidad para México y para el propio Estados Unidos. Sólo un acuerdo de partidos que no se quede en las vaguedades democratizantes y falsas del neoliberalismo avasallador, impedirá en forma lógica y práctica el que México enfile a la salida policiaco-militar de la bifurcación.

Desde el punto de vista de la lógica de la seguridad que prevalece en los círculos hegemónicos, el problema ha sido planteado con toda claridad por James F. Rochlin: “Con respecto a México —escribe— un doble proceso parece esta en camino: (1) Más represión por parte del Estado para contener un caos en ascenso; o un (2) progreso creciente hacia la democracia...”Y más lejos añade: “Para que el progreso hacia la democracia pueda reducir el *racket* de la ‘seguridad’ y la fuerza de los grupos subversivos, necesitará acompañarse de un reparto más equitativo de la riqueza si quiere tener éxito”. Y concluye con certera profundidad: “Un vínculo crucial entre las estructuras de producción y de seguridad es el concepto de un buen gobierno. La estabilidad y la paz sustancial pueden ser cultivadas por un buen gobierno mediante políticas que generen consenso social. Una integración

económica exitosa, por lo tanto, implicaría impulsar la hegemonía (el poder por convicción o persuasión), y por lo tanto la fusión conceptual de la seguridad estatal y de seguridad social”¹. Reflexiones como esa pueden llevar a una política alternativa que se base en una auténtica democracia y en una seguridad con justicia social Previendo el futuro necesario construirán el futuro posible. Exigiendo lo que hoy parece imposible descubrirán lo posible.

ESTEFANÍA, Joaquín. (2003) “En la historia ha habido abundantes pasos a tras protagonizados por guerras, nacionalismos y recesiones. ¿A partir del 11 de septiembre de 2001 vamos a iniciar otra época de picos de sierra y fluctuaciones sin dirección?”; en: Hijo ¿Qué es la globalización?. México. Editorial Siglo XXI-UNAM, pp. 213-216

En la historia ha habido abundantes pasos atrás protagonizados por guerras, nacionalismos y recesiones. ¿A partir del 11 de septiembre de 2001 vamos a iniciar otra época de picos de sierra y fluctuaciones sin dirección?.

Quién lo sabe. Mientras los aprendemos en nuestra vida cotidiana, escudriñemos otro periodo: el que va desde el 9 de noviembre de 1989, día de caída del muro de Berlín, hasta el 11 de septiembre de 2001, fecha de los atentados. Han sido los años en los que la globalización, tal y como se ha entendido, se ha acelerado más. En algunos campos, como el financiero, su presencia se ha hecho abrumadora. A partir de esa última fecha, detectamos peligros, riesgos, pero también oportunidades para equilibrarla, para acompañarla. Han aparecido desde entonces algunos elementos de coordinación política. EE UU parece haber abandonado en parte el unilateralismo y el aislacionismo que marcaba su política exterior, aunque no sabemos cuán profunda es esa tendencia ni si durará. Se han multiplicado las voces que demandan una justicia global que antes sólo era defendida por los alternativos.

Hasta los más obtusos entienden que no puede haber una paz permanente en el planeta si no se resuelven conflictos regionales que son una vergüenza para la Humanidad, como el que enfrenta tan desigualmente a israelíes y palestinos.

La pobreza y las desigualdades, que ya formaban parte de la agenda política oficial, aunque de manera más retórica que real, se instalan como un clamor al que hay que dar respuesta. Es cierto que la pobreza no genera el terrorismo; el terrorismo no viene de la pobreza, sino que la pobreza se instrumenta a veces como pretexto para movilizar masas en contra de los que combaten el terrorismo. Bin Laden no era pobre cuando dirigió el ataque de las Torres Gemelas y el Pentágono. Era un ingeniero que conocía la tecnología. Pero eso no disminuye la responsabilidad política y moral de liderazgo del mundo en relación con las calamidades marcadas por el hambre, la pobreza, el desempleo y la exclusión. Lo que se hace hoy por ayudar al desarrollo y promover las inversiones en el Tercer Mundo es ridículo según datos del Banco Mundial, entre 1996 y 2000, años de la «exuberancia irracional de los mercados» y de la globalización como marco de referencia, la desigualdad ha ido en aumento; la renta nacional bruta *per cápita* de los países más pobres era el primero de esos años sólo un 8.6% de la media mundial, y la de los países más ricos era el 521% de la media mundial. En 2000, la renta *per cápita* de los más pobres se redujo a un

8.2% de la media mundial, mientras que la de los más ricos pasó a ser un 534% de la media.

No hay que preguntarse sólo si la violencia global va a superar a las fuerzas de la integración global, sino si ésta última tiene un futuro de normalidad democrática con esas explosivas cifras de extrema riqueza y extrema pobreza.

Dos profesores de la London School of Economics, David Held y Mary Kaldor, han planteado un horizonte nuevo, una especie de mínimo común denominador para superar a la vez el tiempo de la violencia global y traspasar el estrecho marco de la globalización, concebida tal como ha sido hasta ahora:

—Un compromiso con el sistema de derecho y no con la guerra. Los civiles de todos los credos y nacionalidades deben ser protegidos, donde quiera que vivan, y los terroristas deben ser capturados y llevados ante un tribunal internacional, que podría seguir el modelo de los tribunales de guerra de Núremberg o de Yugoslavia. Este tipo de acciones debe acatar escrupulosamente tanto las leyes de la guerra como las de los derechos humanos.

—Un esfuerzo masivo para crear una nueva forma de legitimidad *que* perseguiría el descrédito de las razones por las que se considera a Occidente egoísta, parcial, selectivo e insensible. Esto implicaría la reanudación de los esfuerzos de paz en Oriente Próximo, conversaciones entre Israel y Palestina, condena de todas las violaciones de los derechos humanos en la región y un replanteamiento de las políticas hacia Irak, Irán y Afganistán.

—Un reconocimiento *a priori* de que las cuestiones éticas y de justicia planteadas por la polarización global de la riqueza, la renta y el poder, y con ellas las enormes asimetrías en las opciones vitales, no es algo cuya resolución pueda dejarse en manos de los mercados. Los que son más pobres y más vulnerables, los que están atrapados en situaciones geopolíticas, los que han sido detenidos en sus reivindicaciones económicas y políticas durante generaciones siempre serán terreno abonado para los reclutadores de terroristas. El proyecto de la globalización económica tiene que ir unido a unos principios manifiestos de justicia social y la economía mundial tiene que estar enmarcada en un nuevo bienestar social y en unas nuevas normas y condiciones medioambientales.

¿Nos apuntamos a este programa de mínimos?

Directorio

Lic. Manuel Ángel Núñez Soto
Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo

Ing. Raúl González Apaolaza
Secretario del Sistema de Educación Pública de Hidalgo
y Director General del Instituto Hidalguense de Educación

UPN-AJUSCO

Mtra. Marcela Santillán Nieto
Rectora de la Universidad Pedagógica Nacional

Mtro. Adalberto Rangel Ruiz de la Peña
Director de Unidades UPN

UPN-HIDALGO

Profr. Fernando Cuatepotzo Costeira
Director General de la UPN-Hidalgo

Profra. Olga Luz Jiménez Mendoza
Coordinadora de Licenciaturas

Mtra. Alma Elizabeth Vite Vargas
Coordinadora de Posgrado

Profra. María del Socorro Sánchez Ramírez
Coordinadora de Investigación y Educación Continua

Dr. Julio Alfonso Pérez Luna
Coordinador de Difusión y Extensión Universitaria

C.P. Mireya Alanis Islas
Coordinadora Administrativa

I.S.C. Elvira Islas Martínez
Coordinadora de Planeación

Profr. Eduardo Bautista Espinosa
Director Sede Regional Huejutla

Profra. Lourdes Yamada Dowhen
Directora Sede Regional Ixmiquilpan

Profra. Georgina Islas Guerrero
Directora Sede Regional Tulancingo

Profr. Osvaldo Pagola Rendón
Director Sede Regional Tula

Profr. Eleazar Ocampo García
Director Sede Regional Tenango

I.S.C. Vanessa Aglé García Piña
Servicios Escolares

I.S.C. Luis Carlos Reyes Olivares
Centro de Comunicación Educativa
y Nuevas Tecnologías y Centro de Cómputo